



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Las escrituras de las historias de ciudades

Entre panorámicas y caminantes

Félix Raúl Eduardo Martínez Cleves

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia
Bogotá, Colombia
2013



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

The writings of histories of cities

Between panoramic and walkers

Félix Raúl Eduardo Martínez Cleves

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia
Bogotá, Colombia
2013

Las escrituras de las historias de ciudades

Félix Raúl Eduardo Martínez Cleves

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Doctor en Historia

Director:
Ph.D. Roch Little

Línea de Investigación:
Teoría y epistemología de la historia
Grupo de Investigación:
Teoría y epistemología de la historia

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia
Bogotá, Colombia
2013

*A estas mujeres que embriagan mi vida,
Que recorren las ciudades a mi lado,
Y se angustian tanto como yo, con la escritura.*

Agradecimientos

Las contribuciones son amplias y variadas. Pero debo especial agradecimiento al profesor Roch Little, por las largas conversaciones, discusiones y sonrisas, que condujeron este trabajo por lugares inimaginables. De igual forma, a la Universidad del Tolima, que generosamente me brindó un comisión de estudios. El grupo de investigación de “Teoría y epistemología de la historia” de la Universidad Nacional de Colombia, en donde surgieron muchas ideas. El profesor Fabio Zambrano, merece un especial gesto de agradecimiento, pues fue quien me interesó por primera vez en el pasado de las ciudades. Los profesores Paolo Vignolo, Germán Mejía y Silvia Arango, por sus comentarios que han resultado en vetas para investigaciones futuras. Y, sin lugar a dudas, a mi familia, que me acompañó durante este tiempo con su incalculable cariño.

Resumen

La presente investigación se propone mostrar *una* historia de algunas de las ideas que sobre las ciudades en Colombia se han construido, entre mediados del siglo XIX y la actualidad, y plasmadas en las escrituras de las historias de sus pasados. No se pretende abordar la totalidad de los textos producidos en Colombia, ni ofrecer un conjunto de historias sobre las transformaciones físicas de ciertas urbes. Se trata de pensar algunas de las ideas respecto a las ciudades que hemos tenido, y que han quedado inmersas en los textos antes referidos. De allí que, se recurra a métodos de impronta hermenéutica. Sugiriendo de forma paralela, *una* historia, de tantas posibles, de los caminantes urbanos. Ambos recorridos buscan en el fondo procurar una comprensión de las restricciones que han acaecido sobre los caminantes, más cuando en un momento como el actual, en donde muchas discusiones y acciones planificadoras gravitan en torno a lo que se ha denominado como “movilidad”.

Palabras clave: Escrituras, ciudades, ideas, historiografía, archivos, panorámicas, caminantes.

Abstract

This research aims to show a history of some of the ideas about cities in Colombia have been built between the mid-nineteenth century to the present, and reflected in the writings of the histories of their past. It is not intended to address all of the texts produced in Colombia, and offer a set of histories about the physical transformations of certain cities. It is thought some of the ideas about the cities we have had, and have been immersed in the texts mentioned above. Hence, recourse to methods of hermeneutics imprints. Suggesting in parallel, a history, of many possible, of urban walkers. Both tours seek a deep understanding of the constraints that have occurred on the walkers, especially when in a moment like the present, where many discussions and actions planners gravitate to what has been referred to as "mobility".

Keywords: Writings, cities, ideas, historiography, archives, panoramic, walkers.

Contenido

	Pág.
TIERRA	
INTRODUCCIÓN	1
§1. Antesala al salto	1
§2. Saltar por el texto	15
CUADRO PRIMERO	
PARÍS. LA CIUDAD DE LOS VIAJEROS	17
Capítulo 1. Los viajeros y sus búsquedas	17
§3. “Lección a un extranjero o un Inglés en París”	17
§4. “Nuestros dandys de la tierra”	18
§5. Cosechero enriquecido	24
§6. Peregrinos en busca de sí	24
§7. En busca de los padres	28
§8. La ciudad de la infancia	33
§9. Tipologías y matrices	40
§10. Aproximación a la estructura de los textos de historias de ciudades del siglo XIX	42
Capítulo 2. París “la ciudad deseada”	46
§11. El deseo de París	46
§12. El rencor contra la ciudad	48
§13. La imagen dialéctica de París	51

CUADRO SEGUNDO	57
ROMA, LA CIUDAD DE LOS PADRES	
Capítulo 3. De París a Roma, hacer historia costumbrista	57
§14. La idea de ciudad	57
§15. El padre	59
§16. Bogotá “la hija de Gonzalo Jiménez de Quesada”	63
§17. El viajero se convierte en académico	66
§18. Reyerta popular	73
§19. Los “nuevos” cronistas	73
§20. En busca del padre	82
Capítulo 4. De Roma a las parroquias	88
§21. “En Roma”	88
§22. Germán Arciniegas, un ejemplo (¿o una vida ejemplar?)	88
§23. “Gonzalo Jiménez de Quesada FUNDADOR de Santa Fe de Bogotá”	92
§24. La idea de Roma en Jiménez de Quesada	92
§25. La ideas de la historia y de ciudad en Agustín	102
§26. De la llamada “historiografía tradicional” y sus parroquias	106
CUADRO TERCERO	116
BOGOTÁ. LA CIUDAD DE LA HISTORIA	
Capítulo 5. El fantasma de Le Corbusier	116
§27. Le Corbusier y la arquitectura moderna colombiana	116
§28. El fantasma de Le Corbusier	117
§29. La historia para el presente	122
§30. Escuchar a Le Corbusier	128
§31. Historia dis-continúa	128
Capítulo 6. Herraduras y supermercados	141
§32. Monografías, muchas monografías	141

§33. ¿Y Latinoamérica qué?	150
§34. El arte de la conversación: a Fabio Zambrano le seduce una herradura y a Germán Mejía un libro de supermercado	154

CUADRO CUARTO 189

EXERGO 1. CHATEAUBRIAND Y EL VIAJE COMO EXPERIENCIA

§35. <i>Panorama</i> de París	190
§36. El itinerario de Chateaubriand	190
§37. La historia según Chateaubriand	194
§38. El escenario de Chateaubriand	199
§39. Crear la experiencia	204
§40. El espejo	208
§41. Ilusión 1: imitar	208
§42. Incesante espejo que se mira	210
§43. La ilusión 2: engañar	211
§44. La ilusión 3: representar	216
§45. La experiencia histórica	218

CUADRO QUINTO 224

EXERGO 2. LA BIO-GRAFIA DE CIUDAD

§46. “His master’s voice”	224
§47. Bio-grafía	225
§48. La firma: Gonzalo Jiménez de Quesada	230
§49. Una firma	230
§50. “La puerta en el muro”	235
§51. Un mundo “triste, fastidioso y estéril”	236
§52. Sonoridad e iconicidad: “reyerta popular”	243
§53. La crónica	243

RETORNO A LA TIERRA

UN RESUMEN: LAS CIUDADES COLOMBIANAS EN EL SIGLO XIX

§54. Llenados y vaciados	248
§55. Los años del cambio	250
§56. Thomas Reed, un arquitecto sin ciudad	255
§57. Duperly y los objetos endemoniados	257
§58. Las castas y los miserables	258

CUADRO SEXTO

263

CAMINAR EL *INTERIOR* Y EL *EXTERIOR*

Capítulo 7. Cachacos: caminar en el <i>interior</i>	263
§59. El “cachaquismo”	263
§60. En busca de la <i>vida en policía</i>	267
§61. Policía significaba encerrar	284
Capítulo 8. Imagen y encierro	289
§62. La iglesia como “imagen pública” del encierro	289
§63. Una arquitectura de la mirada	295
§64. Una nostalgia poderosa	300

CUADRO SÉPTIMO

309

EXERGO 3. LA CIUDAD COMO “AUTOENCIERRO”

§65. “Autoencierro”, abrigo y diferenciación	309
--	-----

CUADRO OCTAVO

316

EXERGO 4. LA ARCHI-CIUDAD

§66. Archi-ciudad	316
-------------------	-----

CUADRO NOVENO

322

UNA ARQUITECTURA PARA EL PEATÓN

Capítulo 9. Dandis: caminar en los márgenes	322
§67. El dandismo y los caminantes	322
§68. El tedio	328
§69. Del tedio a los sueños	341
Capítulo 10. <i>Otros</i> caminantes	348
§70 Las prostitutas, la mirada y el oído	348
§71. Vagos y perros	354
§72. Otros caminantes: vagos y perros	354
§73. De caminante a peatón	363
CIELO	376
REFLEXIONES FINALES	
§73. Cerrar un juego y abrir otro	376
ENTRE FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	385

Lista de figuras

	Pág.
Figura 1. Matriz de observación a partir de París	41
Figura 2. Sujeto, objeto y otro	47
Figura 3. Número de publicaciones sobre ciudades entre fines del siglo XIX y 1990	110
Figura 4. Ciudad, policía, iglesia y alma	288
Figura 5. Imagen y encierro	294

Lista de tablas

Tabla 1. Tipologías de ciudades según la visión de los viajeros colombianos	40
Tabla 2. Fuentes para la construcción de una idea de Roma en la historiografía indiana	96
Tabla 3. Publicaciones realizadas en las revistas producidas por departamentos de historia o similares, en Colombia, relacionadas con las historias de ciudades	176-177

Tierra. Introducción

“Vosotros sois la ciudad, allá donde decidáis asentaros... son los hombres, no los muros y los navíos de ellos, los que forma la ciudad”
(Tucídides)

§1. Antesala al salto

“A esta problemática del hacer creer por la acción del citar al poder se añade, como su corolario, una problemática del creer que está ligada a la acción de citar al otro.”
(Michel de Certeau. *Historia y psicoanálisis.*)

La presente investigación se propone mostrar *una* historia de algunas de las ideas que sobre las ciudades en Colombia se han construido, entre mediados del siglo XIX y la actualidad, y plasmadas en las escrituras de las historias de sus pasados. Paralelo a ello, se desliza una historia de los caminantes. No existe razón alguna para que este trabajo no pueda ser bifronte, a menos de que se recaiga en la tradición escolástica que gobernó el mundo intelectual hispanoamericano desde el periodo colonial. Ya que como lo pensara Tzvetan Todorov, “también los discursos son acontecimientos, motores de la historia, y no solamente sus representaciones”.¹ Así como lo físico no lo es todo en una ciudad, tampoco lo son las ideas respecto a ella, pero en una época como la nuestra, en la que todos los días aparecen miles de textos, no resulta pertinente construir argumentaciones monolíticas o que se supongan como definitivas.² En este sentido, existen otros trabajos que versan sobre las trasformaciones materiales y a los cuales puede acudir de acuerdo con el interés por esos asuntos. En nuestro caso, el objeto de estudio son las historias de ciudades, ya que la hipótesis que moviliza las

¹ TODOROV, Tzvetan. *Nosotros y los otros: reflexiones sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI Editores, 2003, p. 15.

² Aquí estoy siguiendo a: ANKERSMIT, Frank. *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003.

argumentaciones que se expresarán más tarde, radica en que esas escrituras encierran ideas de ciudad, muchas de las cuales terminaron por constituirse en archivos. Pero antes de identificar la lectura que se asume de algunos de los conceptos enunciados hasta ahora, es preciso mostrar cuanto menos dos de los escenarios en los cuales se originó la idea de un trabajo como este. El primero, es una cierta experiencia de quien esto escribe en el campo denominado como “historia urbana”³, en donde a partir de lecturas diversas se ha percibido un marcado interés –en obras y autores- por dar cuenta de los desarrollos físicos de las ciudades. El segundo, atado al anterior, es el de lecturas de autores y pensamientos no siempre concernientes de forma directa a la ciudad como problema, pero que motivan otras maneras de pensar su pasado.

La forma en que se instala semejante idea condiciona la manera cómo se pretende desarrollar. Esto significa que el interés no se concentraría en hacer una historia de la ciudad construida en variadas experiencias colombianas, sino en profundizar en las ideas que orientan la forma de concebir el pasado de las ciudades. Sin embargo, ello implica apartarse un poco de ciertas convenciones de la Historia de las Ideas⁴, o cuando menos

³ Con historia urbana referimos un campo de estudio de la historiografía contemporánea que tiene como principal objeto de estudio la ciudad y la vida en ella, y que a pesar de sus variaciones entre tradiciones intelectuales, es orientada principalmente por las lecturas de arquitectos y urbanistas. La ciudad corresponde a una categoría que se transforma constantemente, de la misma forma como está dependiente de los *lugares* (geográficos e institucionales) en donde se concibe. Ritmos urbanos, transformaciones materiales, gobierno, escalas, demografía. Vivienda, urbanización, diferenciación social, etc., toman mayor o menor acento de acuerdo a cómo se asuma dicha categoría. Pero en el presente estudio no reduciremos nuestra mirada a semejante perspectiva, sino que la ampliaremos un poco para incluir otras historias de ciudades no siempre reconocidas por el mundo universitario. Las razones para ello son parte de los intereses del conjunto de este trabajo. El estudio de Germán Mejía, “Pensando la historia urbana”, es una excelente herramienta para identificar las tradiciones y diferencias en las concepciones de la historia urbana. MEJÍA, Germán. “Pensando la historia urbana”. En MEJÍA, Germán y ZAMBRANO, Fabio. Editores. *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: CEJA, 2000, pp. 47-73.

⁴ Utilizo de manera parcial el concepto de historia de las ideas, próximo al mundo intelectual norteamericano, pero sin que ello implique un casamiento con la experiencia que se sintetiza en el “Journal of the history of ideas” desde 1940 y que influenció de cierta forma intentos como la denominada “Filosofía Latinoamericana” y su importante perspectiva histórica liderada por Leopoldo Zea. Pues llámese “historia de las ideas”, “historia intelectual”, “historia del pensamiento” o “historia conceptual”, resulta complejo identificar con claridad este conjunto de prácticas que Dosse han preferido caracterizar como una “encrucijada”, en donde un “tradicional” juego de influencias de un autor a otro, se combina con la “interrogación a la vida de las ideas” y escenarios socioculturales, para producir más bien un “espacio de investigación” sin mayor pretensión “imperial”, según ha sostenido el mismo Dosse. Chartier por su parte, sostiene que un escenario como el de la llamada “historia cultural”, no existe un paradigma, sino cuestiones compartidas, las cuales giran en torno a la cultura, las representaciones y las relaciones entre discursos y prácticas. En estos sentidos, nuestro trabajo puede ubicarse, al menos parcialmente, en este indefinido “espacio de investigación”. Ver: DOSSE, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales*,

de las utilizadas por muchas de las experiencias historiográficas en Colombia y América Latina –aun los adelantos de la llamada “historia intelectual” desde la década de 1980. Ellas parecen reiterar dos aspectos centrales. El primero es una matematización de autores, obras y escuelas, siguiendo un molde de una tendencia de la historia del arte que empezó a ser cuestionada iniciando el siglo XX por sus limitaciones.⁵ El segundo, corresponde a privilegiar de manera desmesurada el emisor de la idea recibida, en contrapeso del receptor y las condiciones en que ha sido adaptada.

Esto nos lleva a revisar qué se ha escrito al respecto, especialmente en Colombia y América Latina, sin descuidar otros espacios. En el caso colombiano las reflexiones del orden historiográfico sobre la historia de ciudades son bastante escasas. La principal razón para esa situación se radica en lo relativamente reciente de este tipo de trabajos. Fue Germán Mejía⁶, uno de los promotores más proclives de la historia urbana, quien primero reflexionó sobre el cómo se venían haciendo las historias de distintas ciudades, y su catalogación entre lo que denominó las “biografías” de ciudades y la “historia urbana” propiamente dicha. Para Mejía, la diferencia fundamental entre ambas lecturas radicaba en considerar a la ciudad como un objeto y no como un “contenedor del hecho social”. Por su parte, Carlos Niño y Fabio Zambrano⁷ hicieron sendos aportes en la revista del programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), que ha servido como uno de los focos de pensamiento sobre temas de ciudad más importantes del país. En ambos de los casos, aunque en posiciones diferenciadas, pretenden los autores –Niño y Zambrano- definir la historia urbana como una “disciplina”, y casi nada se ocupan de la forma cómo las ideas

historia intelectual. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006; POIRRIER, Philippe. Editor. *La historiografía cultural ¿Un giro historiográfico mundial?* Valencia: Universidad de Valencia, 2012; CHARTIER, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 2002.

⁵ Ver a este respecto: TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna*. Madrid: Maira y Celeste Ediciones, 2001; GOMBRICH, E.H. *La historia del arte*. Londres, Nueva York: Phaidon, 2010.

⁶ MEJÍA, Germán. “Pensado la historia urbana”. *Op.cit.*; MEJÍA, Germán. “La pregunta por la existencia de la historia urbana.” En: *Historia Crítica*. No. 18. Bogotá: Universidad de los Andes, 1999, pp. 26-36.

⁷ NIÑO, Carlos. “A propósito de la Historia Urbana.” En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, pp. 23-33. ZAMBRANO, Fabio. “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia.” En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, pp. 35-43.

de ciudad terminan por concretarse en una escritura. A no ser por la indicación de Niño, de que esta forma de hacer la historia debe caracterizarse por contar con una narración próxima al ensayo, en el que la imaginación resulta prioritaria, siempre y cuando se combine con explicaciones estructurales.

Para el caso latinoamericano la situación no es muy diferente, de hecho, sobre el problema historiográfico, que como lo pensara Michel de Certeau⁸ debería ocuparse del lugar, de las prácticas y la escritura, la producción es casi nula en lo que aquí concierne. Existen múltiples lecturas, que desde el interés por la cuestión urbana desde los años 1960 principalmente, se han elaborado en cabeza de figuras intelectuales como Jorge Hardoy, Richard Morse, Richard Schaedel, Ramón Gutiérrez, José Luis Romero, Ángel Rama y Roberto Segre, entre otros. Empero, el trabajo de Arturo Almandoz⁹ todavía camina solitario entre las reflexiones historiográficas respecto a la historia urbana. Almandoz se propone allí, hacer “un estudio crítico de la literatura” existente en buena parte del continente –cosa que es parcial-, recurriendo a un balance general de las experiencias y teorías europeas, y algo de las norteamericanas, con el fin de ubicar a autores y obras en escuelas. Semejante intención se reduce a un ejercicio que busca identificar el “transbordos” de ideas a América Latina desde Europa y Estados Unidos, pero sin mayor claridad en cómo se tejen esas relaciones intelectuales. Es, como él mismo lo sostiene, una “panorámica” que no se interesa por la “escritura de la historia” a la manera de Michel de Certeau, ni tampoco de cómo ésta –la escritura- se ve condicionada por los discursos provenientes de la arquitectura y el urbanismo, su propio *lugar* de producción intelectual. La intención resulta clara, identificar cuál es el “corpus” de la historiografía urbana latinoamericana, que la pueda diferenciar de otras formas de hacer historia y pensar las ciudades. Es más, cree que es posible una “nueva historia urbana”, o mejor, una “historia cultural urbana”, en donde se combinen los elementos materiales con las figuras culturales, utilizando una amplitud mayor de fuentes, y enmarcada en las discusiones del orden poscolonial.

⁸ DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

⁹ ALMANDOZ, Arturo. *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 2008. Puede verse una versión parcial y anterior de la obra anterior en: ALMANDOZ, Arturo. “Historiografía urbana en Latinoamérica. Del positivismo al postmodernismo.” En: *Diálogos*. No. 7. Maringá: Departamento de História, Universidade Estadual de Maringá, 2003, pp. 117-156.

El propósito de Almandoz resulta muy parecido al establecido por Carlos Sambricio¹⁰, quien dirigiendo una obra colectiva, pretendió definir lo que hace de la historia urbana una disciplina, al menos en el ámbito español. Esta obra cuenta con un hilo conductor, que se torna prácticamente en una tesis, y correspondiente a la importancia del plano como fuente para cualquier tipo de trabajo que se rotule como historia urbana, ante la condición de “cajón de sastre” de esta última y lo fragmentario de sus explicaciones. Un caso diferente es el trabajo –también para España- de Santiago Quesada¹¹, quien estudia la forma de propagación del interés, en la península ibérica y parcialmente en México entre los siglos XV y XVII, por realizar historias de ciudades, ya que además de identificar influencias como la agustiniana o la renacentista, presenta cómo detrás de esos posibles encasillamientos existía una idea de ciudad que pretendía expresarse al dar cuenta del pasado urbano; muchas de las veces con interés que superaban los académicos y caminaban senderos pragmáticos. Esto último es lo que pasan por alto los trabajos antes referidos, y es el hecho de que por más limitado que sea un trabajo pretende mostrar una o varias ideas de ciudad en el tiempo.

En este sentido, las obras de Joseph Rykwert y Richard Sennett son llamativas, dada la poca presencia de reflexiones historiográficas sobre la propia historia urbana que no se concentren en el problema de su “objeto” o “existencia”, en revistas especializadas como “History and Theory”, “Urban History”, “Daedalus”, “Journal of Architectural Education”, “Historia y geografía”, o “Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias sociales”, por solo referir algunas.¹² En primera instancia el trabajo de Rykwert¹³, en particular “La idea de ciudad”, publicado por primera vez en 1976 –en Londres y Princeton-, se plantea como un ejercicio que va mucho más allá de la ciudad construida, ante lo que considera la “pobreza del discurso urbanístico”, al concentrarse éste en lo físico y omitir lo psicológico, lo cultural, lo jurídico y lo religioso del espacio. Para Rykwert, una “idea de ciudad” es un

¹⁰ SAMBRICIO, Carlos. Compilador. *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons, 1996.

¹¹ QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispánica de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona: 1992.

¹² También podríamos indicar, de manera general, una situación similar al valerse de motores de búsqueda como “jstor”, “ebSCO”, “scopus”, “ejds” y “urban studies abstracts”, por solo identificar algunos.

¹³ RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad. Antropología de la forma en el Mundo Antiguo*. Madrid: Hermann Blume, 1985. RYKWERT, Joseph. *The idea of town. The anthropology of urban form in Roma, Italy and the ancient world*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1988.

conjunto de “intenciones, pensamientos y deseos” que originan una ciudad, la cual no necesariamente debe ser física, también puede ser fundada¹⁴, por ejemplo, en y desde la escritura¹⁵. Antes que nada, este autor considera a la ciudad como un hecho artificial, semejante a un sueño y muy poco parecido a un fenómeno natural.

En lo que respecta a Sennett, son variados los trabajos que ha desarrollado desde que en 1969 inaugurara, junto con Sthephan Therntrom, la “New urban history”¹⁶, pretendiendo superar lo que hasta ese momento eran, según los autores, “biografías” de áreas urbanas.¹⁷ Sin embargo, un peso notable de lo económico en esas lecturas fue desplazado por las perspectivas arquitectónica y planificadora, en especial desde 1993 con la creación del Congreso para un Nuevo Urbanismo (CNU –sus siglas en inglés-). Aunque Sennett, no se apartaría de sus observaciones en las cuales se combina la sociología, la psicología, la historia, el urbanismo y la filosofía, por solo indicar las más recurrentes. En uno de sus más importantes libros, “Carne y Piedra”¹⁸, Sennett se propone comprender la ciudad occidental a través del cuerpo, escudriñando los orígenes de la planificación urbana contemporánea y sus tensiones con el deseo de libertad corporal, hasta la pasividad corporal en pleno auge del urbanismo a fines del siglo XIX. Inspirado en autores como Michel Foucault y Emmanuel Levinas, su interés era proponer una idea de ciudad caracterizada por la posibilidad de “experimentar al Otro”, en el marco de un proyecto comunitario.

¹⁴ Fundar, para Rykwert, implica cuando menos cuatro elementos: la escenificación, con lo cual se dramatiza la creación del mundo; la materialización de ese drama en un trazado, así como en un orden social y religioso; la alineación de sus ejes conforme a los del universo; y la renovación de la cosmogonía fundacional en celebraciones y monumentos. RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad. Antropología de la forma en el Mundo Antiguo. Op.cit.*

¹⁵ Aunque existen diferencias en algunos de nuestras intenciones, planteamientos y forma de desarrollarlos con la obra de Luz Mary Roldán, éste es un importante trabajo en la producción intelectual latinoamericana y en particular para el caso colombiano, que se pone al lado de autores como Ángel Rama y José Luis Romero, de allí que haya sido de inspiración para esta investigación. Es especial por su tesis sobre el alto peso del pasado en la relación entre autores y ciudades, en sus oscilaciones durante la gestación de una escritura y como cobijo para los individuos. GIRALDO, Luz Mary. *Ciudades escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004.

¹⁶ El evento que congregó varios autores fue compilado en: THERNSTROM, Sthepan y SENNETT, Richard. Editores. *Nineteethy century cities: essays in the new urban history*. New Haven: Yale University Press, 1969.

¹⁷ Ver también: HAUSER, Philp y SCHNORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965; MOHL, Raymond. Editor. *The making of urban american*. Laham: SR Books, 1997.

¹⁸ SENNETT, Richard. *Carne y piedra*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

Este esbozo nos permite indicar la inexistencia de un trabajo como el que aquí se propone, situación que sugiere la interrogación de cómo hacerlo. En términos generales, como cualquier otro trabajo que se rotule como “científico”, este se ajusta a dos componentes fundamentales, lo que se ha denominado como marco teórico y la forma cómo están ideas se ponen en juego¹⁹, también llamada metodología. En lo que respecta a lo teórico, son variadas las disciplinas que dialogan, pero como en cualquier diálogo siempre alguien, o algo en este caso, orienta esa conversación²⁰, la historia. De la misma forma, se utilizan reflexiones de muchos autores, pero con particular atención las de Walter Benjamin, Michel de Certeau, Paul Ricoeur, Jacques Derrida, Peter Sloterdijk, Elizabeth Deeds Ermarth y Frank Ankersmit. Valiéndonos de la metáfora de la “caja de herramientas”, utilizada por Joleyn Létourneau²¹, diremos que ella se compone en nuestro caso de un equipo básico: tenazas, destornillador, un par de llaves, un martillo y un serrucho. En el caso de las tenazas, ellas, que cuentan con dos partes, corresponden a los conceptos de escritura –la parte más filosa- y archivo –la que atrapa con mayor fuerza-, y prensan la mayor parte del trabajo, evitando que se desplace en exceso impidiendo trabajar con el objeto. En lo que respecta a la escritura ella se trabaja a partir de algunas de las ideas de de Certeau, Ricoeur y Derrida.

El primero de estos autores consideró que la “operación historiográfica”²², es una acción fundamentalmente hermenéutica, compuesta por el *lugar*²³, las *prácticas*²⁴ y la *escritura*,

¹⁹ La idea de juego que utilizó aquí está inspirada en la de Ludwig Wittgenstein, particularmente, en sus “juegos del lenguaje”, con lo cual entiende a un todo “formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretelado” (§7). Ya que al hablar de lenguaje nos estamos refiriendo a una actividad o “forma de vida” (§23), de ninguna manera a un universal, sino a un conjunto de reglas cambiantes y dependientes de diversos contextos y usos. Y en este sentido, el presente trabajo procura identificar ciertas reglas, en donde se plantea un inicio y un final, así como unos movimientos y detenciones. Aunque estos juegos pueden ser quimeras, también pueden asemejarse a los recorridos por la ciudad, que como sostenía Julien Gracq, conforman una “redcilla de recorridos articulados”, propios de los vagabundeos cotidianos que implican habitar (una ciudad). Igualmente, suponer un juego implica que los recursos teóricos y metodológicos aquí utilizados son adaptados, y no siempre utilizados con completa fidelidad. Ver: WITTGENSTEIN, Ludwig. “Investigaciones filosóficas.” En: WITTGENSTEIN, Ludwig. *Obra Completa*. I. Madrid: Gredos, 2009.

²⁰ Esta idea del diálogo corresponde a la de H.G. Gadamer. Ver: GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método*. I. Salamanca: Editorial Sígueme, 2001, pp. 461-475.

²¹ LÉTOURNEAU, Jocelyn. *La caja de herramientas del joven investigador. Guía de iniciación al trabajo intelectual*. Medellín: La Carreta Editores, 2009.

²² DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

²³ “Por lugar entiendo un conjunto de determinaciones que fijan sus límites en un encuentro de especialistas, y que circunscriben a quién y de qué les es posible hablar cuando hablan entre sí de la cultura.” “Los sitios determinados y diferenciados que organizan el sistema económico, la jerarquización, las sintaxis del

siendo el procedimiento para “fabricar” la historia. En un movimiento paradójico, de Certeau cree que la escritura sintetiza y entierra dicha “operación”, al ser en ella donde se sucede la tensión entre la ciencia y la ficción. Y es precisamente en este punto donde se sucede el encuentro con Ricoeur, pues ambos coinciden en oponerse a lo que llaman la ilusión cientificista. En textos como “Tiempo y narración”²⁵, se considera que las aporías que rondan la historia son resueltas, al menos parcialmente, por la poética manifiesta en la escritura, no en vano el “tiempo es narrado” y no pensado. De allí que, para ambos autores la hermenéutica resulte fundamental, ella es una especie de destornillador que es capaz de torcer formas de interpretación rígidas y enclavadas en la escritura que los historiadores utilizan para apuntalar las narraciones respecto del pasado. Y tal como lo hace un destornillador, esta herramienta vuelve una y otra vez sobre lo que busca aflojar o apretar de otra manera, para darle forma a algo, que en este caso es el presente. Eso es en buena parte lo que pretendieron y pretenden muchas historias de ciudades, darles forma a las ciudades del presente, valiéndose para ello de una idea de ciudad preconcebida y disimulada en medio de la escritura, la cual supone solo referir al pasado.

Al mismo tiempo, y a la luz de estos autores, la escritura significa una oportunidad, siempre y cuando se recurra a una pragmática del lenguaje (Benveniste, Austin y Searle, son ejemplos) que pueda mostrar singularidades o alteraciones, por ejemplo con los caminantes urbanos. Ya que como lo pensara Derrida²⁶, ha existido un olvido de la

lenguaje, las tradiciones consuetudinarias y mentales, las estructuras psicológicas.” MDC. *La Cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

²⁴ El acto de interpretar, es un acto de producción como cualquier otro -llámese de automóviles, televisores, etc.- Se trata por ende de identificar lo ausente, de *desapartar* de los sistemas en los que puede estar inserto para darle coherencia en el marco del *lugar* desde donde estoy interpretando. La *práctica* requiere una ética, la cual es en este caso planteada desde los argumentos de Lacan, “en donde se constituye en relación misma con lo imposible”, esto último comprendido como lo que presupone la “moral del poder” que está al “servicio de la riqueza”, pero que sin embargo repite lo que procura aplastar con el habla. “La ética es la forma de una creencia desprendida del imaginario alienante donde ella suponía la garantía de una realidad, y en consecuencia transformadora en habla que dice el deseo instituido por ese faltante.” DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. Op.cit.; DE CERTEAU, Michel. *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana, 1995.

²⁵ RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI Editores, 2004; RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI Editores, 2004; RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI Editores, 2006.

²⁶ Es un asunto en varias de sus obras, pero ver en particular: DERRIDA, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.

escritura, que ha terminado por dejarla como una exterioridad o un artificio, propio de los juegos que la metafísica occidental ha implantado al querer expulsarla, al mismo tiempo que pretende dominarla. Y ese olvido se radica en pasar por alto, según Derrida, el hecho de que la escritura es una inscripción, una designación de una huella. Por eso, en este trabajo se busca identificar esas formas de inscripción que terminan por constituir un archivo que se repite, simultáneamente que se procura su olvido. Y es que siguiendo al mismo Derrida²⁷, el concepto de archivo requiere una re-elaboración en sus términos técnicos, políticos y jurídicos, partiendo de la palabra misma de “archivo”. Al tener ésta un doble origen, pues “Arkhé” significa comienzo y mandato, y se interconecta con las palabras arca y arconte. En todas ellas se hace evidente la autoridad por parte de un “arconte” que reúne los signos, las partes, los restos y la interpretación que se les da a los mismos. En un sentido similar, Roberto González Echevarría²⁸, quien buscando proponer una teoría del origen y desarrollo de la narrativa latinoamericana²⁹ y el nacimiento de la novela moderna³⁰, cree que el archivo es un mito, un origen –comienzo-guardado por un arcano –arconte- que garantiza una autoridad y una clasificación ante lo incompleto que es, con la intención de mostrar una “fuerza totalizadora”.

Para González, guiado por Foucault³¹, no estamos hablando de un mero depósito, sino de la ley que define un “sistema de enunciabilidad”, es decir, de lo que puede y no ser dicho. Ya que para Foucault, antes que un lugar lleno de papeles, el archivo es una práctica “que hace surgir una multiplicidad de enunciados como otros tantos acontecimientos reguladores, como otras tantas cosas ofrecidas al tratamiento o la manipulación”³². Derrida, González y Foucault, coinciden en que el concepto de archivo, que utilizaremos prioritariamente, es ese que se tensiona entre un comienzo y cierta

²⁷ DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo*. Madrid: Trotta, 1997.

²⁸ GONZÁLEZ, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2011.

²⁹ Para González el lenguaje colonial de impronta jurídica es el archivo que orienta la narrativa latinoamericana, mediado por los discursos naturalista y antropológico, y funcionando prácticamente como una cárcel gracias a su condición de ley. Y de allí que se aproxime tanto el archivo a una morgue, al clasificar muertos, al ordenar “ruinas”, al procurar llenar los huecos como lo hace el forense, y que parece impedir que brote otras formas narrativas. Al final, se pregunta González, si algo nuevo, que no provenga de la putrefacción, puede nacer. *Ibíd.*

³⁰ González cree que la novela moderna nació en el momento de gestación de los archivos por parte del Estado español durante el siglo XVI, pues entre otras cosas, la novela toma de forma inicial un lenguaje jurídico, característico de quien habla como si fuese acusado por la autoridad. *Ibíd.*

³¹ FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 2010.

³² *Ibíd.*, p. 171.

autoridad, eso que nos hace decir o callar, que en lo que a la ciudad respecta afecta la idea que tienen de ella quienes hacen sus historias y con esto, los relatos mismos. Pero la ciudad es en sí misma un archivo, nos lo mostró ampliamente Walter Benjamin³³ al considerarla algo parecido a un depósito de citas que asaltan desde nuestro caminar hasta los intereses intelectuales que podamos tener. Y es que la ciudad como archivo, también puede leerse a la luz de la idea de Sloterdijk³⁴, por cuanto que han sido un tipo de arca –ya sugerimos el vínculo de este término con el de archivo- que encierra, al mismo tiempo que ofrece abrigo, del que difícilmente podemos zafarnos, pues termina convirtiéndose precisamente en una inscripción ontológica.

Tras esbozar las tenazas y el destornillador, nuestra caja de herramientas cuenta con algunas llaves que nos permiten apretar o aflojar las tuercas, aunque diríamos que se tratan de un solo tipo y correspondiente a los caminantes urbanos. Para Benjamin³⁵, como para De Certeau³⁶, estos caminantes impactan la imaginación ya que sus acciones singulares en los espacios urbanos constituyen maneras creativas de vivir, imaginar y conocer una ciudad. El tedio, los pequeños objetos de la cotidianidad y hasta los de mayor envergadura como el hierro, el cristal y la madera, son elementos con los que experimentan los caminantes -llámense “flâneurs” (en Benjamin) o “practicantes ordinarios” (en de Certeau)- la vida urbana desde una óptica diferente a la del planificador, caracterizada por la visión panorámica de impronta totalizante y que asemeja estar en lo más alto de un rascacielos. La forma de ver la ciudad del caminante es menos vertical, y fundamentalmente más fragmentaria. Nuestra idea es que la visión panorámica ha orientado no solo la forma de planificar una ciudad, también la manera como se ha referido a su pasado en varios de los casos que se presentaran. Sin embargo, con la orientación de los autores antes referidos se irá sugiriendo de forma paralela una historia de los caminantes y una idea de ciudad que procure apartarse, al menos un poco, de dichas lecturas totalizantes. Además, que sugiera una veta de un

³³ De hecho, la obra de Benjamin “Libro de los pasajes” es una colección de citas que pretenden mostrar las distintas lecturas que posee una ciudad desde la perspectiva de sus caminantes. BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2009.

³⁴ Ver en especial: SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos*. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.

³⁵ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes. Op.cit.*

³⁶ Ver en especial: DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000; DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, 2006; DE CERTEAU, Michel. *La Cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

asunto que ha sido gobernando mayoritariamente por la antropología y la sociología; nombres como Manuel Delgado, Georg Simmel, Gabriel Tarde, Isaac Joseph, Erving Goffman, son unos pocos de los más citados por estas disciplinas.

Ese tipo de lecturas –totalizantes– forman parte de la manera lineal de hacer la historia (cuando menos desde el Renacimiento) que Elizabeth Deeds Ermarth³⁷ identificó, y respecto de la cuales consideró la posibilidad de un método denominado “Ceferino”³⁸, caracterizado por el movimiento. Sin embargo, un tiempo después, Keith Jenkins³⁹, una de las figuras más prominentes de la posmodernidad en lo concerniente a la historiografía, le acusó de tímida ante el hecho de no adentrarse y poner en juego con mayor amplitud su propuesta. En términos generales, la “promesa” metodología de nuestro trabajo acoge el método propuesto por Ermarth, buscando probarlo y por qué no, ampliarlo. En semejante situación se corre el riesgo de fallar, pero en buena parte de eso se trata el trabajo intelectual (y científico), al omitir pensamientos siempre en positivo, como si todo lo que nos propusiéramos al final resulta con todo éxito. Valiéndonos de las herramientas teóricas respecto a escritura, archivo, hermenéutica y los caminantes urbanos, y suponiendo una afinidad entre la rayuela en la que se basa Cortázar y Ermarth y los trazados de ciudades, se construye un *montaje*⁴⁰. De allí que, la forma de interpretación, las fuentes utilizadas, la forma del texto “final” y hasta el diseño, estén interconectados. Entonces, una hermenéutica “torcida”⁴¹ se asocia con una atención en

³⁷ La tesis de Ermarth es que “el lenguaje narrativo posmoderno mina el tiempo histórico y lo reemplaza por una nueva construcción de la temporalidad que yo llamo tiempo rítmico. Ese tiempo rítmico modifica de forma radical o bien abandona por completo la dialéctica, la teleología, la trascendencia y la presunta neutralidad del tiempo histórico, y sustituye el *cogito* cartesiano por una subjetividad diferente cuyo manifiesto podría ser la frase de Cortázar ‘Oscilo, luego soy’” (p.14). ERMARTH, Elizabeth Deeds. *Sequel to History*. Princeton: Princeton University Press, 1992. La traducción del pasaje citado aparece en la edición española del libro de Keith Jenkins “¿Por qué la historia?”.

³⁸ Esta denominación corresponde al nombre de uno de los personajes principales de la obra de Julio Cortázar, Rayuela.

³⁹ JENKINS, Keith. *¿Por qué la historia?* México: Fondo de la Cultura Económica, 2006. Ver en particular el capítulo VII.

⁴⁰ Ver: DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2008, capítulo 2.

⁴¹ Michel de Certeau considera una hermenéutica “torcida” es aquella que, separándose de la hermenéutica tradicional, no depende rigurosamente de la existencia de un locutor inmutable, algo parecido a un dios que habla. Así como, identificando de entrada su *lugar* de producción y la injerencia de éste en el acto interpretativo por parte de éste. Ya que no estamos hablando solamente de textos, sino maneras de hacer llenas de creatividad que pueden observarse en el conjunto de la “operación historiográfica”. Ver: DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia. Op.cit.*; DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer. Op.cit.*

la “operación historiográfica” y una deconstrucción en la cual siempre está inmersa una construcción. Por eso, al mismo tiempo que el trabajo es una historia de las historias y las ideas, también edifica *una* historia de los caminantes urbanos. Para ello, fue necesario analizar algunas historias y otras formas de escritura asociadas a ella, pero siempre vinculadas de una u otra forma a las ciudades; así como, trabajar con los desechos, tales como citas, imágenes, entre otras, utilizadas con otros propósitos un tanto diferentes a los nuestros.

Estos dos escenarios implicaron que la forma del presente escrito tomará cierto movimiento, y ello se procura hacerse asimilándolo a una rayuela, la cual se puede recorrer de manera lineal o con idas y venidas. Aquí, como en la propuesta de Ermarth, la participación del lector es abierta, permitiéndose lo que Harold Bloom, llamó una “mallectura” (misreading), con lo cual quería referir una lectura creativa, acompañada de cierta ironía.⁴² Aunque la redacción busca ser mayoritariamente inteligible, el estilo es fragmentario, como lo son los recorridos por las ciudades. Los apartados, que se han denominado “cuadros” para ajustarse a la rayuela, son como sectores de una ciudad, conformados por cuadras, que para este caso son los párrafos, que tienen cierta independencia al mismo tiempo que conexión entre sí –a la manera de un fractal. En un sentido lúdico similar, las imágenes no son elementos decorativos, asunto más o menos común en los textos de nosotros los historiadores, sino que ellas también narran historias. Bien se preguntaba la Alicia de Lewis Carroll, “¿y de que sirve un libro si no tiene ilustraciones ni diálogos?” De igual forma Magritte sostenía que “de vez en cuando, el nombre de un objeto hace las veces de una imagen. Una palabra puede ocupar el lugar de un objeto en la realidad. Una imagen puede tomar el lugar de la palabra en una preposición.”⁴³ Así como tampoco lo es la forma, en especial el diseño gráfico, pues se trata del escenario de este *montaje* que no podemos pasar por alto. El trabajo de leer e interpretar los diferentes textos en los que se consignaban historias de ciudades en

⁴² Bloom cree que: “La ironía exige un cierto nivel de atención y la habilidad de poder tener ideas antitéticas, incluso cuando éstas chocan entre sí. Despojar a la lectura de ironía implica la pérdida inmediata de toda disciplina y sorpresa. Busca todo aquello que te es cercano, que pueda ser usado para sopesar y considerar, y muy probablemente encontrarás ironía, incluso si muchos de tus profesores no saben qué es ni dónde encontrarla. La ironía limpiará tu mente de la jerga de los ideólogos y te ayudará a resplandecer como el estudioso de una vela.” BLOOM, Harold. *Cómo leer y por qué*. Bogotá: Norma, 2004.

⁴³ Magritte citado por: FOUCAULT, Michel. *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*. Barcelona: Anagrama, p. 56.

Colombia, junto con la observación de imágenes (visuales y poéticas), la realización de entrevistas y conversaciones, la revisión de fuentes de datos –como por ejemplo la diseñada por la Universidad de los Andes⁴⁴, se hicieran evidentes en el marco de este juego

Por lo anterior, este texto consta de diez partes, precisamente asemejando una rayuela. La “tierra”, que es esta introducción, es en donde se traza una línea para el lanzamiento, y diríamos que se trata de una antesala y conjunto de fintas antes de jugar. Luego, vienen nueve cuadros, en los cuales los tres primeros corresponden a saltos seguidos desde la segunda mitad del siglo XIX en especial, hasta entrado el XXI, pero con repetidos regresos. En ellos se busca mostrar tres momentos de la escritura de las historias de ciudades, empezando por los intereses de los viajeros colombianos que marcharon a Europa, después de lo cual escribieron sus memorias, muchas de las cuales se llenaron de anotaciones sobre el pasado de las ciudades que visitaron, especialmente europeas. En el cuadro siguiente, se muestra cómo a fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, se produjo un interés por historiar el pasado urbano desde dos perspectivas. La primera, ampliamente subvalorada, son las crónicas aparecidas en la prensa y donde se concebía una ciudad fragmentaria. La segunda, de impronta totalizante, buscaba, con el soporte de la recién creada Academia Colombiana de Historia, dar cuenta de *todo* el pasado de las principales ciudades, aunque con especial ahínco al de Bogotá. Ejemplo que buscó ser replicado en pequeñas poblaciones, con ideas de la historia y la ciudad, muy próximas a las de Agustín.

En el tercero de los cuadros, se denota la influencia del arquitecto y urbanista francés Le Corbusier en las ideas que sobre las ciudades y el pasado de estas, que desde entonces fueron lideradas ya no por historiadores, sino por arquitectos. La ciudad se convirtió mayoritariamente en un asunto de arquitectos, nos dice Fabio Zambrano⁴⁵, que a los historiadores les llamó muy poco la atención, ya que el interés principal de las Ciencias Sociales en Colombia estaba concentrado en los asuntos agrarios. Empero, existen intentos, como los liderados por el Departamento Administración Nacional de Estadística en construir “monografías” de ciudades durante la década de 1970. Este apartado se

⁴⁴ http://curlinea.uniandes.edu.co/_list/index.php

⁴⁵ Ver el tercer cuadro, en especial el párrafo 35.

cierra con una conversación virtual entre dos de los exponentes más importantes de la historia urbana, Fabio Zambrano y Germán Mejía, en donde se incluyen algunos datos sobre la producción reciente, de origen principalmente universitario.

Los cuadros cuatro y cinco, son dos exergos que buscan darnos cierta “estabilidad”, tras estar parados en una sola pierna en los anteriores. El primero de ellos, quiere mostrar la influencia de la obra del historiador francés François-René Chateaubriand en la forma de los textos que narran experiencias de viaje y donde se incluyen historias de las ciudades visitadas. Aunque, ello es un camino para indicar algunos elementos sobre la experiencia, la representación y los engaños, de los cuales están hechos, entre otros, los relatos históricos, más cuando se pretende por parte de muchos autores dar cuenta de *toda* una ciudad y su respectivo pasado. El segundo de esos cuadros, busca adentrarse con un poco más de detenimiento en las biografías y crónicas de ciudades, las cuales cuentan con muchas críticas como un pasado, un tanto nocivo, de la reciente historia urbana, pero sin mayores análisis, en particular por sus condiciones polifónicas que otros textos parecen no tener. Seguido a estos dos, se halla un “retorno” en el que se hace un “resumen” de lo que pudieron ser las ciudades en el siglo XIX, el cual es más un referente que un análisis profundo. Para ahondar en esto existen textos citados allí y en la bibliografía.

El sexto cuadro, nuevamente con un solo pie sobre la tierra y con tambaleo, se propone adentrarse en la figura de *cachacos*, como ejemplo de formas de concebir y habitar la ciudad. Este segmento está profundamente asociado con el noveno, en donde se abordan a los *dandis*, en particular con el objetivo de adentrarse un poco más en *una* historia del caminar, que había estado bordeando los apartados anteriores y que en estos dos toma un poco más de forma al profundizar en la importancia de la policía en términos ontológicos para la vida en ciudad y su peso en las continuas restricciones en el caminar. Las ciudades se presentan en el siglo XIX como tediosas, ante el encierro físico y mental que generan, incentivando el salir de ellas. Empero, tras el regreso muchos de los *dandis* terminan por suicidarse, muy pocos físicamente, la mayoría, intelectualmente. En tanto, los caminantes de las ciudades continuaron siendo cuestionados y perseguidos, tal y como si fuesen un tipo de enfermedad que golpea el sistema inmunológico de las ciudades. Buscando aclarar algunas de las consideraciones y conceptos utilizados en especial en el cuadro sexto, y nuevamente para ofrecer cierta “estabilidad”, los cuadros

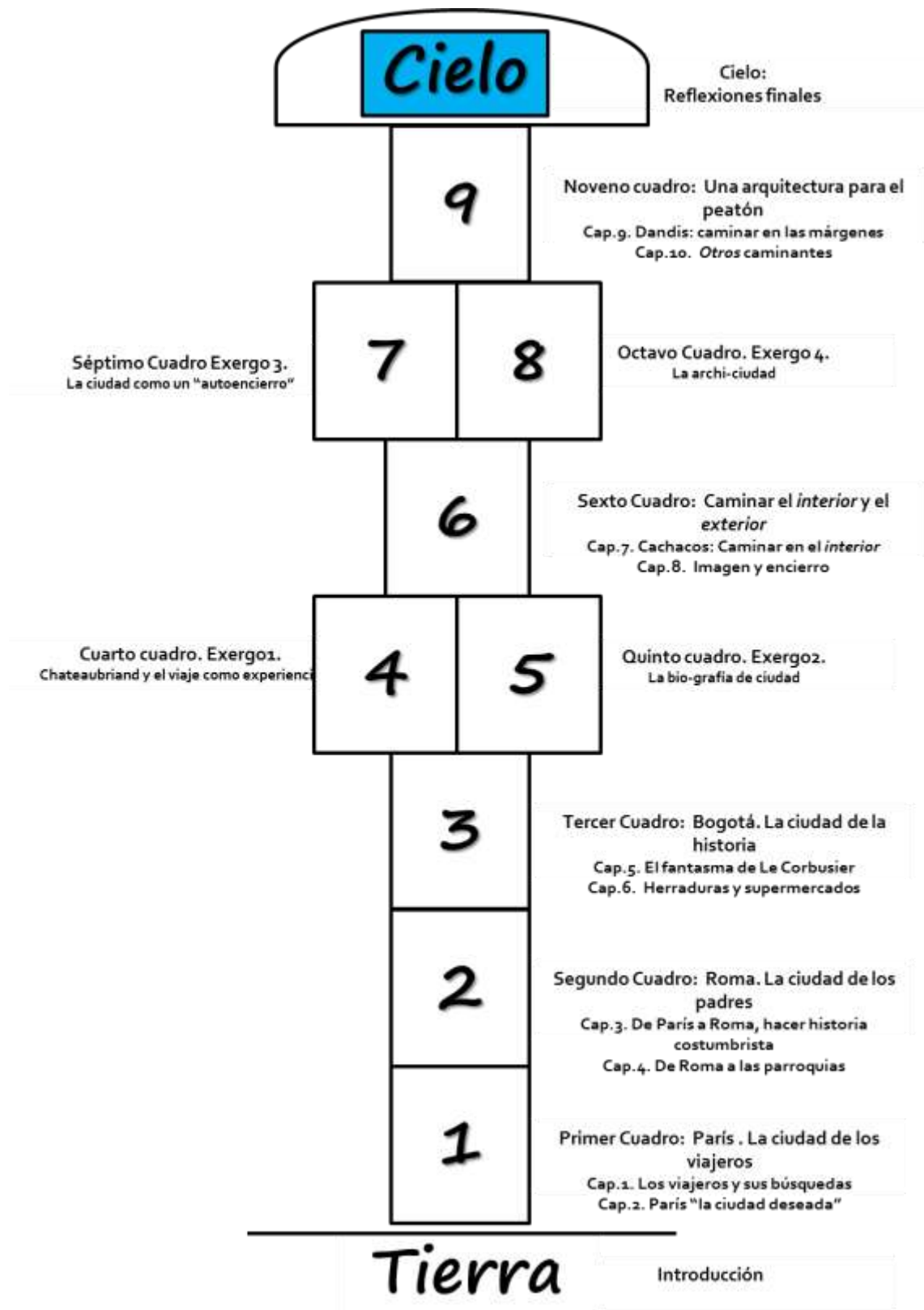
siete y ocho muestran las ideas de la ciudad como “autoencierro” expuesta por Sloterdijk y de “archi-ciudad”, inspirada en Derrida.

Finalmente, aun cuando ello –lo del final- resulta un tanto ficticio, pues la llegada al “cielo” en la rayuela significa el inicio de otro juego, se ubican algunas reflexiones de cierre y apertura, al mismo tiempo. Pero como en todo juego, nos quedamos con la impresión de que bien hubiera podido ser de otra forma su desarrollo y movimientos, y hasta de que fallamos en algo que nos propusimos cuando apenas hacíamos las fintas para el primero de los cuadros. O, que fuimos devorados por nuestro propio “objeto” de estudio en medio de un experimento.

§2. Saltar por el texto

Este párrafo corresponde a una propuesta de lectura del texto (dependiente de su extensión debido a los reglamentos de la Universidad Nacional de Colombia), en donde el movimiento resulta fundamental. Aunque cada lector podría proponer el juego que mejor le parezca.

1. Leer el texto de forma lineal, desde el primero hasta el último de los cuadros.
2. Leer solamente desde el párrafo 1 hasta el 34, y dejando los subsiguientes como optativos.
3. Leer siguiendo esta sugerencia de orden de los cuadros: 7-6-1-4-2-5-9-3-8 (El retorno funciona como un comodín que puede utilizarse en cualquier momento, mientras que la “Tierra” y el “Cielo” difícilmente pueden modificarse, ante ciertas reglas del juego).
4. Leer moviéndose por los párrafos de la siguiente forma: 67,3,4,59,5,54,15,7,6,20,11,14,36,68,65,12,69,51,17,60,58,24,21,48,22,49,23, 61,71,72,25,64,37,10,38,9,53,19,18,52,39,42,16,26,32,47,41,13,35,27,56,28,4 3,29,44,62,55,70,30,31,63,57,33,40,21,34,50. (De la misma forma se mantienen en sus lugares la “Tierra” y el “Cielo”).
5. Leer solamente prestando atención a las imágenes, mientras se deja lo restante del texto como un apoyo.



Cuadro Primero. París, la ciudad de los viajeros

“Pero en la mayoría de nuestros sueños de choza, deseamos vivir en otro lado, lejos de la casa atestada, lejos de las preocupaciones que trae la ciudad.”
Gaston Bachelard

Capítulo 1. Los viajeros y sus búsquedas

§ 3. “Lección a un extranjero o un Inglés en París”



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Fuente: Biblioteca Nacional de Francia (en línea).

§ 4. “Nuestros dandys de la tierra”⁴⁶

La imagen “Lección a un extranjero o un inglés en París”, muestra un *dandi*⁴⁷, un viajero, un extranjero, tiene una de sus manos en el pecho de la mujer francesa, sin que ella oponga resistencia alguna. Mientras tanto, otras dos mujeres vacían sus bolsillos. Esta imagen de un seno deseado con el que busca amamantarse. Esta imagen que antecede la desilusión del *dandi* –que también hubiera podido ser latinoamericano-, que anuncia el rencor que pronto aparecerá contra París. Estas mujeres sintetizan el objeto del deseo y la consecuencia de intentar alcanzarlo por parte de los viajeros colombianos, quienes recorren largas distancias con la seguridad de obtenerlo. Pretenden estos viajeros beber del seno de la madre, que tanto han anhelado tras extensas lecturas. En particular una, la obra de 1811 de Chateaubriand “Itinerario de París a Jerusalén”, constantemente citado como modelo de viaje. Finalmente, el sentimiento de fracaso emerge, la disputa no resultó fructífera y ese objeto de deseo, que no es otro sino París, la capital del mundo, no se puede arrebatar al “europeo civilizado”. Pero ¿quién es ese *dandi* insolente, que busca tomar lo que no es suyo? ¿Por qué empezar así un trabajo dedicado a la escritura de la historia de ciudades?

Primero, este último interrogante para evitar quedarnos sin nada en los bolsillos –como nos lo enseña la lección de la imagen. Aquellos *dandis*, entrenados en las ciudades latinoamericanas, durante o de manera posterior a sus viajes, escriben un conjunto de textos en los cuales dan cuenta de sus experiencias. El conjunto de esas vivencias se desarrolla mayoritariamente en las urbes europeas, aunque durante los recorridos quedan *consignadas* algunas urbes americanas. Carlos Sambricio⁴⁸ ha sostenido que

⁴⁶ Expresión de: CARRASQUILLA, Francisco de Paula. *Tipos de Bogotá*. Bogotá: Imprenta a cargo de Fernando Pontón, 1886, p. 86.

⁴⁷ El término *dandi*, procede del inglés *dandi*, con el cual se hacía referencia desde el siglo XVIII a un hombre que cuidaba de sobremana su apariencia física, el uso de su lenguaje y el conjunto de sus comportamientos. El término cobra fuerza en su utilización en Francia en el siglo XIX, hasta el punto de ser referentes de diversos escritores. De estas dos presencias, es de donde fue tomado por individuos colombianos, como ya observaremos más adelante. En el cuadro sexto nos valemos de dicha palabra para indicar una figura que pretende sintetizar un conjunto de individuos y prácticas, por lo demás, bastante dispares. Ver: Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Versión en línea: <http://www.rae.es/rae.html>; Enciclopedia Británica. Versión en línea: <http://www.britannica.com>.

⁴⁸ SAMBRICIO, Carlos. *La historia urbana*. Madrid: Marcial Ponds – Colección Ayer, 1996.

para el caso español los primeros antecedentes de algo que pueda llamarse historia urbana se hallan justamente en estos relatos, en nuestro caso preferimos la indicación de historias de ciudades dada la amplitud que esta última permite. Sambricio considera que la aparición de esos textos resulta de la revaloración del pasado arquitectónico – apareciendo un tipo de “proto-historia urbana”-, por parte de burgueses interesados en usos del suelo de los centros de las ciudades. Se trata, considera el autor, del uso de la imagen de la ciudad antigua para la construcción del urbanismo ilustrado, en medio de una contradicción entre conservar ciertas áreas y ensanchar el conjunto urbano. Sin embargo, Sambricio omite la continuación de los análisis de ese tipo de textos y opta por las formas seguidas de análisis concentradas en la lectura de los planos como “jeroglíficos”. Los textos de los viajeros latinoamericanos, en este caso particular, los colombianos, no son producto de los intereses similares a los burgueses antes referidos, en cambio, se constituyen en unos esfuerzos no solo por dar cuenta del “progreso y la civilización”, así como también de excusa para publicitar el país,⁴⁹ sino para narrar el pasado de las ciudades visitadas, en particular, París. Estos textos han sido utilizados de diversas maneras, desde las más básicas, como fuentes documentales⁵⁰, hasta análisis de mayor elaboración como las formas del yo que de manera reciente viene interrogando la literatura⁵¹. En todos los casos las posibilidades resultan completamente comprensibles. En nuestro caso estas “fuentes” constituyen uno de los primeros ejercicios historiográficos, en particular en lo que respecta a la historia de las ciudades – en la que se incluye la historia urbana.

En lo que respecta al segundo de los interrogantes, los escritores de los indicados textos corresponden no solo a la categoría de viajero y su correlación directa a una elite. Esa es en buena parte la descripción que por ejemplo hace de ellos Frédéric Martínez, una indicación común y en buena parte insuficiente, pues se da por hecho el lugar de

⁴⁹ Ver. MARTÍNEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

⁵⁰ Ver sobre estos usos: TORRE, Claudia. “Los relatos de viajeros”. En: JOTRIK, Noé. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2003.

⁵¹ Ver por ejemplo: ACOSTA, Carmen Elisa y ALZATE, Carolina. Compiladoras. *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, 2010. También puede verse sobre el acento en el “conocimiento, la autoridad y el poder” de estos textos en: GÓNZALEZ, Roberto. *Mito y archivo*. *Op.cit.*

producción, sin que ello amerite mayor análisis. Esos viajeros, que se asemejan a la figura del *dandi* descrita por Charles Baudelaire, y luego tomada por autores como Walter Benjamin, poseen su referencia local, el *pepito*. Todavía no es clara la razón por la cual se nombra de esa manera al personaje que comienza a proliferar a mediados del siglo XIX. Según José María Vergara y Vergara, se trata de un personaje que procurando utilizar moda y formas de comportamiento francés pretende deshacerse de su lastre, la de “cosechero enriquecido”; en medio de lo que Miguel Samper llamó como la “miseria de Bogotá”, dada su condición “atrasada y decadente” en comparación con otras urbes latinoamericanas, que le hizo “parasitaria” y llena de enfermedades morales, sociales y políticas.⁵² Este *dandi* criollo se contrapone al *cachaco*, identificación del habitante bogotano radicado en la vida y costumbres de la Santafé colonial, para quien según observa Vergara y Vergara sufre un duro revés en el escenario temporal de 1848-1849.⁵³ Para este autor conservador esas fechas significan el fin de la Bogotá colonial tras los sucesos que termina por llevar al poder a José Hilario López y la apertura a la influencia francesa, que tantas prevenciones produjo dado el alzamiento parisino de 1848. Para el creciente número de viajeros que comienzan a visitar París desde mediados del siglo XIX, la ciudad anterior Haussmann es la que precede a 1848.

Alexis de Tocqueville indicó cómo 1848 expresaba “lo único y exclusivamente popular” de una revolución, que a su modo de ver se diferenciaba de los alzamientos que hasta ese momento se habían sucedido.⁵⁴ En la percepción de Tocqueville se estaba ante un fenómeno al margen de la burguesía, en el que,

⁵² SAMPER, Miguel. “La miseria de Bogotá”. En: SAMPER, Miguel. *Escritos político-económicos*. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán, 1898. Para Miguel Samper la ciudad no puede ser explicada de forma separada a la nación, de allí que las razones para que Bogotá se sumiera en sus penas o progresara estaba en los éxitos de la construcción nacional.

⁵³ Para Vergara y Vergara existe un cambio entre la Santafé de 1813 y la Bogotá de 1866, ejemplificada en sus gustos y estos a su vez en las bebidas de moda (chocolate, café y té), los cuales pasan de la elegancia a la pobreza y de allí a la indecencia, producto de influencias extranjeras –principalmente las francesas. VERGARA Y VERGARA, José María. “Las tres tazas”. En: *Cuadros de Costumbres*. Bogotá: Biblioteca Schering Corporation, 1967 (1866), pp. 9-40. Esta idea de los cambios sucedidos en la Nueva Granada y asociados a las bebidas puede observarse también en: ORTÍZ, Juan Francisco. “Una taza de chocolate.” En: VV.AA. *Museo cuadros de costumbres*. Bogotá: F. Mantillana, 1866 (Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango). También en esa idea de asociar el nombre Santafé con la ciudad, o la forma de habitar la ciudad, antes de 1810, puede leerse a: ACEVEDO DE GÓMEZ, Josefá. “Santafé.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Municipal, 1938.

⁵⁴ TOCQUEVILLE, Alexis. *Recuerdos de la revolución de 1848*. Madrid: Trotta, 1994 (1893), pp. 87 y 89.

“Era una cosa extraordinaria y terrible el ver, solo en manos de los que nada poseían, toda aquella inmensa ciudad, llena de tantas riquezas, o, mejor dicho, toda aquella nación, porque gracias a la centralización, quien reina en París manda en Francia. Así, el terror de todas las demás clases fue inmenso. Yo no creo que en ninguna época de la revolución haya sido tan grande, y pienso que no podría compararse más que con el que debieron de sentir las ciudades civilizadas del mundo romano, cuando veían, de pronto, en poder de los vándalos y de los godos.”⁵⁵

Efectivamente para Tocqueville, las ciudades, y en particular París, sintetizaban el caos, la sangre y el posicionamiento de las ideas socialistas, que tanto lo aterraban del tránsito por aquel febrero de 1848. Además que para él no contaban con ninguna justificación política, sino que se trataba de un hecho asociado a la codicia y la envidia, que terminaba por derrumbar el aprecio por la libertad y abrir la puerta al miedo.⁵⁶ Semejante idea se gestaban tanto los viajeros, como los lectores colombianos que veían con profunda preocupación ese levantamiento. A ello le sumamos que, una sensación en algo similar se gestó con la elección de José Hilario López en 1849. Por un lado, se edificó la imagen de una situación violenta que terminó por presionar la elección de López. Por otro, sirvió de caballo de batalla o excusa para los antecedentes a la guerra civil de 1851, la abstención conservadora de 1852, la constitución de 1853 y el contragolpe en 1854.⁵⁷ En resumen, 1849 visibilizaría tanto las reformas del orden liberal, la consolidación de los partidos políticos, el crecimiento de las sociedades democráticas, como la posibilidad de que las turbas se levantarán y provocaran el vertimiento de sangre de manera similar a la descrita por Tocqueville. Pero a semejante imagen debe tenerse en cuenta que la mayoría de los viajeros que refieren el caso de 1849, muy pocos eran proclives a la figura de José Hilario López y por ende a 1849. De allí, cuando menos en parte, que se le asocie a un tipo de corte en el flujo que provenía de la Colonia y que podía observarse en la imagen del *pepito* en contraposición al *cachaco*⁵⁸.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 89.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 94 y ss.

⁵⁷ Ver entre otros: SAMPER, José María. *Apuntes para la historia y política social de la Nueva Granda desde 1810 y especialmente de la administración del 7 de marzo*. Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1853. GALINDO, Aníbal. *Recuerdos históricos. 1840-1890*. Bogotá: Imprenta de la luz, 1900. VARGAS, Gustavo. *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*. Medellín: Oveja Negra, 1972. MOLINA, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia. 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1973.

⁵⁸ Tal y como en el caso del dandi, el término *cachaco* se utiliza para referirse especialmente a individuos radicados en Bogotá, que se caracterizaban por su elegancia y sus comportamientos, será utilizado como una figura, en la que también nos detendremos con mayor atención en el cuadros sexto. Ver: Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Versión en línea: <http://www.rae.es/rae.html>.

Aquel *cachaco* se diferencia sustancialmente del *pepito* en la frecuencia y el uso de los espacios públicos, pues aunque es un “tipo simpático”, como lo muestra Emiro Kastos⁵⁹, termina opacado con el despliegue de los gustos que hace el *dandi* local. Este último es un tipo sin mayores necesidades, su familia es comúnmente solvente, gracias a las producciones agrícolas que él olvida. Esto le permite levantarse tarde (10:00 a.m.), debido a que se acuesta pasada la medianoche; lo primero que hace es leer, particularmente literatura romántica francesa, y continúa con el almuerzo, todo asemejando los gustos franceses. Mientras esperan la herencia, se aburren y por ello sueñan con viajar, con el único propósito inicial de “emocionarse”, no les basta leer a Dumas o Lemartine, mientras eso ocurre, gastan en vestidos (franceses), libros, perfumes, hasta llenarse de “colganderos”, y fiestas. Son justamente estas últimas donde mejor se mueven, pues este tipo de espacios los considera, junto con los artículos de prensa que publican –dedicados a temas internacionales-, las formas para sentirse libres. Porque también allí pueden exponer sus dotes de conquistadores y poetas aficionados, para enamorar a las jovencitas. “Son como adolescentes”, decía Kastos, y probablemente tenía razón, porque les hacía falta algo, desprenderse de la madre (patria) para conocer otros mundos, pero sin desprenderse completamente de la progenitora.

Para muchos, particularmente para los *cachacos*, los *pepitos* no hacen otra cosa que “disfrazarse”. Ello corresponde a un tipo de entrenamiento que desarrollan en Bogotá para moverse con mayor holgura en Europa. Usan el “disfraz” para procurar borrar su procedencia, primero la campesina en Bogotá, luego la americana en París. Como en la pintura de Ramón Torres Méndez, el mismo padre viste de manera diferente de la suya a su hijo. La ruana se ha sustituido por un saco, el sombrero ahora de copa y los libros le ofrecen el principal elemento diferenciador al joven, más como lujo que como promoción de las ciencias. Emiro Kastos, indicaba que en medio de los mendigos, vergonzantes, rateros, ebrios, leprosos, holgazanes y locos,

“Para los ricos el lujo es casi un deber; pero cuando una sociedad se apodera del vértigo de las imitaciones ruinosas y de los plagios insensatos, cuando los pobres quieren a la par

⁵⁹ KASTOS, Emiro. “Los pepitos”. En: *El Tiempo*. No. 178. Bogotá: Mayo 20 de 1858.

*de los ricos mantener sus hijas vestidas de seda, tener muebles de rosa, dar convites y beber champaña (...).*⁶⁰

Este “cosechero enriquecido” camina sin mayor afán a llevar su hijo al colegio. En tanto, un mayordomo lo sustituía en la dirección de sus propiedades y recogía los insumos para sustituir el bagre y el plátano, por otros alimentos, y suministrar el dinero para adquirir el vino francés y toda clase de gustos que el dinero pudiera permitir.⁶¹ Se trata de un entrenamiento que se llena de experiencias en el marco de un espacio urbano particular, Bogotá. Porque así como lo ha considerado Sennett, guiado por Balzac, “un campesino cree solamente en lo que observa”, mientras que un urbanita “está dispuesto a creer solo en aquello que puede imaginar acerca de los modos de vida y las personas de las que todavía no tiene experiencia concreta”.⁶² Y es que aun el aburrimiento y el soñar en recorrer las tierras más exóticas, de allí que, la figura de Nicolás Tanco Armero se convierta en el ideal a seguir, el conjunto de esas vivencias les servirá de *haber-previo*. Ese es el punto desde el cual se organizará todo el mundo que observa, contribuye en la discriminación de los elementos observados y afecta las características de la escritura. Como jóvenes que son los viajeros, adquieren su madurez en esa triple condición de *pepito*, extranjero en Europa y narrador de esos escenarios para sus lectores colombianos y latinoamericanos. En este sentido, pretenden incluirse fácilmente en la sociedad parisina, pero, como lo indicara Tanco Armero⁶³, difícilmente lo logran, aunque son considerados ricos, no es casual que las dos mujeres restantes en la primera de las imágenes del presente apartado busquen dejarlo sin dinero.⁶⁴ Igualmente, pretenden que el ritmo de vida llevado en Bogotá continúe en París: rutinas diarias, presencia repetida en bailes, visita a espacio públicos (cafés, teatros, parques y calles, principalmente). Pero

⁶⁰ Emiro Kastos citado por: LARA, Patricia. “La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo”. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. No. 25. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1998, p. 109.

⁶¹ Sobre la condición de ausentista de estos cosecheros ver, entre otros, la obra de: PALACIOS, Marco. *El café en Colombia, 1850-1970*. Bogotá – México: El Áncora Editores y El Colegio de México, 1983.

⁶² SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama, 2011, p. 60.

⁶³ TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. Introducción de Pedro María Moure. París: Imprenta de Simón Raçon y Comp., 1862, p.155 y ss.

⁶⁴ Las principales motivaciones para viajar eran estudiar, comerciar, ejercer la diplomacia, realizar visitas movidos por la curiosidad y participar en las exposiciones universales. Ver: MARTINEZ, Frédéric. *Op.cit.*

semejantes condiciones que para el autor decimonónico corresponden a un “mentecato”, eran para la mayoría de ellos un ejercicio propio de un peregrino.

§ 5. Cosechero enriquecido



Cosechero llevando a su hijo a estudiar. Ramón Torres Méndez. Litografía- Ed. Víctor Sperling. Leipzig, 1910. Biblioteca Luis Ángel Arango.

§ 6. Peregrinos en busca de sí

*“¿Con que os cansó lo rudo del camino?,
¿con que está el corazón agonizante?...
Pensad que solo sois un peregrino...
Y seguid adelante!”*
José Asunción Silva. “Voz en marcha”.

La percepción de sí mismo de los *pepitos* viajeros es efectivamente la de un peregrinar. Se muestran como penitentes, que deben repetir caminos ya recorridos, ante algo que no se ha alcanzado. Una y otra vez caminan senderos ya transitados por otros, pero de los que suponen no se tiene idea. Zygmunt Bauman⁶⁵ ha considerado que la vida moderna puede entenderse como un peregrinar, sin que ello implique que sea una invención suya, pues la figura del peregrino “es tan antigua como la cristiandad”. Para Agustín, mientras Caín construyó una ciudad, Abel se hizo peregrino, por eso la verdadera ciudad está en el cielo, mientras que en la tierra los cristianos erran “a través del tiempo”. Felipe Pérez⁶⁶ considera que la tarea del viajero era efectivamente la de un errante, para el cual su único oficio era “andar, andar”. Porque como lo indicaba Bauman la verdad para los cristianos siempre está en otra parte, provocando una discordia entre el aquí/ahora y el “verdadero mundo” o lugar, que tanto desvelaban a los *pepitos* anclados en Bogotá y tan notable en sus propios relatos de viaje tras partir de la capital colombiana. Lo problemático resulta tras alcanzar ese lugar tantas veces deseados y prometido, porque siempre para el peregrino habrá un lugar más allá. Entonces, aparece la desilusión y con ella un rencor, asuntos que consideraremos más adelante.

Uno de los primeros elementos urbanos de las ciudades que observan los *pepitos* son las calles. Y ello se debe justamente a esa condición de peregrino que reiteran en sus textos. Para Bauman, los únicos espacios que adquieren sentido para los peregrinos son precisamente las calles, pues ellas ofrecen la sensación de movimiento. Pero el sentimiento de desamparo que caracteriza al cristiano, del que nos ha hablado Richard Sennett en varias ocasiones, procura ser resuelto, al menos parcialmente, buscando por parte de los viajeros los mejores hoteles, cuando menos en lo que respecta a la atención.⁶⁷ En esos hoteles se halla un tipo de morada, un hogar del ser, frente a la desnudez que puede implicar la separación del lugar materno, frente al sentimiento de

⁶⁵ BAUMAN, Zygmunt. “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad”. En: HALL, Stuart y DU GAY, Paul. *Cuestiones de identidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

⁶⁶ PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje*. Bogotá: Editorial ABC, 1946. (1864).

⁶⁷ Ver al respecto de la morada entre otros: HEIDEGGER, Martín. “Construir, habitar, pensar”. En: HEIDEGGER, Martín. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal, 1994. Por fortuna en lo que respecta a otro de esos elementos que dan el sentimiento de morada como lo es la comida, ya venían entrenándose al asemejar sus gustos con los franceses. Ver también: DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. 2. *Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.

desamparo común entre los viajeros. Se paga en esos lugares por el cuidado, en eso son reiterativos los viajeros, quieren que se les cuide, que se les mire, pues esos diligentes empleados han estado allí mucho antes que aquellos visitantes. En el hotel entonces aparece la posibilidad de amparo, en medio del confort, aunque no por eso se enclaustran en sus habitaciones, sino que esa seguridad les permite salir y enfrentarse a esas ciudades con la certeza de que una morada les aguarda.

A diferencia del peregrino descrito por Bauman, que escoge el desierto para evitar las distracciones urbanas, el *pepito* camina hacia la *capital del mundo* –como era conocida París en cuando menos la segunda mitad del siglo XIX-, para contribuir en la gestación de una familia globalizada, asemejándose al apóstol Pablo, el viajero⁶⁸. Tampoco va a perder su identidad, sino que al contrario, se tratan de adolescentes que a lo largo de sus periplos, como se deja entrever en sus textos, procuran su autoconstrucción, el encuentro con su yo, que como sostiene Carmen Elisa Acosta se concreta en la escritura.⁶⁹ Ella –la escritura- es un medio al mismo tiempo que da constancia de madurez. Como en el texto “El viajero” de José Joaquín Borda, ese muchacho insolente regresa hecho todo un hombre y como evidencia de ello se integra a la vida política del país; aspecto recurrente en la mayoría de las vidas de los viajeros. Así como los señalamientos del introductor de la obra de Tanco, José María Moure, quien nota el proceso de maduramiento que el autor sufre a lo largo de las páginas.

En lo que si concuerda la condición de peregrino indicada por Agustín y ampliada por Bauman, es en la de no quedarse quieto. Prácticamente todos los textos coinciden en el movimiento. No tarda en arribar al hotel y pronto sale a recorrer las calles, visitar monumentos, participar en bailes, en fin, extasiarse de esa luz alcanzada a través de la acción de su cuerpo. Hasta el punto de que los avances técnicos en los transportes les motivan a visitar otras ciudades, siempre regresando a París. Eso sin contar que el “delirio de la locomoción se ha ido á dar al extremo opuesto; se han suprimido los viajes

⁶⁸ FOMBONA, Joaquín. “Travestimos de Tanco Armero en China y Palestina”. En: ACOSTA, Carmen Elisa y ALZATE, Carolina. Compiladoras. *Relatos autobiográficos y otras formas del yo. Op.cit.*, p. 129. En Tanco armero, nos dice Fombona, existe un mezcla entre liberalismo mercantil y redención cristiana mediante el progreso. De allí que, asuma actitudes de colonizador o evangelizador según el caso a lo largo de su viaje a Oriente, principalmente.

⁶⁹ ACOSTA, Carmen Elisa. “Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura.” En: ACOSTA, Carmen Elisa y ALZATE, Carolina. *Ibid.*

como ántes (sic) se entendían, como solían procurar agradables distracciones: hoy se sale y se llega⁷⁰. Este movimiento es producto de la continua insatisfacción del peregrino, nada le satisface, pues como sostuviera Freud existe un desequilibrio entre la demanda de satisfacción y lo obtenido tras esa demanda.⁷¹ Que según Bauman termina por hacer del peregrinar una obligación, y no una opción, en el mundo moderno. Aunque también porque según la indicación agustiniana de recorrer el tiempo, el espacio aparece entonces como una función del tiempo mismo. En este sentido, la distancia (espacial) no es otra cosa que una espera, un padecimiento, que resulta ser más intenso cuanto más lejano se esté del lugar (temporal o espacial) anhelado. A lo cual debe sumarse la deuda dejada con los seres amados ante su ausencia. De esta manera, el recorrido por el río Magdalena es un conjunto de formas del padecer en el que pareciera que todo el mundo está contra el peregrino. Por eso “el más extravagante de los caprichos”, como lo llama Felipe Pérez,⁷² es un ejercicio en solitario. Cuando menos narrativamente así se presenta, como si viajara solo y así tuviera que enfrentar ese conjunto de adversidades, gracias en buena parte al autorreconocimiento como extraños.⁷³ En muchas de las ocasiones se presentan personajes de diferentes procedencias, solamente con la intención de sugerir una idea cosmopolita de su peregrinar y justificar una de las intenciones del viaje, publicitar el país. Pero al aproximarse a la luz emanada de París, no solo los transportes mejoran, sino que este padecimiento disminuye en intensidad. Las aduanas y estaciones dejarán de ser un martirio para constituirse en señales de aquel faro que aguarda en Francia, y las esperas, momentos de contemplación.

El encuentro con el yo por parte del viajero, el uso de la escritura para ello y el viaje en sí mismo, le significaron a ese *pepito* constituirse en un hombre moderno. Y es justamente esta condición el soporte para procesos posteriores de modernización. No se trató solamente de importar ideas de “mejoramiento” material en el caso de las ciudades, radicadas en experiencias civilizadoras, sino que ello implicó la aproximación a ese

⁷⁰ Introducción de Pedro María Moure en: TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.*, p. V.

⁷¹ Ver: FREUD, *Más allá del principio del placer*. 1920. En: <http://www.philosophia.cl>

⁷² PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje*. *Op.cit.*, p. 47.

⁷³ Ese es entre otros, el caso de José María Samper, quien aunque viaja con su esposa Soledad Acosta, su suegra y sus dos hijas, a lo largo de su texto siquiera aparece unas cuantas veces la señora Acosta y eso como cualquier otro personaje de la travesía al que se interroga o comenta sobre alguna eventualidad.

hombre moderno, aproximación que se hacía dirigiéndose a los escenarios urbanos, norteamericanos y europeos, en donde esperaba satisfacerse. Al mismo tiempo, significaba hallar un sentido antes inexistente, con el hallazgo del futuro que tanto se divisa en los textos de estos viajeros. Porque aun la crítica a su terruño, hacia él estaban dirigidas todas sus observaciones de las urbes europeas. Para Bauman ese mundo del peregrino requería ser ordenado, tal como los místicos del siglo XVII⁷⁴, para quienes el caminar conservaba de manera simultánea el recorrido. Las huellas debían conservarse para dar seguridad. Y eso sucede tanto con las reiteraciones al punto de partida, en particular Bogotá, como con los esfuerzos por narrar la historia de cada una de las ciudades visitadas, que actuando como objeto/personaje, ofrecían justamente la seguridad de que ese camino recorrido era el correcto, conduciendo al progreso, y no el equivocado, como en el caso español. Así nos lo dejó saber ampliamente, por ejemplo, José María Samper⁷⁵, quien dedicó gran parte de su obra a las similitudes españolas desde el punto de vista del atraso con Hispanoamérica, no en vano, este autor, se denominó Hispano-Colombiano para sugerir la procedencia del rezago material e intelectual.

§ 7. En busca de los padres

El viajero colombiano va con las ideas de “investigar” y ser “revelador del progreso”, como sostiene Samper, de “ver” y “estudiar”, como lo indica Pérez, o “una guía que no les dejará extraviar” que “con una variada y amena erudición les irá instruyendo en su camino”, como en Tanco Armero.⁷⁶ De allí, la importancia de primer orden que le ofrecen a la necesidad de conocer la historia de las ciudades que visitan, aunque en particular la de París, en la medida que ella es asociada a una que se persigue. No se trata de una mera relación periferia-centro. En cambio, ese centro se sacraliza, de allí el peregrinaje.

⁷⁴ Ver: DE CERTEAU, Michel. *La fábula mística*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

⁷⁵ SAMPER, José María. *Viajes de un colombiano en Europa*. Serie 2. París: Imprenta de Thunot, 1862.

⁷⁶ Fombona indica que el “modelo tradicional de texto de viaje” es un comentario a un itinerario, el cual constituye un género literario que busca y promete utilidad real para los lectores, al mismo tiempo que el escritor evita indicar el propósito del viaje. FOMBONA, Joaquín. *Op.cit.*, p.119-121. Para Acosta se integra la tradición romántica de varios de los autores con las problemáticas respecto al progreso. ACOSTA, Carmen Elisa. “Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura.” *Op.cit.*

Porque la ciudad es como sostiene Rykwert⁷⁷, un símbolo paterno (de los ancestros). No es casual que las ciudades colombianas y en especial Bogotá, como principal punto de partida, se asocie a la madre. Aquella que se deja buscando un nuevo seno, que se expresa en la imagen inicial: el extranjero toma el pecho de la mujer sin ninguna apariencia de vergüenza. Allí, en París están los padres. Felipe Pérez escribía por ejemplo a Lamartine y a Dumas.

"Señor A. de Lamartine.

Acabo de llegar a París, y vengo de la tierra de los muiscas, que queda del otro lado de los mares, en el corazón de la América. Quiero decir que he venido, casi desde los bordes del Amazonas hasta los del Sena.

Todavía no he ido a orar en Nuestra Señora, ni a meditar al pie de la columna Vendôme. ¿Por qué? Debo decirlo: ¡porque mi pensamiento ha estado lejos de vos, señor; y porque me he creído satisfecho con habitar bajo el mismo cielo y respirar el mismo aire 'que vos!

Hay algo en esto como un hálito de vuestra gloria.

Mas, ¿quién soy yo para hablaros así?

Yo sé muy bien quién sois vos. Yo sé que sois el poeta, el historiador, el viajero y el novelista más sentimental del siglo.

Yo sé que los terebintos de Jerusalén todavía se, acuerdan de vos, y os nombran en los misterios de su follaje agitado. "Yo sé, señor, que habéis tocado con vuestro gran buril, en El Civilizador, todas las pálidas figuras de los viejos siglos, y que las habéis convertido en seres vivientes y grandiosos. Habéis vencido pues la Tumba y el Olvido.

La revolución de 93 os debe su historia, contada a los siglos que vendrán, con la gracia con que habla un ángel a otro.

Sé también, señor, que sois una verdadera arpa cólica, y que derramáis las mejores armonías de la Francia a los simples impulsos del céfiro.

Todo esto, señor, pasado de un hemisferio al otro en alas de la justa gloria, ha llenado mi alma de admiración por vos; pero todo eso, señor, no vale nada a mí; ojos. Eso, cuando más, hará juntar mis manos para unir la demostración de mi entusiasmo al coro universal que os aplaude. Las manos de un hombre no son su cabeza; y ella es la que yo inclino reverente ante el bardo anciano que, en lugar de trepar las gradas del poder cuando le sonrió el veleidoso labio popular, volvió atrás, y espera en su cabaña, con miedo, la aproximación de las nieves del invierno ...

Ya veis, pues, que os conozco, señor; ya veis también que, preguntando por mí, he hablado de vos. ¡Eso es para decirlos que vos lo sois todo y que yo no soy nada!

Poeta, joven y viajero, al pisar la tierra histórica de Europa, he querido saludaros de preferencia. Perdonad mi atrevimiento, y ved en mis sentimientos, una expresión fiel de los sentimientos de la juventud americana, de la cual sois vos uno de los inspiradores más simpáticos."

"Señor A. Dumas:

Soy una ave americana que vuela por Europa, y que está espantada con la brillantez y la inmensidad de su cielo.

He dejado el peñón colombiano y he venido a pararme en París; en París, señor, que es a un tiempo una Sibaris por sus placeres, una Atenas por su sabiduría, una Tiro por su

⁷⁷ RYKWERT, Joseph. *The idea of town. The anthropology of urban form in Roma, Italy and the ancient world.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1988.

comercio, y una Babilonia por su hermosura, pero que vale más que todas esas ciudades por el corazón y por el talento de sus hijos; en París, señor, que, como la ciudad de los Césares, tiene enfrente~ y en el bisel de los mares una nueva Cartago, celosa de la grandeza de su nombre!

¿Qué haré pues en medio de semejante emporio de civilización? ¿Inclinarme y hacer mi reverencia salvaje?

Sí, eso es lo que he hecho; eso es lo que he debido hacer.

Mas, ¡primero al genio; después al monumento!

Es por eso por lo que os escribo esta carta. Perdonad mi osadía, y recibidla como el saludo de un poeta desconocido del otro lado del océano.

Lo mismo he hecho con el señor de Lamartine, y lo mismo hiciera con Víctor Hugo, si Víctor Hugo no estuviera proscrito del suelo francés!

Vos, señor, no sabéis quién soy yo; tal vez no lo sepáis nunca; pero eso no importa. ¿Sabéis vos acaso lo que es el perfume que llega hasta el ara?, ¿la melodía que penetra hasta el corazón?, ¿el grito de aplauso que surge de un labio entusiasta? Tomad pues mi saludo como uno de tantos de esos ruidos que se escapan de nuestra América virgen; como el vuelco de una cascada en los montes, la caída de un roble en las selvas, o el canto de un pájaro desconocido. Sí, tomadlo, señor, por algo de eso, pues si él no tiene el encanto, tiene, al menos, la intención del himno. "Yo acabo, señor, de visitar el Niágara; pero los hombres de talento me parecen más grandes que los horrores de la naturaleza."⁷⁸

Pero estas cartas nunca llegaron a sus destinatarios. Tras la exuberancia que resultan los espacios urbanos de París y la necesidad de observarlos de cerca como evidencias del progreso, se descubre la personalidad de los “grandes” autores, la miseria, y como ya se indicó, a ellos mismos. La mayoría se desilusiona, esa es la pena del peregrino, quiere seguir caminando, pero ya no tiene a donde más ir. Son excepcionales los casos de quienes viajan a África o Asia. El regreso es inminente. Pero no volverán siendo los mismos, no solo han madurado luego de ver el cielo, y con esa tarea cumplida se convirtieron en paseantes, en caminantes urbanos⁷⁹. Ya en Bogotá, sin ningún lugar a donde ir, buscarán volver sobre sus huellas. Esas que dejaron en el viejo mundo, las que el viejo mundo marcó en ellos, y que se grabaron con la escritura. La historia de cada una de las ciudades que narraron en sus textos les servirá para justificar sus ideas de transformar materialmente las ciudades, en este caso colombianas. Buscarán hacer un tipo de mimesis, en donde se pretende que las urbes se parezcan a la ciudad original que ahora tienen en su cabeza y gracias a sus experiencias. La Santafé que dejaron se ha mezclado, como en el texto de Vergara y Vergara –*Las tres tazas*- con la París que los

⁷⁸ PÉREZ, Felipe. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.* Un texto como el aquí citado también podría ser leído desde una perspectiva como la de los Estudios Poscoloniales, en cuanto a sus características respecto a la colonialidad del poder.

⁷⁹ Los caminantes urbanos son muchos más que solamente los *dandis*, a estos últimos se pueden sumar mendigos, prostitutas, gamines y hasta los perros. Ver sexto cuadro.

deslumbró. Esa Santafé que correspondía al sueño urbano implantado en América, la Nueva Jerusalén hecha realidad, será remplazada por París. Semejante sustitución no implica de ninguna manera el borrado completo, más bien funciona como una tachadura, una nueva escritura sobre una ya existente.

Tanco Armero en su viaje a Palestina narra haberse encontrado con las huellas de alguien que le antecedió, Manuel Cordovez Moure. Tanco decide entonces traer consigo la tarjeta que Cordovez había dejado años atrás como evidencia de su estadía, como constancia de haber sido el primero en visitar aquellas tierras. Tras la inexistencia de esa constancia Tanco será el primero. Los viajeros colombianos del siglo XIX narran y escriben para dejar huella, desflorar, nuevamente, ser los primeros. En eso se parecen a los conquistadores y los cronistas, aunque también en lo prescriptivo⁸⁰, condición que adquieren sus textos ante esa condición de primacía. Ello puede pasarse por alto en la medida que se consideren escasamente como “fuentes documentales”. Pero sobre ello volveremos en el segundo apartado dedicado de forma particular a la historiografía del siglo XX que bebe como decíamos de esa “fuente”. Por ahora lo que nos interesa es la relación entre el dejar una huella, la escritura y la tachadura producto de ello.

Nos dice Carmen Elisa Acosta que,

“la escritura fue para el viajero una necesidad. Desde el título convoca una serie de historias, extraídas de una secuencia de hechos que tienen que ver con la construcción de relatos, con historias propias y de otros. Cada episodio, con un carácter individual, se constituye en aspecto secundario del relato mayor, el viaje, que aparece como fondo general proyectado frente a dos situaciones: la miseria de estar lejos del hogar y, a la vez, las miserias del siglo XIX.”⁸¹

Esa escritura se interesa por variados temas, en su conjunto asociados a los ideales de progreso y civilización. Empero, ellos se desarrollan de una manera más o menos común en espacios urbanos, escenario que como dijimos es el punto de llegada de la peregrinación, pero también el elemento central en donde recaen las comparaciones. Ya que aún las preocupaciones por la política o la economía, ellas se radican en los

⁸⁰ Sobre las condiciones prescriptivas de los textos coloniales ver: CASTAÑEDA, Felipe y KOVACSIS, Martha. *La ley de la descripción*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2001.

⁸¹ ACOSTA, Carmen Elisa. “Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura.” *Op.cit.*, p. 101.

problemas o avances propios de las ciudades, bien del país dejado, bien de las nuevas tierras. Para la misma Acosta, viajar implicaba leer y escribir, y diríamos con varios de los viajeros, que también morir. En todos los casos, la relación entre los tres es latente. Ha sostenido Michel de Certeau⁸² que la escritura es una “tumba”, un “lugar para los muertos”, la manera de procurar saldar una deuda ante las ausencias. Al regresar, París ya no está sino en los textos, sin embargo, estos edifican un sistema de significaciones radicado en las experiencias urbanas que los viajeros han tenido. Las cuales –las experiencias- son organizadas a partir de la cita a la historia de cada centro urbano, a partir de un lugar particular dado por la filiación partidista y/o la condición social, desde el que se hace referencia a lo que ya no está. Las urbes europeas no *son* visitadas, sino que *fueron* visitadas. Existe una diferencia que los textos procuran ocupar con el intento del uso del tiempo presente. Pero como en la indicación freudiana, el pasado busca regresar y diríamos que lo que se pone en juego de manera posterior con los inicios de modernización material de las ciudades colombianas es el futuro del pasado –del pasado de cada una de esas urbes narrado en los libros de los viajeros.

Pero estos juegos con los tiempos se ajustan a la indicación agustiniana de peregrino, por razón a que erran por el tiempo. Ese errar se organiza de tal manera que pueda ser “descifrado” por quienes saben leer. No solo los que actúan como lectores de los libros, también sus autores, que como hemos indicado en compañía de Carmen Elisa Acosta, son lectores asiduos de lo que observan mientras peregrinan. Porque como en los místicos del siglo XVII que estudio de Certeau, la escritura es una apertura al mundo, en la que se intenta deshacerse de uno mismo, en este caso notable en la soledad que alberga la condición de peregrino. Tenemos entonces ante nosotros unas “fuentes” que nos hablan de las travesías, al mismo tiempo que un cuerpo –un viaje- que se considerara como “real”. Y no porque no lo sea, sino porque su ordenación tiene ese efecto. Tanto para Ricoeur, como de Certeau, el relato es un guardián del tiempo, y eso lo entendían los autores, no tanto porque guardaran sus propias huellas, también porque conservaban la ruta en que el progreso y la civilización habían sido posibles. Y ello se expresaba en lo que se escribe y el cómo se escribía esas narraciones. Ricoeur⁸³ coincide interesantemente con las preocupaciones de los viajeros en la mayoría de las

⁸² DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia. Op.cit.*

⁸³ RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. III. Op.cit.*

introducciones o prefacios, en lo correspondiente a la tensión sucedida entre la identidad narrativa y la ambición de verdad, que para el autor francés se resuelve con los usos de la poética. Un camino similar utilizaron los viajeros para afrontar el inconveniente, pues no solo recurrieron a las cronologías, las temporalidades de los verbos, sino que se apoyaron en el pasado de los espacios visitados como constatación –además de transiciones en las emociones de acuerdo con la pretensión del autor por llamar la atención en alguno de los elementos del conjunto urbano. Y es que en efecto la narración era el camino para mediar entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, indispensable, según Ricoeur para “hacer la historia”. En otras palabras, la escritura permitía que las vivencias anteriores llevadas a cabo en las ciudades colombianas desde donde partían, sumadas a las logradas en los nuevos espacios urbanos, se asociaran con su objetivo de que eso visto en Europa pudiera ser desarrollado en Colombia. Coinciden los autores en hacer un fuerte y reiterativo llamado a que esos ejemplos mostrados son el resultado del pasado y la posibilidad de aprendizaje para el futuro propio. El futuro del pasado al que nos hemos referido.

§ 8. La ciudad de la infancia, un archivo

(Antes de seguir adelante) son necesarias algunas consideraciones sobre lo que significa experiencia, vivencia, las relaciones entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa.⁸⁴ Según Daniel Herrera, quien sigue de cerca a Husserl, “la experiencia humana, es entendida como una correlación existente entre el hombre, las realidades concretas y el mundo en cuyo horizonte aparecen las cosas”.⁸⁵ La ciudad entonces, que como materialidad es una realidad concreta, no existe en sí misma, sino por los diversos horizontes que los seres humanos plantamos en dicha espacialidad. Porque aun las similitudes en los relatos de los *pepitos* viajeros, ellas difieren entre sí dadas las experiencias pasadas de cada uno de los individuos que se proyectan en el qué y cómo se observa. Lo anterior no quiere decir que solamente existan experiencias individuales,

⁸⁴ Estas observaciones están inspiradas o siguen, al menos parcialmente, la segunda parte de la obra de: MERLEAU-PONTY, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ediciones Península, 1994.

⁸⁵ HERRERA, Daniel. “Aproximación a Husserl”. En: *Cultura Caribe*. No. 18. Barranquilla: 1990.

ya que nuestros recuerdos, en este caso sobre los espacios urbanos, están marcados por la presencia de otros, que con anterioridad hemos dicho tiene narrativamente la tarea de ofrecer un aire cosmopolita al texto.

La experiencia no es exclusiva de los recuerdos, del hacernos presentes cosas que ya no están, también de una primera percepción en la que se desborda, en este caso, sobre los espacios o equipamientos urbanos, un torrente de experiencias anteriores -no es casual que los textos estén estructurados a partir de vivencias (“episodios”), seguramente también haciendo “competencia” a los cuadros de costumbres que comenzaron a publicarse desde mediados del siglo XIX.⁸⁶ Esto implica que aun la diferencia entre las ciudades, la vivencia en ellas tendrá como punto de partida la urbe donde nos hicimos urbanitas. Esa primera urbe se constituye entonces en la morada desde la cual nos distinguimos, al mismo tiempo que cruzamos nuestros horizontes. Esa primera ciudad, es la que nos dice de Certeau, fue determina en la infancia, desde la cual otras se darán.⁸⁷ Aunque “toda experiencia tiene su horizonte experiencial”, nos dice el mismo Husserl, “cada una tiene su núcleo de conocimiento real y determinado” y con ello su propio horizonte.⁸⁸ Por eso, existe la preminencia de una experiencia, la de cada uno de los viajeros que buscará anteponerla a otras y desde la cual harán un tipo de mimesis con respecto a esas nuevas observaciones. O en palabras de Bachelard⁸⁹, “nos enraizamos en un rincón del mundo”. Ese rinconcito, del que se siente morir a su despedida, como entre otros lo expresa con tanta fuerza poética Felipe Pérez, es una ciudad hispanoamericana que no es posible en su concepción sin su plaza mayor. No es casual que entre el “inventario” levantado por Samper que termina indicando qué ver y qué no en las urbes europeas, las plazas sigan en orden a las calles. Y juntas contribuyan a sugerir una tercera, el origen de la población⁹⁰ -que se venía interrogando desde el inicio

⁸⁶ Para autores como José María Samper la diferencia entre las descripciones de viaje y los cuadros de costumbres no era tan significativa.

⁸⁷ Dicen de Certeau: “La infancia que determina las prácticas del espacio desarrolla en seguida los efectos, prolifera, inunda los espacios privados y públicos, deshace sus superficies legibles, y crea en la ciudad planificada una ciudad ‘metafórica’(…)”. DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. I. Op.cit.*, p. 122.

⁸⁸ HUSSERL, Edmund. *Experiencia y juicio*. México: Universidad Autónoma de México, 1980.

⁸⁹ BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. Bogotá: Fondo de la Cultura Económica, 2000, p.34.

⁹⁰ Esta es una preocupación de una sociedad encomendera que todavía no ha concluido, en donde la procedencia y la fundación pesan bastante. Ya nos decía Colmenares que el tránsito a la república no es otra cosa que una transacción caracterizada por los usos del lenguaje. Ver: COLMENARES, Germán. “La ley y

del viaje. De allí en adelante todo parece, al menos, parcialmente familiar. Esto es lo que ha denominado la fenomenología como la retención, es decir, aquellas vivencias anteriores que surgen en ese torrente que aparece en el momento de una nueva vivencia, que los viajeros acostumbraron a llamar “impresión”. En tanto, la protensión adelanta las características de una vivencia, potenciada desde las retenciones, y las condiciones como las de las aduanas o los transportes –ante las penurias sufridas con antelación- hacen presuponer condiciones de progreso.

Esto se da no solo en las mentes de aquellos viajeros, sino en sus cuerpos. Al ser estos últimos la principal forma de comunicación en la nueva ciudad. Los relatos coinciden un poco en las rutinas. Buscar refugio (un hotel), asearse, vestirse, caminar, sentir las condiciones climáticas, sufrir el cansancio y los dolores corporales tras los recorridos, ver y escuchar en los escenarios de visita. Pero como se ha sugerido, este cuerpo ya se ha entrenado en Bogotá. El *pepito* ha realizado un trabajo de acondicionamiento corporal, desde dormirse tarde, hasta tener la figura que le permita caber entre los pantalones importados. Camina, baila, come. Se trata de una etapa de aproximación a la concepción del cuerpo como movimiento, que en la perspectiva de Richard Sennett⁹¹ significaría “el apaciguamiento del cuerpo”, con lo cual buscaba nombrar el temor a tocarnos producto de “privar al cuerpo de sensibilidad”. En su conjunto, Sennet considera que semejante fenómeno es el resultado de la realización por parte de los urbanistas barrocos e ilustrados y los proyectos de libertad franceses, de las ideas de William Harvey, relacionadas con la circulación y la sangre, como evidencias de un cuerpo sano. Pero estas ideas sustituían lo moral por la salud, en el marco de una visión más secular, asunto que no les parecía del todo comprensivo a los viajeros colombianos, quienes a pesar de sus acondicionamientos físicos, los mentales todavía se hallaban radicados en las concepciones cristianas de constitución de comunidad –ya se ha indicado cómo se buscaba entre otras cosas la gestación de una familia globalizada, que tenía como marco ejemplar el evangelio de Pablo.

el orden social: fundamento profano y fundamento divino”. En: *Boletín bibliográfico y cultural*. No. 22. Vol. XXVII. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1990.

⁹¹ SENNET, Richard. *Carne y piedra*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

Por eso, buena parte de la insatisfacción generada con Europa eran sus deficiencias morales, que en los textos se sugería resolver, entre otras cosas, construyendo relaciones con quienes se caminaba. Constantemente sus críticas recaían en la falta de atención de por ejemplo de los londinenses y parisinos, hacia sus congéneres más pobres; mientras que sus vivencias narradas como episodios se llenaban de ejemplos de cuidado –como obligación moral- a los pobres. Aunque ello no deja de resultar paradójico, en la medida que la existencia de miserables era aún más próxima en Bogotá, como nos lo dejó saber Miguel Samper⁹². Sin embargo, todo parece indicar que semejante experiencia terminó por convertir a estos sujetos en caminantes, más no todavía mirones. Las experiencias en Regert Street y Regent's Park en Londres y las calles parisinas, junto con las experiencias de las sillas, los cafés, la calefacción, la iluminación y los baños, ofrecieron un cuidado mayor al cuerpo pero no lo aislaron, pues una de las anotaciones más comunes era evitar quedarse encerrados en los hoteles, aun cuando muchos servicios venían a tocar la puerta de la habitación evitando la molestia de ir a buscarlos. Diríamos con Jaime Rubio⁹³ que el cuerpo contribuye a que le hallemos un sentido a la ciudad en medio del movimiento y nos gestemos, como lo hicieron los visitantes de las ciudades europeas, en especial, durante la segunda mitad del siglo XIX, de una idea de ciudad.

A lo anterior deberá sumarse a los lectores, quienes en un ejercicio similar imaginarán, se harán imágenes de lo narrado, de ciudades que no conocen a partir de las que sí han observado. Ellos continuarán ese relato,⁹⁴ y como mostrara Freud al poner como ejemplo a Roma, en esas ciudades descritas el pasado no ha desaparecido, porque en la escritura aquello inexistente estaba junto con lo observado en el presente del viajero.⁹⁵

⁹² SAMPER, Miguel. “La miseria en Bogotá”. En: SAMPER, Miguel. *Escritos político-económicos*. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán, 1898.

⁹³ RUBIO, Jaime. “La ciudad: lugar y símbolo de comunicación.” En: *Signo y Pensamiento*. No. 22. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1993.

⁹⁴ Paul Ricoeur sostiene a este propósito que “relatar, seguir, comprender historias no es sino la ‘continuación’ de esas historias no dichas”. Citado por ROVALETTI, María Lucrecia. “De la hermenéutica del relato a la hermenéutica de la recepción”. En: *Acta fenomenológica latinoamericana*. Vol. 1. Lima: Círculo Latinoamericano de Fenomenología, 2003, p. 348. Esto permite que en una ciudad como París se crucen horizontes que borran sus límites físicos, extendiendo sin fin.

⁹⁵ Dirá Freud: “Supongamos ahora, a manera de fantasía, que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubieren desaparecido nada de lo que alguna vez existió y donde junto a la última fase evolutiva subsistieran todas las anteriores.” FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. 1930. www.librodot.com

Esto requería de un conjunto de estrategias narrativas para hacer creíble lo que otros no veían, aun y los esfuerzos poéticos de varios autores, que no por ello dejan de reiterar que decían la verdad. La principal de ellas es el relato del pasado de la urbe con el propósito de dar “una panorámica” y desde ese lugar empezar las descripciones. Ya que las historias de las ciudades se ponen entre paréntesis, pretendiendo fiabilidad; así como, la ausencia de una influencia del urbanismo en este tipo de narraciones, lo que no será así en el siglo XX, provoca que de la panorámica se descienda para dar cuenta de esa sociedad que habita las calles, buscando de alguna manera cierta singularidad que le permita tener “episodios” para narrar. Para autores como Tanco Armero o José María Samper no era suficiente un tipo de etnografía de la ciudad, especialmente a partir de la narración del pasado de los equipamientos urbanos, pues ellos sintetizan el peso del progreso. Sino que se considera el viaje como una lectura y en este caso, “París es una gran libro”⁹⁶.

Se trataba de esfuerzos para tener toda la ciudad, pues su amplitud y diversidad hacía que se les fuera de entre las manos. La historia de las ciudades ofrece la confianza en la veracidad de la narración, limitada por las acciones de los propios viajeros. Se depende del uso de su tiempo, de los recursos para llegar a ciertos puntos, de las capacidades para comunicarse y entablar relaciones que le favorezcan el conocimiento de ciertos espacios –aunque la actitud de *dandi* estará presente sin contar las dificultades que deban pasar- y la recepción de amigos y familiares residente principalmente en el “barrio Latino”. Junto con el aprovechamiento del más recurrente de los recursos, las guías para viajeros. Donde justamente se presenta la ciudad y se invita a realizar un recorrido por ella a través de sus atractivos (monumentos, equipamientos, edificios, etc.)⁹⁷, pues el

⁹⁶ Tanco Armero dice además: “Cada paso que se dá en París revela y trae a la imaginación algún hecho histórico; cada calle ha tenido su bautismo correspondiente de sangre, sus barricadas, sus combates; cada edificio, sus víctimas (...)”. TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.*, p. 138-139. Por su parte Felipe Pérez, como nos lo indica Carmen Elisa Acosta, organiza esa idea del viaje como una lectura a partir de textos que ubica en paredes, puertas, tiradas en la calles o en boca de un sinnúmero de extraños con los que se encuentra. ACOSTA, Carmen Elisa. Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura.” *Op.cit.*

⁹⁷ Muchas de estas guías, por ejemplo algunas de las conservadas en la Biblioteca Nacional de Francia, tienen una regularidad anual de aparición, sin que ello implicara una modificación sustancial en su organización y mucho menos en lo dicho. Esto hasta la reforma de Haussmann, cuando estos textos debieron ajustarse. Un ejemplo de guía es la “Véritable guide parisien pour les étrangers” de M. T. Faucon Faucon, publicada en 1855 a propósito de la Exposición Universal llevada ese año en dicha ciudad. En ella se indica

mundo, como lo es para Chateaubriand, resulta ser un museo. Esta historia de ciudades depende de manera poderosa de la experiencia de los viajeros, pues el interés por calles, plazas, fundación, se acompaña de monumentos y equipamiento urbano, para que finalmente sepamos de las instituciones que en ellos se desarrollan, de los vicios, las cualidades de la sociedad –del cielo que habla en la arquitectura⁹⁸. Todo eso, ante tantos detalles, es sintetizado en un nombre, París. O como dice Italo Calvino:

“Mi mente sigue conteniendo un gran número de ciudades que no he visto ni veré, nombres que llevan consigo una figura o fragmento de destello de figura imaginada: Getulia, Otilia, Eufrasia, Mágina. La ciudad alta sobre el golfo también está siempre allí, con su plaza cerrada en torno al pozo, pero ya no puedo llamarla con un nombre, ni recordar cómo podía darle un nombre que significa otra cosa.”⁹⁹

En este sentido, lo que terminan por construir los viajeros es un archivo. Entendido este no como un depósito, clasificado o no, donde se acumulan documentos en un cierto orden “natural, como sostiene la archivística. Sino más bien, como una impresión dejada por esos visitantes, caracterizada por su autoridad en la medida que ellos agruparon los signos dispersos, le dieron una idea de cuerpo a cada una de las urbes visitas, en particular París. Esto implica que el archivo es al mismo tiempo un comienzo y un mandato. Comienzo, porque a partir de sus textos se establece un punto de inicio, bien para hablar en el siglo XIX sobre la urbe, o el progreso, o la civilización; bien porque se constituyen en “fuentes” de los historiadores del siglo XX. Mandato, porque implica una autoridad al dejar un tipo de cicatriz, ya que hablar de los temas tratados por ello no era posible sin volver una y otra vez a sus escritos. Pero el archivo no es memoria, al contrario es evidencia de su desfallecimiento, asunto que genera la repetición en procura de evitar el olvido. Lo dicho por los viajeros se repetirá una y otra vez en textos de autores locales que nunca, o al menos tiempo después conocieron las ciudades europeas. Así también lo harán los autores del siglo XX al referirse en particular a temas como el de la civilización y el progreso. De esta manera, ese archivo construido por los

justamente la idea de París como una ciudad moderna para los extranjeros, asunto por lo cual su autor se propone mostrar la “verdadera” urbe que justifique esa consideración. Además su estructura resulta muy similar al orden tomado por los viajeros colombianos al describir no solo a París, sino muchas de las ciudades europeas. Este tipo de guías se hallaban en bibliotecas como la de la familia Aya (en Fusagasugá), cultivadores y comerciantes de café, que tras enriquecerse con ese producto viajaron a Europa, desde donde trajeron, entre otras cosas, libros como el indicado.

⁹⁸ MOREAU, Pierre. *Chateaubriand*. París: Hatier, 1956, pp- 192-193.

⁹⁹ CALVINO, Italo. *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ediciones Siruela, 1994, pp.105-106.

pepitos viajeros es un tipo de por-venir en razón de que es un futuro del pasado, tal y como lo sugerimos antes, hasta el punto de determinar lo que será. Por eso, como en el ejemplo de Tanco o los esfuerzos de otros autores por dar cuenta de lugares no antes visitados, aun en la misma París, se procura ser el primero, “el que instituye el archivo”. No en vano, Tanco Amero indicaba que “la imaginación [ya] no tiene para que trabajar”, pues él mostraba la “verdadera ciudad”.¹⁰⁰ Estos planteamientos difieren en algo de los hechos cuando menos desde Marc Bloch, en donde el archivo no habla si no se le hacen “buenas” preguntas, al considerársele más un lugar de *consignación*, de huellas, pero sin mayor influencia ni en el futuro y tampoco en la forma de hacer la historia.¹⁰¹

Esa “verdadera ciudad”, “la ciudad propiamente dicha” o cualquier otra indicación similar, corresponde a las condiciones físicas de la urbe (fisonomía, expansión, densificación, etc.) y los usos dados por los ciudadanos –los habitantes de las ciudades- a esos escenarios, en el marco de una alianza entre lo pasado y el progreso presente. Por eso, es posible extraer del conjunto de los textos –leídos hasta ahora- un tipo de clasificación de las urbes (ver §9), caracterizado un tanto por el pesar que expresan los viajeros por la opacidad de las pequeñas ciudades ante el vertiginoso crecimiento de otras. Semejante categorización está además soportada por una cierta visión positivista de la que ya se había referido hace un tiempo Richard Morse¹⁰². En ella, el lenguaje médico tiene un importante peso para indicar las características de las indicadas tipologías. Palabras como corazón, extremidades, enfermedades, remedios, resultan más o menos comunes. Todas ellas con el énfasis en que solamente la moral era el medicamento efectivo para resolver todos esos males que aquejaban a los habitantes de las ciudades y a ellas mismas, como el lugar de esa habitación. De la misma forma, se ha construido un tipo de matriz (ver §9) sobre lo que observan los viajeros en las otras ciudades que visitan, en especial en Estados Unidos y Europa. Este esquema parte desde París, que al ser considerada el centro de la civilización y el progreso, despliega tres patrones básicos perceptibles en las narraciones, desde los cuales se desprenden los elementos más

¹⁰⁰ TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.*, p. 74 y 124.

¹⁰¹ En su conjunto estas últimas observaciones están guiadas por la obra de DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo*. *Op.cit.*

¹⁰² MORSE, Richard. “Los intelectuales americanos y la ciudad (1860-1940).” En: HARDOY, Jorge. MORSE, Richard y SCHAEDEL, Richard. *Ensayo histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires: SIAP, CLACSO, 1968.

comunes que suelen visitarse, documentarse y escribirse. En esos patrones existe una confluencia del que se identifica con el nombre de “panorama” y el de “comodidad”, en el de la “calle”, pues es allí donde se hacen tangibles las observaciones y los torrentes de experiencias que inundan la nueva vivencia; además, por ser un elemento urbano reiterativo en las prioridades para las visitas.

§ 9. Tipologías y matrices

Tipo de ciudad	Ejemplos	Algunas características
Ciudad puerto	Southampton, Liverpool, Marsella	Era una ciudad donde las distracciones o espectáculos eran escasos, ante la actividad mercantil.
Ciudad industrial	Londres, París	Las condiciones físicas se describían haciendo énfasis en la riqueza, la mecanización y la contaminación.
Ciudad de paso	Friburgo, Fráncfort, Baden-Baden	Pequeñas ciudades ubicadas entre las de mayor magnitud.
Ciudad histórica	Madrid, Aquisgrán, Lyon, Sevilla	Eran urbes que vivían de su pasado, sin mayor desarrollo material.
Ciudad comercial	Bilbao, Brujas, New York, Amberes	La actividad comercial gobernaba el conjunto de las relaciones que se desarrollaban en su interior.
Ciudad cosmopolita	Ginebra	Correspondía a ciudades donde la confluencia de individuos, actividades económicas y rutas, le hacían un crisol cultural.
Ciudad agrícola	Vovey, Valencia, Berna	Estas urbes concentran vastos territorios dedicados a la actividad agrícola y ganadera, o en su defecto las rutas por donde circulaban esos productos.
Ciudad capital	Darmstad, Zúrich, Bruselas	En estas ciudades se juntaban redes, particularmente las del poder, de allí la ausencia de aspectos como las entreteniones y su caracterización como “aburridas”.
Capital de la civilización	Paris	Este caso particular no se trata de un ejemplo, sino que era en efecto la capital del mundo.

Tabla 1. Tipologías de ciudades según la visión de los viajeros colombianos

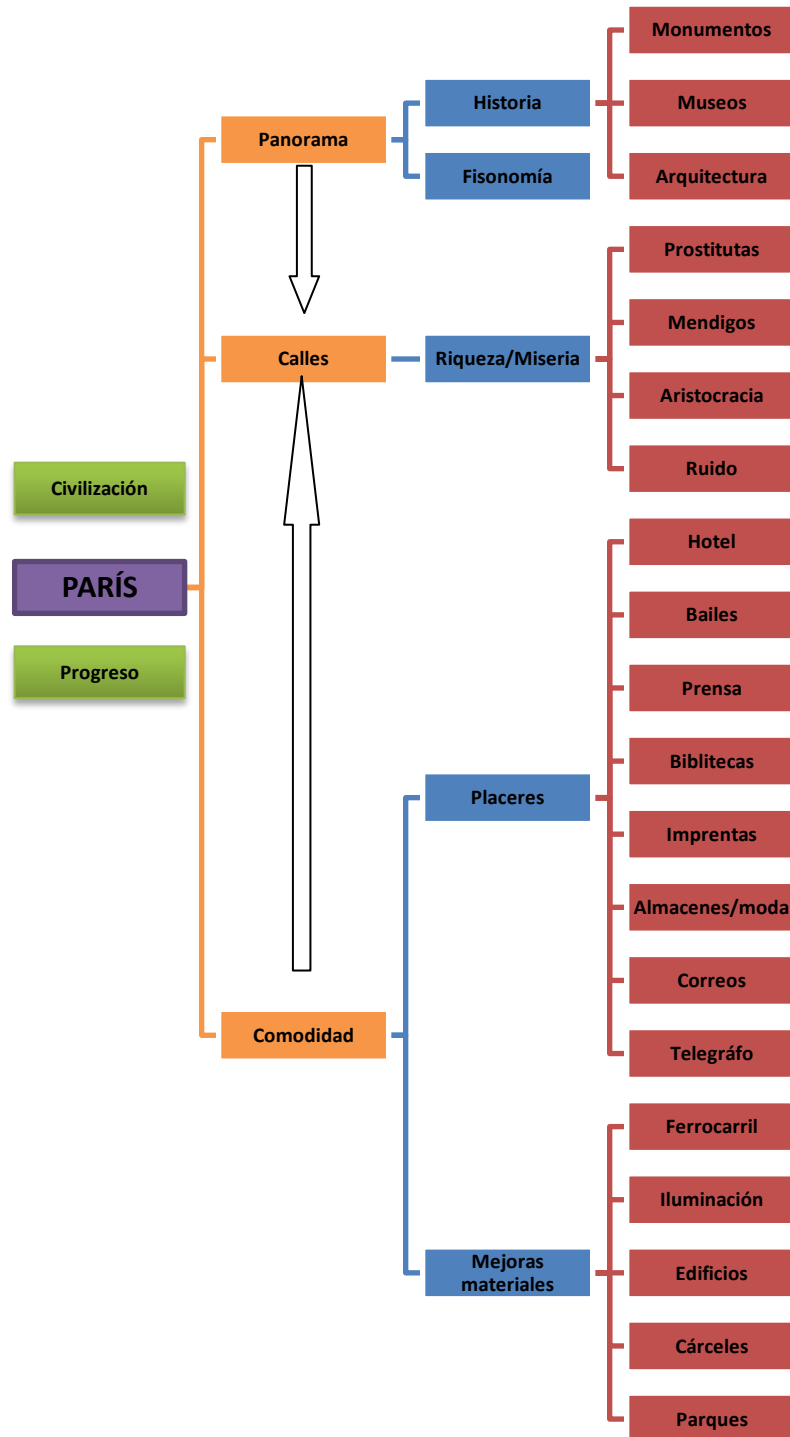


Figura 1. Matriz de observación de ciudades a partir de París, según los textos de los viajeros colombianos

§ 10. Aproximación a la estructura de los textos de historias de ciudades del siglo XIX

A partir de lecturas sobre París y su observación directa por parte de los viajeros colombianos, estos últimos construyeron historias de ciudades que se estructuraban de manera más o menos común a partir de tres líneas proyectivas, que se ramificarían a su vez, un panorama de la urbe, la descripción de las calles y las condiciones de comodidad. Estas líneas se entrecruzan produciendo diferentes matices, de acuerdo con los intereses de los autores, aunque en su mayoría se encuentran bajo el rótulo de memorias de viaje. De allí que, la organización de las obras siga más o menos un orden cronológico dado por el itinerario del viaje y cuente dentro de sus primeras anotaciones con una panorámica de la ciudad, en la que se pretende resumir su historia desde su fundación, así como su fisonomía, empezando por las condiciones del territorio próximo y siguiendo con su arquitectura. Para ello, los viajeros encontraron como puntos de referencias los monumentos, los museos y las características de sus construcciones, al pensar que ellos sintetizaban el pasado local. Seguido a eso, era necesario precisar la riqueza de la ciudad, junto con su miseria, y las calles eran un lugar privilegiado para ese propósito. Aun cuando esta otra línea se solía iniciar resaltando los hechos acaecidos en esas vías, sus nombres y el origen de ellos, la descripción se concentraba de manera mayoritaria en sus habitantes. Prostitutas, mendigos, la aristocracia y el ruido, atraían la mirada de críticos viajeros que sugerían no haber visto nada igual, aunque como lo mostrara para el caso de Bogotá, Miguel Samper, la miseria era un común denominador. Sin embargo, es posible abonarles a dichos observadores que probablemente lo ruidoso de las ciudades europeas no tenía comparación alguna con los sonidos antes escuchados. No más el número de pobladores y de transacciones económicas que suponen cierto sonido se diferenciaba radicalmente, lo que terminaba por agotarlos, hasta el punto de privilegiar los momentos de asueto, en donde la soledad ofrecía un silencio anhelado.

En las características de las formas que tomaron los textos de los viajeros respecto a las urbes que observaban, se divisa su recepción de las ideas circulantes de progreso y civilización. A pesar de las condiciones de miseria halladas, el contrapunto ofrecido de la

riqueza contaba con un amplio espectro en el que se expresaba precisamente el progreso al que habían llegado las sociedades europeas gracias al entrar en una vía ataviada con rasgos de civilización, que se resumían en su óptica en lo que llamaron las “comodidades”, que a pesar de que en ciertos casos era mayor en el número de sus descripciones y en otros menor, coincidían, al menos parcialmente, en diferenciarlas entre las que ofrecían placeres y mejoras materiales. En lo que respecta a este primer aspecto –los placeres- podríamos asociarlos en dos grupos, por un lado los corpóreos correspondientes a los hoteles, almacenes (especialmente de ropa), los bailes y en su conjunto, la moda. Por otro, los del orden intelectual, expresados en la amplitud y variedad de la prensa, la existencia de nutridas bibliotecas y librerías, así como de imprentas, y la posibilidad de comunicarse con mayor ligereza gracias a sistema de correos y telégrafos. En lo concerniente a las mejoras materiales, las grandes obras impactaban los sentidos con el uso de metales, vidrios, iluminación y otras materias primas, las cuales se radicaban en edificios públicos, ferrocarriles y sus estaciones, y parques. Entre los edificios que más les resultaban atractivos eran las cárceles, hospitales y hospicios, ello es comprensivo, no solo al considerar las condiciones sociales de ciudades como Bogotá, también, porque los viajeros supusieron que esos escenarios constituían elementos centrales en los procesos de civilizar a comunidades bárbaras, empezando, como buenos cristianos, por las familias. Se trataba de lo que Jacques Donzelot, siguiendo las ideas de Michel Foucault en torno a la bio-política, denominó como el “gobernar a través de la familia”, valiéndose de prácticas policíacas o “tecnologías políticas que van a actuar sobre el cuerpo, la salud, las formas de alimentarse y de alojarse, las condiciones de vida”, que terminan por replicarse en las ciudades.¹⁰³ Y según los viajeros podían conducir al progreso, porque si este actuaba como un fin, un tipo de ideal, la civilización era un conjunto de prácticas necesarias para llegar a ese objetivo.

En la forma que tomaron los relatos de los viajeros con respecto a las historias de las ciudades que visitaban o sabían de ellas por diversos medios, ese ideal se expresaba desde la partida en París, tal y como hemos venido indicando y como continuaremos sugiriendo más adelante. La capital francesa era *a priori* el culmen de la civilización y el

¹⁰³ DONZELOT, Jacques. *La policía de familias*. Valencia: Pre-textos, 1990.

progreso, no es casual que la reiteración del apelativo como “capital de la civilización”, lo cual no resultaba nada nuevo, ya muchos autores han mostrado como se constituyó en la “capital del mundo” del siglo XIX. En su nombre se sintetizaban las tipologías de ciudades que pueden derivarse de la lectura de los textos de los viajeros, que desde luego no corresponden a las tipologías construidas por historiadores y urbanistas, principalmente, para esa centuria. Así como los textos se organizaban siguiendo el orden cronológico del viaje, dichas tipologías van surgiendo de acuerdo con sus recorridos. Por eso, la primera con la que se encontraban era la ciudad puerto, pues la mayoría de las rutas que iban desde América llegaban a Southampton especialmente, y Liverpool, desde donde se tomaba para Londres y luego la Europa continental. Una tarea similar, según la perspectiva de los viajeros, era ejercida por Marsella, desde donde se salía de Francia para visitar otros escenarios europeos y en menor medida, regiones de Asia. Estas urbes eran caracterizadas por la fuerte actividad mercantil en contrapeso a la escasez de distracciones y otro tipo de placeres.

Luego, solía visitarse a Londres, ciudad particularmente industrial, en donde sus condiciones físicas se describían haciendo énfasis en la riqueza, la mecanización y la contaminación. En las descripciones, prácticamente ninguna urbe se ubica en esta tipología, a no ser por París que, como hemos indicado, resume en ella misma todas las clasificaciones elaboradas por los peregrinos colombianos. Seguidamente, estaban las ciudades de paso, las cuales eran nodos dentro de las redes que se concentraban en la capital francesa, y con pocas líneas dedicadas respecto a otras ante su limitada magnitud. Más tarde, se encontraban con urbes que de alguna forma quisieron visitar, bien por sus condiciones históricas –ciudad histórica- al vivir de su pasado, pero sin mayor desarrollo material; bien por sus características económicas, como las ciudades comerciales y agrícolas, como Brujas, Amberes y Bilbao (y New York) para el primero de los casos, o Valencia, Berna o Vovel, para el segundo. En estas últimas las diferentes producciones agropecuarias circulaban por redes que a su vez eran gobernadas por mencionadas urbes. Finalmente, se hallaban las ciudades cosmopolitas y las ciudades capitales. El mejor de los ejemplos, según los viajeros para la primera de ellas era Ginebra, en donde la figura de Rousseau expresaba con lujo las posibilidades de confluencia de un espacio urbano, en particular el flujo de las ideas. Darmstad, Zúrich y Bruselas eran evidencias de cómo del control de redes de poder, permitía hacerse capital, al mismo tiempo que

insistían en el aburrimiento que se divisaba en ellas ante la ausencia de espectáculos públicos que afectaran los ritmos urbanos.

En su conjunto eran algo así como estrellas en el firmamento, pero sin la misma luminosidad de la estrella Sirio, o en nuestro lenguaje, París.

Capítulo 2. París, “la ciudad deseada”

§ 11. El deseo de París

“Una gran ciudad construida según todas las reglas de la arquitectura y de pronto sacudida por una fuerza que desafía los cálculos.”
V. Kandinsky

Kandinsky tiene razón. París, la París que construyeron previamente los *pepitos* se vio sacudida. Pero como en la imagen inicial del capítulo anterior, el deseo del extranjero expresado en la toma de su pecho, no le provocaba exaltación alguna. La ciudad trastocada era aquella que han edificado, como observamos antes, en sus lecturas de autores franceses, en los relatos de otros viajeros, en los gustos practicados en Bogotá como entrenamiento. Para Frédéric Martínez, siguiendo a Réau, ello corresponde al síndrome de la “Europa francesa” del siglo XVIII.¹⁰⁴ Seguramente por eso regresarán llenos de “amargos desengaños”, como lo expresara José María Samper¹⁰⁵. Este mismo autor enuncia el motivo de esa desilusión, “la ciudad deseada”. El objetivo del peregrinaje es hallar esa luz, desplegada desde el centro de la civilización. Porque para la mayoría de los autores es “el universo en miniatura”, como indicara Tanco Armero, y se hace una necesidad el “deseo de verla”, pues ello implica un asalto por parte de “impresiones y recuerdos” a la imaginación, que no es otra cosa que todo ese conjunto de vivencias anteriores que gestaron ese objeto de deseo que se llamó, París. Para René Girard, en su modelo de “deseo mimético”, existe una estructura de tipo de triangular constituida por el sujeto, el objeto del deseo y el otro, que puede ser útil para este caso. Esta adquiere su dinamicidad cuando el sujeto desea el objeto de deseo del otro, justamente porque éste último lo desea, y “alerta al sujeto de la conveniencia del objeto”, lo cual provoca que

¹⁰⁴ MARTÍNEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita. Op.cit.*, p. 234. Aquí el autor está siguiendo la obra de: RÉAU, Louis. *L'Europe française au siècle des Lumières*. París: Albin Michel, 1971.

¹⁰⁵ SAMPER, José María. *Viajes de un colombiano en Europa. Op.cit.*, p. 1.

el sujeto considere a ese otro como su rival. Porque el rival es un modelo, dice el mismo Girard, de los deseos del sujeto.¹⁰⁶ Así las cosas podemos decir, que ese sujeto no es otro que el viajero al que nos hemos referido hasta ahora, su objeto de deseo es París, y ese otro con el que rivaliza, es el europeo civilizado, en particular el parisino.

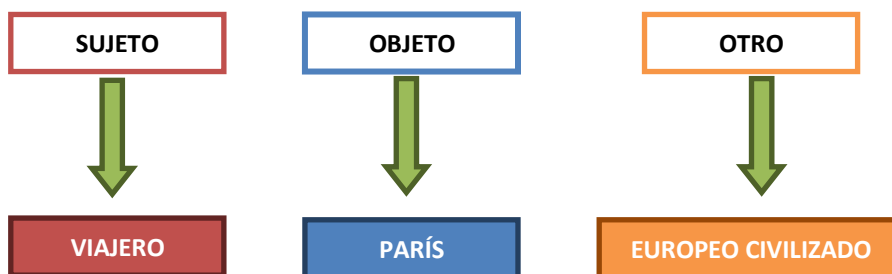


Figura 2. Sujeto, objeto y otro

No es casual que la indicación sobre la inmoralidad de París, más que a ella, se dirija hacia quienes le hacen tener esa condición, los europeos civilizados –los parisinos. Es un deseo del Otro, como coincidiera Girard con Lacan. Una búsqueda de hacerse al Otro, de violentarlo para quedarse con él. Y el reconocimiento de París, la continua indicación a su historia como ciudad ejemplificada en sus monumentos, en sus calles, edificios y demás, es la forma de encumbrar aún más, ese objeto de deseo. Seguramente si la ciudad deseada por los europeos hubiese sido otra, cosa similar se hubiera desarrollado. Esa es la relevancia de la obra de Chateaubriand, de sus itinerarios que parten y llegan de París. En esa medida dar cuenta del pasado de la ciudad constituye un tipo de arma para violentar a ese Otro y buscar tener todo el objeto, para “contemplarla en su totalidad”¹⁰⁷ y aún más allá de sus bordes. Se trata de una práctica paralela a la visión panorámica que se desarrolló en París, justamente hacia mediados del siglo XIX. En el que junto a la construcción de los pasajes que llevan ese nombre se produce “literatura panorámica”, pintura, pero en especial el uso de la fotografía y más tarde la utilización de los planos como una estrategia por parte del naciente urbanismo de hacerse a toda la

¹⁰⁶ GIRARD, René. *Violence and the sacred*. New York: Continuum, 2005, p. 154-155.

¹⁰⁷ SAMPER, José María. *Viajes de un colombiano en Europa*. *Op.cit.*, p. 417.

urbe.¹⁰⁸ Podemos decir entonces, que la historia de las ciudades, que empieza su carrera con los relatos de viajeros, se origina y construye –escrituralmente hablando- bajo el peso del deseo del Otro. De allí los excesos del lenguaje, bien para alabarla, bien para mostrar hasta la saciedad la podredumbre –que narrativamente se deja en la boca de los parisinos pobres-, que desde luego no se expresa en sus condiciones físicas, sino en quienes la habitan. Los cuales, por demás, se parecen a camaleones, según la indicación de Samper, y refiriéndose a sus dificultades para poseerlos y decir cómo son los franceses.

Esa ciudad deseada brota de la represión de otra ciudad que le antecede. Freud¹⁰⁹ consideró refiriéndose al placer que existe una tensión entre los instintos del yo y los instintos sexuales, pues los primeros tienden a la muerte, mientras los segundos a la vida. Pero resulta paradójico que sea el yo el depósito de la libido, desde la que se parte para buscar un objeto. No obstante, se produce un retorno desde el propio objeto contra el yo, en procura de hallar una fase anterior. Y esto que antecede, este *más allá*, es lo reprimido que trata de salir, que no cesa de aspirar a su satisfacción. Para nuestros intereses lo anterior puede observarse en una primera ciudad, una cicatriz, que es mayoritariamente Bogotá. La cual se ha pretendido a lo largo del viaje y a veces desde su preparación, quedar presa en las profundidades, en un tipo de olvido intencionado. Pero ella busca por muchas formas salir en medio de París, de la creación de aquellos peregrinos penitentes -repitentes. Y es entonces cuando el placer, se transforma en displacer, la ilusión en desilusión.¹¹⁰

§ 12. El rencor contra la ciudad

El viajero busca dejar una huella, una cicatriz que de alguna manera sugiera que ha hecho suya la ciudad y que cubra una marca anterior. Gasta y participa en actividades

¹⁰⁸ Ver: BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes. Op.cit.*

¹⁰⁹ Ver en detalle: FREUD, Sigmund. *Más allá del principio del placer. Op.cit.*

¹¹⁰ Bartra ha indicado como “la pérdida del objeto deseado genera una fuerza melancólica capaz de tejer una textura emocional y conceptual que se ha mantenido durante siglos como un soporte fundamental de la cultura moderna.” BARTRA, Roger. *El duelo de los ángeles: locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno.* México: Fondo de la Cultura Económica, 2005, p. 156.

públicas, consiguiendo tener un éxito parcial en su objetivo. Semejante cicatriz la perpetrará pero sobre su París y la París de sus lectores. Aunque se pretende ocultar el hecho con la continua premisa de “viajar para aprender”, porque esa es la fórmula que sugiere arrancar algo de las entrañas de la capital del mundo. Una forma de hacer suyo aquel objeto de deseo. En este sentido, la introducción elaborada por José María Moure al libro de Tanco Armero es bastante interesante. No solo porque en ella se expresa el debate respecto a la utilidad del viaje, sobre el cual versa buena parte de las observaciones hechas por Frédéric Martínez respecto a la imagen que los colombianos se hicieron de Europa en el siglo XIX.¹¹¹ Sino por el éxito en la intención de traer consigo algo de Europa para enseñar. Para Moure, la lectura resultaba más significativa en la medida que se producía un mayor número de “impresiones”, es decir, se incrementarían las afectaciones –cicatrices- a la París que se tenía.

El problema radica en que los viajeros iban tras una urbe que no existía, y de haber existido, era radicalmente en los libros. De allí que no pudieran tomarlo entre sus manos y señalaran su maleabilidad. Las cartas no enviadas a Lemartine y Dumas son dicientes. Ese otro, el de los libros, que Tanco llama “los actores”, ya no están. Y entonces, no queda sino la mortificación de los lugares que se traduce en los esfuerzos por dar cuenta de su pasado, de mostrar su historia. Al padecimiento por el desprendimiento de esa ciudad de la infancia, se suma la pérdida de la París que conocieron por lo que llamaron “los grandes autores”, que no es otra cosa que el deseo de ese otro, de esos “grandes autores”. Estas primeras señas de una historia de ciudades son la manera de surtir el duelo de eso que ya no está, de esas ausencias. Las palabras de Felipe Pérez deben comprenderse en su amplitud cuando indica que París está construida sobre un cementerio, y que es allí donde se halla lo “perecedero de los productores de la historia y de la cultura”.¹¹² El común de los finales de los textos es terminar en París, aunque se recorran otros lugares de América, Europa o Asia. La razón es que el final de los mismos textos indica esa muerte a la que nos hemos referido. Se quedan en París, no regresan narrativamente a Bogotá. Al mismo tiempo, sus cuerpos vuelven junto con la desilusión. Lo que había sido un sueño ahora es una pesadilla: la morada se hace borrosa y con ella

¹¹¹ MARTÍNEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita*. *Op.cit.*

¹¹² PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje*. *Op.cit.*, p.115 y 216.

el pasado. Las palabras de Moure juntando dos poetas se diluyen.¹¹³ Es posible que esto sugiera en parte las razones para las características conservadoras del liberalismo, como lo anota Carmen Elisa Acosta.¹¹⁴ También suponga dos senderos entretreídos. El rencor por la ciudad y la constitución de ciudad original diferente a la existen previa al viaje.

Este rencor difiere del considerado por Rubén Jaramillo Vélez¹¹⁵, que basado en una posición crítica, propia de la Escuela de Frankfurt, supone que esta reacción se caracteriza por una posición anti-urbana. En donde una concepción ética plantea un deber ser. Que para el caso de las ciudades es complejo, en la medida que una ciudad se va construye paso a paso, sin a-priori que soporte ese deber ser. En este caso no estamos haciendo referencia a ese tipo de odio. No existe en este caso un planteamiento que se oponga a lo urbano, sino el desengaño ante lo que se observa, que tiene como respuesta, tal y como lo expusiera Samper para el caso de España, sino vivir del pasado. Pero esa desilusión no aparece de improvisto, ya se viene construyendo desde el tránsito por Londres, del que siente los viajeros, que su salida es un alivio. Procuran entonces resarcir esa situación llenando a Francia de cualidades y París como su epicentro. Porque la tierra gala correspondía al culmen de la libertad, la independencia, la individualidad, el comercio, las empresas universales, pero por sobre todo, llena de “recuerdos”, que le hacían ser el país “iniciador”. Es como si París hubiese preparado lentamente, cuando menos durante la primera mitad del siglo XIX, para devorar a esos *pepitos* que se hicieron viajeros. Que como sostuviera Jacques Derrida¹¹⁶ –al referirse al devorar- se ejecuta por la acción de la boca, en donde la acción de los dientes con la

¹¹³ “¡Sí, lejos de la patria la vida es un sueño, y el amor su delirio; la casa una posada; los amigos transeúntes; la muchedumbre un desierto!” (sic). Moure juntando los textos de dos autores, Calderón de la Barca y Musset. En: TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.*, p. X

¹¹⁴ ACOSTA, Carmen Elisa. . “Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura. *Op.cit.*, p. 110 ss.

¹¹⁵ JARAMILLO, Rubén. “El rencor ante la ciudad”. En: VV.AA. *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.

¹¹⁶ DERRIDA, Jacques. *Seminario La bestia y El soberano*. Vol. 1. Buenos Aires: Manantial, 2010. Derrida muestra ejemplos mitológicos como los casos de Rómulo y Remo, Alaska, Los Alpes, narraciones como Caperucita, las fábulas de La Fontaine, Hobbes, las leyendas germanas o El libro de la selva. Por su parte, la libertad asociada al Estado es una consideración renacentista que procede de “la libertad que se respiraba” en las ciudades medievales y que fue asumida, entre otros por Maquiavelo, y luego desarrollada con las posturas liberales como única opción posible. De allí, los cuestionamientos de Derrida a toda esa “fe” en el Estado, cuando la figura de este no es más que la de un lobo que prepara sus víctimas, que ingresa con sigilo, sin percatarnos, para devorarnos. No en vano dirá que la soberanía es un monstruo y la democracia un frankenstein que se vale de la vociferación.

mordida y el tragar resultan fundamentales. O, por la acción de la voz, en donde la lengua, el habla y la escucha, se usan en el marco de la retórica para matar al otro. Todo parece sugerir que esa preparación por parte de París se realizó de forma particular en esta segunda instancia. El que devora es una bestia, según nos lo recordaba Derrida, disfrazada de soberano. Eso pareciera justamente suceder en este caso.

§ 13. La imagen dialéctica de París

Pero ¿cuál es la París que construyeron los viajeros en las fauces de esta bestia? Los peregrinos que padecen tantas penurias buscando la luz que ilumina la humanidad, que superan “todas las molestias y las contrariedades posibles”¹¹⁷, piensan encontrar la civilización y el progreso concretados en la vida urbana. Calles, edificios, fábricas, acueductos, iluminación, cúpulas, obeliscos, justifican dejar la madre –Bogotá- asociada a la naturaleza, la ruralidad y lo incivilizado. Cada una de las visitas funciona como un revelador fotográfico, en el que negativos –sus lecturas anteriores- se van haciendo positivas con la experiencia llevada a cabo en ellas. Al tener reveladas esas imágenes el torrente de las vivencias anteriores, y en especial de la ciudad de la infancia no se hará esperar. Esta París de los viajeros es profundamente visual, a pesar de los intentos de los *pepitos* por escucharla, de allí los “episodios” a los que hemos referido. Por eso, el principio estético es bicéfalo. Por un lado desde la razón, correspondiente a la disposición material de la ciudad (calles, plazas, barrios, ferrocarriles, etc.); por el otro, desde los sentidos, sujeto a la sensibilidad expresada en escenarios como teatro, bailes, monumentos, colores, arte, etc. Pero a esa belleza no se llega de inmediato, sino como lo sugieren las guías para viajeros, desde el territorio próximo de la urbe que se organiza por círculos concéntricos, que llevan a la “babilonia moderna”, a la “memoria del mundo”, al epicentro de la civilización y el progreso.

¹¹⁷ PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje*. *Op.cit.*, p. 88. Tanco Armero por ejemplo exaltará bucólicamente las difíciles condiciones de viajar en América, ante la velocidad desarrollada en Europa que no le permiten observar ni hablar nada. TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. *Op.cit.*, p. 203.

Este núcleo sintetiza la riqueza que se expresa, según los viajeros colombianos, en el arte, la ciencia y el refinamiento de la humanidad (expresada en aspectos como la lengua y la etiqueta). La París de estos autores se organiza de acuerdo con las comodidades y los placeres, las condiciones físicas, las instituciones y finalmente su miseria. En el primero de estos casos el hotel, los baños, los cafés y los pasajes acogen por primera vez a los peregrinos para construir un tipo de morada. “Hé aquí, pues el resumen, la vida parisiense: su encanto está en su variedad, escriba en que hay toda especie de comodidad y placer al alcance de todas las condiciones (sic)”, aseguraba con vehemencia Tanco Armero.¹¹⁸ Tras lanzarlos a las calles, los bailes, los teatros, el circo, los restaurantes les sirven para poner en ejecución lo que han practicado en Bogotá. Pero será necesario que lean y publiquen en los periódicos, se adapten a la moda, adquieran las formas de comportamiento que implique el disciplinamiento del cuerpo; mientras se dejan atender por los fournisseurs (peluquero, sastre, botero y dentista). Hasta que finalmente comprenden juguetes, aprecien las antigüedades y envíen mensajes telegráficos. La belleza en uno de sus rostros se ha expresado.

En tanto, la que corresponde a la razón, manifestación del progreso material. Tras lanzarse a las calles espaciosas, sus recorridos los llevaran por monumentos, edificios, fábricas, librerías, museos, pasajes, bulevares, los ómnibus, para dejarse “impresionar” por la iluminación, la arquitectura voluptuosa, la verticalidad de las viviendas, los telégrafos, los ferrocarriles, pero en particular el hierro.¹¹⁹ Esto sumerge a los viajeros en un sueño, parafraseando a Walter Benjamin. Esa condición onírica en la que estos peregrinos se ven extasiados al observar en particular el hierro. En Bogotá es prácticamente inexistente y aun la entrada de procesos de modernización material entre fines del siglo XIX e inicios del XX, también lo fue.¹²⁰ Tal y como lo sugiriera Benjamin¹²¹, el hierro juega con el tiempo, al ser una construcción estática, que se utiliza para el movimiento (estaciones, mercados, cubiertas, ferrovías, exposiciones, puentes, y desde

¹¹⁸ TANCO ARMERO, Nicolás. *Ibid.*, p. 177.

¹¹⁹ Decía Tanco Armero que “una de las primeras impresiones que recibe el viajero que visita hoy á París es (...) la admiración que causa ver tanta obra y construcción de edificios públicos que se han emprendido á la vez; toda la ciudad se embellece, por todas partes no se ven más que albañiles, preparativos para llevar á cabo todas las mejoras materiales que reclama la ciudad.”(sic). *Ibid.*

¹²⁰ Ver: MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. Bogotá: CEJA, 2000.

¹²¹ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes. Op.cit.*, apartado F.

luego la torre Eiffel entre otros), pero que se proyecta como porvenir. El hierro sumerge en el sueño del progreso, de lo venidero. Abre la posibilidad de que todo esto sea aplicable algún día a la ciudad de la infancia de aquellos peregrinos. Y con mayor énfasis cuando se combina con el cristal, la iluminación y las transformaciones del barón Haussmann, como en el caso de los pasajes¹²².

En estos pasajes, evidencia de la producción industrial, que se agrupa en estos centros del comercio y donde se atrapan las fantasmagorías¹²³, tanto de París como las de las vivencias anteriores de los viajeros. Benjamin tiene razón, es en este escenario –el del hierro, los pasajes y el conjunto de las condiciones físicas de París- donde aparecen imágenes dialécticas en las que se sintetiza el encuentro entre experiencias arcaicas y nuevas, para producir utopías que se hacen huellas en las “configuraciones de la vida”; desde las grandes edificaciones que comenzaron a utilizar hierro, hasta la felpa y el polvo que se hallan en los escaparates de tiendas, o en las viviendas que se levantan verticalmente para impactar el ojo del extranjero. Este último requerirá educar la vista, y parece que lo intenta al procurar con su narración interpretar todas esas fantasmagorías condensadas en los elementos urbanos en los que sintetiza la historia de París. En el marco de un juego de una historia previa y una historia posterior, el futuro del pasado nuevamente se hace perceptible.

Para Benjamin la condición dialéctica de la imagen implica la presencia de imágenes arcaicas diseminadas, como en un caleidoscopio –metáfora que utiliza constantemente para referirse al tiempo-, en el que se construyen y destruyen constantemente, un tipo de relámpago. A eso corresponden cada una de las imágenes –“episodios”- pintadas por la escritura de los viajeros, en donde la relación del pasado con él ahora es más bien discontinua, y lo que se observa es un torbellino que da vueltas en el origen de París. Según Benjamin, el origen “no tiene nada que ver con la génesis. Por ‘origen’ no se entiende el llegar a ser en el devenir y en el declinar. El origen es un torbellino en el río de devenir, y entraña en su ritmo la materia de lo que está a punto de aparecer. El

¹²² Los pasajes aparecen en la década de 1830, como comercio de mercancías de lujo. Su nacimiento estuvo marcado por la expansión de la industria textil y las construcciones en hierro.

¹²³ Para Benjamin la cultura es una teoría de la fantasmagoría. BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. *Op.cit*

origen nunca se da a conocer en la existencia desnuda y manifiesta de lo fáctico, y su ritmo no puede ser percibido más que en una doble óptica. Pide ser reconocida por una parte como una restauración, una restitución, y por otra como algo que de ese modo está inacabada, siempre abierta”.¹²⁴ En el presente caso esta búsqueda de origen tiene como propósito capturar la esencia de la civilización y el progreso, que tanto desvelan desde antes del viaje a estos peregrinos, en medio de las calles de París.

La pretensión entonces de estos peregrinos es hacerse a la mejor de las “impresiones”, condición de calidad ajustada, según ellos, a la veracidad. La impresión que es un injerto legítimo de semejanza al tener contacto directo con el rostro, permite la función matricial del molde negativo, asegurando que cada nueva aparición será el “hijo” legítimamente semejante.¹²⁵ El molde, París, garantiza la “presencia única”, al mismo tiempo que posibilita un tiraje indefinido. Tantas descripciones de París como sean posibles, pero todas intentan ser la primera, la única; para evitar olvidos, tal y como lo aseguró José María Samper. Pero esa fidelidad tiene que vérselas con las experiencias anteriores. La existencia de una ciudad original, una ciudad de infancia, será afectada por esas otras “impresiones” producto de la extrañeza que causa otro lugar. París muere luego de dejarla, pero en ese momento la imagen un tanto borrosa con la que se llegó, se hace más legible, un “hijo” legítimamente semejante, hemos dicho. Se trata de una París nueva, producto de la mezcla de vivencias anteriores y recientes, que ahora se proyectarán al futuro suponiendo una ciudad que se parezca a esta nueva creación. Bogotá, o mejor Santafé –como lo expusiera Vergara y Vergara- ha sido sustituida por París como ciudad original, desde la cual, como en el cuento de Cortázar se despliega un sinnúmero de líneas desde la mano¹²⁶, para buscar hacer de esa ciudad dejada en el altiplano colombiano una París. Es el intento que resta para apoderarse de ese objeto del deseo, para arrancárselo de las manos a ese otro. Pero ante el fracaso y la aparición de un profundo rencor expresado en el objeto, una desilusión, no se renuncia por completo, algo debe traerse de esa mujer que como en la imagen que nos guía solamente se le pudo tocar el pecho. A cambio, ha dejado a esos peregrinos sin nada, al desestabilizar la seguridad ofrecida por esa madre de la que se han desprendido. Se buscará entonces

¹²⁴ BENJAMIN, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus, 1990.

¹²⁵ DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo*. *Op.cit.* p. 108.

¹²⁶ CORTAZÁR, Julio. “Las líneas de la mano”. En: CORTAZÁR, Julio. *Historias de famas y cronopios*. Buenos Aires: Alfaguara, 1995.

formas de robarse algo de ese objeto y de allí la importación de modelos europeos, no solo en lo concerniente a las comodidades y placeres, o a las condiciones físicas, también, y de manera más enfática, en sus instituciones que se les presenta a los viajeros como el alma del progreso y una de las evidencias más significativas de la civilización.

Las academias y universidades, los bancos y las bolsas, los cementerios y la morgue, la caridad y la beneficencia, así como las leyes y los impuestos, pero en especial la cárcel y la policía. En particular estas dos últimas, son las armas para que controlar esa París que ya se observa es como una “cortesana embriagada”¹²⁷, tras la desilusión que brota de los viajeros fracasados. Ella expresa la inmoralidad y la miseria que se halla luego del deslumbramiento de esa luz que atrae, pero que no permite observar su interior. En su corazón, en particular en sus espacios públicos expiden el olor las cloacas repletas de pobres e inmorales, que no satisfacen más que sus cuerpos. Atrás ha quedado el *pepito* cínico, que se preocupa nada más que por sí, que se burla de las formas *cachacas* y considera que los espacios colectivos son los escenarios donde alcanza su clímax. Ahora esos lugares se presentan llenos de huestes del demonio, cementerios completos, atormentados por el ruido y la delincuencia, y profesores desinteresados de sus estudiantes, situaciones que amenazan dejarlos sin nada, tal y como en la estampa que nos orienta. Pero el deseo no ha finiquitado, por eso muchos de los textos que cierran en París, esconden la intención de sus autores por radicarse allí, y así lo pretende hacer. Pues aunque regresan a Colombia, a su ciudad original, ya no será con la que partieron y que se ajustaba al modelo colonial –ya hablaremos de él-, sino que será París. La misma de los textos que edifican sus imágenes, la de las experiencias de los peregrinos, pero por sobre todo la del rencor ante el fracaso de su toma. Se buscará entonces hacerse una ciudad fantasma, que en el sentido griego de la palabra, *phanto*, no es otra cosa que un volver aparecer, un re-aparecido. Desde luego con toda la mediación de las vivencias trasladadas a los textos, en donde el pasado que allí se narra se hará futuro en esa re-

¹²⁷ Indicaciones como las de Felipe Pérez pueden ser sugestivas en la medida que considera que los espacios públicos son dominados por los hombres, y que los escenarios íntimos son propios de las mujeres. Esta observación puede ser interesante si tenemos en cuenta justamente el peso de lo visual en la perspectiva masculina, y el oral en la femenina. Recordemos que una de las pretensiones de los viajeros era escuchar a París con la intención de hallar la cura para su enfermedad, la inmoralidad. Ver: PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje a Europa*. *Op.cit.*, p. 177 ss.

creación que procurarán los viajeros a su regreso. En medio del damero –la urbe anterior- deberá levantarse una nueva, la de la belleza de la razón y los sentidos. París se hará el archivo que significará el comienzo y un mandato a obedecer.

Cuadro segundo. Roma, la ciudad de los padres

"Tú ¡Oh romano! Recuerda gobernar a los pueblos del mundo, ésa serán tus artes y también imponer condiciones de paz, perdonar a lo vencidos y derribar a los soberbios."
Virgilio. *La Eneida*. VI 851

Capítulo 3. De París a Roma, hacer historia costumbrista

§ 14. La idea de ciudad

"En las ciudades invisibles no se encuentran ciudades reconocibles. Son todas inventadas; he dado a cada una un nombre de mujer."
Italo Calvino. *Las ciudades invisibles*.

Con estas palabras, Italo Calvino abre su libro "Las ciudades invisibles"¹²⁸, del cual dice no tener más que imágenes a partir un conjunto de conversaciones entre Marco Polo y Kublai Jan (emperador de los tártaros). Calvino, en su "nota preliminar", consideraba que de alguna manera su texto estaba en medio de la discusión sobre la ciudad moderna, pues la "evocación de una ciudad arcaica solo tiene sentido en la medida en que está pensado y escrito con la ciudad de hoy delante de los ojos"¹²⁹. Y es que dichas *ciudades invisibles*, son las que se sueñan, las que no necesariamente son posibles de manera construida, las de los peregrinos. Aquellos viajeros que como Agustín lo quisiera, caminan el tiempo en busca de una "ciudad eterna", pero al no hallarla, porque cada vez parece estar más lejos, pretenden fundar su propia ciudad *en y con* la escritura. Pero

¹²⁸ CALVINO, Italo. *Las ciudades invisibles*. *Op.cit.*, p. 11.

¹²⁹ *Ibíd.*, p. 15.

esta nueva urbe tiene un origen, que como ya observamos no corresponde a la génesis, sino más bien a un tipo de torbellino en un río que es el devenir,¹³⁰ en donde se juntan intensiones, pensamientos y deseos para constituir una idea de ciudad, que más tarde soportará una fundación¹³¹. Rykwert sostiene que esos elementos –intensiones, pensamientos y deseos- se consignan en los ritos fundacionales, pues es allí donde el fundador traduce asuntos económicos, higiénicos, de circulación, entre otros, en términos míticos.¹³² Semejante consignación, es lo que Derrida ha llamado un “mal de archivo”¹³³ y que se expresa en el orden del archivo mismo: la impresión, la represión y la supresión. En efecto, la pretensión de ese acto de consignar, que puede opacarse por la repetición, es el olvido de los elementos que se juntan en dicho torbellino. (Ver cuadro octavo).

Pero “la ciudad tenía que haber sido fundada por un héroe y solo un héroe podía fundar una ciudad”, y al no existir, se inventaba uno con múltiples retazos de otros. Están condiciones míticas estaban movidas por los temores y la culpa del héroe, pues había desafiado a los dioses, y por tanto, todas las fuerzas del universo se ponían contra él. Entonces, este personaje buscó subsanar su falta fundando una ciudad. Ahora, sostiene Rykwert, el héroe-fundador deberá erradicar los fantasmas de los antiguos habitantes de sus recientes posesiones y ello implica, como señalamos reprimir y suprimir. Esto es en términos de Freud¹³⁴, un pasado ominoso, que se ha vuelto distante, una fundación que ya no orienta en la ciudad moderna, pero los “demonios del medio día” siguen deambulando, intentando salir de la represión, porque no han sido suprimidos del todo, para recordarnos lo que era nuestro y que ya no lo es, lo extraño en nosotros mismos, una *diferencia* que exige la presencia del pasado y el presente. Y aquel brote, como un síntoma, aparece a des-tiempo, pero es precisamente su repetición la que nos delata el olvido, el “mal”.¹³⁵ En este intento de regreso, al medio día, cuando no hay sombras, se presenta una nostalgia por restablecer el lazo primitivo, pero el miedo hace su ingreso y es cuando las acciones de protección aparecen.

¹³⁰ BENJAMIN, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. *Op.cit.*

¹³¹ Ver: RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad*. *Op.cit.*

¹³² *Ibíd.*

¹³³ DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo*. *Op.cit.*

¹³⁴ FREUD, Sigmund. “Lo ominoso”. En: *Obra completas*. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1997.

¹³⁵ *Ibíd.*

En este sentido, la “idea de ciudad” no solamente existe en el acto fundacional de las ciudades hispanoamericanas durante el periodo colonial, también se hace perceptible en la escritura de sus historias. En ellas, como se ha indicado se “funda” una ciudad, que es de la cual se narra y por tanto, existe precisamente *una idea de ciudad*. En principio, como el caso observado en la primera parte, es la que se sintetizaba en la figura de París, pero ante la “desilusión”, será necesario “fundar” otra, en donde se halle un padre con el cual restablecer un vínculo. La imagen de Roma puede expresar esta búsqueda, que como peregrinos insatisfechos con lo edificado –en París- caminarán más en el tiempo, hasta encontrarse con un padre, Gonzalo Jiménez de Quesada y una ciudad modélica, la “ciudad eterna” a la que refirió Tácito y Agustín. Este padre tuvo una hija en tierras americanas, Bogotá, y los hijos de ésta, sus habitantes –bogotanos y colombianos, porque funcionará como una metonimia- lo habían estado buscando en lugares erróneos, según las historias de ciudades construidas desde fines del siglo XIX, pues ya los supuestos padres en París los habían aborrecido. Y entonces, regresaron al seno de la madre, para encontrar la fuente paterna “verdadera”, y ella lo mostrará entre sus escrituras.

§ 15. El padre

En “Tótem y tabú”¹³⁶, Freud apoyado en una indicación de Charles Darwin sobre la existencia de un macho dominante de una horda como marco de las primeras condiciones de vida del hombre, consideró que este macho, en efecto, poseía un poder ilimitado. En primera instancia, porque todas las hembras, incluyendo sus hijas le pertenecían y ante cualquier posibilidad de que sus hijos accedieran a ellas, estos eran castrados o expulsados de sucederse tal cosa. Así, el padre coartaba el gozo y promovía la “renuncia instintual”. Aunque los hijos menores, debido a su condición de últimos, podían llegar a ser los primeros ante la condición de restricción en que vivían sus hermanos mayores. Ante semejantes condiciones, estos últimos decidían matar al padre, hasta devorarlo como símbolo de identificación con éste, hasta el punto de incorporarse una parte de él. Ello correspondía, según el mismo Freud, tanto al miedo y el odio, como

¹³⁶ FREUD, Sigmund. “Tótem y tabú”. En: *Obras completas*. XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.

a la veneración que rendían al padre. Seguido a este suceso, se supone un espacio temporal de disputa resuelto finalmente por un tipo de “contrato social”, caracterizado fundamentalmente por la restricción de los instintos. De allí, la prohibición del incesto, y la certificación de ello, como de la muerte del padre, con actividades rituales que demostraban lo sagrado del pacto.¹³⁷ El deseo de matar al padre se quedaba en el inconsciente, de forma similar al mito de Edipo, al que recurrió precisamente Freud.

En este mismo sentido, René Girard¹³⁸ ha considerado que “la ritualización del asesinato es la primera y más fundamental de las instituciones”, hasta el punto de constituirse en el “momento decisivo en la invención de la cultura humana”. La razón que tiene Girard para sostener esto, es que se produce un mimetismo de los deseos, es decir, su traslación al prójimo, en el cual se modera la violencia y lo que antes era un asesinato, ahora resulta ser, mediante los “mecanismos victimarios, divinidades y ritos sacrificales”, una forma para la humanización. Y es que, la figura del padre y los vínculos con él no se habían destruido por completo, no se había producido una borradora, sino que se conservaba en la forma del totemismo, una *tachadura*, explica Freud, y devorado en una celebración, como un tipo de retorno de la muerte del padre. Un retorno caracterizado por la deformación.¹³⁹ Esto es para Freud, el origen de la religión que entrará en progreso a partir de la humanización del tótem. Entonces, se sucederá un retorno del padre, ahora en la imagen de un dios paterno, todopoderoso.

¹³⁷ Para Lacan por ejemplo un padre muerto, que en su lenguaje es más bien un “amo” muerto, es ideal, pues no habla, no desea, al estar más allá de la castración y del deseo, y que termina por moverse de distintas formas, dando como resultado diferentes posiciones del amo y con ello diversas expresiones de lo que en términos generales puede llamarse el “discurso del amo”. Ver: VERHAEGHE, Paul. *¿Existe la mujer? De la histórica de Freud a lo femenino en Lacan*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997.

¹³⁸ GIRARD, René. *Veo a Satán caer como el relámpago*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2002. Ver en particular el capítulo VII.

¹³⁹ Dice Freud que “En la deformación de un texto sucede algo semejante a lo que ocurre en un crimen. La dificultad no está en cometerlo, sino en borrar sus huellas. Quisiéramos dar a la palabra «deformación» [‘Entstellung’] el doble sentido que denota, por más que hoy ya no se lo aplique. En efecto, no significa tan solo alterar una forma, sino también desplazar algo a otro lugar, trasladarlo. Por consiguiente, en muchos casos de deformación de un texto podremos contar con que hallaremos oculto en alguna otra parte lo suprimido y lo negado, aunque allí se encontrará modificado y separado de su conexo, de modo que no siempre será fácil reconocerlo.” FREUD, Sigmund. “Moisés y la religión monoteísta”. En: *Obras Completas*. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980, p.42.

En su obra “Moisés y la religión monoteísta”¹⁴⁰, identifica un recorrido similar para el pueblo judío, el cual tras matar a Moisés procura revivirlo. Se trata del camino del trauma en donde luego de una vivencia –como el parricidio- existe un espacio de latencia, para continuar con elución, supresión, represión y el retorno (de lo reprimido). Porque el

*“yo se defiende contra el peligro mediante el proceso de la represión. El impulso instintivo es inhibido de alguna manera y su motivación es olvidada, junto con las percepciones y representaciones que le corresponden. Pero con ello no ha concluido el proceso, pues el instinto ha conservado su potencia, o bien la vuelve a concentrar, o bien vuelve a animarse bajo una nueva motivación. En tal caso renueva su pretensión y, quedándosele bloqueado el camino hacia la satisfacción normal por lo que podríamos llamar la «cicatriz de la represión», se abre una nueva vía en otro punto más débil, alcanzando una denominada satisfacción Sustitutiva, que a su vez se manifiesta, como síntoma, sin contar con el beneplácito, pero tampoco con la comprensión del yo. Todos los fenómenos de la formación de síntomas pueden ser descritos muy justificadamente como «retornos de lo reprimido». Pero su carácter distintivo reside en la profunda deformación que sufre lo retornado en comparación con su contenido original. Quizá se opine que con este último grupo de hechos nos hemos alejado demasiado de la analogía con la tradición; pero no nos arrepentiremos de que tal digresión nos haya acercado a los problemas de la renuncia instintual”.*¹⁴¹

Una de esas formas de represión mostradas por Freud es precisamente la historiografía, en lo que coincide Derrida¹⁴² con su denominación del “mal de archivo”, porque lo que hace la escritura del pasado es edificar antes que nada un archivo con el cual soportar una verdad y junto con él, un arconte, que lo consigne y lo proteja.¹⁴³ Este arconte se asemeja a un sacerdote que habla *en nombre* del padre, es decir, *interpreta* su palabra, para guarnecerla de falsificaciones. Hasta que este arconte edifica una “fantalogía”, que para Derrida no es otra cosa que un acoso del pasado por parte de unos fantasmas que obligan de alguna forma a hablar,¹⁴⁴ ante la insatisfacción del presente (que hace buscar el pasado). Es entonces un padre hecho fantasma, que como en el Hamlet de Shakespeare, pide que se ejerza venganza ante su muerte. Pero requiere por tanto de un héroe para enfrentarse a ese otro héroe inicial que lo mató.¹⁴⁵ Un hijo que se hará padre,

¹⁴⁰ *Ibid.*

¹⁴¹ *Ibid.* “Lo reprimido” es entendido aquí por Freud como “algo pasado, desaparecido, superado en la vida de un pueblo, algo que me aventuro a equiparar a lo reprimido en la vida psíquica individual.”

¹⁴² DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo. Op.cit.*

¹⁴³ Ver: Cuadro Octavo.

¹⁴⁴ DERRIDA, Jacques. *Espetros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional.* Madrid: Trotta, 1995.

¹⁴⁵ Un héroe como Moisés es el tipo mítico –en la tipología de Northop Frye- y lo es porque influye en los demás, gracias a su personalidad y sus ideas, junto con rasgos paternos que lo separan del contexto, aunque

sobrepasando a la madre, que para Freud corresponde al triunfo de la intelectualidad sobre la sensualidad, sobre lo corpóreo, sobre los sentidos. Es también la idea implícita de acallar la madre. En resumen, esta figura del padre freudiano está caracterizada por su autoridad, soportada a su vez en la castración de sus hijos, de la imposición de una cicatriz que certifique su poder, junto con el castigo ante alguna posibilidad de placer de estos últimos. Así, los hijos se sienten constantemente amenazados ante un padre que resulta inefable.

Ya hemos indicado como para Rykwert¹⁴⁶ la ciudad es una imagen paterna. Tanto porque procede de un “fundador”, que es su padre y desde luego, el de sus habitantes. Tanto porque tiene su origen en otra muerte, esta vez de impronta fratricida, en la que el padre ya muerto, convertido en dios, condena la muerte de un hermano por la mano de otro, y en procura de restablecer la alianza, el asesino, convertido en héroe, funda una ciudad para su veneración y la disminución de su culpa. En nuestro caso el ejemplo de Gonzalo Jiménez de Quesada puede resultar útil. Un “fundador”, el padre de una ciudad, que tras dificultades logró asignarse tal condición –la de “fundador”-, es olvidado durante el periodo colonial, pero rememorado desde mediados del siglo XIX en el marco de una búsqueda de un padre para una patria que parece ir sin rumbo alguno. Tras algunas búsquedas en otros lugares y el intento de tomar otros padres, que terminan por aborrecer a esos supuestos hijos, se reconoce a Jiménez de Quesada como fundador. Primero de la literatura, luego de la historia, en ese transcurso de más o menos cuarenta años, su re-conocimiento como fundador de Bogotá, para finalmente, ubicarse como padre de una nación.

Surge Jiménez de Quesada como un fantasma, que busca vengar su muerte (por olvido) y buscar un descendiente predilecto, un tipo de héroe que lo vengue y acalle a su hija – la ciudad- que parece haber caído en desorden. Es entonces cuando surge un individuo, Pedro María Ibáñez, quien se autoproclama heredero y por consiguiente un nuevo padre, capaz de hablar por el padre muerto y de acallar la madre, que se ha venido expresando por boca de autores como Francisco de Paula Carrasquilla y José María Cordovez

todo ello expresado en acciones que demuestran efectivamente tal heroicidad. FRYE, Northop. *Anatomy of criticism*. Princeton: Princeton University, 1971.

¹⁴⁶ RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad*. *Op.cit.*

Moure, debido a una cierta insatisfacción del presente producto de las transformaciones de fines del siglo XIX. Ibáñez, considera por tanto que todo lo anterior a él, a su intelectualidad traducida en instrumentos propios de la disciplina histórica, son “incidentes”. La ciudad de los ruidos será sustituida por la de la escritura, la de los caminantes por la de la panorámica (la totalizante). Y Jiménez de Quesada, otra vez muerto, nuevamente tachado, sirve de autoridad para alguien que intenta hablar en su nombre, Ibáñez, que funda una institución, de la que se hará su arconte principal, la Academia Colombiana de Historia.

§ 16. Bogotá “la hija de Gonzalo Jiménez de Quesada”

José María Cordovez Moure incuba la expresión, respecto a Bogotá, como “hija de Gonzalo Jiménez de Quesada”. En la cual pretendía sostener la idea de que como mujer se le debía tratar lo mejor posible y ello implicaba no *hablar mal de ella*, asunto que se extendía a su familia, y en particular a su padre. Semejante metáfora no es exclusiva de Cordovez, también se presentará, reiteradamente en varios de los textos de Pedro María Ibáñez. A este tratamiento de Bogotá como mujer puede hacerse varias observaciones, en particular si atendemos de entrada la idea de Rykwert, de que la ciudad es un símbolo paterno en razón de que funciona como un medio usado por el héroe para subsanar su falta con los dioses, del hijo para con el padre. Esta asociación de Rykwert está motivada por los análisis de Freud en los cuales se presenta una imagen fratricida inicial en la cual padre e hijo, y entre hermanos, intentan matarse con el propósito de ser los únicos en tener acceso a la hembra. De cierta manera podríamos decir que las ciudades se han construido en el marco de una persecución *tras* una mujer, como una figura del Otro que no se logra alcanzar del todo.

Ha sostenido Jacques Derrida¹⁴⁷, cómo el lobo encarna en el mundo occidental la penetración y la devoración, y su figura es asumida -indica el autor francés siguiendo a Freud- por el padre, el Estado y Dios. El lobo implica vivir en función de la autoridad, en donde el Estado sintetiza la culpa generada por el padre, quien a su vez representa la

¹⁴⁷ DERRIDA, Jacques. *Seminario La bestia y El soberano*. *Op.cit.*

imagen divina, todo un drama secular. Se procura, indica Derrida, separar lobo y soberano, el primero como signo de la animalidad, el segundo como humanidad, pero debe desconfiarse de esa esquemática separación. En ambos casos se está por fuera de la ley, al igual que lo está la barbarie. Así también, para el hombre, el hombre mismo es lobo; el hermano gemelo es un lobo; la loba es la madre que amamanta. Por su parte, el soberano utiliza la animalidad en singular para matar lo radicalmente otro como cualquier bestia, por igual, suponiéndose unos derechos de los hombres sobre lo bestial. Ambos buscan devorar, bien por la acción de la boca (los dientes, la mordida, el tragar), bien por la acción de la voz (la lengua, el habla, la escucha), todo un uso de la retórica para matar al otro. Lo lobo es un disfraz –caracterizado por el intento del soberano de matar la bestia–, para encubrir cómo el soberano se ha hecho hombre-lobo, se ha hecho bestia. Este lobo se pone *tras*, sigue y persigue algo que está antes de él, allí la “génesis misma del tiempo”¹⁴⁸.

Las consideraciones del dominio masculino y la división del mundo son tales, que ello termina por naturalizarse, sostiene Bourdieu, hasta el punto de no requerir justificación alguna.¹⁴⁹ Estamos ante formas escriturales que suponen de entrada, casi obviándolo, análisis de tipo falocéntrico que se han convertido en lo que el mismo Bourdieu llama “habitus”. Esta Bogotá era tratada entonces como un “bello sexo”, caracterizado por dedicarse a ser hijas, madres y esposas, buscándosele calzar, limpiar, vestir, moralizar y educar, para restringir el retorno de lo reprimido¹⁵⁰ y “educar el deseo”¹⁵¹, desde “un marco muy disciplinado”¹⁵². Lo instintivo asociado a las mujeres no debía permitirse si modernizar la ciudad era lo que se quería. Así, sostiene Stoler, se reducía la peligrosidad que resultaba lo carnal, comprensión que oscilaba entre lo sensual y lo afectivo, así como entre la pasión y la compasión. Era procurar “la educación del deseo” o la “educación sentimental”.¹⁵³ Una madre como Bogotá, era como la virgen, inmaculada. A la cual solamente podía acceder la mano blanca de un bogotano, quien la tomaría ausente de

¹⁴⁸ DERRIDA, Jacques. *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Trotta, 2008.

¹⁴⁹ BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama, 2007.

¹⁵⁰ Ver: CLÉMENT, Catherine. KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. Madrid: Cátedra, 2000.

¹⁵¹ STOLER, Ann Laura. *Carnal knowledge and imperial power: race and the intimate in colonial rule*. Los Ángeles, Berkeley: University California Press, 2002.

¹⁵² CLÉMENTE, Catherine. KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. *Op.cit.*

¹⁵³ STOLER, Ann Laura. *Carnal knowledge and imperial power*. *Op. cit.*

algún tipo de deseo sexual.¹⁵⁴ Pero que sin embargo, se valdrá de la vociferación, del uso de la lengua por el camino de la escritura para tenerla toda, y evitar con ello la aparición de algo desconocido. Ante este temor una respuesta, la búsqueda de que para este caso se halla en la linealidad, la idea de “decir” la “verdad” respecto a la ciudad, como tanto reiteraba Ibáñez.

Clément y Kristeva¹⁵⁵ nos recuerdan la distinción que Hannah Arendt solía atender de los griegos, entre zoé (vida biológica) y bios (vida por contar, susceptible a la biografía), en donde un mundo que privilegie la técnica opta por dejar a las mujeres solamente la condición de zoé. Esta indicación no es para nada ajena a lo que hemos venido diciendo, porque lo que nos han dicho las reflexiones sobre la historia urbana, es que tiene como antecedente las biografías de ciudades. Y estas comienzan a aflorar a partir de textos como el Ibáñez, el cual pretendía dar cuenta de *toda* la vida de Bogotá. Al construir la metáfora de que Jiménez de Quesada era el padre y Bogotá la hija, el símil entre la vida de la ciudad y la vida humana era completamente factible. Más cuando lo que se tenía como la historia de una ciudad era precisamente una vida escrita (bio-grafía), aunque en el sentido de zoé y no de bios, porque lo que entonces se hacía era hacer referencia a ella, en pasado, como si estuviese muerta, se habla por ella. Ibáñez, Posada, Arciniegas, entre otros, firman por ella, pretenden desflorarla siendo los primeros al decir algo nuevo, algo que otro no hubiese dicho. Pero impidiendo que lo vivo de la urbe, sus prácticas y su condición mítica se presente, a partir de eliminar lo que Michel de Certeau llamó el “tiempo accidentado” que no es otra cosa que *“el discurso efectivo de la ciudad: una fábula indeterminada, mejor articulada en las prácticas metafóricas y en lugares estratificados que el imperio de la evidencia en la tecnocracia funcionalista.”*¹⁵⁶ Se trataba de eliminar las narraciones que procedieron a los relatos de viajeros, que fueron denominadas por sus propios autores como crónicas, aunque este término será tomado por quienes pretendieron erradicarlas.

¹⁵⁴ Ver a propósito de las “nuevas sensibilidades burguesas”, entre las que se contaban la raza y la sexualidad. STOLER, Ann Laura. *Race and the education of desire. Foucault's history of sexuality and the colonial order of things*. Durham: Duke University Press, (1995) 2004.

¹⁵⁵ CLÉMENT, Catherine. KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. *Op.cit.*, p. 22.

¹⁵⁶ DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. *Op.cit.*, p. 223.

§ 17. El viajero se convierte en académico

El 6 de agosto de 1889, José María Samper pronunció un largo discurso, que llevó más de una hora y media, para recibirse como miembro de número de la Academia Colombiana.¹⁵⁷ Compartía escenario con Rafael Pombo. Ambos, ya rodeaban los sesenta años en medio de un siglo turbulento –como probablemente se dice de todos. Junto a los académicos que estos dos nombres representan, se encontraban otros autores más jóvenes en el auditorio de aquel evento, quienes habían comenzado a utilizar otras estrategias narrativas, como la sátira, mezclada con la crónica y la poesía.¹⁵⁸ La Academia por su parte, se anquilosaba, mientras Pombo se notaba agotado al leer un extenso informe que poco tenía ya de sus afamados usos del lenguaje, mientras los segundos “publica[n] cantos admirables; escribe[n] artículos llenos de originalidad; se alimenta[n] con un estudio vivificante; lleva[n] movimiento a los debates (...)”¹⁵⁹. Los académicos, y con esa idea nació tan afamada institución, adulan a España, hasta el punto de reiterar ser los *primeros* hijos de la academia ibérica e indicar cómo gracias a ello ahora sí habían pensadores colombianos. (No en vano la fecha del evento, la “fundación” de Bogotá y con ella un nombre, Gonzalo Jiménez de Quesada, sobre el cual ya recaeremos). Los “jóvenes” respondieron con libros, semejante exclusión.

Las palabras de Samper por su parte no dejan de causar cierto interés. Un liberal de antaño en medio de un recinto conservador. Indicó en su discurso lo mal que había escrito, los variados temas y géneros que había recorrido, aunque nada sugirió de su extensión, de los “mamotretos” que produjo. Elogió, indicando su ignorancia ortográfica, la aparición de la Academia, como entidad reguladora y promotora de España, en contravía de las influencias francesas, a las que calificó de coloniales. Tanto había cambiado de parecer Samper desde aquel viaje a París, a la que llenaba de atributos, aunque también de vicios, hasta coincidir con muchos de que estaba frente a la capital del mundo. De la antigua metrópoli, decía, en ese entonces, que no hacía otra cosa que

¹⁵⁷ SAMPER, José María. “Discurso de recepción en la Academia Colombiana”. En: *Anuario de la Academia Colombiana*. Tomo I, Volumen II. Bogotá: 1874-1910.

¹⁵⁸ Esos son los casos, por ejemplo, de Francisco de Paula Carrasquilla, José María Cordovez Moure y José Asunción Silva.

¹⁵⁹ URIBE, Juan de D. “A propósito” (Prólogo). En: CARRASQUILLA, Francisco de Paula. *Tipos de Bogotá*. *Op.cit.*, p. XXIV.

vivir del pasado, sin mayor progreso y civilización.¹⁶⁰ La decepción brota por entre los párrafos, como las de muchos otros viajeros, sin detenerse, ni alzar la cabeza, camina derrotado en su propia obra y la de otros, para llegar al seno de la Academia. Como muchos autores lo han sostenido, el liberalismo fue derrotado,¹⁶¹ y parece que también con él, lo que significaba París. Se odiaba la “capital del mundo”, aunque se dijera lo contrario, al menos parcialmente de dientes para afuera. Entonces ¿dónde buscar esos padres por parte de aquellos hijos aborrecidos por sus supuestos padres franceses? Como en Samper, se produjo un giro, buscando otros padres a quien seguir, y se procedió a utilizar los que estaban próximos, los españoles. Aunque para ello tuviera que omitir autores en otros tiempos muy cercanos a él mismo.

Pero frente a esta tendencia aparecen otras escrituras. El costumbrismo se mezcló con la sátira y el epigrama, para edificar un tipo de crítica social ante las condiciones materiales y espirituales de las ciudades. Los *pepitos* nunca pudieron construir un género ampliamente diferenciable de los cuadros de costumbres realizados por los *cachacos*, sus textos sobre viajes, aunque utilizaban modelos como los de Chateaubriand, se asemejaron a dichos cuadros, lo cual les permitió compartir periódicos, por ejemplo, sin mayor ruido durante la década de 1860 -especialmente. De allí que, la utilización de este tipo de escritura por autores que ya habían recorrido Europa, o eran hijos de toda esa influencia francesa de la que ya hicimos mención, para quienes resultó más que familiar. Como lo muestra Carrasquilla,

“(...) los fiuses, las seis corbatas y la docena de guantes, van en consunción y deterioro progresivos; y á proporción que los guantes rinden su mortal jornada, va reconociendo nuestro héroe á sus antiguos conocidos, hasta que llega día en que desaparecen por completo las galas parisienses, y entonces tiene el dandy que confundirse, á pesar suyo, con el resto de sus conciudadanos.”¹⁶²

Las prácticas de estos *dandis*, que aun siendo un tanto excéntricas y criticadas por visiones conservadoras, no habían sido tan duramente condenadas como ahora –últimas dos décadas del siglo XIX- y reducidas a curiosidades como nos lo sugiere Ángel Cuervo:

¹⁶⁰ Ver: SAMPER, José María. *Viajes de un colombiano a Europa. Op.cit.*

¹⁶¹ Ver entre otros. DELPAR, Helen. *Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994.

¹⁶² CARRASQUILLA, Francisco de Paula. *Los tipos de Bogotá. Op.cit.*, p. 86.

“A los pocos días de llegar un francés a cierta ciudad andina, quiso disfrutar de la caza abundante que le dijeron había en los alrededores, y tomando la escopeta, se fue a recordar sus buenos tiempos, pues era un segundo Nemrod.

¡ PUM! ¡pum! ¡pum! y tiempo le falta para acabar’ con todas las aves que se le presentan. Cuando rebosando de dicha volvió a la posada cargado de las víctimas, los amigos le dijeron, después de saludarle con una estrepitosa carcajada: Por Dios ¿para qué ha ido a matar a esos pobres pájaros? Eso no se come; aquí nadie les hace caso...

Al presentarme yo con mis Curiosidades, ¿no dirá el público lo mismo? ¿No se reirá al verme aparecer con bichos a quienes nadie hace caso? Pero aunque así sea, responderé como el cazador: Si no sirven, a lo menos me he divertido, y probado que también puedo cazar cosa que valga la pena.”¹⁶³

Los *pepitos* se habían “cachaquizado”, si con eso queremos decir que se hicieron más conservadores. Y las observaciones de Röhtlisberger¹⁶⁴, quien todavía observaba al final el siglo la existencia de dos “tipos” sociales, los *chachacos* y los *pepitos*, correspondían a esta transformación de los *pepitos*. De tal forma que se aproximan más a los *cachacos*, mientras que estos últimos según los veían Vergara y Vergara a mediados del siglo XIX, también se habían transformado. Así, la lectura y escritura de *itinerarios* en los que no solo se indicaban unas rutas, sino donde se historiaban las áreas urbanas visitadas o referenciadas, influyó para que esta simbiosis se interesara con mayor ahínco por las ciudades como espacios vitales. Los “bárbaros” de los primeros cuadros de costumbres habían dejado parcialmente las zonas rurales para radicarse en barrios miserables y dedicados a oficios que ponían en “riesgo la moral”. Vaqueros, calentanas y campesinos, entre otros, se sustituyeron, al menos parcialmente, por albañiles, aguadoras y hasta usureros.

Y fue la crónica, el texto donde al parecer se sintió mejor el *pepito* “cachaquizado”, pues al dar cuenta de las áreas urbanas, procuraban que aquella París que desilusionó se

¹⁶³ CUERVO, Ángel. *Curiosidades de la vida americana en París*. París: Chartres, Imprenta de Durand, 1893, pp. 352-353.

¹⁶⁴ Decía este autor que: “En los Círculos sociales de Bogotá hay dos tipos que atraen nuestra atención: el *cachaco* y el *pepito*. El primero de ellos, ya casi extinguido, representaba el elemento juvenil y soltero, libre, alegre y despreocupado, y lleno de gracia chispeante, pues el bogotano se caracteriza por sus buenas salidas y su pronto humor de verdadero esprit francés, emparejado a la sal andaluza. El *cachaco* encarnaba el risueño y espontáneo gozo de vivir, la constante disposición a la broma y a la chanza, pero todo ello unido a una fina discreción y lleno de dignidad. En cambio, el *pepito* es el pisaverde de capital, aburrido de todas las cosas, sentimental e infatuado, que solo en la moda y en el lujo refinado es capaz de hallar alguna diversión, y que huele de continuo a perfumes. El pobre, triste “joven viejo”.” RÖTHELISBERGER, Ernst. *El dorado. Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, 1963, p. 96.

recompusiera. Paradójicamente, aunque no por ello incomprensiblemente –pues lo bicéfalo es una cualidad latinoamericana muy temprana-, mientras se deseaba limpiar socialmente las ciudades, ello no necesariamente correspondía a lo deseado de una parte de los viajeros en lo concerniente a aplicar lo visto en la “capital del mundo”. En cambio, esa búsqueda de un “orden” correspondía al deseo de Vergara y Vergara de regresar a Santafé, que no era otra cosa, que la ciudad de la infancia. Por eso, las palabras de Alexander Betancourt, uno de los pocos trabajos sobre historiografía colombiana, deberían considerarse con bastante cuidado cuando sostiene que

“Vistos a la distancia, puede afirmarse que los letrados decimonónicos escribieron poco más que crónicas de los acontecimientos de la capital y sus alrededores y prescindieron de la realidad de los demás territorios que llegaron a conformar el Estado colombiano. El carácter que se les ha atribuido a algunos de estos trabajos como ‘textos canónicos’ dentro de las tradiciones disciplinares, se debe a una recepción posterior que los convirtió en referentes básicos.”¹⁶⁵

La razón para sugerir dicha preocupación radica en la utilización indiscriminada de lo que se entiende por “crónica”, junto con cierta animadversión hacia ella, sin ni siquiera considerarse con algo más de detalle. Más cuando el mismo autor ha sostenido que en el siglo XIX no existe una separación entre historia y literatura. De allí que, no sea tan simple hacer un listado de autores/historiadores y otro de autores/literatos. El ejemplo de José María Samper, es también en este sentido pertinente. Además, en el marco de la aparición de la Academia Colombiana de Historia (1902), en donde se prometía decir la verdad sobre el pasado colombiano, se prometía decir la verdad sobre el pasado colombiano, se presentaba, al menos de manera nominal, la necesidad de diferenciar entre lo que era historia y lo que era literatura, y en ese escenario la crónica era más bien liminal y contradictoria. Entre otras cosas, porque se trataba de una crónica que se aproximaba más al orden periodístico. El prologuista de José María Cordovez Moure, percibiría en peso que se le impondría tanto a la historia, como en particular las formas de leer el pasado de las ciudades.

“En los tiempos modernos se le exige a la historia más que lo que solía exigírsele en los antiguos. No nos satisface hoy la relación de fundaciones de imperios, de conquistas, de guerras, de cambios de gobierno y dinastía, y de sucesión de soberanos, que han solido

¹⁶⁵ Betancourt, Alexander. *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, Universidad Autónoma. San Luis Potosí, 2007, p. 23.

ser única materia de la historia. Actualmente queremos saber cómo han sido y cómo han vivido los hombres de quienes hace mención aquella Emula del tiempo, y también cómo eran y cómo vivían los que ella no menciona; queremos no ignorar el modo, la forma y los incidentes de cada uno de los acaecimientos que narra; queremos penetrar en los aposentos, no solo de los palacios, sino de las viviendas comunes; queremos conocer a nuestros antecesores como conocemos aquellos contemporáneos nuestros con quienes vivimos en íntima familiaridad, de aquí el interés con que se buscan y se estudian documentos y monumentos que den luz acerca de particularidades de los pueblos antiguos. De más está recordar aquí que las ciencias se aprovechan para fines serios y útiles de lo que tales documentos y monumentos suelen enseñar.”

Este peso era ejercido, entre otros, por el mismo primer presidente de la Academia Colombiana de Historia, Pedro María Ibáñez, con su obra justamente titulada como “Crónicas de Bogotá”. Es probable que la inducción a cierto equívoco de autores como Betancourt, provenga de la forma cómo se comprende lo que con el término de “crónica” se designa. Ya que Ibáñez buscó aproximarse a las Crónicas de Indias y desde luego, él mismo posicionarse como cronista. Además, en el marco de una idea sobre la que volveremos, de ser el *primero* luego del “fundador” de la ciudad, que no en vano, era también el padre de la Historia Colombiana para mencionada Academia. Que mejor, entonces, para dar cuenta de *toda* la historia, como si la hubiese presenciado, que el *primer* presidente de dicha institución. Para la crónica, que se vinculaba profundamente al periodismo, no es casual que la mayoría de textos fueran primero artículos de algún periódico y más tarde, compilados, sin mayores modificaciones, para componer libros.

En esta vía, la idea de Chateaubriand -que no es de este autor, sino de Hegel- de que la arquitectura y otros elementos urbanos, como los monumentos, sintetizaban el espíritu de una sociedad, se hacían perceptibles. Pero no se trataba del pintor de lo “total”, sino más bien, el que atendía pequeñas cosas, fragmentos. Pero semejante tarea no era posible si quien escribía no era un buen “pintor”, no en vano Marroquín le pedía a Cordovez Moure que “la obra fuese completa; que en ella no se pudiera echar menos nada de lo interesante o curioso que podamos recordar los bogotanos viejos”. Esto es, en parte, otra de las influencias del costumbrismo (y sus cuadros de costumbres), y en especial, “El Mosaico” (1858-1872). Carmen Elisa Acosta nos ha mostrado cómo este periódico era un escenario de formación de “lo nacional”, en el que confluían miembros de los dos partidos, en donde no solo los “cuadros” se concentraban en un asunto particular, sino que las novelas eran presentadas a los lectores por “entregas”. En otras palabras, también fragmentadas. No en vano, como lo ha indicado Acosta, surgió con el propósito de publicar la novela “Manuela” de Eugenio Díaz, al mismo tiempo, que para

“educar lectores”-en eso también contribuyó otro periódico, “Biblioteca para Señoritas”, asociado a “El Mosaico”.¹⁶⁶ Para Acosta, la literatura jugó un papel mayúsculo, pues el ejemplo que ofrecía su historia era que precisamente el concepto de historia poseía dinamicidad, ante la percepción de estarse haciendo, lo cual implicaba vivir en “función del futuro” y no del pasado.¹⁶⁷

Y si hemos venido diciendo que es precisamente este escenario en donde se formaron quienes consideraban el pasado de las ciudades, éste no podía ser otro que uno muy similar, o cuando menos bastante próximo, a lo que en las páginas de los periódicos se discutía. Lo que podemos decir, es que una de las ideas de la historia expresada por las crónicas, por cierto ambigua –dinámica-, se gestó en el corazón de la prensa. Las crónicas contaban con su propia percepción del pasado, dedicada de forma importante al devenir de las ciudades como veremos, pero por razón de consideraciones un tanto ligeras del siglo XX han terminado despachadas con el rótulo de “fuentes”. Se prefirieron autores de libros “completos”, sin tener mucho en cuenta el lugar de producción, la prensa, en especial la de las dos últimas décadas del siglo XIX.

Así, no es posible desatender elementos de estas escrituras de la historia, como por ejemplo los epigramas, que aun cuando no fueron tan comunes, sí sugiere la importancia de la *tachadura*. El término epigrama corresponde en griego antiguo al “sobre-escribir”, a una *tachadura* que se pretende expresar de manera especialmente satírica. Paradójicamente, se trataba de una forma de origen griego, en contravía de las posiciones grecorromanas de autores como Miguel Antonio Caro, uno de los principales artífices de las academias. Tal y como en la versión griega, autores como Francisco de Paula Carrasquilla o José María Cordovez Moure, presentan aguadoras, tinterillos, políticos, en escenarios como los bailes, las corridas de toros o las festividades religiosas, sobre los cuales se realizaba la sobre-inscripción. Estos eran los objetos, que al igual que jarrones, tumbas, estatuas griegas, en los que recaían los usos del lenguaje breve e ingenioso. Walter Benjamin¹⁶⁸ sostuvo que al intelectual que no aspira otra cosa

¹⁶⁶ ACOSTA, Carmen Elisa. *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

¹⁶⁷ *Ibíd.*

¹⁶⁸ BENJAMIN, Walter. *Calle en dirección única*. Madrid: Alfaguara, 2005.

diferente de que su obra se lea como un catálogo, son gustosos de gestar un “mamotreto o el arte de fabricar libros”. Estos últimos según Benjamin son el “fin del libro” mismo, cadáveres andantes que se valen de las “obras de gran envergadura” para cubrirse. Por eso, la *tachadura* procuraba ir más allá de la vida misma. Y es que lo que suele considerarse exclusivamente como “crítica social”, era igualmente, una idea de buscar según su óptica, lo vivo, ante la presencia de un cadáver, como lo era la ciudad que veían. Una vivacidad que se hallaba en la ciudad del pasado. Así que la re-inscripción debía hacerse al presente.

Como en estos nuevos cronistas colombianos, Benjamin gustaba de ese pensar fragmentario, tan parecido a los recorridos de los caminantes urbanos, que en ambos de los casos protagonizan los relatos. En ellos no existe continuidad, tan deseada en los “mamotretos”.¹⁶⁹ La ciudad era como un libro, que no se lee de una sola pasada. Noche tras noche se pasaba revista de las experiencias del día, como lo hiciera Baudelaire, procurando torcer la idea de una dirección única. Pues el cronista urbano de fines del siglo XIX en Colombia era un caminante, que había disminuido su óptica panorámica, propia de los itinerarios de viaje, al considerar que la ciudad estaba constituida, antes que de cualquier espacio físico, por los ciudadanos –los habitantes de la ciudad. Por tanto, en cada ciudadano habitaba una ciudad. Como en la cita que trae Rykwert para contrastar las pobres visiones de algunos analistas contemporáneos respecto a lo que entienden por ciudad, cuando Nicias habla a los soldados atenienses en las playas de Siracusa, diciendo “Vosotros sois la ciudad, allá donde decidáis asentaros... son los hombres, no los muros y los navíos de ellos, los que forma la ciudad”.¹⁷⁰

Efectivamente, en lo que menos se fijaron los cronistas decimonónicos fue en los asuntos físicos de la ciudad, a menos que ellos tuvieran algún impacto directo en los habitantes. Sus ojos, se vincularon con sus oídos, para dar cuenta de las prácticas urbanas, singularizadas y disociadas de cualquier pretensión de generalizar, pues se trataban de “maneras de hacer”, sobre las que ya volveremos, pero por ahora cabe decir algunas cosas. La primera, que dichas “maneras” estaban asociadas al desorden social, y con él, a lo ruidoso o escandaloso de la vida cotidiana de las ciudades. Un ejemplo visual de

¹⁶⁹ *Ibíd.*

¹⁷⁰ Rykwert está citando aquí a Tucídides. RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad. Op.cit.*, p. 4.

este tipo de crónicas es la obra de Ramón Torres Méndez, que aun cuando no se dedicó de forma exclusiva a las ciudades, sí consideró “escenas” donde se perturbaba el orden. En las obras dedicadas a imágenes particularmente urbanas, resultaban reiterativos los fragmentos y no las panorámicas. Con ellos se buscaba cierta fidelidad, que opacaba desde luego otros aspectos, similar a un epigrama, no en vano, se conservaba la ironía y la sátira, como elementos claves para expresar algo, de muchas de las crónicas publicadas en la prensa.

§ 18. Reyerta popular



Reyerta popular. Ramón Torres Méndez. Segunda mitad del siglo XIX.

§ 19. Los “nuevos” cronistas

Francisco de Paula Carrasquilla (1855-1897), se asemejaba un tanto al perro que en la obra de Torres Méndez (Reyerta popular) jalaba el pantalón de uno de los implicados como intentando evitar que el hombre armado con una piedra golpeará a una de las mujeres de la pintura. Ya hemos sugerido que Carrasquilla era un crítico mordaz, tanto

para instancias de poder, por ejemplo la Academia, como por lo que sucedía con los habitantes urbanos, al tocar “puntos gangrenosos” de una ciudad que era vista como una “pocilga”¹⁷¹. En medio de un deseo de “renovación social”, que tenía como propósito el de ingresar en la “civilización”, que para autores como Cordovez Moure era un asunto de “responsabilidad de nación soberana e independiente”. Aguadora, tinterillo, recluta, vergonzante, usurero, beata, albañil, diputado, músico de cuerda, contratista, chicharronero y hasta el recién llegado de Europa, hacían parte de un collage de imágenes con los que se ejemplifica la podredumbre urbana. Sus acciones radicadas en la ignorancia, el ruido, el chisme, los vicios, las enfermedades, la suciedad, la pereza, la adulación y humillación, son todas acciones realizadas en las calles o espacios públicos de la ciudad. La condición de caminantes les hace, en la óptica de Carrasquilla, también peregrinos, aunque en este caso como errantes que recorren una y otra vez la urbe intentando hallar su dignidad en un tipo de purgatorio. Ese es el caso, por ejemplo del “recién llegado de Europa”, que va buscando trastes viejos, rotulados como antigüedades para encontrar el pasado con el que tuvo contacto en sus viajes. Pero se ha convertido en lo que Baudelaire y luego Benjamin, llamaron un flâneur¹⁷², en medio del desgaste progresivo del *pepito*. Pero Carrasquilla era también un caminante, pues recorre sin mayor prisa las calles para encontrarse con esos personajes y conocer la ciudad sobre la que re-inscribirá. El mismo Carrasquilla sostiene que,

“Cuando uno se echa á andar por esas calles de Dios, con paso lento y mesurado y rostro circunspecto, llevando las manos metidas en los bolsillos, á falta de otra cosa que meter en ellos, y repara en las gentes que van y viene, en otras que se van y no vuelven y mira hacia los balcones y ventanas, se detiene en las esquinas, conversa en los almacenes, penetra en los templos, visita las casas; siente revoletear incesantemente crecido

¹⁷¹ Richard Morse nos ha mostrado cómo con posiciones algo distintas autores denominados como “positivistas” tenían observaciones similares, por ejemplo Miguel Samper, quien guiado por la influencia inglesa en su pensamiento escribió un célebre texto, “La miseria de Bogotá” en 1867 y lo continuó en 1898 con “Retrospecto”, en donde indicaba algunas mejoras materiales pero mantenía más o menos estable su percepción sobre las condiciones morales. MORSE, Richard. “Los intelectuales americanos y la ciudad (1860-1940)”. En: HARDOY, Jorge y otros. *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones SIAP, 1978.

¹⁷² Walter Benjamin, valiéndose entre otros autores de Charles Baudelaire, ahondó en la condición de este paseante callejero que había alcanzado cierta importancia literaria en la Francia decimonónica. Para Benjamin, este caminante sintetizaba no sólo las experiencias urbanas, tras las reformas de Haussmann, también la vida moderna y el conjunto de sus fantasmagorías, en particular las concernientes a las mercancías. Ver: BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes. Op.cit.*

*enjambre de personas, desocupadas las unas y las otras ocupadas en averiguar en qué se ocupan las demás.*¹⁷³

El conjunto de la obra de Carrasquilla estaba en el marco de lo fragmentario, no solo en sus “Tipos de Bogotá” (1886), también en “Epigramas” (1887) y “Retratos instantáneos” (1890). Igualmente, por la procedencia principal de sus textos, parcialmente escritos en los periódicos “El museo social” (1882) y el “Látigo” (1884). La razón para esa fragmentación estaba de manera particular en los juegos del lenguaje con los que la sátira mostraba con acidez la vida urbana. Era una muestra de ese *pepito* “cachaquizado”, que en este caso pretendía presentarse con cierta excentricidad, pero que paradójicamente era tan cercano al “recién llegado de Europa” que criticaba. Con sus palabras:

*“Hay cierta burla en la suerte al hacer que los hombres aparenten lo bueno que tan lejos están de tener y traten de ocultar cuidadosamente lo malo que realmente poseen, y en que se avergüencen de sí mismos cuando llegan a conocerse y se satisfagan cuando suponen que los demás no aciertan á conocerlos, siendo acaso esta segunda creencia la que sostiene la vida engalanándola con disfraz de felicidad. En tan filosóficas reflexiones hallábame sumergido una mañana del mes de Noviembre (tono novelesco), situado en el puente de San Francisco, cuando vi que se dirigía á saludarme Don Basilio Ruiz, antiguo amigo mío, pues frisa yá en los 60 años de edad y tan ducho en el conocimiento del mundo, cual si hubiese ayudado á hacerlo; por la versación que tiene en las antiguas crónicas de la colonial Santa Fé y en las modernas de Bogotá, se le escucha conversar con gusto é interés y puede decirse que es consultado como un oráculo por los hijos del país y reputado por los extranjeros como el mejor cicerone. Pusímonos á observar las gentes que á la sazón circulaban por la calle (...).”*¹⁷⁴

Es una forma más de expresión del *dandi*, que por cierto no cuenta con una “definición”, sino con aproximaciones. Y decimos que es un *dandi*, un caminante, porque se burla de lo académico, es atípico, se encuentra en constante movimiento –sin dirección única. Es al menos en parte, lo que Schiffer¹⁷⁵ denominó “una verdadera estética del alma y del cuerpo, mezcla sutil pero intensa de hedonismo epicúreo y ascesis estoica” (ver cuadro noveno). Deseaba Carrasquilla apartarse de la podredumbre urbana, pero no puede vivir sin estar en medio de ella, no solo porque escribe, también porque ejerce cargos

¹⁷³ *El Museo Social*. No. 2. Bogotá: 26 de junio de 1882.

¹⁷⁴ *El Museo Social*. No. 3. Bogotá: 09 de julio de 1882.

¹⁷⁵ SCHIFFER, Daniel Salvatore. *Filosofía del dandismo. Una estética del alma u del cuerpo (Kierkegaard, Wilde, Nietzsche, Baudelaire)*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009, p.11.

públicos, como la Prefectura del Departamento de Bogotá (1884). Un epitafio suyo, jugando con epigramas, publicado en “El museo social” puede aplicársele:

*“Yace aquí un habilitado
Que jamás medro en su empleo
Por eso está colocado
En un nicho ‘del Museo’”¹⁷⁶*

El prologuista de la obra de Carrasquilla suponía que vendrían otros textos, del autor y de otros, que alimentaran esa perspectiva, pero al parecer eso no sucedió con excepción de las obras de José María Cordovez Moure y parcialmente, la de Ernst Röhtlisberger. El cronista del siglo XIX era un caminante, que valiéndose de su narración, que también consistía en un movimiento, prestaba atención a los pequeños detalles. Ese es por ejemplo el caso de otro de estos cronistas, José María Cordovez Moure (1835-1918), también formado de una u otra forma en “El mosaico”. Este individuo se parece bastante al personaje de H.G. Wells, Lionel Wallace, en “La puerta en la pared”, pues solamente al estar bien avanzado en años -56 para ser exacto-, puede encontrar esa “puerta” que le ofreciera la felicidad, al estar continuamente ocupado desde temprana edad ante la obligación de velar económicamente por su familia -que por demás, lo llevó por muchos oficios y cargos. Esa “puerta” no era otra que la escritura, que no dejó hasta el final de sus días,¹⁷⁷ en donde expresó su forma de ver el presente y procurar ir al pasado, de su trasegar por la vida y la ciudad, por donde caminaba todos los días. Por ejemplo, al participar de la tertulia diaria en la Librería Americana, o por la dificultad para asignarle algún título.

¿Acaso historiador? ¿Acaso periodista? Lo cual forma parte de la ambigüedad del autor, como de su obra, según su mismo prologuista, José Manuel Marroquín. Aunque la desigualdad en sus textos fue producto de su publicación por separado como artículos de prensa. Cordovez Moure se movió entre su condición de conservador y rutinario, al lenguaje picaresco e irónico, que no le afecta para construir una obra que hoy se asemejaría a las dedicadas al consumo cultural urbano. La idea de Cordovez era que las

¹⁷⁶ *El Museo Social*. No. 2. Bogotá: 26 de junio de 1882

¹⁷⁷ Tres días antes de morir, 01 de julio de 1918, la revista *Cromos* publicó su último artículo titulado “Los personajes de antaño”, donde se concentra en cuatro “locos”, Susunuga, Chapecillo, Lasso de la Vega y Gonzalón.

prácticas urbanas descritas por él constituyen el asidero de la identidad y por eso, aspectos como la violencia, a la cual dedicó un número significativo de páginas y recorrió toda su obra desde la publicación de su primer artículo en “El Telegrama” en 1891, dedicado a un fusilamiento. Son una especie de cortocircuitos que afectaron las rutinas urbanas, tanto por el hecho en sí mismo, como por el morbo expresado en la narración. Lo que además le valía consideraciones a su lenguaje, como “poco delicado” por parte de Baldomero Sanín, que él mismo había reconocido. Y es que,

*“En 1891, cuando empezaron a describirse las Reminiscencias, los gustos habían cambiado en España y en América, y la preocupación por las formas era lo que se imponía. En Colombia, sobre todo, el purismo se exageró a la sobre del genio de Cuervo y llegó hasta crear un estéril fanatismo gramatical. De ahí que Cordovez, con su manera campechana que pocas veces se eleva, porque cuando lo intenta cae en ingenuidades que llevan a sonreír, fuera muy criticado en su época por algunas incorrecciones de estilo, no obstante el éxito y la popularidad indudables de su obra. Hoy, sin embargo se le perdonan fácilmente esas pequeñas incorrecciones.”*¹⁷⁸

La última edición de la obra de Cordovez se realizó en 2006 y en ella se sumaron sus relatos de viaje de 1907, como una extensión de las ideas expuestas en las primeras crónicas, pues aquellos nuevos recorridos lo único que hacían era confirmar el “¡cruel desengaño [que] tuvimos!”. Por lo cual decía:

*“París se deja siempre con tristeza, pero al salir de la encantadora ciudad abrigábamos la esperanza de que, a pesar de la gran corrupción que encierra en su seno, habitan en ella muchos justos que aplacan la ira del Señor, para que no la castigue, como lo hizo con el fuego que cayó del Cielo sobre las cinco ciudades malditas.”*¹⁷⁹

Por tanto, había que concentrarse, al igual que lo pensara Carrasquilla, en regresar la mirada a la madre, a la ciudad de la infancia, a Bogotá, y en especial a sus detalles. Prácticas urbanas tales como bailes, festividades, corridas de gallos y de toros, la vida escolar (colegios y estudiantes), la vida domésticas y la vida religiosa, hasta su “pot-pourri” dedicado a la “locomoción santafereña”, el “servicio doméstico”, los “entierros”, “guerras” y hasta adulterios. Las cuales eran reseñadas a partir de personajes –héroes,

¹⁷⁸ Elisa Mujica citada por ARCILLA, Emma y LOTERO, Amparo. “Del crepé y la muselina a las acciones heroicas. Crónicas de José María Cordovez Moure.” En: *Boletín cultural y bibliográfico*. No. 11. Vol. XXIV. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1987.

¹⁷⁹ CORDOVEZ MOURE, José María. *Un viaje a Europa*. Bogotá: Imprenta Nacional, Biblioteca la cultura colombiana, 1949.

mártires, beatas, clérigos, amigos o familiares- en escenarios como las calles, las plazas, sumados a algunos aprendidos en Europa como las beneficencias, las cárceles y los anfiteatros. Así como y valiéndose de juegos de lenguaje, por lo que debió construir un glosario con el cual identificar las reglas de aquel juego con el cual se procuraba “fundar” una “ciudad invisible”. Una ciudad de la infancia, que se observará al abrir la “puerta” de la escritura. Tras su apertura el tiempo se apilaba, facilitando de alguna forma la construcción de una crónica. Para Cordovez estas prácticas no son asuntos aislados, caracterizados por su exotividad, en cambio, se trataba de lecturas con las que se abordaban problemas como el de la economía urbana en el marco de la relación entre fiestas públicas y usureros, por ejemplo. Eran, igualmente, formas de hacerse al pasado. Marroquín en uno de los prólogos de la obra en cuestión indica que,

“La experiencia es luz y guía que la sociedad necesita lo que mismo que cada individuo; y sin conocer lo pasado no pueden adquirirla ni individuos ni sociedades. Muchas cosas hay que por sobrado menudas e insignificantes parecen poco dignas de ser comunicadas a la posteridad; pero lo cierto es que el conocer las satisface cierta curiosidad que nos aqueja a todos los hombres y que debe contarse entre las necesidades naturales más imperiosas a lo menos para la gente culta. Entre ésta apenas hay quien deje de experimentar intenso placer con la satisfacción de esa necesidad.”¹⁸⁰

De si era o no un historiador es un asunto que interesa parcialmente. Para algunos miembros de la Academia Colombiana de Historia como Luis Augusto Cuervo se trataba de un individuo que

“Todo lo averiguaba, a todo le buscaba causa y efecto, y luego su imaginación se soltaba en corrillos y visitas, exageraba lo sabido, inventaba lo poco que ignoraba y nadie se quedaba sin gozar de su admirable dicción, del comentario irónico y de la sugestión casi siempre acertada.”¹⁸¹

Para Elisa Mújica, por ejemplo, su tratamiento de los detalles, de la “historia menuda”, no fue excusa para evitar ubicarlo entre los historiadores de Bogotá, junto a Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada. Pero para otros era “un memorable novelista de aquella Santafé decimonónica”¹⁸². Aunque de novelista tenía sus dificultades, pues curiosamente

¹⁸⁰ CORDOVEZ MOURE, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Op.cit., p. 18.

¹⁸¹ CUERVO, Luis Augusto. En: *Boletín de historia y antigüedades*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1944, Julio-Agosto, p. 667.

¹⁸² PANERO, José Luis. Prólogo a *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, publicado por la editorial Círculo de Lectores en 1985.

su única novela, también publicada por “entregas” en “El comercio”, transcurría en Venecia y no en Santafé,¹⁸³ pero sin saber todavía sus motivaciones para ello. Una de las razones para darle un *lugar* a Cordovez Moure es en la ya comentada ausencia de separación entre historia y literatura en el siglo XIX. Samper habla de historia para ingresar a la Academia Colombiana (de la lengua); Cordovez es introducido y protegido por esa misma Academia. Hasta el punto de asociarse por parte de Pombo, con el cronista Juan Rodríguez Freyle (1566 – 1640?), por narrar “las cosas vivas y calientes que pasaron, olvidar que estamos leyendo y oír a sus personajes como debieron hablar”¹⁸⁴. De lo que se trataba era de un tiempo narrado, que en la perspectiva de Paul Ricoeur¹⁸⁵ es una de las posibilidades para la resolución de las aporías de la temporalidad –identidad narrativa, totalización y límites de la narración e inescrutabilidad del tiempo- y sus dificultades –irreductibilidad mutua, ocultación recíproca, realidad- a partir de la poética de la narración. Esta posición se apoya en la hipótesis que sostiene que el tiempo requiere ser narrado, en otras palabras, el tiempo humano, la experiencia del tiempo, solamente se hace realidad cuando se narra, al decir *quién* de la acción. En efecto, esto era lo hacía Cordovez, no solo identificando personajes, sino concentrando todos ellos en uno, Bogotá.

Y el elemento de la poética al que se recurrió fue a la asociación entre vida humana y vida de la ciudad, vida que en todos estos casos buscaba ser narrada. Se transitaba desde su nacimiento, pasando por su juventud, hasta su decrepitud y finalmente, sus funerales. Por eso, la nostalgia se hacía presente en expresiones como los “¡los tiempos que fueron!” o “esos tiempos”, en donde se privilegia el *ipse* y no tanto el *ídem*, en donde la identidad es sustitutiva ante el peso considerable de la ética en la ipseidad, como supusiera Ricoeur¹⁸⁶. No en vano, el tiempo de la ciudad para esta forma de concebir el pasado era un tiempo regido por las costumbres frente a las transformaciones materiales que habían empezado a divisarse¹⁸⁷. Tampoco es casual, que “ciertos hechos característicos” de cada ciudad formen su “carácter” y que en suma, también gesten la

¹⁸³ ARCILLA, Emma y LOTERO, Amparo. “Del crepé y la muselina a las acciones heroicas. Crónicas de José María Cordovez Moure.” *Op.cit.*

¹⁸⁴ *Ibíd.*

¹⁸⁵ RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. III. Op.cit.*

¹⁸⁶ *Ibíd.*

¹⁸⁷ Ver: MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Op.cit.*

“personalidad” de la nación.¹⁸⁸ O que tantas páginas se dedicaran a lo funesto, sirvan además de sugerir una cierta inclinación de la humanidad hacia Tánatos, se utilice para re-encantar los lugares y provocar desde esto, la narración de esos espacios. Pero esta condición provoca que el tiempo de las crónicas como la aquí referenciada, sea, de cierta forma, rítmico, en la medida que va y viene a lo largo de la narración, no existe un punto inicial desde el cual se perciba un continuum, sino que son varios tiempos, como lo concibe Cordovez al tener fragmentos, prácticas singulares. Se trató de un ejercicio metonímico, en el cual la afectación de las costumbres en el “hogar doméstico”, terminó por afectar la ciudad y con ella, el país entero. Aunque también podríamos sugerir que funciona a la manera de fractal, en donde una figura inicial se repite un número indeterminado de veces, manteniendo su forma original y sugiriendo a partir de ella una forma más grande conformada por dicha repetición. En últimas, esa forma era la vida misma de Cordovez Moure, del cronista decimonónico, y su deseo de regresar a la infancia –a la ciudad de la infancia-, donde se sintiera más protegido para hacerle frente a la ciudad de fines del siglo XIX.

Al mismo tiempo, ese aprecio por la actividad doméstica se radicaba en la concepción de una ciudad construida por sus ciudadanos y no como un conglomerado de elementos físicos. Es por ello, que la vida en el hogar –donde la mujer poseía un peso significativo- impactaba la ciudad al afectar al ciudadano, en particular sus experiencias desde las cuales se ordenará a continuación su urbe. De allí que, no se presente por parte de Cordovez una sola memoria, una sola reminiscencia, sino múltiples, quizás tanto como el número de prácticas, que como ya se sugirió es indeterminable. En este mismo sentido, el autor tiene su propia versión de la teoría de las reminiscencias de Platón, en donde el argumento básico se radicó en que conocer era recordar -siendo esa la tarea de la reminiscencia. Es evidente para el lector de la obra de Cordovez que una versión del orden metafísico a la manera platónica no se halla a lo largo de sus páginas, empero, el autor sí concibe la idea de que

“Por el espíritu de las Reminiscencias ya conocidas, los lectores podemos prometernos de su continuación un conjunto higiénico y apostólico, para beneficio de la hija de Gonzalo Jiménez de Quesada (...).”¹⁸⁹

¹⁸⁸ CORDOVEZ MOURE, José Maria. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Op.cit.*

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 343.

En otras palabras, que la reminiscencia de Santafé, el “alma”, aquella parte en apariencia perdida, posibilitaba el conocimiento de Bogotá. Pero este cuerpo con el que se contaba en la actualidad del autor, “mortificaba” bastante, en palabras de Pombo¹⁹⁰. En cuanto a la expresión de Bogotá como “hija de Gonzalo Jiménez de Quesada”, será desarrollada con ahínco por los historiadores artífices de la Academia Colombiana de Historia, en donde versiones de la historia como la de Cordovez, terminarán siendo llanos artículos de prensa, sin mayor valor intelectual para considerarse como Historia. “Las cosas de antaño” que hasta los últimos días interesó a Cordovez serán asunto de tertulias y no parte de la institucionalización, con lo cual se “privatizará” el pasado al pasar a manos de unos pocos. Esto no quiere decir que la historia no se volviera a tratar en la prensa, de donde había partido la visión de la crónica que hemos considerado hasta ahora, sino que se era cosa de individuos que ostentaban una autoridad, así que muy pocos podrían hablar de ello. Y quienes lo hacían, con el beneplácito institucional, como en el caso de Germán Arciniegas.

Por otra parte, en la medida que la separación entre historia y literatura en el siglo XIX no era para nada clara, lo que le pasará a la segunda –literatura- tenía un efecto considerable en la primera –historia. Especial en la construcción de su *lugar* institucional, que apenas comenzaba a gestarse. Uno de los casos que vale considerar, al menos muy parcialmente, fue el de José Asunción Silva (ver también el cuadro noveno). En su obra “De sobremesa”, este *dandí* que llegó a Bogotá a comprar antigüedades y vender cachivaches que había traído desde París, rompía precisamente con la capital del mundo decimonónico. Mientras el modernismo hablaba de Versalles, y el costumbrismo se refería a burros, aguadoras, calentanas, Silva procuraba construir una visión que no se radicaba en ninguna de las dos, aunque de ellas estuviese impregnada. Arciniegas comentaba al respecto que,

“Silva nadaba entre dos aguas. De sobremesa es la crónica de un hispanoamericano que en París cae en el deslumbramiento del teatro de D’Annuzalo, la pintura de Monet, la música de Debussy. Se hundió en las mismas aguas que buscaba Rubén Darío (...) y regresó a Bogotá para hacer el recorrido entre la plaza de Bolívar y el terminal del tranvía de mulas, subiendo al coche rondaba a saltos sobre los primeros rieles tendidos para

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 333.

*cambiar la imagen del pueblo colonial. Media hora gastaba para llegar a la estación donde Sanín Cano alternaba sus lecturas de revistas de Londres dialogando con los rústicos conductores que azotaban las mulas y frenaban dándole vueltas al ruidoso manubrio.*¹⁹¹

Los tiempos superpuestos, los desgarramientos de los personajes, la melancolía, son señales de una obra que no pretendía presentarse como un espejo o una pintura, sino adentrarse en una literatura que hiciera *pensar*. Caminar hasta la estación donde se hallaba Sanín, no solo resultaba como un absurdo, también se asemeja a ese contacto necesario con un mundo diferente del académico para pensar, como lo supusiera por ejemplo Heidegger¹⁹² desde su cabaña en la selva negra. O, como Baudelaire, que se inspiraba en la podredumbre de París. Pero esta posibilidad que pudieron haber tomado las letras y con ellas la historia misma, que de cierta forma había experimentado algo con la crónica, pareció haberse muerto con Silva. Dejándonos en un péndulo que se mueve entre el parroquialismo y el colonialismo. Entonces la crónica, versión simbiótica de *pepitos* y *cachacos*, caminó hacia la idea de crónica como lectura “total” del pasado, elaborada por parte de alguien que da la idea de haber visto y de estar autorizado. La historia, por ese entonces asociada a la literatura, se quedó sin desgarramientos, ni tiempos superpuestos, sin hacer pensar, y optando por continuar la búsqueda de un padre, de donde salía justamente dicha autorización. Al mismo tiempo, aró el terreno para que años después posturas influenciadas por la arquitectura y el urbanismo, contarán con una visión panorámica de la ciudad.

§ 20. En busca del padre

El tipo de crónicas a las que nos hemos referido, pero que no deseamos poner apellido, se hicieron áridas y anquilosadas en la cronología desde fines del siglo XIX, en el marco de un nuevo lugar, la Academia Colombiana de Historia. El pensamiento fragmentario se opacó y, en cambio, surgió una versión del panorama, que como en el caso de los viajeros y los itinerarios de Chateaubriand, harán de la historia una forma para hacerse a

¹⁹¹ ARCINIEGAS, Germán. “Liminar: Silva nocturno.” En: SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Bogotá: Edición del Centenario, 1996, p. XLIV.

¹⁹² Ver: HEIDEGGER, Martín. *De ¿qué significa pensar?*
http://www.heideggeriana.com.ar/textos/que_significa_pensar.htm

toda la ciudad. Estas recientes crónicas que pretenderán asemejarse a las coloniales, buscaron con ansía su origen, los fundadores que sustituyeran esos padres franceses que los aborrecieron, y los hallaron en la conquista y parcialmente en la colonia, en las figuras de los *fundadores* de ciudades. Y la figura que sintetizaba a todos ellos era Jiménez de Quesada, quien no solo será el padre de la ciudad, sino el de la literatura y la historia. El padre de la versión oficial como dice Nelson González.¹⁹³ Pero con él será necesaria una ciudad original, que desde luego no fue Bogotá, que aunque de padre español no dejará de ser ladina. Como buenos herederos de peregrinos y fieles cristianos parecen haber seguido literalmente las indicaciones de Agustín, y buscaron a Roma, la “ciudad eterna”, más allá del tiempo y el espacio físico.

En 1902, finalmente apareció la Academia Colombiana de Historia por iniciativa, entre otros, de Pedro María Ibáñez, quien había alcanzado cierta fama con la publicación de varios textos, en particular “Crónicas de Bogotá”, en donde se pretendía dar cuenta de *toda* la vida de dicha ciudad. A partir de la cual se anudaba la historia del país. En el prólogo de su obra decía:

*“Bogotá, como toda ciudad que cuenta siglos de existencia, tiene sus glorias; no solamente sus hijos, sino todos los colombianos, mirarán con simpatía, de ello estamos seguros, que recordemos los lugares inmortalizados por los grandes hombres que brillaron en otros tiempos. Los recuerdos del pasado nos hacen vivir múltiple vida: estamos persuadidos de que no solamente las glorias militares son las glorias de la Patria; el saber, la virtud y el patriotismo son aureola de legítimo orgullo para la Nación; himno de reverente gratitud elevamos a los colombianos ilustres que unieron su nombre al de la capital de Colombia y a los hilos de ésta que supieron ilustrar sus nombres legando útiles enseñanzas a la posteridad.”*¹⁹⁴

No solo existe un halo centralista en el “origen” de la Academia, propio del escenario “regenerador” de fines del siglo XIX e inicios del XX, como diversos autores así lo han presentado, también un peso singular de la historia de una ciudad, Bogotá. No en vano, Ibáñez fue secretario perpetuo de esa institución, significando la principal autoridad en el tema, cuando menos hasta su muerte. De forma similar a la Academia Colombiana de la

¹⁹³ GONZÁLEZ, Nelson. *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*. Madison: Universidad de Wisconsin-Madison, 1992. Tesis Doctoral.

¹⁹⁴ IBÁÑEZ, José María. *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1891. Prólogo a la primera edición: Bogotá, 6 de agosto de 1891, CCCLIII aniversario de la fundación de la ciudad. Edición digital de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Lengua, que buscó el *fundador* de la literatura colombiana, y lo halló, en la figura de Gonzalo Jiménez de Quesada, la Academia Colombiana de Historia hizo algo similar, encontrando el mismo padre *fundador*. Aunque reconociendo en él dos obras: “El Antijovio” y *una ciudad*. Tal y como lo hiciera mayoritariamente un grupo de intelectuales decimonónicos de tendencia conservadora, se buscó en el pasado colonial y se encontró como puede resultar obvio con España. A la manera de José María Vergara y Vergara en su “Historia de la literatura en Nueva Granada”¹⁹⁵ se cruzaron los mares para encontrarse con el “siglo de oro”, que desde su perspectiva, trajo a estas tierras a Jiménez de Quesada, quien cambió la espada por la pluma. Era un héroe que fundó una ciudad, la literatura y de paso, la historia, sobreponiéndose a vicisitudes, como lo selvático del territorio y una infinidad de ignorantes. Utilizando una estrategia similar a la del conquistador, Ibáñez sostiene que no existe nada antes de él, y como lo hiciera Rómulo, cicatrizó la tierra, expulsando de esta forma los fantasmas anteriores y concretando la “epopeya”. Para Vergara y Vergara los casos de escritores, que para José Antonio de Plaza eran más bien excepcionales, resultaban ser una ventaja para identificar *una* heroicidad. De hecho, no solo existía Jiménez de Quesada como caso único, sino que de este solamente se conservaba una obra, “El Antijovio”. “Es, pues, indiscutible que nuestra cuna intelectual está en los primeros años de la colonia”, decía Vergara y Vergara.¹⁹⁶

La obra de Ibáñez no dista de posiciones como las de Vergara y Vergara. Ella giraba, casi de forma obsesiva, en torno a las fundaciones y la reiteración de “el primer...”. A partir de la construcción de la heroicidad de Jiménez de Quesada a la manera romántica, se hacía una seguidilla de “noticias”, que no era otra cosa que fragmentos hilvanados por la cronología, siguiendo de alguna manera uno de los supuestos elementos que caracterizaban la crónica de indias. Para Ibáñez, nunca antes Bogotá había alcanzado tal unidad, posible solamente gracias a la utilización de un “método” –basado en el uso archivos y bibliotecas, y su respectiva citación (con sabor y amenidad, según su propia perspectiva)- que conducía a la “verdad”. Además, estaba la guía de historiadores europeos como Carlyle y Macaulay. Ibáñez se consideraba a sí mismo como un nuevo *fundador*, pues los antecedentes a su texto eran “incidentes” que poco aportaban al

¹⁹⁵ VERGARA Y VERGARA, José María. *Historia de la literatura en Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Echeverry Hermanos, 1867.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 532.

conocimiento de toda la vida de la ciudad. Sumado a que estaba “actualizado” con los historiadores del viejo continente. Lo suyo sí era “una investigación”, anotaba con firmeza. No solo se autonombra padre de la historia científica del país, sino el *primero* en descubrir a Bogotá después de Jiménez de Quesada. En otras palabras era el hijo preferido de esa madre, a su vez hija del fundador, que gracias a su obra había sido posible hallar por fin al padre, aun cuando eso hubiera sido obra de los miembros de la Academia Colombiana de la Lengua.

A la manera de la certificación del linaje en la Colonia, Ibáñez recurrió a los documentos de archivo para saber lo que otros ignoraban. Así, como en mencionada certificación había que determinar al padre y su procedencia, luego su recorrido en el que no se manchaba su abolengo. Pues como creía Groot¹⁹⁷, las ciudades son residencia de “gente culta”, sinónimo de vida republicana, hasta presentarse en su actualidad. Toda una biografía, una vida certificada por la escritura y el patetismo con el que se mostraba la vida rural. Semejante “panorama” nos pone cuando menos ante dos situaciones. La primera, era la idea de ciudad asociada a las civitas romana que circulaba entre las líneas de autores como Ibáñez, en donde la ciudad no solo funcionaba de manera prácticamente autónoma, también poseía un territorio que controlaba, por fuera del cual sus habitantes dejaban de ser ciudadanos, para denominarse bárbaros y paganos –correspondientes a los que no creían, de donde se derivaba su condición de ignorantes. La segunda, un héroe como el ejemplo romano, con doble condición militar y civil, que se manifestaba en la figura de Jiménez de Quesada, pero que era necesario “descubrir” ante el ocultamiento producido por una imagen de España como guerrera, cuando en “realidad” el “fundador” era un poeta, antes que cualquier otra cosa que se batía en duelo con autores de la talla de Paolo Jovio, por asuntos como la “verdad histórica”.

Esta idea de Jiménez de Quesada como “fundador” se repetirá una y otra vez durante todo el siglo XX, sin ni siquiera revisar los textos mismos que sirvieron para declararlo como tal. Pareciera que como en la imagen publicada en “El Tiempo”, su figura, su

¹⁹⁷ Groot sostenía que “No somos indios. Somos hijos de españoles, y por ellos tenemos sociedades de que hemos podido hacer república, por ellos tenemos ciudades con gente culta donde ahora trescientos años no había sino selvas habitadas por bárbaros.” GROOT, José Manuel. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos*. Bogotá: Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869, Tomo I, p. 8.

nombre y la indicación como “FUNDADOR” de Bogotá (ver §23), eran más que suficientes. Nelson González¹⁹⁸ ha mostrado cómo solamente se han conservado tres textos, dos de los cuales corresponden a formatos de informes notariales, sin ningún uso de un castellano “americanizado” o “criollizado” y donde la función era eliminar la nación existente y establecer el Estado español. No queda sino el Antiojio, que como ya veremos forma parte de una disputa intelectual más o menos común en el siglo XVI, sin mayores pretensiones literarias. Ante semejante escenario, González ha sostenido que la única justificación para considerarlo como “fundador” es el lenguaje del poder, ante el cual suelen aparecer formas de burla o parodia a esas canonizaciones de personajes. Ese es el ejemplo que se divisa en la obra de Gabriel García Márquez, “El otoño del patriarca”, y que González nos invita a tener en cuenta, en donde el “patriarca” – personaje principal- intenta canonizar a su madre, Bendición Alvarado, teniendo como base “pruebas abrumadoras” y “ministros de letras” ante Roma. Aunque al principio no se logra el cometido, finalmente, por la fuerza, la mujer fue designada como santa.¹⁹⁹

Semejante ejemplo sugiere dos elementos. El primero un milagro, que para nuestro caso es la obra de Jiménez de Quesada, a pesar de las circunstancias adversas de su producción y conservación. El segundo, la necesidad de un sacerdote que funcionara como un arconte ostentoso de autoridad, que al igual que Ibáñez, reunía los signos, las partes, los restos, ofreciendo una idea de cuerpo al reunirlos en su casa, guardándose, además, la posibilidad de interpretación.²⁰⁰ Es el oficio de este tipo de historiador muy similar a la de un sacerdote, guardián del tiempo y con autoridad para hablar por un padre, que se ha hecho santo. Pero como en el ejemplo de García Márquez²⁰¹, el lugar para la canonización era Roma, que se considera en nuestro caso como un símbolo, de ninguna manera, se convirtió en un “modelo urbano” o en una inspiración para el desarrollo material de las ciudades. Esta imagen de una “ciudad eterna”, donde se radicaba el centro de la cristiandad en medio de un alto confesionalismo, se asociaba tanto a los procedimientos para imponer un discurso oficial sobre el pasado nacional

¹⁹⁸ GONZÁLEZ, Nelson. “(Sub)versión del nacionalismo oficial en la literatura: el caso de Colombia.” En: *Literatura: teoría, historia y crítica*. No. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1997, pp. 9-32. Ver también: GONZÁLEZ, Nelson. *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*. Op.cit.

¹⁹⁹ *Ibíd.*

²⁰⁰ DERRIDA, Jacques. *El mal de archivo*. Op.cit.

²⁰¹ GARCÍA MARQUEZ, Gabriel. *El otoño del patriarca*. Existen varias ediciones.

dependiente de manera particular de una ciudad, un lugar de procedencia e influencia de y en los padres *fundadores*.

Capítulo 4. De Roma a las parroquias

§ 21. “En Roma”



Peter Aldor. “En Roma”. 1959.

Fuente: Fondo Arciniegas. Biblioteca Nacional de Colombia.

§ 22. Germán Arciniegas, un ejemplo (¿o una vida ejemplar?)

La imagen realizada por Peter Aldor²⁰² de Germán Arciniegas, denominada “en Roma”, probablemente ilustraba la designación de este último como embajador en Italia. Arciniegas saludaba a una Roma que lo recibía con sonrisas. Hasta la fiereza de la loba

²⁰² Caricaturista de origen húngaro que trabajó el periódico El Tiempo.

que alimentó a Rómulo y Remo, se modificaba; el Moisés de Miguel Ángel ha perdido su seriedad; Laoconte ha perdido su rostro angustiado; y hasta el Discóbolo, más parece un mesero dispuesto a atenderlo. Tampoco es casual que la imagen se conservara en su archivo privado, ahora “Fondo Arciniegas” en la Biblioteca Nacional de Colombia. Ha dicho Nelson González²⁰³ que de cierta manera Arciniegas se consideraba que “pinta[ba] la historia”. Así que, una imagen en donde el fenómeno Pigmaleón se hacía perceptible resultará un halago para alguien que buscaba resucitar a los muertos con su narración. Para Jorge Orlando Melo, dicho autor utiliza mayoritariamente las convenciones de la novela, aun cuando pretendiera acompañar su obra con cierta autoridad histórica, al citar, hacer bibliografías, e indicar que su trabajo es *de* historia. Melo sostiene con vehemencia que,

*“La obra de Germán Arciniegas se movió siempre entre la historia y el periodismo. Más que un historiador, fue un periodista centrado en temas históricos. En un estudio de la historia como disciplina rigurosa, como forma de conocimiento, Arciniegas podría omitirse.”*²⁰⁴

Al igual que varios de sus antecesores, Arciniegas cuenta dentro de sus principales temas de estudio a *una* ciudad, que no podía ser otra que Bogotá. Y no podía serlo, porque de las concepciones del costumbrismo, los cronistas decimonónicos y los académicos, Bogotá sintetizaba al país. El conjunto de su obra, dedicada a dar cuenta de cómo había sido la capital colombiana, se inició con un texto que seguía la idea de Jiménez de Quesada como fundador, no solo de la ciudad, sino de la nacionalidad colombiana. “El caballero del Dorado”²⁰⁵, publicado por primera vez en 1939 con motivo de los cuatrocientos años de Bogotá, se inicia precisamente con la indicación de Santa Marta como “ejemplo de ciudades en esto de la conquista de Tierra Firme, y en especial del Nuevo Reino de Granada”²⁰⁶, a la que llama “vagabunda y aventurera”, porque para Arciniegas esta es la ciudad que llevó Jiménez de Quesada en la cabeza para fundar Santafé.

²⁰³ GONZÁLEZ, Nelson. “Jiménez de Quesada de Germán Arciniegas: entre las márgenes de la novela y la historia.” En: *Anales Nueva Época*. No. 3-4. Suecia: Instituto Universitario de Estudios Iberoamericanos. 2001.

²⁰⁴ MELO, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1996.

²⁰⁵ ARCINIEGAS, Germán. *El caballero del Dorado*. Bogotá: Festival del libro colombiano, s.f.

²⁰⁶ *Ibíd.*, Ver capítulo 1.

“La ciudad que se alce en Tierra Firme será ciudad gitana o de paso. Sus mismos fundadores la llevarán de una parte a otra según el aire que venga, o según que se vayan descubriendo sitios mejor dispuestos para asentarla. Es rara la que subsiste en el mismo lugar en donde se funda. La ciudad tiene el mismo empaque de aventura que tienen los fundadores.”²⁰⁷

Pero ya antes, mostraba Arciniegas, España se había derramado por toda América. Y en este sentido, la llegada de Jiménez de Quesada al mundo y a Santa Marta no era una casualidad. En cambio, como indica González²⁰⁸, la vida del fundador se presentaba como una disputa entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, en otras palabras, se trataba de un romance que se desarrollaba en medio de un viaje físico y espiritual, como el de los peregrinos decimonónicos a los que ya hicimos referencia. La alegría inicial del conquistador terminó en una parquedad, que alimentará su obra “fundacional”, “El Antijovio”. Arciniegas era de alguna manera consciente de que no estaba frente a Hernán Cortés o Francisco Pizarro. De allí, la necesidad de valerse de los recursos literarios para elevar el personaje, para mostrar las luchas contra las fuerzas de la oscuridad a lo largo de sus recorridos, al mismo tiempo que sus habilidades con su pluma para hacerse a la condición de “fundador”. Pareciera que el deseo, ya sugerido antes, de Liborio Zerda de poner a los “Chibchas” (como los llamaba) en el mismo pedestal de los Aztecas y los Incas se cumplía. No por condiciones de estos, sino por las habilidades de su conquistador. Porque para Arciniegas existía una relación –que el autor edificó a partir de ciertos vínculos familiares- entre Jiménez de Quesada y Alfonso Quijano –el Quijote. Los artificios de Arciniegas provocan la idea de estar frente a una versión local de la máxima expresión de las letras españolas y mundiales. Ahora, al padre/fundador le sobraba méritos para ostentar esos títulos.

La idea de una proximidad con Roma, latente en la caricatura de Aldor es posible si se piensa que la cercanía con Jiménez de Quesada, que supera posiciones anteriores, lo conduce a una invención propia del siglo del conquistador, Roma. Esta ciudad que fue más o menos inadvertida durante la Edad Media, sería desde ese momento –siglo XVI-

²⁰⁷ *Ibíd.*, p. 8.

²⁰⁸ GONZÁLEZ, Nelson. “Jiménez de Quesada de Germán Arciniegas: entre las márgenes de la novela y la historia.” *Op.cit.* Para González, quien estudia la obra de Arciniegas valiéndose del modelo de los tropos de White, el tropo que puede asignarse a ese libro es la metáfora, la trama es un romance, el argumento es formista y la ideología es liberal.

recurso para las disputas intelectuales producidas mayoritariamente por el Nuevo Mundo. Y Jiménez de Quesada no está exento, no en vano la obra con la cual se le reconoce su condición de “fundador” –El Antijovio- era una discusión con Paolo Jovio, clérigo italiano, por sus posiciones sobre la verdad y animadversión contra lo español y el emperador, hasta el punto de ser considerado por distintos autores más bien como un periodista, precisamente como se ha tratado a Arciniegas.²⁰⁹ Semejante disputa con el autor italiano se radicaba en las observaciones de éste, como respuesta a la invasión a varias de las ciudades de Italia. Al parecer, en el fondo lo que estaba en disputa, como si no hubiese terminado la Edad Media –pues para muchos así lo había sido-, era Roma. No por lo que significara materialmente, sino simbólicamente. Hacerse a ella era controlar el epicentro de la cristiandad, la “ciudad eterna” elegida por Dios, en las sandalias de Pedro.

²⁰⁹ Ver: BALLESTEROS, Manuel. “Estudio preliminar”. En: JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.

§ 23. “Gonzalo Jiménez de Quesada FUNDADOR de Santa Fe de Bogotá”



Portada del periódico El Tiempo, 06 de agosto de 1938.

§ 24. La idea de Roma en Jiménez de Quesada

Gómez Restrepo reiterará, en su artículo "La literatura colombiana" escrito en la *Revue Hispanique* en 1918, que "la historia de la literatura en Colombia empieza con el nombre ilustre del fundador de Bogotá, el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada" y añadirá que: "Los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fue conquistador".²¹⁰ Semejantes consideraciones nos presentan cuando menos dos asuntos, por un lado "esos rasgos típicos", lo que piensa Jiménez de

²¹⁰ Citado por: GONZÁLEZ, Nelson. "(Sub)versión del nacionalismo oficial en la literatura: el caso de Colombia." *Op.cit.*

Quesada; y por otro, lo que significaba aquella impresión que se dice quedó entre los colombianos. Algunos de los elementos del *fundador* de Bogotá, de la literatura y la historia, estaban impregnados de las ideas que circulaban en el siglo XVI, y una de ellas fue la de Roma. Para Jaime González²¹¹ “España está[ba] repitiendo, de una u otra manera, la hazaña de Roma y la referencia al Imperio Romano era inevitable”, siendo la mayoría de las veces “una manipulación”, para ser utilizada como recurso en los debates donde uno de los temas centrales era el Nuevo Mundo. González insiste que,

*“Todo este conjunto de ideas se presenta casi siempre en forma de tópicos, de alusiones que se repiten invariablemente en los diferentes autores, de lugares comunes que se repiten a modo de exempla, como en el Medievo, o como elemento retórico para recalcar una idea, manipulando frecuentemente el sentido, como en el caso de Las Casas, que condenaba el militarismo romano, pero justificaba el de Moctezuma con el ‘si vis pacem, para belum’.”*²¹²

Con el transcurrir de la polémica sobre América y en particular, sobre sus habitantes, Roma como lugar común de las citas para la argumentación se hizo, cada vez más, un elemento central. No en vano, una de las disputas centrales entre Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda eran las acciones romanas que representaban a su vez las realizadas por el Imperio español en las tierras recién halladas. Para el primero, la crítica contra su propio país se centraba en sus observaciones, no solo en el militarismo romano ya indicado, también en la vanidad de Roma, que le llevaba a cometer acciones bárbaras en contra de sus gobernados. De Las Casas, siguiendo a Agustín, pensaba que España sufría de algunos de los males de los que sufrió la Roma terrenal. Mientras que para Sepúlveda²¹³, y valiéndose de algunos de los autores romanos, las acciones del imperio eran justificables gracias a los beneficios que traería para quienes ejecutaban la acción, como para los colonizados, quienes podrían dejar su condición de barbarismo; además, de la comprensión de Roma y los romanos, como superiores. Se trataba de otra versión agustiniana de la lucha entre la luz y la oscuridad, de las supersticiones de una especie subhumana en contra de la sabiduría, la prudencia y la piedad española.²¹⁴ En buena

²¹¹ GONZÁLEZ, Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1981, p.1.

²¹² *Ibid.*, p. 147.

²¹³ Ver en especial: SEPÚLVEDA DE, Juan Ginés. *Tratado sobre las justas causas de las guerras contra los indios*. 1547. Varias ediciones.

²¹⁴ GERBI, Antonello. *The dispute of the new world. The history of a polemic, 1750-1900*. Pittsburg: Universidad de Pisttsburg, 2010, p. 69. En esta perspectiva de la lucha entre las sombras y la luz, puede

parte, esta perspectiva se terminó por imponer. Desde luego que existían acciones intermedias en este debate, como las de Bernal Díaz del Castillo, quien justificaba el uso de la espada ante las respuestas de los colonizados, inmiscuyéndose de paso, en temas como las virtudes, las faltas que estas podrían generar y su exaltación por la literatura.

Precisamente, la idea Roma para Jiménez de Quesada era la del pueblo de la justicia, que por tanto no podía ser utilizada como lo hiciera Paolo Jovio para generar odio contra los españoles. En parte por su condición de abogado, en parte, por la influencia que sobre él caía de las posiciones de Ginés de Sepúlveda en contra de Las Casas. Aunque en su conjunto las posiciones de Jiménez de Quesada son más bien ambiguas, pues va de la admiración, como se lee arriba, pasando por el espíritu heroico del imperio contra los extranjeros, hasta alcanzar una cierta resistencia. Mezcla elementos bíblicos con citas de “clásicos” romanos, lo que le hace debatirse entre su seguimiento a las ideas de Sepúlveda respecto a España como continuadora de Roma y las acciones militares. Decía Jiménez de Quesada en “El Antijovio”, a este respecto:

“¡O rromanos!, que en este paso os quiero llamar con invocación de vuestro nombre, ¡quanto os debe el mundo, no porque lo conquistastes sino porqu’ en el dexastes escritas verdades, avnque fueses vosotros quando se ofrecía el contallas! Lo cual tanpoco negaré a mucha parte de los griegos y alguna parte de los bárbaros de otras naciones. Solo a este ynfeliçe tiempo d’ese poster terçio del mundo se lea hido la berdad d’entre las manos, principalmente en esto de la yistoria, de suerte qu’el tiempo venidero deberá paco al presente y a los españoles tanvien a casi todos los escritores modernos!!”²¹⁵

Las ideas de autores romanos, nos lo recuerda González²¹⁶, llegan al siglo XVI con la mediación de los textos de la Patrística y los Padres de la Iglesia. De allí que, junto a Salustio, Cicerón, Virgilio, Tácito y Polibio, entre otros, la figura de Agustín sea ampliamente recurrente. La versión de este último, en la boca del siglo XVI, considera que Roma había sido escogida por Dios para someter a los pueblos incivilizados, preparando la llegada del Salvador. Muchos de los autores españoles pensaban, como se ha sugerido, que efectivamente estaban frente a una nueva versión de Roma y por

tenerse en cuenta la posible influencia en Sepúlveda del aristotelismo averroísta paduano y en especial el platonismo que influenciaban importantemente la formación en Venecia, donde al parecer se educó este autor. Ver respecto a esto último: QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispana de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1992.

²¹⁵ JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. *Op.cit.*, p. 21-22.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 141 y ss.

consecuencias de los designios de Dios para con ésta. En suma a lo dicho, varios de los textos que sirvieron de fuentes para las discusiones, también lo fueron para la gestación del urbanismo hispanoamericano, no es sino indicar los nombres de Alfonso X El sabio, Rodrigo Sánchez de Arévalo o Francesc Eiximeniç. Varios de ellos influenciados por Vitrubio, el urbanista romano.²¹⁷ Pero no todos siguieron a Roma, los denominados antirromanistas, principalmente de origen clerical, veían en esa figura aspectos que desconocían de una u otra forma la fe cristiana. Para los romanistas, que parecen ser la mayoría de los autores que intervinieron en estas discusiones, la exaltación de las virtudes romanas, sus vidas ejemplares, los aportes de Roma a la humanidad (derecho, sistema tributario y administrativo, alianza entre armas y avances culturales, normas sociales y las fundación de ciudades), la unidad del Mediterráneo, el culto al emperador y en especial, la unidad española.²¹⁸ En resumen, ciertas condiciones intelectuales en el siglo XVI estaban mediadas por la influencia de la formación clásica (en el marco de autores como Platón, Aristóteles, Agustín, Tito Livio, Vitrubio, Plinio, Tácito, entre otros) y la formación cristiana.

²¹⁷ Ver: SALCEDO, Jaime. *Urbanismo Hispano-Americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Bogotá: CEJA, 1996, pp. 36-46, 215-242.

²¹⁸ Ver: GONZÁLEZ, Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. *Op.cit.*

Fuentes medievales	Isodoro de Sevilla Lucas de Try Rodrigo Jiménez de Rada Alfonso X El sabio López de Ayala Juan de Mena Rodrigo Sánchez de Arévalo B. Sánchez Alonso Alfonso de Ávila Gutiérrez Diez de Games Gonzalo Chacón Joan Margarit Lucio Marineo Sículo Nebrija Florián de Ocampo
Fuentes romanas	Lactancio Agustín Salustio Cicerón Veleyo Petérculo Valerio Máximo Virgilio Dioro Sículo Tácito Trago Pompeyo Polibio Panecio Eusebio de Cesarea Boecio Beda el Venerable
Fuentes del siglo XVI	Antonio de Guevara Gonzalo Fernández de Oviedo Ginés de Sepúlveda Bartolomé de las Casas

Fuente: GONZÁLEZ, Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. Op.cit.

Tabla 2. Fuentes para la construcción de una idea de Roma en la historiografía indiana

Y es que teniendo como marco el conjunto de estas influencias, que no es para nada exhaustivo, sino más bien ilustrativo, es posible observar lo atiborrado que debió resultar la mente de un conquistador como Jiménez de Quesada. De allí que, no sea casual la postura ambigua sobre la antigüedad, en especial la romana, que tenía Jiménez de Quesada. Iba de la admiración por Roma, como observamos arriba; pasando por las condiciones heroicas que debían tener los colonizadores contra los extranjeros de inspiración romana, en especial de Polibio. Hasta una cierta resistencia contra el Imperio Español a través de la figura de Roma, próxima a Las Casas. Cita a Tácito, Horacio, Séneca, al mismo tiempo que lo hace con citas bíblicas y algunas ideas agustinianas, para rechazar el militarismo romano, simultáneamente que confirma a España como continuadora de Roma (como ya lo había hecho Ginés de Sepúlveda).

Con respecto a la idea de España como continuadora de Roma, desde luego que Jiménez de Quesada ni es el primero y tampoco el más versado en proponerla. Sin embargo, es posible sugerir algunas ideas a partir de esa posición, en particular desde “El Antijovio” y las ideas que sobre la historia pueden percibirse allí. Ya que en la medida que este es el texto fundante de la historia y la literatura colombiana para las perspectivas de las academias, y que Jiménez de Quesada fue designado padre de la nación, gracias en principio a la fundación de una ciudad y la construcción de dicho texto, la figura de Roma no resulta para nada descabellada, pues esta es en últimas la fuente donde beben los historiadores desde fines del siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Un manantial que significaba en el siglo XVI peregrinar en el tiempo hacia una Roma eterna, lugar escogido por un padre, también eterno. Veamos entonces cuál era esa referencia a Roma en “El Antijovio”, algunas implicaciones de escribir la historia en el marco de la conquista, el manantial de Jiménez de Quesada, qué significó Roma para la “historiografía tradicional”, y finalmente, de manera muy apretada, algunas posturas de Agustín para sugerir su influencia en las ideas de historia, Roma y ciudad.

“El Antijovio” es una de las tres obras que se han conservado de Jiménez de Quesada y por la cual, ya lo hemos dicho, es considerado como *fundador* de la literatura y la historia colombiana. Para autores como Víctor Frankl²¹⁹, “El Antijovio es una obra de neto estilo manierista-prebarroco; y es, precisamente por esto, la primera obra clásica de Hispanoamérica”. Pero más de ser o no la “gran obra” o la “primera” en algo, lo cierto es que se trata de un texto de una significativa ambigüedad, de allí, en parte la ambivalencia sobre Roma, debido a su ubicación como una expresión del manierismo. Éste corresponde a una yuxtaposición de puntos de vista incompatibles, que “perturban los criterios de realidad”, a razón de su ubicación en un *entre* el renacimiento y la contrarreforma, *entre* un naturalismo mecanicista y visiones de renovado agustinismo, *entre* el objetivismo y el subjetivismo, *entre* la intelectualidad y el corazón, *entre* el renacimiento y el barroco.²²⁰ Parece ser una lucha interna del autor por darse un *lugar*,

²¹⁹ FRANKL, Víctor. *El “Antijovio” de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*. Madrid: Ediciones cultura hispánica, 1963.

²²⁰ *Ibíd.*, p. 44-51.

de forma similar a Antonio Guevara, que es para Antonio Maravall²²¹, la otra influencia importante de Jiménez de Quesada, en donde la excusa parece ser la disputa con el historiador italiano Paolo Jovio. El asunto es que en el marco de esa búsqueda de un lugar, el *fundador* de Bogotá presenta diferentes posiciones sobre el pasado. Frankl sostiene que,

“Por encima de la discusión de temas concretos, la actitud polémica de Quesada frente al Jovio corresponde a la discrepancia en torno a la 'verdad' y la 'realidad'. Quesada representa una concepción teológico-dualista y escatológica, trasunto de la idea agustiniana de la historia universal como contraposición entre las dos 'ciudades', la de Dios y la de Satanás, la Fe y la infidelidad. Quesada impugna a Jovio no tanto por motivos nacionalistas e inexactitudes históricas, sino por una razón más profunda. En el fondo, le combate su esquema político realista e inmanentista, maquiavélico-antiagustiniano, empirista y racionalista. Sin embargo, al mismo tiempo, en Jiménez de Quesada se advierte una incoherencia conceptual básica. Hay en su obra una yuxtaposición de elementos disimiles de argumentos sacados de fuentes ideológicas antagónicas. Quesada no se da cuenta de esta propia contradicción, ni se ve en él un esfuerzo sistemático hacia una armónica visión teórica. En este sentido, Quesada queda adscrito a esa tensa y compleja actitud manierista en ese momento.”

Para Frankl el problema central de “El Antijovio” es la idea de “verdad”, en la medida que ella se constituye en el elemento central de su crítica/refutación a los planteamientos de Jovio. Respecto a lo cual debe tenerse en cuenta no solo las influencias indicadas, sino la ambigüedad del pensamiento de Jiménez de Quesada propio del manierismo español, en los tipos de “verdad histórica” posibles de acuerdo con esa carga intelectual. Pues para Frankl existe un activo esquema ideológico en la mente del *fundador* de Bogotá de orden “místico-dualista” de origen agustiniano, según el cual la humanidad se divide en hijos de la luz y de la “verdad” e hijos de la oscuridad y la “mentira”.²²² Al mismo tiempo, considera el *fundador* el peso de la verdad acaecida y un cierto escepticismo respecto a las condiciones sobrenaturales de los acontecimientos históricos. La manera en que Jiménez de Quesada resolvió, al menos parcialmente esta tensión, fue con el recurso a la idea de historia de origen agustiniano en la que su núcleo es la relación con Dios o Satanás. Así, lo acaecido no es una cosa diferente a una expresión de la fe o la infidelidad, en el marco de una lucha contra lo demoniaco.

²²¹ Prólogo de Antonio Maravall, a la obra de Víctor Frankl. *Ibíd.*

²²² *Ibíd.*, pp. 17-32.

La otra “gran” idea expuesta en “El Antijovio”, es, según Frankl, la de la misión imperial de Roma, procedente de Polibio. En ella, España como heredera de Roma, no puede permitir que el designio ahora divino de gestar una ciudad eterna sea fracturado, como parece ocurrir en el corazón del elemento de disputa con Jovio. Pues allí lo que el historiador italiano pone en evidencia no es nada distinto de la autonomía de la ciudad bajo-medieval, que podría, en la óptica de Jiménez de Quesada, poner en duda la autoridad del Papa y el emperador español. Se hacía necesario por tanto, un héroe sujeto a la “verdad”. En últimas, se trataba de la idea de que ese héroe era precisamente el *fundador* de Bogotá, que a diferencia de Jovio, tenía una relación próxima con lo acaecido, que le permitía contribuir en las huestes que edificarían una nueva Roma. Era recorrer los senderos de la ciudad terrenal, en donde era preciso una unidad del relato histórico gracias a “lo visto y lo vivido”, para alcanzar entonces la Roma eterna. Con otras palabras, era tomar el camino de Bogotá para llegar a Roma. Frankl sostuvo que se estaba ante “una de las máximas expresiones de la altísima cultura intelectual y moral del Imperio español del quinientos y de la singular confluencia”, o, a “uno de los primeros testigos del influjo psíquico del ambiente de la Conquista y de la realidad americana”. Y por tanto, se suponía que este trabajo podía “ayudar al hombre hispanoamericano a ‘recordar’ –en el sentido platónico de la concepción del ‘recordar’ el alma de su propia alcurnia- la grandeza moral e intelectual del origen del propio ser histórico.”²²³

Y parece ser que estas palabras fueron, mucho antes de su mención por Frankl en la década de 1960, asumida por los historiadores que trataron a las crónicas decimonónicas como “incidentes”. Si los cronistas del siglo XIX desearon cruzar la “puerta” para ir a Santafé, los historiadores de la Academia, quisieron “recordar” el alma de una ciudad y un país, aún más atrás en el tiempo, en el siglo XVI, pues allí se divisaba la reconstrucción de Roma a manos de héroes como Jiménez de Quesada. No solo se iba a la “ciudad eterna”, sino lo que ella significaba en la comprensión del pasado de fuerte impronta agustiniana y desde luego, las diferentes influencias y debates que presenció el “fundador” de Bogotá. Es bastante probable que los nuevos hijos, los historiadores de fines del siglo XIX y parte del XX, no comprendieran el peso de concebir al personaje en cuestión como un padre, pero no por ello las cicatrices dejan de existir. Guardando las

²²³ *Ibíd.*, p. 14.

amplias diferencias, la similitud de lo que Freud narra en cuanto del olvido de Moisés, parece aplicarse a nuestro caso, pues lo que va a hacer la historiografía es construir a partir de un nombre el pasado de un individuo y, en nuestro caso, de una ciudad, con la cual el personaje se convertía en el padre. Un padre, venido desde tan lejos, que superó una infinidad de dificultades gracias a un designio divino: desflorar una tierra, con el objetivo de que esta diera a luz una cría con la cual se caminaría hacia la civilización, incorporándose al Imperio español y con ello, a la Roma eterna, la Ciudad de Dios. Parecía entonces que el peregrinaje avecinaba su fin.

El ir a los *fundadores*, beber de ellos como un manantial, implicaba ir a lo que ellos pensaban y practicaban, ir a sus “fuentes”, impregnadas, como hemos sugerido, por la idea de Roma. No es casual, como lo ha mostrado por ejemplo Ricardo del Molino²²⁴, que el uso de la antigüedad a principios del siglo XIX no se diferenciara mucho de lo hecho en el siglo XVI. En ambos casos se trató de un “exempla” para soportar argumentos, mostrando un pasado común, que por demás, enseñaba. Lo que no implica que haya sido una fuente nutricia. A finales del siglo XIX e inicios del XX esto no va a ser muy distinto, solamente que la intensidad por encontrar unos padres era fundamental para una nación que parecía no tener procedencia. Del Molino también ha indicado que el acceso a la antigüedad en los albores de la República, contaba con dos naturalezas, la histórica, en donde la ilustración (especialmente jesuita) y el autodidactismo, sirvieron para aproximarse a los “clásicos”; y, la memoria, en donde el pensamiento foráneo, los debates, las manifestaciones literarias, la prensa y las tertulias, habían beneficiado la circulación de dichas ideas, textos y autores.²²⁵ Diríamos que junto a este tipo de prácticas, se sumó desde mediados del siglo XIX, la lectura de textos donde se suponía

²²⁴ DEL MOLINO, Ricardo. *Griegos y romanos en la primera república colombiana. La antigüedad clásica en el pensamiento emancipador neogranadino (1810-1816)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Publicaciones Varias No. 24, 2007. Del Molino cita a José Manuel Rivas Saconni, en su estudio sobre el latín en Colombia cuando sostiene que: “*Debe subrayarse el influjo del pensamiento antiguo sobre el movimiento de independencia política, cuyos conductores formaron su mentalidad republicana en la literatura clásica, y consideraban como modelo de organización civil las instituciones de Grecia y de Roma, que, vistas a distancias de dos milenios, aparecían, limpias de toda mancha, como arquetipos de perfección ideal: de allí que los propósitos emancipadores en gran medida estuvieran tocados de utopismo retórico, que distraía las mentes de la observación directa de la realidad; de allí el fondo de la desilusión que quedó en el ánimo de muchos ante el golpe de los acontecimientos imprevistos.*”

²²⁵ *Ibíd.*, pp. 99 y ss.

se hallaban los orígenes de la nacionalidad colombiana. Esa fue en parte lo que se propuso hacer Vergara y Vergara con su historia de la literatura.

Griegos y romanos resultaron ser “citas” y sus ciudades, Atenas y Roma, los modelos a imitar durante el siglo XIX, en especial tras la frustración parisina. Empero, esas “citas”, como bien lo ha sugerido del Molino²²⁶, correspondían más a una idealización que a referencias por ejemplo del orden geográfico. En este sentido, la idea agustiniana de Roma resultaba más o menos perfecta, pues la ciudad a la que se hacía referencia no era la terrenal. Aunque es preciso aclarar que la primera mitad del siglo XIX la idea de antigüedad estuvo asociada con mayor fuerza a Grecia, debido a que Roma continuaba asociada a España, tal y como se construyó esa imagen en el siglo XVI. Mientras que la segunda mitad, el interés por Jiménez de Quesada estaba enmarcado por una apuestas conservadoras que pocos reparos tenían para con el imperio español y con ello, Roma; de donde justamente, como hemos presentado, se nutría el *fundador* de Bogotá.

Aunque la idea de una “Atenas Suramericana”²²⁷ contó y cuenta aún con bastante sonoridad, es necesario indicar que los intelectuales colombianos, como se ha intentado mostrar, tenían una mayor proximidad con una idea de Roma, que con la de Atenas. La ciudad griega no pasó de ser una pretensión de Miguel Antonio Caro trasladada a Menéndez y Pelayo en una asidua correspondencia, y replicada por Pedro María Ibáñez, dado el peso tomado por el calificativo al ofrecerlo un extranjero. Es necesario recordar que durante buena parte del siglo XIX se intentó fallidamente que un extranjero escribiera la historia de Colombia, para poderla ubicar junto a las de Perú y México. También se trajo un profesor europeo para que enseñara historia, Ernst Röthelisberger, aunque al final este terminó escribiendo fue un texto a la manera de un viajero y de bastante proximidad a los cuadros de costumbres que ya eran habituales. Aquí no se trata de que nuestra idea de la presencia de la figura de Roma supere o se anteponga a la de la Atenas, en cambio, implica esfuerzos mayores para la comprensión de esos rótulos, parafraseando a Austin, de cómo se hicieron cosas con esas palabras.

²²⁶ *Ibíd.*

²²⁷ Esta fue una expresión de Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Antología de la poesía latinoamericana*, de 1892. Ver sobre el tema de semejante designación a: ZAMBRANO, Fabio. “De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna.” En: *Revista de estudios sociales*. No. 11. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002, pp. 9-16.

§ 25. Las ideas de la historia y de ciudad en Agustín

Las ideas de historia y de ciudad en Agustín están profundamente imbricadas en la imagen de Roma. En primera instancia, existirían cuando menos tres elementos para la comprensión de la idea de historia en este “Padre de la Iglesia”, que según Felipe Castañeda²²⁸ está sujeta a una “concepción del mundo”. Esas claves son la distinción entre ciudad terrenal y ciudad celestial, la linealidad del tiempo en donde el fin estaría caracterizado por la separación definitiva de las ciudades, y la marca inmoral que trae consigo la ciudad terrenal.²²⁹ Podríamos decir que desde el principio, cuando menos en su obra “La ciudad de Dios”²³⁰, Agustín es un historiador de la ciudad, si dejamos de tener presente una definición de urbe basada en las condiciones físicas y entendemos según el mismo Agustín que “una ciudad, que no es otra cosa que una multitud de hombres unidos entre sí por algún vínculo social”²³¹. La motivación para sostener lo anterior es que siguiendo un esquema más o menos común en las historias de ciudades, uno de los epicentros de la narración, además del nombre de la ciudad, es el del fundador. Por un lado, la ciudad celestial, en la que Cristo actúa como fundador, el padre supremo, y por demás eterno. Por el otro, Rómulo, al que descalifica como ficcional e inmoral, pues para Agustín la historia, al ser cosa de Dios, no puede ser en ningún momento cosa de “ficción fabulosa” o “poética”, sino de lo acaecido, ya que el engaño es obra del Demonio.²³²

La razón para atender al fundador radica en que su figura, Agustín observa el principal asunto de la historia, la fe. De allí que los procesos históricos consistan en una larga disputa entre fieles e infieles, origen también de la dualidad de ciudades. La diferencia sustancial es que la ciudad celestial era eterna, mientras que la terrenal era mortal. Como

²²⁸ CASTAÑEDA, Felipe. “Conflictos mayores y concepciones de la historia: los casos de Agustín de Hipona, Bartolomé de las Casas e Immanuel Kant.” En: *Historia Crítica*. No. 27. Bogotá: Universidad de los Andes, Enero-Junio 2004, pp. 96-97.

²²⁹ *Ibíd.*

²³⁰ AGUSTIN. *La ciudad de Dios*. Introducción de Francisco Montes de Oca. México: Editorial Porrúa, 1997.

²³¹ *Ibíd.*, Libro 15. Capítulo 8.

²³² *Ibíd.*, Libro 22. Capítulo 6.

se observa, se trataba de un asunto de credibilidad, la cual se mide de cierta forma por la existencia de un milagro. Por eso, para saber si una ciudad ha sido escogida por Dios, es necesario revisar los milagros que en ella se han sucedido, al ser una “prueba” de la fe. Y junto a los milagros existen mártires, como otra de esas “pruebas” que Agustín reclama como evidencia de la resistencia al sufrimiento causado por los enemigos. Perfectamente podríamos sugerir que la imagen de Jiménez de Quesada, padeciendo para fundar una ciudad, que resulta ser, junto con su “Antijovio”, un milagro en medio de tantos infieles.

La ciudad celestial solamente podía ser tocada por la fe, por eso la peregrinación, que era en el tiempo, era eterna. A pesar de las condiciones de abstracción, no por ello Agustín deja de utilizar elementos que suelen asociarse a las ciudades físicas. A esto corresponde un fundador; un documento, que para este caso era divino y soportado previamente por anuncios proféticos; una forma de organización política, que resulta ser la de la república, en donde el derecho que soportaba la justicia era central para ordenar un pueblo caracterizado por su fe y sus virtudes y no por los placeres. Empero, esta ciudad pensaba Agustín no podía estar en contradicción con la terrenal, tanto por la paz, como por el tránsito por la urbe terrenal que conducía en algún momento a la celestial. Por su parte, esta última era de origen humano, cicatrizada con el pecado de Caín, y tributaría del demonio. No en vano edificó dioses falsos, que condujeron a sus habitantes a los placeres, alejados de las virtudes. Y era en los cuerpos de sus habitantes donde se notaba la corrupción existente, pues este debe ser “decente y congruente”, con lo que quiere decir regulado, ante una vida cotidiana expuesta a “trastornos” que llevan al “desorden”²³³. De lo que estamos hablando es de las restricciones al movimiento, y con ello de lo cotidiano, sumado a una vida “metódica” –un amor a sí mismo y a Dios-, con lo cual era factible que el alma pudiera alcanzar la paz. Para ello requería de cuando menos dos cosas, una casa ordenada que se replique como fractal en la ciudad, y una comunicación que garantice la identificación del “terror producido por lo desconocido”. Así las cosas, la vida solitaria no era posible, mientras que la social correspondía a un “cuidar y mirar por el bien de los otros”, responsabilidad por demás, del padre de familia.

²³³ Ver: *Ibíd.* Libro 19, Capítulo 5.

Pero, para Agustín existía un cierto tipo de modelo terrenal que aparecía con Babilonia, que consideraba la primera Roma, mientras Roma era la segunda Babilonia. En ellas existía un continuo y era el peregrinaje que ha producido su constante irrespeto a la ley, pero sobre todo su falta de fe. De allí, que su fin sea el infierno. Semejante interpretación significó una forma de respuesta a la devastación de Roma (410 D.C.), que influenciará toda la Edad Media, la visión de los conquistadores en el Nuevo Mundo y sus respectivos debates, y desde luego a Jiménez de Quesada y hasta de quienes lo consideran el “fundador”. La Roma de Agustín contaba en el marco de sus ideas de “La ciudad de Dios”, dos lecturas. Por un parte, la terrenal, que según parece poco conoció y de allí los escasos recuerdos trasladados a sus obras,²³⁴ pero que en síntesis consideraba como hija del hombre, por lo cual no tendría por qué haber sobrevivido. La historia de esta era para él “historia eorum” [es], es decir, de poco interés a partir de la utilización de un genitivo, como sostiene Oroz,²³⁵ más cuando la supuesta Roma eterna había llegado a su fin, certificando para Agustín el origen pagano de la misma y la mentira de dicha eternidad. De lo contrario las catástrofes ni siquiera la hubieran tocado. Con el fin del imperio llegó el final de esta ciudad terrenal.

Pero existía otra Roma, la verdaderamente eterna. Una de las primeras voces que habían considerado la eternidad de Roma había sido Tibulo (54 a.C.-19 d.C) al decir “Romulus aeternae nondum formauerat urbis moenia”,²³⁶ más tarde repetida por poetas, historiadores y publicistas del Imperio.²³⁷ Ya que,

“Para todos los autores cristianos de la Antigüedad y para los católicos de nuestros días -e incluso para los que no lo son-, la Ciudad Eterna significa siempre la ciudad de Roma. Para los antiguos paganos, la Ciudad Eterna era la expresión de un mito político y religioso, de una leyenda o incluso de una realidad. La única diferencia entre las dos

²³⁴ Ver: OROZ, José. “La romanidad de San Agustín”. En: *Estudios Clásicos*. No. 78, Tomo 20, 1976, pp. 358 y ss.

²³⁵ *Ibíd.*

²³⁶ *Ibíd.*, p. 355.

²³⁷ Entre ellos Tácito (55 d.C.-120 d.C.), quien citando en sus *Historias* un discurso de Otón decía: “¿Acaso creéis vosotros que esta hermosísima ciudad consiste en sus casas y techos y en las piedras colocadas unas sobre otras? El que esas cosas mudas y carentes de alma se arruinen y se reparen es cosa de todos los días; en cambio, la permanencia del Estado, la paz de los pueblos y vuestra seguridad, junto con la mía, están asentadas en la integridad del senado. Éste instituido bajo los divinos auspicios por el padre fundador de nuestra ciudad [Rómulo], y que ha durado inmortal, desde los reyes hasta los príncipes, tal como lo hemos recibido de nuestros mayores transmitámoslo a la posteridad; pues al igual que vosotros los senadores, así de los senadores nacen los príncipes”. TÁCITO. *Historias*. Madrid: Akal, 1990.

*maneras o formas de imaginar y de representar la ciudad de Roma consiste en que, tras la desaparición del papel y de la importancia política, social, económica y religiosa de Roma como capital del Imperio romano, el mundo cristiano ha establecido la sede espiritual en el lugar mismo donde los romanos habían colocado el centro político del mundo antiguo. El mito de la Ciudad Eterna, que había desempeñado un papel tan importante para los autores paganos, ha cedido su puesto a otra realidad espiritual de una Roma Eterna en cuanto sede central del catolicismo.*²³⁸

Agustín lo que hacía era cristianizar una idea pagana, buscando con ello poner fin a la anterior concepción y junto con ello, a su fundador. Pues el asunto de la eternidad como hemos sugerido, era una cualidad exclusiva de Dios. Además, se trataba de lo que hoy llamaríamos una ciudad global, que de manera tan significativa ha atendido Saskia Sassen²³⁹, pues en ella se congregaría “todas las naciones”, hasta formar algo así como “una sociedad viajera”, dice el mismo Agustín, tras vencer a los infieles. Aunque durante todo el medievo las ideas del Obispo de Hipona estuvieron ampliamente presentes, fue con un renovado agustinismo en el siglo XVI, cuando sus ideas sobre la ciudad procuraron trasladarse tanto a la fundación de nuevas urbes, como en especial a la elaboración de historias de ciudades. Teniendo como marco la mezcla de las ideas de Agustín y Aristóteles, quienes coincidían en que el fin de la ciudad debería ser el bien, a partir de la superación de sus vicios, esas historias de ciudades en la península –aunque se produjeron algunas también para México- entraron en aumento, según nos lo muestra Santiago Quesada²⁴⁰. Para este autor desde fines del siglo XV había comenzado este movimiento, que se incrementó en la primera mitad del siglo XVI y alcanzó un momento importante a fines de esa centuria e inicios del XVII. La principal razón para ese fenómeno, fue, según Quesada, un despertar del interés por lo local en el marco del crecimiento del Imperio Español, en donde se pretendía un reconocimiento por parte del poder central. De cierta forma, algo similar se divisa en las ideas presentadas por Jiménez de Quesada, al exponer la importancia de lo “visto y lo vivido”, que no podía ser en otro lugar que en lo local

²³⁸ *Ibid.*, p. 353.

²³⁹ SASSEN, Saskia. *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

²⁴⁰ QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispánica de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona: 1992. Influenciadas según la óptica de autor, además del pensamiento considera como clásico, por la producción intelectual musulmana, las crónicas bajo-medievales y las historias italianas de inicios del Renacimiento.

La estrategia para ello fue entonces la elaboración de historias donde el modelo fundamental fue la obra de Agustín. Por una parte, la idea de una ciudad cristiana, próxima a la ciudad celestial, que se caracterizaba a su vez por ser virtuosa, caritativa y religiosa, lo cual se expresaba respectivamente con milagros y santos, la ayuda a los pobres y la existencia de edificaciones dedicadas a la evangelización.²⁴¹ Ello no fue muy diferente en las historias elaboradas, cuando menos en la primera mitad del siglo XX, en Colombia. Por otro lado, la idea de la historia aplicada en ellas era la lineal, en donde tras un largo y tortuoso recorrido era posible alcanzar la expresión celestial, la que por cierto ya había empezado con la Reconquista. La mayoría de estas historias fueron escritas por clérigos, nos dice Quesada, lo cual fortaleció aún más la visión agustiniana que tenían.²⁴² Pues eran ellos –los sacerdotes-, quienes mejor representarían la idea que Agustín tenía sobre lo que debía ser un historiador, lleno de virtudes morales, filosóficas y éticas. Podríamos decir que ese escenario intelectual no era para nada menor, en cambio, constituye una importante influencia en la medida que autores “clásicos”²⁴³ ahora orientaban el pasado local, para sugerir de esta manera que España era el resurgir de Roma, pero desde luego no la terrenal, sino la eterna, la celestial. Y, si compartimos las ideas de Santiago Quesada, es posible considerar el conocimiento por parte de conquistadores e intelectuales –como de Las Casas o Sepúlveda-, al menos menor, de esta utilización de la obra agustina y algunos autores, especialmente romanos, que no hacía sino mostrar un peregrinaje ya iniciado hacia la Ciudad de Dios.

§ 26. De la llamada “historiografía tradicional” y sus parroquias

Muchas de las ideas respecto a la escritura de la historia de ciudades que se propagó durante el siglo XVI y parte del XVII en la península ibérica, pueden observarse en las historias, también de ciudades, elaboradas en Colombia desde fines del siglo XIX y

²⁴¹ *Ibid.*, pp. 44 y ss.

²⁴² *Ibid.*

²⁴³ Para Quesada la reivindicación de los clásicos no fue un asunto meramente académico, sino también pragmático, en donde la historia de ciudades servía para mostrar ideas que orientaran políticamente, además de valerse de lenguas romances, favoreciendo el interés por la vida antigua, en particular la romana. *Ibid.*, pp. 23 y ss.

buena parte del XX. Aunque no es posible sostener que muchos de sus autores conocieran dichos ejemplos historiográficos, si se contaba con un conector, y esto parecen haberlo entendido quienes consideraron a Jiménez de Quesada como tal, aunque no porque este individuo lo haya necesariamente fundado, sino porque su nombre implicaba un conjunto de influencias, principalmente del pensamiento agustiniano. No es probable que los autores colombianos hayan discutido la presencia de ideas de la historia,²⁴⁴ pero sí contaban con un archivo y lo que ello significaba en la figura de Jiménez de Quesada que terminó por cicatrizar la forma de hacer la historia. Esto es en parte lo que procuraremos atender al observar la producción de lo que se ha denominado “la historiografía tradicional”, en cuanto a las historias de ciudades, que para nada resulta homogénea.

Cómo lo han mostrado varios autores,²⁴⁵ una de las funciones a la escritura era la de contribuir en la civilización del país. En este sentido, la “historiografía tradicional”, en términos más o menos generales, construyó una diferencia entre “aldea” y “ciudad”, muy común en la prensa desde fines del siglo XIX, radicada precisamente en la civilización. Así las cosas, no bastaba con transformaciones materiales que condujeran a procesos de modernización, también era necesaria una historia de la ciudad que mostrara en primera instancia que las letras habían llegado a ella, seguido a que tenía algo que narrar y con lo cual identificarse y diferenciarse en el escenario nacional. Repitiendo, al menos parcialmente, el modelo de “ciudad cristiana” desarrollado, como vimos, en el siglo XVI en el marco de una influencia agustiniana muy importante.

La historia aparecía, en el escenario de la institucionalidad dada por la Academia Colombiana de Historia, como un “purgatorio”, en el que era posible un

²⁴⁴ Uno de los escasos ejemplos es el de Carlos Restrepo Canal, quien consideraba que la historia hecha en el país por parte de la Academia, debía continuar siendo una versión renovada de la “concepción histórica expuesta ya por San Agustín”, siguiendo los genios de Jiménez de Quesada y Juan de Castellanos. RESTREPO, Carlos. “La filosofía y el arte en la narración histórica.” En: *Conferencias dictadas en la Academia Colombiana de Historia con motivo de los festejos patrios*. Bogotá: Editorial Selecta, 1937, pp. 217-197.

²⁴⁵ Entre otros: ZAMBRANO, Fabio. “De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna.” *Op.cit.*; PEDRAZA, Zandra. *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2011; CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica (1910-1930)*. Bogotá: CEJA, 2009; MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Op.cit.*; BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación. Op.cit.*

perfeccionamiento espiritual con el cual aproximarse, tras peregrinar en el tiempo, a la salvación.²⁴⁶ Y es que según lo ha notado Betancourt, esa “privatización” del pasado al que hemos hecho referencia, o en sus palabras “institucionalización” del pasado, correspondía a la confluencia de procesos de modernización, intereses políticos y sobre todo, el triunfo de un proyecto político. No en vano, estaba conformada por los “patricios de la república”, quienes cuidaban del *nombre* de sus antepasados.²⁴⁷ La Academia entonces buscó centralizar y dar homogeneidad al pasado colombiano, para lo cual resultó fundamental, no solo la elaboración del famoso manual de Gerardo Arrubla y Jesús María Henao (1911), sino la gestación de centros regionales de historia concentrados en ciertas ciudades del país –principalmente en Cali, Medellín y Manizales. En esos escenarios se pretendía que su respectiva escala se replicara la historia de Bogotá, que por demás parecía la historia de Colombia, al contar con un mismo “fundador”. Este último venerado como una estatua, lo que sugiere una percepción algo diferente del pasado que habíamos observado para casos anteriores donde la historia funcionaba como una pintura. El monumento se parecía más a la idea freudiana del padre muerte, al que se le había levantado un tótem.

El objetivo era hallar en primera instancia a un “fundador”, con el cual conectar la población con Europa, en particular con España y lo que ella significaba en el siglo XVI como un renacimiento de Roma. No es casual que empezando el siglo XXI, todavía Roberto Velandia²⁴⁸, uno de los más proclives difusores de esa búsqueda de los conectores locales con el antiguo continente, haya sostenido que el ejercicio de la Academia sea la de un “apostolado” en el marco de una “misión”, prácticamente de origen providencial. Se trataba de una idea de evangelizar historiográficamente el país, “descubriendo” “santos” radicados especialmente en la conquista o en la independencia, como lugares temporales especiales para el martirio.²⁴⁹ Periodos en los cuales la

²⁴⁶ Ver: BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación. Op.cit.*

²⁴⁷ *Ibid.*

²⁴⁸ VELANDIA, Roberto. *Publicaciones de la Academia Colombia de Historia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2000. Velandia ha sido llamado como *el historiador* de Cundinamarca, pues una de sus principales obras consta de cinco tomos, en los que no solo procura dar cuenta de “toda” la historia de ese departamento, sino que dedica un capítulo a cada uno de sus municipios. Para muchos, su versión de la historia sigue siendo todavía hoy, la única.

²⁴⁹ Melo ha indicado que de los 1.000 artículos publicados en el Boletín de Historia y Antigüedades entre 1902 y 1952 el 29% correspondía a la Independencia, el 25% a civilizaciones antiguas o el descubrimiento, el 23% al periodo comprendido entre 1559 y 1810, el 12 % a la conquista, el 10% a la república, el 4% al

referencia a la antigüedad era bastante notable, ante la persecución de ideales y padres que orientaran estas causas.²⁵⁰ Pero semejante “apostolado” no había sido posible, según el mismo Velandia, sin las publicaciones, particularmente las producidas por la Academia, pues en ellas se notaba la vida de esta institución. Aunque en lo que respecta a las historias de ciudades, esa producción estuvo concentrada en Bogotá y la razón para ello parece indicarla Velandia cuando sostenía que,

“La Academia ha dedicado gran parte de sus estudios y publicaciones a su ciudad natal, Bogotá (...) en estos cien años la Academia le ha consagrado a Bogotá más de un día milenario al culto de su historia, de sus hombres, de sus bienes, de su glorioso nombre.”²⁵¹

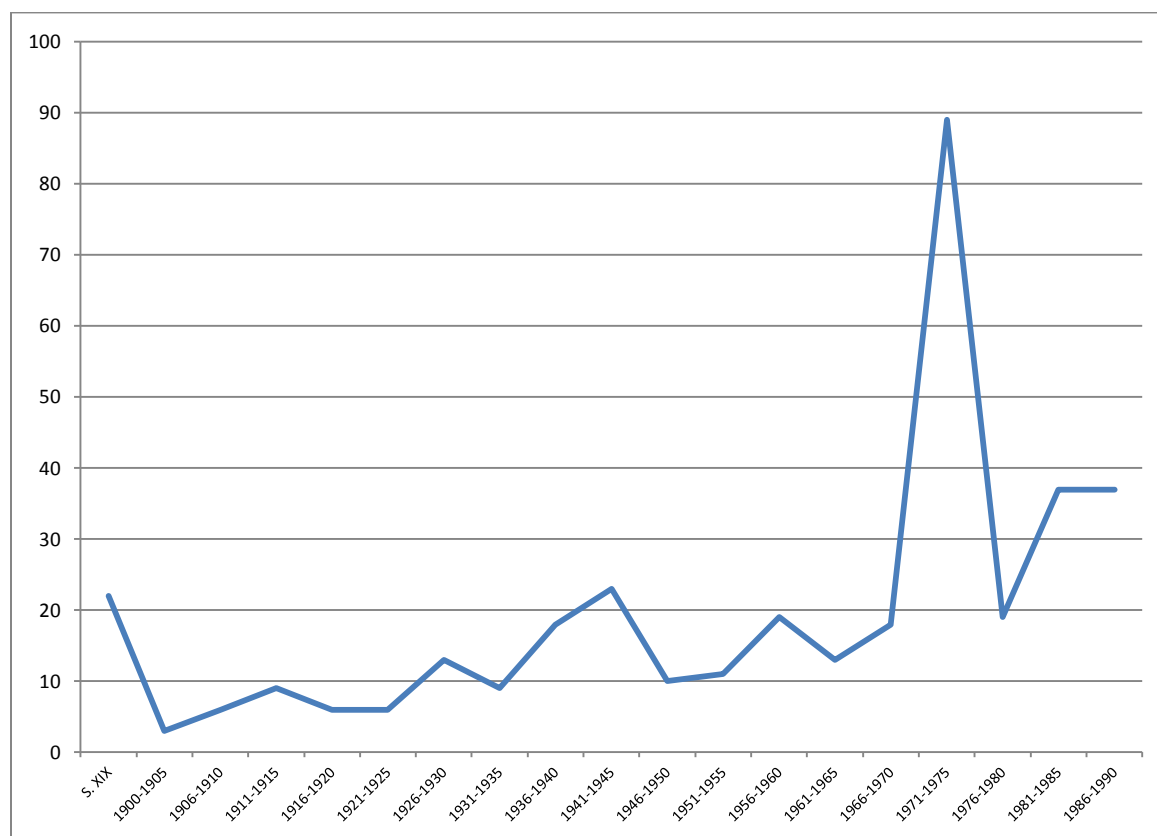
En efecto, Bogotá era considerada “sagrada” en la medida que había sido fundada prácticamente por un “santo”, que hacía del *nombre* también algo de veneración para el resto del país. Y ello es particularmente perceptible en los matices de la producción intelectual de la Academia. Por ejemplo, en torno a la conmemoración del cuarto centenario de Bogotá se publicaron ocho libros, de los cuales 4 estaban dedicados a la ciudad, y que según Velandia, junto con artículos sueltos podrían constituir la “Enciclopedia histórica de Bogotá”²⁵². Paradójicamente, ninguna de las conferencias dictadas por dicha Academia con motivo de la indicada celebración y más tarde publicadas, fue dedicada a la ciudad. Esta supuesta concentración en una ciudad que solamente observa el académico, se hace todavía más mínima cuando se compara el conjunto de la edición de libros (volúmenes) que conforman las diferentes colecciones que tiene la Academia. Allí podemos observar que hasta el año 2000 solamente 24 de las 384 publicaciones, sin contar los artículos de la revista, correspondían a ciudades. Es decir, que el 6,25% de la producción total del siglo XX de la institución se había dedicado a dar cuenta del pasado de las ciudades, mayoritariamente concentrado -ese pequeño porcentaje- en Bogotá.

periodo entre 1830 y 1863, el 1% al espacio entre 1863 y 1900, mientras que el siglo XX contaba con el 0%. MELO, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. *Op.cit.* Ver también: MORALES, Jorge. Compilador. *Índices del Boletín de Historia y Antigüedades, 1902-2010*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.

²⁵⁰ Ver: DEL MOLINO, Ricardo. *Griegos y romanos en la primera república colombiana*. *Op.cit.*

²⁵¹ VELANDIA, Roberto. *Publicaciones de la Academia Colombia de Historia*. *Op.cit.*, p. 17. El subrayado es mío.

²⁵² *Ibíd.*



Fuentes: Biblioteca Nacional de Colombia; Biblioteca Luis Ángel Arango; Biblioteca Universidad Nacional de Colombia; www.curlinea.uniandes.edu.co; ZAMBRANO, Fabio. *Ciudad y territorio*. *Op.cit.*

Figura 3. Número de publicaciones sobre ciudades entre fines siglo XIX y 1990

Si siguiéramos la indicación de Velandia de dar cuenta del trabajo de la Academia en el “tribunal de su expresión”, que son sus publicaciones, semejante apostolado resultaba bastante pírrico. En otras palabras, la ciudad desapareció como tema de estudio para la Academia Colombiana de Historia. Pero en lo que respecta a la producción desde las ciudades mismas, no necesariamente sujeta a los centros regionales de historia, filiales de la Academia, se incrementó desde el quinquenio de 1936-1940, contando dentro de sus principales picos la década de 1970. Una de las razones para ello, de forma similar al siglo XVI, fue la intención de reconocimiento de las ciudades por parte del resto del país como “la más...” de Colombia. Los dos tipos de escrituras cuentan con similitudes y

diferencias, en algunos casos, bastante notables. En lo que concierne a las similitudes siguiendo más o menos el modelo de la “ciudad cristiana” que nos ha mostrado Santiago Quesada, se identificaba un milagro y su respectivo santo, para soportar la diferencia, al mismo tiempo que su selección de Dios, pero que ante su inexistencia en términos singularmente religiosos, la fundación resultaba un buen sustituto. En lo segundo de los elementos, caracterizado por la caridad, la “historia eclesiástica” permitía mostrar no solo que la iglesia era el principal benefactor, sino que los individuos podían merecer el estar en las páginas de la historia de la ciudad, si contribuía a causas caritativas y filantrópicas, mediadas muchas de ellas por la iglesia. Y en tercera instancia, el soporte de su fe contaba con otra evidencia, en esta ocasión su arquitectura, no en vano muchas de las descripciones ofrecidas en este punto se iniciaban con el templo principal para continuar con otras edificaciones que sugerían el progreso de la población.

En tanto, el nudo de las diferencias se radicaba en qué significaba la ciudad. Porque para las historias de las parroquias (ciudades), denominadas como “biografías de ciudad”, el escenario urbano correspondía todavía a un escenario de progreso y civilización, donde no solo confluía la riqueza, sino donde el control social era el mayor beneficiando al sucederse la ruptura con sus condiciones de barbarismo y un reconocimiento por parte, especialmente, de Bogotá. Pero para la visión elaborada desde la Academia y autores próximos a ella (institucional o temporalmente hablando), lo urbano estaba más bien sujeto a la pobreza espiritual, desde luego también la material, donde se concentraban muchos de los males del país y su perdición. Son varios los ejemplos de esta última óptica, pero dos podrían sernos útiles para dar cuenta de lo dicho, teniendo en cuenta que obras como las de Eduardo Posada repiten más o menos de la misma forma, la estrategia utilizada por Pedro María Ibáñez y presentada con antelación.

Uno de los casos fue Tomás Rueda Vargas²⁵³ (1879-1943), quien dedicado gran parte de su vida a la educación (historia y literatura) y la escritura, concibió a Bogotá como una parte más de algo con mayor importante, la Sabana. Porque para Rueda Vargas, era el

²⁵³ RUEDA VARGAS, Tomás. *La Sabana. Y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.

escenario rural el que permitía la inspiración, la gestación del mundo intelectual, traducido en la poesía. No en vano, la pregunta central en su vida académica fue por la forma como la Sabana intervenía en la vida pública de los individuos que habitan la capital del país y también, al conjunto de los colombianos. En este sentido, para él, la ciudad no era otra cosa que un lugar de confluencia campesina, respecto al cual poco tenía que decir, pues el mundo rural invadía su percepción. No es casual tampoco, que siguiendo un ejemplo ofrecido por José Manuel Marroquín entre sus personajes se cuenten animales, como los caballos. Pues desde ellos ofrecía una visión naturalista, bucólica y algo irónica de la vida urbana en comparación con el campo. Pero por sobre todo, conectaba al campo con la ciudad. Por eso sus “escritos sobre ciudad”²⁵⁴, que son más bien fragmentos al seguir el modelo de los cuadros de costumbres, versan sobre carruajes, cocheros, carreras de caballos y cabalgatas, junto con navidades, música y vida religiosa, en donde todas esas actividades eran observadas desde la ventana, como una metáfora de la ciudad que ven y experimentan los niños.

Rueda Vargas consideró que la narración de su vida es la tensión entre los espacios urbano y rural, podían servir de ejemplo moral. La razón para ello estaba en una versión de “vidas ejemplares”, así como en una concepción de ciudad, en la cual ésta podría ser comprendida desde sus casas, en pleno ejercicio metonímico. Ese fue por ejemplo el caso del conocimiento que hizo de Miguel Antonio Caro –del que parece haber seguido la idea de no necesitar salir de la Sabana-, a quien dice haber hallado finalmente en el ambiente de su casa. Este escenario urbano fragmentado era unido por otros elementos también considerados por el autor, como fragmentarios, siendo las calles los principales de ellos. Por ellas circulaban los caballos, los individuos, en especial los que venían desde afuera de Bogotá y que le permitían decir que la ciudad era un punto de concentración campesina, y que se estaban seriamente amenazadas –las calles- por la “invasión de automóviles”. Las nubes negras de la modernización terminarían, según su percepción, por obligar al silencio, ya no había entonces nada que más decir respecto a la ciudad.

²⁵⁴ *Ibíd.*

En otras de las posturas, en este caso de proximidad temporal, y denominada como “revisionista”, se hallaba Luis López de Mesa (1884-1967). Quien más cerca de la sociología, repetía la idea de regionalizar el país, que ya había sido desarrollada durante toda la segunda mitad del siglo XIX, en un proceso de racialismo sobre el que se pretendía construir la nación.²⁵⁵ De forma paralela al desinterés de la Academia por las ciudades, López de Mesa consideró que las urbes eran signos históricos de la influencia y creación europea que pesaba sobre América, y que funcionaban como un foro de la vida regional, la cual privilegia al considerar que la “nación colombiana es primordialmente campesina”.²⁵⁶ En esta perspectiva lo que había que hacer respecto al tema urbano, era exaltar la condición de aldea, con el propósito de que “a la postre no se vengan todos a vivir a la calle real de la Metrópoli”. No es casual, que mientras fue Ministro de Educación Nacional, propuso en 1935 el “proyecto de Cultura Aldeana”, consistente en una “expedición” por el país en busca de la identificación de las regiones como soporte para dar cuenta de la “nacionalidad colombiana”, que al final tuvo escasos resultados.²⁵⁷ Pues justamente es en ella donde se concentraban las “fantasmagorías” propias de la vida moderna, que convertían a la cultura en una “síntesis”, mientras que los hombres vivían limitados a experiencias “estándar”.²⁵⁸ Al mismo tiempo, el tema urbano no aparece ni en las curvas del escenario económico nacional, dependiente exclusivamente de lo que el campo hiciera por él.

Esta parece ser la constante, porque a pesar de que desde la década de 1960 se cuenta con una “nueva” historia, el desinterés por la ciudad va a ser constante hasta cuando menos la década de 1980 y en especial la de 1990. Los casos de Carlos Martínez y Jacques Aprile son más bien salvedades. Algunas de las razones que por ahora esbozaremos, pero que buscaremos tratar en el tercer cuadro, están inicialmente concentradas en una controversia bastante ajena a lo dicho hasta ahora, respecto a

²⁵⁵ Ver: ARIAS, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes, Cesó, Ediciones Uniandes, 2005; VILLEGAS, Álvaro. *Heterologías: pasado, territorio y población en Colombia, 1847-1941*. Tesis para optar el título de Doctor en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

²⁵⁶ LÓPEZ DE MESA, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Editorial Bedout, 1935.

²⁵⁷ Entre las acciones de este proyecto se contaron las “Bibliotecas aldeanas”, un “Censo cultural” y una “Encuesta folclórica nacional”. SILVA, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.

²⁵⁸ *Ibíd.*

quién es el padre de la historia colombiana y con ello cuándo se inicia. Mientras que para la tendencia que partía desde la Academia Colombiana de Historia era Gonzalo Jiménez de Quesada ese padre, para la “nueva” posición, era José Manuel Restrepo. Para los “nuevos”, como ya en su momento lo había expresado Pedro María Ibáñez para el caso “tradicional”, ellos hacían una “historiografía científicamente orientada”.²⁵⁹ Es más, para Jorge Orlando Melo, la única historia de ciudad que vale la pena era la dedicada a Pereira, gracias a la presencia de Jaime Jaramillo Uribe. En esa opinión no existe un análisis de sus diferencias a no ser por juicios “ad hominem” contra la Academia, por su falta de calidad, seriedad, profesionalismo, exceso de nacionalismo y otros de este tipo, con lo cual poco terminábamos por saber cuáles eran en el fondo las diferencias, pero también las similitudes de la reciente propuesta, como también ha llamado la atención Betancourt²⁶⁰. Mientras tanto, el crecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XIX transcurría sin mayores comprensiones de su pasado, hasta el punto que terminó dejándose, cuando menos hasta los años 1990, como un asunto de arquitectos y urbanistas. De allí, las palabras de Aprile:

*“De entrada es necesario decir que tuve la suerte y la desgracia de interesarme en algo que no interesaba a nadie. Entonces no encontré ni ayuda ni limitantes; el desierto. Una total libertad y soledad (...) Con todo, si por algo llaman la atención mis trabajos, pienso con lucidez que será más por su novedad que por su calidad; más por el peso del papel que por el peso de las ideas. Es que soy urbanista, no soy historiador, eso tengo que decirlo de entrada.”*²⁶¹

Y es que para Aprile, las historias de las ciudades deben enfrentarse antes que nada a los problemas concernientes a la consecución de fuentes de archivo, paralelo a intentar construir explicaciones generales –en su caso de impronta marxista. El pasado es para este autor algo siempre “vivo y activo”, de allí que suponga una “historia *actuante*”, a partir de la cual se puedan hacer “pronósticos y previsiones”.²⁶² En donde la escritura cumplía la tarea de “difusor” de las investigaciones realizadas, aunque simultáneamente le resultaba algo similar a una prisión gracias a la necesidad constante de insertar

²⁵⁹ MELO, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas. Op.cit.*

²⁶⁰ BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación. Op.cit.*

²⁶¹ APRILE-GNISET, Jacques. *La ciudad colombiana*. Cali: Universidad del Valle, 1997, p. 181-182. Estas ideas no han cambiado sustancialmente, de hecho, durante el último Congreso Colombiano de Historia, realizado en Neiva durante octubre de 2012, mantuvo la idea de la escasez de trabajos en la materia y las dificultades para hacerlos, por ejemplo en lo concerniente a los archivos.

²⁶² *Ibíd.*, p. 195.

“pruebas”.²⁶³ Así como también, la escritura era un peligro constante en un contexto como el colombiano, más cuando se trabaja con el problema de la tierra, aun siendo urbana.

²⁶³ *Ibíd.*, p. 270 y ss.

Cuadro tercero. Bogotá, la ciudad de la historia

“A la historia le gustan las simetrías, las repeticiones y las combinaciones.”
Jorge Luis Borges. *El hacedor*

Capítulo 5. El fantasma de Le Corbusier

§ 27. Le Corbusier y la arquitectura moderna colombiana



Vicente Nasi y Le Corbusier, en la quinta de recreo de Fernando Mazuera Villegas en Fusagasugá, 1947.

Fuente: NASI, Vicente. *Arquitectura*. Bogotá: Escala, 1983.

§ 28. El fantasma de Le Corbusier

Le Corbusier²⁶⁴ llegó a Bogotá el 16 de junio de 1947 y fue recibido por los gritos de muchos de los estudiantes de arquitectura que sostenían a unísono “¡Vive Le Cobusier, á bas la académie!”²⁶⁵. Tras dictar algunas conferencias y visitar distintos lugares de Bogotá, el alcalde de la capital colombiana, Fernando Mazuera Villegas, lo convenció de que tomará un par de días de descanso en una pequeña ciudad cercana, en donde tenía una quinta de recreo diseñada por el arquitecto de origen italiano, Vicente Nasi. Así, por una difícil vía, arribaron a Fusagasugá cinco días después de su llegada. El propósito de Mazuera no era solamente quedar bien con el famoso visitante, sino sugerirle que a pesar de las limitaciones existían algunos ejemplos, así fuesen pocos, de arquitectura moderna, entre los que se contaba precisamente la residencia que les acogería. Por eso, la fotografía en la que aparece Le Corbusier con Nasi, y, en el fondo, la obra referida enclavada en la naturaleza de la vertiente suroccidental del altiplano, no era mera coincidencia.

Como Mazuera, los estudiantes de arquitectura y los profesionales más jóvenes de esa disciplina, se veían deslumbrados por la presencia de uno de los gestores del Movimiento Moderno.²⁶⁶ Y es que a diferencia de experiencias anteriores donde la única forma de conocer o aproximarse a un autor famoso era cruzando el Atlántico, en 1947 Le

²⁶⁴ Así se le conoce al arquitecto y urbanista suizo Charles Édouard Jeanneret-Gris.

²⁶⁵ Esta expresión fue recordada en una entrevista por el arquitecto Hernando Vargas. ACEBEDO, Luis Fernando y MORENO, Omar. “Hernando Vargas vida y obra: Brunner era la Academia, Le Corbusier la revolución urbanística.” En: *Bitácora Urbano Territorial*. No. 7. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, enero-diciembre 2003, pp. 70-75.

²⁶⁶ Le Corbusier pensaba que el urbanismo debía empezar por la vivienda y no a la inversa como habían supuesto muchos otros urbanistas, de allí su consideración de “arquitectura y urbanismo como un todo”. Para Le Corbusier, el lugar inicial –la vivienda- era asociado al cuerpo humano, con el que además representaba al “hombre urbanizado”, y la necesidad de éste de un estrecho vínculo con la naturaleza. Tarea que se imponía particularmente a la arquitectura a partir de la belleza, entendida como un acuerdo entre medida y proporción, en donde lo central es la “simplicidad fantástica” –además de tener en cuenta las normas, la escala, la naturaleza, la relación entre superficies, las densidades y los límites en las aglomeraciones. Al entender la ciudad como un cuerpo, asunto que no es para nada nuevo, pensaba en que es el sistema circulatorio, como metáfora de un sistema de rutas edificado en el tiempo, el que debe atenderse con mucho detalle si lo que se quería era planificar la ciudad del futuro. Mientras que, al habitante urbano, el urbanista suizo le imponía una carga significativa de moral, al considerar fundamental el “saber habitar”, el civismo, comprendido como formas de comportamiento en la urbe.

Corbusier significaba tanto la “revolución urbanística”, como la inclusión en las discusiones de vanguardia. Eso no implicaba que antes de semejante visita no existieran algunas manifestaciones modernas, en efecto tanto la misma obra de Nasi y otros urbanistas, como la de Karl Brunner²⁶⁷, eran ejemplos de ello. Solamente que Le Corbusier, fue un icono, superando muchos otros nombres, hasta el punto de convertirse en un fantasma que deambuló la arquitectura y las formas de pensar la ciudad. Y con fantasma estamos comprendiendo una imagen que reaparece una y otra vez, sin que ello implique mantener ciertas características. La historia de la arquitectura, pero en particular la historia urbanística, lo que hacen, entre otras cosas, es reiterar y justificar el fracaso de la aplicación de las ideas de Le Corbusier, a partir de lo cual se ha convertido, más o menos en una constante, la idea de una modernidad incompleta, limitada, entre otros adjetivos, que se comparte con muchas otras posturas de las Ciencias Sociales en Colombia²⁶⁸.

En nuestros intereses esta influencia, si es que puede llamarse así, de Le Corbusier, marcaría los intereses de las historias de ciudades que vendrían a sustituir las elaboradas por la Academia Colombiana de Historia. Aunque, ello no implicó que ese haya sido el asunto fundamental en las monografías, biografías y demás tipologías de textos elaborados en poblaciones diferentes de Bogotá y algunas de las ciudades más grandes del país. El estudio del pasado de las ciudades por parte de historiadores, que a su vez habían sustituido a los ejercicios fuertemente influenciados por la literatura, sería un asunto de los arquitectos desde cuando menos la década siguiente a la primera visita del urbanista suizo. En su conjunto, existirían dos vías para revelar el origen de las dificultades colombianas en incluirse en un mundo moderno, próximos a lo pensado por

²⁶⁷ “Sus casi veinte años de actividad urbanística en Latinoamérica se pueden analizar a partir de una serie de proyectos particulares en los que se destacan tres campos temáticos: *planes de desarrollo urbano* y *proyectos de ciudades-satélites* (*News Towns*), en los que se presentó las estrategias necesarias para la gestión de reformas urbanísticas, así como una discusión sobre la rigidez de la cuadrícula (transformación y ensanche de ciudades existentes, y diseño de ciudades-satélites); *construcción de urbanizaciones y vivienda popular*, en donde confrontó el fenómeno de las urbanizaciones marginales y expuso la necesidad de su saneamiento, así como la construcción de barrios obreros y de proyectos de vivienda de bajo presupuesto; y por último, el *espacio público*, con el que enfatizó el potencial de las zonas públicas dentro de la estructura urbana, tales como parques, plazas y bulevares, de distintos tamaños y a diferentes escalas.” HOFER, Andreas. *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Bogotá: El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, 2003, p. 105. Brunner no solo asesoró durante sus estadía en Colombia a Bogotá, sino a ciudades como Medellín y Cali, y algunas otras de las poco se sabe.

²⁶⁸ Ver por ejemplo: JARAMILLO, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Temis, 1998.

Le Corbusier y el CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna²⁶⁹). Al considerar que buena parte de las historias de las ciudades colombianas aparecieron en la década de 1930, en el marco de un alto peso dado a la representación de la llamada “República Liberal”. Igualmente, para recorrer hasta el periodo colonial y mostrar el esplendor de la arquitectura, y por consecuencia de las urbes gestadas allí, y lo nefasto que sería el siglo XIX para toda esa “riqueza”, de tal forma que se terminó por contar para los años 1930 con un “caos y desorden absoluto”, como sostuvo Carlos Arbeláez. A lo cual es posible sumar que la mayoría de estas ópticas desde la arquitectura estarían concentradas en Bogotá, tanto por la presencia de profesionales de esa disciplina, como por la existencia de un número notable de edificaciones consideradas como “modernas” y el crecimiento urbano. Pero por sobre todo, la visita de Le Corbusier a la capital y la elaboración posterior de un “plan piloto”, que la ponía al frente de lo que podía pensarse y decirse al respecto. De esta forma, la capital colombiana continuaba siendo bendecida de múltiples formas.

Como en la fotografía de Le Corbusier y Nasi en la quita de recreo de Mazuera, lo moderno debía implantarse en medio de la inhóspita naturaleza colombiana. Seguramente por eso, la idea inicial del urbanista suizo de venir a encontrar en Bogotá “una arquitectura magnífica”, o cuando menos un lugar para ella, se vería radicada parcialmente en la residencia que les albergó un fin de semana. No en vano, le significó algunos comentarios en revistas internacionales. Sin embargo, a esa obra le hacía falta el urbanismo, que para Le Corbusier terminaba, junto con la arquitectura, componiendo un todo. En la perspectiva del autor suizo eso podía explicarse por la historia:

“Los países que tienen una historia y que hacen su historia deberían considerar la ocupación de su suelo, la cual seguía unas leyes que precedían las actuales; leyes que han sido pensadas a partir de los grupos, de los individuos y de las sociedades a lo largo de las rutas; y las rutas, que se han probado y completado cada vez más a medida del impresionante desarrollo, todo para crear una red de ocupación particular del suelo.”

²⁶⁹ El CIAM existió entre 1928 y 1959, contando con 10 conferencias en las que se discutieron y establecieron conceptos, además de lo que debería ser la arquitectura en el contexto del urbanismo, sobre la vivienda, el desarrollo espacial y el hábitat, en el marco de cuatro principios: economía, planificación, opinión pública y Estado.

Y no porque la historia desde su óptica lo aclarara todo, es más, el Movimiento Moderno promulgaba abiertamente su anti-historicismo. Sino porque ella, podía permitir la comprensión del presente y la construcción planificada del futuro. No es casual que su presentador en las dos primeras conferencias dictadas en Bogotá lo haya mostrado como “el historiador de la arquitectura contemporánea”. Y así, como algunos predicaban la ruptura con todo lo “viejo”, representado contradictoriamente en la figura de Karl Brunner²⁷⁰, otros recurrían a las formas de fabricación de la historia que algunos miembros del CIAM, por ejemplo la de Sigfred Giedion, en donde el pasado resultaba de utilidad como caballo de batalla. Unos años antes de la primera visita de Le Corbusier, Bogotá había inaugurado, cuando menos retórica y visualmente su ingreso en el mundo moderno, pues la conmemoración de los 400 años de su fundación fue el escenario en donde se “recordaba el pasado” y se “celebraba el futuro”. En el cuadro segundo se ha mostrado cómo el interés por Bogotá y su historia había alcanzado su culmen para ese momento, y que a partir de allí había comenzado su descenso en la producción intelectual, en particular desde la Academia Colombiana de Historia. Esto no significó que el pasado de las ciudades se omitiera del todo, solamente que fue tomado por las manos de los arquitectos.

Existe una fotografía ampliamente difundida por las diferentes historias de la arquitectura y el urbanismo, en donde Carlos Arbeláez Camacho aparece observando un plano, junto a Le Corbusier, Sert y Wiener –artífices del Plan Piloto para Bogotá.

²⁷⁰ A partir de algunos de sus escritos, en particular su “Manual de urbanismo”, Brunner no se presentaba como un colonizador, un poco diferente a lo que sucedía con Le Corbusier. Sin embargo, se tendió hacia este último. BRUNNER, Karl. *Manual de urbanismo*. 2 Tomo. Bogotá: Ediciones del Concejo, 1939-1940.



Le Corbusier, Sert Wiener y Arbeláez, 1951
Fuente: www.semana.com

De manera especulativa, podríamos preguntarnos a partir de la observación de la fotografía en qué estaba pensando Arbeláez, o si acaso estaba concentrado mirando el centro de la ciudad, o las razones de por qué no se ve muy convencido. Ya ha mostrado Josefina Ludmer²⁷¹ que especular es también una forma de pensar e “inventar un mundo”, que no se mueve entre la “verdad” o la “falsedad”, sino que funciona más como una posibilidad. Por ese entonces, 1951, Arbeláez actuaba como director de la Oficina del Plan Regulador de Bogotá –así se desempeñó entre 1950 y 1952- y los interrogantes podrían caer mal respecto a un funcionario que debía defender las ideas de Le Corbusier. Pero al mismo tiempo, se puede suponer las contradicciones que desde las mismas iniciativas de Brunner se ponían sobre la mesa al procurar gestar una ciudad moderna en medio un trazado colonial. Esto implicó, como lo plantea Germán Mejía, Sandra Reina y Carlos Niño²⁷², que se hacía necesario “re-editar la historia”. Y en ese ruta desde la arquitectura se gestaron dos bloques, aunque con ello no se quiere sugerir solidez o coherencia inmaculada, pero sí una agrupación en torno a ciertos intereses que ayudan en nuestra lectura. Uno de ellos fue el que se aglutinó precisamente en la figura de Carlos Arbeláez, de corte particularmente patrimonialista y que en su actividad profesional tendió a la restauración. La otra, bajo la figura de Carlos Martínez, en donde la idea de lo moderno era reiterativa y con mayor proximidad al urbanismo, aunque en

²⁷¹ LUDMER, Josefina. *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.

²⁷² REINA, Sandra. MEJÍA, Germán. NIÑO, Carlos. “Introducción”. En: DOMINGUEZ, Mario. Et al. *Recordar la fundación, celebrar el futuro*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2007.

este caso es necesario decir que uno de los principales intereses de Martínez fue la ciudad del siglo XVI.

Como en la fotografía referida, Le Corbusier pone cierta distancia, observa, aparenta ser un tercero cuando lo que hace es dirigir sus dos brazos. Él está tras todo esto. Como un fantasma, aparece una y otra vez, tomando diferentes cuerpos, pero como si fuese el Hamlet de Shakespeare, se pide buscar el origen de su muerte, al menos de sus proyectos, de intentar responder al porqué no había crayones de colores en Bogotá, para hacerla moderna. Y ambos bloques procurarán responder de diversas formas los interrogantes del fantasma, sustentados en lo paradoja del Movimiento Moderno al declararse anti-historicista, con un cierto repudio al pasado de por medio, pero recurriendo a la historia como un manifiesto.²⁷³ En este marco, los ejemplos de cómo concebir la historia desde la arquitectura estuvieron, según se nota en las estructuras de los textos y sus respectivas citas (en particular de un autor), vinculados a Sigfred Giedion. Precisamente el secretario durante toda la existencia de la CIAM y un intenso colaborador de Le Corbusier. Esto no quiere decir de ninguna manera que se ataron a la obra de Giedion como un texto sagrado, sí que usaron éste en busca de validar sus ideas del pasado, de arquitectura, de historia y de la ciudad en la historia, pero principalmente, del futuro. Por eso, la sugerencia de la imagen inicial del presente capítulo: la pretensión desde la arquitectura en cuanto a que lo moderno dejara de ser un fondo exótico en tierras inhóspitas.

§ 29. La historia para el presente

Las historias de las ciudades fabricadas desde Bogotá dejaron para mediados del siglo XX de ser relatos concentrados en los padres fundadores, para enfocarse en los edificios. La mirada, con el trasegar de los años, se hizo cada vez más alta desde cuando

²⁷³ Ver: TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna*. Madrid: Maira y Celeste Ediciones, 2001. No existe por ahora el espacio para poder comentar de forma extensa este libro, que según lo comenta Francois Choay en un proemio, procede de una controversial tesis doctoral, en donde una historia del Movimiento Moderno “sin edificaciones y conjuntos urbanos”, planteando no solo una visión crítica, sino su propia teoría a partir de la lectura de algunas de las obras más reconocidas por la historia de la arquitectura.

los viajeros, y más tarde los cronistas, intentaron dar cuenta del pasado de la urbes a partir de caminarlas. Con las historias de la Academia Colombiana de Historia y luego las elaborados por los arquitectos, la forma cómo se veían las ciudades y sus pasados, asemejaba la metáfora de Michel de Certeau al ver Manhattan desde el piso 110 del extinto World Trade Center, en donde la distancia impide observar a los caminantes, solamente se ven edificios en medio de un plano.²⁷⁴

Pero las posturas de los arquitectos en las historias de la arquitectura no se trataban de mera entretención o de solamente “aprender” del pasado. Sino que,

“Desde el primer momento, los historiadores asumieron el papel de críticos, y fundieron (¿o confundieron?) la historia con la teoría y la propaganda, a fin de construir junto a los arquitectos un sistema en el que las ideas y los hechos se afirmasen mutuamente. Hasta tal punto fue así que la historia y la teoría elaboradas en aquellos momentos no pueden entenderse como disciplinas científicas puras; muy al contrario, estaban y que querían estar fuertemente contaminadas por su compromiso con la realidad, y su intención era influir en los modos de pensar y de actuar de los arquitectos, y a su vez, dejarse influir por ellos. Lo común era incluso que una misma persona ejerciese indistintamente las funciones de arquitecto, teórico o historiador, según conviniese mejor al objetivo principal de afianzar el Movimiento en todos los campos.”²⁷⁵

Por eso, Panayotis Tournikiotis ha considerado que en esas narraciones se expresan pretensiones respecto al “ser de la arquitectura” y pronósticos de “lo que debería

²⁷⁴ Dice Michel de Certeau: “Desde el piso 110 del World Trade Center, ver Manhattan. Bajo la bruma agitada por los vientos, la isla urbana, mar en medio del mar, levanta los rascacielos de Wall Street, se sumerge en Greenwich Village, eleva de nuevo sus crestas en el Midtown, se espesa en Central Park y se aborrega finalmente más allá de Harlem. Marejada de verticales. La agitación está detenida, un instante, por la visión. La masa gigantesca se inmoviliza bajo la mirada. Se transforma en una variedad de texturas donde coinciden los extremos de la ambición y de la degradación, las oposiciones brutales de razas y estilos, los contrastes entre los edificios creados ayer, ya transformados en botes de basura, y las irrupciones urbanas del día que cortan el espacio (...) Subir a la cima del World Trade Center es separarse del dominio de la ciudad. El cuerpo ya no está atado por las calles que lo llevan de un lado a otro según una ley anónima; ni poseído, jugador o pieza del juego, por el rumor de tantas diferencias y por la nerviosidad del tránsito neoyorquino. El que sube allá arriba sale de la masa que lleva y mezcla en sí misma toda identidad de autores o de espectadores. Al estar sobre estas aguas, Ícaro puede ignorar las astucias de Dédalo en móviles laberintos sin término. Su elevación lo transforma en mirón. Lo pone a distancia. Transforma en un texto que se tiene delante de sí, bajo los ojos, el mundo que hechizaba y del cual quedaba “poseído”. Permite leerlo, ser un Ojo solar, una mirada de dios. Exaltación de un impulso visual y gnóstico. Ser solo este punto vidente es la ficción del conocimiento.” DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer. Op.cit.*, pp. 103-104.

²⁷⁵ HERNÁNDEZ, Emilia. “Prólogo. Versiones de la historia.” En: TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna. Op.cit.*, p.9.

hacerse".²⁷⁶ De allí que, Tournikiotis haya establecido en su estudio tres grupos de autores, los "operativos", en donde existe una visión optimista y donde se encuentran dos de los autores más citados por los arquitectos en Colombia, Sigfred Giedion (1888-1968) y Bruno Zevi (1918-2000); en otro, se hallan los "peyorativos", para quienes la tarea de la historia no es otra sino una sirviente del planteamiento de teorías útiles en el futuro; y finalmente, los "objetivos", de quienes se dice están completamente ajenos a la idea de cualquier tipo de compromiso por parte de la arquitectura.²⁷⁷ En su conjunto una de las ideas principales de Tournikiotis y que puede ser interesante, radica en la contribución de la historia en la gestación de una teoría de la arquitectura a partir de una idea de filosofía de la historia, que aun cuando poseía variaciones entre los autores, entendía la historia de la arquitectura como un *todo*.

En el caso que aquí nos concentra -lo cual no implica que no existan otras influencias, autores y obras-, fue uno de esos autores, Sigfried Giedion, que al buscar sedimentar el Movimiento Moderno y valerse para ello de la historia, se constituyó en una referencia no solo en Colombia, sino en muchos otros lugares del mundo. Según Tournikiotis, Giedion junto con Nikolaus Pevsner -otro de los historiadores "operativos"-, estaban sujetos de cierta forma "al seno de la tradición alemana de la historia del arte", caracterizada por los principios radicados en el espíritu de la época, el análisis morfológico, la escala creciente de periodos históricos y un fuerte predominio de lo universal sobre lo individual.²⁷⁸ Para

²⁷⁶ TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna*. *Op.cit.*, p. 22.

²⁷⁷ *Ibíd.*, p. 33.

²⁷⁸ *Ibíd.*, pp. 39 y ss. Tournikiotis agrega más adelante sobre la difusión de la manera alemana de concebir la historia del arte que: "Forzados a dejar el mundo de habla alemana en los años treinta, introdujeron en sus países de adopción todo un sistema teórico y metodológico para la historia del arte y de la arquitectura; y allí lo consolidaron. Los países en los que se afincaron no estaban preparados para asimilar de golpe semejante enfoque integral; en ellos, la historia del arte todavía no era una disciplina autónoma, y la mayor parte de los textos internacionales estaban en alemán. Así pues, la labor docente de los historiadores alemanes en las mejores universidades de los Estados Unidos y Gran Bretaña, junto con la proliferación de sus publicaciones en inglés, no supusieron simplemente una incursión o un mero enriquecimiento de una tradición ya existente. En realidad, esta diáspora mundial causó un profundo impacto en la historia tanto del arte como de la arquitectura en la posguerra. Y algo más importante: fue la base sobre la que se elaboró la historia y la teoría de la arquitectura moderna después de 1946. Ni Bruno Zevi ni Leonardo Benévolo tuvieron otra alternativa que poner sus investigaciones en relación con las genealogías que se habían establecido antes, unas genealogías que dejaron en su sello (para bien o para mal) en todos los historiadores de nuestro corpus, con la excepción de Hitkchcock, que al menos comenzó desarrollando su historia en una dirección algo diferente."(p. 63).

Giedion²⁷⁹, “la historia hace parte de la vida”, en la medida que permite hacer juicios al estudiarse desde el presente, y evitar que el pasado sea utilizado como mero pasatiempo o escenario de prácticas de “arquitectura *playboy*”, con lo que buscaba referirse a la exclusiva cacería de formas. En cambio, lo que se pretendía era ingresar en lo más profundo del significado y el contenido, hasta encontrar el origen de la modernidad y lo moderno. Eso no quiere decir de ninguna forma que Giedion pensaba en un pasado inmutable, al contrario, creía en su dinamicidad gracias a los descubrimientos de cada época y la acción de la “mirada” del historiador, de las formas cómo *tocará* el pasado. Y, valiéndose de la comparación con la física, consideró que el siglo XX ha mostrado qué tan relativos son ambos escenarios del conocimiento. Sin embargo, existe algo que llama “patrón”, muy similar a la idea de Le Corbusier respecto a la ocupación del suelo, en la medida que conecta los diferentes periodos y se despliega hasta el futuro, siendo el elemento universal por excelencia que puede sugerir un lugar mejor y su respectivo control.

Así, los acontecimientos no son otra cosa que puntos conectados, a veces “constitutivos” (recurrentes), a veces también “transitorios” (con poca significación), que el historiador debe seleccionar si quiere entender tanto el pasado, como el presente. Por su parte, este último es entendido por Giedion como escenario de transición, en el que se re-evalúan los prejuicios²⁸⁰ del pasado sobre el espacio (y sus volúmenes), pues el presente actúa como un espejo en el que se “refleja” ese pasado.²⁸¹ Y es la arquitectura uno de los mejores medios para el propósito de transformación, ya que “refleja las condiciones de la época que proviene”, al ser un “organismo en sí mismo”. Aspecto que le permite ir más allá de las condiciones de origen. Así las cosas, Giedion creyó que era posible una historia de la arquitectura independiente, tanto de otros factores, como de otros campos de conocimiento, al ser esta disciplina un tipo de espejo ideal, que simultáneamente era traslucido. Con ello, lo que muestra es que en efecto sigue considerando el viejo

²⁷⁹ GIEDION, Sigfried. *Espacio, tiempo y arquitectura. Origen y desarrollo de una nueva tradición*. Barcelona: Editorial Reverté, 2009 (edición definitiva). La primera edición de esta obra se realizó en 1941, mientras que la primera edición en castellano apareció en 1955 procedente de la segunda norteamericana.

²⁸⁰ Aquí los prejuicios no son comprendidos a la manera de la hermenéutica, desde cuando menos Gadamer, ya que a diferencia de este último, Giedion los considera sinónimos de “creencias” y contradictoriamente no los vincula con lo que denomina “patrones”.

²⁸¹ Para Giedion el objeto de la arquitectura en el siglo XX era la organización de las formas en el espacio, hasta producir una concepción de ese espacio.

problema de la ilusión, propio de la historia del arte, y que según Gombrich²⁸² gobierna las maneras de comprensión de una obra asumida como artística. Y que además, se encuadra en la fuerte crítica hecha por Richard Rorty con respecto a la asociación del conocimiento con un espejo (ver cuadro cuarto).

Al suponer lo anterior, y creer que la arquitectura funciona como un “organismo en crecimiento”, que cuenta con un inicio –la construcción- y un final –el urbanismo-, el método de “herencia arquitectónica” que plantea, le resulta vital, tanto para la comprensión de una época, como la proyección de ella hacia el futuro. Semejante forma de fabricar la historia está soportada en “cortes transversales de etapas decisivas de la historia de la arquitectura”, a partir de los cuales es posible identificar las diferentes concepciones que sobre el espacio y su organización se han tenido. Para eso, el procedimiento propuesto es el de la selección, así, cada autor escoge lo que considere “útil” de las diferentes épocas, sin importar si se trata de grandes obras u “objetos de uso cotidiano”, ni mucho menos a cuál estilo o técnica pertenece –en esto resulta más próxima a las tendencias del arte en el siglo XX.

En cuanto al historiador, Giedion propone a lo largo de la obra aquí citada, que debe diferenciarse radicalmente del ejemplo de Jacob Burckhardt, en cuanto al odio profesado a su propia época. Ya que el historiador, en particular el de la arquitectura, debe “estar impregnado del espíritu de su propio tiempo”, porque solamente de esta forma estaría capacitado para “detectar esos rasgos del pasado que las generaciones anteriores han pasado por alto”²⁸³, y que resultan fundamentalmente útiles para el planteamiento de preguntas y problemas en el presente. No existiría algo parecido a un “historiador ideal”, alejado de disputas, deseos y otros factores que inquietan su trabajo. Pues ello provoca precisamente que la historia forme parte de la vida, en donde las batallas son tan comunes, como las propuestas para un mundo mejor. De allí que, el conjunto de su obra “Espacio, tiempo y arquitectura”, gire en torno a la presentación de un concepto, el de “espacio-tiempo”, en donde la propuesta de la arquitectura moderna de vincular geometría y organicidad se hacía perceptible. Y sobre la cual, una nueva ciudad era igualmente posible en medio de esta historia de las concepciones del espacio.

²⁸² GOMBRICH, Ernest. *Arte e ilusión. Estudios sobre la psicología de la representación pictórica. Op.cit.*

²⁸³ *Ibíd.*, p. 43.

Al pensar que tanto la arquitectura, como la ciudad, son organismos, el *haber previo*, edificado por trabajos como los de la Academia Colombiana de Historia, no resultaba distante. Se valían en ambos de los casos de metáforas asociadas al cuerpo humano, que Le Corbusier llevó a un punto más alto con su idea del “hombre urbanizado”. Las biografías no distaban sustancialmente de los organismos, así como tampoco resultaban completamente nuevas las ideas de fundar tradiciones sobre interpretaciones del pasado. En últimas, se coincidía en la negación del siglo XIX o su tratamiento como un momento oscuro que debía iluminarse o corregirse. Pero además de eso, los arquitectos colombianos interesados en la historia (de la arquitectura y la ciudad), también edificaron de una forma similar, a cómo lo mostrara el ejemplo de Giedion, lecturas sobre el pasado, el tiempo en su conjunto y una idea de la historia, asociado todo ello a lo que entendían por ciudad. Así como lo que esperaban fuera tanto la arquitectura como las urbes.

Tournikiotis ha sostenido que la historia de la arquitectura moderna se ha escrito desde el presente, y desde allí se proyectan al pasado un conjunto de preocupaciones, en particular la constitución del Movimiento Moderno. Así, la historia no solo justificaba, también significa una parte fundamental en la construcción de teorías para el futuro. En Colombia, semejante idea de la historia calaba bastante fuerte. La historia sirvió tanto para identificar errores y aciertos en el camino a la modernidad, así como fue objeto de diversas interpretaciones a partir de las cuales se pretendía en su conjunto darle, al menos metafóricamente, el material que decía (en 1947) Le Corbusier no existía para “una conferencia interesante”. Era plantear filosofías de la historia, para estudiar la evolución de la arquitectura y de la ciudad, todas ellas recurrentes al caso de la modernidad, bien sea como una fractura o como un inicio. Pero además, este lugar común –la modernidad- marcó la agenda de cuestiones tanto para la arquitectura misma, como para la ciudad, en lo que respecta a sus pasados.

§ 30. Escuchar a Le Corbusier



Le Corbusier juntos a estudiantes y jóvenes arquitectos en la Universidad Nacional de Colombia, 1947

Fuente: <http://www.cartauniversitaria.unal.edu.co>

§ 31. Historia dis-continúa

Pretender hacer un barrido “total” del trasegar de los arquitectos con la disciplina histórica puede resultar un tanto absurdo en el marco de un trabajo que supone algo diferente. En este sentido, sugerir tres visiones de la historia desde la arquitectura y sus respectivos vínculos con las historias de ciudades, pueden ilustrar algunos de los caminos tomados por lo que hemos llamado “bloques”. Esto no puede atarse tan fácilmente a algo parecido a escuelas, corrientes o tendencias. Es evidente que Carlos Arbeláez Camacho, Jaime Salcedo Salcedo y Alberto Saldarriaga, se vieron y se han visto afectados por múltiples lecturas en el marco temporal de la segunda mitad del siglo XX, pero

difícilmente podríamos ubicarlos de manera tan ligera en tal o cual escenario intelectual. Ese tipo de lecturas edifican una larga y poderosa dependencia, en una convencional historia de las ideas. Y no porque ellas no tengan procedencias, sí porque viajan y se recepcionan de maneras insospechadas por parte de diversos autores. Gadamer mostró como reducir la interpretación a un flujo matematizado y lineal de circulación de las ideas era limitarlas de entrada y minimizar las capacidades de los lectores.²⁸⁴

Uno de esos lectores que se interesaron por la historia desde la arquitectura fue Carlos Arbeláez Camacho (1916-1969), quien tras graduarse como arquitecto en la Universidad Nacional de Colombia en 1943, y de ocupar cargos en entidades públicas y privadas, publicó más de sesenta textos sobre la historia de la arquitectura e historia del urbanismo (en donde se incluye la ciudad) entre las aproximadamente doscientas quince publicaciones que tiene en su haber.²⁸⁵ Arbeláez fue director de la Oficina del Plan Regulador de Bogotá, desde donde se pretendía poner en marcha el Plan Piloto elaborado por Le Corbusier, y donde conoció de primera mano las ideas del urbanista suizo, de las cuales ya era seguidor, cuando menos desde 1946 cuando hizo parte del grupo colombiano del CIAM. Podría decirse que la curva de sus publicaciones creció a partir de fines de la década de 1950, cuando ya contaba con una nutrida experiencia en el campo de la historia. No en vano, como lo muestra Jaime Salcedo, luego de ocupar una cátedra dedicada a la introducción a la arquitectura en la Universidad Nacional, orientó entre 1955 y 1956 el curso de historia urbana en la Universidad de los Andes, y entre 1951 y 1959 las cátedras de historia urbana y urbanismo, así como la de historia de la arquitectura en la Universidad Javeriana.²⁸⁶ Su escenario intelectual estuvo compartido por nombres como los de Santiago Sebastián y Germán Téllez, con quienes publicó y lideró iniciativas para “salvar” el patrimonio arquitectónico del país.²⁸⁷

²⁸⁴ GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método*. *Op.cit.*

²⁸⁵ Ver: MENDOZA, Camilo. “Catálogo de la obra escrita de Carlos Arbeláez Camacho”. En: *Apuntes*. No. 16. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1980, pp. 25-42.

²⁸⁶ SALCEDO, Jaime. “Carlos Arbeláez Camacho”. En: *Apuntes*. No. 16. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1980, pp. 21-24.

²⁸⁷ Con Santiago Sebastián escribió el tomo 4 del volumen XX de la obra “Historia Extensa de Colombia” dedicada a la arquitectura colonial. Mientras que con Téllez, coordinaron una larga tarea de defensa de bienes inmuebles, como por ejemplo el Claustro de San Francisco en Tunja.

Entre tantos textos, existe uno que resulta ser una “síntesis” de la historia de la arquitectura en Colombia, según él mismo lo considera, y publicado en 1967 (dos años antes de su muerte).²⁸⁸ Allí, se vale del método denominado por Arbeláez como “crítica histórico-artística contemporánea”, y que en su trabajo corresponde a una aplicación de una metodología originaria en la historia del arte, consistente en la identificación de las condiciones históricas y cualidades artísticas (forma, estilo, técnica, influencias, etc.) de una creación humana considerada como una obra de arte. Más tarde este método ha sido utilizado por los estudios sobre patrimonio, lo cual es muy diciente, ya que precisamente Arbeláez promovió la fundación del primer Instituto de Investigaciones Estéticas en la Universidad Javeriana en 1963. Pero la propuesta metodológica contiene el elemento crítico con el cual pretende la construcción de juicios, que de forma similar a Giedion, le permitiera interpretaciones del presente a partir de una idea que resulta muy fuerte en el pensamiento de este autor, y es la destrucción de la riqueza existente desde el periodo colonial por parte de la república, y que se ha extendido a la primera mitad del siglo XX. Primero, se trata de una exaltación considerable de lo colonial, tanto por sus intereses como restaurador, como por las condiciones de publicación de muchos de sus textos aparecidos por el concurso de la Academia Colombiana de Historia. Segundo, el uso de la historia como una forma para justificar sus ideas sobre la arquitectura, la ciudad y el patrimonio, no en vano consideró que, la objetividad era un asunto de distancia temporal.²⁸⁹

Para Arbeláez, el periodo colonial, en particular el de Bogotá y algunas zonas del altiplano cundiboyacense, donde se concentró su trabajo investigativo, es considerado

²⁸⁸ ARBELÁEZ, Carlos. “Ensayo histórico sobre la arquitectura Colombiana”. En: *Apuntes*. No. 1. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas (Carlos Arbeláez Camacho), 1967, pp. 1-63. Por “síntesis” entiende Arbeláez, según sus mismas palabras, “una visión panorámica”. Este artículo tiene la ventaja de deshacerse de mucha de la erudición presentada en otros textos, pues pareciera tener el propósito de un gran balance luego de cerca de una década de publicar sobre el tema. Este número de la revista contiene dos artículos suyos, el antes referido y el otro sobre las características arquitectónicas del templo parroquial de Tenjo.

²⁸⁹ Al parecer, Carlos Arbeláez procuraba poner en marcha la defensa de las siguientes palabras de Le Corbusier: “La ciudad de Bogotá, fundada por Jiménez de Quesada en 1538, se había mantenido como una bella ciudad, construida sobre el trazado español y desarrollada de manera armoniosa alrededor de su centro (...) en estos últimos años, el cambio que se ha dado en todas las ciudades del mundo ha destruido la armonía que existía en Bogotá. La ciudad se ha desarrollado, de lejos, sin orden ni razón y ha tomado una extensión anormal.” Ver: Web del proyecto “Le Corbusier en Bogotá”, <http://arqdis002.uniandes.edu.co/lecorbusierenbogota/template.php?pg=includes/elproyecto>

como “muy superior” a cualquier otro. Para este arquitecto, el proyecto urbanizador español se asemeja a una epopeya que no se igualaba a ninguna otra experiencia en el mundo occidental. Por tanto, se constituía en un ideal a alcanzar en un presente caracterizado por lo “horrendo”. Esto implicó la identificación del “origen” con lo español y ello a su vez con lo europeo, negando de entrada alguna injerencia indígena (ante sus precarias condiciones constructivas) o localista, pues cuando esto último ocurrió en albores del siglo XIX, todo fue caos y destrucción, según su perspectiva. Este fue sin duda, un pesado legado sobre la disciplina histórica y en particular, sobre la futura “historia urbana”, ya que para Arbeláez lo urbano es una extensión de las edificaciones, así, el urbanismo está en función de la arquitectura. Aunque desde luego no es responsabilidad exclusiva de Arbeláez, como nos lo deja saber Fabio Zambrano, cuando sostiene que el tema indígena fue entendido por la historiografía como un asunto de antropólogos, “difícilmente se encuentra historias donde la aldea muisca o prehispánica sea importante para la comprensión de la ciudad posterior”²⁹⁰.

Arbeláez por su parte consideró que la Independencia fracturó –pues cada transición es entendida como una ruptura mediada por la crisis y el caos- el espíritu de una época como la colonial, en plena aplicación de la tradición alemana de la historia del arte antes referida. Fue entonces cuando la arquitectura, a su parecer, cayó en el olvido y la “degeneración tecnológica y arquitectónica” se hizo visible, cuando menos hasta que Thomas Reed aceptó a mediados de ese siglo construir el Capitolio Nacional. Semejante interpretación no resulta muy diferente de otras lecturas que comenzaron a hacerse desde la década de 1960, principalmente por arquitectos que se ubicaron en torno a la figura argentina de Jorge Hardoy. Para Germán Mejía, esa situación obedecía a que la historiografía urbana de ese momento y durante algunas décadas más, estaba concentrada en las condiciones para exportar de cada país, los procesos de industrialización y lo rural, convirtiéndose en una constante el hecho de despreciar, por ejemplo, la primera mitad del siglo XIX.²⁹¹

²⁹⁰ Entrevista a Fabio Zambrano. Bogotá: 08 de agosto de 2012.

²⁹¹ Entrevista a Germán Mejía. Bogotá: 24 de agosto de 2012.

Pero la posición de Arbeláez podía ser todavía más radical. Ya que nota cómo a pesar de ciertas experiencias arquitectónicas lideradas por extranjeros durante la segunda mitad del siglo XIX y parte del XX, lo sucedido fue un “carnaval arquitectónico”, en el cual una diversidad de influencias europeas sustituyó la austeridad colonial por el confort, en donde reina el eclecticismo. Pero aún más grave para Arbeláez fue el inicio de las demoliciones, a las cuales consideró como “acciones criminales” contra el patrimonio arquitectónico colonial. Es como se ha indicado antes, una posición patrimonialista con la cual se pretende la salvaguarda de bienes inmuebles asociados a obras de arte. No en vano, fue un promotor y defensor de las declaraciones de “monumentos nacionales”, tanto de edificaciones como de conjuntos urbanos, hasta el punto de actuar como secretario del Consejo de Monumentos nacionales desde 1963 por designación de la Sociedad Colombiana de Arquitectos.²⁹² Además de radicar el trabajo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Javeriana en este tipo de ejercicios de “rescate” y conservación del patrimonio, lo cual no solo se nota en su revista “Apuntes”, publicada desde 1967, sino en la propia especialización del instituto en la defensa de los bienes inmuebles del país.

Tal y como Giedion lo supusiera, Arbeláez consideró la historia de la arquitectura, y su extensión a la historia de la ciudad, como independiente de cualquier otro factor. Y cuando intenta construir causas, en donde según parece radica la condición crítica de su método, presenta anotaciones como por ejemplo indicar que el origen del “caos y desorden absoluto”, especialmente de Bogotá, correspondía a la forma cómo golpeó a la ciudad la crisis de 1929. Llega hasta el punto de suponer que esa motivación fue la razón para la destrucción del centro histórico. Así, una urbe, en la óptica de este autor, depende de qué tan bien o qué tan mal se levanten edificaciones, asunto que no podía omitirse ante un “afán modernista”. Su idea de moderno se radicaba en la gestación de experiencias distantes en términos espaciales, de la “riqueza” colonial. Obras como la de Vicente Nasi, desarrolladas lejos del centro le resultaban un excelso ejemplo. Sumado a su fuerte tendencia a valorar tanto arquitectos extranjeros, como nacionales formados especialmente en Europa. En Arbeláez parece notarse una condición de muchos intelectuales colombianos, que ante ciertos “ídolos” busca congraciarse, no en vano fue

²⁹² Ver: SALCEDO, Jaime. “Carlos Arbeláez Camacho”. *Op.cit.*, p. 23.

gestor de la filial nacional del CIAM, pero en el fondo se trató de una interpretación y adaptación, como el mismo lo indicó, de “los postulados de la arquitectura moderna (...) a las necesidades del momento histórico en el cual vivimos”.

Uno de los discípulos más proclives de Arbeláez, y de hecho su continuador en el Instituto de Investigaciones Estéticas, fue Jaime Salcedo Salcedo (1946-). Este último escribió un artículo²⁹³, entre otros, también publicado en la revista “Apuntes”, en donde indaga sobre el futuro de la enseñanza de la historia de la arquitectura, en medio de un escenario caótico y decadente. Como en Burckhardt, y en contravía de Giedion, sobre el presente recae un cierto pesimismo, solamente resuelto por “futuro posible”, en lo cual coincide ampliamente con el Movimiento Moderno, más cuando ese futuro se plantea en términos de “habitación”. Con semejante panorama, Salcedo consideró que no era suficiente con una amplia formación humanística, sino, y esto era reiterativo en Giedion, en una comprensión de la época en que se vive, para lo cual se hacía necesario “la comprensión y ubicación históricas”. Aunque dicho artículo gira en torno a la discusión sobre las características del arquitecto que se requería para la década de 1970, ante la falta de un acuerdo en ello. Igualmente, sostiene que la Universidad Javeriana contaba con un “enfoque actual, que sigue la tradición iniciada por Walter Gropius en Bauhaus”, en donde “se tiende a realizar el ideal de diseño integral como base tanto de la formación como el ejercicio profesional del arquitecto”, pero con contradicciones entre teoría y práctica.

Entre las soluciones propuestas por Salcedo, que pasan por reformas del orden pedagógico y de administración educativa, la principal se ubicaba en el estudio de la historia de la arquitectura como complemento del taller. Pues así como el trabajo en este último, gesta el futuro, la historia (con mayúscula) es “ubicadora del presente por el análisis del pasado”. La idea de la historia como complemento del diseño, corresponde según este autor a las características de este estudio, fijadas en teorías y obras de maestros, así como de formas y espacio denominados como no-arquitectura, ante su condición popular. Ya se pueden notar las influencias de Giedion y Arbeláez, por

²⁹³ SALCEDO, Jaime. “La enseñanza de la historia de la arquitectura”. En: *Apuntes*. No. 6. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1971, pp. 1-34.

ejemplo. El propósito de semejante enseñanza era que el estudiante construyera su propia filosofía de la historia o “macrohistoria” como la denomina Bruno Zevi, para darle sentido precisamente al pasado. A su lado sostiene debe estar la “microhistoria”, entendida como los detalles que sirven para encadenar grandes recorridos temporales.

Estas rutas utilitarias de la historia fueron acentuadas al sostener que la “historia, microhistoria y macrohistoria darán al arquitecto las bases para una ética profesional”, con la cual superar las copias que se hacen de catálogos del pasado e “incitar al estudiante y al arquitecto a la creación hacia el futuro”. Como lo supusiera Tournikiotis, la marca de las lecturas de los historiadores del Movimiento Moderno fue significativa, y en este caso se nota, entre otras cosas, por la queja reiterada de la falta de espacio para la enseñanza de la historia contemporánea de la arquitectura. Esto además, sirve para soportar la idea de las condiciones caóticas del presente, producto de la desconexión con él, y las dificultades para por fin ingresar de lleno en el mundo moderno. De este modo, las incompetencias colombianas para modernizarse no solo se hallaban en el pasado, sino en cómo se estudiaba ese pasado, de las dificultades para aproximarse lo suficiente a autores que habían sido inspiración, como Le Corbusier y que manifestaban el desinterés del país por el futuro.

La solución utilizada, además de correcciones en los planes de estudio, radicaba según Salcedo en la utilización de un método de estudio de carácter “retrospectivo”, al mismo tiempo que de corte “macrohistórico”. Se trata de una visión panorámica que parte de un punto donde la perspectiva de la mirada se abre al pasado, para luego contraerse y valiéndose de lo obtenido allí, nuevamente dar apertura a la perspectiva, ahora, hacia el futuro. Finalmente, Salcedo reitera que todo este interés por la historia debía estar guiado por dos principios rectores, uno dado por Giedion y radicado en el vínculo que debe tener la historia con su tiempo para poder valorar su pasado; y el otro, de Zevi, en donde era indispensable que el arquitecto se preparara en la historia, para poder tener “conciencia del mundo en el que incide”.²⁹⁴

²⁹⁴ Las indicaciones de Giedion corresponden a la obra ya citada de “Espacio, tiempo y arquitectura”, mientras que la de Zevi es: ZEVI, Bruno. *Arquitectura e historiografía*. Buenos Aires: Editorial Víctor Lerú, 1958.

En el marco de estas ideas, donde la historia es un artificio para poder vivir en el presente y controlar el futuro, y donde la ciudad se resume a un conjunto de edificaciones, es posible interrogarse por los cambios que pudieron haber sufrido con el pasar de los años. En 1994 se publicó un estudio del mismo Salcedo²⁹⁵, elaborado a fines de la década de 1990 en el marco de un concurso internacional, en el que estudiaba el urbanismo hispano-americano desde su origen hasta el siglo XVIII, buscando las relaciones estructurales del sistema urbano colonial español. La razón fundamental para que el autor concentre su interés en el tema y el periodo, es su argumento respecto al cual existe un equívoco en la idea de que las Ordenanzas de Poblaciones de 1573 fueran un modelo de ciudad ideal colonial, que se construyó sobre las experiencias americanas y la suma de algunos elementos de la obra del arquitecto romano, Vitrubio. Por eso, Salcedo considera necesario ir a la génesis de la ciudad indiana para encontrar los posibles nexos entre las trazas de las urbes fundadas con antelación a 1573, y de estas con las indicadas en las Ordenanzas de Poblaciones y las prácticas urbanísticas posteriores –hasta fines del siglo XVIII.

Semejante equívoco radica, según Salcedo, en las discontinuidades que se utilizan para el análisis de los asuntos urbanos en la Colonia y que se hacen latentes en un conjunto de tipologías que clasifican las ciudades en donde el común denominador son las omisiones. En cambio, lo que puede notarse es que no existen diferencias sustanciales entre las ciudades en Hispanoamérica, ya que responden a la misma estructura en el marco de un sistema urbano, que permitió, entre otros asuntos, la realización de las políticas imperiales. Para el autor, deben buscarse los orígenes de esta urbe en la Edad Media, y evitar reducciones que radican las condiciones del urbanismo de esta parte del mundo en influencias como el Renacimiento o la llana firma de un documento como las Ordenanzas de 1573, tardío en ambos casos en comparación con el inicio de la utilización del damero. En últimas, el objetivo de la obra es constatar la existencia de un sistema urbano hispanoamericano que se pueda considerar como novedoso dada la concurrencia de influencias y la creatividad para hacer realidad la Nueva Jerusalén en América.

²⁹⁵ SALCEDO, Jaime. *Urbanismo Hispano-Americano. Op.cit.*

En esa ruta, el argumento inicial sobre el equívoco se ve fortalecido con la tesis que ronda todo el trabajo y es que “la belleza de la traza en damero de la ciudad indiana, su permanencia y evolución, tienen en el modelo de inspiración divina su fuente”, y en el profeta Ezequiel su teórico más importante –existiendo de esta manera modelo urbano y modelo teórico. Hasta el punto de que, la ciudad hispanoamericana tiene como mejor síntesis la Nueva Jerusalén descrita por Juan luego de su visión apocalíptica. Así las cosas, la mejor re-lectura medieval, que como se indicó es para el autor el origen del mencionado urbanismo, es la de Francesc Eiximeniç, quien consideró (siguiendo los postulados del profeta Ezequiel) al cuadrado como la figura que mejor representa la perfección divina. Existiendo, por tanto, una continuidad desde las ideas medievales y la utilización del damero todavía en el siglo XVIII. Eso le permite sostener a Salcedo que a diferencia de la ciudad europea hecha “a golpe de arquitectura”, la indiana fue antes que cualquier otra cosa, una idea, un proyecto, y tras el paso del tiempo se concretó en lo físico. La obra no sostiene en ningún momento que semejantes persistencias signifiquen la ausencia de transformaciones, en cambio, muestra cómo a pesar de las afectaciones del espacio urbano el núcleo logra conservarse.

A pesar de los esfuerzos, de la madurez que alcanza su obra luego de la experiencia en la dirección del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Javeriana, sus ideas iniciales respecto a la historia y a la ciudad no cambian sustancialmente. Diríamos que el legado de Carlos Arbeláez se mantenía en buena parte intacto, cuando menos en lo que respecta al interés por el mundo colonial, sus indicaciones sobre su incompreensión que se reiteran en Salcedo y sus vínculos –en forma de herencia- con Europa. También, la ligazón que se mantiene respecto a la historia del arte, ya sugerida, en donde la idea de belleza está vinculada a la forma, el volumen y hasta su funcionalidad, entre otras cosas. A lo cual se suma, en esta búsqueda de génesis el nacimiento de una continuidad que gobierna la historia, y la necesidad de explicaciones estructurales para poder dar cuenta de toda ella. En cuanto a la ciudad, la comprensión como una extensión de lo arquitectónico no se marchita, sino que se sofisticada al pasar de los edificios a la morfología urbana. Aunque el plano se hace más grande, las urbes siguen adoleciendo de gente y se limitan a trazas, legislación y distribución del espacio urbano. En donde el movimiento es prácticamente inexistente. Así, tenemos una ciudad vacía, inmóvil, pero que interesa para su conservación y designación como patrimonio colectivo.

Pero paralela a esta forma de ver la historia, la arquitectura y la ciudad, existe otra, que asociamos antes a un bloque más o menos congregado en torno a Carlos Martínez Jiménez (1904-1991). Quien con motivo de la conmemoración de la fundación de Bogotá, buscará presentar una “síntesis” de gran parte de sus ideas construidas sobre la ciudad durante cerca de cincuenta años.²⁹⁶ De manera similar a Arbeláez, Martínez pronto estuvo en lo más alto del reconocimiento por su gremio y otros públicos. Asimismo, participó en las creaciones del programa de arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, la Sociedad de Arquitectos de Colombia, además de su también activa participación por buscar hacer realidad las ideas de Le Corbusier. Desde 1946 fundó la revista PROA, desde donde se discutirían los temas más actuales de la arquitectura y el urbanismo. Sin embargo, todavía no existe un trabajo no solo de compilación de su obra, sino una aproximación al conjunto de su pensamiento que atraviesa prácticamente todo el siglo XX. Coincide igualmente con Arbeláez en el interés por el periodo colonial, aunque se distancia, y aquí estaría una de las principales diferencias, en sus puntos de observación, pues mientras Arbeláez se concentra en la arquitectura, Martínez lo hará en el urbanismo.²⁹⁷ Con ello no se quiere decir que este último haya desechado lo arquitectural, sino que el interés por las edificaciones es secundario en comparación con la morfología urbana y sus respectivas transformaciones entre los siglos XVI y XVIII.

De forma más o menos paralela en el tiempo, Martínez y Arbeláez inician su producción sobre la historia de la ciudad colonial, pero a diferencia del primero, el segundo cuenta con una mayor intensidad en la edición de sus textos, que para terminar los años 1960 ya se aproximaban a los 60. Mientras que de Martínez no habían visto la luz sino dos, uno de los cuales era un asunto particular del urbanismo, más que de historia.²⁹⁸ Sin

²⁹⁶ MARTÍNEZ, Carlos. *Santafé. Capital de Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Editorial Presencia, 1988.

²⁹⁷ Esto puede notarse en algunas referencias del conjunto de su obra: MARTÍNEZ, Carlos. *Apuntes sobre el Urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1957. MARTÍNEZ, Carlos. *Reseña Urbanística de la Fundación de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Litografía Colombia, 1973. MARTÍNEZ, Carlos. *Santa Fe de Bogotá*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, s.f. MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá. Sinopsis sobre su Evolución Urbana*. Bogotá: Escala, s.f. MARTÍNEZ, Carlos. *Apostillas y Reseñas Bogotá*. Bogotá: Ediciones PROA, 1983. MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá. Reseñada por Cronistas y Viajeros Ilustres*. Bogotá: Escala, s.f.

²⁹⁸ Germán Mejía sostiene que Carlos Martínez copió párrafos enteros de Carlos Arbeláez, sin tomarse la molestia de citarlo. Ver: Entrevista a Germán Mejía. Bogotá: 24 de agosto de 2012. Para ahondar en autores y obras ver: SALDARRIAGA, Alberto. *Bibliografía de Arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de

embargo, la proximidad de éste último con la Universidad Nacional de Colombia le permitió contar con asiduos seguidores y discípulos. Uno de ellos fue Alberto Saldarriaga Roa, quien no solo ha recogido el interés por el urbanismo, sino también por la historia. No es casual que haya sido, entre otros, el artífice de uno de los primeros escenarios académicos posgraduales (1989) dedicados a la historia y teoría del arte y la arquitectura, con una veta muy fuerte con respecto a la historia de las ciudades. Tampoco, que reconozca que la historia de la arquitectura ya no se enmarca al empezar el siglo XXI en la historia del arte, sino ahora en la historia social, económica y política;²⁹⁹ diríamos que es una opinión que venía cocinándose desde la década de 1990.

Semejante consideración de Saldarriaga merece una observación, más cuando se trata de los pocos que han reflexionado sobre la historia de ciudades en sí misma, interrogándose tanto por el objeto, como por su escritura. Con Saldarriaga no se rompen las preocupaciones por lo moderno que ha estado presente desde cuando menos los años 1930, aunque se permite aproximaciones a siglos como el XIX, sin que ello haya resuelto lo escaso de los trabajos para dicha centuria. Aunque se presente por parte de este autor un desprendimiento de la historia de la arquitectura (y también de la historia de ciudades) de la historia del arte. Eso resulta parcial, ya que al considerar que el objeto – la arquitectura- se fragmenta en campos de estudio (ciudades y espacios urbanos, edificaciones, autores, materiales y técnicas), sigue sugiriendo su estudio desde temporalidades, ideas, estilos y tipologías, es decir, que problemas abordados por la historia social, económica y política difícilmente entrarían en un análisis así propuesto. En parte, seguiría siendo una historia del arte. Sumado al hecho de que Saldarriaga entiende por ciudad, en pleno seguimiento a las ideas de Giedion, “un enorme albergue que ofrece a sus habitantes la posibilidad de minimizar el impacto de los agentes naturales en la vida humana y de alojar, en condiciones favorables, la existencia de sus

Colombia, Facultad de Artes, 1985. También está disponible de forma virtual en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

²⁹⁹ SALDARRIAGA, Alberto. “La arquitectura colombiana del siglo XIX como problema historiográfico”. En: SALDARRIAGA, Alberto. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 2: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, p. 12. Muchas de las reflexiones presentadas aquí también aparecen en: SALDARRIAGA, Alberto. *Pensar la arquitectura. Un mapa conceptual*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2010.

habitantes”³⁰⁰. Y es la arquitectura, según sus ideas, la que puede ofrecer esas condiciones de protección, de hecho la historia de las ciudades es más o menos la historia de cómo se ha dado amparo.

Buscando salvarse de una crítica más o menos común en la que la historia de la arquitectura, que suele hacer énfasis en los edificios y desestimar otros asuntos, Saldarriaga en un texto significativamente decantado tras la experiencia de muchos años, se propone demostrar su indicación del alejamiento de la historia de la arquitectura en cuanto a la historia del arte. En primera instancia, sugiere a sus lectores el cuidado necesario para con esas críticas, especialmente porque están marcadas por ideologías o desconocimiento, respecto a estudios que se han valido de interpretaciones diferentes, por ejemplo desde la lingüística y la semiótica, en donde las representaciones pesan más que los edificios. Para soportar un poco lo dicho, Saldarriaga muestra cómo algunos de los principales problemas para la historia de la arquitectura son similares a los de la historiografía reciente. Uno de esos casos de la delimitación del problema, para lo cual señala que la modernidad abrió otros escenarios de estudio un tanto diferentes de los catálogos de autores y obras, como por ejemplo, la planeación urbana. Aunque reconoce el privilegio dado a la obra firmada. Otros de los problemas, es cómo pensar la historia, afiliándose entonces a la idea de que se trata de una “representación” bastante imperfecta y que asocia a los intereses de la arquitectura por la imagen y el sentido. Uno más, corresponde a la finalidad de la historia misma en cuanto explicar o comprender, a lo cual el autor prefiere la segunda, al creer que esa es la tarea de la arquitectura respecto a las fuentes.

A punto seguido, se pregunta precisamente por cuáles son las fuentes de la historia de la arquitectura, partiendo de la idea de que ésta solamente existe en los documentos, los que no son otra cosa que fragmentos de una “megahistoria” en constante re-escritura. Las fuentes primarias son, según el mismo Saldarriaga, los espacios urbanos, los planos y las fotografías, principalmente. Sobre ellas recae entonces el acto interpretativo que se observa finalmente en la escritura, en donde se presentan lo que considera como

³⁰⁰ SALDARRIAGA, Alberto. *La arquitectura como experiencia. Espacio, cuerpo y sensibilidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Villegas Editores, 2002, pp. 76 y ss.

convencionalismos en la escritura occidental de la historia de la arquitectura, basados en el ámbito espacial, el ámbito temporal y la selección de obras y autores. En un marco cronológico que debe ir mostrando cambios y permanencias en la arquitectura y la ciudad, como resultado de procesos socio-políticos comprendidos a la luz de “contextos interpretativos” dependiente de la idea de arquitectura que quien hace historia tenga. Además, porque es el “contexto” lo que permite deshacerse un poco de la mirada panorámica. En este sentido, la propuesta de Tournikiotis de que la historia de la arquitectura es una forma para edificar y justificar una idea de arquitectura, puede resultar acertada. En otras palabras, la historia sirve, más que para dar cuenta del pasado, para teorizar. Valiéndose para ello de una intriga en la que un héroe –el autor de una obra- logra sobreponer su trabajo a las dificultades de un mundo que se expone caótico, pero que puede cambiarse al proyectar el futuro. O, en palabras del mismo Saldarriaga:

“La historia y la teoría son construcciones conceptuales que rodean el núcleo básico del pensamiento sobre la arquitectura. La historia y el conocimiento del pasado se presentan como inquietudes a lo ya sucedido, y se plantean con miras a un entendimiento de continuidades, transformaciones en las ciudades y edificaciones; y como motivos de los cambios.”³⁰¹

Con semejantes reiteraciones, esta forma de concebir la historia de la arquitectura y por extensión la de las ciudades, no han dejado de ser estas historias “operativas”, a la manera como Tournikiotis lo ha comprendido. Ya que siguen funcionando, desde luego con nuevas herramientas y articulaciones teóricas, como un manifiesto en defensa del Movimiento Moderno, de ese por el que tanto vociferaban los estudiantes de arquitectura a la llegada de Le Corbusier. Y que, en palabras de Saldarriaga, “había edificios, pero no había ciudad para esos edificios”³⁰², por eso era necesario construirla, así fuera con la historia y en particular, con su escritura.

³⁰¹ SALDARRIAGA, Alberto. *Pensar la arquitectura. Op.cit.*, p. 17

³⁰² Ver: SALDARRIAGA, Alberto. “Arquitectura colombiana en el siglo XX: edificaciones en busca de ciudad”. En: *Revista Credencial Historia*. No. 114. Bogotá: junio 1999.

Capítulo 6. Herraduras y supermercados

§ 32. Monografías, muchas monografías

Paralelo al interés de algunos arquitectos por el pasado de las ciudades, enfocado en el periodo colonial y en particular en Bogotá, durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, se produjeron otros ejercicios, parcialmente preocupados por las historias de las ciudades, esta vez desde una cierta mirada de los geógrafos. Desde los inicios de la década de 1970 y hasta los inicios de la siguiente, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE-, produjo un aproximado de 100 monografías de diferentes municipios de Colombia,³⁰³ equivalente en su momento a casi el 10% de un total de 915³⁰⁴. En su conjunto, como se devela en las aclaraciones de sus introducciones y bibliografía y su estructura misma, fueron seguidoras de muchas de las ideas propuestas por el Centro de Investigaciones para el Desarrollo de la Universidad Nacional de Colombia, y en particular de la obra de Ernesto Guhl y Miguel Fornaguera denominada “Colombia ordenación del territorio en base del epicentrismo regional”³⁰⁵. Según las palabras de uno de los auxiliares de los autores:

“El estudio consistió en la clasificación multiescalar de los epicentros del país, iniciando en el nivel macro con los cuatro centros metropolitanos de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla, a la cuales se le agregaron, después, los centros regionales de Pereira, Manizales y Bucaramanga. En seguida, se buscaron los centros comarcales

³⁰³ Se ha optado por este número aproximado, pues aunque podríamos decir que nuestras pesquisas arrojan el número de 96, es probable que algunos de estos trabajos se hayan perdido. Gran parte de este material reposa en la Biblioteca Luis Ángel Arango, tanto en Bogotá, como en las seccionales que tiene el Banco de la República de Colombia en distintas ciudades.

³⁰⁴ Ver: DANE. *División político administrativa de Colombia (Divipola)*. Bogotá: DANE, 2007. Para 1970 existían 22 departamentos, 915 municipios y 3.789 centros poblados. De igual forma, se entendía desde el Censo de Población de 1951 que una cabecera municipal era donde se ubicaba la sede de la Alcaldía, mientras que un centro poblado (llámese inspecciones de policía, caseríos o corregimientos) debía superar los 1.500 habitantes, de lo contrario se entendía como rural. Para el Censo de 1973 el 63.6% de la población se consideraba urbana, mientras que el 36.4% era rural.

³⁰⁵ GUHL, Ernesto y FORNAGUERA, Miguel. *Colombia ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), Universidad Nacional de Colombia, 1969.

*pertenecientes a cada uno de los centros metropolitanos. El epicentrismo urbano fue medido en especial utilizando indicadores de servicios prestados, como: mercado, transportes, centros hospitalarios, educativos, religiosos y administrativos.*³⁰⁶

La interpretación de la obra de los geógrafos apuntaba a encontrar los soportes del desarrollo a partir de la identificación de las formas de organización del territorio en el tiempo, desde las cuales proponer procesos de regionalización con la intención de fortalecer las políticas de desarrollo y mejorar las condiciones de la administración pública. Cuando menos, esa fue la interpretación hecha por el personal del DANE. El trabajo de Guhl y Fornaguera, sugería entre sus conclusiones el desarrollo desigual de las regiones, asunto que se manifestaba en dinámicas demográficas, traducidas tanto en cambios internos como en áreas de influencia de las ciudades, que justificaban las condiciones en las jerarquías urbanas. En este sentido, uno de los principales objetivos de la entidad gubernamental –DANE- con la realización de monografías era identificar los puntos clave de los municipios y las regiones a partir de los cuales potenciar el desarrollo “con el mínimo posible de costo social”. Esto, lo que también nos dice, es que el desarrollo se constituyó en un punto donde la mirada convergía, a costa de lo periférico – de otros factores, variables, etc.-, y estableció marcos de relevancia sobre los cuales se edificó la “verdad”. De allí también, que se le haya considerado en términos escriturales como “monografía”.

La idea, entonces, de que las tendencias migratorias asociadas a la configuración urbana, eran los soportes del desarrollo, implicaba concentrar los esfuerzos investigativos en la población y sus movimientos, los espacios y la ordenación del territorio.³⁰⁷ Esto fue desarrollado en las monografías atendiendo el origen del municipio, a partir de lo cual se identificaba la división política hasta la constitución de centros poblados, desde luego, en ello resultaba fundamental asuntos como la localización, el área y los límites. Ya que a partir de esos datos se hacía una ubicación por comarca, departamento y región, esta última asociada a los centros metropolitanos y regionales ya indicados. Además, se realizaba una relación de las características climatológicas y otras

³⁰⁶ DOMINGUEZ, Camilo. “Ernesto Guhl Nimitz: semblanza de un gran geógrafo humanista.” En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. No. 81. Vol. XLVI. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 2011, p. 19.

³⁰⁷ Ver: FAJARDO, Darío. “Ordenamientos del territorio y reforma agraria en el pensamiento de Ernesto Guhl.” En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. No. 81. Vol. XLVI. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 2011, pp. 41-42.

propias de la geografía física –como las condiciones geológicas, fisiografía y geomorfología, junto con suelos, hidrografía y flora. Desde las ideas de Guhl y Fornaguera, el centro de atención estaba en los fenómenos demográficos, para lo cual los funcionarios del DANE, en asocio con los integrantes de las administraciones departamentales y locales, siguieron detenidamente los datos producidos en los censos de 1951 y 1964, para sugerir un vínculo con temas como los índices de educación, salubridad, finanzas municipales, movimientos en la propiedad raíz, transporte y vías de comunicación. Decimos “sugerir”, porque de hecho estas monografías más que análisis, contenían datos que sugerían formas explicativas a partir de su organización. No es casual, que seguido a lo indicado, se mostrarán las “riquezas” del municipio y la región (bien sea agropecuario, industriales o comerciales) y algunas de sus manifestaciones de eso en las densidades urbanas, la construcción de equipamientos e infraestructura. Todo con el propósito de hallar las maneras explícitas/implícitas en el territorio para el desarrollo regional.³⁰⁸

Sin embargo, uno de los elementos más interesantes de la propuesta de Guhl y Fornaguera, correspondiente a la incorporación de la perspectiva cultural y que implicaba un trabajo horizontal sobre las zonas de estudio, poco o nada se introdujo en las monografías realizadas por el DANE. La observación de los investigadores oficiales se caracterizó por su cierta visión panorámica de las zonas estudiadas. Resultan comprensibles las ópticas de este tipo cuando los recursos humanos, técnicos y económicos no son los mejores, empero, cuando Guhl, es especial, hacía énfasis en lo cultural, significaba otra forma de observar, una que seguramente implicaba caminar un poco más las áreas estudiadas, tal y como efecto él lo hizo. Y en este sentido la idea de historia de las ciudades expresadas de forma implícita en los textos monográficos se concentraba en la fundación o la erección de la población como municipio, pero sin correlación con procesos anteriores o modificaciones de la percepción del espacio en el tiempo, por apenas indicar algunas rutas. Así, aspectos como las formas dadas por comunidades indígenas al territorio pasaron inadvertidas, y no por simple indigenismo (que por cierto estaba en boga en esa década), sino porque la idea era una comprensión

³⁰⁸ Ver también: GUHL, Ernesto. Et al. *Temas colombianos. Aspectos y problemas de una política de desarrollo*. Bogotá: CID, Universidad Nacional de Colombia, 1973.

de “larga duración”, lo que se terminaba teniendo eran fechas que aparentaban continuidad, cuando eran ampliamente dis-continúas –pero no en la forma pensada por Foucault.

Lo anterior también estaba asociado a las fuentes utilizadas para la “extracción” de la información, ya que principalmente provenían de los propios archivos del DANE y los producidos por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), como por ejemplo el “Diccionario Geográfico de Colombia”. A diferencia de los primeros años de la década de 1970, las monografías que fueron hechas o re-elaboradas diez años después, ya mostraban una variedad mayor de fuentes, especialmente textos producidos en la primera mitad del siglo XX en un fenómeno que ya observamos³⁰⁹ y que de alguna manera les permitía tener textos que se alejaban, al menos un poco, de la mera concatenación de datos. Pensar la procedencia de las fuentes sugiere también las características de lo aprendido y enseñado por sus habitantes sobre el pasado de las ciudades. Todavía, cuando se recurre a las páginas web de las alcaldías, una de las primeras entradas para foráneos y estudiantes locales, se nota que muchos de los datos ofrecidos provienen de este tipo de monografías o de los textos elaborados durante los primeros 50 años de la centuria pasada. Al parecer la idea de Guhl y su introducción de su perspectiva cultural, no caló ni en los funcionarios del DANE, ni tampoco en autoridades locales y nacionales, y mucho menos en intelectuales.

Y este último grupo resulta de bastante interés, especialmente porque una de las ideas que se entrevé del trabajo de Guhl y Fornaguera, y, en parte también, del DANE, era eliminar la división existente entre aldea y ciudad, propia del siglo XIX. “Causa sorpresa – dice Fabio Zambrano respecto a este problema- que todavía [2003] los historiadores estén definiendo a Bogotá como una “aldea grande” en 1900 por el simple hecho de carecer de una economía industrial”.³¹⁰ Una de las probables razones para ello puede estar en lo que Germán Mejía sostiene:

³⁰⁹ Ver: Cuadro segundo.

³¹⁰ ZAMBRANO, Fabio. “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia.” En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, p. 35.

“(…) en Colombia en 1930, un poco menos del 70% no era urbano, por consecuencia el país era rural. Lo cual es una frase absurda por la siguiente razón: y es que el umbral eran 20.000 habitantes, pues solamente poblados de dicha cifra para arriba se consideraban como urbano, mientras que dentro del 70% se incluían poblaciones de 5.000 o 8.000 habitantes en las cabeceras municipales. Las Ciencias Sociales convirtieron ese 70% en campesinos y ese es el absurdo sobre el que hemos estado montados durante todo el siglo XX.”³¹¹

Mientras la arquitectura estaba refiriéndose a la ciudad como una “aglomeración”, la geografía buscaba desprenderse de los mantos dados por las nociones sugeridas de “aldea” y “rural” en la comprensión de lo “urbano”, al utilizar la de “centros poblados”. Y en parte, esa también había sido la opción considerada en los censos desde 1951. Empero, algunos de los esfuerzos de las entidades gubernamentales a principios de la década de 1980 podría haber afectado ese objetivo de desprenderse de comprensiones que tanto daño pudieron haberle hecho al desarrollo de algo parecido a lo que hoy se conoce como “historia urbana”, porque nuevamente volvieron a “privilegiar” las poblaciones de más de 20.000 habitantes al obligarlas a hacer planes de desarrollo urbano. Varias de las reconfiguraciones de las monografías y la elaboración de otras a principios de la década de 1980, pretendía dar cumplimiento precisamente al Decreto 1306 de 1980 (reglamentario de la Ley 61 de 1978), en donde se presentaba dicho deber. En cierto sentido puede resultar llamativo que se acuda a ese tipo de trabajos –las monografías- para pensar la planificación, pero en otro, no deja de causar cuestionamientos el hecho de que se restrinja esa posibilidad de acuerdo con un número determinado de habitantes. En este sentido, las palabras anteriores de Mejía ilustran un poco lo que pudo haber sucedido y que veremos con algo más de extensión en otro apartado.

Empero, las “monografías” realizadas por el DANE, no fueron las únicas en donde se presentó un interés por múltiples regiones del país. En 1942 el Ministerio de Educación Nacional, por intermedio de sus oficinas de “Extensión Cultural” y “Cultura Popular”, organizaron lo que se denominó la “Encuesta Folclórica Nacional”. Con ella, se pretendía conocer la “cultura material y espiritual del país”, a partir del acercamiento a la “sociedad colombiana aldeana” y en el marco de un proyecto ya iniciado en 1935 con el nombre de

³¹¹ Entrevista a Germán Mejía. Bogotá: 24 de agosto de 2012.

“Cultura Aldeana”³¹², en donde inicialmente se pretendía “irradiar” cultura teniendo como epicentro a Bogotá. Para intentar el cumplimiento del objetivo de la encuesta fue necesaria la colaboración de docentes, quienes a partir de un cuestionario terminaron por construir textos monográficos de diferentes puntos geográficos del país.³¹³ Fueron cerca de 300 trabajos recibidos de un total aproximado de mil encuestas enviadas,³¹⁴ entre los que se contaban municipios y otros tipos de zonas, como veredas, inspecciones de policía y barrios. Aquellos escritos fueron junto con los textos construidos por sacerdotes, políticos y militares retirados, las primeras experiencias de historias locales, aunque el producto de los maestros finalizó sin el análisis que se había propuesto hacerle y corroidos entre escritorios y estantes, que dieron en su pérdida parcial. Aun las dificultades para obtener la información que nutriera estas “monografías”, lograron mostrar condiciones geográficas (localización, clima, orografía, rutas), históricas (fundación, origen racial de la población y personajes), materiales (vivienda, arquitectura, infraestructura, equipamiento, muebles y objetos domésticos, vestido, alimentación), laborales (industrias, riqueza agrícola y ganadera), educación (alfabetismo, acceso a libros y otros medios de difusión cultural), creencias (brujería y adivinación, medicina popular), festividades y actividades artísticas (poesía, refranes, música, danza, narración y otros usos del lenguaje).³¹⁵

Como sostiene Silva, dichos trabajos resultaron siendo ejercicios investigativos, pues no fue solamente la transcripción de datos de un texto ya elaborado con antelación (de otras monografías o textos de cronistas coloniales), pues aun cuando ello existió, también se

³¹² SILVA, Renán. *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores, 2005, pp. 69 y ss. La idea inicial de ese proyecto de “Cultura Aldeana” era “producir Nación y comunidad” a partir de “una conexión inteligente entre las obligaciones del Estado y las exigencias del pueblo al gobierno”, como sostenía Alfonso López Pumarejo, y para ello la difusión de la radio y bibliotecas, era fundamental. Silva sostiene que entorno a esta iniciativa se establecieron dos grupos, los “amigos del folclor” (liberales y conservadores, e investigadores interesados por el folclor) y los funcionarios del “aparato cultural” (principalmente liberales e investigadores provenientes de las nacientes antropología y arqueología modernas del país). Ambos terminaban por confluir en el interés por el “alma nacional”.

³¹³ SILVA, Renán. *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2006, pp. 9-10. El proceso de elaboración de estas monografías resultantes del cuestionario inicial se llevó entre el segundo semestre de 1942 y el primero de 1943.

³¹⁴ *Ibid.*, pp. 29-30. Los municipios de los que se conserva documentación rodean los 180, de los entonces departamentos de Bolívar, Boyacá, Caldas, Cundinamarca, Nariño, Santander del Sur, Santander del Norte y Tolima; de las comisarías del Vichada, La Guajira, Caquetá; y las intendencias del Amazonas y Meta.

³¹⁵ *Ibid.*, Anexo 2 y el conjunto de la segunda parte, en donde Silva analiza a partir de las categorías de “habitar”, “trabajo” y “celebrar”, parte de la información consignada allí.

valieron los docentes de la observación, la consulta de archivos (parroquial, notarial y privados) y las entrevistas.³¹⁶ En este sentido, no se tratan de meras “fuentes”, son también formas de conocimiento desarrolladas de manera local, a partir de lecturas fragmentadas, indicaciones abstractas y un conjunto de experiencias sin igual. Por ejemplo, en un trabajo hecho por un maestro de Tumaco sostenía que “entendemos por historia la narración o relación cronológica de los acontecimientos que se relacionan con la vida pública y aun con la privada de las naciones y de los pueblos”³¹⁷. Ello no solo puede considerársele como una definición más o menos común en la época, también debería asociársele a la escritura misma de los textos, pues aunque se hacían enumeraciones de acontecimientos y personajes, también se les vinculaba, así sea de manera tangencial, a la constitución del territorio al que se estaba refiriendo el docente que presentaba la “monografía”. Nuestra historia de la lectura y de las ideas todavía es pobre y sigue dependiente de las buenas condiciones de los archivos locales, donde los casos exitosos son más bien escasos. Así las cosas, nuestras miradas a estos asuntos no distan mucho de la percepción de los intelectuales de los años 1920, 1930 y 1940.

Esto último puede tener varias aristas. Una de ellas es intentar acercarse a la idea de “aldea” que según dice Silva³¹⁸ fue ampliamente utilizada por los intelectuales liberales de aquellos decenios. El término “aldea” parte del supuesto de que la sociedad colombiana era rural y que a pesar de ciertas dificultades materiales, el único escenario urbano era Bogotá. Además, sugiere también Silva, que es probable que el uso de la indicada palabra haya sido una forma para llamar a los lugares de más de 500 habitantes que serían dotados de bibliotecas,³¹⁹ pues para ese momento las llamadas ciudades lo eran porque superaban los 20.000 pobladores. En una reconfiguración de la dicotomía civilización-barbarie los gobernantes e intelectuales liberales propusieron modernizar el país, entendiendo que si deseaban ser modernos debían ser urbanitas. En este sentido es el que también se podría entender un poco el marcado interés de los arquitectos por el tema de lo moderno. Además, la contradicción corroía el interior de estas ideas, pues mientras se promulgaban tales cosas, también se buscaba con el proyecto de “Cultura

³¹⁶ Ver en especial: *Ibíd.* Capítulo 3.

³¹⁷ *Ibíd.*, pp. 110-111.

³¹⁸ *Ibíd.*

³¹⁹ *Ibíd.*, p. 90.

Aldeana” primero, y el de la “Encuesta Folclórica Nacional” después, identificar el “alma nacional” que se según muchos, estaba radicada en el mundo rural. Mientras intelectuales y gobernantes suponían aproximarse a las potencias mundiales, seguían en el fondo siendo “cosecheros enriquecidos” que añoraban su procedencia campesina.³²⁰

Para Silva, al finalizar los años 1940 el proyecto cultural de procedencia liberal se fracturó y dio paso a “una orientación abiertamente conservadora y defensora del inmovilismo de las sociedades rurales”, inspirada en “políticas culturales del franquismo español”.³²¹ Aunque diríamos que ideas similares ya estaban presentes en el corazón mismo de las consideraciones de gobernantes e intelectuales liberales, como Luis López de Mesa, para quien la migración a la ciudad por parte de los campesinos era un completo error, pues a pesar del “atraso” de las denominadas zonas rurales, allí se vivía mucho mejor. O, la misma referencia de Silva a Miguel Fornaguera, el mismo que trabajara con Ernesto Guhl, como observamos arriba, y pilares de las ideas desarrolladas en las monografías elaboradas por el DANE. Fornaguera sostenía por ejemplo, que los medios masivos de comunicación producían “desfiguración de las esencias raciales y nacionales”, conduciendo a la decadencia. Y si a esto se sumaba la migración a las ciudades lo que terminábamos teniendo era una profunda “desnacionalización”. Era entonces necesario, sublimar el “alma campesina”, ya que la “gente humilde: campesino, arriero, vaquero o artesano, del pueblerino analfabeta, emanan y efluyen en perenne crecimiento y evolución silenciosa, la raza, la lengua, la patria. Es allí en donde hay que buscar el alma de la nación”.³²² Lo anterior nos va sugiriendo cómo se configura la marcada atención de la mirada de las Ciencias Sociales por lo rural y su desinterés respecto a formas de comunicación para grandes públicos, que ya consideraremos escuchando las voces de Fabio Zambrano y Germán Mejía.

Semejantes perspectivas parecen no cambiar en la segunda mitad del siglo XX, sino que se radicaron muchas de sus ideas en esta compleja contradicción, que parece llegar

³²⁰ Norbert Elias ha mostrado que esa contradicción era más o menos común en un tipo de aristocracia que para poder sobrevivir socialmente debía trasladarse a las ciudades o palacios. Así, muchas de sus expresiones con respecto a la arquitectura estaban vinculadas a la nostalgia con el mundo que dejaban. ELIAS, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1996.

³²¹ SILVA, Renán. *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*. *Op.cit.*, p. 17.

³²² *Ibíd.*, pp. 45-46.

hasta nuestros días, como en el caso mismo de Renán Silva, de quien nos hemos valido para los comentarios anteriores. Pues aunque intenta ser muy “objetivo” y pretende no juzgar a nadie a menos que existan las fuentes que soporten tales afirmaciones. Su propia comprensión de “aldea” que se observa a lo largo de sus trabajos “Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia” y “República Liberal, intelectuales y cultura popular”, puede sugerirnos algunas cosas. Un ejemplo puede ilustrar lo que se pretende decir:

“Iniciemos nuestra excursión recurriendo al testimonio de un maestro de escuela de la sección de Las Peñas, en el municipio de Corozal, departamento de Bolívar, quien nos recuerda que se trata de una sociedad campesina, es decir de una sociedad de gentes ligadas a la tierra, de la que dependen para garantizar su reproducción como grupo, aunque la ligazón particular con la tierra no sea el único rasgo que la distingue. En este caso se trata al parecer de una sociedad de pequeños agricultores y ganaderos –no hay en principio ninguna mención a terratenientes-, reunidos en torno a un pequeño centro urbano, en el que habitan de manera de una residencia establecida, o del que dependen para la realización de gestiones administrativas (sobre todo la alcaldía y la inspección de policía), para la satisfacción de necesidades espirituales (la parroquia), para el intercambio comercial (el mercado semanal o la ‘tienda’ y en algunos casos el matadero de reses).”³²³

Silva sostiene por ejemplo, que lo que se comprendía por “aldea” en los años 1930 o 1940 distaba de lo que debería entenderse por ella, pues próximo a la idea que se tiene de la “aldea” medieval, en donde los “campesinos” que las habitan, van por las mañanas a las labores del campo, y regresan en la tarde, las colombianas no eran así. En otras palabras, para Silva la “aldea” no era una naciente expresión de lo urbano, sino una manifestación más de las “sociedades campesinas”. Paradójicamente, Silva sugiere que por ejemplo en las encuestas los docentes solían realizar ciertos usos del lenguaje sobre el cuales deberíamos tener un cuidado especial, al mismo tiempo que omite la posibilidad de que la referencia “sociedad campesina” sea un sinónimo de humilde, pobre, etc. Y más bien prefiere concentrarse en indicar que esas expresiones son parte del cambio que se estaba produciendo. Las mismas palabras de Silva, siguiendo el trabajo del docente de Corozal, sugieren los tres elementos que Joel Kotkin³²⁴ ha supuesto para la comprensión de una ciudad: espacio sagrado –la parroquia-, una seguridad básica –la

³²³ *Ibíd.*, p. 128-129.

³²⁴ KOTKIN, Joel. *La ciudad. Una historia global*. Barcelona: Debate, 2006. Para este autor es antes que cualquier otra cosa la “mayor experiencia humana”, “obra de su imaginación”, y por ello su libro es una invitación a profundizar en la experiencia urbana como principal condición universal de las ciudades.

alcaldía y la inspección de policía- y un albergue para el mercado comercial –mercado semanal o la tienda.

Para Silva, el habitar *desparramadamente* el territorio resulta ser un impedimento para gestar un centro urbano, aunque todavía existen muchos lugares con estas características, y donde sus habitantes dependiendo de sus necesidades acceden a escenarios urbanos mayores –bien sea por su tamaño, oferta de servicios, riqueza, etc. Eso sin contar que, espera la existencia de ciertos elementos arquitectónicos o urbanísticos, así como elementos de modernización material. Nada diferente a la idea que los liberales tenían de una “aldea”, según sus propias indicaciones. Lo que llama “centro urbano” parece no significar nada más que ser un síntoma de sus propias contradicciones, que conllevan a criticar lo moderno, pero deseirlo a la vez, de exaltar lo rural, al mismo tiempo que se considera “precario”. Semejantes enunciados no parecen ir muy lejos de la idea moderna de confort.

§ 34. ¿Y Latinoamérica qué?

Prácticamente no existen trabajos sobre historiografía urbana en Latinoamérica, con excepción de uno, el de Arturo Almandoz.³²⁵ Este trabajo fue el resultado de un proyecto posdoctoral denominado “Sobre historiografía urbana en Latinoamérica, 1960-2000”, en el que se procuraba hacer un balance panorámico, soportado en un “estudio crítico de la literatura” sobre un campo “relativamente especializado y reciente”. Aunque este “campo”, también denominado “subárea”, es más bien bicéfalo, ya que difícilmente puede separarse “historia urbana” de “historia urbanística”. El primero de ellos corresponde según la perspectiva de Almandoz, a la ciudad como objeto de estudio en el tiempo. Mientras que el segundo, corresponde a procesos y proyectos urbanísticos. Ante semejante dificultad, el autor considera necesario ir a los “orígenes” de este tipo de historia, para encontrar allí ciertas diferencias y un lugar algo institucionalizado, que se expresaran en una escritura diferenciada, a partir de la cual seleccionar los textos que incorpora en su análisis.

³²⁵ ALMANDOZ, Arturo. *Entre libros de historia urbana. Op.cit.*

De una forma parecida a cómo se hace ciertas historias de ciudades –especialmente la de las Academias-, quiso buscar fundadores, primero con ciertos colonizadores extranjeros en el siglo XIX. Y, finalmente, figuras que *descubrieron* el pasado desde los años 1960, como Jorge Hardoy, Richard Morse, Richard Schaedel y Roberto Segre. Para ello se valió de ciertos “convencionalismos” de la historia de las ideas, al considerar autores asociados a tendencias o escuelas del orden internacional, o mostrar como fundantes las influencias foráneas que fueron recibidas. Paradójicamente, Almandoz cita un apartado de Michel de Certeau, en el que considera a la historiografía como un “trabajo de la muerte y contra la muerte”, cayendo en un error en la interpretación de la obra de este autor, que como muchos suele leerse parcialmente. Ya que la indicación de historiográfico para de Certeau corresponde a la operación que el historiador realiza para fabricar historia, desde el lugar institucional y social donde se ubica, pasando por sus prácticas de alta carga hermenéutica, hasta la escritura. Diferente de la idea de Almandoz de historiografía, supuesta como un “estudio crítico de la literatura” existente de un campo.

Y de forma seguida, apoyado en otra cita, esta vez de Michel Foucault, advierte las posibles dificultades de una cierta “unidad del discurso”, que Almandoz termina por hacer retórica ante un armazón que conduce a mostrar un “corpus de la historiografía urbana” latinoamericana desde referencias. Estas últimas, no son más que autores y textos, dependientes o influenciados por tendencias internacionales, que echan por la borda una interpretación diferente de la recepción a la que considera al receptor sin reacción alguna respecto a lo que recibe. Así, esa disparidad entre los trabajos que estudian las historias de las ciudades se hace homogénea. Se ordena separando en cubículos, que son previamente rotulados con las categorías de ciudad, urbanización y urbanismo. Curiosamente pone en evidencia la idea de práctica de Michel de Certeau, al separar por medio de un corte y luego proceder a ordenar, para dar la idea de un cuerpo. No es casual que reconozca que su trabajo es “casi borgeano” al verse seducido por títulos, y no por la revisión exhaustiva de los estantes, aunque aun así considere que se tratan de los más “significativos”. En este sentido, Colombia, como muchos otros países parecen no existir en el “campo” de la “historia urbana” latinoamericana, porque probablemente no le resultaron atractivos los títulos.

En este sentido, y por influencia de su maestro, Anthony Sutcliffe, Almandoz considera que la historia urbana derivó de la historia económica y social, tal y como el autor inglés supone para el caso británico. Y que para el caso latinoamericano debe tenerse en cuenta las historias del arte, la arquitectura y el urbanismo, en la consolidación de una “agenda histórica de la ciudad latinoamericana” que se ha venido gestando desde la década de 1960. Una agenda regulada por los modelos de la teoría de la dependencia, la escuela de Annales, la “nueva historia” y recientemente, la microhistoria y la historia cultural. Por eso, el ejercicio de Almandoz es presentar los “antecedentes” de la historia urbana en los casos europeo y norteamericano, con nombres celebres, pero sin clarificar la influencia que ellos pudieron significar en historias de ciudades hechas desde el siglo XIX y con mayor intensidad desde los albores del XX. De allí, realiza un puente con algunas experiencias del urbanismo en América Latina desde los años 1930 que lo lleva 30 años después con un interés por la ciudad por parte de la arquitectura y como una cierta herencia del urbanismo. Aunque sin una comprensión del Movimiento Moderno, que suponemos el autor entiende que su lector está enterado de otras de sus obras.

Autores y obras, conectados por una línea imaginaria que asemeja un cuadro sinóptico para sugerir influencias, difíciles de detallar, constituyen la estrategia explicativa de Almandoz. Los lugares, las prácticas y la escritura se dan por hecho, asumiendo generalizaciones que ocultan los detalles. Los cuales, cómo ya lo veremos, resultan muy importantes para comprender las formas de producción y circulación de conocimiento, los intereses de las Ciencias Sociales en Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XX y las formas narrativas, entre otros asuntos. Como suele suceder con las historias de ciudades hechas por los arquitectos, esta “historia de la historia”, es una panorámica.

Otro de los escenarios que pueden ofrecernos una aproximación al escenario intelectual latinoamericano, es el Congreso Internacional de Americanista, en particular el más reciente –el número 54^{o326}. En dicho evento, sucedido en Viena durante 2012, se realizaron dos simposios dedicados particularmente a la ciudad *en la historia*: “La ciudad como práctica y como representación. Historias culturales urbanas en América Latina, siglos XIX y XX”, coordinado por Diego Armus y Rodrigo Booth; y, “Ciudades

³²⁶ Ver su sitio:<http://ica2012.univie.ac.at>

poscoloniales en América Latina: repensando la historia urbana”, orientado por Gerardo Martínez y Mario Bassols. Aunque “fueron 14 los simposios integrantes del Congreso en los que se abordó el estudio y las problemáticas de las ciudades”³²⁷, de un número aproximado a los 500, y en donde,

“En ocho de estos simposios la preocupación principal es por los temas contemporáneos de la ciudad (pobreza, segregación, representación del espacio urbano, formas de consumo, negocios inmobiliarios y su repercusión en la transformación urbana, ordenamiento territorial, modos de intervención en los centros históricos) y en seis subyace la formación o la aproximación a la ciudad como sujeto histórico (expresiones arquitectónicas y territoriales de la fe, periodos y problemas en la historia urbana, ciudad como práctica y como representación, políticas sanitarias, producción y consumo, modelos e imaginarios urbanos).”³²⁸

Ninguna de las ponencias atiende el asunto de la escritura de la historia urbana, aun cuando se presentan preocupaciones por renovar las narraciones, las temporalidades, así como de apartarse de la idea de ciudad restringida a un conjunto de edificaciones. De igual forma, el caso colombiano fue ampliamente menor en lo concerniente a su participación, pues en los simposios antes referidos –“La ciudad como práctica...” y “Ciudades poscoloniales...”- solamente se presentaron dos trabajos, de un total de treinta y cuatro, ambos dedicados a Bogotá, y concentrados en los albores del siglo XX.³²⁹ Sin embargo, fueron expuestos otros trabajos en líneas como la de los “estudios culturales”, de fuerte impronta antropológica. Todavía se trata de un terreno intelectual ampliamente gobernado por México, Brasil, Argentina y Chile, tal y como lo fuera en la década de 1970 y 1980, cuando apellidos como los de Hardoy y Romero orientaban muchas de las formas de pensar el pasado de las ciudades. Para Martínez ese es un peso del que la historia urbana intenta todavía rehacerse tras la desaparición de esos autores, así como de los encierros, muchas de las veces artificiales, en naciones o regiones. Esfuerzo que

³²⁷ MARTÍNEZ, Gerardo. “Los estudios sobre ciudades en el 54° Congreso Internacional de Americanistas”. En: *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. XVIII. No. 1008. Barcelona: Universidad de Barcelona, 5 de enero de 2013. (Serie documental de Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana). También puede verse en: <http://www.ub.edu/geocrit/bw-ig.htm>

³²⁸ *Ibid.*

³²⁹ SUÁREZ, Adriana. “El debate centralización-descentralización en la prensa capitalina en el ocaso del régimen de Concordia nacional. Bogotá, 1909.” En: *54° Congreso Internacional de Americanistas*. Simposio (442) “La ciudad como práctica y representación. Historias culturales urbanas en América Latina, siglos XIX y XX”. Viena, 2012; MEJÍA, Germán. “Las esculturas de la ciudad. Un programa de memoria nacional en Bogotá, 1880 -1910.” En: *54° Congreso Internacional de Americanistas*. Simposio (624) “Ciudades poscoloniales en América Latina: repensando la historia urbana”. Viena, 2012

buscó hacerse con una fuerte impronta cultural, en donde la ciudad se comprende como una representación, en cuanto se abre a variadas interpretaciones. Y con la inclusión mayor de diálogos disciplinarios para estudiar temas que antes correspondían exclusivamente a fenómenos como el de la modernización material. De hecho, para el Congreso, uno de sus objetivos en estas líneas era precisamente servir como partidor para discusiones en un posible campo, el de la historia cultural urbana.

§ 34. El arte de la conversación: A Fabio Zambrano le seduce una herradura y a Germán Mejía un libro de supermercado



Montaje nuestro: Taxi bogotano al iniciar de la década de 1970

Apenas llegó a Bogotá, Fabio Zambrano se encontraba con una paradoja que lo ha acompañado gran parte de su vida, y que parece sintetizarse en una de esas imágenes que no olvida, se trataba de una herradura que actuaba como logotipo de una empresa de taxis. La herradura ha sido un símbolo de vieja data y aquí no nos corresponde historiarlo, solamente podemos decir que para nuestro caso es señal de vida rural, pero no cualquier vida, sino de cierta procedencia hacendaria: “cosecheros enriquecidos” en la ciudad. Por otro lado, el taxi ha sido también una señal, en este caso de la vida urbana del siglo XX. Pero en esta ocasión, golpeaba a la vista de Zambrano una herradura puesta en la puerta de un taxi. ¿Se trataba acaso de un país urbano que se resistía a

serlo, o cuando menos, a pensarse como tal? ¿Las ciudades se habían ruralizado como deseaba Tomás Rueda Vargas y criticaba Luis López de Mesa?

Por fortuna de sus intereses intelectuales, esta no sería una de las pocas veces en encontrarse con la dichosa imagen. Zambrano ha sido un viajero y desde que las historias de las ciudades han sido uno de sus problemas principales de estudio, con mayor ahínco. No solo por las constantes invitaciones que ha recibido, sino por sus caminatas por otras disciplinas. (De hecho, este autor tiene formación inicial en economía y posgradual en historia). Igualmente, esos mismos taxis, con todo y su logotipo, han servido a otros intelectuales, nacidos en supuestas “aldeas”, para adentrarse en Bogotá y hacer su carrera. En un tipo de tradición centralista que Véliz³³⁰ identificaba para buena parte de América Latina –aunque otras múltiples expresiones-, y que parece ejemplificarse de la figura de Eduardo Santa, un reconocido intelectual muy próximo a la Academia Colombiana de Historia, y quien escribe, entre muchos textos, uno dedicado a la “aldea” donde nació.³³¹ En este libro, Santa, termina por mostrar una visión que ha resultado más o menos común entre quienes hacen una carrera intelectual en la capital del país, pero que proceden de otras regiones. Se nota un cierto desprecio, matizado con lenguaje peyorativo o la reflexión de temas, ya observados en esas zonas por ellos, muchas de las veces radicados en un *lugar*, en este caso uno institucional, universidades, institutos de investigaciones y academias son los albergues.

Aunque esto último parece inexistente en el caso de Zambrano, quien naciendo en el Putumayo, ha viajado una y otras vez a las regiones colombianas. Ya hemos sugerido que ello se incrementó, pero no la razón para que eso sucediera. En 1993 se publicó su obra “Ciudad y Territorio. El proceso de poblamiento en Colombia”³³², que por demás le significó en términos institucionales su ascenso a profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. En ese texto se ejemplifican varios asuntos, entre muchos. Primero, su idea de la historia, fue influida, pero no dependiente, de la historiografía francesa, en particular la de Fernand Braudel, en lo que seguramente tiene que ver su

³³⁰ VELIZ, Claudio. *La tradición centralista en América Latina*. Barcelona: Ariel, 1984.

³³¹ SANTA, Eduardo. *Recuerdos de mi Aldea*. Bogotá: Editorial Nelly, 1990.

³³² ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993.

formación de pregrado en economía y contar entre sus maestros a dos historiadores de la economía ampliamente reconocidos en el país, Salomón Kalmanovitz y Jesús Antonio Bejarano. Pero al mismo tiempo, su formación posgradual en historia le ofreció una proximidad mayor a la que pudo haber tenido con la historia política,³³³ y la lectura de ésta hecha desde la percepción de la historia urbana elaborada por Georges Duby en el prólogo a la “Histoire de la France Urbaine”³³⁴, en donde el carácter principal de la ciudad –cualquiera que esta sea- es “ser una gran escenario donde se representaba el poder”³³⁵. En particular para el periodo colonial y republicano, sostiene Zambrano, pues entrado el siglo XX las fuerzas de la economía son mayores al “determinismo político”.³³⁶

El otro asunto, es que se trata de una muestra del trabajo llevado a cabo desde mediados de los años 1980, especialmente, el cual había tenido una evidencia previa en un texto escrito a varias manos sobre la historia de Bogotá³³⁷. En este marco temporal, mientras caminaba Bogotá, surgió un diálogo con Germán Mejía, quien a diferencia de Zambrano, no ha dejado de radicar sus esfuerzos en la capital colombiana.³³⁸ Aun cuando ello no evitó que se constituyera en un referente de un naciente escenario intelectual denominado como “historia urbana”. No en vano, junto con Carlos Niño y Zambrano, ha sido de los pocos en pensar este escenario historiográfico en sí mismo.³³⁹ Ambos, junto con Alberto Saldarriaga y otros autores, terminaron por coincidir en la maestría en historia y teoría del arte, la arquitectura y la ciudad de la Universidad Nacional de Colombia. Lugar institucional desde el cual se ha construido buena parte de las reflexiones sobre el escenario mismo de la “historia urbana”, aunque ello no significa de ningún modo que corresponda al único en términos de producción de historias de

³³³ Una de sus preguntas de investigación en este campo fue, entre otras, “¿Quién es el pueblo?” o “¿Quién era el pueblo?”, en especial dirigida al siglo XIX.

³³⁴ DUBY, Georges. *Histoire de la France urbaine*. Tomo I. París: Seuil, 1980. Citado por ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio*. *Op.cit.*

³³⁵ ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio*. *Op.cit.*, p. 13

³³⁶ *Ibid.*

³³⁷ FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores, 1988. De los tres tomos que componen esta obra, Fabio Zambrano estuvo a cargo del tercero dedicado al siglo XX. Esta obra se re-editó en 2007. También puede verse: VARGAS, Julián y ZAMBRANO, Fabio. “Santa Fe y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600 - 1957)”. En: VVAA. *Bogotá 450 años: retos y realidades*. Bogotá D.C.: Foro Nacional por Colombia, 1988.

³³⁸ Ver en especial: MEJÍA, Germán. *Los años del cambio*. *Op.cit.*

³³⁹ Ver: MEJÍA, Germán. “Pensando la historia urbana.” *Op.cit.*; MEJÍA, Germán. “La pregunta por la existencia de la Historia Urbana.” *Op.cit.*

ciudades. Empero, es de notar que semejante convergencia ha estado principalmente concentrada en Bogotá y bajo una sombra, difícil de evitar, efectuada por la arquitectura. La que a su vez se interesa mayoritariamente por los procesos de modernización.³⁴⁰

En la medida que la existencia de esa conversación los ha mantenido próximos, al menos intelectualmente, el propósito de este apartado es edificar un diálogo virtual. En donde se referencie para algunos casos, y para otros se discuta, sobre algunos de los problemas para el surgimiento de la “historia urbana”; de la cierta “dependencia” respecto de la arquitectura; lo que se considera es o debería ser la “historia urbana” y con ello cuál es la idea de ciudad que tienen; así como las características de las escrituras, tanto de la historia, como de las historias de ciudades; y, finalmente, en un cierto juego algo indebido, algunas opiniones sobre el futuro de ese escenario que se ha denominado como “historia urbana”. Se trata de un diálogo dada la imperfección de éste, en donde a veces se gira sobre asuntos de los cuales poco sabemos; también porque se asemeja a la obra de Magritte “El arte de la conversación”, donde dos individuos parecen hablar, pero ello resulta inaudible, silencio, que como supusiera Foucault³⁴¹ para esta obra, parece encerrarse en las piedras; pero no en cualquier piedra, sino unas gigantes que sugieren paradójicamente la forma que puede dárseles a esas palabras de dos dialogantes, no muy distinta de la que la historiografía que hilvana autores y obras hasta aumentarles de tamaño, hasta crear un sueño tan duró como la piedra. Nuestra tarea en este escenario es hacer las veces de Hermes, la de escuchar y mediar, acciones abiertamente virtuales. Actividades, que aunque poco extrañas, ampliamente repudiadas.

Desde el interior de una de las obras de la tradición arquitectónica moderna colombiana, el Edificio de Posgrados de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, habla Fabio Zambrano.³⁴² Desde el interior del Archivo Histórico de la Universidad Pontificia Javeriana, receptáculo de las memorias de la educación colombiana, habla

³⁴⁰ Esto puedo observarse en el Congreso Colombiano de Historia desarrollado en Medellín durante 1997, en donde el interés estuvo concentrado en los procesos de modernización, que procuraban parcialmente alejarse de los orígenes de las ciudades, comúnmente asociados a las Academias. Al mismo tiempo, se considera que el principal “objeto” de estudio era Bogotá, debido a la magnitud de sus problemas para ese momento. PATIÑO, Beatriz. “Balance del Décimo Congreso de Historia de Colombia”. En: *Historia y Sociedad*. No. 4. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 1997.

³⁴¹ FOUCAULT, Michel. *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*. Barcelona: Anagrama, 1997.

³⁴² La entrevista con Fabio Zambrano se realizó en Bogotá, el 08 de agosto de 2012.

Germán Mejía.³⁴³ En procura de facilitar el ejercicio, al menos visualmente, hemos separado con dos colores, así el color rojo será para Zambrano, y el verde para Mejía, mientras el negro continuará siendo el nuestro. De alguna manera el “Libro de los Pasajes” de Walter Benjamin sirven de inspiración para este juego con los tipos de letra.

Diálogo 1.

Uno de los trabajos más reconocidos de la que se ha llamado como “historia urbana”, fue el libro de Fabio Zambrano “Ciudad y Territorio. El proceso de poblamiento en Colombia”, sin embargo se nota cierta apatía respecto a él. Por ejemplo, en las revistas especializadas no existe una sola reseña, ni comentario. La respuesta de Zambrano nos introduce en las dificultades que ha tenido el interés por la ciudad en la historiografía colombiana. Hasta el punto de que su estudio, pasó a manos de algunos arquitectos.

“Al contrario –dice **Fabio Zambrano**. Cuando salió el libro fui invitado a Medellín, Barranquilla y Cali, entre otras, a seminarios donde se trataba el tema. Además, de seminarios y cursos en maestrías de urbanismo y de planificación Urbana, en las universidades de los Andes, la Javeriana y la Nacional, en Bogotá, y en otros claustros en Medellín, Barranquilla y Manizales. La impresión que tengo con la publicación del libro es que he tenido un gran diálogo, de manera muy fuerte e intensa, con los arquitectos. Inicialmente con quienes trabajaban la historia de la arquitectura y del urbanismo, y luego con arquitectos-urbanistas que atienden asuntos contemporáneos y no necesariamente vinculados con la historia. Sumados a estos profesionales, se encontraron los economistas y abogados, que trabajaban ordenamiento territorial. Además, fui invitado a las comisiones de ordenamiento territorial del senado, en donde precisamente se trabajaba el proyecto de ley orgánica de ordenamiento territorial, junto al hoy denominado Ministerio del Interior, con el tratamiento de un especialista en el tema. Entonces, me llama la atención que la relación haya sido con la planificación territorial, con los urbanistas, pero no con la historia. Y ese es un tema, que yo siento es un tema que está por fuera de la reflexión de la historia, el del espacio. Tanto el espacio nacional, como el

³⁴³ La entrevista con Germán Mejía se realizó en Bogotá, el 24 de agosto de 2012.

espacio urbano. Es un tema vedado. Y creo, que la razón para ello, son las dificultades de interdisciplinariedad por parte de los historiadores.

Pero entonces sería necesario revisar porqué esas dificultades para que la historiografía incorporé el espacio y con él, la ciudad, en el marco de relaciones interdisciplinarias. Zambrano considera que,

(...) la historia ha sido muy política. No en vano, y a pesar de los esfuerzos de Kalmanovitz, Bejarano y otros autores, de forma muy reciente ha empezado a aparecer historia económica.

Creo que eso obedece a que no hemos entendido nuestra historia y aún no la entendemos. Es decir, no tenemos buenas historias por ejemplo sobre guerras civiles o de la Iglesia, apenas están apareciendo en los últimos años algunos trabajos. Tampoco contamos con una explicación sobre la violencia. Buena parte de la incomprensión, tanto adentro como afuera, es la propia incomprensión colombiana sobre su historia. Alguien me contaba alguna vez una anécdota de un gran historiador norteamericano que buscaba hacer su tesis doctoral sobre Colombia, pero en los primeros esfuerzos se dio cuenta de que no entendía nada. Por lo cual, se marchó e hizo la gran historia de la Revolución Mexicana. ¿Por qué? Es difícil entender. Es probable que eso que nos impida comprensión hacia adentro y de adentro hacia afuera.

Además,

A mí me llama la atención que historiadores de la izquierda peruanos reivindican su pasado prehispánico, en nuestro caso eso no pasa. En nuestra historia, por ejemplo, difícilmente se encuentran historias donde la aldea muisca o prehispánica sea importante para la comprensión de la formación de la ciudad posterior. En Perú eso sí sucede. Igualmente, en México. Podríamos decir que son orgullosos de sus Imperios y desde luego, de sus comunidades indígenas. Aquí no, la aldea no tiene nada que ver con la ciudad. ¿Por qué? Es necesario fijarse, por ejemplo, que en la sociología de los años 1960 se hablaba que las ciudades debido a las migraciones se estaban campenizando. Pero semejante cosa nunca sucedió. Es cierto que algunos migrantes por pobreza sembraban algo en su patio, en los solares, pero eso de ninguna forma quiere decir que

las ciudades se estaban volviendo campesinas. Eso nunca sucedió. Y esas incomprendiones de la ciudad todavía están presentes. La ausencia de la ciudad como un objeto de estudio en la historia es todavía muy fuerte. ¿Hasta cuándo va a durar? No lo sabemos.

Es probable que estos énfasis del conjunto de la historiografía colombiana en lo político y lo campesino, así como las ausencias haya que observarlos en la forma cómo se configuró un interés inicial por la ciudad que más tarde desapareció por otros puntos de atención.

A mi juicio – dice **Germán Mejía**- existen antecedentes y un problema. Los antecedentes se pueden encontrar en el tránsito de la crónica a las primeras historias. Yo creo que quien marca el umbral es Pedro María Ibáñez, aunque también es posible referirse a Eduardo Posada y también mucho de lo que salió en el Boletín de Antigüedades empezando el siglo XX. En estos casos se da una preocupación sistemática por documentar, aunque también de narrar, en términos historiográficos. Se presenta en estos casos una pretensión consciente. Sin embargo, es también interesante el caso de José María Cordovez Moure. Pero no me estoy refiriendo a sus libros famosos del baile, sino los últimos libros, de los nueve que componen “Crónicas de Santafé y Bogotá”, en donde ya se presenta un trabajo documental más elaborado dentro de la escuela científica alemana. Y es que de Cordovez Moure triunfan sus libros sobre los chismes de Bogotá, pero no sus libros sobre eventos que sucedieron en la ciudad, como la conspiración septembrina o el golpe de Estado contra Mosquera, y hasta su itinerario de viaje, que resultan bien interesantes. Entonces Ibáñez no es el primero, Cordovez lo es, pero repito, no el de las fiestas y las emparedadas, sino el de los libros de historia.

Ibáñez, junto con Posada, y unas primeras generaciones de la Academia y de Bogotá, van a ir en caballo entre el Centenario de la Independencia y los 400 años de Bogotá, un hito grande, como toda nuestra historiografía. Junto al cuarto centenario, la Conferencia Panamericana, se van a dar otros eventos hacia mediados del siglo XX, que van a generar una producción historiográfica importante sobre la capital del país, y algunas otras ciudades, como Medellín. Yo creo que esos serían los antecedentes. Ya para mencionar libros concretos serían “Cosas de Santafé de Bogotá” de Daniel Ortega Ricaurte, “Crónicas de Bogotá” de Pedro María Ibáñez y la producción, inmensa, de

Eduardo Posada. Igualmente los trabajos de Guillermo Hernández de Alba y otro grupito que se formó en las décadas de 1950 y 1960, en donde entran historias del arte y la arquitectura de Bogotá. Por ejemplo, la presencia de Santiago Sebastián, quien va a contribuir en crear un clima intelectual.

Hay otra línea, de esos antecedentes, no la crónica urbana, sino la crónica periodística urbana. Los trabajos de Felipe González Toledo, por ejemplo. Hay un oficio de cronista y unas primeras novelas urbanas, que vienen desde la década de 1930, y que yo creo si vale la pena seguirle la pista. Existe también, otro antecedente que uno no puede olvidar, es un pequeño libro de Luis Eduardo Nieto Arteta, “El café en la sociedad colombiana”, que más resulta ser una síntesis de Bogotá de los años 1930, desde la historia social y económica, en donde relaciona el desarrollo urbano con el café. Nieto Arteta es un fuera de serie.

Ese es el ambiente, más rico de lo que uno se imagina. Por lo tanto, ¿qué es lo que lo frena? ¿Por qué eso no sigue? Y no llega a grandes producciones ya en términos historiográficos, cuando esa generación merma su ritmo de producción en los años 1960, ya que desde la Academia Colombiana de Historia se van a dedicar a la “Historia Extensa de Colombia”. Mientras se merma en otras producciones, que aun cuando no es directamente sobre la historia de Bogotá, si es fundamental para un estudio de Bogotá. Allí por ejemplo, los casos de Carlos Arbeláez, arquitecto, y Santiago Sebastián³⁴⁴. O, Manuel Lucena y “Los presidentes de capa y espada”, que no es sobre Bogotá exactamente, pero como aquí queda la Audiencia, pues es la ciudad principal la que se estudia.

Yo creo que pasan dos grandes fenómenos en los años 1960. La historia se vuelve historia social, pero es una historia social volcada sobre el trabajo, el agro y el Estado. Entran Jaime Jaramillo Uribe y las ideas; Jorge Palacios Preciado y los esclavos; y, la

³⁴⁴ Muy pronto, en el número 2 (1964) del Anuario de Historia Social y de la Cultura, Santiago Sebastián publicó un artículo dedicado a la arquitectura colonial –“Hacia una valoración de la arquitectura colonial”, más tarde (en el número 4, 1969), Alberto Corradine escribe otro más –“Consideraciones sobre la arquitectura colonial en Zipaquirá”. Eso parece corresponder al interés del director de la revista, Jaime Jaramillo Uribe, por la historia del arte y la cultura, así como por la historia social muy próxima a problemas de índole urbano.

historia social y económica de Germán Colmenares. Pero además hay algo en América Latina en esa década que es el agrarismo, en donde la crítica al terrateniente, al latifundio, como causales del atraso, el subdesarrollo, la dependencia y el neocolonialismo. Convirtiéndose, por tanto, en el objeto a ser estudiado y revisado por las grandes revoluciones. Mientras que la ciudad pasa a un segundo nivel, un escenario donde se desarrollaba lo que importaba en ese entonces, que era el desarrollo industrial y el sector exportador. Al mismo tiempo, es una época en la que se habla mucho de la “cuestión urbana”, y uno lo ve aparecer en muchas revistas importantes de Bogotá y el país. La “cuestión urbana”, fue una paradoja, pues no tomaba la ciudad como una variable o un factor decisivo, sino que es el capitalismo, el neocolonialismo o la industrialización, lo que explicaba problemas como el de la vivienda. Entonces, la ciudad desaparece ante la sobredimensión de los problemas industrial y agrario en Colombia. Y uno llega a encontrarse con sorpresas como esta: como en Colombia en 1930, un poco menos del 70% no era urbano, por consecuencia el país era rural. Lo cual es una frase absurda por la siguiente razón, y es que el umbral eran 20.000 habitantes, pues solamente poblados de dicha cifra para arriba se considera como urbano, mientras que dentro del 70% se incluían poblaciones de 5.000 o 8.000 habitantes en las cabeceras municipales.

Las Ciencias Sociales convirtieron ese 70% en campesinos y ese es el absurdo sobre el que hemos estado montados durante todo el siglo XX. Así, en Colombia solo aparecían cuatro ciudades, porque todavía no aparecen los centros regionales. Por ejemplo, ¿qué es Ibagué en la bibliografía de 1930 y 1940? En los años 1960 y 1970, momento en el que toma fuerza la “nueva historia”, existe una sociología agrarista muy clara, liderada por autores como Orlando Fals Borda, y con esto no estoy diciendo ni que sea mala, ni que esté equivocada, solamente que el énfasis del objeto de observación fue el problema agrario en Colombia. Y por su parte, la economía estaba montada sobre el atraso de la agricultura. A ese panorama sumemos decisiones como “Las cuatro estrategias”, en donde Colombia se volvió un país urbano porque Pastrana amaneció de mal genio un día.

Esto es muy complicado, hasta el punto de que nos quedamos sin historia urbana porque no era objeto de pensamiento colombiano. Y no porque la ciudad no fuese importante, solamente que la historia de las ciudades estaba controlada por la historia de la

arquitectura, que no es una historia de las ciudades, sino una historia del objeto arquitectónico en la ciudad. Entonces hablamos de una historia de edificios, en un marco en donde a veces se menciona la palabra urbano, a veces también se dan unas noticias sobre cómo era el arreglo urbano, las condiciones de vida y ese tipo de cosas. Hasta el punto de que hoy en día son muy pocos los trabajos que tenemos desde la historia sobre el cabildo colonial, sobre el ayuntamiento, por ejemplo. Son estudios que se están haciendo desde hace 20 años. Yo diría que por un lado el peso que ha jugado lo agrario en la representación que tenemos de nosotros mismos y el peso de eso en la historiografía, concentrada entonces, desde luego en lo agrario; lo político, pero entendido como el Estado, pero no las instituciones; y, el problema de clase, pero totalmente, colocados en la lucha de grupos. Yo resumiría la pregunta diciendo que lo que apenas estamos descubriendo es que en la historia se puede hablar de espacio, pues aun los fenómenos agrarios estaba desterritorializados hasta hace 15 años. Y sería por el camino de la historia regional que se descubriría el territorio y con él, también la ciudad. Hoy en día uno ve que hay una gran preocupación por historias urbanas en el sentido del espacio construido, o por historias de los territorios, o por las formas cómo se configuran esos territorios.

(...) En la universidad del Valle está Edgar Vásquez Benítez, quien escribe en 1982 "Historia del desarrollo urbano de Cali"³⁴⁵, en Medellín también existe otra producción³⁴⁶

(...)

(...) En un escenario como el señalado y sumado a la violentología, nosotros, los que hacíamos historia urbana, no existíamos. Ahora descubrimos que la vida en la ciudad es prioritaria. Entonces, tarde o temprano la situación aflora.

³⁴⁵ VÁSQUEZ, Edgar. *Historia del desarrollo urbano de Cali*. Cali: Universidad del Valle, 1982.

³⁴⁶ Algunas de ellas son: BOTERO, Fernando. *Medellín 1890-1950: historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Universidad de Antioquía, 1996; GONZÁLEZ, Luis. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad. Crecimiento y modelos urbanos. 1775-1932*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Escuela de Hábitat, 2007. A estos podríamos sumar, al menos como referencia en cuanto sí mismo y por la compilación en la que se encuentra: PERFETTI, Verónica. "Tres proyectos para un deseo: la ilusión de una ciudad." En: MELO, Jorge Orlando. *Historia de Medellín*. Tomo I. Medellín: Suramericana Seguros, 1996, pp. 85-104.

Es posible presuponer que esa haya sido la razón para que todavía hoy en trabajos como el Arturo Almandoz, y en particular en “Entre libros de historia urbana”³⁴⁷, en donde procura hacer un balance historiográfico general de la “historia urbana” en América Latina, las experiencias colombianas estén mayoritariamente ausentes.

No. Lo que ha pasado es que ha existido un dominio muy claro del cono sur en la elaboración de historia de América Latina desde muy temprano. Ese es por ejemplo el caso de Tulio Halperín Donghi escribiendo primero desde Argentina, y más tarde desde Estados Unidos. Y es que los argentinos aprendieron a utilizar la visión norteamericana mucho más temprana que nosotros, aunque muchos lo hagan también desde Francia. Además ellos están produciendo desde organismos pegados a algunas instituciones internacionales. Ahora, hay algunos urbanistas que sí forman parte de esto, y uno empieza a verlos citados y hacer parte de esos grupos. La cosa es que no es historia, son construcciones desde el urbanismo que no son capaces de ir más atrás de 1930. Tienen una incapacidad mental para cruzar 1930. El peso de López en la representación colombiana es mayúsculo. A mí ya me cansa el tema, yo ya dejé de discutir hace rato. Colombia no se inventó en 1930, hay que olvidarse de eso. No es Enrique Olaya Herrera y mucho menos Alfonso López Pumarejo quienes crean la Colombia moderna.

Yo creo que hay otros fenómenos. Uno de ellos es que en la mayoría de esos trabajos en Latinoamérica no hay historiadores, pues también en México y en Argentina se presenta esta ausencia. Son pocos los ejemplos, como James Scobie para Buenos Aires –una tesis doctoral-, o José Luis Romero, desde la historia y no desde la arquitectura. Aunque siempre hay excepciones a lo que uno va a afirmar, si existe una producción muy alta desde el urbanismo con pretensiones históricas, pero en su mayoría están construidas desde la base de la población, el mercado exportador y la arquitectura. Y en su mayoría eso es la influencia de Hardoy, que sale de los urbanistas.

³⁴⁷ ALMANDOZ, Arturo. *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 2008.

Diálogo 2.

Ya hemos observado cómo los arquitectos motivados por incluirse en el Movimiento Moderno se interesaron por la historia de la arquitectura y de la ciudad, buscando probablemente una razón para el “atraso” o las dificultades, así como un punto de riqueza del cual sujetarse. De allí, no solo que crean que la historia moderna del país se inicia en los años 1930, sino que ignoren el siglo XIX y terminen por recurrir al periodo colonial procurando hallar en él un patrimonio. Al mismo tiempo, el desinterés de la disciplina histórica, así como por temas como lo indígena, hace que se descarguen temas como responsabilidades o competencias que no son suyas.

Creo, que últimamente el tema de la violencia política distorsiona mucho las posibilidades de independencia temática de los historiadores. La otra, la historia se profesionaliza en las universidades de mano, o cobijada, por la militancia de izquierda; lo cual considero también distorsionó mucho la historiografía. A pesar de que buena parte de la historia urbana europea la han hecho los militantes de izquierda, los miembros del partido comunista y los socialistas. Pero aquí eso no sucedió. Lo otro que pudo haber sucedido es en nuestra historia no tenemos una tensión entre campo y ciudad, como sucedió en Argentina, México, Brasil, aunque no sé si Perú. En estos casos, existieron tensiones armadas, guerras civiles, entre campo y ciudad. Por ejemplo, la presencia de federales y centralistas en Argentina, entre otros casos. Eso no lo hubo aquí. Por lo tanto, la ciudad no era vista como problema para el campo.

En ese sentido, la ciudad fue algo natural. Otra posible causa, puede estar en que los historiadores sintieron que la ciudad era un tema de los arquitectos, porque éstos tomaron ventaja, ya que desde los años 1940 y 1950 hablaron de la ciudad, muchos de ellos creyendo que hacían historia urbana, cuando no era otra cosa que historia del urbanismo. Esa confusión sí la tienen, y no la han logrado superar. Eso me ha llamado mucho la atención. Cuando trabajo con los arquitectos estos temas, todos han trabajado a Lewis Mumford, pero lo que les interesa de dicho autor son las construcciones, cuando es lo menos importante en su obra. Lo fundamental del trabajo de Mumford es lo sagrado y lo profano, el cómo se sacraliza la ciudad, los vestigios de la aldea en la ciudad, y la urbe como espacio social. Un día escuchando un arquitecto hablar de ese tema pensé

que no habían entendido qué era la historia urbana, y que tampoco querían ver que más allá de la construcción, está la ciudad. En otras palabras, reducen la ciudad a la arquitectura.

(...) Cuando uno estudia a la Bogotá actual desde la antropología, se da cuenta de que se trata de una urbe en la que está presente lo indígena, no solo en términos étnicos, también en su comida, en su toponimia y muchas otras cosas. Pero, lo que me llama la atención, es que la izquierda no es orgullosa, en nuestro caso, de su pasado. Es más, en historia el tema indígena es un asunto de antropólogos, así como la ciudad es un problema de arquitectos.

(...) Considero, igualmente, que eso sucede con la novela histórica. Alguna vez un estudiante me preguntaba si yo venía de literatura, porque ponía en mis bibliografías novelas. De la misma forma, muchos me preguntan si yo soy arquitecto porque manejo el tema de ciudad. Entonces, nos encontramos con una profesión que tiene compartimientos estancos, demasiados cerrados. Y desde luego, eso es lamentable.

Y entonces, autores como Carlos Martínez Jiménez y Jacques Aprile ni siquiera son leídos por los historiadores. De la misma forma que desde Bogotá poco o nada se cita lo que se hace en esta materia en las regiones, como algo nos lo dejó ver Fabio Zambrano con sus referencias a Cali y Medellín. Existen algunos datos que puede ser parcialmente indicativos y se radican en las tesis de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), la más antigua del país, en donde se produjeron 5 tesis dedicadas de forma particular al tema urbano de un total de 89, presentadas entre 1984 y 2000. Todavía más sugestivo, es que 3 de esas 5, fueron dedicadas a Barranquilla, principalmente en el marco de un convenio que la Universidad Nacional estableció con la Universidad del Atlántico.³⁴⁸

Pero la perspectiva de Jacques Aprile es como urbanista. La historia no llegó a la ciudad sino de forma muy reciente, lo cual no quiere decir que no hubiera historiadores haciendo

³⁴⁸ Un asunto no muy distinto es que entre 1978 y 2000 en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, solamente se presente un trabajo de pregrado y uno de maestría asociados a la “historia urbana”, ambos en 1993.

historia de ciudad. Si vámonos para atrás y tenemos mucho cuidado con la frase podemos observar lo anterior. Uno puede juzgar actualmente el libro “Cosas de Santafé de Bogotá” como bueno o no bueno, pero ese es otro problema, sin embargo, nos estamos refiriendo a un libro sobre Bogotá, que aun cuando se concentra en lugares, no le podemos pedir a Daniel Ortega Ricaurte que escribiera otra cosa de lo que él pensaba debía escribir en los años 1950. Además, ha sido un libro muy útil para todos nosotros, pero muchos problemas. Igualmente, hay autores que copiaron párrafos completos copiados sin ni siquiera citarlos. Por ejemplo, Carlos Martínez que utiliza pedazos de Carlos Arbeláez. Hay pecaditos en todo esto, que se comienzan a descubrir cuando se ingresa despacio a todo esto.

(...) Ahora, también podríamos decir que una historiografía muy pobre en lo colonial y que la que trabaja el siglo XIX, lo observa como una época caos, mientras que los primeros 30 o 40 años de ese siglo los pasan en tres páginas. Poco o nada se tiene que decir en términos urbanos. Con el descubrimiento, digo descubrimiento porque en cierta forma lo es, del cabildo en la construcción de los estados nacionales, eso puedo cambiar, pero de forma reciente. No se percataron porque estaban viendo solamente la capacidad de exportar. Vuelven y empieza la historiografía a mediados del siglo XIX. ¿Cuándo en un libro de estos hay una mención de las instituciones urbanas? ¿Cuándo hay una mención a las prácticas? ¿Cuándo aparece el habitante de la ciudad? Jamás. Eso es de ahora y esos son los temas que estamos trabajando actualmente. Vale por lo que hicieron, siguen siendo sumamente importantes, siguen siendo nuestras obras de referencia, los seguimos leyendo y mal haríamos en no leerlos. Pero, si nos quedamos en que esa es la visión de lo que es la historia urbana, tendríamos problemas.

Arturo Almandoz cree que buena parte de ese panorama está ligado a algo más o menos común en las lecturas historiográficas, que son las influencias. ¿Existieron tales influencias?

Pocas influencias. No se siente una escuela historiográfica en particular. Por ejemplo, existen ausencias como la de la demografía. Al observar la historia de las mentalidades o la historia urbana, nos damos cuenta que esas renovaciones historiográficas arrancan con la demografía, precisamente el vacío que tenemos en nuestro caso, que por demás resulta muy pronunciado. La comparación entre cómo se hizo la historia urbana en

Francia y en Colombia, resulta estar marcada por una diferencia radical en términos metodológicos.

Diálogo 3.

Hemos supuesto a lo largo de este trabajo que se construye de diversas formas una cierta mirada panorámica respecto de las ciudades, en contravía con la de los caminantes urbanos que *practican* los espacios a diario. Pero lo anterior está ligado a lo que se entienda tanto por historia urbana y por ciudad. En lo que respecta al primero de estos casos –la historia urbana– para Mejía está dependiente de un “catálogo de asuntos”, mientras que para Zambrano algunos “parámetros” y “articulaciones” son los que pueden diferenciar la “historia urbana” de otros “espacios de investigación”.

Yo creo que el catálogo de los asuntos que deben ser trabajados como historia urbana ha ido cambiando. Lo veo por ejemplo entre mi primer y segundo libro. El primero es mucho más abstracto, mientras el segundo lo es, pero ya tiene gente. Lo que sucede es que trabajo el siglo XVI, y la gente se te desaparece mucho más fácilmente, pero hay esa intención. Pero también hay una pretensión de mostrar que esta ciudad es un nudo de relaciones, es un territorio. Y si uno considera que eso es lo que explica la ciudad, no se puede renunciar a ello por meterle gente. Ahora, si hay que introducirla, entonces ¿cómo hacerlo? Las fuentes limitan mucho en estos años tempranos. Sin embargo, mi siguiente libro dedicado al siglo XVII, y que ya va cogiendo forma, sí permite introducirse en la cama de las personas, o al convento, gracias a las fuentes y, porque seguramente, tanto la estructura, como la narración, así lo van a requerir. La ciudad toma mayor textura.

Eso no lo hice en el libro dedicado al siglo XIX, todavía es demografía. Yo estoy leyendo a Hardoy en esos momentos, a los urbanistas duros, pero esa última lectura [parte] explorando la percepción del tiempo, de ritmos urbanos, la textura urbana, y no meterle gente sin ningún sentido. Yo considero que en una historia urbana son irrenunciables el espacio, el territorio y la institucionalidad urbana. No puede haber una historia urbana sin una historia de su gobierno, no de sus gobernantes. Yo creo que es imposible una historia de la ciudad sin contemplar una agrupación de las personas en el espacio, eso determina son las circulaciones. No puede haber una historia urbana sin textura, y por

textura entiendo los ritmos, las prácticas. Por supuesto no puede haber una historia urbana sin oficios, no una historia económica, aunque sí vinculada con la circulación, con los abastos. Los abastos en Colombia no han sido estudiados.

Sugiriendo algunas preguntas claves, ¿qué es lo que sostiene a Bogotá en el siglo XVII? La respuesta, es el trigo. Pero al mismo tiempo, esta es una ciudad de servicios, existen las universidades, así como los abogados porque este es un sitio donde están las Cortes. Se va observando de qué vive la gente en una ciudad en el siglo XVII: se es un molinero, un panadero, pero es también, un cultivador de trigo. La ciudad del siglo XVII no diferencia rural de campo, eso es un invento del siglo XIX. Se es un abogado, un profesor, un estudiante, alguien que prepara alimentos en una casa. Esos oficios generan espacios. Entonces, nos encontramos con el espacio de la cofradía, del taller, que son algunos de los espacios humanos donde transcurre la vida. Eso es lo que entiendo hoy en día es la tarea. Ese es el programa de un libro, pero se tiene que hacer para el siglo XVII, con las fuentes que se tengan, más las condiciones de escritura.

(...) Aquí volvemos a una cosa más compleja y es sobre el temario. ¿Cuál es el catálogo de asuntos? Y uno observa aquí que no se trata de una novela, pues no hay la construcción de un personaje, sino que es la ciudad la que está en el centro. El libro está construido en partes y no es gratuito. Las dos primeras partes son narradas, es un cuento que se mueve en el tiempo. Las dos segundas no transcurren en el tiempo, sino que toman un periodo. Ahí sí hay lecturas y puede que uno se equivoque y en otras no, pero uno lo puede leer sin entender eso, pero dándose cuenta de cómo la ciudad cobra forma. Porque el objetivo del libro era mostrar que en esta ciudad no había nada en un momento y para finales del siglo XVI esto ya existía, que es como justamente termina el libro. Esa es la historia que quise contar. ¿Qué sigue de ahí para adelante? Eso está en preparación, porque mi obsesión es contar una historia, como lo hacen los historiadores, explicada. Y, además, quiero dejar una obra, pues aunque suene pretencioso de nuevo, quiero en los próximos 7 u 8 años, ya cuando me jubile por arterioesclerosis cerebral o lo que sea, por lo menos haber escrito una lectura de la ciudad. Que valga lo que valga, pues es finalmente el lector quien decide y se sale de nuestras manos.

(...) Yo sí creo en una historiografía alrededor del problema. En este caso alrededor de la ciudad. La historiografía es ver los historiadores desde diferentes lugares, desde donde

responden de diferente manera un cierto problema. Yo si veo la ciudad como un objeto de ser pensado.

Para Zambrano la tardanza en la definición de algo que pueda llamarse como “historia urbana” en Colombia, se expresa en la ausencia de una “metodología bien definida”. Por lo cual, en uno de sus textos se propone la tarea de sugerirla,³⁴⁹ que será nuestra guía en las siguientes líneas. La idea es por tanto que, “se ponga fin a esta torre de babel conceptual en la que nos encontramos”, ya que cada disciplina observa la ciudad como mejor le parece, y la disciplina histórica no puede ser la excepción. Zambrano considera que existen algunos principios que deben tenerse en cuenta en ese propósito: la claridad y crítica de fuentes; la relación entre la ciudad y el territorio; la identificación del lugar donde se toman las decisiones; y, los conflictos urbanos. Diríamos así, que la “historia urbana” está en función de la política como se enunció en el preámbulo de este diálogo. Implicando entonces, unos parámetros –catálogo de asuntos es en el caso de Mejía-, empezando con la idea de que la urbe es un escenario de representación del poder, expresado ello en la forma urbana en Hispanoamérica. De allí, se tiene en cuenta algunos otros lineamientos tales como, lo público como sujeto y objeto de la política, la “ciudad como el espacio *natural* de la política”, y la percepción de los cambios urbanos especialmente como simbólicos y no siempre traducidos en renovaciones urbanísticas. En ningún momento, suponer estas directrices para Zambrano implica concebir la unicidad de la ciudad, para este autor ello no resulta ser sino una ficción en medio de muchas tipologías urbanas. No existiría algo así como *una* ciudad colombiana, porque aunque esto puede ser común en los títulos de textos, en el fondo no es más que indicativo.

Desde la perspectiva de un arquitecto que piensa la “historia urbana”, y en particular su intento de definición como “disciplina”, como Carlos Niño³⁵⁰, puede también observarse otra postura sobre lo que es este escenario intelectual. Y que nos ayuda para mostrar internamente los puntos, a veces convergentes, otras en disputa. Para Niño la “historia urbana” es un “tejido entre sociedad, espacio y tiempo”, que resume con la denominación

³⁴⁹ ZAMBRANO, Fabio. “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia.” *Op.cit.*

³⁵⁰ NIÑO, Carlos. “A propósito de la Historia Urbana.” En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, pp. 23-33.

de cronotopo. Es decir, una articulación entre las dimensiones “social” y “física” de la ciudad, en el marco de las relaciones dadas por el territorio, la economía, la distribución de los grupos sociales, las normativas, la morfología urbana, las tipologías de la arquitectura y las costumbres. En lo concerniente a la escritura, Niño opta por el ensayo como forma, frente a las monografías y las biografías, dependiente de la imaginación del historiador, de una explicación estructural sobre una singular y el cumplimiento de unos “pasos metodológicos”. Estos últimos corresponden a la combinación de la geografía y la construcción, el análisis demográfico-espacial, las relaciones de poder, el gobierno de la ciudad, y el tejido de información (categorizando, documentando y mapificando).

En las intervenciones anteriores se mostraron de diversas maneras lo que se pensaba era o debía ser la “historia urbana”, así como de las formas para su elaboración. En esos “catálogos” de asuntos, “parámetros” o “pasos metodológicos”, parece existir un énfasis en las fundaciones. Especialmente en el concerniente al caso de Bogotá.

Eso no solo sucede para la historia de Bogotá. Miremos la historia de Bucaramanga o la de Pasto. En este último los libros de historia se concentran en la pelea entre Belalcázar y Lorenzo de Aldana, en dónde fue fundada y varios asuntos más asociados al mismo problema. El caso de Bucaramanga resulta similar, allí no se han interrogado por las razones que motivaron que un pueblo de indios fuese exitoso, y que en cambio las ciudades y las villas de la región no lo fueran. Preguntas como esta, que son propias de la historia urbana no llaman la atención, ni en Pasto y tampoco en Bucaramanga.

(...) Es necesario darse cuenta que con el tema de Jiménez de Quesada era una cuestión de insistir en que él no era como los otros conquistadores, los cuales se presentaban como unos bárbaros, sino que era culto, hasta el punto de hacer literatura. Esa era una de las razones, de las que se valían esas explicaciones, para indicar que Bogotá era una ciudad culta. Pero ¿por qué la preocupación por la fundación? Ahora uno entiende que el tema fundacional es un tema importante no solamente en historia, sino en el derecho, porque de ahí se derivan prerrogativas jurídicas, patrimoniales, etc. Pero ¿por qué la historia continúa con eso? No sé. Pero allí, hay un sesgo bastante conservador, en el sentido de olvidar los indios.

El último libro de Mejía se ha denominado “La ciudad de los conquistadores”³⁵¹, dedicado justamente a narrar el “inicio de Bogotá”. Y narrar implica, como él mismo lo considera, intentar otras explicaciones al cómo y porqué cobró vida la ciudad desde el momento en el que 91 españoles y un número sin identificar de indios, “hicieron de esta tierra su lugar permanente de residencia”. En su conjunto, este recorrido le permite a Mejía mostrar de qué manera un concepto como el de ciudad es inestable y junto con ello, la necesidad de considerarse con mucho cuidado. Debido, principalmente, a las singularidades que se presentan, como resulta ser el caso de la ciudad indiana y a su vez, una de sus formas, la “ciudad de los conquistadores”.

Hay una historia oculta, una historia personal del libro que tiene que ver con el autor, que nada tiene porque saber el lector. La historia de “La ciudad de los conquistadores” es relativamente sencilla. Yo tenía un manuscrito viejo, que era una historia que la comenzamos a hacer con Fabio Zambrano, a partir de un contrato con la Cámara. Fabio Zambrano hizo “Desde que dios creo el mundo hasta la fundación”, y yo “Desde la fundación hasta la Independencia” y debía seguir sobre el siglo XX, pero nos fundimos. Yo tenía mi pedazo y Fabio el de él. Por mí parte, lo empecé a utilizar con mis cursos aquí, en la Javeriana, ya que era una buena síntesis de los tres siglos coloniales, y además porque no hay un buen libro que a uno le permita recogerlos todos. Pero repito, nunca me gusto. Un día, y más por instancia de Carlos Niño y otra gente del grupo con el que trabajo en la Universidad Nacional, fui a la editorial y le dije al editor, mire aquí hay un manuscrito, léanlo Ustedes y díganme si vale la pena o no, porque a mí no me gusta. Allá se los dejé. Al rato me llegó la evaluación de que sí era publicable, pero a mí me seguía disgustando.

Se trataba en el fondo de tomar confianza con un manuscrito, e inicié a su revisión, más cuando no tenía fundación, pues esa parte la tenía, como dije, Fabio Zambrano. Y podemos ser amigos, pero no piratearnos. Entonces, empecé a escribirlo y cuando voy en la página 80 y todavía no había llegado a la fundación de un libro que pretendía llegar hasta la Independencia, y de 300 páginas, decidí ir a donde el editor y le propuse una cosa distinta, una serie de 7 libros sobre Bogotá, escritos despacio y que comenzaran

³⁵¹ MEJÍA, Germán. *La ciudad de los conquistadores. 1536-1604*. Bogotá: CEJA, 2012.

por el principio. No son tomos, aunque si se habla de una “Serie de Bogotá”, con la pretensión de hacer uno por año, salvo el año entrante, porque tenía un compromiso con otro libro. La idea es que vamos haciendo una historia como yo concibo son los tiempos de la ciudad.

No es por tanto, una historia por siglos, es más bien una historia por momentos de ciudad con unas pretensiones muy claras: son obras de síntesis, no tiene pretensión de documentación, de archivo por definición, yo ya no necesito hacer tesis en la vida, afortunadamente. Sino en la medida que se pueda utilizar, de recoger una bibliografía que se mezcla con la parte documental, porque para este tomo se utilizaron, por ejemplo, los 18 tomos de la recopilación de Juan Friede, que nunca habían sido utilizados sistemáticamente para la ciudad, y da para mucho. En nuestras bibliotecas hay más riqueza de lo que nos imaginamos, lo que tiene el Boletín de Historia y Antigüedades es enorme, pero resulta útil cuando uno ya lo utiliza sistemáticamente en la producción de algo. En resumen es un libro, que hace parte de una serie, que quiere llegarle al gran público, pues aunque no crea que sea tan denso, todavía cuenta con algo de eso.

Pero lo anterior está en estrecho vínculo con lo que hemos venido *dialogando* respecto a las concepciones que las Ciencias Sociales construyeron de lo que era una ciudad y de cómo estudiarse. A lo cual habrá que sumar que muchas poblaciones en Colombia todavía siguen utilizando el texto elaborado por un sacerdote, militar o político en la primera mitad del siglo XX, o la monografía hecha por el DANE en la década de 1970.

Existe un librito que a mí me ha sorprendido mucho, es el de Eduardo Santa, que se llama “Recuerdos de mi aldea”. Se trata de una crónica. Yo lo relaciono mucho con un libro de Hermes Tovar, “Que nos tengan en cuenta”. Nosotros hemos hecho una historia de ciudades pero de muy poquitas, porque hemos considerado que la aldea es rural, y ahí nos hemos confundido, pues finalmente ha sido cabecera municipal, núcleos básicos de estructuración del territorio, la de presencia del Estado y la vinculación de las personas entre sí y con también con el Estado. Y eso es ese librito de Eduardo Santa, quien nació en el Tolima, y donde describe su lugar de origen indicando que había cura, monja, abogado, entre otros, y desde donde decide ir a la ciudad. Y si uno se pone a mirar el 80% de la gente, y de los pensadores como Eduardo Santa, vienen de pueblos, y el venir de ellos no los limitó para llegar a ser lo que fueron. Entonces, cuánta gente ha

nacido en los pueblos, aunque esa diferencia importa cada vez menos, pero sigue siendo cierta. Entonces, uno toma un libro como el de Hermes Tovar y uno empieza a ver cómo en el siglo XIX se articula, no desde los censos, sino de unos informes demográficos, la municipalización del país. Y eso precisamente nos va a contar una historia sorprendente, donde no hay rural o urbano, ¡esas son pendejadas! Sino el cómo circula la gente, cómo circula el Estado, y esos son temas mayores y no tonterías, pero eso no lo hemos contado, no hemos podido pasar de la monografía de pueblo, estructurada con un pasado precolombino inventado, un acto fundante, una historia muy sucinta, y a partir de allí, personas y lugares.

La pobreza historiográfica de esos pueblos es violenta. Yo no culpo a quienes las escribieron, pues las hicieron pensando que ese era el oficio. Pero ¿dónde hay un atlas de municipios colombianos? Ni siquiera lo tenemos. El otro día ¡casi me sacó un ojo!, intentando saber cuántos municipios tiene Colombia. Algunos llegan a 1.119, lo cual es falso. Finalmente, supe que era entre 1.101 y 1.102, según las fuentes del DANE y el Censo de la Registraduría. ¿Pero cómo así? Y me tardé ocho días buscando, ya que necesitaba la información para un libro, pues mis cifras no cuadraban. Y resulta que a San Andrés y Providencia, para efectos censales los separan y en otros casos no, así, de acuerdo cómo se consideren la cifra cambia. ¿Cuántos somos? ¿Cuántos municipios existen? ¿Cómo podemos pensar un país que se limita a Cali, Medellín, ahora sí a Ibagué, Barraquilla, Cúcuta, Bucaramanga? Y ese es el libro de Hermes Tovar, al que debemos prestar atención, pues eso es historia urbana, aun cuando no esté catalogado como tal, en el sentido que está planteando un problema de territorio. Sin embargo, muchas de las cosas que escribe Hermes, que son básicas e importantes, tienen desafortunadamente unos públicos lectores menores.

Y volviendo al libro de Eduardo Santa, allí se observa cómo se configura eso que denominamos aldea, de lo cual no tenemos ni un solo trabajo. Nos quedamos en los temas de campesinos empobrecidos y las visiones de Santa y sus muchachos respecto de que ese el mundo salvaje, los rústicos que tenemos que civilizar. Eso sigue vivo en este momento, y nosotros seguimos creyendo que eso es historia agraria y que se debe contar desde el conflicto agrario, pero no hemos encontrado las otras dimensiones de lo rural, porque entre lo rural y lo campesino hay una diferencia. Pero hemos podido, no hemos podido.

Y eso no sucede solamente con el libro de Santa o las dificultades institucionales para saber cuántos somos y dónde estamos. También, en el ámbito universitario esa idea de “aldea” que intentó sustituir la geografía desde fines de los años 1960, parece no haberse modificado del todo.

Sí. En el trabajo “Cultura e identidad obrera”³⁵², Archila mencionaba que en 1900 Bogotá era todavía una aldea grande. Semejante consideración no deja de suscitar preguntas, aún más, cuando se trata originalmente de una tesis doctoral.

La ciudad es simplemente el telón de fondo sobre el cual ocurren las cosas. Ahora, eso es lo particular de la historia urbana, cuando uno convierte en actor central lo que es el telón de fondo para otros. Y entonces, encuentras que te empieza a dar unos matices, unas explicaciones que se entienden desde ahí.

Lo indicado por Zambrano y Mejía puede corroborarse de alguna forma con algunos ejemplos. En el inicio de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia durante 1984 y fungiendo como director Hermes Tovar, este último hizo un balance sobre la investigación histórica, texto publicado ese mismo año.³⁵³ En él, tanto la ciudad como en su conjunto los asuntos espaciales, no aparecían. Parcialmente se divisaba la demografía, aunque sin mayor vínculo con alguna constitución de un territorio específico.³⁵⁴ Aun cuando Tovar consideró que lo dicho se trataba tanto de lo hecho, como de las “ambiciones del futuro”. Cosa similar se presenta en un intento de “recuento del papel del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, sede Bogotá, en la gestación de la disciplina histórica en el país en la segunda mitad del siglo XX”³⁵⁵,

³⁵² ARCHILA, Mauricio. *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991.

³⁵³ TOVAR, Hermes. “El Departamento de Historia y la investigación histórica en el País”. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. No. 12. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1984.

³⁵⁴ Un ejemplo contrario fue el que construyó Julián Vargas desde mediados de los años 1980 y que más tarde, tras su muerte, se incluyó en una obra. En esos textos, Vargas valiéndose de “padrones” y otros documentos muestra no solo índices de natalidad y morbilidad, sino un conjunto de circulaciones y movimientos de poblaciones, que tenían un alto impacto sobre el conjunto de la vida en la ciudad. VARGAS, Julián. *La sociedad de Santa Fé colonial*. Bogotá: Cinep, 1990.

³⁵⁵ ARCHILA, Mauricio. “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá.” En: VV.AA. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2006, pp.175-205.

desarrollado por Mauricio Archila. En este último, resulta curioso como en el conjunto de aportes hechos por dicho Departamento, no figura “la historia urbana” y mucho menos, la ciudad como problema de estudio, aun cuando Zambrano perteneció a ese *lugar* durante más dos décadas. Aunque el panorama es un tanto más halagador fuera de Bogotá, lo escaso no deja de primar. La tabla 3 puede ayudar a comprender un poco mejor el asunto.

REVISTA	INSTITUCIÓN	NÚMERO DE PUBLICACIONES	AÑOS	PERSPECTIVAS
Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura	Universidad Nacional de Colombia	19	1964, 1990, 1991, 1993, 1997, 1998, 2003, 2004, 2006, 2007, 2010, 2011	<ul style="list-style-type: none"> • Historia del arte • Historia de los movimientos sociales • Historia política • Historia de género • Patrimonio • Historia de las mentalidades • Historia social • Historia local y regional • Historia del poblamiento
Historia y Espacio	Universidad del Valle	7 (?)	2004, 2006, 2010, 2011	<ul style="list-style-type: none"> • Historia urbana • Historia de las mentalidades • Historiografía
Historia Crítica	Universidad de los Andes	12 ³⁵⁶	1989, 1990/1991, 1993, 1997, 1998, 2003, 2004, 2006, 2007, 2010, 2011	<ul style="list-style-type: none"> • Historia de la cultura • Historia social • Historia económica • Historia urbana • Historiografía • Historia de las mentalidades • Historia del territorio • Historia ambiental
Memoria y sociedad	Universidad Javeriana	6 (?)	2004, 2005, 2006, 2007, 2008	<ul style="list-style-type: none"> • Historia de la educación • Historia urbana • Patrimonio • Historia social • Historia ambiental
Anuario de Historia Regional y de las Fronteras	Universidad Industrial de Santander	5	1998, 2009	<ul style="list-style-type: none"> • Historia territorial • Historia social • Historia económica • Historia de la arquitectura • Historia del arte • Historia del poblamiento
Historia y Sociedad	Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín)	2	2004, 2007	<ul style="list-style-type: none"> • Historia urbana • Historia de las mentalidades
Historia Caribe	Universidad del Atlántico	7	1995, 1998, 2000, 2001, 2002, 2004	<ul style="list-style-type: none"> • Historia política • Historia urbana • Historiografía
Fronteras de la Historia	Instituto Colombiano de Antropología e Historia	2	2006, 2011	<ul style="list-style-type: none"> • Historia urbana
Revista de Estudios Sociales	Universidad de los Andes	7	2006, 2011	<ul style="list-style-type: none"> • Historia del territorio • Historia urbana • Historia del poblamiento • Arqueología • Estudios Culturales

³⁵⁶ Para Renán Silva la producción de esta revista en lo concerniente a la historia urbana era entre 1989 y 2002, de 5 artículos lo cual correspondía al 3,2% del total de artículos publicados. Mientras la principal tendencia era la historia política con el 23,5%, unos 38 artículos. SILVA, Renán. *A la sombra de Clío: diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta Editores, 2007, p. 217-218.

Boletín Cultural y Bibliográfico	Biblioteca Luis Ángel Arango	8	1985, 1995, 1998, 2004	1986, 1997, 2001,	<ul style="list-style-type: none"> • Historia urbanísticas • Historia urbana • Fotografía • Historia de la arquitectura • Historia social • Historia de las mentalidades • Literatura
Credencial Historia	Casa Editorial El Tiempo	8	1994, 1998, 2007, 2011	1996, 2001,	<ul style="list-style-type: none"> • Historia de las mentalidades • Historia de la arquitectura • Cartografía • Historia urbana

Tabla 3. Publicaciones realizadas en las revistas producidas por departamentos de historia o similares, en Colombia, relacionadas con las historias de ciudades

Diálogo 4.

El pensar una idea de ciudad, así como una idea de “historia urbana”, implica configurarla en la escritura. Primero con los cortes realizados y luego, con sus respectivas organizaciones. Por ejemplo, observamos cómo en la primera parte de este trabajo, los viajeros que visitaban a Europa venían muy seducidos por asuntos como las cárceles, la policía, o el conjunto de instituciones que disciplinaban el cuerpo, muchas de ellas puestas en marcha durante la Regeneración.

Eso es muy fuerte a finales del XIX y principios del XX. Por eso yo creo que la Iglesia fue tan importante en esa escritura de la historia.

(...) Es probable. De todas formas, lo que si es claro es que el XIX es clave en la formación de una mirada de la ciudad. Porque la aparición del ciudadano como sujeto político, pero no el ciudadano como habitante urbano que toma decisiones sobre la ciudad va a llevar a crear ese mito de la Atenas Suramericana. En él se privilegian los espacios cerrados y no los abiertos, el espacio público se deja a la deriva, ante el hecho de no poderse con ellos, y se privilegian los espacios privados. La Atenas Suramericana existió precisamente en los espacios cerrados. No fue como en Buenos Aires, donde existió un proyecto de ciudad y un proyecto de espacios públicos. Y en ese sentido, el siglo XIX es la clave para entender cuál es la mirada para el siglo XX.

Otro de esos ejemplos respecto al siglo XIX, y que resulta muy temprano, es el de Anthony Maingot, dedicado al impacto urbano por parte de los distintos conflictos desarrollados entre 1810 y 1858, y publicado en uno de los textos considerados como la

apertura a la “Nueva Historia Urbana” norteamericana.³⁵⁷ Justamente en uno de los espacios temporales sobre los que menos existen trabajos en cuanto a las historias de ciudades se refiere.

Ahora, también podríamos decir que una historiografía muy pobre en lo colonial y que la que trabaja el siglo XIX, lo observa como una época de caos, mientras que los primeros 30 o 40 años de ese siglo los pasan en tres páginas. Poco o nada se tiene que decir en términos urbanos. Con el descubrimiento, digo descubrimiento porque en cierta forma lo es, del cabildo en la construcción de los estados nacionales, eso puedo cambiar, pero de forma reciente. No se percataron porque estaban viendo solamente la capacidad de exportar. Vuelven y empieza la historiografía a mediados del siglo XIX. ¿Cuándo en un libro de estos hay una mención de las instituciones urbanas? ¿Cuándo hay una mención a las prácticas? ¿Cuándo aparece el habitante de la ciudad? Jamás. Eso es de ahora y esos son los temas que estamos trabajando actualmente. Vale por lo que hicieron, siguen siendo sumamente importante, siguen siendo nuestras obras de referencia, los seguimos leyendo y mal haríamos en no leerlos. Pero, si nos quedamos en que esa es la visión de lo que es la historia urbana, tendríamos problemas.

Pero como lo pensara Michel de Certeau³⁵⁸, la escritura debe ajustarse a un lugar institucional, el cual implica formas reguladas de producción del conocimiento y junto con ello de su respectiva circulación. Ya nos interrogábamos un poco sobre ciertas falencias para que las experiencias colombianas en “historia urbana” sean conocidas por otros lugares latinoamericanos.

Otro de los problemas que tiene que ver con la presencia nuestra en el ámbito internacional es la limitación de nuestras formas de publicar, además de las dificultades para que los libros que se producen aquí, circulen por el resto del mundo. Ciertamente terminan con mayor facilidad en una biblioteca norteamericana que en una ecuatoriana, porque las norteamericanas tienen compradores de oficio, en cambio, de México para acá no los hay. Entonces, uno sabe que si publica un libro, lo más seguro es que esté en

³⁵⁷ THERNSTROM, Sthepan y SENNETT, Richard. Editores. *Ninetheety century cities: enssays in the new urban history*. *Op.cit.*

³⁵⁸ DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. *Op.cit.*

una biblioteca de los Estados Unidos, de alguna manera vas a dar allá, pero ciertamente no lo vas a encontrar en la Biblioteca Nacional de Chile, y mucho menos, en la Universidad Católica de Chile, por ejemplo. Ese es el problema. Yo acabo de terminar un trabajo sobre América Latina –urbana- desde finales del siglo XVIII hasta hoy, y una de las dificultades es precisamente la bibliográfica. Eso es en parte, porque nosotros transitamos por Estados Unidos para conocer muchas cosas. Afortunadamente hoy está inventada la web y con ella es posible tener acceso a unos materiales, sobre todo en revistas, que antes no soñabas, o una ventaja enorme, que fue lo que yo me encontré, y es el acceso a un conjunto de fuentes primarias inimaginables, además, completas en la red. Desde luego debe saber buscar.

Entonces, las condiciones de producción son un tanto distintas. Sin embargo, desde Colombia es posible hacer un ensayo sobre la ciudad latinoamericana, aunque sigamos teniendo problemas. El libro señalado antes sé que va a circular por América Latina debido a que lo edita Taurus, pero si fuera el que acabo de sacar con la editorial de la Universidad sería diferente. Y eso que, se está moviendo, pues van a ferias como la de Guadalajara, que es un importante escenario. Igualmente, están representados en otras ferias nacionales de América Latina. Hay un esfuerzo serio de algunas editoriales de estar promoviendo la circulación en el exterior. Y creo que es por ahí el asunto. Ahora hay mejores condiciones que antes, pero todavía lejanas de lo que debería ser, y es allí donde indudablemente existe un cuello de botella. Y desafortunadamente reducir la producción a artículos de revistas internacionales, es empobrecer la producción. Para nosotros el libro sigue siendo importante, por su gran aliento, por la exploración a profundidad. Pero ese es el que no circula. Mientras que el acceso a estas revistas por parte de los estudiantes universitarios todavía es muy pobre. Una de las complicaciones de esas revistas grandes es la lecturabilidad.

Yo creo que el localismo es un problema de condiciones de producción y distribución del conocimiento y saberes, que no se resuelve solo con las revistas, y menos las indexadas, pero no por eso recomiendo no leer en otras partes. Yo tuve un estudiante mexicano que vino a estudiar aquí luego de leer uno de mis artículos en México, lo cual es muy difícil de medir. Ahora, hay que también tener cuidado con los índices, ya que no están reflejando todas las posibilidades de lectura, al estar limitados por los grandes monopolios. Pero

existen otros materiales que circulan de otras maneras, que a pesar de las dificultades terminan por circular y uno se termina por llevar sorpresas.

No debemos olvidar cuáles son las condiciones de producción de un libro o un artículo en Colombia hoy en día, para dedicarse un año a la escritura con ciertas posibilidades, se requiere un respaldo institucional, si es que uno no está financiado por fuera. Yo tengo respaldo institucional y puedo hacer cosas que antes no podía, ya que tenía que salir a trabajar para poder vivir. Hoy las condiciones de producción de los artículos están mediadas por el afán de los puntos. Entonces, uno ve que hay muchos artículos muy rápidos o unos artículos muy lentos, pero en el fondo no está importando mucho que se diga, sino sus efectos en el escalafón. Eso nos está creando problemas. Además, la ausencia de editoriales grandes, editoriales comerciales, nos afecta también. Y en eso somos culpables, nosotros no somos capaces de escribir historia buena para esas grandes editoriales, porque hemos creído que al ser intelectual no se puede escribir para Taurus, por ejemplo. ¡Al diablo! Hay que meterse a Taurus, produciendo algo que ellos lo puedan escribir. ¿Por qué pueden los peruanos, los argentinos, los españoles? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Cuáles son nuestras incapacidades para escribir buena historia para público general?

Pero Mejía nos ubica en el punto donde no solo estamos dependientes de ciertas condiciones de producción de conocimiento, sino de las características particulares de esa producción. En otras palabras, de las formas de escritura que utilizamos para llegar al lector, o el uso de otras estrategias comunicativas, como por ejemplo la televisión. En los últimos años hemos visto en los horarios de mayor audiencia series dedicadas de una u otra forma a la historia colombiana –en diferentes periodos-, pero sin un solo análisis por parte de los historiadores pertenecientes a las universidades colombianas más reconocidas.

Yo me pasé un año contándole a la gente que iba a pasar mañana, que, desde luego, era para morirse de la risa. Y mi respuesta era -que quiere que yo sepa si es una novela, pero la gente creía que era de verdad. Son novelas, que tienen un fondo histórico. Si Usted me pregunta a mí, yo no puedo sentar a “La Pola” con Nariño, pero la producción del programa así. Ellos se dieron esos lujos, que historiográficamente no son viables. No sabemos si ocurrió o no ocurrió, pero documentalmente no lo podemos probar. Por la

misma época hicimos en el Ministerio de Cultura dos series de televisión, “Diálogos de la Independencia”, que fue una simple entrevista. Se hicieron 15 programas con \$60.000.000. Y la condición para poderlo hacer fue llamar a los amigos, para que no cobraran y poder usar la plata en la producción. Y como eso entró gratuito en todo el sistema de la televisión pública pues todavía lo pasan. Y me parece que es una versión decente, bajo un mecanismo lo más barato posible, un entrevistador y un entrevistado, con un fondo quieto, no tienes cámaras en movimiento. Y sin embargo se ve y se vio, y me lo han comentado cantidades. Y sobre todo porque los entrevistados hablaban con toda la autoridad del tema. Y yo creo que eso le dio valor. La otra serie fue “Viajes a la memoria”, que fueron 25 programas, no fue referido propiamente a la Independencia, sino a aquellas narraciones locales fundantes. Eso costó más de mil millones, un plata. Y estuvo en el marco de un convenio fue muy sencillo, una vez que pasara por primera vez en el Canal Caracol quedaba libre para seguirse usando en todo el país, y eso fue lo que ocurrió.

Lo que quiero decir con esto es que yo no puedo presentar esos dos trabajos, que fueron dos años de esfuerzo, como producción académica aquí en la Universidad, pues no lo valen. Ni siquiera el gremio, en este caso la institución, reconoce ese tipo de productos. Mientras que un libro como “Los años del cambio”, del que fueron editados 3.000 ejemplares, y supongo que fotocopiado van como en 5.000, por su parte “Viajes a la memoria”, en un mes, lo han visto cerca de un millón de personas. Y se trató del mismo trabajo de historiografía para armar su estructura, así como de “Diálogos de la Independencia”. Para este último se tomó entre el año 1810 y 1819, y en algo se aproxima a 1820; fueron 15 capítulos divididos en dos, 30 asuntos en un periodo de 9 años. Y así lo arme, por una sencilla razón, porque había salido una orden de Presidencia de que se empezara a hacer la famosa cabalgata del 7 de agosto, y entonces, nosotros que veníamos luchando por defender el 20 de julio y las autonomías provinciales del año 10, como lugares de construcción de la república, de lo civil, nos metió la Presidencia de la República, el ejército. Al yo estar en el Ministerio de Cultura, me tocaba manejarlo con cuidado. La respuesta fue entonces sacar un programa donde contemos los 9 años, tratemos de contrarrestar esta salvajada que nos están haciendo de que la Independencia fue Bolívar, y fue Uribe y sus cosas. Pero es eso, “Diálogos de la Independencia” y “Viajes a la memoria” no tiene valor académico y nosotros mismo somos culpables de eso. No ha habido crítica ni como estructura narrativa, ni como

programa de televisión, más allá de saber que la repetición es una muestra de que por un lado las programadoras no tienen qué pasar y segundo, que entonces, escogen esto porque ha tenido buena aceptación.

En este sentido, el conjunto de la producción historiográfica colombiana es muy pobre en términos de compra de libros y revistas por parte de un público no especializado.

Ese sigue siendo el reto, escribir para gran público, el hecho de que no seamos capaces de hacerlo es otra cosa. Estamos encerrados en nuestro lenguaje académico y está bien, uno debe ser capaz de escribirle a la comunidad de saber, y ese es el caso del artículo, pero otra cosa es llegarle al gran público, y eso es el libro. No sé si me muero frustrado o no. Lo que voy a decir no es pretencioso: mi interés no es tanto que me lean historiadores como que me lea la gente, porque si hago historia de Bogotá que me lean entonces los bogotanos. Ya que en otro sitio nos encontramos los historiadores y nos aburrimos, pero aquí no. Más cuando, y esa fue una de las conclusiones básicas que sacamos del Bicentenario, la pobreza de memoria histórica que tenemos es miedosa. Así, telenovelas y series que vienen de los años 1970 para acá siguen siendo los referentes. Y en cuanto a lo que se enseña en los colegios, que es de la pobreza más grande, es culpa nuestra.

Pero lo anterior está sujeto a esas dificultades ya indicadas por Paul Ricoeur³⁵⁹, cuando consideró cómo la narración es una de las formas para hacer realidad el tiempo, y probablemente el lenguaje visual sea un poco más cómodo para ello. Pues el tiempo, sostiene el mismo Ricoeur, es algo que no se deja decir, y por eso el tiempo es cuando es tiempo narrado, un “tiempo humano”. Por eso la relación entre relato histórico y relato de ficción, pues las aporías del tiempo son, al menos, parcialmente resueltas con la poética de la narración, que solemos llamar de diversas formas, pero que no son nada lejanos a las decisiones que tomamos desde cómo organizar un texto, los asuntos que seleccionamos para ello y las habilidades para contar una historia.

³⁵⁹ RICOUER, Paul. *Tiempo y narración. III. Op.cit.*

Uno debe decidir a ese respecto y no está exento de equivocaciones. Entonces, ¿cuál es el temario? Porque el temario debe producir lo que quieres decir y ese igualmente, el orden del texto. Por eso escribir no es fácil, y no solo por gramática, sintaxis o similares, sino porque un libro de historia es una estructura explicativa, narrada además, en la que tú tienes que tomar una decisión. Así uno puede hacer aparecer la gente de una manera muy fría, en un capítulo o que aparezca después, etc. Son decisiones de estructura y narrativa. En el estructuralismo básico, por ejemplo, la gente no era importante en términos de nombre propio, aunque sí estaba, pero dentro de esas grandes unidades explicativas. Sobre esto sigue habiendo debate.

Yo diría dos cosas al respecto. Por un lado, creo que uno no puede abandonar estos grandes niveles porque es posible perder calidad explicativa de lo que interesa, la ciudad y su funcionamiento. Y por otra parte, se tiene unas limitaciones de espacio, porque se puede pretender hacer la historia de todo, pero la necesidad de síntesis es fundamental, por lo mismo, la importancia de las decisiones. Lo otro es tener mucho cuidado al tener nombres propios, pero que no dejan de ser meros ejemplos, sin idea que justifique recurrir a ellos. Además, es un problema de fuentes, pues si se está trabajando los siglos XVI o XVII no se va a poder hacer entrevistas, por lo cual uno está supeditado a una documentación, que se nos entrega ya de manera extraña. Es posible ir a un fondo de criminales y traer nombres propios, y armando el universo sobre el delito, pero sería extrapolar la sociedad.

En este sentido, mis dos libros ya indicados tienen una pretensión, independiente de que lo hayan logrado o no, y es que su estructura narrativa fluya, que se cuente una historia en el sentido literal de la palabra. Lo que pasa es que en historiografía contar una historia se hace mediante una explicación, aun cuando finalmente se deba contar algo. Y la manera cómo se articula los elementos para contar una historia, terminan por crear las condiciones de lecturabilidad. Por eso, independientemente, de lograrlo o no, sí hay una pretensión de narración, lo cual no implica renunciar a los grandes temas dentro de un catálogo de asuntos. Porque eso depende de lo que se entienda por ciudad y, por tanto, de lo que se tenga que mirar para dar cuenta de eso. Si uno se coloca en una ciudad de fundación, el marco será dado por el interrogante sobre cuáles son las condiciones de creación de la ciudad. En mi caso, yo la resolví yendo hasta Santa Marta. Pero no por contar el viaje de Jiménez, sino por donde empieza esta historia, que es antes, en Santa

Marta. Para entender que la expedición es más un escape a la miseria que cualquier otra cosa. De la misma manera, hace énfasis en cómo esta ciudad es percibida aun antes de su propia existencia y que rápidamente se convierte en Arzobispado, en Audiencia.

Existen muy pocas reflexiones sobre la escritura misma de la historia por parte de los historiadores colombianos. Allí podría estar uno de los más grandes problemas tanto de las historias de ciudades, como del conjunto de la historiografía producida en el país.

Es más, era visto como un mal la historiografía, por esa pretensión de que era la estructura lo que importaba. Yo creo que en eso sí se ha ganado terreno, pero nos cogió sin saberlo hacer. Y lo hemos disfrazado en la endogamia de la comunidad de saber, diciendo que le escribimos a los pares, lo cual es cierto, pero ello es empobrecer la tarea misma del historiador.

Nuevamente, llegar a un público general es una tarea bastante compleja, quizás un ejemplo interesante sea el de Felipe Fernández-Armesto. De quien por demás, se venden sus obras en almacenes de cadena. Aunque historiadores como Renán Silva consideren ese tipo de ejercicios una dependencia al “capitalismo editorial”, preocupado más por el mercado que por cualquier otra cosa.³⁶⁰

Por ejemplo, “1493”o “Barcelona: mil años de historia”. Hay libros de historia que son maravillosos, que son escritos por historiadores profesionales, pero que no tiene por qué enredarse con citar a Foucault cada párrafo, o toda la sociología francesa. Porque eso ya se tiene en la cabeza y no se necesita ponerse en cada página. Lo que necesita es soltar la muñeca y narrar. Y no tenerle miedo a eso, ya que no son libros ligeros, ni

³⁶⁰ Silva piensa que la principal tarea de la historia no es narrar o contar historias, es plantear problemas dependientes del trabajo duro y de habilidades (¿innatas?), lejos de cualquier forma de literatura. Sin lugar a dudas una posición muy controvertida, no solo por “modas”, sino porque la historia para poder “concretarse” debe valerse del lenguaje, y él está sujeto a las formas que decidamos darle. Y dice el mismo Silva que: “Habría que observar además que la idea de oponerse a los ‘coqueteos literarios’ puede ser una gran idea. No solo por razones ecológicas y de higiene espiritual, sino porque si lo que se busca es una efectiva ‘conciencia de las palabras –como dijera Elías Canetti- de parte de quienes se dedican a las ciencias sociales, lo primero que hay que solicitar es que se deje de lado todo ‘coqueteo con el lenguaje’, es decir toda actitud superficial y pueril respecto a una de las máximas creaciones culturales de la sociedad, tanto en el plano de la comunicación instrumental, como en el de la más alta elaboración espiritual.” (p.11). Ver: SILVA, Renán. *A la sombra de Clío: diez ensayos sobre historia e historiografía*. Op.cit., p. 11.

mucho menos, son libros escritos para leerse. El último que tengo de Fernández-Armesto es “1492” precisamente, y solamente en su concepción es atractivo. O, se lee una historia como la de Gruzinski, “La Ciudad de México: una historia”, y fluye la lectura, sin necesitar tanto el aparataje. No sé qué tanto lo lean los mexicanos, pero sí creo que debe haber un público mexicano que lo lee. Yo creo que ese es entonces el objetivo. La propuesta a la editorial es que vamos a hacer libros de historia, de tal manera que la posibilidad de lectura se amplíe. Y el libro en términos de mercado colombiano no le ha ido tan mal, cuando menos en el caso de Bogotá, porque es difícil su tránsito entre ciudades. Aunque todavía no tengo cifras. Hay una pretensión consciente. Por su parte, el segundo libro es sobre el siglo XVII, y ya le tengo un nombre. En principio, se iba a llamar “ciudad barroca”, pero ya me aburrió el nombre por evidente, y es posible entonces que se llame “la ciudad mestiza”, aun cuando tampoco sea una gran innovación.

(...) Lo que se quiere es que el modelo de estos libros de historia sea el que le llegue a un gran público, que se aburre con lo que escribimos, pero que está dispuesto a leer historia.

Diálogo 5.

Al tener en cuenta las dificultades mostradas por Zambrano y Mejía, bien podríamos cerrar este apartado reflexionando sobre el futuro de la “historia urbana”. Paradójicamente, un poco por influencia de la arquitectura, tan interesada por esos asuntos del futuro.

El futuro son las cátedras: abrir la enseñanza. El futuro son los grupos de estudio sobre temas urbanos. Pero también el futuro es la interdisciplinariedad, y eso todavía se ve lejos. Yo me asocio muy bien con geógrafos y arquitectos. Pero todavía cuesta mucho trabajo la apertura. La antropología es gran ausente, la sociología ni se diga, y que no decir de la literatura.

Yo creo que el tema es mayor, hay mucha gente trabajándolo de diferentes maneras, uno puede discutir las orientaciones, pero tienen la ciudad como objeto. ¿Qué tanto futuro? Todo. Porque Colombia se pellizcó y se encontró con el hecho de que es urbana y

entonces viene la pregunta central y es ¿qué pasó entonces? Nosotros no tenemos obras básicas de referencia donde tengamos información necesaria ciudad por ciudad, no tenemos tampoco atlas, y eso hay que empezarlo a construir, pues son las bases de conocimiento mínimas y necesarias para poder producir grandes cosas. Pero digamos en términos generales, que se está moviendo. Existen muchas tesis, y lo sé por las solicitudes que llegan al correo electrónico. Entonces yo le veo todo el futuro del mundo.

Ahora, los problemas son de calidad, radicados, por ejemplo, en la capacidad de formular un tema. Ese es el caso de una estudiante que hace días me informó de que quiere hacer una historia de Girón y mostrar sus tendencias hacia la concentración urbana entre 1860 y 1880. A lo cual yo dije que no era posible, pues no es una pregunta que se pueda hacer para 20 años. La he felicitado por Girón, ya que es increíble que no haya una historia sobre esa ciudad cuando es una de las más importantes de los Santanderes en el mundo colonial, junto con Pamplona, para la cual tampoco existe alguna historia urbana. Hay un problema en la estructuración del asunto, tanto en dicha propuesta, como en otras, así como existe un problema en la capacidad de escribir, asociados estos inconvenientes, de nuevo, a ese catálogo de preguntas. Entonces se opta por lo más evidente, por una historia de plazas, de calles, de servicios, es cómo es el temario básico que uno espera encontrar.

Sin embargo, aparece una indigestión mayúscula que hay en nosotros, en nuestros estudiantes, y es de lo teórico entendido como que si yo conozco a Foucault, ya soy capaz de escribir historia. Y lo digo con nombres propios, entre Foucault y otros como Deleuze. En las universidades están atiborrados los estudiantes de estas lecturas y uno se pregunta entonces por cuál es el oficio. Pero espero no se me malentienda, no estoy diciendo que eso no es importante, lo que dije es lo mismo a lo indica respecto a Fernández-Armesto, ya que estas personas tienen eso en la cabeza, pero su escritura es de historia, que no se resuelve a punta de citas. Entonces, uno observa que hoy en día no es posible leer algo que no pase por habitus o biopolítica. Es posible hablar de biopolítica pero sin mencionarla. Uno lee la palabra biopolítica y siente que después de eso no hay nada, y eso me preocupa. Una tendencia muy grande a lecturas flojas, mal hechas e incompletas de pensadores muy complicados, muy complejos, que entran a reemplazar la formulación del problema y la capacidad de articular un catálogo de asuntos.

Las buenas tesis son las que son capaces de salirse de ahí, teniéndolo, y las malas tesis son unas parrafadas enteras que no las entiende ¡ni Mandrake!

Y por último. Yo veo que hay otro problema a solucionar, la moda que hay hoy en día de lo historiográfico entendido de una manera en la cual el citar parece sustituir el trabajo. Yo lo único que le pido a mis estudiantes en el salón de clases es no repetirme que dijo fulano, ya lo leímos, sino que me permitan leerlos a cada uno. Así, la producción de conocimiento que venga de esa síntesis grande entre los teóricos, entre la historiografía escrita, pero entre su trabajo, y eso implica aventurarse y proponer, desde luego citando, para ser honesto. Lo que es de cada quien es de cada quien. Pero con lo que contamos es una tendencia muy fuerte a que los textos terminan siendo una colección de citas, fulanito dijo, zutanito dijo, entonces el documento tal, y termina siendo un tejido. Yo sí creo que la historiografía es alrededor del problema, del asunto que nos convoca, el asunto es el que me permite reunir una bibliografía, un aparato y que me permite resolver algo, que no se reemplaza por un simplemente coleccionismo de referencias, poniendo en el mismo párrafo a gente que uno sabe que se odió en la vida, que no se podía tolerar uno con el otro. Uno ve citado a Foucault junto a otros autores, entre quienes no se pasaban.

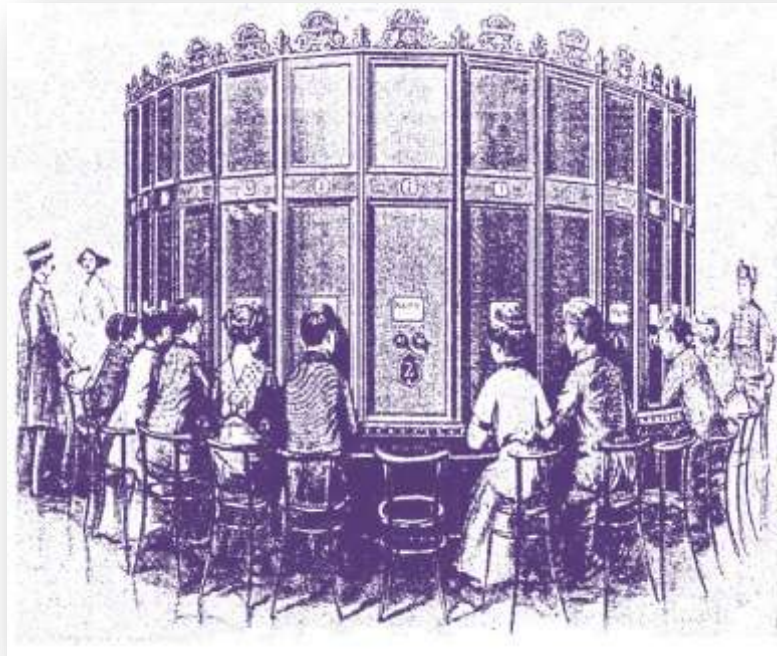
Yo sí soy optimista de que la historia urbana va a crecer como un gran campo, hay otros campos que también se están trabajando, pero si se une territorio con ciudad, con espacio, con circulaciones, se entiende de una u otra manera. El uso de instrumentos más complejos desde la cartografía, afortunadamente están ayudando en esto. Veo esas dos invitaciones en estos momentos de estos historiadores jóvenes que son los que nos van a reemplazar: cuidado con una mala escritura en el doble sentido, párrafos que son ilegibles, así como de la incapacidad de estructurar el texto, una verborrea que termina aburriendo. Lo historiográfico, los conocimientos adquiridos y los estados del arte son importantes, pero no son el objeto de la historiografía, pero desde luego, no es un regaño.

Al *final* de cada entrevista cada autor dejó abierta la conversación, pues aquí no está resuelto todo. Y continúan, entonces, sus labores con el objetivo de mantener un escenario de estudio, de perseguir su “definición”, el de las historias de las ciudades colombianas. Conversarán sobre un sueño.

Cuarto Cuadro. Exergo 1: Chateaubriand y el viaje como experiencia

“Escribir historia significa dar su fisonomía a las cifras de los años.”
Walter Benjamin. *Libro de los pasajes*

§ 35. *Panorama en Paris*



Fuente: BUCK-MORSS, Susan. *La dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes.*

§ 36. El itinerario de Chateaubriand

Si seguimos la indicación de Hegel de que “los fenómenos naturales son estéticos, en cuanto adquieren significación social humana”³⁶¹, podemos sugerir esa misma condición (estética) a los elementos descriptivos de los viajeros y en particular al caso de François-René Chateaubriand³⁶². Las observaciones de este autor y sus respectivas traslaciones a la escritura, no son otra cosa que la conciencia de las limitaciones del hombre, que aun cuando desee atraparlo todo, debe enfrentar el peso de la naturaleza, del universo. Se trata, como sostuvo Cassirer³⁶³, de un conjunto de referencias o coordenadas a los que los hombres regresamos continuamente, al mismo tiempo que se sueña, se desea, constituirse en Ícaro, pretendiendo alcanzar el cielo y desde allí tenerlo todo. En tanto más se ata a la tierra, más se quiere volar. Y la manera que le resta al hombre es en parte la que nos dejan los viajeros, la que les mostró Chateaubriand a los viajeros subsiguientes, el *itinerario*. Este ejemplo está constituido por dos elementos principales, la descripción e indicación de las rutas, y la confrontación de los *panoramas*³⁶⁴, hecha sobre esos lugares visitados, en particular las ciudades. Walter Benjamin indicó que “el

³⁶¹ Citado por: NEIRA, Carmenza. “La tierra: espacio del hombre, mapa de la historia”. En: *Cuadernos de Geografía*. Vol. III- Número 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1991.

³⁶² CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario de París a Jerusalén. Y de Jerusalén a París*. Madrid: Tipografía de Mellardo, 1850. La primera edición en francés corresponde a 1811 y es la primera obra dedicada a los viajes que se publica del autor francés, aunque un escrito dedicado de manera particular a Jerusalén apenas verá la luz en 1950. Chateaubriand “fue el último nacido de la nobleza bretona, que venía del Antiguo Régimen y experimentaba tan fuertemente lo que se transformaba bajo sus ojos en éste, viajero que abandonó primero el Viejo Mundo para rencontrar el tiempo sin edad de los salvajes, él, un vencido de la Revolución, en resumen, comprendió mejor que muchos de sus contemporáneos el nuevo orden del tiempo de los modernos, ya que supo hacer de esta experiencia de la ruptura del tiempo, de esta falla o brecha, la razón misma de su escritura.” HARTOG, François. *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencia del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007, p. 89.

³⁶³ CASSIRER, Ernst. *Filosofía de las formas simbólicas*. Tomo III. México: Fondo de la Cultura Económica, p. 171.

³⁶⁴ El panorama consistía en una gran cilindro en cuyas paredes estaba dibujadas unas series de imágenes que generaban la ilusión de un espacio continuo, al ser pintadas comúnmente en un formato de 360°. Fue patentado por el irlandés Robert Baker en 1787 y presentado en Edimburgo en 1788. El nombre de panorama corresponde a la unión de dos términos griegos, “pan” (todo) y “hórama” (lo que se ve). Fue tal su aceptación que se constituyó en uno de los espectáculos más importantes del siglo XIX, especialmente en Europa y Estados Unidos. Llegó a tener variaciones en ciclorama, diorama y cosmorama, entre otros. En el caso de París, uno de los principales lugares donde se ubicaron fueron los pasajes, es más, uno de ello recibió el mismo nombre. La mayoría de los imágenes que rodaban en los panoramas correspondían a ciudades, Roma, Atenas, Ámsterdam, Londres, Florencia, Jerusalén y desde luego, París. Al principio, las imágenes provenían de pinturas, desde la invención del daguerrotipo, se sumaron las fotografías.

interés del panorama es ver la verdadera ciudad: la ciudad de la casa”³⁶⁵. Y es que efectivamente el desafío que se le presentó a Chateaubriand no fue nada menor. Nos dice el mismo autor francés:

“Se vieron en París los panoramas de Jerusalén y Atenas: era completa la ilusión, y á la primera ojeada vine en conocimiento de los monumentos y lugares que yo había indicado. Ningún viajero se vio nunca sujeto a tan dura prueba, y no podía contar yo con que transportasen Jerusalén y Atenas á París, para convencerme de mentira ó verdad. La confrontación con los testigos fue favorable; se reconoció en tanto grado mi exactitud que diversos fragmentos del Itinerario sirvieron de carteles y explicaciones populares a las descripciones de los panoramas.” (Sic)³⁶⁶

Para Chateaubriand, el objetivo del viajero era mostrar con “exactitud”, “ser fiel”, justamente para ver mejor esos panoramas, sin que ello implique caer como Ícaro. El propósito de esa fidelidad, de esa verdad, que no se ajusta a los baluartes contemporáneos, era –nos dice el mismo Chateaubriand- completar la ilusión. Semejante ilusión puede observarse cuando menos en dos sentidos. En su acepción etimológica, en la que proviene del latín *illusio* (engaño), proveniente de *illúdere* (burlarse de, mofarse de), que a su vez se radica en *lúdere* (jugar). Podríamos decir que, *Itinerario* y *panorama* forman parte de un juego que tiene como propósito generar un efecto de realidad, de un *así es*, bien por el camino de una percepción nueva para quienes no conocen las ciudades referidas –en los *panoramas* y en el *itinerario*-, bien por la expresión de Chateaubriand de “vine en conocimiento”, que no es otra que un tipo de torrente de vivencias anteriores a partir de las cuales se pretende la confirmación de lo que se ve. Por otra parte, la comprensión de la historia como eso, una ilusión, que termina siendo nada más que “fragmentos” que sirven para ayudar a comprender otras imágenes. La mayoría de éstas corresponden a ciudades y es que en este juego los usos del lenguaje resultan vitales para el autor. Como lo mostrara Bachelard³⁶⁷ en sus citas de poetas (como Rilke, Henri Bosco, Loti y Diolé) la llanura se “engrandece”, la selva y el bosque son “misteriosos”, mientras que el desierto es latencia de la “errabundez” –el mar puede ser considerado como un desierto, tal y como lo hace Chateaubriand. Y en la medida que “nuestra experiencia contemplativa de los elementos del planeta tierra es proyección del

³⁶⁵ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. *Op.cit.*, p. 546 – Q2a, 7.

³⁶⁶ CHATEAUBRIAND, François-René. *Op.cit.*, p. VI.

³⁶⁷ BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. *Op.cit.*

modo como nos valoramos en el mundo”³⁶⁸, esa valoración es urbana. Pues ante la inmensidad de las otras espacialidades, Chateaubriand acude a la finitud, no en vano coincide con el *panorama*, en lo referente a tener todo lo que se ve.

Esa otra forma de tenerlo todo, de generar esa ilusión, es la historia. Ella le ofrece a Chateaubriand no solo dicha finitud, sino una morada, ante un mundo que se desborona a sus pies. Esta última la ha perdido por su propia decisión, ante su ruptura con Napoleón en 1806 que lo motiva a buscar con mayor ahínco los padres que le enseñaron desde los libros sobre los aspectos de la vida política y el padre eterno en Jerusalén – Chateaubriand ya había salido de viaje en 1804. Busca escapar de la imagen de Marianne, de la madre que alimenta a Francia con su seno descubierto; la misma Francia que pretende dar fin al Antiguo Régimen y correr sin ninguna restricción. Respecto a lo cual cita a Eurípides diciendo “¡hijos míos! Vuestra patria se convirtió en un desierto”, no quedando más que la errabundez. Como Caín, es “errante y fugitivo”, como Caín, funda una ciudad para guarnecerse. Y lo hace con la escritura, con *el Itinerario*, pues ella es en sí misma un recorrido lleno de sacrificios.³⁶⁹ Jerusalén se convirtió en su deseo, en un fantasma, pero ella terminó por desvanecerse. De forma similar al ángel de la historia de Benjamin, observa que de Esparta y Atenas no quedan más que ruinas, y por eso dice:

*“Esta imagen de mi patria, que venía de repente á colocarse entre los cuadros que tenía a la vista, me llenó de ternura: en aquel momento ya no calculé más que el espacio que me quedaba recorrer antes de volver a mis penates. Estaba, como el amigo de la fábula, alarmado por un sueño; y hubiera querido de buena gana volver á mi país para decirle: Vous m’etes, en dormant; un peu triste apparu, J’ai craint qu’il ne fût vrai; Je suis vite accouru. Ce maudit songe en est la cause.”*³⁷⁰

El sueño terminó por hacerse “maldito” dice Chateaubriand, y entonces “aunque soy viagero, no soy hijo de Ulises, si bien prefiero como Telémaco las estériles rocas de mi patria á los más hermosos países”³⁷¹. No le queda sino ir en busca de esas imágenes ahora derruidas y lo hace “como una especie de historiador”, pues de esa forma considera “no omitir cosa alguna”, aunque tampoco “desnaturalizar la verdad”. Y es que

³⁶⁸ NEIRA, Carmenza. *Op.cit.*, p. 210.

³⁶⁹ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. Valencia: Librería de Casiano Mariani, 1841, p. IV.

³⁷⁰ CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario*. *Op.cit.*, p. 221. En la versión española aquí citada el apartado en francés aparece justamente así.

³⁷¹ *Ibid.*, p. 201.

para Chateaubriand las opiniones no pueden restringirse y por eso se asemeja a un pintor, que aun dibujando alguna cosa, no deja de dar su punto de vista. Al igual que en el arte, los detalles le resultan fundamentales al permitirle ingresar en las costumbres, las ciencias y las mismas artes del lugar que observa. Por eso, todo lo que tiene, al igual que los espectadores de los *panoramas*, es un “cuadro” a partir del cual dar cuenta de él con “exactitud” y “fidelidad”, en la medida que el propósito del *Itinerario* sea guiar a futuros viajeros y, de paso, “renovar la historia del lugar visitado”³⁷² con los “colores” del lenguaje. Y en ello se adelanta con creces a lecturas como la de Ankersmit³⁷³, para quien es indispensable una teoría de la representación, en la que se ponga en paralelo el arte y la historiografía. Esto se debe, según el autor holandés al déficit de vocabulario con el que cuenta la descripción y la explicación, así como la significación e interpretación, originado por la ausencia de correspondencia. Esta falencia se debe a que el mundo histórico, sostiene, es *Otro* que se ve al espejo³⁷⁴, y muy poco se sabe cómo muestra este espejo el pasado, y aún más, si sea necesario seguir manteniendo la idea de la existencia de dicho espejo. Algo similar a lo que sucedía con los *panoramas* que aunque presentaban un lugar determinado poco mostraban ante el desconocimiento de quienes observaban, siendo necesarias las anotaciones de Chateaubriand.

Se trata de pensar la escritura de la historia desde la estética, en donde el historiador es un pintor, que a partir de declaraciones individuales se describen situaciones, que hacen única esa “pintura”, unicidad que fundamenta la “sustancia” narrativa, la cual no es otra cosa que la representación de la realidad histórica. Hecho, que para el autor, es evidencia de cómo se ajusta la historia al debate (estético) entre realismo e idealismo; solamente es darse cuenta de las discusiones del arte contemporáneo sobre los productos terminados como obras de arte, en donde escobas, botellas, ladrillos, etc., significan un regreso a la realidad física en donde el espectador forma parte de la

³⁷² Más tarde dirá Baudelaire en un sentido similar: “¡Sueños! ¡Siempre sueños! Mientras más ambiciosa y delicada es el alma, más la alejan los sueños de lo posible. Cada hombre lleva en sí su dosis de opio natural, secretada y renovada incesantemente, y, del nacimiento a la muerte, ¿cuántas horas contamos colmadas por el gozo positivo, por la acción lograda y decidida? ¿Viviremos jamás, entraremos jamás a ese cuadro que ha pintado mi espíritu, ese cuadro que se te parece?”. BAUDELAIRE, Charles. *El spleen de París*. Santiago de Chile: LOM, 2008, p.47.

³⁷³ ANKERSMIT, F.R. *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de la Cultura Económica. 2004. Ver en especial el conjunto del capítulo IV.

³⁷⁴ Aquí Ankersmit utiliza una metáfora de Rorty, autor que por cierto influye notablemente en las partes sensibles de la obra reseñada. *Ibíd.*

representación. Para Ankersmit, es el triunfo de la representación, que también se hace latente en la “historiografía posmoderna”, en la que lo trivial o marginal, lo poco importante para las historiografías anteriores, es el centro de interés. En otras palabras, asumen la “realidad” en la representación misma. Porque para Chateaubriand no existe una separación entre realismo e idealismo, así como el mismo Ankersmit lo concluyera en contravía a la pretensión de la epistemología. Y es que la representación, ese “cuadro”, requiere de ambos escenarios que se entrecruzan en la escritura de la historia.

§ 37. La historia según Chateaubriand

Para Chateaubriand, su texto *–Itinerario–*, en principio, no implicaba mayor interés, pues se trataba de algunas notas que alimentarían una obra que construía por esos días – *Mártires*. Pero al adquirirlo, el cuidado del lenguaje será supremo, ya que se propone mejorar las descripciones anteriores, y ello implica ser más exacto, fiel y real. Así, como en el caso del pintor que hace única una pintura, en este caso, se pretendía tal unicidad de la descripción, convertirse en la descripción. Y con ello, ser el primero en abrir una nueva carrera para futuros viajeros. Desde luego que existen otras formas de caminar ciudades y lugares visitados, pero se presenta un peso prescriptivo sugerido en la indicación de un único itinerario lo bastante fuerte. Se pretende trasladar al lector tanto un mapa mental, como un conjunto de disciplinas corporales que orientan el cuerpo en un espacio determinado; que aun cuando nominalmente sea el mismo, no es otra cosa que una creación poética que pretenderá correspondencia con estrategias hoy asignadas a la disciplina histórica, principalmente. Simultáneamente de que son una metonimia de la ruta del hombre en el mundo, teniendo como ejemplos los “grandes” hombres todos dedicados alguna vez a viajar; desde Moisés y Ulises, pasando por Platón y Aristóteles, hasta Colón y Humboldt.³⁷⁵ De allí que, no son casuales los esfuerzos poéticos, que según Chateaubriand nunca pueden evitar las reflexiones del orden político y moral. Esto en parte pretende con su visita a Grecia, de la que supone Europa ostenta un derecho y una obligación tras hallarla sumergida entre las ruinas. Escombros que por demás

³⁷⁵ CHATEAUBRIAND, François-René. *Viaje a América*. Valencia: Imprenta de Mariano de Cabrerizo, 1844. Ver de esta obra en especial el prólogo.

resultan ser la evidencia de la deuda con los muertos, con esos autores que, para el autor francés, gestaron una civilización. Y la forma que se propone para saldar semejante deuda es por el camino de aclarar las dudas que sobre los lugares visitados existen, interrogantes que se asemejan a distorsiones ópticas. Para ello, entonces, decide Chateaubriand hacer historia, aunque fuese desde la melancolía.

La idea de la historia de Chateaubriand como un saldar las deudas con los muertos, resulta de alguna forma próxima a la de Jules Michelet, quien considera la importancia de regresarlos –a los muertos- “menos tristes a sus tumbas”³⁷⁶. Así como a su forma de hacer historia. Es ampliamente conocida la erudición de Michelet, en particular por su significativo reconocimiento por la “Nueva Historia”,³⁷⁷ pero no resulta común las consideraciones de Chateaubriand cuando se hacen análisis respecto al Romanticismo. Para este último, la manera de alcanzar la “exactitud” y el ser “fiel” es con la realización de balances sobre el material existente respecto a cada lugar visitado, la agrupación de autores y temas, la corroboración de “documentos históricos”³⁷⁸ de acuerdo con el contexto estudiado; el análisis de lo que Fernand Braudel llamó las “permanencias” sobre el territorio; y, la comprensión del viaje como un “trabajo de campo”. No en vano sostiene que, “los viajes son una de las fuentes de la historia; porque por medio de la narración de los viajeros la historia de las naciones estrañas viene á colocarse al lado de la particular de cada país (sic).”³⁷⁹ En todos los casos, considerando el alto peso de las citas en la narración, frente a lo cual decide enviarlas al final de cada uno de los dos tomos que conforman la obra *Itinerario* en castellano, en procura de hacerlas extensas. Considera esas fuentes, esos autores, esos textos, como los continuadores de Heródoto³⁸⁰, en

³⁷⁶ Jules Michelet citado en DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993, p. 15.

³⁷⁷ BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé. Colaboración de Pascal Balmand. *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal, 1992, p.111.

³⁷⁸ Por “documentos históricos” entiende Chateaubriand entiende cuatro tipologías que por su edad, según el mismo autor, son las poesías, las leyes, las crónicas y las memorias de costumbres y vida privada. Ya que considera que primero las gente cantó y luego escribió. CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*, p. 7.

³⁷⁹ CHATEAUBRIAND, François-René. *Viaje a América*. *Op.cit.*, p. VII.

³⁸⁰ La primera obra de Heródoto ubicada en la Biblioteca Nacional procede más o menos de 1700, pero se sabe que esa pieza llegó a penas en el siglo XX, en tanto, la edición de 1830 perteneció a la familia Cuervo, justamente una de las pocas que terminó por radicarse en París hasta el final de sus días.

cuanto viajeros que narran su paso nutriéndose de noticias orales e historiadores locales. Respecto a los cuales indica que,

“Allí he trazado la historia de esta ciudad [Esparta] desde los romanos hasta nuestro tiempos; he citado a los viajeros y las obras que han hablado de la moderna Lacedemonia; pero desgraciadamente son tan vagas estas nociones, que apenas pueden conciliar dos opiniones entre sí.”³⁸¹

A diferencia de muchas experiencias actuales, Chateaubriand si consideró necesario advertir de que no lo había leído todo, mientras que la posibilidad de plagio estaba siempre presente, al no ser ni el primero en visitar los lugares y tampoco escribir de ellos –curiosamente desde 1827 varias de sus obras, en particular las dedicadas a viajes son consideradas plagios³⁸². Aunque buscó ser el primero. Y la manera para hacerlo fue borrar con la escritura autores y textos anteriores, al dejarlos como una cita. Igualmente, constituirse en el último, el más reciente, ese es su objetivo, tanto con respecto a Grecia, Egipto y Jerusalén, como con Norteamérica. Y para ello pretende empezar sus obras con la infancia de la humanidad, los “salvajes” americanos o los escitas. En últimas, Chateaubriand consideraba que los historiadores del siglo XIX, a diferencia de sus antepasados, no habían “creado nada” y “únicamente tienen un mundo nuevo delante de los ojos, y este mundo nuevo les sirve de escritura rectificadora para medir el mundo antiguo”.³⁸³ Y la estrategia utilizada en el marco escritural fue la narración de anécdotas, a partir de las cuales orientaba el relato para sugerir lo más anterior en el pasado del lugar visitado, que como se ha indicado corresponde especialmente a ciudades. Sumado a la citación de autores “clásicos”, la transcripción de cartas y considerar cada uno de los espacios recorridos como un “teatro”.

En este último sentido podemos decir que el paisaje constituía el fondo, las ciudades como el lugar de la escena, la poesía actuaría como la iluminación, los personajes referidos como los actores, en tanto, los dichos sucesos serían las historias a ejecutar. De allí que, su posterior proximidad con los *panoramas* no sea una casualidad. En cambio, comparten muchos elementos con ese artilugio del momento en la medida que

³⁸¹ CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario*. *Op.cit.*, p. 156.

³⁸² Ver: MOREAU, Pierre. *Chateaubriand*. *Op.cit.*, p. 13-14.

³⁸³ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*, p. 47. Hartog piensa que esta es una evidencia del cambio de régimen de historicidad. Ver: HARTOG, François. *Op.cit.*

buscan ser “fieles”: una impronta que sea aún mejor que la imagen del espejo. Para Chateaubriand las posibles falencias que pudieran sucederse en la construcción del *Itinerario*, eran producto de los usos inadecuados de la escritura,³⁸⁴ pues recordemos que ella, en su opinión, contribuye a edificar la ilusión. Por eso, para evitar esas posibles omisiones se recurre a las historias de las ciudades visitadas, a razón de la finitud que sintetiza el espacio urbano a diferencia de otros, el despliegue de la capacidad descriptiva y la referencia al pasado. Así, lograba a su modo de ver, sacar el mayor provecho de las “dos escuelas históricas modernas de Francia”, que según el autor existían al empezar el siglo XIX: por un lado la “escuela descriptiva” en la que se narraban las mencionadas anécdotas, pero sin reflexión, haciendo un “cuadro “limpio”; y por otro, estaba la fatalista, en donde se ubicaba Thiers, Guizot y Thierry, entre otros, y caracterizada por conferir especial interés a lo general, omitiendo al individuo, separando así la moral de las acciones humanas al no existir persona concreta sobre la cual recayera la responsabilidad de los actos.³⁸⁵

De allí que, se ocupara en construir e indicar un orden para la descripción, en particular con respecto a la ciudad, pues como se dijo allí se desarrollan las escenas. Pretende hacer el panorama principal, el último de ellos que condense cada una de las urbes referidas y para la perspectiva del autor francés son las más “celebres”. Así, el *Itinerario* lo que hace es prescribir el qué ver de las ciudades desde la lectura del pasado, partiendo desde la fundación misma hasta proximidades del presente, elaborando su propio *panorama* con el cual explicar la historia. Y para ello, las indicaciones son precisas, desde el inicio con la observación de monumentos –los que deberán organizarse en el texto por épocas; las edificaciones (institucionales y de habitación); los cementerios en donde yacen los padres por los que se peregrinó; las bibliotecas y archivos en los que reposan “los restos carcomidos”; las calles, de vital importancia en la medida que allí se desarrollan la mayoría de las anécdotas; los centros, donde se ubican las plazas, templos, vías emblemáticas; y el paisaje, entre el que se cuentan las condiciones climáticas y los límites de la ciudad –su finitud. En su conjunto, es un esfuerzo por “ambientar” el “teatro”.

³⁸⁴ CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario*. *Op.cit.*, Tomo II., p. 60.

³⁸⁵ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*, p. 59.

De esta manera, era posible “conocer mejor Jerusalén que la misma París”³⁸⁶ y con ello hacer “justicia” en el marco de la deuda con los muertos. Una justicia radicada en el hacer la historia, principal propósito del viajero, que en este sentido se ve como un peregrino. Un tipo de cruzado que camina hacia Jerusalén, en busca de la verdad, del mayor de los “hechos históricos”, la tradición cristiana. Porque para Chateaubriand su “sistema” está regulado por tres verdades, que se entrecruzan –un “análisis relacionado”- para producir los “hechos históricos”, la religiosa, la filosófica y la política, todas guiadas por el cristianismo. Se trata de un peregrino que camina en el tiempo como lo quisiera Agustín, valiéndose del vehículo de la poesía y en procura de “demostrar que el espíritu humano sigue una línea progresiva en la civilización”. Así, conversa con Ulises, Telémaco, Homero o cualquiera de los evangelistas. Un peregrino al que tampoco le han de faltar las penurias o aventuras, las que compara con su experiencia en la “salvaje” América –del norte-, y para las cuales ofrece consejos para sortearlas.³⁸⁷ Ese es el caso, por ejemplo, del disfrazarse, sugerido para mimetizarse entre los habitantes de una zona particular.³⁸⁸ O el método desarrollado por el autor en Jerusalén, el cual consistía en “andar de día y escribir de noche”³⁸⁹.

Un peregrino que pretendía ser al mismo tiempo el primero y el último que diera cuenta de la ciudad, llamase Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rodas, Jerusalén, Alejandría, El Cairo, Cartago, Córdoba, Granada o Madrid. Primero, porque sus *panoramas* pretenden superar con creces los anteriores. El último, porque no halla sino cementerios, donde por supuesto no haya la morada que fue a buscar tras su difícil salida de París. Pareciera entonces que ante esa desolación y su propio exilio, pues no

³⁸⁶ *Ibid.* Tomo II., p. 78.

³⁸⁷ Chateaubriand considera que la historia del mundo en la medida que es un recorrido tiene edades, lo que no solo justifica el uso particular de los “documentos históricos”, sino la asociación de salvaje a infante, y de civilizado a vejez. Ver: CHATEAUBRIAND, François-René. *Viaje a América. Op.cit.*, p. 277.

³⁸⁸ Este ejemplo fue seguido por el viajero colombiano Nicolás Tanco Armero casi al pie de la letra, tanto en Palestina, como en sus viajes a China. FOMBONA, Joaquín. “Travestimos de Tanco Armero en China y Palestina”. *Op.cit.*, p. 130.

³⁸⁹ *Ibid.*, p. 422.

se resolverá con su regreso a Francia,³⁹⁰ el final del *Itinerario* es morir en la escritura, acompañar a los muertos a su morada. Y dice en el último párrafo de su obra:

*“Yo no soy joven ni me deslumbra el aura popular; porque sé que las letras, cuyo comercio es tan apacible cuando secreto, no nos atraen de afuera sino tempestades: de todos modos bastante he escrito ya si mi nombre ha de sobrevivirme y demasiado si ha de morir conmigo.”*³⁹¹

Una especie de remordimiento le invade, como dijera Bachelard, guiado por los versos de Rilke, de no haber podido habitar esa vieja morada. Remordimiento que pretende subsanarse con la devolución del “gesto olvidado”, ante la incapacidad de no haberse saciado con la morada que buscada como peregrino. Pero semejante imposibilidad, nos los reitera Bachelard, es producto de esa casa que “no hemos soñado bastante”. Sin embargo, es posible volver a encontrarse con ese lugar por la ruta del ensueño, de la construcción de la ilusión, desde “ultratumba”, como claramente lo comprendía Chateaubriand. Porque “si sostenemos el ensueño en la memoria, si rebasamos la colección de los recuerdos concretos, la casa perdida de la noche del tiempo surge de la sombra de jirón tras jirón”, anécdota tras anécdota. Para ordenar esos recuerdos el autor francés se valió de la historia, como ya se observó. Pero esa organización, que es posterior a la experiencia, sustenta la edificación del futuro, en tanto, su forma no es otra, cuando menos en este caso, que el de una ciudad. Esta corresponde al escenario del “teatro” que pensó Chateaubriand, la que deberán avizorar, recorrer y escribir los próximos viajeros.

§ 38. El escenario de Chateaubriand

Chateaubriand pensó que el mundo, y en particular la ciudad, era un teatro, donde la poesía abundaba. Porque como lo ha mostrado Richard Sennett³⁹², el hombre en el

³⁹⁰ A su regreso a Francia la relación con Napoleón no fue la mejor y terminó exiliado en su residencia de Vallée-aux-Loips, en cercanías de París, donde finalmente escribió el *Itinerario* en fechas próximas a 1811, año en el que fue publicado por primera vez.

³⁹¹ CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario*. *Op.cit.*, Tomo II., p. 189.

³⁹² SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama, 2011. Ver en especial la segunda y tercera parte.

mundo público durante el Antiguo Régimen poseía un rol de actor, en donde lo urbano se constituyó en su escenario. Es en este último espacio en donde se alcanzaba una audiencia, aunque no dejaba de existir la misma situación de extrañeza entre el actor y el público, que se sucedía en el teatro. Así como la indicación de Tocqueville, en sus recuerdos de 1848 -desde luego un poco tardía-, respecto a la disposición de que los representantes llevarán el traje de los convencionales, en especial un chaleco de color blanco con solapas, con el que comúnmente se representaba a Robespierre en el teatro,³⁹³ el teatro se llevaba a la vida pública. Se despertaba entonces, dice Sennett, un conjunto de creencias que dependía del comportamiento de cada uno, según las conversaciones, gestos, movimientos e indumentaria, hasta el punto de construir condiciones rutinarias en la ciudad, en la medida que en las calles pululaban los extraños³⁹⁴.

“En París, a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, tanto el vestuario teatral como la indumentaria de calle trataban el cuerpo como un marco neutro, un maniquí inanimado, sobre el cual debían ser colocados las pelucas, los refinados sombreros y otros adornos; el cuerpo despertó interés, y el personaje que vestía ese cuerpo, creencia, hasta el extremo de que el cuerpo fue considerado como un objeto que debía decorarse. Dentro del círculo privado de la familia prevaleció un sentido más négligé y enteramente animado de indumentaria corporal.”³⁹⁵

Este actor público, es quien presenta sus emociones, valiéndose de signos de lenguaje para edificar una imagen que ofreciera la mayor credibilidad posible. Se trata, en parte, de lo que Austin ha denominado actos de habla, hasta el punto de hacer, como el título de su célebre libro, cosas con las palabras. Pero esto ha implicado que existan ciertas reglas que ofrecen esa condición pública caracterizada por una identidad, pues de no ser así el asunto resultaría menos social y el hombre público perdería su función y nos adentraríamos a una torre de babel con tantos extraños circulando por las calles. Empero, estas reglas como lo mostrara con toda claridad Wittgenstein no son generales, y mucho menos inmutables, sino que se adaptan de acuerdo con circunstancias. Que mejor evidencia que los recorridos presentados por Chateaubriand en el *Itinerario* y su *Viaje a América*, en donde dichos actos de habla deberán ajustarse a los escenarios

³⁹³ TOCQUEVILLE, Alexis de. *Recuerdos de la revolución de 1848*. *Op.cit.*, p. 116.

³⁹⁴ Sennett considera que existe dos especies de extraños, el foráneo y el desconocido. SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. *Op.cit.*

³⁹⁵ *Ibid.*, p. 60.

recorridos, como se cambia de escenario de una obra a otra, de un teatro a otro. Lo que se pone en juego es la calidad de la representación, ya hemos escuchado al autor francés reiterar su interés por la fidelidad, aunque no en el sentido que más tarde Ranke le dará con su connotada frase de “narrar los hechos tal y como ocurrieron”.

Chateaubriand se ubica en un tránsito entre el siglo XVIII, en donde se habita en un *theatrum mundi*, y el siglo XIX, donde la ciudad es un espacio del “espectáculo pasivo”, separada de la idea de teatro y donde el individuo deja de ser actor para constituirse en un observador, en un mirón. Es en la perspectiva de Sennett el tránsito al descubrimiento del yo, que termina ser en el caso de Chateaubriand una pesada lucha interna que se traslada a su escritura como un caminar, un peregrinar, en busca de sí mismo. En ese trasegar y al concebir la historia como un recorrido por edades, el autor cree, al igual que ya lo ha hecho Rousseau, de la necesidad de un regreso a la infancia, donde el ocio, y por tanto la corrupción, no se ha apoderado de la sociedad, llevándola a la destrucción del orden existente y embriagarse con el caos de la revolución. Chateaubriand se nota profundamente influenciado por las consideraciones de Rousseau, de allí las citas, supone hallar en los “salvajes” americanos las condiciones de vida sin ninguna contaminación, ni corrupción –como la que en su perspectiva, gobierna su época. Al respecto dice:

“Si el que devorado por la sed de conocer, se separa de los placeres de la fortuna para ir más allá de los mares a contemplar el mayor espectáculo que puede ofrecerse al ojo del filósofo, meditar sobre el hombre libre de la naturaleza y el hombre libre de la sociedad, colocados uno cerca del otro en el mismo suelo; si tal hombre, sostengo, merece alguna confianza, lectores, ustedes la encontrarán en mí.”³⁹⁶

Pero no va a poder evitar su condición de actor, pues a diferencia del autor de Ginebra, había nacido y crecido en medio de la abundancia y el ocio, en donde el movimiento importaba mucho en busca de lograr la reputación. Esto era diferente en una ciudad de menor envergadura, como la que tanto deseaba Rousseau, en donde era factible el regreso al pasado y sus “buenas costumbres”, en contravía de esas grandes y monstruosas urbes, como París.

³⁹⁶ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos. Op.cit.* Sostiene Hartog que otra de las influencias importantes, en especial para el viaje a América, fue el misionero Joseph-François Lafitau, radicado en Canadá. Ver: HARTOG, François. *Regímenes de historicidad. Op.cit.*, p. 93.

El hecho de que Chateaubriand se vea a sí mismo como un peregrino que busca su morada, que se busca a sí mismo, podría ser una evidencia para Sennett³⁹⁷ del tránsito del hombre público de actor a espectador. Aunque el autor francés no llegara a ser un mirón en su totalidad. Pues este último asume una posición pasiva, que valiéndose de los aprendizajes de las formas para presentarse ante los otros, propias de los actores, las utiliza para aislarse, en el marco de un conocimiento personal, y evitar las experiencias propias de las relaciones sociales. Para Sennett ese es el caso principal del flâneur que se “viste para ser observado”,³⁹⁸ que para Benjamin³⁹⁹ es un símbolo del burgués del siglo XIX, y que para ser conocido se requiere de un “arte de mirar” que no es posible sino desde la quietud. Silencio y parálisis se hacen requisitos para conocer.⁴⁰⁰ Y esto es fundamental para la comprensión tanto de cómo se construye el conocimiento desde el siglo XIX, como de la formas de observación, percepción y estudio de las ciudades. Pues lo que resulta ser el urbanismo es un tipo de práctica paralítica, que procura al igual que Haussmann, silenciar las ciudades y atender a actores profesionales (personalidades), ante la desaparición del actor que edificaba una personalidad colectiva. Tal y como en la imagen que orienta este cuadro, los individuos paralizados en una silla observan el *panorama*, aislados visualmente observan una imagen que para muchos era desconocida. Y esa es justamente la idea de panorama y panorámica que más tarde utilizará el urbanismo y por extensión el conjunto del conocimiento que se sirve de él. Ante una imagen que pretende ser fiel, nos dice Chateaubriand, se ubica un observador estático, con el cuerpo relajado, espera que aparezcan unas cuantas líneas que “aclaren” aún más la imagen. Pero eso parece también trasladarse a la escritura, en la medida que ya otros han viajado, han conocido por este mirón que espera un *panorama*.

Para Sennett esta situación provoca una disociación entre las fuentes de la imaginación, la creatividad y la vida cotidiana. Podríamos sugerir que lo que se presenta es una condición no solo paralítica, sino paranoica, ante la ausencia de experiencia física. El mismo Sennett consideró en otra obra distinta de la que hemos seguido, las comodidades que se extendieron en el siglo XIX, pero en particular en la segunda mitad,

³⁹⁷ *Ibid.*, p. 243.

³⁹⁸ *Ibid.*, p. 264 y ss.

³⁹⁹ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes. Op.cit.*

⁴⁰⁰ SENNETT, Richard. *El declive del hombre público. Op.cit.*, p. 265.

que terminaron por apaciguar el cuerpo y aislar en edificios casi herméticos a los individuos. Si seguimos una aproximación un tanto enciclopédica y propia de condiciones de lego respecto al tema –el de la paranoia-, podríamos sugerir que ese trastorno, también llamado delirante, manifestado por el perjuicio, los celos, la erotomía, la megalomanía, el delirio somático, propios de un malestar de la cultura, como diría Freud, puede ser tratado con antipsicóticos. Esta escueta indicación es para sugerir que esos antipsicóticos están compuestos por dopamina, que es una feniletilamina, que no es otra cosa que un neuromodulador o neurotransmisor, que se halla en varios alimentos. Pero Donald Klein y Michael Lebowitz del Instituto Psiquiátrico de Nueva York, sostienen que su producción en el cerebro puede desencadenarse por eventos simples como el intercambio de miradas o un apretón de manos, justamente lo que no hacen esos cuerpos aislados, en estado de reposo.

El momento de inflexión parece ser los años 1840, lo cual resulta ser importante para los intereses generales del presente apartado, pues es justamente el periodo en el que aumentan los viajes a Europa y en especial hacia París; sumado al aumento de obras de Chateaubriand en la Biblioteca Nacional, y la citación posterior en los libros de dichos viajeros publicados desde el decenio de 1850, pero con mayor ahínco desde 1860. Y es que como ya se anotó 1848 es una fecha reiterativa por lo que representa. Para Sennett por ejemplo, no solo los gustos cambiaron hacia el espectador que hemos estado refiriendo, sino a aquellos sucesos con las imágenes de 1789 y 1830, que según cita Sennett de Marx, estaban caracterizadas por las ilusiones y la poesía. La figura que sintetiza este fenómeno es Lamartine, otro de los escritores comunes para los viajeros colombianos, pues su poesía exaltada en febrero, ya se había agotado, junto con su personalidad, para junio de 1848. Con ello hacía su ingreso definitivo el efecto paralizante de la “política de la personalidad”.⁴⁰¹ Lo que tenemos es una París impersonal, que pretende ser conocida por los viajeros colombianos con un Chateaubriand ya desaparecido y un Lamartine desgastado, en medio de su condición de extraños como foráneos, que buscarán gestar credibilidad –para ello se vienen preparando como observamos antes. Para los parisinos estos visitantes son campesinos

⁴⁰¹ Ver: SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. *Op.cit.*, pp. 285 y ss.

que requieren de la experiencia para poder hacerse a la imagen.⁴⁰² Y ante la insuficiencia en este campo, les quedó la opción de la “fidelidad” y “exactitud” que enseñaba Chateaubriand, para ser más “reales”, lo que no pudieron lograr como extraños, en procura de que su experiencia fuera creíble y con ello lograran provocar otras experiencias en sus lectores sobre las ciudades que seguramente estos últimos nunca visitarán. Esto nos pone ante dos asuntos, la experiencia y la ilusión.

§ 39. Crear la experiencia

(Hemos dicho que) la experiencia, guiados por la fenomenología y por el propio Husserl, está constituida por un conjunto de vivencias anteriores que como un torrente cae sobre nosotros; siendo por ello, que los viajeros pretenden organizar lo que observan por primera vez a partir de un *haber-previo*, que para este caso es la ciudad de la infancia. Esta concepción de la experiencia se mueve entre la retención (vivencias anteriores) y la protensión (anticipación de vivencias). Sin embargo, estas consideraciones no aclaran del todo el qué hace que una experiencia sea justamente eso *-una* experiencia; así como tampoco terminamos sabiendo mucho de la relación con el entorno, las posibilidades estéticas indicadas al principio del presente apartado y algunos rasgos de la experiencia del orden intelectual que se hacen presentes en la construcción de los textos de viajeros y sus historias de ciudades. El pragmatismo de John Dewey⁴⁰³ puede resultar útil para estas comprensiones, así no se compartan todas sus observaciones. Para este autor, cuando nos estamos refiriendo a *una* experiencia estamos haciendo mención de una relación entre el individuo y su entorno, distinguiéndose de otras al declararse que *fue*, en la medida que ella misma es un todo, individualizadora y autosuficiente. Es en la perspectiva de Dewey, como si cada una de ellas fuese una historia, con su propio ritmo, argumento, inicio y terminación.⁴⁰⁴ Se nos presentan entonces cuando menos dos

⁴⁰² “En una ocasión Balzac se refirió a las diferencias entre los campesinos y los cosmopolitas en estos términos: un campesino cree solamente en lo que observa entre aquellos a quienes la exposición cotidiana vuelve familiares, mientras que un cosmopolita está dispuesto a creer solo en aquello que puede imaginar acerca de los modos de vida y las personas de las que todavía no tiene una experiencia concreta.” *Ibid.*, p. 60.

⁴⁰³ DEWEY, John. *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós, 2008 (1934). Ver en particular los cuatro primeros capítulos.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p. 43.

anotaciones al respecto. La primera corresponde a la idea de que no existen huecos en el desarrollo anteriormente descrito, y no es porque en sí mismo no existan, sino porque son llenados, siendo entonces un tipo de pausa. Esta resulta ser una función común en el cerebro, a la que ya nos referiremos. Y la otra consideración está asociada a la narración. Ya han sostenido, en análisis diferentes, Hannah Arendt⁴⁰⁵, Walter Benjamin⁴⁰⁶ o Oliver Sacks⁴⁰⁷, que la vida se hace vida precisamente cuando se narra, y ello se debe a que esa narración es la que contribuye no solo al *fue* de la experiencia, sino también al llenado de esos espacios vacíos. Pero semejante llenado se produce de manera posterior, a veces mucho tiempo después, como en los casos de los viajeros, empezando por el mismo Chateaubriand.

Dewey consideró que la unidad que posee la experiencia en el momento mismo de su realización es producto de lo emocional, lo cual le “da unidad cualitativa a lo dispar”.⁴⁰⁸ Y que cada uno de esos intersticios (pausas), son un tipo de padecimiento en la medida que en ellos llegan experiencias anteriores que se potencian para más adelante. Es una proximidad con la peregrinación a la que hemos estado haciendo referencia, porque se padece ante la búsqueda de la morada en la medida que ella sintetiza eso que procede de antes -esas experiencias-, por eso los viajeros buscan un descanso en ellas, porque pretenden que se parezcan a esa de su infancia. Pero no lo logran y lo que terminan haciendo es fomentar la continuación de su encuentro, de su peregrinación. Esto implica que la experiencia no es un asunto dado, sino que cada “contemplador debe *crear* su propia experiencia”⁴⁰⁹, solamente que esos itinerarios, historias de viajes, panoramas ponen objetos, llámense ciudades enteras, calles, monumentos, edificios, etc., con condiciones estéticas para “ofrecer el goce característico de la percepción estética”⁴¹⁰. Es decir, que son “acontecimientos y escenas que atraen la atención al ojo y al oído del hombre despertando su interés”⁴¹¹.

⁴⁰⁵ ARENDT, Hannah. *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa, 2001.

⁴⁰⁶ BENJAMIN, Walter. *El narrador*. Madrid: Taurus, 1991.

⁴⁰⁷ SACKS, Oliver. *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama, 2011. Para este autor la narración nos da además de lo indicado, un “quién”, que en su análisis es la evidencia de la relación entre procesos fisiológicos (el funcionamiento cerebral) y la biografía de cada individuo.

⁴⁰⁸ DEWEY, John. *El arte como experiencia*. *Op.cit.*, p. 50.

⁴⁰⁹ *Ibíd.*, p. 62.

⁴¹⁰ *Ibíd.*, p. 65.

⁴¹¹ *Ibíd.*, p. 5.

Y es que eso que llamamos estético corresponde a la relación entre individuo y entorno, que para Dewey no es otra cosa que la vivificación de la vida. Interacción que se transforma en participación y comunicación, que se expresa en el marco de *una* experiencia, en particular en el momento de su culminación, cuando se relaciona lo sucedido con el final. Esto implica que existe una situación de recepción de aquello que se observa y escucha, que más tarde se transformará en producción con el propósito de que otros hagan las veces de receptores. Un ejemplo de ello es la recepción de lo que observan los viajeros en las urbes recorridas y su posterior traslación a la escritura que seguidamente será recibida por un lector. Es así que el valor estético no es otro que la valoración en el consumo (en la recepción), ajeno a cánones, pues como sostiene Dewey la receptividad no tiene nada que ver con la pasividad y sí con la vivificación de la vida.⁴¹² Es posible entonces una experiencia estética en la medida en que el mundo en el que vivimos es una combinación de movimientos, culminaciones y rupturas. En otras palabras, es una experiencia del hacer, tal y como Borges nos lo sugería en algunos versos.

De allí, que sea posible en el pensamiento de Dewey que una experiencia intelectual sea estética al ser completa, y no porque sea totalizante, sino por la unidad que como ya se ha indicado adquiere gracias a las emociones. Porque “hay investigaciones absorbentes y especulaciones que un hombre de ciencia y filósofo recordarán como *experiencias* en un sentido riguroso. En la última forma serán intelectuales, pero en el momento en que ocurrieron eran emocionales, deliberadas, voluntarias”⁴¹³. Sin semejante condición inicial nunca hubieran podido adquirir la subsiguiente. Aunque suele confundirse la conclusión de la experiencia con su integralidad, y omitiendo que la proposición considerada como conclusión solamente aparece tras premisas que le anteceden y gestan. Solamente que nos anticipamos gracias a acumulaciones o retenciones. Ante una ciudad tenemos una experiencia del orden estético debido a que en su culminación –la de la experiencia- se integra todas las partes, hasta el punto de concentrar toda nuestra atención, en donde el individuo y la urbe constituyen una sola experiencia; interacción marcada por un pasado que se despliega y un futuro que se pone en espera. Lo que hace que *una* experiencia

⁴¹² *Ibíd.*, p. 60.

⁴¹³ DEWEY, John. *El arte como experiencia*. *Op.cit.*, p. 43.

sea intelectual es el hecho de que tenga un significado y su conclusión un valor singular, hasta el punto de considerarse como una verdad y separarse del conjunto, rompiendo entonces con la condición estética, con su integralidad.⁴¹⁴ Como en la pintura de Magritte “Intermisión”, lo que tenemos son partes que se hacen pasar por cuerpos.⁴¹⁵ Estamos entonces ante una ilusión, que puede observarse con mayor detalle en otra obra de Magritte, “Prohibida la reproducción”.

⁴¹⁴ *Ibíd.*, p. 63.

⁴¹⁵ Michel de Certeau sugirió, en el marco de una entrevista con Georges Vigarello, que la ciencia occidental está marcada por una continua búsqueda de cuerpo, pero que en el fondo solamente halla partes, desde las cuales da la idea de existencia de ese cuerpo.

§ 40. El espejo



René Magritte. "Prohibida la reproducción (Retrato de Edward James)". 1937.

§ 41. Ilusión 1: imitar

En una de sus principales obras, Ernst Gombrich consideró que buena parte de la historia del arte ha girado en torno a la ilusión,⁴¹⁶ debido a la dificultad que se presentó desde muy temprano para que los artistas gestaran imágenes parecidas a la naturaleza. De hecho, la idea de Gombrich es que ningún artista puede copiar lo que ve, aun los "efectos pictóricos", porque lo que tenemos son interpretaciones que edifican la ilusión de la posibilidad de que una pintura o una escultura hagan las veces de un espejo. No obstante, cada época transforma su forma de interpretar ante el cambio en la percepción

⁴¹⁶ GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1982.

de la naturaleza. Ya hemos sostenido con Dewey que esa percepción depende de una relación entre el individuo y el entorno. “No existe un naturalismo neutral. El artista, no menos que el escritor, necesita un vocabulario antes de poder aventurarse a una *copia* de la realidad”.⁴¹⁷ Estas ideas de Gombrich resultan significativas para los intereses de la presente *conversación*. En la medida que, como este autor sostiene, fue el pintor y su idea de “cuadro” el que de alguna manera inventó el experimento de la reducción, “descubriendo que los elementos de la experiencia visual [aunque podríamos sugerir lo mismo para otros sentidos] podían separarse y recombinarse hasta alcanzar la ilusión”⁴¹⁸.

Se hacen necesarios algunos comentarios sobre el problema de la ilusión antes de continuar con nuestra *conversación* sobre viajeros, Chateaubriand y la historia de ciudades. Gombrich⁴¹⁹ sostiene que desde la antigüedad el asunto de la ilusión se radicó en la mimesis y la incapacidad de copiar la naturaleza.⁴²⁰ Tanto Plinio El Viejo, con su preocupación por el cómo la impresión, en el contacto directo con el rostro, con el molde negativo podía garantizar la legitimidad de la nueva aparición;⁴²¹ como Platón y sus observaciones sobre la impresión, valiéndose de la metáfora de la cera y el anillo,⁴²² son expresiones del problema. Hasta el punto de que el artista llegó a considerar como Pigmaleón, la creación de cosas con vida propia. Estamos –según Gombrich- ante un desarrollo de esta problemática que posee diferentes momentos en la búsqueda de esa reproducción fiel de la naturaleza, y que de manera similar a como lo pensaran los románticos respecto a la evolución de la humanidad desde su infancia hasta su madurez, en donde finalmente logrará dicha reproducción. Será entonces con los impresionistas cuando se piensa que se ha llegado al nivel de copiar “tal como lo vemos realmente”, que

⁴¹⁷ *Ibíd.*, p. 88.

⁴¹⁸ *Ibíd.*, p. 285.

⁴¹⁹ *Ibíd.*, pp. 20 y ss.

⁴²⁰ Paul Ricoeur ha reflexionado en varios momentos sobre la mimesis, entendiéndola –con ayuda de Aristóteles- como un proceso de configuración, más que copia, que cuenta con tres escenarios (la triple mimesis): la mimesis I, que corresponde a la pre-figuración o estructura pre-narrativa; la mimesis II, en donde se produce la configuración, es decir el texto mimético; y, finalmente, la re-figuración, o la configuración mimética de la experiencia. Ver entre otros: RICOEUR, Paul. *El conflicto de las interpretaciones*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003; RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración*. I. México: Siglo XXI Editores, 2004.

⁴²¹ DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo*. *Op.cit.*, p. 108.

⁴²² VER: RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008, pp. 23-33.

no resulta muy distinto, ni alejado, temporalmente hablando, de la indicación de Ranke de “narrar los hechos tal y como ocurrieron”.

Pareciera entonces que la historia recorriera caminos semejantes al arte en lo concerniente a la representación, pero que de alguna manera tuvo dificultades para enfrentarse a esa larga preocupación y terminar por dejarla a un lado. No en vano, el llamado de Ankersmit a que la historia siga los pasos de los productos terminados de Duchamp, en procura de deshacerse de esa “realidad” que invadió la historiografía moderna,⁴²³ dejando espacio al espectador, al lector, para que intervenga alterando el “tal y como”. Aunque también es posible, que como en el ejemplo de Oliver Sacks sobre su paciente que pasó de pintar cuadros de realismo/naturalismo a imágenes más abstractas, no sea producto de una “evolución artística”, sino de una patología que tenía nuevas y quizás mayores alteraciones. Sin embargo, el mismo Sacks tensiona su aseveración, al contemplar la posibilidad de que esta última etapa –menos realista- fuese una “connivencia entre las fuerzas de la patología y la creación”⁴²⁴. Es posible pensar que las recientes tendencias en la historiografía o bien sean una continuación de cierto pathos, o la combinación de este con nuevas perspectivas.

§ 42. Incesante espejo que se mira

Asuntos como los de imitar, copiar, mimesis, pueden observarse, con otras palabras, en el siguiente texto de Borges, que sugestivamente se llama “El hacedor”.

*“Somos el río que invocaste, Heráclito.
Somos el tiempo. Su intangible curso
acarrea leones y montañas,
llorado amor, ceniza del deleite,
insidiosa esperanza interminable,
vastos nombres de imperios que son polvo,
hexámetros del griego y del romano,
lóbrego un mar bajo el poder del alba,
el sueño, ese pregusto de la muerte,*

⁴²³ ANKERSMIT, Frank. *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003, p. 239.

⁴²⁴ SACKS, Oliver. *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. *Op.cit.*, p. 37.

*las armas y el guerrero, monumentos,
 las dos caras de Jano que se ignoran,
 los laberintos de marfil que urden
 las piezas de ajedrez en el tablero,
 la roja mano de Macbeth que puede
 ensangrentar los mares, la secreta
 labor de los relojes en la sombra,
un incesante espejo que se mira
 en otro espejo y nadie para verlos,
 láminas en acero, letra gótica,
 una barra de azufre en un armario,
 pesadas campanadas del insomnio,
 auroras, ponientes y crepúsculos,
 ecos, resaca, arena, líquen, sueños.
 Otra cosa no soy que esas imágenes
 que baraja el azar y nombra el tedio.
 Con ellas, aunque ciego y quebrantado,
 he de labrar el verso incorruptible
 y (es mi deber) salvarme.⁴²⁵*

§ 45. La ilusión 2: engañar

Esa desilusión que se percibe en estos versos de Borges (§20), en cuento “*un incesante espejo que se mira / en otro espejo y nadie para verlos*”, que como en los juegos ópticos en los que se usan espejos para reflejarse uno al otro en la distancia, no definimos una única imagen. Esa desilusión que aparece ante la imposibilidad de la copia perfecta, es constreñida por lo que Gombrich denomina la “suspensión de la incredulidad”⁴²⁶. Un tipo de ceguera, que caracteriza la ilusión, en el que existe “la convicción de que hay un solo modo de interpretar el esquema visual con que nos enfrentamos. Estamos ciegos para las otras posibles configuraciones porque literalmente no *podemos imaginar* tan inverosímiles objetos. No tienen nombre ni habitación en el universo de nuestra experiencia”⁴²⁷. Lo que hacemos, por tanto, es suplantar, para poder lograr alguna comprensión. Y es que esta suplantación implica una falsificación y junto con ello un antes, porque de lo contrario cuál sería la matriz que se suplanta. Existe un antes, que como en los *panoramas* que observan los parisinos, orientan la observación de esas imágenes nuevas sobre ciudades desconocidas, cuando menos visualmente. Como en

⁴²⁵ BORGES, Jorge Luis. *El hacedor*. 1981. El subrayado es mío.

⁴²⁶ GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión*. *Op.cit.*, p. 245.

⁴²⁷ *Ibíd.*, p. 219.

aquellos grabados que sin importar su procedencia representaban muchas urbes al mismo tiempo, y donde solamente cambiaba el nombre. Pero del mismo modo, deberíamos ser cautos al suponer que existe una esencia, un a priori, un fin último: no existe nada igual a que vengamos al mundo con una ciudad esencial, que se turbia gracias a las experiencias. Al contrario, esa experiencia hace posible, en el marco de una relación (individuo-entorno) una urbe que se suplanta continuamente, así como Freud lo pensara con el ejemplo de Roma⁴²⁸. Permitirse pensar la suplementariedad, es como lo plantea Derrida, deconstruir la lógica de la ontología de los opuestos (falso/verdad, negativo/positivo, bueno/malo, etc.), porque con la suplantación podemos observar la *diferencia*.⁴²⁹

Porque como sostiene Rorty⁴³⁰, ya bastante daño ha hecho la “seudoexplicación de la autoridad epistémica a través de la noción de ‘conocimiento directo’ por el ‘ojo de la mente’”. Es decir, que como también lo indica Gombrich es suponer no solo que esa copia puede ser exacta, sino que se guarda la esperanza del Pigmaleón, con el supuesto de un “ojo inocente”, en medio de una percepción que lo que hace continuamente es anticipar, hacer una proyección, construir una ilusión, que luego interpretaremos hasta que la imagen se haga “traslúcida” ante nuestra “suspensión de la incredulidad”.⁴³¹ Lo que hacemos en este sentido es pronosticar, “hacer mundos”⁴³² –casi similar a las primeras etapas del síndrome de Karsakov, en donde la memoria de corto plazo tiene dificultades, pero esos vacíos son llenados por otros recuerdos. Tal y como en los juegos de magia, los viajeros y observadores de los *panoramas* suponen lo que no está en lo que observan, edificando *una* experiencia, que no resulta ser sino un conjunto de relaciones –en ello coinciden por caminos distintos, Dewey y Gombrich- en el marco de una visión *paralítica* que junta imágenes “almacenadas” en el cerebro. En la medida que la obra de Gombrich es de 1959, todavía no estaba próximo a los hallazgos más o menos recientes de la neurociencias, y que pueden resultarnos útiles para tensionar un poco más lo dicho hasta ahora.

⁴²⁸ FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. *Op.cit.*

⁴²⁹ DERRIDA, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005. Ver capítulo cuarto de la segunda parte.

⁴³⁰ RORTY, Richard. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1989, p. 195.

⁴³¹ GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión*. *Op.cit.*, p. 263 y 333.

⁴³² Ver: GOODMAN, Nelson. *Hecho, ficción y pronóstico*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.

Aunque podamos seguir la indicación de Gombrich de que “toda experiencia dada tiene que ser una ilusión”⁴³³, el problema radica en que no podemos darnos cuenta de que estamos en el marco de dicha ilusión. Una de las razones para ello, según Martínez-Conde y Macknik⁴³⁴, del Laboratorio de Neurociencia Visual, es que el cerebro cuenta con una “ceguera por atención”. Ya que nuestro cerebro posee limitaciones, lo cual hace que no pueda procesar toda la información que se le presenta, entonces, de forma similar de como lo hace una cámara, establece cuadros de relevancia, omitiendo lo restante y organizando lo aceptado con los elementos que posee (como las imágenes “almacenadas”). Así, como en la indicación de Nelson Goodman, existe un hecho, luego una ficción y seguido un pronóstico. O con el ejemplo en palabras del neurobiólogo Michael Land: un prestigeador lanza una bola, luego hace la mímica de arrojarla de nuevo y lo que procede a hacer el cerebro es predecir el movimiento de la bola, cuando efectivamente no lo está.⁴³⁵ Ese es el engaño. O como en la cita de Ankersmit⁴³⁶ al referirse de cómo la narración se ha opuesto a la experiencia, en donde un personaje de “La guerra y la paz” de Tolstoi, omite ante su dolor –en este caso su foco- la presencia de Napoleón. La experiencia termina por opacar, sostiene Ankersmit, lo que significa Napoleón desde el punto de vista de la historia y la narración que encarna el personaje. Y así como quiere el mago, el cerebro no reconstruye la realidad, sino que la crea a partir de los elementos a su alcance –que hemos llamado hasta ahora el “haber-previo”, “lo acumulado”, entre otras formas.

Lo anterior se debe según las neurociencias a que el trabajo del cerebro es “económico”, pues procura que con poco esfuerzo se obtenga el mayor de los provechos, y ello lo hace usando lo que tiene o inventado, hasta el punto de poder engañarse a sí mismo. Pues como sostiene el neurocientífico Luis Martínez Otero⁴³⁷, el cerebro no admite “huecos” o

⁴³³ GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión. Op.cit.*, p. 21.

⁴³⁴ MARTINEZ-CONDE, Susana y MACKNIK, Stephen. *Los engaños de la mente*. Barcelona: Ediciones Destino, 2012.

⁴³⁵ *Ibid.*

⁴³⁶ ANKERSMIT, Frank. “La experiencia histórica”. En: *Historia y Grafía*. No. 10. México: Universidad Iberoamericana, 1998. Este texto corresponde al discurso pronunciado por el autor al aceptar la cátedra de teoría de la historia de la Universidad Estatal de Groningen, el 23 de marzo de 1993.

⁴³⁷ Luis Martínez Otero es neurofisiólogo y la cita en este caso corresponde a una entrevista que dio al periódico El Mundo, el 21 de junio de 2011.

“espacios en blanco”, sino que los rellena. Y la manera para hacerlo es usando elementos ya existentes, como los recuerdos, pero al existir no nos percatamos de su presencia y entonces suponemos que estamos ante algo nuevo. Ya hemos visto como a una conclusión similar llegan Dewey y Gombrich. Así por ejemplo, la forma de organizar un texto de viaje a una ciudad no puede ser otro que valiéndose de esos elementos ya poseídos, de espacios urbanos ya vividos, pero que al estar en el *marco* -como en la metáfora del foco- de “nuevas” condiciones las “suponemos” novedosas, deslumbran. Iglesias, calles y plazas, lugares básicos en el urbanismo hispanoamericano, son centro de atención en los relatos de viajeros en la creación de París, tanto para el que recorre la ciudad con su cuerpo, como para el que hace un ejercicio similar con sus ojos ante el libro o los *panoramas*.

¿Cómo engaña Chateaubriand? Martínez-Conde y Macknik han sostenido que el engaño radica en concentrar la atención en el “efecto” y no en el “método”. Y así parece confirmarlo el proceder de Chateaubriand que aun haciendo un especial llamado al “método”, se dedica a lo que denomina “reflexiones”, es decir, el “efecto”. Valiéndose de la datación (determinación del hecho, temporalidad, características de la acción) atrae la atención hacia el campo de relevancia que le interesa; procede a interrogarse por los actores; y, parcialmente se pregunta por los testigos, las fuentes, los archivos y las bibliotecas, pero con la intención de modificar el punto de atención, mientras modifica el escenario, una nueva ciudad, con otros actores hará su aparición; como en un movimiento de bumerán, el asunto regresa a él con sus “reflexiones” y cuestiona a sus lectores sobre sus capacidades de observación, que en su caso resultan ser de excelsas calidades, según su propio criterio. Cambió el centro de atención al interesarse por la historia de alguna de las urbes que visitaba –radicada en monumentos, edificios, calles, cementerios, entre otros-, es decir, los “efectos”. Mientras tanto, lo que hacía era modificar la puesta en escena del mismo teatro, París, su morada. A la mejor manera del caso de las ciudades Potemkin, que corresponde a la construcción de poblados enteros de tela y cartón, tal y como si fueran un set de Hollywood.⁴³⁸

⁴³⁸ Las ciudades Potemkin reciben su nombre de los poblados construidos por Gregory Alexandrotich Potemkin (1739-1791) con telas y maderas en Ucrania. El propósito de semejantes construcciones eran mostrar a la zarina Caterina II, en medio de un recorrido organizado por el mismo Potemkin, como evidencias de los exitosos avances en el sur del imperio ruso, cuando las pobres condiciones de estas tierras era más bien predominantes.

Como en la indicación de Gombrich sobre los nombres de los cuadros que actúan como etiquetas, los espacios urbanos y las ciudades mismas se distinguen por ese rótulo. De allí, el peso que tenga su obra y en particular su *Itinerario*, en los viajeros colombianos – cuando menos-, en donde lo importante del aprendizaje era saber qué observar, para determinar los puntos de comparación, que terminaban por elevar cada vez más la imagen de París. El símil parece ser el tropo más común en los usos del lenguaje, en donde “cual”, “como”, “que”, “se asemeja a”, favorecían a la ciudad original de la que hemos hecho referencia. Aquella será el marco del cuadro, el cual le hace único, no en vano, Chateaubriand reiteradamente llama su obra el *Itinerario*. Esta condición de singularidad es propia de lo que Gombrich denominó el “ojo estacionario”⁴³⁹, que al abrirse la perspectiva desde un punto fijo puede resultar engañosa, precisamente porque es una proyección, una anticipación, que deberá corroborarse o justificarse. Pero al mismo tiempo, porque al concentrarse en esa perspectiva se pierde de vista el sí mismo y no es posible fijarse en el engaño. Así como en un truco de magia, así como en la observación de los *panoramas* de ciudades. Aunque no debe olvidarse que la proyección requiere de alguna manera de un tipo de “pantalla” en blanco,⁴⁴⁰ algo similar al cine, y ello es para el caso de esta conversación, el futuro, al aparentar estar ajeno (“limpio”) del pasado y del presente. Pero, igualmente, ya se ha sugerido cómo el cerebro llena esos espacios “vacíos”.

En resumen, lo que hemos sostenido hasta ahora es que al igual que el arte, la historia se origina en el cerebro humano y éste suele construir ilusiones, engañarnos, que no está por demás sugerir que no se ha asociado en el presente caso a error, porque ello implicaría que existe un escenario verdadero que sirve para la comparación. Se trata, en cambio, de juegos, que se distinguen de otros por su archivo, por los elementos que nos sirven para organizar otros de manera posterior. Como en la metáfora de Benjamin de que la historia se asemeja a un caleidoscopio, que como heredero del *panorama* busca crear/recrear la idea de totalidad. A diferencia de la figura del espejo, podríamos pensar

⁴³⁹ GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión. Op.cit.*, p. 241.

⁴⁴⁰ *Ibid.*, p. 201.

en el ejemplo de un músico como Richard Sennett⁴⁴¹, quien nos recuerda que leer las partituras no significa que la experiencia de escuchar la música se suceda, y mucho menos que las notas en el pentagrama puedan garantizar que se reflejen verazmente en la interpretación. Y es que este problema de la ilusión es bastante significativo, porque corresponde al asunto de la cognición, todavía más, si lo que se indica es que la historia es una ciencia. Resulta sugestivo que muchos de quienes suelen defender a ultranza este tipo de preocupaciones epistemológicas, son los primeros en huir de las reflexiones de la filosofía o las neurociencias. Así, como lo sostenía Topolski, el problema de la verdad queda sin una discusión profunda.⁴⁴²

§ 44. La ilusión 3: representar

(Todo lo anterior nos permite favorecer) nuestro vistazo a Chateaubriand, (que) no (por ello) deja de ser un *panorama*. Este autor francés pensaba que ante el hecho de que la “historia no aguarda al historiador”⁴⁴³ y que mientras “escribía la historia antigua, y la historia moderna llamaba á mi puerta: en vano le gritaba: ‘espera, voy á ti’”⁴⁴⁴, era necesario “pintar” un “gran cuadro”, donde se plasmara “la verdad eterna”, en la que como en Agustín, se juntaran el pasado, el presente y el futuro. Semejante cosa sería posible según sus propias consideraciones, al casar “la historia filosófica, la historia particular y la historia general”, y aprovechando el propio “genio” del historiador, que le permite por demás, atender el conjunto de lo que pinta, facilitado, según el autor francés, por el hecho de que como en “las artes representamos mejor que en otro tiempo”⁴⁴⁵. Este pintor-historiador está obligado a realizar una semblanza del “hombre de todos los siglos”, entendiendo que el desarrollo de la humanidad era similar a la vida de un ser humano.⁴⁴⁶ Lo anterior implica que debe pintar “tal como es”, dar el color preciso al

⁴⁴¹ SENNET, Richard. *El declive del hombre público*. *Op.cit.*, p. 246.

⁴⁴² Ver por ejemplo: TOPOLSKI, Jersey. “La verdad posmoderna en la historiografía.” En: ORTIZ, Carlos y TOVAR, Bernardo. *Pensar el pasado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Archivo General de la Nación, 1997.

⁴⁴³ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*, p. 181.

⁴⁴⁴ *Ibid.*, p. II.

⁴⁴⁵ *Ibid.*, p. 60.

⁴⁴⁶ De forma interesante esta idea fue retomada por la psicología del desarrollo en cabeza de Jean Piaget y en el campo de la sociología, por Norbert Elias.

cuadro ofrecido por el pasado y llegar a pintar el carácter de alguno de los personajes principales del *theatrum mundi*. Ya había empezado pintando el “genio del cristianismo”, ahora estaba ante sí un mundo en ruinas, por lo cual debía aproximarse a la infancia de la humanidad (griegos y “salvajes americanos”), en medio de un viaje que se asemeja a la investigación histórica, según su óptica, pues de él se regresaba con un diario y muchos “dibujos”⁴⁴⁷. En suma,

“(…) la historia no es una obra de filosofía, sino un cuadro: debe unirse á la representación del objeto, es decir, que á la vez se ha de dibujar y pintar (...) [y se debe llegar a] pintar ‘los tiempos tales como son en sí’.”⁴⁴⁸

Puede resultar interesante poner ante nosotros otra imagen. En este caso la frase de Eugenio Díaz en la cabecera del periódico El Mosaico, publicado en Bogotá durante 1858, en la que sostenía que “los cuadros de costumbres no se inventan sino se copian”. Semejante consideración fue enfatizada en el mismo periódico por José María Vergara y Vergara, al referirse a Díaz como un “pintor de las costumbres”.⁴⁴⁹ Una de las motivaciones para esta indicación radica en que los viajeros colombianos pretendían hacer “cuadros” similares pero de las condiciones de civilización que se vivían en Europa. Así, estos *pepitos* lograban, según su propio criterio y el de sus examinadores, distinguirse de los *cachacos*, personajes a los que ya hemos hecho referencia. Otra de las razones, es justamente el interés manifiesto de los autores colombianos por guiarse con el *Itinerario* de Chateaubriand, hasta el punto, que como este, pretenden también mostrar con “exactitud” y “fidelidad”. Aunque omitiendo reflexiones sobre esa condición de pintor-historiador y por ende sobre la ilusión. Pero junto con las posibilidades de engaño o juego, dichos “cuadros” son también *una* experiencia histórica que de alguna

⁴⁴⁷ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*, p. 28.

⁴⁴⁸ *Ibid.*, p. 61-62.

⁴⁴⁹ Beatriz González al reflexionar sobre el costumbrismo en la pintura y utilizando algunas referencias de la literatura costumbrista como la arriba considera, cita a Nochlin cuando sostiene que “el realismo como movimiento histórico en las artes figurativas y en la literatura atañe a Francia en sus más coherentes y consistentes formulaciones, tiene ecos paralelos y variantes en todo el continente europeo, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Precedido por el romanticismo y seguido por lo que ahora se ha denominado simbolismo, fue el movimiento dominante entre 1840 y 1870-80. Sus metas eran dar una verdadera, objetiva e imparcial representación del mundo real, basada en la observación meticulosa de la vida contemporánea” Linda NOCHLIN, Linda. *Realism*. Nueva York: Penguin Books, p. 13. Citado por GONZALEZ, Beatriz. Ramón Torres Méndez. *Entre lo pintoresco y la picaresca*. Bogotá: Carlos valencia Editores, 1986

forma se traslada a la escritura. De allí, nuestro interés para el conjunto de esta *conversación* que versa sobre la escritura de la historia de ciudades.

§ 45. La experiencia histórica

A diferencia del análisis de Hartog⁴⁵⁰ que se concentra en la obra de Chateaubriand *Ensayos o discursos históricos* con el propósito de identificar en esta figura la transición del régimen de historicidad presente en el Antiguo Régimen al moderno, en nuestro caso se utiliza en particular el *Itinerario*. La razón para ello es que dicho texto se constituyó en un modelo para la experiencia histórica de los viajeros colombianos, como para la escritura de la historia de ciudades, que según lo dicho hasta ahora, tiene algo así como su “proto-historia” en dichos relatos -de viajeros. A lo anterior deberá sumarse que en 1826 se vuelven a editar sus obras y otras aparecen por primera vez, ante la necesidad de dinero del autor. De manera relativamente temprana los textos de Chateaubriand fueron obtenidos por algunos colombianos, como lo indican los registros de la Biblioteca Nacional de Colombia.⁴⁵¹ Pero ese es justamente el espacio temporal en el que comienza un ascenso de los viajes de latinoamericanos, y desde luego colombianos, a París.

Para Hartog el “régimen de historicidad” que gobierna el Antiguo Régimen y del que no va a poder desprenderse Chateaubriand es el regido por la “historia magistra vitae”. La “historia magistra vitae” fue acuñada por Cicerón a partir de ejemplos helenísticos, en donde la historia se presentaba como un arte. En particular, por sus condiciones educativas y retóricas. Era posible, entonces, aprender del pasado, desde sus comparaciones y ejemplificaciones, con el propósito de vivir el presente e iluminar el futuro. Esto implicaba que la historia se comprendía como un continuum universal.⁴⁵² En esta línea, cada nuevo avance es producto de un reflejo, de observar un pasado que funciona como espejo. La ausencia de esa luz que se proyecta desde dicho espejo, hace

⁴⁵⁰ HARTOG, François. *Regímenes de historicidad. Op.cit.* Ver en particular el capítulo tercero.

⁴⁵¹ La edición de *Viajes a América* (versión francesa) es de 1828, la *Estudios o discursos históricos* (versión francesa) es de 1831 y (versión española) es de 1845, la de las *Obras completas* (versión francesa) es de 1842 y 1843 (versión española), la del *Itinerario* (versión española) es de 1843.

⁴⁵² KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993. Ver en particular para este asunto de la historia magistra la primera parte.

del mundo un lugar en tinieblas, en donde los seres humanos andarían errantes, en constante peregrinaje, como lo sugiriera Tocqueville⁴⁵³. Las consideraciones de este autor francés sugieren el hecho, en la perspectiva de Kosselleck, de que la palabra historia se vació de sentido en el siglo XIX y que la vida ejemplar que enseñaba el pasado, no eran más que acontecimientos y que por tanto, no enseñaba nada, aunque paradójicamente podía influir en el futuro. La expresión de Diderot parece ejemplificar esto: “liberar el pasado, para poner en libertad el futuro”. Hasta el punto, de entrar a un escenario tautológico en el que de la historia no se aprende sino historia. Así, la historia se ensimismaba, mientras se hacía dueña de su propio tiempo, lo cual implicaba edificar sus propios artificios de movimiento temporal.⁴⁵⁴

Al respecto de uso del ejemplo y el paralelismo de lo antiguo, Chateaubriand consideraba que quien “lee la historia se parece a un hombre viajando en el desierto, a través de esos bosques fabulosos de la antigüedad que predecían el porvenir”⁴⁵⁵. Lo anterior implica el uso de la imitación, que para Chateaubriand tiene el problema de la mimesis perfecta, la que se constituye en un tipo de utopía, hasta el punto de coincidir con el deseo de Pigmalión, el de que su copia tenga vida propia, superando lo imitado. Pero ante los malos ejemplos, que en la óptica de Chateaubriand, han desarrollado los revolucionarios franceses, cree necesario viajar tanto en el tiempo como en el espacio y buscar, lo más puro, libre de toda corrupción, que pretende hallar entre los “salvajes” americanos o las ruinas griegas. Busca distancia para re-escribir la historia, presumiendo alejarse del tiempo mismo. Ya hemos sugerido cómo ese tipo de distancia plantea el problema de la perspectiva y con ello, del engaño.

Pero lo que también nos plantea estas posiciones de Chateaubriand, que pueden resultar reiterativas y hasta agotadoras, es en particular el asunto de la experiencia histórica. Radicada de manera particular, según las consideraciones de Frank Ankersmit⁴⁵⁶, en la forma cómo *tocamos* el pasado, proceso en el cual “el espíritu del historiador se amolda a la manera en que se constituye el sujeto en la experiencia”, edificando una ilusión, que

⁴⁵³ TOCQUEVILLE, Alexis de. *La democracia en América*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1963, p. 37-38.

⁴⁵⁴ *Ibíd.*

⁴⁵⁵ CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. *Op.cit.*

⁴⁵⁶ ANKERSMIT, Frank. *La experiencia histórica*. *Op.cit.*

se radica en el hecho de que los objetos no son como se nos presentan, y en cambio, existe una afectación mutua. Ya hemos mostrado algunas imágenes sobre la experiencia, la ilusión y el engaño, que no vale la pena repetir. Cuando Chateaubriand piensa/escribe la historia, lo que está haciendo es buscando la manera de *tocar* un tipo de tren que marcha según su percepción, a una velocidad infernal. Quizás el ejemplo de una película contemporánea puede ser útil en la comprensión de lo que se dice y de paso exprese un deseo común del historiador, cuando menos desde Agustín, viajar en el tiempo. La película lleva como título “Déjà vù”⁴⁵⁷, como la expresión francesa de lo *ya visto*, y plantea entre muchas otras cosas, la posibilidad de que el tiempo, como en la teoría de Einstein, sea como una hoja de papel, con sus ondulaciones propias y en la medida de su versatilidad, podría llegar a plegarse, juntando partes de las dos mitades, cada uno correspondiente a un momento diferente en el tiempo –pasado y presente. Así, el personaje principal puede ir al pasado, para saber qué pasó y en lo posible alterar el presente y el futuro. En otras palabras, es la posibilidad de no solo ver el tiempo, sino de los riesgos que pueden resultar de usar el sentido del tacto, como quien busca tocar los personajes de un programa de televisión al atravesar las manos por la pantalla: una electrocución sería más que probable. No obstante, para Chateaubriand esto es posible con la imitación, como reiteradamente las artes lo intentaron desde la Grecia Clásica y la epistemología desde Descartes lo supuso con la metáfora de la mente como espejo.

Como Rorty lo considerara esa metáfora debería obviarse, erradicándose de las discusiones las ideas kantianas de “la verdad como correspondencia” y “el conocimiento como exactitud de las representaciones” –espejo de la naturaleza.⁴⁵⁸ Para pensar el conocimiento como una conversación y práctica social,⁴⁵⁹ de sujetos contingentes⁴⁶⁰. Pero lastimosamente en las discusiones epistemológicas en y sobre la historia eso todavía no es posible. Y en este mismo sentido podríamos interrogarnos qué propósito

⁴⁵⁷ Este término, tal parece, que apareció del francés Émile Borac, en su libro *L'avenir des sciences psychiques*.

⁴⁵⁸ RORTY, Richard. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. *Op.cit.*, p. 158.

⁴⁵⁹ Sin embargo, Rorty nos advierte de caer en los facilismo con el que se interpretaron los aportes de Wittgenstein y el conjunto de la filosofía analítica, suponiendo que el lenguaje podía llegar a cambiar las cualidades nuestras experiencias, así como permitir el ingreso al lugar donde radica la conciencia o cualquier otro cambio interior. Lo que sí hace el lenguaje es permitirnos “ingresar a una comunidad cuyos miembros intercambian justificaciones y afirmaciones, y otras acciones, entre sí.” *Ibíd.*, p. 174.

⁴⁶⁰ Para revisar este asunto de los sujetos contingentes ver: RORTY, Richard. *Contingencia, ironía, solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991.

tiene interesarse por la experiencia histórica en una conversación como esta, concentrada en la escritura de la historia de ciudades. A lo cual podríamos responder parcialmente diciendo que es allí –en la experiencia histórica- en donde “el pasado nos es dado en la experiencia del yo”⁴⁶¹. En la medida que es esto lo que sucede, como hemos observado antes (con los viajeros al visitar una ciudad y más tarde quienes los utilizan como fuentes, y luego nosotros al leerlos), el quedarnos en debates *defectuosos*, como sostiene Ankersmit, sería incrementar el engaño. Y no porque lo debemos omitir o corregir, sino porque nos quedaríamos anhelando el sueño de Pígalión. Además, las ciudades, como sostuviera Michel de Certeau es un tipo de reino de las prácticas,⁴⁶² de los detalles, “anécdotas” y “cuadros”, en su conjunto de las experiencias, entre las que se cuentan la histórica.

Rorty considera, entonces, la necesidad de evadir la búsqueda de certeza y eliminar la idea de que existe una matriz completamente neutra y a priori, pues,

*“La premisa fundamental de este argumento es que entendemos el conocimiento cuando entendemos la justificación social de la creencia, y, por tanto, no tenemos ninguna necesidad de considerarlo como precisión en la representación”.*⁴⁶³

Para Rorty, como en otro sentido también para de Certeau, las posturas sobre este problema develan principalmente la conducta humana. Que para nuestro caso son las prácticas de los historiadores que se trasladan a su escritura, y adquieren la forma que deseara Chateaubriand, la de tener la facultad de estar ante el río del tiempo, en una posición que les faculta para mostrarlo “tal cual es”. Desde luego, esto hace peligrar –parafraseando al propio Rorty- la idea del historiador como guardián del tiempo. Mientras se omite pensar en que este arconte, suele no considerarse la relación con los diferentes actores históricos, como sostiene Ankersmit, a menos que sea al relegarlos a la condición de “fuentes”. No se le ocurría pensar que ese tipo de relación funcionara como nuestra indicación a la película “Déjà vú”, en lo que concierne al contacto con el pasado y la experiencia que ello significa. En este sentido, el viaje es una forma de experiencia histórica, es la manera de entablar una conexión con el pasado, así como también con el

⁴⁶¹ ANKERSMIT, Frank. *La experiencia histórica*. *Op.cit.*

⁴⁶² DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. I. *Op.cit.*

⁴⁶³ RORTY, Richard. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. *Op.cit.*, p. 162, ver también subsiguientes.

futuro, en particular el futuro del pasado cuando la escritura llegue a los lectores. Hemos sostenido que el viaje significa un encuentro con el yo, y que en parte eso justifica el peregrinar, al mismo tiempo, el viajero se halla ante un “cuadro” y tiene *una* experiencia, que alcanza condiciones de autenticidad, es decir de convencimiento de que está *tocando* el pasado por un momento –como en el relampaguear de Benjamin. Ese instante hace, según Ankersmit, que esta experiencia se haga sublime.

La experiencia es un momento único, de allí que sea un asunto de melancolía, aunque también lo es porque depende de experiencias anteriores. Algo así como los demonios freudianos que salen para romper con el aburrimiento del mediodía. Es un tipo de *déjà vu* o un flashback. Pero esto no significa que la experiencia esté ahí. Ya hemos sugerido con Dewey, que la experiencia se crea, y del cómo ello es posible cuando se sucede una excitación. Ya también nos sugería Chateaubriand, que esto sucedía cuando se notaban los defectos en un cuadro.⁴⁶⁴ Porque la perfección no posee esa cualidad –la de excitar. Semejante inmediatez, lo directo y hasta el embrujamiento que produce dicha excitación, implica una condición sublime. Para Ankersmit, la experiencia y lo sublime son dos elementos fundamentales para poner fin a la tiranía de los conceptos.⁴⁶⁵ Y es que lo sublime según Kant es la experiencia del yo, la cual se cristaliza en criterio de Ankersmit en la experiencia histórica; esa misma que tienen los viajeros ante una ciudad o en medio de la escritura. Pero en la medida que Kant se aleja “la realidad empíricamente experimentable”, el autor holandés piensa que el mejor recurso es regresar a Aristóteles y su idea de privilegiar el tacto sobre los otros sentidos.⁴⁶⁶ La razón para esta preferencia por el tacto radica también, en la idea de que la experiencia histórica no es otra cosa que “un ser tocado por el pasado” –aunque también en parte, siguiendo el postulado de Rorty de evitar las metáforas ópticas.

⁴⁶⁴ CHATEAUBRIAND, François-René. *Vida de Rancé*. Citado por HARTOG, François. *Regímenes de historicidad*. *Op.cit.*, p. 115.

⁴⁶⁵ Al mismo tiempo, que según el mismo Ankersmit, resultan ser un vínculo entre el romanticismo y el posmodernismo, aunque es este último sea “un romanticismo sin la dimensión sentimental”. ANKERSMIT, Frank. *La experiencia histórica*. *Op.cit.*

⁴⁶⁶ Dice Aristóteles que “el tacto (...) consiste en entrar en contacto con los objetos mismos y de ahí precisamente que tenga tal nombre. Por supuesto que los otros órganos sensoriales perciben también por contacto, pero es a través de algo distinto de ellos mismos; solamente el tacto parece percibir por sí.” ARISTÓTELES. *Acerca del alma*. Madrid: Gredos, 2003, p. 254 (435a 10-20).

Otras de las motivaciones para separarse de Kant, según Ankersmit⁴⁶⁷, es que al igual que Dewey, no se requiere que los escenarios o los objetos sean excepcionales. Ya que cada experiencia para serlo depende de una relación entre el individuo y el entorno, en la cual la vida se vivifique. Bien puede ser entonces una obra de Leonardo o Botticelli, o alguna acción cotidiana. La única condición es que alguno de sus detalles genere extrañeza (descontextualice), sin importar si se trata de un anacronismo o no. Chateaubriand se sorprendía con las pelucas “inadecuadamente” puestas en algunos cuadros; o, Didi-Huberman⁴⁶⁸ se veía seducido por algunas manchas en el muro, junto a la “Virgen en las sombras” (1450-1450) de Fra Angelico. Semejante alteración implica entonces un pequeño cambio en el sujeto, y diríamos también en el objeto. Así, el historiador se amolda a su propia constitución como sujeto, tal y como pasa con Chateaubriand en tierras americanas o en Jerusalén, o como sucede con los viajeros colombianos en París ante la morgue, una esquina, un edificio o el personal de servicio que toca su puerta en el hotel. Más tarde, estos viajeros, trasladarán sus experiencias, llenas de ilusiones, a la escritura –que es también en sí misma *una* experiencia- de la historia de ciudades y luego marcharán, como **fuentes**, a las experiencias de historiadores más contemporáneos.

⁴⁶⁷ ANKERSMIT, Frank. *La experiencia histórica. Op.cit.*

⁴⁶⁸ DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo. Op.cit.*

Quinto Cuadro. Exergo 2: La bio-grafía de ciudad

§ 46. “His master’s voice”



Fuente: www.schwimmerlegal.com

§ 47. Bio-grafía

Hemos considerado con antelación que lo denominado como “historia tradicional” edificó una forma de narración del pasado de las ciudades denominado *biografía de ciudad*. Ya veremos que no es un caso exclusivo de la historiografía colombiana, aunque con matices diferentes. De la misma forma, se ha sugerido que se trataba de la idea de asemejar el tiempo de una urbe con el de la vida humana, en particular, el femenino. Pero en la medida que todavía sabemos poco respecto a esas biografías, se justifican parcialmente los análisis siguientes.

La obra de Germán Arciniegas nos pone ante un problema doble, la biografía de Jiménez de Quesada y la biografía de Bogotá. Siguiendo de cerca el trabajo de Derrida⁴⁶⁹, podemos decir que lo anterior nos enfrenta al *bios* y a la *grafía*, la vida y la muerte expresadas en el nombre de alguien o algo que ya no está. Cuando suele hacer referencia a las biografías de ciudad en cierto tono despectivo se expide cierto olor a moho, que se desprende de formas que ya fueron, pero que ya no son o deberían ser. Por ejemplo Charles Glaab⁴⁷⁰ en su estudio bibliográfico sobre las ciudades en los Estados Unidos, consideró además de que ha sido una de las áreas más productivas, aun cuando sea una historia “individual” que de alguna manera se interesa por la “personalidad” de una urbe. Sumado a esto, las ciudades que reciben mayor atención en este caso son aquellas denominadas como “importantes”, condición dada por sus factores económicos o cierta superioridad en las jerarquías urbanas. Para Glaab, esta forma de hacer la historia de ciudades se concentra en un relato donde se recuentan los sucesos de una ciudad y muy pocos aspiran a entender, especialmente, los procesos de crecimiento urbano –uno de los temas de mayor interés de la historia urbana norteamericana durante los años 1960 y 1970. Durante cuando menos los primeros setenta años del siglo XX para el caso colombiano, estas biografías no estuvieron asociadas a los que Glaab llama la “escolaridad”, y que en su caso sirvió para sedimentar

⁴⁶⁹ DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*. Madrid, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2009.

⁴⁷⁰ GLAAB, Charles. “The historian and the american city: a bibliographic survey.” En: HAUSER, Philp y SCHNORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.

los estudios sobre el pasado urbano en los ámbitos universitarios, sino al mundo de la Academia Colombiana de Historia e intereses locales.

En uno de los pocos trabajos que “piensan” la historia urbana, Germán Mejía⁴⁷¹, consideró la amplia existencia de este tipo de biografías⁴⁷², las cuales caracterizaba por

*“su expresa limitación espacial dentro de un extenso cubrimiento temporal, en el que se da gran importancia al tratamiento empírico-descriptivo, con empleo de recursos metódicos y técnicos de las ciencias sociales, aunque el nivel explicativo no sobrepasa la simple concatenación cronológica; sin embargo, otras monografías no alcanzan los niveles de los anteriores sino que, manteniendo la característica de la expresa limitación espacial, se limitan a presentar notas geográficas, cronológicas, folclóricas y biográficas de personalidades del municipio o población.”*⁴⁷³

Dicho olor a moho, que más parece a muerte se hace perceptible. Paradójicamente se denomina biografía, aunque como lo supusiera Derrida, “si la vida vuelve, volverá al nombre, y no al viviente, al nombre del viviente *como nombre del muerto*”⁴⁷⁴. Se vive, entonces, del nombre. Éste ofrece *una* identidad y diríamos también, *una* verdad. Se es hijo –el ciudadano- del nombre, de *un* nombre asociado a otro, nombre de ciudad-nombre de su fundador. Sumado a una datación, que según el mismo Derrida funciona como una firma –sobre lo que volveremos-, radicada en este caso en la celebración de fundación de la urbe, como un intento de re-nacer, de retorno de lo ominoso del nombre, otro yo que pretende salir de la represión. En efecto, en el nombre del fundador y de la ciudad, está lo muerto y lo vivo. Lo muerto es el padre, el fundador, de lo contrario historiadores como Pedro María Ibáñez, no podría decir que habla de todo y por todos. Lo muerto le autoriza, le da autoridad, pues se trata del padre idealizado, que adolece de cualquier deseo y a partir de lo cual puede producir saber.⁴⁷⁵ Lo vivo es la ciudad, lo materno. Y se halla viva, porque resulta marginal en la escritura y cuando apareció, como lo hizo en las crónicas realizadas a fines del siglo XIX, fue desechada. Es una figura maternal similar a

⁴⁷¹ MEJÍA, Germán. “Pensado la historia urbana”. *Op.cit.*

⁴⁷² Es posible observar un importante compilado bibliográfico de obras consideradas dentro de esta tipología en ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio. Op.cit.*

⁴⁷³ MEJÍA, Germán. “Pensado la historia urbana”. *Op.cit.*, pp. 47-48.

⁴⁷⁴ DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. Op.cit.*, p. 37.

⁴⁷⁵ VERHAEGHE, Paul. *Op.cit.* Verhaeghe ha explicado cómo Lacan pensaba que querer asumir la posición del amo implicaba idealiza el padre, es decir, que estuviese más allá de la castración, lo cual requería un padre muerte, pues allí la ausencia de deseo permitía la producción de saber en su nombre. Este es el padre de la histérica, que se halla en uno de los cuatros discursos (el del amo, la histérica, el analista y la universidad), precisamente en el discurso de la histérica.

la mujer que recibió a Lionel Wallace al cruzar *la puerta en el muro*, en la historia de H.G. Wells que lleva precisamente ese título. Ya regresaremos sobre este relato.

¿Y dónde se halla eso materno? En la lengua, en el oído. Dichas crónicas buscaban precisamente ser sonoridades de la ciudad. Pequeños murmullos de personajes y espacios fragmentados, de caminantes que recorren una y otra vez la urbe para hacerla suya. Quizás esas narraciones estuvieron más próximas a lo que Derrida llamó la “otobiografía”⁴⁷⁶, en su idea de escuchar la vida, arrancándola de la mortandad presente en un bios estéril, limitado a su nombre, en donde se anclan esos trabajos que empiezan a crecer en número siguiendo la apuesta de Ibáñez, de tener toda la ciudad. No está lejos Derrida cuando dice, siguiendo al Ecce Homo de Nietzsche, que “la historia, la ciencia histórica que mata o trata lo muerto, que trata con lo muerto, es la ciencia del Padre”⁴⁷⁷. Ya ha sostenido también Levinas que ante la muerte, se busca seguir siendo yo, y la forma de vencer la muerte no es otra que la paternidad, aunque no contaron para nuestro caso que ese hijo, que es otro, fuese mujer. En este sentido, la ciudad termina siendo lo radicalmente Otro, tanto para el *fundador*, como para sus continuadores que se valen de la historia. Por eso, estos últimos se esfuerzan en exaltar el padre sobre la hija, sin limitación alguna. No tanto porque él lo haya querido así, eso todavía no es claro, sino porque la naciente “ciencia histórica” que dice hablar con la “verdad” se debe a él, tal y como lo hiciera su antecesora, la Academia de la Lengua. Aquellos historiadores prefieren un *fundador*, un muerto, a algo vivo, a la ciudad. Con ellos desaparece la ciudad y sus ciudadanos, sus caminantes. Este fue el futuro del pasado. Cuando se hace un balance de la producción intelectual de la Academia Colombiana de Historia se nota la existencia de cuando menos dos momentos cumbres para el interés por la ciudad, por Bogotá⁴⁷⁸: el primero, durante el nacimiento de la indicada institución, gracias a los trabajos de su presidente y secretario –Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada, respectivamente-; y, el segundo, hacia 1938, cuando se celebraron los 400 años del

⁴⁷⁶ *Ibíd.*

⁴⁷⁷ *Ibíd.*, p. 59.

⁴⁷⁸ La indicación en singular de la ciudad es porque el interés de la Academia por otras ciudades resulta menor, pues los personajes se ubicaron por encima de cualquiera de ellas.

fundador, para lo cual se pueden observar los títulos producidos y los artículos de prensa⁴⁷⁹.

Aquello reprimido es el movimiento que la lengua y el cuerpo femenino sugirieron, así como lo imprevisto. Impidiendo de esta manera, como lo ha indicado Michel de Certeau “una práctica viva y ‘mítica’ de la ciudad”, en donde el “el tiempo accidentado es lo que cuenta en el discurso efectivo de la ciudad”.⁴⁸⁰ Aquellos textos que veneraron un padre en la figura de Jiménez de Quesada, tienen además mucho de performativo, pues como se mostró con el *itinerario* de los viajeros, las lecturas de la ciudad se singularizan, se disciplina la lectura del texto y hasta el cuerpo en futuros recorridos urbanos. Pero ante semejante situación ¿es posible concebir la idea de una otobiografía de la ciudad, a la manera como la sugiere Derrida? Y de serlo ¿cuál sería su ruta? Como Derrida lo pensara, guiado por Nietzsche, es necesario empezar señalando que “el oído no responde”⁴⁸¹. Y no lo hace porque solo escucha, como se sucede en la relación en el vientre, aunque también lo hace para escuchar la voz del padre –del amo dirá Lacan-, como en aquella celebre imagen de la RCA Víctor y tan famosa en las viviendas urbanas del siglo XX en muchos lugares del mundo. Esta imagen puede darnos algunas ideas. El historiador de ciudades de fines del siglo XIX y la primera mitad del XX, que desechó la crónica como historia, habla/escibe como aquel aparato, que certifica su confiabilidad en la técnica; además de explicitar su autoridad, emite sonidos variados, habla de muchas cosas. Y para ello se vale de enunciados impersonales, que pretenden que su palabra pareciera que no fuera suya sino producto del artificio técnico, “como salida de una sabiduría situada más allá de cualquier subjetividad individual”⁴⁸²

El perro por su parte, presta oído, intentado saber de dónde vienen aquellas resonancias. Posiblemente los tonos se parecen a los de su amo, aunque no lo vea por ninguna parte.

⁴⁷⁹ Ver de manera particular el periódico El Tiempo del 6 de agosto de 1938, dada la influencia en este diario de autores como Eduardo Posada y el mismo Germán Arciniegas. Posada decía por ejemplo que: “Quesada estaba feliz con su conquista. Pensó entonces en fundar una ciudad que fuera el centro de aquel nuevo reino que él agregaba a la corona de Castilla. Él no había venido solamente a destruir y a llevarse riquezas; era necesario levantar una nueva nación y nuevas ciudades sobre las pavesas del imperio chibcha.”

⁴⁸⁰ DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. *Op.cit.*, p. 223.

⁴⁸¹ DERRIDA, Jacques. *Otobiografías*. *Op.cit.*, p. 81.

⁴⁸² DUCROT, Oswald. *Polifonía y argumentación. Conferencias del seminario teoría de la argumentación y análisis del discurso*. Cali: Universidad del Valle, 1988, p. 19.

El perro solamente distingue las tonalidades, no sabe qué dice, aunque se supone son citas hilvanadas de otros a los que no escucha, pero encausados en la voz de estos historiadores que hablan desde la academia o algún lugar de autoridad, pues algunos son sacerdotes, otros son antiguos militares o políticos caducos. Todos se parecen a aquellos compañeros del niño Wallace que terminaron por avergonzarlo ante la ausencia del hallazgo de la puerta indicada. Pareciera entonces que

“no hay mujer, pues, si he leído bien. Salvo la madre, claro está. Pero esto forma parte del sistema, la madre es la figura sin figura de una figurante. Da lugar a todas las figuras al perder en el fondo de la escena como un personaje anónimo. Todo le es debido, y ante todo la vida, todo se dirige a ella y se le destina. Ella sobrevive, a condición de mantenerse en el fondo.”⁴⁸³

“En el fondo”, sin nombre. Porque como piensa Levinas⁴⁸⁴, la forma de existir de lo femenino consiste en ocultarse. A diferencia de una idea proveniente desde Platón, Levinas no cree que lo social sea igual a una fusión. En cambio, lo que tenemos es una “proximidad del otro”, un otro que se mantiene a distancia. Esa es la figura del *pepito*, del *dandí*, del *flâneur*, del caminante urbano, que se hace en la multitud. Suponer que se funde y forma una masa homogénea, es suponer que la singularidad se pluraliza. Es un sendero similar a la búsqueda de un padre, de un fundador, en donde se pretende que seamos iguales ante sus ojos, pero que al final existe uno preferido, ese mismo que hablará por él ante su muerte. Por eso, la fórmula de Levinas es importante, “el otro no soy yo”, implica que “esa ausencia del otro es precisamente su presencia en cuanto otro”⁴⁸⁵. Esta relación entre los individuos resulta ser en últimas un cara a cara en el que nos ponemos ante alguien, un tiempo presente. De allí que, los intentos de crónicas de fines del siglo XIX, aunque hacen referencia al pasado, a lo que ya no está, se realizan en un encuentro con otro, que se caracteriza por ser caminante, que se escucha y se toca, al menos, virtualmente. Los “personajes” de Carrasquilla o las “anécdotas” o “reminiscencias” de Cordovez, más que querer pintar, buscan tocar. Seguramente que en esto radica una de las diferencias que se trasladarán a la escritura, en donde quienes optan por el camino óptico desean un *panorama* en su aserción original –tomarlo todo-, mientras que quienes toman el sendero ruidoso y táctil, no tienen sino pedazos en una

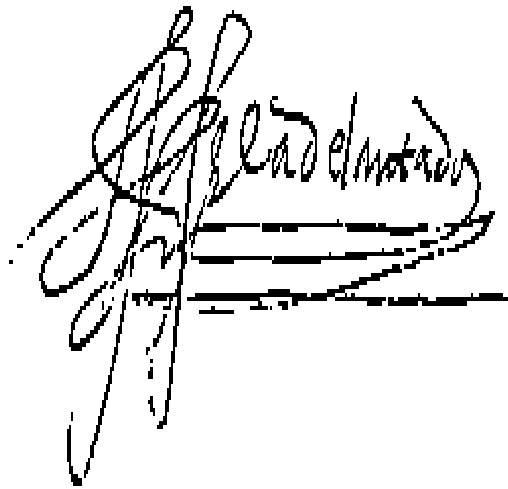
⁴⁸³ *Ibíd.*, p. 88.

⁴⁸⁴ LEVINAS, Emmanuel. *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós, 1993.

⁴⁸⁵ *Ibíd.*

relación que no es como dijimos con Levinas, una fusión. Al contrario, es una ausencia del otro, “una ausencia que es el tiempo”, porque es sobre este horizonte donde Levinas cree que puede constituirse una vida personal en la búsqueda de victoria sobre la muerte en medio de un intento de seguir siendo yo –lejos de la autoposesión, como ideal de la egología occidental.

§ 48. La firma: Gonzalo Jiménez de Quesada

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Gonzalo Jiménez de Quesada'. The signature is highly stylized and cursive, with large, sweeping loops and flourishes. It is written over a horizontal line that has been crossed out with several parallel lines.

§ 49. Una firma

Cuando suponemos hacer un ejercicio como este, que se interroga por la escritura de la historia en una de sus vertientes, las historias de ciudades, suponemos también de una forma más o menos convencional la necesidad de interrogarnos por el “contexto”. El que igualmente suponemos como un tipo de presente del autor en cuestión, que corresponde al momento en el cual realizó tal inscripción. Algunos comentaristas al presente texto han sugerido la necesidad de no descuidar la ciudad “concreta”, “real”, de fines del siglo XIX e inicios del XX. Pero si de la misma manera pensamos que la ciudad de la cual se hacen reminiscencias –ya volveremos sobre las implicaciones de esta palabra- los autores de fines del siglo XIX, que nos sirven como fuentes, es una ciudad sin referente, es un enunciado que cada uno de ellos utiliza y piensa a su manera, al igual que nosotros

¿cómo suponer entonces una experiencia del pasado de la urbe completamente pura? Y con ella una ¿ciudad concreta? Es como ha pensado Derrida, respecto a un enunciado separado de su referente, que termina por darle vida al enunciado, superando su propio tiempo y edificando otros y nuevos “contextos”.

Aquellos autores no tienen más que cicatrices⁴⁸⁶, a partir de las cuales repiten, citan, pero que terminaron por perder su significado. Los que nos dejan esos textos son a su vez marcas, *tachaduras*, sobre edificaciones, calles, plazas, iglesias, entre otras, así como sobre un fundador, sobre una historia y hasta de una idea de ciudad. En su conjunto dicha *tachadura* es escritura, es una inscripción, y como tal posee, como lo observará Derrida guiado por Austin, condiciones performativas. Esto nos implica cuando menos que al aproximarse a ciertas ideas de Austin, la concepción de comunicación y con ella la de una escritura de la historia, puede llegar a estallar en sus aseveraciones tradicionales en donde la escritura, para nuestro caso, no es más que una forma de comunicar los hallazgos tras ciertos procedimientos técnicos. Porque para Austin⁴⁸⁷ los denominados actos de habla, prefiguran la realidad y entonces, todo decir se convierte en un hacer. Lo hecho por quienes observaron las ciudades a fines del siglo XIX en Colombia y escribieron al respecto no se limitaron a ser acto locucionarios, en donde valiéndose de cierta gramática procedieron a construir referencias del pasado, en cambio, la fuerza performativa, de ir mucho más allá de lo dicho, tanto en el acto ilocucionario, como en el perlocutivo. Hasta el punto de introducir una realidad nueva en el mundo, de hacer cosas con las palabras, pues en la medida que toda marca, toda cicatriz, requiere de un rito, ese se hizo performativo como una citación, no es sino ver la reiterada indicación en el caso de Bogotá de su fundación a partir de doce chozas, o los intentos de revivir a Jiménez de Quesada para que sirviera de guía a la ciudad.⁴⁸⁸

⁴⁸⁶ Algunos de los usos más interesantes de la idea de cicatriz se encuentra en dos autores en particular, Homi Bhabha y Stuart Hall, para quienes esta cicatriz corresponde a un escenario liminal en donde es recurrente la ambivalencia, la incompletud y donde puede surgir lo impensado. Esto es en parte, uno de los pilares de los Estudios Culturales y los Estudios Subalternos.

⁴⁸⁷ AUSTIN, John. *Cómo hacer cosas con las palabras*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

⁴⁸⁸ Bernardo Tovar ha mostrado cómo en un texto elaborado precisamente por Pedro María Ibáñez tras el asesinato de Rafael Uribe Uribe, aparece precisamente la indicación de “los muertos mandan”, consideración que puede observarse desde distintos vertederos, como por ejemplo el de Tovar ampliamente influenciado por el psicoanálisis. TOVAR, Bernardo. “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”. En: TOVAR, Bernardo y ORTÍZ, Carlos Miguel. *Pensar el pasado. Op.cit.*

Semejante condición de performatividad es en sí mismo un acontecimiento, uno que nos obliga de cierta manera a entender

“el carácter de un acontecimiento que supone en su surgimiento pretendidamente presente y singular la intervención de un enunciado que en sí mismo no puede ser sino una estructura repetitiva o citacional, o más bien, dado que estas palabras prestan a confusión, iterable”⁴⁸⁹.

Una iterabilidad que estructura la marca, la cicatriz, de la escritura. Por eso, un texto no nos importa tanto por los acontecimientos a los que haga referencia, sino él mismo como un acontecimiento, es decir, una performatividad que va mucho más de lo dicho en sus páginas. Ya que justamente esa performatividad nos impone repeticiones, citas, marcando o cicatrizando la escritura de la historia de ciudades. Y ello no supone, como claramente lo pensara Derrida, de una repetición a la manera de quien recita un poema. A diferencia de ello, se pretende fracturar la inscripción inicial suponiendo su conservación, buscando establecer un nuevo rito, un nuevo comienzo, tal y como lo pretenden textos como el Ibáñez.

Esto lo que hace es robar un poco de protagonismo al “contexto” en donde las intenciones del autor parecían gobernarlo todo. Al mismo tiempo, nos sugiere prestar atención a la “fuente”, del quién habla/escribe el enunciado, de quién lo “firma”. Solemos aceptar la acepción de “fuente” como un “filón” que nos da información para sustentar lo que decimos, indicando que se trata de la “verdad”. Ya Paul Ricoeur y Michel de Certeau habían coincidido en considerar este fenómeno como un “efecto de realidad” a partir de los usos que se hacen del lenguaje en la escritura del texto histórico.⁴⁹⁰ Se omite que la “firma” en un libro, el nombre del autor, es lo que nos liga al presente del mismo y donde también se soporta, al menos en parte, el “así ocurrió”. La “firma” es como la puerta de la que habla Wells, tras la cual existe un mundo feliz, porque como en esta obra los historiadores seguimos suponiendo que un presente agobiante puede resolverse con

⁴⁸⁹ DERRIDA, Jacques. “Firma, acontecimiento, contexto”. En: DERRIDA, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1988. Derrida nos recuerda aquí que *Iter*, correspondiente a nuevo, proviene de *itara*, que significa otro en sanscrito, así su idea de interabilidad es la repetición de la alteridad.

⁴⁹⁰ Ver: RICOEUR, Paul. *Tiempo y Narración*. *Op.cit.* DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. *Op.cit.* Para una correlación entre estos dos autores es posible ver: DOSSE, Francois. *Paul Ricoeur-Michel de Certeau. Entre el decir y el hacer*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.

reminiscencias de la infancia, de nuestra propia infancia.⁴⁹¹ También, como en la obra de Wells, existe una mujer que nos cuida y nos cuenta historias que parecen ser nuestras, como se pretende haga la ciudad, hecha primero hija y más tarde madre.

Se procura que esa “firma” haga presente a su autor, contrariamente a lo que significa en principio una firma, la de querer constatar una ausencia. Es una forma convencional del pensamiento occidental de sintetizar, de dar unicidad a un autor, en este caso por medio de su nombre, de su rúbrica en un texto, en un acta, etc. En el nombre de Jiménez de Quesada se busca dar cuenta de él mismo, de su época, de la conquista, pero sobre todo de Bogotá, de *una* ciudad. Pero este nombre no se halla antes de la ciudad, pues solamente gracias a esta sabemos de ese nombre. Ese nombre, entonces, se constituirá más allá de sí mismo, desde cuando menos fines del siglo XIX, cuando su nombre regresa y se instaura como “fundador”. Lo que nos plantea semejante concentración en un nombre no es otra cosa que el interés de la metáfora occidental por la unidad y la completez, o la totalidad. Se desea *un* “fundador”, *una* ciudad, *una* vida –de donde procede el interés biográfico de la urbe. De allí, los intentos de las denominadas crónicas de fines del siglo XIX parecieron vanos y se consideraron desde entonces como llanos proveedores de datos, jamás como posturas diseminadas que suponía varias ciudades al mismo tiempo. Esto último puede resultar hoy algo más o menos común. Por ejemplo, en la presentación de uno de los libros que condensa en parte un renovado interés por las ciudades colombianas, se dice que no se trata de “un producto de especialistas sobre lo urbano, sino más bien una invitación para generar una dialógica polifónica”⁴⁹². Cosa similar pretendió la Cátedra Manuel Ancizar en el primer semestre de 1999, al plantearse dentro de sus objetivos, dar cabida a lo diverso.⁴⁹³

⁴⁹¹ Sacks ha mostrado diversos casos en los cuales por distintas razones, todas ellas neurológicas, individuos tienen reminiscencias de su infancia, con tal claridad y tan amables, que les ofrecen formas de felicidad que ya no tienen. SACKS, Oliver. *El hombre que confundió su mujer con un sombrero*. *Op.cit.*, ver en particular capítulos 15 y 16.

⁴⁹² GIRALDO, Fabio y VIVIESCAS, Fernando. Compiladores. *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, CENAC, Fedevivienda, 1996.

⁴⁹³ TORRES, Carlos. VIVIESCAS, Fernando. PERÉZ, Edmundo. Compiladores. *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.

La indicada unicidad en el nombre –del “fundador” y la ciudad- sucede en las páginas de los textos de fines del siglo XIX, es especial. No en el siglo XVI, tampoco en la geografía de la urbe, cualquiera que esta sea. No en vano, dice Derrida que

“la firma entabla con el acto institutor, como acto de lenguaje y de escritura, un vínculo que ya no tiene nada del accidente empírico. Ese lazo no se deja reducir; en todo caso no con tanta facilidad como en un texto científico cuyo valor se separa, sin riesgo esencial de su nombre de autor, y debe incluso poder hacerlo para aspirar a la objetividad. Aunque en principio una institución deba, en su historia y tradición, en su permanencia y por ende en su institucionalidad misma, independizarse de los individuos empíricos que han tomado parte de su producción, aunque deba de algún modo hacer duelos de estos, aun cuando los conmemore y sobre todo si lo hace, resulta que, justamente en razón de la estructura del lenguaje institutor el acto fundador de una institución, el acto como archivo, en igual medida que el acto como performance, debe conservar en sí la firma.”⁴⁹⁴

Palabras semejantes podrían tomarse para pensar las ciudades, los fundadores y los sacerdotes que buscan mantener el supuesto legado de este último, en lo performativo de los textos de historias de ciudades en donde se pretende mantener presente el fundador por su nombre. El nombre de Gonzalo Jiménez de Quesada por ejemplo, funciona como una síntesis de la conquista y del prototipo del conquistador, de las formas de hacer la literatura y la historia colombiana –no en vano desde la segunda mitad del siglo XIX es considerado como el padre de ambas disciplinas por sendas academias. Y todo esto se hace por medio de la escritura, pues ella justifica ese nombre, ella sirve para hacer a su vez una inscripción. De hecho, bastante utilidad performativa al garantizar que *así fue*, junto con la confiabilidad ofrecida por el quién emitió el enunciado, hablando para *todo* el pasado. Pero para poder contar con esa totalidad la ciudad –y su “fundador”- se reduce a una biografía de un nombre propio.

Como lo ha sugerido Derrida en su estudio sobre el acta de declaración de independencia de los Estados Unidos, el mejor de los nombres propios es “Dios”.⁴⁹⁵ Pero este nombre no aparenta ponerse en duda, al mostrarse por un lado al fundador como un hombre que sigue designios divinos para gestar algo en donde se supone no había nada. Sin embargo, ello no será suficiente, al desearse un padre y es entonces cuando, como se dijo antes respecto al tener hijos, se concibe en este caso, *una* ciudad. Dios padre ha sido sustituido por uno con otro nombre propio, Jiménez de Quesada. Como padre tendrá

⁴⁹⁴ DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. Op.cit.*, pp. 13-14.

⁴⁹⁵ *Ibíd.*

sus propios hijos, una hembra en este caso, que parirá múltiples veces otros descendientes, uno de los cuales se toma el derecho de hablar por su estirpe, de recordar el nombre del padre y cuidar lo que resta de la madre. El objetivo por parte de quien se ha tomado mencionado derecho es que el “fundador” viva entre nosotros gracias a sus evocadores. Estas ideas traen consigo la de vida, bien porque se asocie a Bogotá o cualquier otra ciudad con la vida femenina, bien porque se pretende que esa evocación le permita *estar* presente, aunque sin saber si como resucitado o fantasma. Y es a partir de allí donde se presenta el interés por aquello que busca ser retornado, que para Cordovez Moure es llamado en su obra como reminiscencia y respecto a lo cual procuraremos ahondar un poco más. Teniendo en cuenta lo que hemos venido diciendo respecto a las condiciones performativas de los textos históricos y las reiteraciones por tener, aunque fuese virtualmente, una ciudad del pasado, de la infancia de los autores, una Santafé dijera en la década de 1860 José María Vergara y Vergara.

§ 50. “La puerta en el muro”



Carátula del libro de H.G. Wells, “La puerta en el muro”. Ediciones Siruela, 1988

§ 51. Un mundo “triste, fastidioso y estéril”

En las dos últimas décadas del siglo XIX aparecieron obras como las de Carrasquilla y Cordovez Moure, en particular la de este último contaba con un título bastante interesante, “Reminiscencias de Santafé y Bogotá”, en donde se mostraba desde una perspectiva fragmentaria la “crisis” en la que se vivía ante las transformaciones especialmente materiales que se observaban. Pero al detenerse tanto en el título de la obra de Cordovez, como en su contenido, es posible fijarse en que las reminiscencias tienen mucho que ver con esos ruidos, imágenes y olores, cuando menos, que se divisan en este texto. Semejantes reminiscencias⁴⁹⁶ pueden leerse desde varias perspectivas, por ahora nos interesan las observaciones de la neurología, en particular las hechas por Oliver Sacks ante su proximidad con análisis filosóficos y psicológicos, y las de orden filosófico, especialmente las de Platón. Para Sacks⁴⁹⁷, muchas de estas reminiscencias son un tipo de “epilepsias” en el lóbulo temporal, es decir, en el sector reminiscente del cerebro, que termina por producir una “duplicación de conciencia”. De manera interesante, este lóbulo trabaja en acciones visuales complejas –como el reconocimiento de caras-, al mismo tiempo que procesa información auditiva, así como regula emociones y motivaciones como la ansiedad, el placer, la ira, y ayuda, también, a mantener la memoria de largo plazo.

Sacks considera que ante las reminiscencias no estamos ante fantasías, sino ante recuerdos “acompañados por las emociones que acompañaron la experiencia original”, de manera un tanto similar a lo que ya sugerimos cuando observamos el caso de la experiencia en un apartado anterior. Nos ponemos entonces ante lo que está tras cruzar la puerta, detrás de esas emociones, de esos recuerdos, que poco tienen de asociaciones libres. Estas reminiscencias no son otra cosa que un “estado de ensueño”⁴⁹⁸ que generaba placer, como lo reiteraba el personaje de Wells en “La puerta

⁴⁹⁶ En la última versión del diccionario producido por la Real Academia de la Lengua se indica: Reminiscencia. (Del lat. *reminiscentia*). 1. f. Acción de representarse u ofrecerse a la memoria el recuerdo de algo que pasó. 2. f. Recuerdo vago e impreciso. 3. f. En literatura y música, aquello que es idéntico o muy semejante a lo compuesto anteriormente por otro autor. 4. f. *Fil.* Facultad del alma con que se trae a la memoria aquellas imágenes de que está trascordado o que no se tienen presentes. 5. f. *Psicol.* Mejora del aprendizaje que se produce como resultado de un periodo de descanso.

⁴⁹⁷ SACKS, Oliver. *El hombre que confundió su mujer con un sombrero. Op.cit.*

⁴⁹⁸ *Ibid.*, p. 189.

en el muro”, Lionel Wallace, no solo por su proximidad en el lóbulo temporal, sino porque se presenta un gozo por hallar una morada, para descansar del exilio en el que vivimos, como en un “país lejano”⁴⁹⁹.

Lionel Wallace consideraba que el mundo era lo bastante “triste, fastidioso y estéril”, en comparación con lo que se encontraba al otro lado de aquella puerta. Pero para su propio infortunio, solía estar lo suficientemente ocupado como para regresar en busca de aquella puerta que descubrió cuando apenas era un pequeño de cinco años y que tanta felicidad le había dado. La tristeza crecía con las ocupaciones y las obligaciones que no daban tiempo de cruzarla nuevamente. Se trataba de un ensueño que regresaba al recordarlo, en donde encontraba libertad, al olvidar la disciplina familiar y lo grisáceo de la ciudad. Era “la impresión de encontrarme en mi verdadero hogar, de vuelta de un viaje”, decía Wallace. Se trataba de un regreso a algo que ya estaba, pero que se hallaba en el olvido, en donde todo lo saludaba, todo giraba en torno a él. Pero sumado a la desgracia de sus labores que le impedía el regreso, se sumaba la impotencia de encontrar ese lugar de manera voluntaria. Ante varias oportunidades desperdiciadas para ingresar de nuevo por la puerta verde, finalmente entra para morir en ella, para ingresar de una vez por todas en el ensueño.

De ese estado de “ensueño” se pasa a un despertar, que entre otras cosas es para Benjamin⁵⁰⁰ la tarea del historiador. Lo que tenemos es un importante repertorio – no un archivo- de fragmentos icónicos. No es casual que para Sacks exista un vínculo entre mnesis y gnosis, en donde las condiciones “melódicas” y “escénicas” –icónicas- dan la idea de que cada experiencia fuese una escena de una película en la que no falta la respectiva banda sonora, aunque dicha escena puede resultar cambiante, a la manera de un caleidoscopio.⁵⁰¹ Aunque todavía no sepamos muy bien, de manera similar a como la indica el prologuista de la obra de Cordovez Moure, esto sea cosa mayoritariamente de viejos, y más aún, diferente en todos ellos. Pareciera entonces, en el sentido antes

⁴⁹⁹ Ver: LOWENTHAL, David. *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal, 1998.

⁵⁰⁰ BENJAMIN, Walter. *Calle en dirección única*. Madrid: Alfaguara, 2005.

⁵⁰¹ Para Sacks “la experiencia no es posible hasta que no está organizada icónicamente” y donde “la forma final de la representación cerebral debe ser ‘arte’ o debe permitirlo: la melodía y el decorado artístico de la experiencia y de la acción”. SACKS, Oliver. *El hombre que confundió su mujer con un sombrero*. *Op.cit.*, p. 195.

indicado, que se produjera para el caso de Bogotá –como ejemplo- una búsqueda de una ciudad de la infancia a fines del siglo XIX e inicios del XX –especialmente durante sus últimas dos décadas del siglo XIX y la primera del XX-, con el propósito de poder vivir esa ciudad que se transforma materialmente, de encontrar el alma en un ensueño, como precisamente lo son las reminiscencias –“una irrupción convulsiva de recuerdos del pasado remoto”⁵⁰². Sacks nos sugiere pensar no solo en los términos de lo que deviene, también en la obstrucción, bloqueo que es al menos superado parcialmente por estímulos que es posible observar en las crónicas de los últimos años del siglo XIX, en la medida que contienen sonidos, imágenes, olores, propios de las calles donde la excitación es significativa y pueden generar una “re-experimentación y una re-presentación del pasado”, como dice el mismo Sacks.

Por su parte, Platón consideró en los diálogos “Menón” y “Fedón” que la tarea de la reminiscencia (-del griego- *anamneis*, *recuerdo*) era conocer, de allí su fórmula “conocer es recordar”, ya que el aprendizaje correspondía a recuperar lo olvidado de aquello experimentado en el Hades antes de nacer. Valiéndose de diferentes estrategias para mostrarlo, Platón sostiene que la verdad es innata y se halla grabada en el alma, y cómo esta última es inmortal, no existiría nada que no sepa. (La reminiscencia es posible valiéndose de los recuerdos, la percepción que trae consigo el recuerdo y la reflexión intelectual para adquirir las ideas aprehendidas –recordadas- por la razón). El asunto es entonces cómo recuperar lo sabido. En el Menón la ruta es la mayéutica, en el Fedón, el sendero es la asociación de ideas. En su conjunto “si alguien se acuerda de algo, es necesario que lo haya conocido en algún momento anterior”, sostiene Platón en Fedón.⁵⁰³ Pero surge un obstáculo, una aporía, que produce cierta “perplejidad” al

⁵⁰² *Ibid.*, p. 198.

⁵⁰³ Ver en el Menón (81 b, c) el siguiente pasaje donde se condensa varios de los asuntos para este caso considerados:

SÓCRATES. En cuanto a las personas, son sacerdotes y sacerdotisas, que se han propuesto dar concernientes a su ministerio. Es Píndaro y son otros muchos poetas; me refiero solo a los que son divinos. He aquí lo que ellos dicen, y examina si sus razonamientos te parecen verdaderos. «Dicen que el alma humana es inmortal; que tan pronto desaparece, que es lo que llaman morir, como reaparece, pero que no perece jamás; por esta razón es preciso vivir lo más santamente posible, porque Perséfone, al cabo de nueve años, vuelve a esta vida el alma de aquéllos que ya han pagado la deuda de sus antiguas faltas. De estas almas se forman los reyes ilustres y celebres por su poder y los hombres más famosos por su sabiduría, y en los siglos siguientes, ellos son considerados, por los mortales, como santos héroes. Así pues, para el alma, siendo inmortal, renaciendo a la vida muchas veces, y habiendo visto todo lo que pasa, tanto en ésta como en la otra, no hay nada que ella no haya aprendido. Por esta razón, no es extraño que, respecto a la virtud, y a

procurarse de manera más o menos precisar el lugar de dicho momento anterior, no muy diferentes los intentos de Wallace por intentar hallar “la puerta en el muro”. Finalmente, en boca de Sócrates, se sostiene que es el Hades, pero para el personaje de Wells ese intento de mapeo fracasa reiteradamente y la forma para no volver a perder su ubicación es quedarse en él. Cosa diferente es por ejemplo para Freud, para quien no existe tal saber original de un objeto, ya que eso original es la pérdida precisamente de ese objeto. Por eso dice López que “el vector intencional de la vida, no parte del sujeto, sino que está arraigado en el significante de la falta en el Otro”⁵⁰⁴.

todo lo demás, esté en estado de recordar lo que ha sabido. Porque, como todo se liga en la naturaleza y el alma todo lo ha aprendido, puede, recordando una sola cosa, a lo cual los hombres llaman aprender, encontrar en sí misma todo lo demás, con tal que tenga valor y que no se canse en sus indagaciones. En efecto, todo lo que se llama buscar y aprender no es otra cosa que recordar. Ninguna fe debe darse al tema, fecundo en cuestiones, que propusiste antes; porque solo sirve para engendrar en nosotros la pereza, y no es cosa agradable dar oídos solo a hombres cobardes. Mi doctrina, por el contrario, los hace laboriosos e inventivos. Así pues, la tengo por verdadera y quiero, en su consecuencia, indagar contigo lo que es la virtud.»

(...) SÓCRATES. Mira ahora de nuevo, Menón, lo que ha andado el esclavo en el camino de la reminiscencia. No sabía al principio cuál es la línea con que se forma el espacio de ocho pies, como ahora no lo sabe; pero entonces creía saberlo, y respondió, con confianza, como si lo supiese; y no creía ser ignorante en este punto. Ahora reconoce su embarazo, y no lo sabe; pero tampoco cree saberlo.

MENÓN. Dices verdad.

SÓCRATES. ¿No está actualmente en mejor disposición respecto de la cosa que él ignoraba?

MENÓN. Así me lo parece.

SÓCRATES. Enseñándole a dudar y adormeciéndole, a la manera del torpeda, ¿le hemos causado algún daño?

MENÓN. Pienso que no.

SÓCRATES. Por el contrario, le hemos puesto, a mi parecer, en mejor disposición para descubrir la verdad. Porque ahora, aunque no sepa la cosa, la buscará con gusto; mientras que antes hubiera dicho, con mucho desenfado, delante de muchas personas y creyendo explicarse perfectamente, que el espacio doble debe formarse con una línea doble en longitud.

MENÓN. Así sería.

SÓCRATES. ¿Piensas que hubiera intentado indagar y aprender lo que él creía saber ya, aunque no lo supiese, antes de haber llegado a dudar; si convencido de su ignorancia, no se le hubiera puesto en posición de desear saberlo?

MENÓN. Yo no lo pienso, Sócrates.

SÓCRATES. El adormecimiento le ha sido, pues, ventajoso.

MENÓN. Me parece que sí.

SÓCRATES. Repara ahora cómo, partiendo de esta duda, va a descubrir la cosa, indagando conmigo; aunque yo no haré más que interrogarle, sin enseñarle nada. Observa bien por si llegas a sorprenderme enseñándole o explicándole algo, en una palabra, haciendo otra cosa que preguntarle lo que piensa. Tú, esclavo, dime: ¿este espacio, no es de cuatro pies? ¿Comprendes?

ESCLAVO. –Sí

⁵⁰⁴ LÓPEZ, Héctor. *La instancia de Lacan: actualidad de la instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Tomo II. Mar del Plata: EUDEM, 2009, p. 104.

A pesar de las diferentes posiciones, lo que existe en común es una ausencia. La misma que obliga a escribir y que se percibe en las crónicas elaboradas a fines del siglo XIX.⁵⁰⁵ Ese escribir en estos textos resulta ser como la puerta descrita por Wells, por la cual se puede ingresar al mundo de las reminiscencias. Pero a diferencia de Wells, respecto al terminar en esa puerta, sin que nadie más la conozca, la intención en las crónicas es que esa puerta quede abierta, en donde al verse todo lo que está allí provoque un tipo de retorno que supla la ausencia inicial. Este retorno es de algo que hace falta, de cierta forma similar a las ideas de Platón, aunque en Cordovez por ejemplo sea precisamente el alma lo que no está. Y lo que deberíamos entender por esa alma no es otra cosa que la ciudad de la infancia, lo cual implica que más que revivir muertos o de acompañarnos de fantasmas, se pretenden revivir prácticas, en este caso de forma parecida a Wells, en donde estas prácticas (urbanas) provocan felicidad. Esto indica que a diferencia de las “biografías”, en el caso de las crónicas “los muertos no mandan”.

Estas prácticas como las pensara Michel de Certeau⁵⁰⁶, son “maneras de hacer”, las cuales están repletas de creatividad cotidiana, que se caracterizan por la dispersión y lo subrepticio, toda una “marginalidad masiva”. De Certeau ha asociado estas prácticas a la *métis* griega, la cual corresponde a una inteligencia práctica en la cual el “pensar está investido en el obrar”. Y esto es posible observarlo precisamente en las crónicas decimononas en dos sentidos. El primero, el conjunto de esas “maneras de hacer” que se describen y se cuelan por entre la escritura, que obligan a escribir –ejemplo performativo. La segunda, el texto mismo, en donde su presentación tiene consigo formas de pensar, como lo hemos venido sugiriendo respecto a las reminiscencias. Pero estas prácticas son realizadas por los caminantes urbanos, justamente la mayoría de los “personajes” que aparecen en las obras en cuestión. De Certeau les ha llamado “los héroes oscuros de las cocinas”⁵⁰⁷, ya que para él la cocina es un lugar donde se narran las experiencias producto de los recorridos urbanos, en donde anuncios, individuos, calles, edificios,

⁵⁰⁵ Es posible leer con mayor detalle sobre esa ausencia que obliga a escribir estas obras: DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. *Op.cit.*; DE CERTEAU, Michel. *Historia y psicoanálisis*. *Op.cit.*; DE CERTEAU, Michel. *La fábula mística*. *Op.cit.*

⁵⁰⁶ En particular DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. *Op.cit.* y DE CERTEAU, Michel. *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

⁵⁰⁷ En particular DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. *Op.cit.*

plazas, nuevas rutas, entre otros elementos urbanos son narrados como evidencia de una forma de habitarlos, aunque desprovistos de intenciones totalizantes.

Escuchemos esas “maneras de hacer” en la obra de Cordovez Moure:

*“La preferente ocupación de los bogotanos se reduce a desempeñar un destino público, o a permanecer doce horas del día detrás del mostrador, **¡esperando a quien no ha quedado de venir**. A las seis de la tarde se dirigen al atrio de la Catedral, y allí, en grupos más o menos numerosos, se pasean de extremo a extremo, hasta las siete u ocho de la noche, hora en que van a refrescar a uno de tantos establecimientos que se conocen con nombres pomposos, pero de todos los cuales puede decirse que “el hábito no hace al monje”. Aquí continúan la controversia o discusión que los preocupaba durante el paseo en el atrio, toman trago si a ello son aficionados, fuman cigarrillo, hojean algún periódico, juegan billar hasta las once o doce, y se marchan para sus moradas, conversando en voz alta de los sucesos que les llaman la atención, y, probablemente, se acuestan para levantarse al día siguiente, a fin de continuar los oficios del día anterior, en los que de seguro se ocuparán en el venidero. Si esto no es algo más que prosaico, no entendemos de la misa la media.*

*Entretanto, las casas de familia donde hay muchachas, permanecen solitarias, si no es que entre ellas mismas se visitan y pasan las primeras horas de la noche, tocando el piano o conversando de las mudanzas del tiempo, suspirando muy discretamente por las épocas pasadas en que los jóvenes dedicaban los ratos desocupados a visitar y a gozar del trato familiar, indispensable en las íntimas relaciones mantenidas entre personas cultas. En la calle apenas se perciben las pisadas del transeúnte que va para su casa, y el pitar de los **¡serenos** para avisar que no están dormidos o que los faroles alumbran poco o mucho. Si la noche está tranquila o hay luna, se alcanzan a oír los ladridos de los perros que moran por Egipto y el **¡Aguanueva**, y no es raro que algún alcoholizado trate de dirigirse hacia donde le parece que permanece su habitación. No deja de oírse el ruido de algún coche desvencijado sin linternas, que va o viene de Chapinero, tirado por héticos caballos conducidos por mugriento y beodo postillón ¡Imposible mayor movimiento!”⁵⁰⁸*

Sin embargo, no hay que olvidar quién habla y en nombre de qué o quién. Aunque hemos indicado que “los muertos no mandan” como en el caso de las biografías de ciudad que procedieron a las crónicas, y que desecharon estas últimas por su supuesta falta de rigor y “verdad”, aquellos intentos de narrar una ciudad fragmentada tienen un importante parecido a la obra de Wells. La razón para esta indicación se radica en que la crónica es una búsqueda individual de ese goce ubicado en la infancia de quien escribe, pero que por medio de un texto se hace colectivo y con ello se lee como *la* historia de *los* bogotanos. Cuando no es otra cosa que un fragmento, donde se presenta la tensión entre las reminiscencias –Santafé, por ejemplo en Cordovez- y un presente agobiante –

⁵⁰⁸ CORDOVEZ MOURE, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Op.cit., Ver completa esta cita en el apartado denominado “El hogar doméstico”.

Bogotá, también en Cordovez. Este tipo de obras son búsquedas de un goce individual ante un presente que se suponía adolecer de alma, ante una cierta infelicidad que notaban los autores en su vida diaria y que se hacía notable en el caos urbano⁵⁰⁹. Entonces, estos autores supusieron de forma metonímica, pues si ellos experimentaban una situación, así también lo era para el resto de los ciudadanos con los que compartían en el espacio urbano. No en vano, la utilización de la primera persona del plural. Estos habitantes de la ciudad se sintetizaban en la figura y el nombre de una ciudad, como por ejemplo Bogotá para el caso que nos sirve de ilustración, de allí que se plantee que dicha urbe también se le había refundido el alma y que era necesario ir en su búsqueda. Se trataba de un alma que deambulaba lejos del cuerpo, aunque no en términos físicos (geográficos), sino temporales, que de alguna manera se asemejaba a las ideas agustinianas de moverse –peregrinar- en el tiempo. Así las cosas, la historia era una puerta de entrada al tiempo, que debía dejarse abierta para que tras encontrar esa alma ella pudiera salir y ubicarse nuevamente en el cuerpo, en procura de que dejara de ser un “ensueño” y se constituyera en una experiencia de todos los días.

Las anteriores observaciones difieren de lecturas que suponen que consideraciones sobre el caos de las ciudades, la necesidad de un orden o posturas similares, son producto de la importación de ideas como las positivistas. Aunque la influencia de estas últimas resulta notable, las observaciones a su respecto parten de textos de autores, varios de ellos citados en el presente trabajo. También podrían despacharse asegurando que se trata de una mera añoranza del pasado, pero si algo nos ha enseñado Sacks, y de allí su concurrencia a estas páginas, es que semejante consideración resulta ser una posición facilista que sigue al pie de la línea la indicación de Marroquín, en el prólogo a Cordovez, de que todo esto es cosa de viejos. Pues aun cuando sea cosa de viejos, la mera enunciación no termina por decirnos mayor cosa, por eso también es preciso recurrir a posturas como las de Austin y los actos de habla. En cambio, procurar observar formas de concebir el pasado, replicadas al pasado de las ciudades y su correlación con los individuos que las habitan, pueden al menos en principio, ampliar el horizonte, que es en últimas lo que se proponen estas líneas, a vece difusas. Y en este sentido seguir manteniendo separaciones sin mayores justificaciones, como por ejemplo entre historia y

⁵⁰⁹ Ver en especial la obra de Carrasquilla. CARRASQUILLA, Francisco de Paula. *Tipos de Bogotá. Op.cit.*

crónica, poco ayudan, como sostiene Arthur Danto⁵¹⁰, en la comprensión de la disciplina histórica misma.

§ 52. Sonoridad e iconicidad: “reyerta popular”



§ 53. La crónica

Para Danto⁵¹¹, la separación que se suele hacerse al considerar la crónica una descripción, de condiciones bastante limitadas en cuanto a la obra del historiador, la cual debe llegar a cierta pureza que la crónica no posee, es algo inaceptable.⁵¹² La principal

⁵¹⁰ DANTO, Arthur. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, Universidad Autónoma de Barcelona, 1989.

⁵¹¹ *Ibíd.*

⁵¹² El diccionario producido por la Real Academia de la Lengua indica: Crónica. (Del lat. *chronica*, y este del gr. *χρονικά* [βιβλία], [libros] en que se refieren los sucesos por orden del tiempo). 1. f. Historia en que se observa el orden de los tiempos. 2. f. Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad. Danto por ejemplo muestra que de la crónica suele indicarse dos condiciones

motivación para este reproche radica en la idea de Danto de que “la historia es una sola”⁵¹³, ya que no existe algo parecido a una “descripción pura”. Desde luego semejante postura puede chocar con diferentes posiciones, en especial las relativistas, aunque en el fondo esté más cerca de ellas de lo que aparenta. Uno de los pilares de dicho autor es su concepción de narración, respecto a lo cual sostiene:

*“Diré entonces que una narración es una estructura que se impone a los acontecimientos agrupándolos y prescindiendo de otros como irrelevantes. Por lo que no puede haber una característica de una clase de narración que la haga tal clase de narración. Si se quiere terminar de un modo trivial, se puede decir que una narración menciona solo los acontecimientos significativos. Pero, en cuanto a esto, cualquier narración está interesada en el hallazgo de la significación de los acontecimientos, idealmente cualquier narración quisiera incluir solo las cosas relevantes con respecto a otros acontecimientos, o significaciones en cuanto a ellos. Difícilmente podríamos dividir las narraciones en clases, con este criterio, excepto, quizás, en malas y buenas, siendo las malas las que contienen detalles que no son significativos.”*⁵¹⁴

En este sentido el criterio para establecer que las crónicas en el caso hispanoamericano corresponden de manera particular al periodo Colonial también resulta insostenible. Más cuando a la crónica se le considera un tipo de “nutriente”⁵¹⁵ o una “fuente primaria”⁵¹⁶. Aunque Bernardo Tovar le haya concebido “como un relato puramente descriptivo negándosele toda intención historiadora; inclusive se ha llegado a oponer crónica e historia, oposición que tiende a ser establecida con base entre la distinción entre descripción y explicación e interpretación histórica”⁵¹⁷. Para Tovar el deseo de los cronistas del siglo XVI de “rescatar del olvido en que caían los sucesos del nuevo mundo,

básicas: a) La de relatar acontecimientos que en realidad no sucedieron; b) Relatarlos en el orden en que sucedieron o permitir decir en qué orden ocurrieron. DANTO, Arthur. *Historia y narración. Op.cit.*

⁵¹³ *Ibíd.*, p. 58.

⁵¹⁴ *Ibíd.*, p. 85.

⁵¹⁵ TOVAR, Bernardo. *La Colonia en la historiografía colombiana*. Bogotá: ECOE, 1990.

⁵¹⁶ MELO, Jorge Orlando. “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes.” En: *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*. No. 2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, enero-marzo, 1969. Melo omite por ejemplo un detalle que de cierta forma puede sugerir un sendero algo diferente, y es la discusión sobre *hacer el pasado* entre Fray Pedro Simón y Fray Pedro de Aguado y otros, contra López de Velasco y Herrera, quien ostentaría el cargo de Cronista Oficial tras la creación de ese cargo por parte del Consejo de Indias. Semejante disputa no se diferencia mucho de la ya sostenida por Gonzalo Jiménez de Quesada contra Paolo Jovio, en donde aparece la concepción del primero sobre el pasado como algo acaecido, pues a diferencia de sus contendores Velasco y Herrera no había estado en el Nuevo Mundo, sin embargo controlaba lo que se decía respecto a él, junto con su archivo. Ver sobre esta confrontación en: RAMOS, Demetrio. “La institución del Cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón.” En: *Anuario de historia social y de la cultura*. No. 1. Vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963.

⁵¹⁷ TOVAR, Bernardo. *La Colonia en la historiografía colombiana. .Op. cit.,*p. 19.

para dejar memoria de ellos para la posteridad”, suponía no solo cierta neutralidad, sino una idea del pasado sujeta a la cronología. Empero, Tovar no indica cuál podría haber sido esa idea de la historia, tampoco diferencia con claridad en términos narrativos que hace diferente una crónica a otros tipos de textos, pero sobre todo, por qué la historiografía colombiana nació con José Manuel Restrepo y las crónicas se convirtieron en un asunto exclusivo de la colonia –aunque es evidente que su trabajo está concentrado para este último periodo. De esa manera, los trabajos historiográficos para Colombia suelen hacer una seguidilla de autores, que bien empiezan con Jiménez de Quesada como en la “historiografía tradicional” o con Restrepo para la “nueva historia”, omitiéndose como vimos, los textos de los viajeros, y en este punto, las crónicas realizadas especialmente en las dos últimas décadas del siglo XIX, o desestimándose al rotulárseles como “fuentes”.

Que sean o no fuentes es algo que no tiene discusión, en efecto cualquier texto, en la amplitud de su término, podría serlo.⁵¹⁸ Tampoco, como ha sostenido Danto puede distinguirse tan fácilmente entre una historia “auténtica” y otra “preparatoria” –la crónica. Para este autor considerar más significativa una narración que otra por consideraciones morales, teóricas o consecuencialistas, no son más que abusos al interés del historiador por hacer descripciones verdaderas de acontecimientos pasados. Pero cuando esas descripciones se hacen narraciones ya están haciendo interpretaciones,⁵¹⁹ pues en la medida que la narración es una forma de organización en donde se utilizan criterios de relevancia para incluir o excluir cosas sin importar si estamos hablando de narraciones “puras”, “significativas” o “auténticas”. Así, lo que hace para Danto que la historia sea una sola en lo que respecta a la inexistencia de géneros, es precisamente el uso de dicha relevancia, en donde nuestro interés juega un importante papel en la organización.⁵²⁰ En

⁵¹⁸ Ver: ONG, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Bogotá: Fondo de la Cultura Económica, 1999. Para este autor la acepción original de texto, es *tejido*, lo que implica ya un conjunto de significaciones conexas.

⁵¹⁹ DANTO, Arthur. *Historia y narración*. *Op cit.*, pp. 94-95.

⁵²⁰ Juan-Luis Pintos ha mostrado de una manera un tanto más amplia, aunque no necesariamente en el sentido exacto supuesto por Danto, que la construcción de realidades ha estado dependiente de un meta-código de relevancia/opacidad. Para este autor lo que tenemos es una fábrica de realidades que cuando menos ha contado con cuatro programas o “accesos”, el teológico, el filosófico ilustrado, el sociológico crítico y el constructivismo sistémico. Sin ahondar en ellos podemos decir que tienen en común el hecho de que la construcción de un campo de relevancia dentro del cual se asegura la realidad –y la verdad- provienen de instituciones que pugna entre sí para hacer creíbles ciertas “realidades” y hacer “opacas” otras. En este

este mismo sentido, se ha manifestado Oswald Ducrot⁵²¹, para quien no es posible trazar una línea diáfana entre descripción y argumento, es más, recurren en ambos de los casos a isotopías. Una de las razones que sostiene Ducrot, y que puede resultar útil, para un intento de comprensión de las crónicas decimonónicas, es que “un enunciado no se expresa nunca directamente [sin importar cuál sea], sino que pone en escena en el mismo enunciado un cierto número de personajes”, y por eso dice que, “el sentido del enunciado nace de la confrontación de esos diferentes sujetos: el sentido del enunciado no es más que el resultado de las diferentes voces que allí aparecen”⁵²², precisamente esas polifonías que dan cuenta de varias ciudades, de fragmentos. Ese es por ejemplo, una de las razones para que Cordovez Moure titulara como “Reminiscencias”, sus escritos,

“El 17 de julio de 1891 se presentó [Jerónimo] Argáez con aire afanoso en el Capitolio, en busca de noticias para El Telegrama, que debía salir al día siguiente.

—Hoy hace 40 años —le dijimos— que al frente de este edificio fusilaron a Russi y demás compañeros.

—Escribanos esa historia —nos replicó; pero como le objetáramos nuestra incompetencia a la vez que nuestra dificultad para escribir de una manera legible, aceptó la galante oferta que le hizo el inteligente joven Alejandro Vega para escribir lo que le dictáramos.

*Terminada la tarea llegó el momento de poner título al escrito hecho “a la diablo”; pero como vaciláramos en ello, Vega puso el encabezamiento de Reminiscencias. De manera que, concretando la cuestión, diremos que Argáez “inventó el instrumento”; nosotros soplamos la flauta, que sonó por casualidad; Vega bautizó el escrito, y Marroquín Fallon y Pombo declararon que “la bacía de barbero era yelmo de Mambriño”.*⁵²³

Lo que llamamos aquí como crónicas para el siglo XIX no es más que una cierta forma de tensionar lo que se ha dicho sobre los textos, bien de la colonia, bien del periodo decimonónico. Lo anterior por diversas razones. Una de ellas, porque podrían llamarse, en particular las del siglo XIX, “crónicas ideales”⁵²⁴ al estar después de un presente determinado, que les ofrece una *diferencia* entre la experiencia y la escritura, y no porque eso no sea común, sino porque están planteadas con otros propósitos, como las

marco, las ideas de Pintos son importantes porque nos sugieren es el peso de esas construcciones de realidad en la distinción en lo que puede ser o no historia. Ver entre otros textos: PINTOS, Juan-Luis. “El metacódigo ‘relevancia/opacidad’ en la construcción sistémica de las realidades”. En: *Revista de investigaciones políticas y sociológicas*. No. 1-2, Volumen 2. Santiago de Compostela: USC, 2003.

⁵²¹ DUCROT, Oswald. *El decir y lo dicho*. Madrid: 1998.

⁵²² DUCROT, Oswald. *Polifonía y argumentación*. *Op.cit.*, p. 16.

⁵²³ MOURE, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. *Op.cit.*, p. 221-222. 1891 es la fecha en la que Cordovez Moure se inició en la escritura en El Telegrama, dos años después se inició la publicación de su obra “Reminiscencias de Santafé y Bogotá”.

⁵²⁴ DANTO, Arthur. *Historia y narración*. *Op.cit.*

reminiscencias observadas antes. Otra más, es que dichos textos nos imponen problemas de mayor complejidad, que no se resuelven al considerárseles como “fuentes” y ofrecerles con ello una cierta condición aséptica respecto a posturas sobre el pasado, ya hemos sugerido como se les considera “neutras”, y junto con ello, el tiempo y la ciudad -donde se realizan en su mayoría. En cambio, lo que tenemos con las denominadas crónicas, son ejercicios metonímicos de escritores que buscaron en la historia una puerta a su infancia y que terminaron por hacer colectivos sus intereses al singularizar, a los habitantes en el nombre de la ciudad. Entonces, esta última, que se había convertido en un ente, debía caminar junto con su guía en el tiempo para encontrar un alma perdida que les permitiera a ambos vivir unos “años del cambio”, como los ha llamado Germán Mejía. En resumen, lo que tenemos es una escritura como reminiscencia, con sus sonoridades e iconicidades.

Retorno. Un resumen: las ciudades colombianas en el siglo XIX

§ 54. Llenados y vaciados

Las ciudades en Colombia tienen durante el siglo XIX un camino bastante intrincado. No es posible hablar de *una* ciudad, o unas características en singular, debido a la desigualdad de los desarrollos. Suele escribirse sobre *las* ciudades en el país, cuando estamos haciendo referencia a algunas de ellas. Difícilmente son equiparables, a no ser que se recurran a generalizaciones, urbes como Bogotá, Bucaramanga, Fusagasugá o Barranquilla. Por eso, el presente “resumen” es en buena parte una panorámica, que con el ingreso a los apartados posteriores es posible que esa mirada en algo se modifique, además porque es el escenario temporal –el decimonónico- desde el cual narrativamente se harán analepsis (flashback) y prolepsis (flashforward). Suele todavía sostenerse, que las ciudades en Colombia durante el siglo XIX no eran más que “aldeas”, debido a sus condiciones materiales en comparación con los procesos de modernización concentrados en la industrialización y teniendo como referente para la comparación el caso de Europa Occidental. Empero, partir de semejante sentencia puede condicionar cualquier análisis, pues las comparaciones parten de la omisión de las diferencias –por ejemplo en historicidades- de lo que se denomine como “objeto”, en este caso las ciudades.

Luego de los comentarios anteriores podemos partir del hecho de que en el momento de expedir la Ley que impuso la división político administrativa de Colombia, el 25 de junio de 1824 (en departamentos, provincias y cantones), las jerarquías urbanas edificadas en el periodo colonial estaban ya en crisis. Así lo era desde la segunda mitad del siglo XVIII,

cuando el orden colonial basado en el poder político, iba cediendo ante las condiciones económicas en lo que respecto especialmente a las áreas de influencia de las urbes. De este modo, en términos generales,

“El panorama comenzó a cambiar desde mediados del siglo XIX, con el surgimiento de numerosas ciudades en la Cordillera Central, y aunque el eje Bogotá-Pamplona se mantenía, las primacías urbanas empezaban a desmoronarse pues estaban creciendo Bucaramanga y Cúcuta. Esto era el resultado de las transformaciones en la economía. Las tierras altas de la Cordillera Oriental, que habían sido pobladas desde las épocas prehispánicas, se convirtieron, desde fines del siglo XIX, en expulsoras de la población que eran recibidas por los nuevos asentamientos de las tierras templadas de las vertientes cordilleranas donde se cultivaba el café.”⁵²⁵

El siglo XIX resultó ser una centuria bastante agitada en lo que respecta a los procesos de poblamiento y con ellos, de urbanización. Ya que no solo la población continuó con el crecimiento que se traía desde la segunda mitad del siglo XVIII, llevando de cerca de un millón de habitantes en 1800 a 4.3 millones en 1905, sino que también se incrementaron en número los núcleos urbanos, asunto que ya había iniciado un movimiento importante desde 1745 con la introducción de reformas administrativas (borbónicas).⁵²⁶ Estas últimas evidenciadas en los informes de los propios funcionarios como Francisco Antonio Moreno y Escandón, Antonio de la Torre y Miranda y Joseph Palacios de la Vega, entre otros.⁵²⁷ A lo anterior se suma, como lo indica Zambrano en la cita anterior, la diversificación en la distribución de la población, pues de una concentración principal en el Altiplano –cerca del 51% (en 16 de las 30 ciudades existentes en el país)- se pasó a escenarios de ocupación como el Caribe, el eje Cali-Pasto y las montañas de Antioquia. Esto implicó, que en particular desde la segunda mitad del siglo XIX, la población comenzará a habitar con mayor densidad en zonas templadas y cálidas.

Pero estas referencias a ciclos demográficos, deberían leerse junto con ciclos económicos y control de enfermedades, para comprender la complejidad de los llenados

⁵²⁵ ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Olivier. *Ciudad y territorio. Op.cit.*, p. 226.

⁵²⁶ Ver: *Ibid.*

⁵²⁷ Ver: MORENO Y ESCANDÓN, Francisco Antonio. *Indios y mestizos de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1985; DE LA TORRE Y MIRANDA, Antonio. *Noticia individual de las provincias nuevamente fundadas en la provincia de Cartagena*. Santa María (España): 1794; MORENO, Pilar. *Antonio de la Torre y Miranda. Viajero y poblador, siglo XVIII*. Bogotá: Editorial Planeta, 1993; PALACIOS DE LA VEGA, Joseph. *Diario de viaje entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: ABC, 1955.

y vaciados de regiones.⁵²⁸ Aunque con la precaución de no suponer diferencias radicales entre centros urbanos, como sí puede observarse en casos donde la macrocefalia urbana es notable, por ejemplo Buenos Aires. Además, porque la tendencia colonial de controlar territorios a partir de núcleos urbanos continuó.

La segunda mitad del siglo XIX contaría con un ciclo económico generado por el cultivo, el procesamiento y la comercialización del café. Esto significaría en regiones como la Andina, el descenso de la población a zonas templadas, situación también motivada por la expulsión de mano de obra y la ampliación de la frontera agraria, especialmente en áreas como el Sumapaz, el occidente de Cundinamarca y el oriente del Tolima. Así como, el fortalecimiento de ciudades como Barranquilla, que, gracias a la exportación del café, vería un repunte en comparación con las urbes de mayor importancia colonial, como Cartagena, pero afectadas durante las guerras independentistas hasta el punto de haberse provocado procesos de ruralización. En otras zonas, como las montañas de Antioquia, el entorno del camino del Quindío y el mismo Valle del Cauca, los procesos migratorios movidos por intereses comerciales, mineros, la manumisión de “manos muertas”, la disolución de resguardos, las relaciones interétnicas y la puesta en venta de tierras baldías, terminaron por gestar nuevas jerarquías urbanas y sus respectivas configuraciones territoriales. Se percibirá entonces, una inclinación hacia la cordillera central y el reconocimiento de otras zonas como el Pacífico, la Orinoquía y Amazonía, y otras más próximas a ciudades de origen colonial, pero consideradas como fronteras. Semejantes procesos se mantendrían y en algunos casos se fortalecerían durante el siglo XX.

§ 55. Los años del cambio

Estos procesos de poblamiento y urbanización contarían con manifestaciones no solo externas a los núcleos urbanos en términos de constitución de territorios, sino que también tendría implicaciones de diferentes órdenes en el interior urbano. Tanto la

⁵²⁸ Ver: ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Olivier. *Ciudad y territorio. Op.cit.*

riqueza producto de los ciclos económicos, como los cambios demográficos⁵²⁹, se tradujeron en transformaciones materiales, aunque no siempre ellas fueron concretadas ante la pobreza en las arcas municipales. Es posible acoger la tesis de Germán Mejía expuesta para el caso de Bogotá, de que los decenios comprendidos entre 1819 y 1910, son “años del cambio”, en donde se gestó un nuevo *orden*,⁵³⁰ o cuando menos, su reconstitución. Es evidente que esas modificaciones no se ajustan al ritmo al que hoy estamos acostumbrados, además porque no siempre ellos –los cambios- se observan materialmente como quisieran quienes se obsesionan con *lo moderno*. A veces, y en las ciudades ello resulta común, pueden observarse en asuntos como las ideas, la toma de decisiones, el estatus social, entre otros. En urbes de menores dimensiones, la instalación de servicios públicos, la construcción de equipamiento colectivo o la introducción de medidas y hábitos de higiene, tardó un poco más. Sin embargo, ello no es igualmente proporcional al surgimiento de discusiones respecto a las ideas que sugerían la necesidad de dichas obras.

El crecimiento demográfico y las nuevas ideas sobre el cuerpo, sugirieron en buena parte los intereses materiales en las ciudades. Así, las prácticas higienistas, en donde las concepciones guiadas por Hipócrates pasaban a Pasteur, requirieron la construcción de

⁵²⁹ Citando varias fuentes Beatriz Castro sostiene: “Bogotá multiplicó por cinco su población entre 1801 y 1905. Medellín tuvo el crecimiento más acelerado, multiplicó por ocho su población en sesenta años. La población de Barranquilla creció cuatro veces entre 1870 y 1912 y se triplicó entre 1912 y 1928. Cali multiplicó por cuatro su población durante el siglo XIX. Bucaramanga duplicó sus habitantes en la segunda mitad del siglo XIX.” “La vida pública en las ciudades republicanas”. En: CASTRO, Beatriz. Editora. *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 1996, p. 243. Los datos de Rueda Plata pueden ser también indicativos:

	1843	1870	1898	1905
Bogotá	40.086	40.883	78.000	200.000
Medellín	9.118	29.765	30.000	53.936
Cali	10.376	12.746	18.000	30.740
Barranquilla	5.651	11.598	25.000	40.115

RUEDA, José Olinto. “Historia de la población en Colombia: 1880-2000.” En: TIRADO, Álvaro. Director Académico. *Nueva Historia de Colombia. Economía, café, industria*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989, pp. 357-396.

⁵³⁰ MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Op.cit. Para Mejía estos cambios terminan por llevar a Bogotá de una ciudad colonial a una ciudad burguesa y moderna, “Bogotá al fin se había liberado de Santafé”, concluye Mejía. Y para ello, no se requiere de manera indispensable procesos de industrialización o la presencia diáfana de algo que pueda llamarse como “arquitectura moderna”. Esta idea también puede observarse entre otros en: ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2001; RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

acueductos y alcantarillados –con un marcado retardo de estos últimos en comparación con los primeros. La idea fundamental era entonces “limpiar”, de allí el incremento en muchas zonas del país de quejas sobre las condiciones de “desaseo” que terminaban por producir enfermedades. Pero para ello, y mientras eran finalizadas las obras de instalación de acueductos –Bogotá (1886), Medellín (1890), Cali (1870), Barranquilla (1930)-, muchos de ellos privados o con restringidos beneficios, fue necesario que la familia y en especial la mujer (madre y esposa abnegada) contribuyera de manera decidida en la lucha contra la muerte.⁵³¹ Empero, mientras ya a finales del siglo XIX algunos grupos sociales, gracias a los sistemas de conducción de agua, dejaron de ir a recoger el líquido e ir a bañarse en quebradas y ríos, recogiendo en sus casas, otros, la gran mayoría, continuaron caminando la ciudad en el marco de esa búsqueda. Aunque debió esperarse hasta aproximadamente 1930 para replegarse todavía más, ahora en un cuarto de baño, y con él los sanitarios y el papel higiénico.



Bogotá, inicios del siglo XX.

Fuente: Colarte

⁵³¹ “Para el periodo estudiado [el siglo XIX], los índices de mortalidad son altos y alcanzaban, en algunas ciudades, a representar un 30% por cada mil habitantes. Más preocupante aun es que, de esta cifra, la mortalidad infantil llegó a representar hasta un 60%. La convivencia con la muerte indudablemente influía en la vida doméstica urbana y originaba actitudes frente a la muerte y la enfermedad.” REYES, Catalina y GONZÁLEZ, Lina. “La vida doméstica en las ciudades republicanas.” En: CASTRO, Beatriz. Editora. *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 1996, 224.

Desde las décadas de 1830 y 1840 se presentaron algunos intentos de instalar alumbrados públicos en Bogotá y Cartagena, respectivamente.⁵³² Ello correspondía a un intento por renovar el uso de la noche que no vería sino parcialmente concretado en los últimos años del siglo XIX. Pero esto además procuraba buscar un sustituto para la leña (y la madera) convertirá en ocasiones en carbón, que no solo ensuciaba algunos de los espacios de las viviendas, sino también los urbanos con su humo, olor y otros de los caminantes urbanos que vivían de esa situación, los vendedores de leña. Tras algunos intentos con la utilización de gas y experiencias privadas muy limitadas como la de la hacienda El Chocho, que ya contaba con una rueda peltón en 1852, desde 1890 con la experiencia de Bogotá se vendría una seguidilla de “inauguraciones de la noche”. Primero en algunas de las urbes más grandes, Barranquilla (1891), Bucaramanga (1887-1891), Medellín (1898), Santa Marta (1893), Cartagena (1893), Cali (1910), Ibagué (1909), Cúcuta (1916). Luego en otras de menores dimensiones, como el Líbano (1917), Fusagasugá (1922), Honda (1924). En la mayoría de ellas se trataba de toda una fiesta, que debía ser “santificada” con misa y repicar de campanas, ante lo “endemoniado” que parecían ser estas innovaciones, como muchas otras. Varias de las ciudades principales, con excepción de Bogotá, contribuyeron de diversas formas para que municipios cercanos contaran con el servicio de alumbrado, aun cuando muchas de las nacientes empresas eran de origen privado.⁵³³

⁵³² Ver: DE LA PEDRAJA, René. *Historia de la energía en Colombia. 1537-1930*. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.

⁵³³ *Ibíd.* Como lo muestra De La Pedraja, muchas de esas empresas de energía tomaron nombres en inglés para presentarse como internacional.



Fuente: www.inciarco.com

Junto a los acueductos y los alumbrados, se instalaron líneas telefónicas desde la década de 1880, aunque fuesen de comunicación interna de las ciudades. En tanto, los correos humanos continuaron llevando las noticias a lo largo y ancho del país, por difíciles caminos y pasos peligrosos en los ríos ante la ausencia de puentes. Sumado a ello, y en el marco de ordenar el cuerpo y de paso el alma,⁵³⁴ se construyó o mejoró equipamiento colectivo como parques, plazas, plazoletas, atrios, mercados –más tarde galerías- y cementerios, constituyeron las principales obras. La mayoría de éstas fueron promovidas por sociedades, juntas y otras organizaciones de personalidades urbanas que buscaban promover la “civilización”, aun a costa de sus propios recursos. Eso sin contar la instalación de monumentos, en especial desde fines del siglo, en el marco del periodo denominado “Regenerado”, en donde las ciudades se hicieron libros de historia en procura de gestar un pasado común. Nariños, Bolívars y Santanderes, fueron instalados, o utilizados para nombrar plazas y calles.

⁵³⁴ Ver: PEDRAZA, Zandra. *En cuerpo y alma. Op.cit.*, 2011.

§ 56. Thomas Reed, un arquitecto sin ciudad

Como se puede percibir este conjunto de obras tenían implicaciones en los espacios urbanos y en el interior de las viviendas. Sin embargo, para muchos arquitectos la única ciudad que tenía una “imagen urbana” era Bogotá.⁵³⁵ La razón para semejante afirmación radicaba en la inexistencia de edificaciones firmadas por los nombres de prestigiosos arquitectos, que ante la inexistencia de escuelas en Colombia debían proceder del exterior o cuando menos, haberse formado en Europa. Pero a pesar del eclecticismo y diferentes concepciones estéticas, las viviendas se vieron afectadas de diversas formas. Por ejemplo, los espacios internos fueron fragmentados para dar nacimiento a salones, corredores, zaguanes, o aumentados para construirse segundos niveles que se dedicarían a la vivienda, mientras los primeros servirían para actividades comerciales. Pero semejantes modificaciones se hicieron más visibles en la medida que los mobiliarios se cambiaron o readaptaron en el marco de una decoración que buscaba servir de diferenciador social.⁵³⁶ Sin embargo, fue la puerta el principal de los elementos en la idea de formar un escenario íntimo, no en vano, y dependiendo de los recursos, se le hicieron forjas, calados y otros elementos, hasta llegar a ser un signo también evidente en ventanas, balcones y gabinetes (camerines).⁵³⁷

⁵³⁵ ARANGO, Silvia. *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989. Para esta autora la arquitectura del siglo XIX se divide en “a) La construcción espontánea en las poblaciones fundadas a raíz de los procesos de colonización y b) Los ejemplos y excepciones de la arquitectura ‘cultiva’ de carácter urbano”. (p. 111)

⁵³⁶ “La sala burguesa sucedió a la sala romántica en la última etapa del siglo XIX aunque no marcó una ruptura con respecto a ésta, pues se caracterizó precisamente por la consolidación de los elementos y novedades que vimos surgir y conformarse hasta la década del ochenta. La hemos llamado burguesa por ser la expresión acabada, decantada, del grupo social que surgió y se transformó con ella.” LARA, Patricia. “La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo.” *Op.cit.*, pp. 109-134.

⁵³⁷ La ilustración de José Manuel Marroquí podría ayudar: “La casa moderna tiene fachada de verdadero o falso ladrillo, ventanas arrodilladas o balcones de reja de hierro de prolija labor, canales de alta con encajes de los mismo; puertas, columnas y barandas pintadas de varios colores artísticamente combinados, y adornadas con molduras doradas y con cachivaches de níquel o vidrio; aldabón en la puerta principal, que representa una mano, con anillo y todo, que está teniendo una manzana; cielos rasos tan altos como el cielo empíreo, enmarcados en finas molduras y engalanados con florones elegantísimos; y papeles de colgadura de aquellos colores de tela desteñidas que han venido a ser bonitos en la época en que a los helechos, que antes no servían sino para fregar las ollas del masato, les ha tocado subir a los salones y galerías a campar por su respecto entre las plantas venidas de luengas tierras.” MARROQUIN, José Manuel. “El cuarto de los trastos.” En: VV.AA. *Cuadros de costumbres*. Bogotá: Biblioteca Schering Corporation, 1967, p. 59.

En este sentido, el conjunto de las mejoras estaba concentrado en la utilización de maderas. A diferencia de lo que sucedida en Europa, en donde el hierro y el vidrio se utilizaban cada vez más en grandes proporciones.⁵³⁸ Casas e iglesias, las principales construcciones, fueron levantadas usando la madera, aun teniendo en cuenta su poca durabilidad. Esto llegó a tal punto, que es la Exposición realizada en 1910 con el argumento de la conmemoración del centenario de la Independencia, y que buscaba imitar las exposiciones de París, Londres y Chicago⁵³⁹ en lo concerniente a la utilización del hierro en algunos de los pabellones construidos en el naciente Parque de la Independencia, terminaron por seguir usando madera.⁵⁴⁰ De hecho, 1910 se constituyó para diferentes versiones, en el momento en el que muchas cosas aparecían como por arte de magia.

“¡Aquello fue lo indescriptible! A las nueve de la noche colmaba el Parque de la Independencia, iluminado como el día por millares de focos eléctricos, con multitud de cerca de cuarenta mil personas, asombradas de la belleza del espectáculo y de la maravilla de ingenio que la Exposición, con sus edificios soberbios y sus productos artísticos e industriales, representaba como una revelación fulgurante. El Campo de Marte, Versalles, el Palacio de Cristal, la maravilla europea ante la cual el viajero primerizo se queda estupefacto, se había trasladado de repente y por arte mágico a Bogotá.”⁵⁴¹

En esto que resultaba tan “indescriptible” se inauguraba la “nueva arquitectura”, la modernidad y se dejaba como único referente constructivo del siglo XIX el Capitolio Nacional, en la mano del arquitecto Thomas Reed. Un héroe de la arquitectura que se asemejaba se cierta forma a las percepciones que las Academias (de la lengua y la historia) edificaron sobre Gonzalo Jiménez de Quesada, pues en esta tierra agreste, pero virgen, en medio de ignorantes, un hombre había sido capaz de hacer una obra de arte. Se trataba en este caso de un arquitecto que tenía ciudad, como parece ser la constante en la historiografía de la arquitectura en Colombia. Un edificio sin ciudad. Mientras tanto, para estas perspectivas, el resto de la arquitectura acentuaba una imagen rural asociada a la idea de aldea y que justificaban la enunciación que indicaba la diferencia “urbana” de

⁵³⁸ Ver: BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. *Op.cit.*

⁵³⁹ Algunas de las más importantes exposiciones universales, o cuando menos de mayor referencia, fueron la del Londres en 1851, por el Palacio de Cristal; la de París de 1889, por la Torre Eiffel; la de Chicago en 1893, por la Rueda de Chicago.

⁵⁴⁰ COLÓN, Luis Carlos. *La ciudad de la luz: Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005, p. 17.

⁵⁴¹ Miguel Triana citado por ARANGO, Silvia. *Historia de la arquitectura en Colombia*. *Op.cit.*, p. 138.

Bogotá con el resto de las ciudades colombianas. Semejante idea de un país *aldeano* sería promovida con mayor ahínco durante los gobiernos liberales después de 1930.⁵⁴²

§ 57. Duperly y los objetos endemoniados

Junto con los servicios domiciliarios y el marcado interés, otros objetos aparecieron para acompañar la modernización. Se trataban muchos de ellos, de elementos “endemoniados” que eran capaces de caminar y hablar solos. Ernesto Duperly (1871-1933) fue uno de los principales gestores de ese mundo de ficción que dejaba los libros de Verne para formar parte de la vida principalmente urbana. Ernesto Duperly era hijo de Henry Duperly (1840-1908), un inglés de familia francesa, asentado en Jamaica y radicado en Bogotá desde 1892. El padre había gestado en Kingston un negocio denominado “Duperly & Brother”, dedicado especialmente a la fotografía, pero que no se limitó a tierras jamaquinas, también trabajaron en Belice, Puerto Rico, El Salvador, Honduras y entre 1875 y 1876 había visitado el oriente colombiano, en particular a Ocaña.⁵⁴³ Tras su radicación en la capital colombiana, Henri Duperly constituyó su estudio –H.L. Duperly & Son- desde donde originó en buena parte la memoria de la Colombia moderna, al dejar constancia con su cámara, como nunca antes, de los hechos que se presenciaban como novedosos.

Pero fue su inquieto hijo, Ernesto, quien desde su negocio “Gabinete Artístico: Duperly & Son”, traería aparatos llenos de magia. Velocípedos, bicicletas, cámaras Kodak, victrolas, pianolas, proyectores portátiles de cine y en especial, el primer Cadillac (1905) –aunque parece que el primer automóvil que se trajo al país lo hizo Carlos Corlano Amador en Medellín durante 1899. El negocio de este Duperly era sin duda *lo nuevo*, que rápidamente tenía un impacto sobre los espacios urbanos, en particular con el sonido. Mientras al decir de Benjamin, el ojo era afectado por todas esas construcciones que se

⁵⁴² SILVA, Renán. *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*. Op.cit.

⁵⁴³ Ver: PALMQUIST, Peter y Thomas Kailbourn. *Pionner photographers of the far west: a biographical dictionary, 1840-1865*. Stanford: Stanford University Press, 2000. GESUALDO, Vicente. *Historia de la fotografía en América desde Alaska hasta la Tierra del Fuego en el siglo XIX*. Buenos Aires: Editora Sui Generis, 1990. SERRANO, Eduardo. *Historia de la fotografía en Colombia*. Bogotá: Museo de Arte Moderno, 1983.

sintetizaban en los pasajes de París, en el caso colombiano, ante lo escaso del hierro y el vidrio, el oído de los urbanitas terminaría por enriquecer a Duperly. Aunque no deberíamos dejar de lado el hecho de que estas invenciones, que habían tenido en el siglo XIX la navegación de vapor y las locomotoras sus antecedentes, desplazaban lentamente a los animales a las fronteras urbanas, mientras que las maquinas, este caso sí muchas de hierro, tomaban su lugar.⁵⁴⁴ En apariencia se limpiaban las calles, por lo menos mientras la contaminación que producían esos aparatos se hizo un asunto de salubridad pública casi al finalizar el siglo XX. También se suponía, se ordenaba la ciudad al restringir el caminar a espacios denominados andenes, en donde los caminantes debían compartir su andar con vagos, gamines, ladrones, prostitutas, entre otros representantes de lo considerado como la inmundicia urbana.

§ 58. Las castas y los miserables

Como se ha de suponer contar con redes de acueducto, energía o telefonía, así como de algunos de esos elementos importados por Duperly, no era un común denominador ante el costo que todo ello implicaba. Traer un automóvil al país, implicaba hacerlo con conducto y mecánico, por ejemplo. Estos elementos materiales de distinción social son más bien la espuma diferencias más fuertes en términos de estatus. No era suficiente ser rico, sino parecerlo. Desde momentos muy tempranos del siglo XIX, la vida urbana fue gobernada por una tendencia civilista, en contravía de una militar que parece haber tenido expresiones mayores en otros escenarios latinoamericanos. Esto implicó que las condiciones principales del estatus social fueron la limpieza racial, las conexiones familiares y la educación, junto a la aproximación a ideas europeas y la residencia en zonas urbanas.⁵⁴⁵ Sostiene Maingot que durante la Independencia no se constituyó una casta privilegiada compuesta por militares, de hecho la carrera militar significó durante el

⁵⁴⁴ Para 1930 ya habían en el país 12.000 automóviles, 2.000 autobuses, 6.000 camiones, 300 motocicletas y 6.000 bicicletas. LONDOÑO, Patricia y LONDOÑO, Santiago. “Vida diaria en las ciudades colombianas.” En: TIRADO, Álvaro. Director Académico. *Nueva Historia de Colombia. Educación y ciencia, luchas de la mujer, vida diaria*. Volumen IV. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989, p. 337.

⁵⁴⁵ MAINGOT, Anthony. “Social structure, social status, and civil-military conflict in urban Colombia, 1810-1851”. *Op.cit*

siglo XIX, movilidad política más no movilidad social.⁵⁴⁶ Esto provocó la ausencia de un ejército o guardia nacional, según se justificaba por la “falta de educación de los ciudadanos” para conformar una tropa. Entonces para defender el estatus de quienes monopolizaban el honor, el prestigio y en buena parte, también la riqueza y que se asociaba a la figura del *cachaco*⁵⁴⁷, la policía pudo resultar una mejor opción.⁵⁴⁸

No en vano, los militares terminaron en muchos de los casos por tener funciones de policía o como guardines de cárceles, todas ellas radicadas en los espacios urbanos, como lo ha mostrado Maingot.⁵⁴⁹ La policía permitía la defensa del estatus social en la vida urbana, al atender asuntos como la familia, la higiene y los ritmos urbanos. Con ello las posibilidades de “desorden” o caos, las mezclas sociales y raciales y el ascenso social, eran ampliamente restringidas. Así, esfuerzos realizados por otros grupos como los Draconianos –compuestos entre otros, por artesanos- o los mismos *pepitos*, por controlar las ciudades, no terminaron por surtir efecto. En cambio, los ritmos urbanos continuaron siendo de cierta forma “sosegados”, como sucedía en el periodo colonial, y donde las alteraciones solamente eran producto de otras rutinas ya también establecidas, como días de mercado, festividades religiosas y las propias misas. La *vida en policía* establecida por los conquistadores europeos en el siglo XVI y orientada por el sonar de las campanas se conservaba y la existencia de la vida en el marco de un “hogar” o “refugio” resultaba fundamental. Es cierto que surgieron durante el siglo XIX, bares, cafés, hoteles (posadas) y restaurantes para acompañar las viejas chicherías. Pero en su conjunto de lo que se trataban era de un intento de ampliar la interioridad de la casa guarneciéndose en otros espacios, mientras que la calle como primera exterioridad era restringida para toda una hueste de la miseria humana. Vagos, mendigos, prostitutas y el conjunto de los pobres, eran los dueños de las calles. Los borrachos y religiosos, habitantes pasajeros.

⁵⁴⁶ *Ibíd.*

⁵⁴⁷ Parece que semejante indicación proviene del uso de chaqueta o casaca por parte de este grupo de “privilegiados”, como una de sus formas de distinción con “los de ruana”.

⁵⁴⁸ La concreción de un ejército nacional se produce en 1886 con el surgimiento de la Escuela Militar, aunque dificultades de diferentes órdenes, solamente permitieron el inicio de su tecnificación en 1907. Mientras que la policía ya contaba con antecedentes coloniales y decimonónicos que buscarán unificarse con la aparición de un cuerpo policía en 1891.

⁵⁴⁹ MAINGOT, Anthony. “Social structure, social status, and civil-military conflict in urban Colombia, 1810-1851”. *Op.cit*

Las palabras de Miguel Samper en 1867 asemejan una radiografía:

*“Veamos cómo se nos presenta esta ciudad [Bogotá]:
Los mendigos llenan las calles y plazas, exhibiendo no tan solo su desamparo, sino una insolencia que debe dar mucho en qué pensar, pues la limosna se exige y quien la rehuse, queda expuesto á insultos que nadie piensa en refrenar (...) Las calles y plazas de la ciudad están infestadas por rateros, ebrios, lazarinos, holgazanes y aun locos (...) La podredumbre material corre parejas con la moral. El estado de las calles es propio para mantener la insalubridad con sus depósitos de inmundicias.”* (Sic)⁵⁵⁰

Lo considerado por Samper no solo da cuenta de quienes habitan las calles, también de la inexistencia de una segregación espacial que les permitiera a las elites urbanas diferenciarse de la variedad de pobres. Pero las reacciones ante semejantes trasgresiones al orden estuvieron concentradas en tres tipos de acciones cuando menos. La caridad, procedente del periodo colonial y de orden cristiano, en donde la atención a los pobres resultaba ser una forma más de ir al cielo; y la filantropía, en donde la intención principal era la de “moralizar a los sectores populares para evitar su degradación, como así también la de buscar el equilibrio y la distancia entre las iniciativas estatales y privadas”⁵⁵¹, en donde el uso de la ciencia significaba un instrumento fundamental para diagnosticar la sociedad. El segundo, se radicaba en las acciones de los policías al procurar dar tranquilidad a quienes veían con preocupación los posibles peligros para su estatus. En este sentido, la policía salvaguardaba los intereses privados antes que cualquier otra cosa. Y la tercera acción, era la “policía de familias”, en donde el interior de la casa se constituía en un lugar seguro liderado por las mujeres, encargadas del fortalecimiento de la moral y las creencias, junto con las disciplinas corporales expuestas tanto en el exterior como en el interior del hogar. De allí, que las mujeres que caminaban eran las más pobres o desvergonzadas, por eso, las trabajadoras domésticas eran entendidas como parte de la familia y extendidas sobre ellas un cuidado paternalista respecto a los peligros que podían observarse al cruzar las puertas.

Esto implica que las acciones de *pepitos* no eran bien vistas, como en efecto sucedió. Ya que el caminar sin rumbo, de forma lenta, se asociaba a las prácticas propias de esa

⁵⁵⁰ SAMPER, Miguel. “La miseria en Bogotá”. *Op.cit.*, pp. 2-5.

⁵⁵¹ GONZÁLEZ, Ricardo. “Caridad y filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”. En: VV.AA. *Sectores populares y vida urbana*. Buenos Aires: Clacso, 1984, p. 256.

variedad de miserables. Así como los paseos no pueden tampoco asociarse a ese caminar *pepito*, pues ellos correspondían parcialmente para romper las rutinas y entonces visitar el campo, que en el marco de semejante recogimiento sobre la casa, parecía cada vez más distante. En otros casos, correspondían a acciones determinadas como bañarse. En ambos de los casos el hogar se llevaba consigo, por lo menos hasta que comenzaron a aparecer parques a fines del siglo XIX, así que el exterior quedaba reducido a mero paisaje de un cuadro.⁵⁵² En boca de Eugenio Díaz, al describir la visita a una aldea, en este caso Chapinero:

*“A este tiempo llegó el carro con todos los trastos, tirado por dos hermosos bueyes colorados. Iban allí todos los enseres de la cocina, dos taburetes pequeños, unas esteras, dos almofrejes, dos o tres catres y algunos baúles y cajones, uno de estos encerraba una docena de libros y tres mil cigarros de Ambalema, y otro iba repleto de bocadillos; algunos carros más fueron llegando cargados de iguales o semejantes cosas.”*⁵⁵³

De este modo, el tiempo no podía perderse, pues aun estando en cafés o chicherías, se buscaba refugio, en medio del cual se justificaba el ocio. O, en días de mercado o festividades, el tiempo y las actividades estaban regulados, pues como lo supusiera Freud semejantes desfuegos forman parte de regularidades que admiten un cierto *mundo al revés*, en procura de que ello no se haga permanente. Y con las transformaciones materiales ese control buscaría ser más sofisticado, además, porque se asociaba a prácticas higienistas. Ese es el interés de construir, en especial al despuntar el siglo XX, plazas o galerías para el mercado y parques,⁵⁵⁴ la identificación de zonas de tolerancia o

⁵⁵² Esto puede también notarse en un poema de José Asunción Silva, llamado “Paseo” en el que nota la melancolía que se sucede al juntar los objetos decorativos de las casas y el conjunto de su confort, con el campo. SILVA, José Asunción. “Paseo”. En: SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Madrid: Edición del Centenario, 1996, p. 120-121.

⁵⁵² Ya en otras partes del presente trabajo hemos mostrado los vínculos de la historia como disciplina con la literatura, especialmente.

⁵⁵³ DÍAZ, Eugenio. *Obras inéditas: los aguinaldos navideños*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, digitalizado en 2005, capítulo 1. Cosa similar puede observarse en: SILVA, Ricardo. “Mi familia viajando”. En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá*. *Op.cit.*, pp.173-186.

⁵⁵⁴ Esta fue una obsesión de elites que procuraban ser burguesas y modernas, y que pretendía limpiar el corazón de la ciudad llevando la diversidad y suciedad del mercado lejos de allí, aunque en ello no significara sino unas cuantas cuadras. En muchas ciudades ello implicó varias décadas del siglo XX antes de concretarse. Por ejemplo en el caso de Fusagasugá (Cundinamarca), la iniciativa de las elites cafeteras apareció empezando el siglo XX, pero la obra solamente se terminó en 1962. Pues no solo era necesario realizar la construcción, también convencer a los vendedores de que los compradores irían a buscarlos a un lugar distinto al *de siempre*. MARTÍNEZ, Félix. *Fusagasugá, una ciudad soñada. Historia urbana, 1880-1970*. Fusagasugá: Alcaldía de Fusagasugá, 2002.

“calles calientes”, el encerramiento de espectáculos públicos en teatros o plazas de toros, y la realización de fiestas en salones de clubes con acceso restringido.

Sexto Cuadro. Caminar el *interior* y en el *exterior*

“¿Qué es la ciudad si no es el pueblo?”
William Shakespeare. *Coroliano*.

Capítulo 7. Cachacos: caminar en *el interior*

§ 59. El *cachaquismo*



José María Espinosa. *Carlos Borda y sus conejitos*. Siglo XIX.

El *cachaco* es una figura que representa a los hombres refugiados en la ciudad, pero sin constituirse ella misma en un absoluto. No es solamente una representación de algunos

individuos bogotanos recurrentes por sus comportamientos, como suele concebirse prescriptivamente desde el siglo XIX y a veces, confundiendo con el *pepito*.⁵⁵⁵ –Cómo podía suceder con la imagen que abre el presente párrafo. Esa es en parte el retrato que nos ofrece Emiro Kastos al decir que,

*“El cachaco ha sido siempre el representante más caracterizado del buen humor y del espíritu bogotanos. Entre los veintidós y los treinta y cinco años comienza y acaba su carrera. Chistes escogidos, ocurrencias afortunadas, elegancia en el vestir, modales finos, aventuras galantes, calaveradas de buen tono; todas ó algunas de estas circunstancias forman la esencia y son las credenciales de este tipo original. El matrimonio y los puestos oficiales dan al traste con su carrera. Una esposa es lastre demasiado pesado para su vida desordenada y ligera de bohemio, y los destinos públicos, embarazando su lengua y su pluma, apagan dos de sus cualidades características, que son la crítica constante y la oposición. Sin chispa y travesura no hay cachaco posible. A todo hombre joven y soltero no se puede dar este título: es necesario merecerlo, y en vano han pretendido tan honroso dictado muchos ricos palurdos y provincianos imbéciles. Pero ¡oh fragilidad de las cosas humanas! este tipo original, grandioso, elegante, opositor este cuarto poder constitucional, como lo ha llamado alguien, este dictador de los salones, príncipe de la moda, rey de la crítica, el cachaco, en fin, ha sido absorbido, derrocado, eclipsado y amilanado por el pepito : el pepito es dueño de la situación.”*⁵⁵⁶

Además de lo anterior, la figura del cachaco sintetizaba a aquellos individuos que pretendían mantener las condiciones de vida, especialmente urbanas, radicadas en el periodo colonial.⁵⁵⁷ Buscaban una reconfiguración de la sociedad encomendera, y desde luego de sus prácticas en las ciudades, durante el siglo XIX. Esto implica que a pesar de sus esfuerzos tenían formas de concebir el mundo asociadas al campo, bien porque de allí procedía su riqueza, bien porque allí habían nacido o tenían sus raíces familiares, bien porque lo idealizaban. Aunque para ello se valieron de la construcción de escenarios, muchas de las veces minúsculos, y hasta artificiales, como por ejemplo el notable interés por la gramática. Así como también, de procurar restituir un orden en apariencia perdido, como el colonial, con la policía. Podríamos sugerir que mientras los *cachacos* están concentrados en vigilar cualquier amenaza a un orden que aparenta

⁵⁵⁵ Bayona considera, valiéndose de referencias especialmente del siglo XIX, que se trata de un “specimen” particularmente bogotano y que inicia su vida con Nariño, contando entre sus exponentes a personajes como Alberto Urdaneta. BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá. Op.cit.*, pp. 225-226.

⁵⁵⁶ KASTOS, Emiro. “Los pepitos”. *Op.cit.*

⁵⁵⁷ Nicolás Bayona decía a este respecto y refiriéndose a Bogotá, que se trataba de la “ciudad ingenua”, en donde “tan honda fue la huella dejada por los españoles en los usos y costumbres de la ciudad, que, desterrados los virreyes y suplidos los criollos que odiaban de muerte lo español, se siguieron viviendo –con muy leves modificaciones- los placidos días de la ciudad colonial.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá. Op.cit.*, p. 145.

decadencia, los *pepitos* o *dandis* utilizan la escritura para poder salvarse del tedio que generó el encierro, y en este escenario en el cual aparecen algunas de las primeras historias de ciudades. Aun cuando muchas de estas últimas puedan verse sobre ciudades distantes, en el fondo no han logrado desprenderse de eso que hemos llamado la *ciudad de la infancia*.

Laureano García⁵⁵⁸ consideró que el cachaco fuese un “tipo colombiano” que parecía irradiarse desde Bogotá, como madre de las ciudades colombianas⁵⁵⁹, mostrando un modelo de ciudadano ideal. El cual se había reconocido inicialmente por el tema del vestido, aspecto recurrente en la literatura y que Rufino José Cuervo recordaba bastante bien:

*“Cachaco significó primeramente entre nosotros desaliñado en el vestido. Como por los jóvenes liberales, y en particular los estudiantes, tomaron calurosamente parte en los movimientos que precedieron y acompañaron la creación de la Nueva Granada, sus contrarios los llamaban desdeñosamente cachacos; pero habiendo triunfado, lo que había sido denigrativo se hizo título de honor, y vino la voz a significar joven elegante y garboso, no pocas veces amigo de aventuras: hoy es uno de tantos equivalentes de lechugino, petimetre.”*⁵⁶⁰

Se trata de una figura que asumía la vida urbana como un actor y no como un espectador, teniendo como escenario principal el altozano de las ciudades, como bien lo mostró Miguel Cané para el caso de Bogotá. Se trataba del espacio urbano que caracterizaba esa fuerza centrípeta con la que fueron edificadas las ciudades desde el siglo XVI en Hispanoamérica y representada con la “imagen pública” de la iglesia a la que ya se hará referencia. Allí –en el altozano-, ponían en escena su vida, como estrategia para no ser reducido a la desaparición social, aunque paradójicamente esto último estuviese dependiente del chisme. Al mismo tiempo, se trataba de un espacio limitado, en donde el movimiento era menor en comparación con otros habitantes de la ciudad que caminaban de manera más intensa las calles. Y mientras ellos repetían

⁵⁵⁸ GARCÍA, Laureano. “Los *cachacos* de Bogotá.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *Ibíd.*, pp. 234-235

⁵⁵⁹ Silvio Villegas sostenía, por ejemplo, que: “Desde el propio día de su fundación, Santa Fe de Bogotá reclamó su derecho de primogenitura entre los pueblos de la Nueva Granada.” VILLEGAS, Silvio. “Bogotá.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador *Ibíd.*, pp. 473-476.

⁵⁶⁰ GARCÍA, Laureano. “Los ‘cachacos’ de Bogotá.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *Ibíd.*, pp. 234-235. Aquí el autor coincide con la característica despectiva con la cual se tituló un periódico –“El cachaco”- por parte de Florentino González, durante 1833.

rutinariamente sus acciones en las ciudades colombianas, al mismo tiempo se presentaban cambios materiales que terminaron por gestar un sentimiento de nostalgia y culto del pasado, como respuesta a esa modernización urbana.

Como lo pensara Vergara y Vergara, entre otros autores del siglo XIX, Bayona y los autores que compila en la obra “El alma de Bogotá” de 1938 con motivo de los 400 años de la fundación de la capital, se atestigua una ciudad que desaparece, ante una cierta apertura a la modificación del paisaje urbano, y que no era problema exclusivo de Bogotá. De allí que, a pesar de que la figura de los cachacos de los primeros años del siglo XX, resultante de la hibridación entre *pepitos* y *cachacos*, precede a la de los burgueses, o quienes intentaban serlo.⁵⁶¹ Y cuando el Movimiento Moderno hizo su entrada de forma fuerte durante la década de 1930, junto con su negativa a considerar un pasado que se presentaba como pobre a no ser por algunas excepciones, los *cachacos* hicieron lo contrario. De manera similar a como lo hiciera Vergara y Vergara, el compilado realizado por Nicolás Bayona⁵⁶² que encontraba el alma de la ciudad en el pasado y representado en su presente por el *cachaco*. Con la figura de este último se buscaba salvaguardarse una idea de ciudad asociada a la *civitas*⁵⁶³, que ahora, quizás más que antes, estaba siendo subsumida por la de *urbs*. Muchos de los autores colaboradores en la indicada obra, y que correspondían a lo que se ha denominado como la “historiografía tradicional”, se ponían parcialmente en confrontación por la perspectiva sobre lo urbano, con la orientación arquitectural. Contiende en donde el tema del pasado era fundamental.

Ante lo innegable que resultaban los cambios materiales, quienes pretendían la defensa de lo que fue, se ataban a la cultura, radicada en las prácticas urbanas, a los usos

⁵⁶¹ Así como Elias nos mostró que la sociedad cortesana es ampliamente interesante para comprender el conjunto de las prácticas civilizatorias burguesas. En nuestro caso, la comprensión, aunque mínima, de los *pepitos* y los *cachacos* puede resultar útil, no solo para entender el “proceso de la civilización” colombiana, sino de cómo se construyeron ideas de ciudad en ese marco.

⁵⁶² En ese trabajo de compilación se incluyó precisamente el trabajo de José María Vergara y Vergara, “Las tres tazas”.

⁵⁶³ Armando Solano, en uno de los textos compilados por Bayona, mostraba como la idea de *civitas* todavía era muy similar a la implantada en el siglo XVI, y que procedía en buena parte de la Edad Media, al decir que: Aquí todos sabemos que nuestro amigo hará por nosotros los mayores sacrificios, sencillamente porque siempre estamos dispuestos a hacerlos poder.” SOLANO, Armando. “Bogotá.” En: En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá. Op.cit.*, p. 487. Para ver la idea de comunidad con la que se buscó entender la ciudad durante el periodo medieval, puede verse: SENNETT, Richard. *Carne y piedra. Op.cit.*

creativos de la ciudad, que en otro tiempo habían recriminado, pero sin dejar de estar atados a la fuerza centrípeta que ligaba a las ciudades. Y cuando se alude, como lo hace Armando Solano, a lo jocoso de las anécdotas o diversas situaciones, se estaba anteponiendo una ciudad constituida por esos fragmentos, que por demás eran narrados. Una narración marcada por la nostalgia de esa *vida en policía*, que se valía paradójicamente de la exaltación de prácticas asociadas al caminar, como conversar en medio de la calle o detenerse en una esquina, en contraposición a la idea de que “el tiempo es oro” y donde la lentitud no tenía cabida. Ante lo “real” que pudieran parecer las transformaciones urbanas, parafraseando a Žižek, esto no era más que un desierto, una urbs sin civitas. Y para evitar tales tierras, se proponía por parte de los *cachacos* regresar al pasado, valerse de él para convertir ese desierto en un oasis donde guarnecerse. Un refugio caracterizado por la moral y una vida para la muerte, de la que adolecían, según esta visión de impronta historicista, la ciudad construida y más proclive al placer, a la búsqueda incesante de experiencias y a la intensión de resolver lo tedioso que podía parecer la vida.

§ 60. En busca de la *vida en policía*

Los dandis no son los únicos que observan la existencia de un “mal” (ver cuadro noveno), los *cachacos* por su parte también consideran la presencia de elementos que están afectando la integridad de la ciudad-mundo. Estos últimos, resistentes a la posibilidad de salir del abrigo dado por una ciudad, consideran que la exterioridad no termina sino por matar el cuerpo. Salir de la ciudad se asemeja a salir de la casa, al tener que enfrentarse a peligros. Vicios, prostitutas, ideas y gasto desmedido de dinero, son apenas algunos de los riesgos con los que se encuentran quienes quieran ir a saciar su hambre de *sí mismo*. Para muchos, un viaje no es nada más que “una experiencia inútil”.⁵⁶⁴ Pero ello no debe verse exclusivamente como una postura contradictoria de “intermediarios culturales”, como los ha mostrado Frédéric Martínez. Al llegar los *pepitos* convertidos en todos unos *dandis*, sus actitudes son entendidas, aún más que antes de su partida, como

⁵⁶⁴ Ver a este respecto los análisis de: MARTÍNEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita*. *Op.cit.*, pp. 342-359.

“escandalosas”. Con ello se pretendía significar los síntomas de una posible *enfermedad* o riesgo existente desde el periodo colonial a la *vida en policía*, sobre la que ya volveremos (¿o retrocederemos?). Desde la Colonia, lo escandaloso estaba profundamente vinculado a lo público, en donde cualquier intento de movilidad –mental o física- implicaba matar el cuerpo, primero por los vicios, pero quizá aún más importante, por el despliegue verbal que terminaba con su eliminación. Se trataba de “sociedades encerradas”, como sostuvo Colmenares, en donde “el chisme, la comidilla y la conseja aparecían como correctivos sociales” para unas almas poco “nobles”.⁵⁶⁵ Semejante ausencia de nobleza correspondía en el caso colonial a las posibilidades de los individuos de afectar aquella *vida en policía*.

Esta *vida en policía* se ha leído de diversa formas, sin embargo, y reiterando que sobre ella recaeremos, podemos entender su fundante participación en la gestación de lo que hemos venido llamando la ciudad-mundo, o la ciudad de la infancia. Ya que una de las principales características de esta “vida” es el establecimiento de un *orden*, regulado por un centro que certifica la protección que la urbe ofrece en una imagen, la iglesia. Cualquier pretensión de afectar dicho *orden* procuraba resolverse con la expulsión del cuerpo, pues permitir su continuación podía asemejarse al peligro que puede correr un sistema inmunológico.⁵⁶⁶ Así, las manifestaciones escandalosas podrían asociarse a síntomas que expresan la anomalía existente y los usos del lenguaje, las respuestas que pretendían tal protección. Para quienes nacieron durante el siglo XIX, esta era la ciudad de su infancia, en ella crecieron, aprendieron los comportamientos establecidos y de alguna forma contribuyeron para fortalecer esas murallas imaginarias, ese centralismo virtual de cada una de las urbes colombianas e hispanoamericanas. Por eso, cualquier pretensión diferente era trasgresora, nominada como “mal” y atacada con un incisivo sistema inmunológico que descargaba sus acciones en unos leucocitos, también llamados policías. La policía como institución apareció en 1891, sin embargo, desde el siglo XVI, distintos funcionarios cumplían una misión similar, asegurar el *orden interno*. Pero una comprensión mayor de esto último requiere una analepsis, un flashback, que

⁵⁶⁵ COLMENARES, Germán. “La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino.” *Op.cit.*

⁵⁶⁶ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos*. Madrid: Ediciones Siruela, 2004. Ver en particular el capítulo 3 donde Sloterdijk desarrolla la idea de comprender a la ciudad como una esfera, la cual cuenta en su interior con un sistema inmunológico.

nos lleve de la segunda mitad del siglo XIX a los primeros decenios de esa centuria y siglos anteriores, a una posible *archi-ciudad*.

Ya se ha mostrado antes la indicación de Emiro Kastos de una posible existencia desde “siempre” de los cachacos y que asocia a la imagen que tenía José María Vergara de Santafé, aquella que existía mucho antes de los cambios que pudo haber significado el proceso independentista, y que debía defenderse de posibles infecciones provenientes del exterior, como las influencias francesas. La misma que, más tarde, deseaba “regenerar” Miguel Antonio Caro. En efecto, parece haber estado allí desde las mismas fundaciones de las ciudades por parte de los españoles, ofreciendo una seguridad que ahora los *pepitos* parecían poner a prueba. Una inmunidad, en búsqueda constante, que ofrecía la vida urbana o mejor llamada desde el siglo XVI como *vida en policía*. Esta vida, permitía salvaguardas a entornos inhóspitos, al mismo tiempo que era una evidencia del pacto con un dios protector, sellado por el ritual de fundación, y conservado por la escritura, material y simbólicamente, como prueba de semejante alianza. Siendo esto el inicio de un archivo, de un *arché* (un arca, que es inicio y comienzo), no cerrado, al contrario, expuesto a todos en la traza urbana.

Regresar, regenerar, a lo que “siempre ha existido”, implicaba entonces, mantener, o cuando menos renovar, el soporte de las ciudades coloniales, la *vida en policía*. Mantener el estatus en la vida urbana considerando ahora a todos, parcial e hipotéticamente, iguales, como ciudadanos, en el marco de la necesidad post-independentista de edificar una república y consigo un Estado-nación, no resultaba un asunto nada fácil. Más cuando, gracias a la necesidad de conformación de ejércitos el ascenso social por esta vía se puso a la orden del día. Mestizos, mulatos y pobres, engrosaban el grupo de individuos que gracias a sus acciones en los campos de batalla podían acceder a la posibilidad de subir en la jerarquía social. Al morir Bolívar, algunos asomos de dictadura buscaron ser reprimidos, “eso era cosa de Venezuela” se decía. Y más tarde, figuras como la de José María Obando, que a pesar de haber sido presidente

se levantó en varias ocasiones contra el gobierno establecido en Bogotá.⁵⁶⁷ Todo lo anterior mostraba una relación amenazante entre caudillo y militar.

Según Maingot⁵⁶⁸, esto significó que de manera rápida las elites neogranadinas, que contaban o habían heredado privilegios, buscaran restringir la institucionalización de un ejército nacional y en su conjunto, la presencia de militares en la vida pública. De hecho, y desde muy temprano -1838-, semejante ausencia (de miliares) fue aplaudida hasta por visitantes europeos, promotores del republicanismo, como Carl August Gosselman -aun cuando hubiera encontrado en pésimas condiciones el funcionamiento de la policía en la capital, en especial lo concerniente a la recolección de basuras.

“Puede añadirse, además, que Nueva Granada posee dos garantías para su estabilidad política, que en cierto modo no poseen los demás estados que he visitado. Una de ellas es positiva y consiste en un gran número de funcionarios comparativamente instruidos y con experiencia en los diferentes ramos de la administración pública; pero la otra es negativa, a saber: una casi total ausencia de los numerosos jefes militares, que en estos últimos tiempos han sido la causa de los numerosos disturbios internos en estos países, así como en tiempos pasados contribuyeron a poner feliz término a la gran contienda. Al mismo tiempo que Nueva Granada se separó de las otras partes de Colombia, se separó también de la mayor parte de los oficiales de alta graduación del ejército, los cuales por ser casi todos compatriotas de Bolívar, o sea de Venezuela, y haber intervenido en la última revolución, fueron expulsados de Nueva Granada, una de las exportaciones más provechosas que ha podido realizar este país.”⁵⁶⁹

Esta posición anti-militarista se mantuvo por largo tiempo durante el siglo XIX, como nos lo muestra en sus “recuerdos” de 1861, Ángel Cuervo al sostener que,

“Confianza á la Nación misma el sostenimiento del orden y de la ley, redujo el ejército nacional á cuatrocientos hombres con la sola misión de custodiar los parques y los presidios; y el militarismo, carcoma de los gobiernos impopulares, llegó á su mayor anonadamiento: yo recuerdo que entonces fue una legación peruana, y todos mirábamos como curiosidad al secretario de ella por el uniforme militar que vestía diariamente: ya no

⁵⁶⁷ Ver: ZULUAGA, Francisco. *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1985.

⁵⁶⁸ MAINGOT, Anthony. “Social structure, social status, and civil-military conflict in urban Colombia, 1810-1851”. *Op.cit*

⁵⁶⁹ GOSSELMAN, Carl August. *Informes sobre los Estados Sudamericanos en los años 1837 y 1838*. Estocolmo: Biblioteca e Instituto de Estudios Ibero-Americanos de la Escuela de Ciencias Económicas, 1962, p. 117.

*había odio contra los militares, sino que se les veía como miembros de una institución anticuada é impropia de las ideas modernas....”*⁵⁷⁰

Sin embargo ¿cómo era posible mantener este “orden” sin una fuerza armada? ¿Sin el monopolio de las armas? El sendero tomado por las elites, sin variar sustancialmente sus posiciones ante su filiación partidista, fue la de re-novar lo que se entendía como policía durante el periodo colonial. Pero ello no se produjo con la creación de un cuerpo “nacional”, organizado hasta fines del siglo XIX, sino con la creación en el interior de cada una de las ciudades. Allí se constituyeron grupos, bastante fragmentados, de individuos que actuaban como agentes de la policía. Se trataba de personas, que sin uniforme, ni armas, tenían la función de ejecutar las acciones tomadas por autoridades municipales en lo concerniente al *orden* en la vida urbana. Los agentes eran en su mayoría trabajadores agrícolas y residentes pobres de las ciudades que subsistían como jornaleros en haciendas, que pagaban con este servicio tributos, especialmente en días de mercado. No está por demás, recordar que muchos de los propietarios de las haciendas en pequeñas y grandes poblaciones, también ejercían cargos públicos, en donde “legalizaban” sus acciones. De este modo, la tarea se cumplía siempre y cuando al final del día se contaran con resultados: borrachos, prostitutas, vagos, y en su conjunto, caminantes urbanos eran quienes engrosaban las personas reducidas a la cárcel, ante sus acciones “escandalosas” en los escenarios públicos de las ciudades.⁵⁷¹ En otras palabras, los *cachacos* soportaron la defensa de un estatus procedente del periodo colonial, no solo en asuntos como la limpieza de sangre, la educación y la riqueza, sino con acciones de policía. Y, ante la fragmentación, existían en cada uno de los núcleos urbanos, sin importar su tamaño, versiones de los *cachacos* que se valían de individuos investidos parcial y temporalmente como agentes, para evitar cualquier amenaza al *interior* –la inmunidad- de la vida urbana, tal y como si fuesen leucocitos.

⁵⁷⁰ CUERVO, Ángel. *Cómo se evapora un ejército: recuerdos personales de la campaña que concluyó el 18 de julio de 1861 con la toma de Bogotá por los revolucionarios*. Bogotá: Documento digitalizado por Biblioteca Virtual del Banco de la República 2005.

⁵⁷¹ Aún después de la institución de la policía como ente nacional, las pequeñas ciudades siguieron contando con este tipo de policías. El hacendado cafetero Juan del Corral, en una conferencia dictada en 1914 a la Sociedad de Agricultores de Colombia, notaba este asunto para el caso del departamento de Cundinamarca, radicado según su opinión en la “ignorancia” de los trabajadores y los abusos de los propietarios. DEL CORRAL, Juan. “Por los siervos de la gleba.” En: *Revista Nacional de Agricultura*. Vol. IX. Bogotá: Sociedad de Agricultores de Colombia, 1914.

Por eso, tras el levantamiento de Obando en contra de José Ignacio de Márquez, en la denominada “Guerra de los Supremos”, Pedro Alcántara Herrán respondió a estas amenazas externas, entre otras acciones, con una posición abiertamente civilista al firmar la Ley de Policía de 1841. Esta norma pretendía reducir la “guerra”, expresión que sintetizaba el militarismo. No resulta casual, que al menos en la letra, una de las consignas de dicha ley fuera el menor uso de la fuerza. Se creaba entonces una división de la policía entre nacional y provincial, urbana y rural. Aunque las funciones asignadas, se radicaban particularmente en la provincial de carácter urbano, es decir, la que actuaba de manera directa en las ciudades. A ella se le encargaba la salubridad local; el control de la mendicidad; el orden y disciplina de hospitales y establecimientos de beneficencia; abastos, ferias y mercado; fuentes de agua, públicas y particulares; caminos, calzadas y puentes; la navegación interior; el alumbrado; la comodidad; el aseo y el ornato; y la vigilancia de fiestas, espectáculos y diversiones.⁵⁷²

El orden, en particular de las urbes, quedaba como asunto de civiles, ya que la dirección general quedó como potestad del presidente, y en orden descendente, el gobernador, el jefe político y finalmente, el alcalde. Todos ellos eran jefes de policía, orientando las acciones de inspectores y comisarios, quienes conformaban en efecto, el “cuerpo de policía”, que contaba como principal acción “la defensa de la integridad física y moral”. El término “integridad” tiene un origen latino que sugiere gran parte de la idea que pretendía semejante creación institucional. Proviene de “*integritās*”, que correspondía a la idea de totalidad y pureza, suponiéndose un cuerpo que debía defenderse ante cualquier posibilidad de impureza amenazante. Si la idea de policía que se planteaba, buscaba defender dicha integridad, era porque se suponía la existencia de un cuerpo homogéneo, que no era otro diferente del de la ciudad. En tanto, los peligros provenían de quienes causaban “desordenes”, que eran quienes vulneraban semejante totalidad con intenciones de fragmentación. No resulta casual que dentro de las principales especificaciones de las acciones de los policías estuviera “recorrer caminos” para “perseguir y aprender”. ¿Por qué precisamente los caminos? Allí se radicaban

⁵⁷² Ver: CASTAÑO, Álvaro. *La policía. Su origen y destino*. Bogotá: Escuela de Policía General Santander, s.f.

caminantes que no contaban con una morada distinta a la calle y a quienes se debía restringir según las ideas expuestas tanto en la Ley de 1841, como en posteriores⁵⁷³.

La libertad que procedía discursivamente del proceso independentista y los intentos de construcción de un Estado-nación que hasta mediados del siglo XIX se habían adelantado, no significaron de ninguna manera una ruptura, en los términos de la vida urbana, con la idea de *vida en policía* explicitada durante la conquista y mantenida durante el periodo colonial. La policía en el caso francés se había renovado, cuando menos teóricamente, por la revolución, en tanto su tarea consistía en cuidar la libertad. Sin embargo, a pesar de las diferencias con la construcción de espacios abiertos y vacíos que significó trasladar las ideas sobre libertad a los espacios urbanos, Sennett⁵⁷⁴ nos ha mostrado cómo la principal tarea asignada a los agentes de policía era regular la circulación, asunto que terminó por “apaciguar el cuerpo” y convertir a los individuos en multitud mirona. Guardando las distancias, podríamos sugerir que aun las ideas de libertad circulantes, ellas se ajustaron, en el caso de las ciudades, con el hecho de restringir la movilidad, y acciones similares, que pudieran dañar la interioridad de la ciudad. Ya en la Ley del 23 de diciembre de 1827, se tenía como propósito conservar la paz en la calle, negando la posibilidad de existencia a tumultos, injurias y vagos y mendigos, a partir de la regulación del tránsito. La idea griega de que caminar contribuía a la gestación de ciudadanía no formaba parte de lo que los pos-independentistas pensaron con respecto a los habitantes de las ciudades. En cambio, se suponía la idea de calles solitarias, vacías, en donde la circulación debía hacerse sin atención a ninguna situación diferente de la de ir de un punto a otro. De un refugio a otro, ante el peligro que se avisaba en las calles. Por eso, la tarea de quienes actuaban como agentes de policía, era la de “limpiar” las calles, y ello no solo incluía la basura, sino todo aquello que

⁵⁷³ Por ejemplo la Ley 13 de 1842 considerada expresamente para “remediar los inconvenientes que se habían presentado en la ejecución de las leyes existentes sobre policía”, pero concentrada en vagabundos, salubridad y penas.

⁵⁷⁴ SENNETT, Richard. *Carne y piedra. Op.cit.*. Castaño nos recuerda por su parte, que en el artículo 16 del Código de Delitos y Penas, expedido en el año cuarto de la de Revolución, se indicaba que la policía “esta instituida para mantener el orden público, la libertad, la propiedad y la seguridad individuales. Su carácter principal es la vigilancia; la sociedad, considerada en masa, es el objeto de su solicitud”. CASTAÑO, Álvaro. *Op.cit.*, p.24.

causara perturbación, afectando esa integridad silenciosa con la que se entendían las ciudades.⁵⁷⁵

En uno de los considerandos de la Ley del 3 de mayo de 1826, se sostenía que,

“(...) por una consecuencia de la dilatada guerra que ha sufrido la República cierta clase de hombres se ha desmoralizado hasta el extremo de atacar frecuentemente del modo más escandaloso la propiedad y seguridad individual del pacífico ciudadano, y que siendo indudable que la multitud de hurtos que se cometen con impunidad, nacen de vagos, ociosos y mal entretenidos que por desgracia existen en las poblaciones por el poco celo en los encargados de la policía, y debiéndose poner un pronto y eficaz remedio a este grave mal, escarmentado a aquellos y exigiendo a estos la más estrecha responsabilidad.”⁵⁷⁶

Se entiende que la pérdida de semejante condición de “pacífico” que el ciudadano —el habitante de la ciudad— ostentaba, se radicaba causalmente en la “desgracia”, que no era otra cosa que la pérdida de gracia divina que guardaban las ciudades coloniales y que su *vida en policía* no hacía más que garantizar.⁵⁷⁷ La guerra como se indicaba era una de las principales causas de la desmoralización, paradójicamente, y como una evidencia anterior del desprestigio de lo militar entre los civilistas neogranadinos, la mencionada ley de 1826, expresó que los individuos condenados por vagancia debían prestar su pena en el ejército. Empero, con antelación ante semejante expurgo de quien se movía por las ciudades sin un trayecto definido, se ha inmovilizado por la vía de la escritura, pues ella se consideraba como el principal artífice para poner a alguien en prisión. Antes que la cárcel, lo escriturario servía como principal apaciguador corporal, como quien pone en cuarentena una amenaza que más tarde será arrojada al exterior.⁵⁷⁸ Las penas adquirían mayor gravedad, si los delitos se desarrollaban de noche, en donde nadie “decente” caminaba, y se ingresaba en el interior de las viviendas, escenario inescrutable, como

⁵⁷⁵ La solicitud de elaboración de censos en este momento corresponde particularmente a la necesidad de regular la circulación de las calles, se necesitaba saber quiénes y dónde residían los diferentes habitantes con el propósito de reconocer los ruidos a esta integridad silenciosa.

⁵⁷⁶ Ley de 3 de mayo de 1826. *Cuerpo de Leyes de la República de Colombia. 1821-1827*. Caracas: Imprenta de Valentín Acosta, 1840.

⁵⁷⁷ El diccionario de la lengua castellana de 1832 consignaba en su definición de policía: “Policía. El buen orden que se observa y guarda en las ciudades y las repúblicas, cumpliéndose las leyes u ordenanzas establecidas para su mejor gobierno. Rectus civitas orde. Cortesia, buena crianza y urbanidad en el trato y las costumbres. Urbanistas, comitas, morum elegantia.”

⁵⁷⁸ La ley consideraba por ejemplo, la necesidad de testigos y pruebas en el marco de un sumario, que debía ser llevado por “jueces letrados”.

metonimia de lo urbano. Lo establecido en 1826 no era sino la radicalización de una “organización y régimen político y económico de los departamentos y provincias”, establecido en la Ley del 11 de marzo de 1825, en donde el ordenamiento del país recaía sobre los jefes políticos, funcionarios encargados de los cantones, a los cuales debían “vigilar”.⁵⁷⁹

Las acciones de policía eran responsabilidad de las municipalidades –compuestas por alcaldes, municipales (antiguos cabildantes) y procuradores-, que terminaban por dejar las ejecuciones de las decisiones a las “Juntas Parroquiales de Policía”, compuestas por alcaldes parroquiales y síndicos, para quienes se inscribía como principal tarea la de “cuidar”. Esta palabra posee un estrecho vínculo ofrecido con la mirada, pues al ver por otros, al estar pendientes de otros, se busca edificar una versión cristiana de comunidad en la cual “unos cuiden de otros”. Semejante pretensión había alcanzado cierto clímax durante la Edad Media, como nos lo muestra Sennett⁵⁸⁰, con la representación del corazón de Jesús como el centro de su misericordia y el descubrimiento de Henry Mondeville, para quien, también en el corazón se radicaba el centro de la compasión.⁵⁸¹ La comunidad se reunía en torno a Jesús, mientras los órganos lo hacían en torno al corazón, era la fórmula de Sennett. Así, construir ciudad, era construir comunidad y viceversa. El mundo moderno europeo rompería con los lazos comunitarios, para dar paso al interés por el movimiento, la circulación, en donde cuidar de otro era algo menor.

De cierta forma, la idea de Heidegger de que “el rasgo fundamental del habitar es este cuidar”, en la medida que ello lleva a la paz que debería alcanzarse en el residir, se cumplía en el caso que venimos presentando. Ese habitar que buscaban proveer las

⁵⁷⁹ Esta ley estableció un ordenamiento territorial dividido en departamentos, provincias, cantones y parroquias; en donde los funcionarios respectivos eran los intendentes, gobernadores, jefes políticos y alcaldes (municipales para las cabeceras de los cantones y parroquiales, para cada una de las parroquias). Ver: *Cuerpo de Leyes de la República de Colombia. 1821-1827*. Caracas: Imprenta de Valentín Acosta, 1840.

⁵⁸⁰ SENNETT, Richard. *Carne y piedra*. *Op.cit.*, ver en especial la segunda parte.

⁵⁸¹ Ver: HENRÍQUEZ, Cecilia. *Imperio y ocase del Sagrado Corazón en Colombia. Un estudio histórico-simbólico*. Bogotá: Altamir Ediciones, 1996. Allí Henríquez muestra en su primera parte la evolución del símbolo del sagrado corazón, desde las concepciones iniciales de Orígenes en el siglo II d.C. en donde se hace el paralelismo de corazón-amor, pasando por la obra de San Agustín en la cual el corazón es la base del amor con sentimiento de unión, hasta comprenderse además como la centralidad que ofrece la Iglesia y la reparación posible ante el dolor causado por el pecado, ya a fines de la Edad Media e inicios del Renacimiento.

autoridades concentrado en garantizar la “comodidad de los pueblos”, como sostenía la Ley de 11 de marzo de 1825. Una comodidad que dependía de la eficiencia de las municipalidades y las juntas de policía, en lo concerniente a la salubridad (aseo, hospitales, calidad de los alimentos, las aguas) y el ornato (enlozado, “hermoseado” de parajes, mejoras de caminos y edificios públicos).

La Ley de 11 de marzo de 1825, derogó una Ley de 1821 expedida por Francisco de Paula Santander en la que también se pretendía “la organización y régimen político de los departamentos, provincias, y cantones y se divide la República”. En esta última, se consideraba, entre otras cosas, la figura de un juez político que actuaba como jefe del circuito o cantón, que desde 1825 se denominara “jefe político”, y que tenía como principal función, la de conservar el “orden y la tranquilidad”. Esto no distaba sustancialmente de los deberes de los alcaldes y corregidores coloniales. Tampoco se presentaba una diametral diferencia entre las acciones de los cabildos coloniales, los cabildos reconocidos en la Ley de 1821 y las municipalidades de 1825. En todos ellos, la tarea de policía gobernaba sus acciones, nuevamente el “orden y la tranquilidad”.⁵⁸² De forma similar, la “junta parroquial de policía” establecida en 1825 como la encargada de la “mera policía”, continuaba con la establecida en 1791 por el Virrey Josef de Ezpeleta, que aun su limitada duración sí significó un referente fundamental para los *cachacos* que buscaron revivirla luego de pasado el proceso independentista. El rey había sido sustituido por la constitución, pero la defensa de una *vida en policía* que preservara una ciudad encerrada y con ella, unos privilegios de algunos individuos, no se había modificado radicalmente. En últimas, algunas de las acciones, como nos los muestra el viajero francés Gaspar Mollien en 1823, procedentes de las decisiones se conservaban a pesar de su precariedad, como la recolección de basuras los sábados por parte de un grupo de indios, la vigilancia nocturna junto con el encendido de algunos faroles y el matar periódicamente a perros con rabia.

⁵⁸² El Decreto No. 29 de 1821, consideraba en su primer artículo “que el primer deber del gobierno, así como la primera Ley de la República, es la de velar por la quietud y seguridad de la nación”.

Dicientemente, el Virrey Ezpeleta llamaba la misión de la “Junta de Policía”⁵⁸³, que había creado para Santafé, como policía interior. Con esa expresión sostenía que sus principales funciones giraban en torno a “arreglar” y “cuidar”. Con “arreglar”⁵⁸⁴ buscaba mostrar la necesidad de mejorar materialmente los límites de la ciudad, al igual que el interior de la misma. Mientras que “cuidar” correspondía a la conservación del “arreglo” logrado. Se trataba de una idea de ciudad replegada sobre sí misma, caracterizada por ser el lugar donde se alcanzaba la felicidad. En otras palabras la “comodidad” urbana permitía ser feliz, y desde allí donde puede comprenderse en buena parte las ciudades hispanoamericanas durante el periodo colonial. Mientras que, la infelicidad se expresaba en los vagos, quienes eran el antecedente directo del delincuente y este a su vez, del forajido, ante su condición de ir de un lugar para otro, sin morada, sin ciudad, “incomodando”. Por eso, muchas de las acciones de Ezpeleta, como él mismo lo presentó en su “Relación de Gobierno”⁵⁸⁵, estuvieron concentradas en “ordenar los vagos”, principalmente con el establecimiento de nuevas poblaciones –con “Cura con iglesia- y el castigo (en trabajo) a estos individuos. De allí que, gran parte de las acciones de esta Junta, estuviese dedicada a las calles, bien para empedrarlas ante las condiciones que afectaban el caminar, y utilizando el “presidio urbano” –reos condenados por pequeños delitos. Bien, para vigilarlas durante el día y la noche por parte de algunos “agentes” y un “cabo”. Igualmente, como lo muestra Ezpeleta, se hizo indispensable la elaboración de censos, no tanto para saber cuántos eran los habitantes, sino quiénes eran, y a partir de ello determinar los vagos y saber así quiénes recorrían las calles.

Aunque la Junta creada por Ezpeleta terminó por acabarse, ante la falta de recursos y la negativa del rey a dar un subsidio,⁵⁸⁶ y sus funciones trasladadas al cabildo, el virrey no dejaba de reiterar en su “relación de gobierno” la necesidad de continuarse, ya que con

⁵⁸³ Esta junta seguía en buena parte la establecida por Felipe II para Madrid en 1790. Ver: ALZATE, Adriana. *Suciedad y orden: reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada. 1760-1810*. Bogotá: Universidad del Rosario, Universidad de Antioquia, ICANH, 2007, p. 154.

⁵⁸⁴ Dice el diccionario de la lengua castellana de 1791: Arreglar. Poner o reducir a regla; Arreglarse. Conformarse, seguir la regla, o costumbre que hay en alguna cosa”. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid: Impresora de la Real Academia, 1791.

⁵⁸⁵ “Relación de gobierno del Excmo. Sor. Dn. Josef de Ezpeleta. Santafé de Bogotá. 3 de diciembre de 1796.” En: COLMENARES, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1989.

⁵⁸⁶ MARTÍNEZ, Carlos. *Santafé. Capital del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Editorial Presencia, 1987, p. 151.

ello “crecía la civilización”. Pues eran los padres, como consideraba Ezpeleta a los cabildos, los encargados de embellecer a su hija, la ciudad, ofreciéndole la felicidad que permitía la civilización y esta a su vez producida por la policía.⁵⁸⁷ En ello también coincidían otros gobernantes, como se muestra en el informe del arzobispo de Córdoba a Francisco Gil Lemus⁵⁸⁸, en 1789. Para este clérigo, la tarea principal del cabildo era evitar el ingreso de algo que afectara el interior de las ciudades, como los enfermos, los foráneos y los extraños. Estos últimos no eran necesariamente lo mismo, pues un extraño no necesariamente era foráneo y viceversa. Por eso, acciones como las de Antonio de la Torre y Juan Antonio Mon, para el caribe y Antioquia respectivamente, significaron la forma de “arreglar” poblaciones enteras estableciendo núcleos urbanos (y realizando censo) y llevarlas de esta forma de la infelicidad de la vida bárbara a la felicidad de la civilizada. En este sentido, la policía daba felicidad, al menos hipotéticamente, porque permitía, como lo sostenía en su definición el Diccionario de Autoridades⁵⁸⁹ de 1737, “la buena orden” al cumplir con “las leyes u ordenanzas establecidas para su buen gobierno”.

Como probablemente se ha notado, los términos “orden”, “tranquilidad”, “comodidad”⁵⁹⁰, “arreglo”, “civilización” y hasta “buen gobierno”, y que dependen del de “policía, no tiene como principal objetivo la ciudad física, sino la ciudad asociada a la idea de comunidad particularmente política. Sin embargo, observaciones diferentes resultan muy comunes en la historia urbana o en las historias de ciudades, porque como se puede observar (cuadro tercero) el peso de la visión de los arquitectos que, movidos por ciertas versiones de la historia del arte y luego con intereses patrimonialistas, se aproximaron al pasado de las ciudades, opacando la importancia de la policía y la *vida en policía*, más allá de asuntos concernientes a edificaciones o morfologías urbanas. Los términos

⁵⁸⁷ Ver entre varios ejemplos, los casos de Cartagena y Mompox en: MUNIVE, Moisés. “Por el buen orden: el diario vivir en Cartagena y Mompox colonial.” En: *Historia Crítica*. No. 28. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005, pp. 177-200.

⁵⁸⁸ “Relación del estado del Nuevo Reino de Granada, que hace el arzobispo de Córdoba a su sucesor el Excmo. Sr. Dn. Francisco Gil Lemus. 1789.” En: COLMENARES, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1989.

⁵⁸⁹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de Autoridades*. 1737.

⁵⁹⁰ Por “comodidad” las Ordenanzas de Felipe II entendían la sanidad, la fortaleza, las tierras de labor y pasto, leña y madera, agua dulce, gente, entra y salida. “Ordenanzas de Felipe II sobre descubrimiento, nueva población y pacificación de las indias. Julio 13 de 1573.” En: MORALES, Francisco. *Teoría y leyes de la conquista*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1979, pp. 489-518.

indicados arriba, se mantuvieron más o menos de forma constante durante dos siglos, por eso lo que dicen las relaciones de gobernantes de fines del siglo XVIII, están conectadas a las ideas y debates procedentes desde cuando menos el siglo XVI. Por ejemplo, las ordenanzas filipinas de 1573⁵⁹¹, son reiterativamente consideradas como el conjunto de indicaciones sobre la forma física de las ciudades en Hispanoamérica, como poco novedosas en términos urbanísticos. Pues así como lo muestra Salcedo⁵⁹², no fueron exclusivamente un producto de las “experiencias americanas”, sino de muchas otras ideas provenientes de la Antigüedad, pero en especial de la Edad Media, y que habían sido aplicadas de formas diversas por los conquistadores desde muy temprano.

Pocas veces se consideran las Ordenanzas de 1573 como el resultado de discusiones filosóficas y políticas sobre el cómo gobernar, que se venían produciendo desde cuando menos 1512 en la Junta de Burgos y seguido, en la Universidad de Salamanca. Allí, terminó por imponerse la visión de “procedencia estoica y cristiana que afirma la libertad de los indígenas e interpreta la misión de los colonizadores conforme a los principios de una tutela civilizadora”⁵⁹³. El término “conquista” fue sustituido por el de “pacificación”,⁵⁹⁴ lo cual no significó de ninguna forma que las acciones violentas cesaran, sí que la espada se justificaba en medio de la búsqueda de la paz. No es casual que las Ordenanzas referidas enuncien ser un conjunto de instrucciones para “poblar pacíficamente”, lo que requería –según el mismo texto- de “rescatar”, “domesticar”, dar “comodidad” y establecer “límites”, con el propósito de ofrecer “seguridad”, que no era otra cosa que “poner en buena policía”. Con un modelo de conquistador/fundador piadoso, a la mejor manera de Agustín, se pretendía establecer unos parámetros físicos (plazas, calles, solares, cuadrícula, dehesas, etc.) que ofrecieran las condiciones para

⁵⁹¹ *Ibíd.*

⁵⁹² SALCEDO, Jaime. *Urbanismo Hispano-americano. Op.cit.* También es posible ver en: GUARDA, Gabriel. "Tres reflexiones en torno a la fundación de la ciudad indiana". En: *Revista de Indias*. Vol. XXXII. No. 127-130. Madrid: CSIC, Instituto de Historia, 1972, pp. 89-106.

⁵⁹³ ZAVALA, Silvio. *La filosofía política en la conquista de América*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1993, pp. 21-22. Una libertad ya esgrimida por Fray Antón de Montesinos y sus interrogantes sobre la existencia de alma en los indígenas, que seguidamente estuvo en el centro de las discusiones lideradas por Juan Maior, Palacios Rubios, Fray Bernardo de Mesa, Ginés de Sepúlveda, Francisco de Vitoria y Bartolomé De Las Casas, entre otros, respecto a la servidumbre. Ya que esta última dependía en primera instancia de la existencia de alma, luego de las características de estas y de las posibilidades de educarlas. Discusiones que no se limitaron al siglo XVI, sino que se renovaron en el XVIII ante la situación de los negros, y en el XIX, ante la condición misma de quienes habitaban la ahora, América Latina.

⁵⁹⁴ *Ibíd.*, p. 37.

constituir una comunidad que se asemejara a la idea de civitas de impronta aristotélica.⁵⁹⁵

Sostenía Bartolomé de Las Casas que:

“La ciudad tiene en sí misma una cierta suficiencia de vida, según Aristóteles. San Agustín define la comunidad política diciendo que es una colectividad humana coaligada por vínculos de solidaridad, o sea que es una pluralidad de hombres que se reúnen para convivir políticamente, donde unos ayudan a otros y cada uno se ocupa por la división del trabajo de diferentes actividades.”⁵⁹⁶

Semejante autosuficiencia urbana era posible no solo por las condiciones físicas establecidas por las Ordenanzas de 1573, aunque practicadas con antelación. También, por la conformación de una comunidad política que se suponía perfecta, al estar diseñada como una “asociación de hombres de una ciudad” en donde se “comprende, pues, todo lo que es imprescindible para la promoción del bien común”.⁵⁹⁷ Estas consideraciones estaban muy próximas a la idea aristotélica de la ciudad como un *lugar* de realización de la vida civilizada. Y por ello, no resulta casual que en la definición del diccionario de la lengua castellana de 1611 se sostenga que una ciudad es una civitas, es decir, “una multitud de hombres ciudadanos que se han congregado a vivir en el mismo lugar, debajo de unas leyes y un gobierno”, y que solamente “se toma algunas veces por los edificios y respondiéndole al latín urbs”⁵⁹⁸. Para que esta comunidad perfecta dejara de ser hipotética era necesario el establecimiento de un orden, lo cual permitía de pasó, concretar la felicidad prometida por la civilización en contradicción a un mundo bárbaro infeliz. La “cosa ordenada”, como la denominó De Las Casas siguiendo a Aristóteles, se ajustaba a la destinación de todos los esfuerzos de quienes en esa comunidad habitaban hacía un fin, el cual correspondía “(...) a su propio bienestar y

⁵⁹⁵ Ver: KAGAN, Richard. *Urban images of the Hispanic World. 1493-1793*. New Haven-Londres: Yale University Press, 2000, p. 21. Para este autor existía también la idea de que la ciudad hispanoamericana podría ser un mediador entre Roma y la población indígena, en la cual la civitas romana podría sustituir la barbarie indígena. Suponiéndose que el ejemplo romano resultaba fundamental pues al establecerse por medio de núcleos urbanos o municipios, podían imponerse con mayor facilidad leyes, instituciones, costumbres y religión sobre las tierras conquistadas.

⁵⁹⁶ DE LAS CASAS, Bartolomé. *De regia postate o derecho de autodeterminación*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984, p. 43.

⁵⁹⁷ *Ibid.*, p. 66.

⁵⁹⁸ COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana*. Madrid: Luis Sánchez impresor del rey, 1611. Y por ciudadano se entiende “el que vive en la ciudad y come de su hacienda, renta y heredad. Un estado medio entre caballeros, o hidalgos, y entre los oficiales mecánicos. Cuéntese entre los ciudadanos los letrados y los que profesan letras y artes liberales; guardando en eso, para en razón de repartir los oficios la costumbre y fueron del Reino, o tierra.”

prosperidad (...) para salvar sus deficiencias y enderezar sus costumbres, para que sean buenos los ciudadanos, convivan pacíficamente, prosperen y sean defendidos de sus enemigos exteriores y también interiores.”⁵⁹⁹

Y la forma a la cual se recurrió para garantizar semejante cosa fue paradójicamente contraria a las ideas de Aristóteles, pues los españoles pensaron que los intereses individuales debían subordinarse a los de comunidad.⁶⁰⁰ Recurriendo para ello, a una estrategia del gobernar, la de policía, o *vida en policía* como fue comúnmente llamada, que sirvió como punto de equilibrio entre el pensador griego y los textos bíblicos.⁶⁰¹ Según el “Tesoro de la lengua castellana” de 1611, el vocablo “policía” era un “termino ciudadano y cortesano”, asociado a otros como “consejo de policía”, encargado de las “cosas menudas” de las ciudad, a “político” y “política”, esta última como la “ciencia y modo de gobernar la ciudad y la república”,⁶⁰² que se ponía por lo general tras otro, que resultaba ser la mayoría de las veces un caminante. Y por caminante entendemos aquel individuo que habitaba un espacio valiéndose del movimiento de su cuerpo, y que solía encontrar su morada en las calles y caminos, pocas veces en torno a una plaza o atraído por una iglesia. La *vida en policía* era la manera de que el gobernar fuera exitoso, gracias a la protección de la subordinación por vía del encierro, ya que eso favorecía la conservación de un orden interior, que como vimos, supone la paz en la medida que defiende a la ciudad de peligros internos y externos. La ciudad servía, igualmente como un mediador entre las acciones violentas y la vida pacífica, al convertirse en abrigo. Mientras que los indígenas, “no quieren ser seguros”, porque se decía que preferían ir “a vivir en su bestialidad”, como indicaba Juan Pérez de Tolosa en su visita a Riohacha.

La búsqueda de un abrigo, de una protección, se presentaba ante un mundo que se expandía. Lo que se hizo fue edificar interiores que guarnecieran de exteriores monstruosos, ya sugeridos por el mismo Agustín cuando Roma dejó de significar

⁵⁹⁹ DE LAS CASAS, Bartolomé. *De regia postate o derecho de autodeterminación. Op.cit.*, pp. 48-49.

⁶⁰⁰ KAGAN, Richard. *Urban images of the Hispanic World. 1493-1793. Op.cit.*, p. 27.

⁶⁰¹ Debe tenerse precaución de entender el término policía como un asunto institucional asociado a la existencia de un cuerpo de agentes encargados de labores de vigilancia y persecución. Desde muy temprano del mundo colonial, la policía es un conjunto de prácticas y así lo será, cuando menos, hasta su institucionalización en el siglo XIX colombiano.

⁶⁰² COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana. Op.cit.*

protección. Bien ha sostenido Zavala⁶⁰³ que el principal de los problemas humanos que enfrentaron los españoles en América fue el de la conciencia. No solo para determinar si los nativos contaban con alma, o si estaban en la condición de servidumbre, sino a la identificación de los peligros que sus propias almas corrían en ese mundo “bestial” donde no habían moradas. Y la ciudad fue una respuesta de abrigo, una acción política de impronta ontológica, teológica y moral, que recurrió a la *vida en policía* para construirse. Continuar pensando la policía –o la *vida en policía*- como un conjunto de prácticas disciplinantes expresadas en asuntos concernientes a la salud y el ornato, es pensar apenas parte del problema. Semejante *vida* fue la forma de *habitar* el “nuevo mundo” que escogieron los españoles, la cual contó con características centrípetas e inmóviles ante el estupor que causó el vivir “desparramado” que tenían los nativos, que por demás buscó ser castigado. Decimos centrípeta porque la manera utilizada fue construir un centro, ejemplificado por la plaza mayor, que se santifica con la ubicación de una iglesia en ese marco y en el que se representa la presencia del Rey con el rollo. Con la designación de cabildo, se establecieron los “términos”, los límites, en lo concerniente a lo jurisdiccional. Esos límites demarcan el “orbis municipal”, el fin de un globo, a partir del cual se distingue lo civilizado de lo bárbaro, los mundos de la polis y el de las bestias.

Aunque no fueron pocos los debates sobre la condición de los nativos, y hemos indicado que terminó por imponerse, y al menos teóricamente, la idea de libertad cristiana que llegó a considerarlos libres.⁶⁰⁴ Pero semejante libertad era concebible siempre y cuando se asumiera la servidumbre de la comunidad, que se expresó para el caso de los indígenas con el término “juntar”, el cual corresponde a un encerramiento que suponía la indicada libertad, la comodidad y la felicidad. Para Francisco de Vitoria⁶⁰⁵, por ejemplo, la ciudad era el único lugar donde se hacía posible la felicidad humana, que resultaba ser en su concepción el fin mismo de los hombres y factible gracias a la “educación”. Esta última consistía en evangelización y aprendizaje de la vida urbana, que no eran posible en un lugar diferente de la ciudad. Por su parte, De Las Casas pensaba que,

⁶⁰³ ZAVALA, Silvio. *La filosofía política en la conquista de América. Op.cit.*, pp. 19-20.

⁶⁰⁴ En parte, la idea bajo-medieval de que en la ciudad se respiraba libertad, contaba con una aplicación bastante particular en América, en donde el escolastismo se mezclaba con el derecho de gentes, el agustinismo y prácticas proto-burguesas.

⁶⁰⁵ DE VITORIA, Francisco. *Relectio de Indis*. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas, 1967.

“(...) aunque los hombres al principio fueron todos incultos y como tierra no labrada, feroces y bestiales, pero por la natural discreción y habilidad que en sus ánimas tienen innata, como los haya criado Dios racionales, siendo reducidos y persuadidos por razón y amor y buena industria, que es el propio modo por el cual se han de mover y traer al ejercicio de la virtud las racionales criaturas, no hay nación alguna, ni la puede haber, que no pueda ser atraída y reducida a toda virtud política y a toda humanidad de domésticos, políticos y racionales hombres.”⁶⁰⁶

La servidumbre de la comunidad fue la manera de mimetizar las ideas de servidumbre de Aristóteles y con las cuales debían enfrentarse todos aquellos que no tomara una posición que reclamara la fuerza dominante del conquistador, y que como Ginés de Sepúlveda pensaban que la ciudad era un bastión de la conquista. Para Aristóteles existía una condición “natural” en la servidumbre, de acuerdo con el hecho de cómo los hombres usaban la razón, es decir, una “jerarquía racional” que anteponía lo perfecto a lo imperfecto (alma sobre cuerpo, macho sobre hembra), siempre con la posibilidad de usar la fuerza contra lo extraño (extranjeros o bárbaros). La civitas que se impone en América, es una visión masculina en donde el movimiento corporal se restringe y lo que tenemos son comunidades de almas deseosas de protección. Para lo cual, debieron rendir servidumbre a cambio de que la mirada divina se concentró en un lugar, en una ciudad. La idea de Rykwert de que la ciudad es un símbolo paterno, adquiere una relevancia mayor para el caso hispanoamericano en esta perspectiva. Reales cédulas, ordenanzas y otras formas más del derecho indiano⁶⁰⁷ se concentraron en “reducir” a los nativos y fortalecer las ataduras de los españoles a su núcleo urbano. Un dios, un rey, un conquistador, un cabildante, son figuras de un padre que coacciona, castra y encierra, haciendo de lo exterior un profundo desasosiego, aunque al mismo tiempo genere intranquilidad al estar en el interior.

⁶⁰⁶ DE LAS CASAS, Bartolomé. *Historia de la Indias*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1956, ver prólogo.

⁶⁰⁷ Algunos ejemplos de ello: Real Cédula de 1558 en la que se busca “ordenar a los indios ociosos”; la Real Cédula de Segovia de 1565, que pretende que los indios vivan en policía y orden, “para evitar que lo hagan como bestias”; las mismas Ordenanzas de 1573, en donde se ordena “rescatar” a los indios y “enseñarles vida en policía”, mientras los blancos construyen un lugar que les brinde “comodidad”; o, las “ordenanzas generales para la vida común de los pueblos de indios”, de 1575. Es posible ver en su conjunto: DE SOLANO, Francisco. Editor. *Normas y leyes de la ciudad Hispanoamericana*. 2 volúmenes. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones, 1995. FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. 10 volúmenes. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1957-1960.



Guamán Poma de Ayala. La policía y la cristiandad. 1615.

§ 61. Policía significaba encerrar

En uno de los escasos trabajos sobre lo que podría denominarse los antecedentes indígenas de la ciudad establecida por los conquistadores en Colombia,⁶⁰⁸ Langebaek sostiene que en efecto y contrariamente a como muchos han supuesto, si existían lugares centrales donde se establecía el control político. Sin embargo, este autor enfatiza en el hecho de que ello no fue incompatible con el vivir “desparramados”, como sí lo fue para los españoles, tal y como se ha sugerido hasta ahora. La historiografía urbana colombiana, en términos generales, suele valerse de un lugar común, caracterizado por la idea de que los conquistadores empezaron desde cero el proceso de urbanización. Pero algunas conclusiones de Langebaek pueden resultar contrariamente ilustrativas.

“En esta perspectiva se pueden resaltar los siguientes aspectos sobre la dinámica de poblamiento impuesta por los españoles: los cientos de documentos españoles en los cuales se insiste en la necesidad de hacer vivir a la población en pueblos nucleados son más resultado de la conquista misma, que del poblamiento nativo antes del siglo XVI. La

⁶⁰⁸ LANGEBAEK, Carl. “Antecedentes indígenas del urbanismo colonial en dos regiones de Colombia: los Andes Orientales y el Valle de Aburra. Una visión desde la arqueología.” En: *Revista de Estudios Sociales*. No. 11. Bogotá: Universidad de los Andes, febrero de 2002, pp. 56-56.

disminución de la población y su carácter disperso fueron el resultado de la conquista, no la situación que encontraron los primeros colonos. En el mismo sentido se puede afirmar que los mecanismos de coerción impuestos por los españoles para hacer poblar a los indígenas en lugares nucleados, los cuales abarcaban desde la amenaza de destrucción de sus viviendas y campo de cultivos dispersos, hasta la más sutil política doctrinera, pueden parecer muy eficientes sobre el papel-pero en la práctica, fueron menos efectivos que las estrategias desarrolladas por las élites prehispánicas. Testimonio de la enorme resistencia al control ejercido por los colonizadores lo constituye el predominio del patrón de poblamiento disperso a lo largo de toda la colonia tanto en los Andes Orientales como en el Valle de Aburrá. Los mecanismos de coerción de los cacicazgos prehispánicos, basados en la negociación, parecen haber sido mucho más efectivos a la hora de congregarse gente.”⁶⁰⁹

En efecto, los textos coloniales pueden generar la idea de que todos los nativos habitaban de forma dispersa el territorio actual colombiano, y en algunos casos pudo haberlo sido. Empero, las distintas referencias, por ejemplo, respecto a los muisca, dan cuenta de una sociedad poco ensimismada, no encerrada, sino en movimiento, a través del cual ordenaban el territorio. Apropiándose de esta forma de diferentes nichos ecológicos y estableciendo relaciones con grupos considerablemente distantes.⁶¹⁰ Pero los conquistadores no observan tal cosa, sino que desde muy temprano se hace reiterativa la necesidad de juntar a los indios. En una instrucción dada a Nicolás de Ovando sobre el modo de tratar a la población nativa, la concentración se pone a la orden del día. “Que se hagan poblaciones en que los dichos indios puedan estar y esté juntos, según y cómo están las personas que viven en estos nuestros reinos”,⁶¹¹ se le ordenaba. Cosa no muy diferente le decía la reina a Gerónimo Lebrón cuando le encargaba que tuviera “cuidado de la población y conservación de ella”⁶¹², actuando como el padre que debían ser los conquistadores, no solo por ser virtuoso, igualmente por el “marcado” de la tierra hasta provocar su fertilidad⁶¹³. Situación que no era posible sin el establecimiento de la vida en policía, también denominada para el caso de los indígenas como

⁶⁰⁹ *Ibíd.*

⁶¹⁰ Ver: LANGEBAEK, Carl. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca. Siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República, 1987. Semejante movilidad no solo puede observarse en cronistas, también los trabajos posteriores de Ezequiel Uricoechea y Miguel Triana. Estos autores presentan cómo cerros, montes, valles, aguas, y demás formas de la naturaleza hacían parte de núcleos urbanos, sugiriendo una ausencia de límite entre la creación más tardía de campo – ciudad. Es más, muchas de las prácticas religiosas implicaban movimientos al aire libre, en medio de recorridos, por caminos que llamaron “sunas”, sin el encierro de una iglesia.

⁶¹¹ DE SOLANO, Francisco. Editor. *Normas y leyes de la ciudad Hispanoamericana. Op.cit.*, pp.24-25.

⁶¹² FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia. Op.cit.*, documento 1143.

⁶¹³ *Ibíd.*, Documento 1404.

“reducción”.⁶¹⁴ Término que resulta dicente, pues según el “Tesoro de la lengua castellana” corresponde a convencer y volver a “mejor orden”⁶¹⁵, y utilizado por las Ordenanzas de 1573 como sinónimo de concentrar, juntar en núcleos urbanos a los nativos. Y no porque nunca hubieran tenido una experiencia similar, de eso ya nos sugirió lo contrario Langebaek, sino porque en dichos creaciones españolas había algo diferente, la edificación de “iglesia para que sean adoctrinados y vivan en policía.”

Reducir a los nativos era encerrarlos, mientras que para los blancos tal encierro era un abrigo, del cual no podían salir a menos que fuese para fundar otro (ante el miedo de la despoblación urbana, como le sucedió a Santa Marta tras la fundación de Santafé), pues en el peligroso exterior los indios podían matarlos, o lo que era peor, convertirlo en uno de ellos⁶¹⁶. En cada uno de los casos, la construcción de la iglesia resultaba vital. Pues ella servía como imán en la fuerza centrípeta con la que se pensaban las ciudades y lugares. “El pueblo de indios en la primera etapa de las reducciones, era más un templo doctrinario precario que una estructura urbana suficiente para acoger una aún numerosa población”, como sostiene Reina,⁶¹⁷ pues lo importante era no permitir el regreso a las viejas poblados en medio de una tarea re-educativa. Un dios que centraba su mirada en un espacio limitado, ofreciendo una especie de inmunidad respecto a los espacios exteriores y por tanto, salvando almas. Ello contaba con la *vida en policía* como la mejor de las formas de manifestarse entre los hombres. Cuando se opta por pensar la ciudad – sin importar que tipo de jerarquía fuese- como una comunidad, era porque se tomaba la idea de que ella era su pueblo.⁶¹⁸ Y al ser así,

“(...) debe mirar [la ciudad] su propia defensa y conservación, y consecuencia no está obligada a exponerse a un peligro tan grande que le precipite en su total destrucción y

⁶¹⁴ La “reducción” de los indígenas se oficializó con las instrucciones de Tomás López en 1560. Sobre este interesante personaje es posible revisar el más reciente de los estudios dedicados a sus actuaciones: CUNILL, Caroline. “Tomás López Méndez y sus instrucciones para defensores de Indios: una propuesta innovadora.” En: *Anuario de Estudios Americanos*. No. 68. Sevilla: Julio-Diciembre, 2011, pp. 539-563.

⁶¹⁵ COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana*. *Op.cit.*

⁶¹⁶ FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. *Op.cit.*, documento 1938. Por eso el rey estableció como tiempo máximo para estar en los repartimientos, dos meses.

⁶¹⁷ REINA, Sandra. *Traza urbana y arquitectura en los pueblos de indios del altiplano cundiboyacense. Siglo XVI a XVIII. El caso de Bojacá, Sutatausa, Tausa y Cucaita*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2008, p. 50.

⁶¹⁸ Como en la expresión de Shakespeare que Kagan nos recuerda, o el “Vosotros sois la ciudad” de Tucídides en la boca de Nicias que nos trae Rykwert.

*daño irreparable (...) [más cuando] todo el que nace en una ciudad es natural de su propia patria y está obligado a obedecerla y a luchar por su defensa (...).*⁶¹⁹

Esto va a resultar fundamental durante todo el periodo colonial, pues todavía al finalizar el siglo XVIII o iniciar el XIX, se estaba buscando *juntar* gentes, aunque ya no tanto nativos, como sí vagos que de manera parecida vivían dispersos, sin centro alguno. La expresión común desde el mismo siglo XVI de referirse a los pobladores urbanos como almas, no es solamente una consideración vinculada con el proceso evangelizador, sino que el término alma sugería la existencia de vida, que por supuesto dependía de un maná, que no era otro diferente del centro urbano explicitado en la imagen de la iglesia.⁶²⁰ Por ejemplo, ante las rebeliones y amenazas de los indios, durante 1549, el rey daba instrucciones al presidente y oidores del Nuevo Reino de Granada para “edificar iglesia” y/o construir un edificio fuerte en lo posible junto a la iglesia para “amparar” a los nativos ya conversos, así como los que no, buscando de alguna forma encerrar la amenaza.⁶²¹ Como primer elemento de la ciudad construida en Santafé y Tunja, Jiménez de Quesada ordena levantar la iglesia, garantizando esa fuerza centrípeta que requería una “tierra nueva”, siguiendo con el hospital para la caridad cristiana, las fortalezas “para que los indios vean el edificio de los cristianos, para que todavía les provoque a más lealtad”.⁶²² En contraposición a un exterior “sin alma”, muerto ante la ausencia de protección.

Semejantes interpretaciones, como lo pensó Jung, están asociadas a imágenes arcaicas que se expresan con matrices lingüísticas.⁶²³ Estas imágenes se constituyen, según el mismo Jung, en reacciones expresadas en representaciones “configuradas arquetípicamente” que buscan resolver particularmente el desamparo, como uno de los eternos problemas de la humanidad.⁶²⁴ Y si continuáramos siguiendo al autor suizo, podríamos entender, al menos en parte, que esas formas de protección, como el círculo, son como “antídotos” contra el caos de un mundo exterior, que para nuestro caso se les

⁶¹⁹ DE LAS CASAS, Bartolomé. *De regia postate o derecho de autodeterminación*. *Op.cit.*, pp.41-42.

⁶²⁰ A diferencia de los que supone Sloterdijk para el caso europeo, el cristianismo sí fue constructor en América, para algunos, buscó construir la “nueva Jerusalén”. Ver: SLOTERDIJK, Peter. *Esferas*. *Op.cit.*, p. 259.

⁶²¹ FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. *Op.cit.*, documento 2210.

⁶²² *Ibíd.*, Documento 1271.

⁶²³ JUNG, Carl. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1970, p. 39.

⁶²⁴ *Ibíd.*, p. 27.

presentaba inmensamente a los españoles. Paradójicamente, el desamparo es el mal de Caín, que según los textos bíblicos fue resuelto, al menos parcialmente, fundando ciudades, porque en ellas era, según la visión cristiana medieval, establecer comunidad y de esa forma cuidarse mutuamente, que es justamente lo que no existe en el desamparo. No es casual lo reiterativo que pudo haber parecido Jiménez de Quesada al encargar Santafé a su hermano, pues para él conquistador no podía quedar en “desamparo”. De esta manera, en un mundo expuesto a múltiples y peligros exteriores, la policía funcionó como esa circunferencia con el propósito de defender un interior, ahora ampliado a la ciudad.⁶²⁵ Como en el caso de Santa Marta en 1547 y consignado por el “regimiento”, la “justicia” y el “obispo”, como garantes de la enfermedad en la que había caído la ciudad ante las deficiencias de la *vida en policía* provocada por las amenazas de males exteriores, aún más activos dada su condición de puerto. Las autoridades de la ciudad pensaban que la solución era el suministro de “remedios” para semejante padecimiento, caracterizados todos ellos en el fortalecimiento del encierro y la conservación del mismo, pues una situación contraria podría dejarlos, sostienen los escribientes, por fuera del tiempo. Con esto último buscaron indicar que sin la merced del rey, en nombre de Dios, ya no existiría protección y por tanto, su trasegar hacia la ciudad eterna no sería posible.⁶²⁶

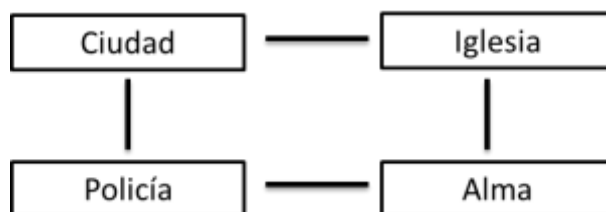


Figura 4. Ciudad, policía, iglesia y alma

⁶²⁵ Paradójicamente, el desamparo es el mal de Caín, que según los textos bíblicos fue resuelto, al menos parcialmente, fundando ciudades.

⁶²⁶ FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia. Op.cit.*, documento 1904. Por su parte De Las Casas sostenía que: “El Rey es para el reino lo que es el alma para el cuerpo humano. Y al igual que el alma dirige inmediatamente al cuerpo y pone en movimiento los otros miembros, de la misma manera conviene que el Rey gobierne directamente su reino (...) Así vendrá a ser el Rey salud y vida a los ciudadanos a la manera que el alma es salud y vida del cuerpo.” DE LAS CASAS, Bartolomé. *De regia postate o derecho de autodeterminación. Op.cit.*, p. 89.

Capítulo 8. Imagen y encierro

§ 62. La iglesia como “imagen pública” del encierro

La definición de los “términos” de las ciudades en Hispanoamérica no correspondía de manera exclusiva con la definición de un territorio que ofreciera provisiones y riquezas. También con la reducción de la mirada, asegurando un marco de relevancia de la vista divina, que permitiera diferenciar entre la vida civilizada y la bárbara. De esto se trata, cuando en documentos de la época se dice que “su Majestad haga merced a esta ciudad de Santafé”, que se “mande poner el término”, o que “el gobernador y regidores de dichos pueblos vean los términos que dice, y los pinten”. El asunto de impronta teológica y ontológica es sugestivamente visual, pues si Dios no ve, está cegado, no solo caerían males, sino que los seres humanos no serían más que entes ante la ausencia de reconocimiento divino.

“Bien es de creer que según es grande el bien y merced que Dios y nuestros Rey, como clemente ministro suyo, en esto hace, que se conocerá y recibirá como conviene, para poder vivir los de aquella tierra y en ésta seguimos en sus almas, honras, vidas y haciendas. Pero todavía suplico a vuestras mercedes, por lo que deben a quien son, y a la obligación que todos debemos a los españoles, que en aquellas provincias residen como a prójimos y naturales nuestros, supliquen a Dios, dé gracias y alumbre a todos para entenderlo y que por ofensa que contra su Divina Majestad se hayan cometido, no permita que alguno se ciegue para no conocer el bien que va y el gran mal que vendía de no recibir este bien y merced.”⁶²⁷

Según Kagan⁶²⁸ en el temprano mundo colonial hispanoamericano se produjeron dos tipos de “vistas”, una de impronta “corográfica” en donde existía una mirada panorámica altamente preocupada por el espacio y que consideraba la ciudad más como una urbs – la ciudad construida. La otra, denominada “comunicéfrica”, en la cual la descripción primaba al considerar la ciudad como una civitas –la ciudad como comunidad. Esta última lo que hacía era una visualización de la comunidad, entendiendo lo urbano como escenario de la memoria, y que solía exaltar por tanto, los eventos locales. De igual

⁶²⁷ FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. Op.cit., Documento 1932.

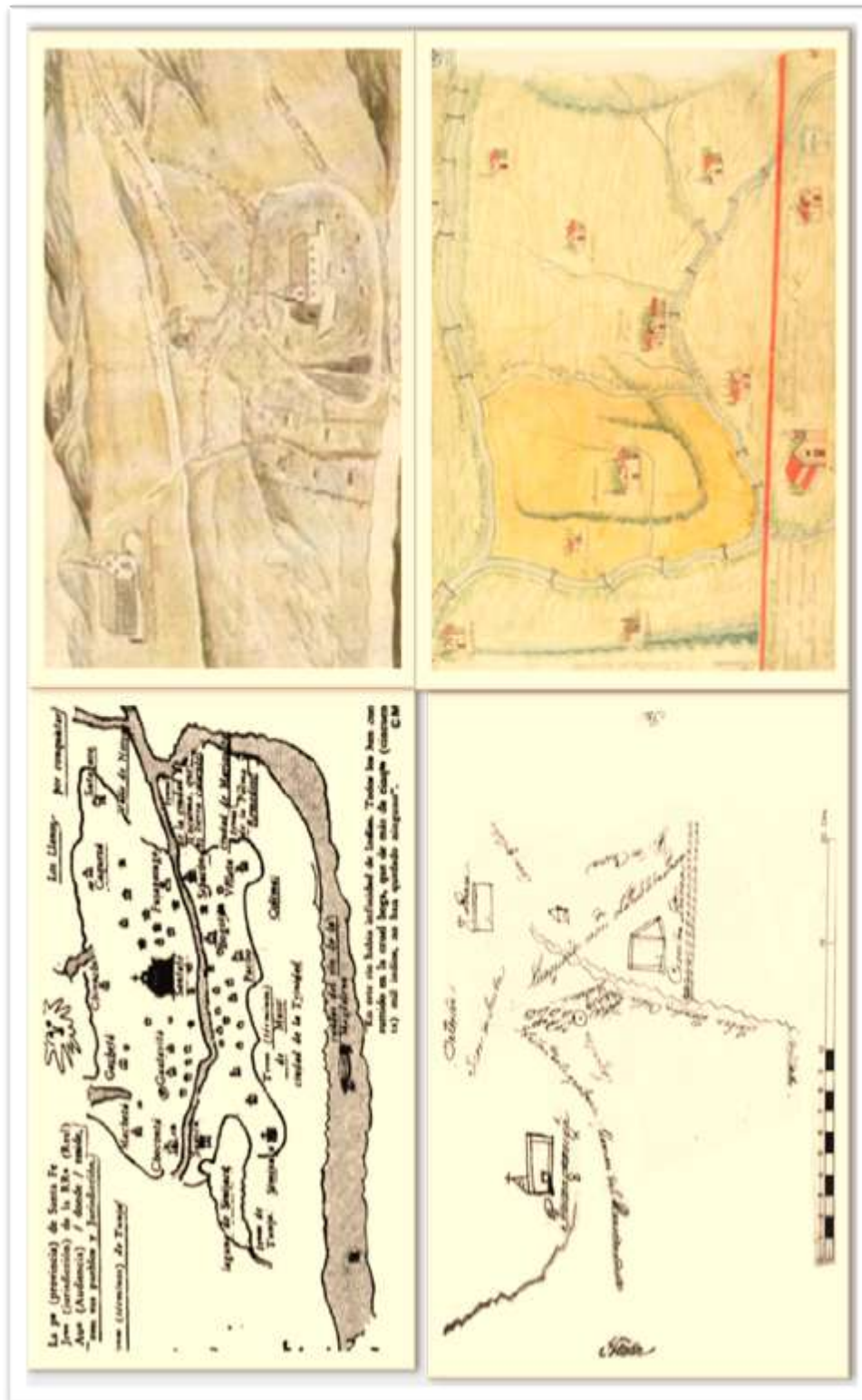
⁶²⁸ KAGAN, Richard. *Urban images of the Hispanic World. 1493-1793*. Op.cit., p. 109 y ss.

forma, esta visión “comunicétrica” contribuyó en la construcción de una comunidad única, como algo ya se observó en las consideraciones De Las Casas al entender la ciudad como una patria. Esto implica de cierta forma, hacerla memorable,⁶²⁹ una archi-ciudad para quienes la considera “su patria”. Para Kagan este tipo de vista – comunicétrica- se inició mucho antes de la llegada europea, pero se consolidó con ella, en un marco híbrido, que bien puede observarse en la obra de Guamán Poma de Ayala.



Fuente: Guamán Poma de Ayala. Ciudad del cielo y ciudad del Nuevo Reino Granada.

⁶²⁹ De formas diferentes se indicó respecto a la pacificación de los nativos y su “reducción” a la *vida en policía* la necesidad de dejarse constancia, no solo para certificarse las acciones, sino hacer memorable el acontecimiento de encerrar para ofrecer paz y felicidad, al mismo tiempo que de la alianza con un dios. Ver por ejemplo: FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia. Op.cit.*, Documento 1165, que versa sobre las instrucciones dadas al licenciado Luis Bernal sobre las acciones en inmediaciones de Cartagena.



Mapas: Izquierda arriba, Provincia de Santafé. Derecha arriba, Serrezuela 1771. Izquierda abajo, Partido de Fusagasugá, 1776. Izquierda abajo Provincia de Barichara, 1820. Fuente: Archivo General de la Nación.

Como se puede notar en las imágenes de Poma de Ayala en donde se presenta la “ciudad del cielo” y la “capital del Nuevo Reino de Granada”, son vistas limitadas por un encerramiento y concentradas en la plaza mayor como elemento metonímico de la ciudad. Sin embargo, mucho se ha dicho sobre este escenario urbano de singular importancia en diversos ordenes, y se ha omitido al mismo tiempo la significancia de la iglesia como elemento articulador no solo de la mirada, sino como una “imagen pública”. Este cambio de perspectiva puede resultar banal, si no tuviéramos en cuenta, de acuerdo con lo que hemos venido diciendo, que la iglesia evidencia la ciudad como encierro y que se valió de la *vida en policía* para proteger tal situación. Es que si vemos la plaza, ella suele asociarse al yugo español, pero al mismo tiempo sugerirse condiciones de libertad que chocaría con una servidumbre a la comunidad y con ella a la ciudad.

Kevin Lynch⁶³⁰ mostró hace ya tiempo, cómo los habitantes de las ciudades construyen “imágenes públicas”, a partir de la interacción de la realidad física, la cultura común y la naturaleza fisiológica básica. Estas “imágenes” permiten una “legibilidad”, entendida ésta como la claridad con la que se observa el paisaje urbano y que permite distinguir rasgos de identidad en la medida que la imagen provoca la sensación de hogar entre los ciudadanos. Pues para Lynch, la ciudad no es una cosa en sí, sino en cuanto es percibida por sus habitantes. Es por eso, que las imágenes de la ciudad están estrechamente vinculadas con las experiencias de quienes recorren sus calles. En este sentido, las experiencias de abrigo y encierro en las ciudades de la actual Colombia durante la Colonia, cuando menos, contribuyeron a edificar una “imagen pública” no precisamente radicada en las plazas mayores, sino en las iglesias. Tras enfocarse en definir con claridad el interior y el exterior urbano, los planos y mapas resaltan la imagen de la iglesia. Pues como nos lo enseña Kagan, una idea de ciudad, estaba asociada a una imagen específica, a un nombre y una escritura de descripción. Un ejemplo inicial de lo dicho hasta ahora, es el mapa diseñado por el cacique Turmequé, Don Diego de Torres y Moyachoque, para ser presentado como parte de un informe a Felipe II.⁶³¹ En él aparecen indicadas los diferentes núcleos urbanos existentes con la imagen de una

⁶³⁰ LYNCH, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 2006.

⁶³¹ El mapa aparece, en sus primeras publicaciones, como un soporte a una obra de Carlos Martínez. MARTÍNEZ, Carlos. *Reseña urbanística sobre la fundación de Santafé en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Sociedad Colombiana de Arquitectos, 1973, p. 61.

iglesia. Cosa similar sucede un par de siglos más tarde con el de la Provincia de Barichara o uno de menor calidad, pero no por ello menos diciente, elaborado por Francisco Antonio Moreno y Escandón en el marco de un ordenamiento territorial basado en agregar pueblos de indios a otros, y la conversión de algunos de ellos a parroquias.

En palabras de Marha Herrera estas imágenes son otras formas que se suman a la violencia física y la imposición de normas, en el marco del control político sobre un espacio determinado.⁶³² Como se observa en el ejemplo que se presenta aquí con el mapa de la Provincia de Barichara, se establece una red de iglesias que suponen núcleos urbanos, al mismo tiempo que cierta inmunidad. La red cuenta con el efecto visual de que desde la distancia puede producir la sensación de compactación, de totalidad, sin espacios vacíos, como en efecto sucede. Sumado a que, entre el tamaño estimado en pobladores sea mayor, más grande se presenta la imagen de la iglesia. Pero de la misma forma, cada una de las iglesias también se observa sola, en el marco de esa unicidad a la que se refería Kagan en la vista “comunicéntrica”. La imagen de una iglesia sugería la idea de ciudad que tenían los españoles, al tratarse de una expresión de la *civitas* que habían tomado forma de comunidad cristiana, que prometía felicidad y civilización a partir de una tendencia centrípeta, y garantizada por una *vida en policía*. Así, la ciudad prevista en este caso es *en cuanto* persigue a todo aquello que puede resultar una amenaza a su interioridad. Aunque también un tipo de *urbs*, matizada en la arquitectura de este tipo de edificaciones.

⁶³² HERRERA, Martha. “Ordenamiento espacial de los pueblos de indios. Dominación y resistencia en la sociedad colonial.” En: *Revista Fronteras*. No. 2, Vol. 2. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, p. 100.

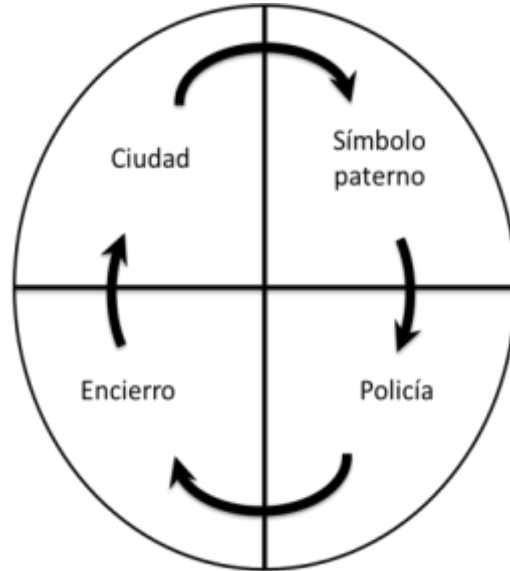


Figura 5. Imagen y encierro

Sin embargo, para un observador que no conociera cada una de las ciudades, ellas no resultaban nada más que múltiples réplicas, solamente diferenciadas por el nombre. El cual se da a quien lo lee o lo escucha de una cierta forma, diríamos que se da a la manera de quien se enfrenta con tal sensación. Aunque para los habitantes que las componen –a las ciudades- era posible distinguirlas y entonces la percepción podía convertirse en conocimiento y una urbs podía llegar a ser una civitas. Pero no siempre sucedía eso y la apariencia era de ciudades uniformes, lo cual va a ir contribuyendo lentamente en allanar el terreno donde la preferencia por la ciudad física desde fines del siglo XIX terminara por imponerse. La manera para que tal uniformidad se diluyera era recorriéndolas, pero ello no resultaba ser un asunto común, más bien era cosa de funcionarios de la corona, clérigos, vagos o forajidos.⁶³³ Para quienes, igualmente, no la

⁶³³ No deja de parecer sugestivo el hecho de que muchas de las descripciones de viajeros (nacionales y extranjeros) coincidan en concentrar su mirada, aun antes de llegar a las diferentes poblaciones, en sus iglesias que se ven desde tan lejos, enunciando una vida algo civilizada y un rótulo del sitio de destino. En los siglos XX y XXI, todavía muchas de las ciudades en Colombia, en particular las más pequeñas, lo cual no quiere decir que sean su exclusividad, se presentan en páginas web, folletos y plegables, y en el conjunto de sus publicidades con una imagen de la iglesia. Semejante situación ha llegado hasta el punto de que existen coleccionistas de iglesias, las cuales se venden en centros artesanales o simples almacenes juntos con dulces y otros recuerdos de una visita. Pero en este caso, la imagen de la iglesia no solo certifica haber visitado el conjunto de la ciudad donde se ubica, sino de tenerla toda como un recuerdo que se sintetiza precisamente en una iglesia. Implicando entonces que la posibilidad de comprender la civitas visitada sea

veían como un hogar, una morada donde alcanzar abrigo. Y en este sentido, las palabras De Las Casas de que cada ciudad era como una patria, resultaban aplicables, ya que esa imagen de la iglesia no hacía cosa diferente de reiterar esa ciudad de la infancia a partir de la cual se organizarán las experiencias en otras. Esto fortalecía las ataduras a ella, esa fuerza centrípeta que provoca cuidar el interior, protegerse del exterior y en lo posible, al menos mentalmente, no salir de ella nunca. Y de allí, la relevancia de los *dandis*, de los *pepitos*, quienes buscaron deshacerse de esta servidumbre de la ciudad, -ejemplificada en su “imagen pública”- pretendiendo salir del encierro o el abrigo, quedarse en desamparo, pero muchos aspectos antes indicados y que más tarde se mostrarán, parecen sugerir el fracaso de la apuesta. Los *dandis* intentaron que los límites se difuminaran, no solo al salir de la ciudad, sino con cada uno de los pasos quedaban en las calles, en donde hasta la segunda mitad del siglo XIX eran asociados a la vagancia, la delincuencia o la prostitución.

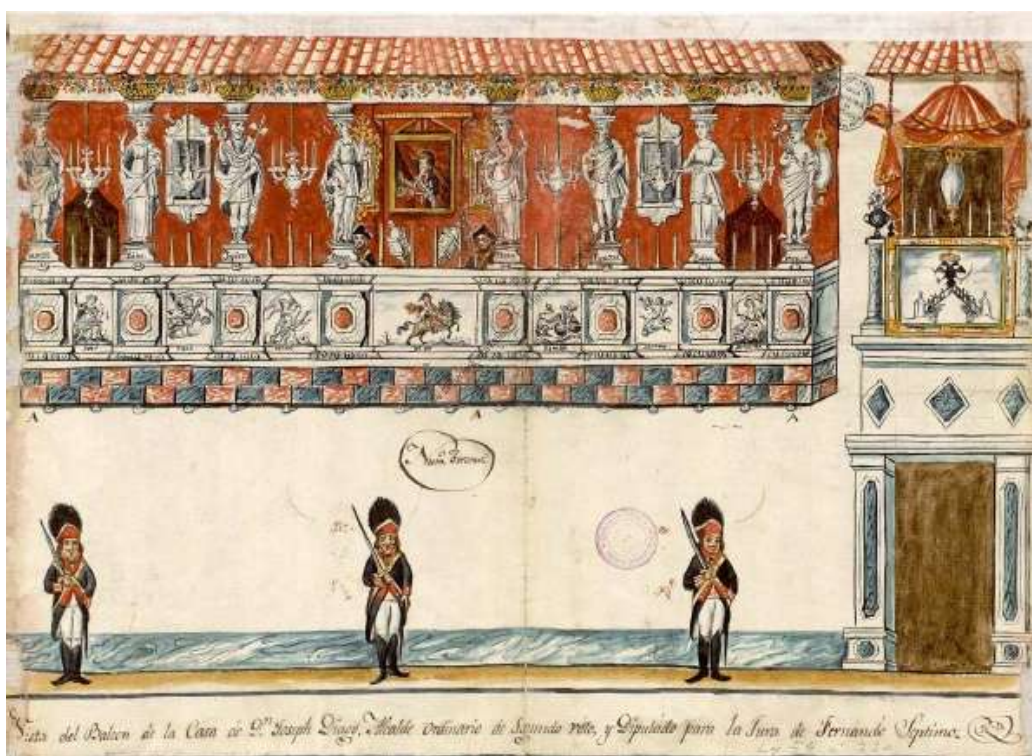
§ 63. Una arquitectura de la mirada

Silvia Arango consideró, en su “Historia de la arquitectura en Colombia”, que durante la segunda mitad del siglo XVIII se produjo un proceso que denominó de “desinteriorización” de la arquitectura.⁶³⁴ El cual consistió a su modo de ver en “un énfasis otorgado a la decoración del exterior de las construcciones”, tanto civiles, como administrativas y religiosas. Para Arango las viviendas urbanas estaban desde el siglo XVI replegadas a su interior, lo cual no era, a nuestro modo de ver, sino un tipo de metonimia de la ciudad, en donde el encerramiento resultaba fundamental como forma de abrigo o reducción. Semejante asunto tomó mayor relevancia con un despliegue más o menos común en muchas ciudades de la Nueva Granada, al ampliarse las ventanas y construirse balcones corridos sobre la calle. Sin que ello implicara modificaciones internas sustanciales. Desde luego, ello era en su conjunto un asunto de elites que contaban con los recursos necesarios para las obras respectivas. Empero, Arango limita

desestimada por la visión panorámica de la urbs, en donde la apropiación de la totalidad se presenta como posibilidad.

⁶³⁴ ARANGO, Silvia. *Historia de la arquitectura en Colombia. Op.cit.*, pp. 73 y ss.

sus observaciones a los asuntos constructivos, de los cuales supone existe un vínculo con fenómenos de otras índoles. El balcón fue entonces, un elemento en el que era posible imitar la mirada desde arriba –picado- solamente posible desde las iglesias. Pero más que gestar una “desinteriorización”, lo que hacían era radicalizar la interioridad de la casa, ese pequeño cielo, al notarse la diferencia existente por parte de quienes caminan por las calles mirando hacia arriba, en donde se presentan ciertos individuos. Si la ciudad era un “teatro del poder”⁶³⁵, ahora adquiriría palcos desde los cuales observar las actuaciones humanas. Es más, dadas sus condiciones constructivas al desplegarse sobre las calles, buscan trasladar el interior a ellas, escenarios de difícil control.



Vista del balcón del Alférez Real Josep Dago, Honda 1809.

Fuente: REY- MÁRQUEZ, Juan Ricardo. “La jura de Fernando VII en 1808, en la villa de San Bartolomé de Honda. La recordatio efímera en el Antiguo Régimen neogranadino”.

Uno de los ejemplos de este fenómeno fue la construcción de unos balcones en Honda, en el marco de la celebración de la “jura real”, aun cuando el rey Fernando VII se hallara

⁶³⁵ ZAMBRANO, Fabio. “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia.” *Op.cit.*

apresado por Napoleón,⁶³⁶ y hubiesen pasado apenas tres años desde un terremoto. Fue en particular la casa del alférez Josep Diago, el escenario para tal construcción de 18 metros, siendo por esta razón el lugar destinado para descubrir la imagen del gobernante cautivo durante la celebración. Diago sostiene que,

“Dichoso fue para mí y para esta Villa el día 25 de diciembre de 1808 pues en él pudimos todos desahogar de algún modo por las plazas y calles el sagrado fuego de amor que encierran nuestros pechos, clamando y proclamando voces enérgicas; ¡Que vida sobre nosotros y nuestros hijos del deseado verdadero Padre de la Patria, el Señor Fernando Séptimo! Voces que hubiera querido yo, Señor, que hubiesen podido resonar en las cuatro parte del mundo para que supieran todas las naciones que si hubo en la Europa de un hombre, mal dije, un monstruo, que se atravesase a ofender, la Augusta, la Sagrada, la inocente persona del mejor de los Soberanos, vulnerando sus privilegiados derechos (...).”⁶³⁷

Con ello, los pobladores certificaban que la mirada del rey, al menos de forma virtual, se dirigía hacia su ciudad, como evidencia de una alianza no disuelta. Eso es precisamente lo que Derrida ha denominado como una “archiescritura”, una inscripción, un registro, así sea en la memoria, en nuestro caso de una alianza.⁶³⁸ Un tipo de promesa que para nosotros podría no ser verdadera ante sus dificultades para su cumplimiento, pero para los ciudadanos de aquel momento, todos los días era evidencia del cumplimiento de tal pacto. Al mismo tiempo, la imagen simulaba observar desde arriba a sus súbditos, desde un balcón corrido que se levantaba en el aire, tomando espacio de la calle. Y es que como ya indicamos, cada ciudad en su singularidad, una ciudad-mundo, buscaba hacerse memorable, siendo esta la forma de ingresar en la línea del tiempo que

⁶³⁶ REY- MÁRQUEZ, Juan Ricardo. “La jura de Fernando VII en 1808, en la villa de San Bartolomé de Honda. La recordatio efímera en el Antiguo Régimen neogranadino.” En: CIRILLO, José, ESPANTOSO, Teresa y VANEGAS, Carolina. Editores. *Arte Público y espacios políticos: Interacciones y fracturas en las ciudades latinoamericanas*. Belo Horizonte: C/Arte, 2011. Memorias de II Seminario internacional sobre arte público en Latinoamérica. GEAP (Grupo de Estudios sobre Arte Público en Latinoamérica), Universidad Federal do Espírito Santo, Universidad de Buenos Aires, Vitória (Brasil), 9 al 12 de noviembre de 2011, pp. 220-230.

⁶³⁷ Relación de la augusta proclamación del Señor Don Fernando Séptimo Rey de España e Indias ejecutada en esta Villa de San Bartolomé de Honda el 25 de diciembre de 1808. Relación del 11 de marzo de 1809. Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección Estado, Legajo 54, No. 122. Citado por: GUTIERREZ, Ramón. “Notas para una historia de la arquitectura y de la vida social colonial en Honda.” En: *Apuntes. Revista de estudios sobre el patrimonio cultural*. No. 19. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, 1982, p. 5.

⁶³⁸ Bien podía observarse tal “archiescritura” en otros tipos de registros como ordenanzas, reales cédulas, informes, etc. Ver en particular: DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo. Op.cit*; DERRIDA, Jacques. *Márgenes de la filosofía. Op.cit*.

conduciría de una ciudad terrenal a una ciudad celestial, a la mejor manera de Agustín. Así se justifican las palabras de Diago:

*“Reciba Señor S. M. éste omenage [...] afectuoso que à nombre de ésta leal Villa ofrece à los pies del Trono de S. M. el mas obediente y fiel Vasálo, que queda rogando à Dios por que llegue quanto antes aquel feliz momento que tiene determinàdo en sus eternos Decretos para dicha de toda la Naciòn, de ver à S[u] M[ajestad] sentàdo bájo del Solio que ocuparon sus progenitores”.*⁶³⁹

Pero no solo se construyeron los balcones de la casa del alférez, también tablados, arcos triunfales y otras decoraciones del orden arquitectónico,⁶⁴⁰ que tenían como pretensión reforzar dicha alianza entre una ciudad y la protección divina. No es casual, que en uno de los tablados instalados en la plaza de San Francisco y afectando la exterioridad de las viviendas, se presentara la imagen del soberano y debajo de ella, como vigilado por la anterior, el escudo de armas de la ciudad, que por demás se ubicaba sobre un puente. Y debajo de estos dos, la Fama tocando su clarín que sugería la presencia de un anuncio, que probablemente era la dependencia de la presencia visual del gobernante, como representante divino. Todo esto encerrado en una pirámide. Soportando lo anterior, un barco con bandera española navega hacia el oriente, como regresando a Europa, en donde un genio levanta un texto, mientras es vigilado por Neptuno. El texto rezaba:

*“Honda que a su amor inflama
el asunto que pregona
de Fernando la corona
y su reinado proclama”.*

En las cuatro esquinas circundantes, se hallaban Apolo, Júpiter, Belona y Orfeo, que certifican algunos versos referentes a la antigüedad. En su conjunto estas figuras sugerían tanto la celebración llevada a cabo, con el llamado al festejo por parte de Orfeo, ante la presencia del poder de Apolo y Júpiter, que por una situación que se suponía pasajera estaban apresados por la guerra incitada por Napoleón, de allí Belona.⁶⁴¹ La

⁶³⁹ Citado por REY- MÁRQUEZ, Juan Ricardo. *Ibíd.*

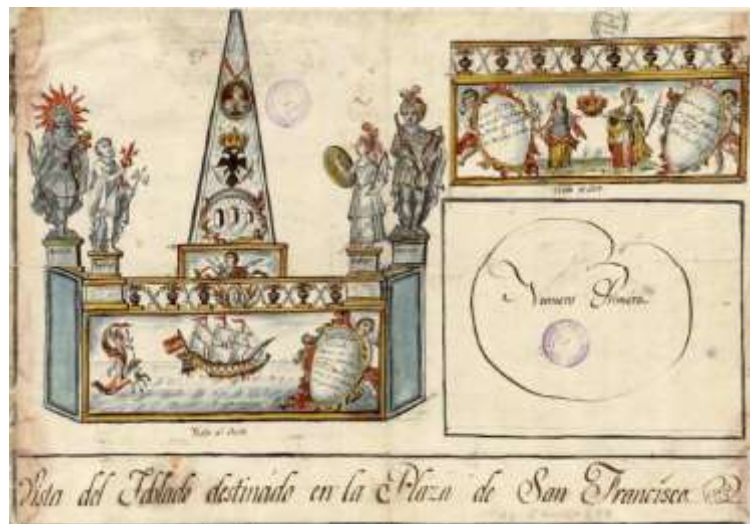
⁶⁴⁰ *Ibíd.*

⁶⁴¹ Aquí me valgo más del documento citado por Rey-Márquez -Honda, 109, núm. 122: folio 3-, que por la interpretación de este autor.

otra parte del tablado, reseñada como la “vista del este” de dicho artefacto, una figura femenina y otra masculina, soportan una corona, probablemente la española. Es casi seguro que el cuerpo femenino corresponda, como en un cliché, a América, mientras que el contrario se asocie al rey. En cada uno de los extremos estos dos personajes están resguardados por un genio, cada uno de los cuales carga un texto, los cuales dice:

*“Eterno Augusto rival
Te acredita su valor
Y Honda ofrece amor
Un vasallaje inmortal”*

*“Honda amante y liberal
sus amores multiplica
y a Fernando le dedica
esta proclama triunfal”.*



Vista del tablado de la plaza de San Francisco, Honda 1809.
Fuente: REY- MÁRQUEZ, Juan Ricardo. “La jura de Fernando VII en 1808, en la villa de San Bartolomé de Honda. La recordatio efímera en el Antiguo Régimen neogranadino.”

Los balcones se construyeron para observar la inmensidad del mundo, así como también lo vulgar.⁶⁴² De este modo, la fachada resultó ser un espacio liminal donde, como

⁶⁴² Jesús Martín Barbero ha considera que desde cuando menos el siglo XVII se puso en marcha “una producción de cultura cuyo destinatario son [eran] las clases populares”. Allí, en el siglo del Barroco, lo vulgar se diferenció de lo popular-campesino, pues “mientras esto último es ya sinónimo en el siglo XVII de

Heidegger⁶⁴³ sostenía, aparecía la imagen. Una imagen que no era otra cosa que un representante. Estos escenarios fronterizos se radicalizaron con este tipo de modificaciones en la arquitectura de las edificaciones, pues ya no solo quedaba bordeando el trazado, en tierras de ejidos y dehesas, sino en el interior de la propia ciudad. Bien ha indicado Sloterdijk que “la característica más fuerte de la exterioridad es que *no* es algo que esté ‘ya’ colonizado por habitar en ella, más bien solo se supone en ella la posibilidad de colonización en tanto se le anticipa proyectivamente (de lo que se sigue que la diferencia entre habitar y explorar nunca queda clara)”⁶⁴⁴. La calle era aún un exterior que debía ser colonizado, y los balcones sirvieron en parte para ello. Una violencia caracterizada por la efracción realizada por parte de un mirón que silenciosamente observa, al mismo tiempo que se retrae en su morada detrás de los barrotes. Sin embargo, este mirón acusa al caminante de trasgredir su interioridad, de constituirse en un intruso, con sus meras acciones corporales. En tanto, siguió prohibido el uso de las fachadas para pegar papeles que informaran algo, ya había sido suficiente con el levantamiento de 1781 y los impresos de Nariño, para la vulneración de dicho límite. Aunque las puertas se mantuvieran abiertas, el interior siguió guarnecido por estrategias constructivas que no permitían que se viera por completo -para adentro.

§ 64. La nostalgia poderosa

Cuando Vergara y Vergara añoraba a la Santafé, esa aflicción no contaba con cosas perdidas del todo. La ciudad colonial con *vida en policía*, encerrada u neurótica, se buscaba re-acondicionarse con ayuda de semejante lamento por lo pasado. Como ha sostenido Ricoeur, existen abusos de la memoria, y en esto puede observarse uno de ellos. Se trataba de usar el pasado para conservar y, en lo posible, fortalecer, las

lo ‘cercano a la naturaleza’; vulgo es ‘lo que se mueve en la ciudad’, vulgar es lo plebeyo y callejero, lo desviado y contaminado”. MARTIN BARBERO, Jesús. *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Editorial Gustavo Gili, 2003, p. 134.

⁶⁴³ HEIDEGGER, Martin. “La época de la imagen del mundo”. En: HEIDEGGER, Martin. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

⁶⁴⁴ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Op.cit.*, p. 808.

condiciones de la vida urbana, en donde la defensa del *statuo quo* era fundamental.⁶⁴⁵ Ya se había sugerido el énfasis de los autores sobre la existencia de los cachacos como un asunto de “siempre”. Lo cual no correspondía a un asunto partidista, pues tanto liberales, como conservadores, consideraban la *vida en policía* y la instauración de un cuerpo que hiciera contrapeso al ejército, pero que además sirviera para “ordenar” las ciudades.

En 1838, el periódico bogotano, “El Argos”⁶⁴⁶, declarado como liberal (no radical), presentaba un artículo titulado como “Policía” y en el cual sostenía que,

“Este importante ramo del servicio público se halla, no solo en esta ciudad sino en toda la república, en el más lastimoso estado de abandono y decadencia. Muy lejos estamos nosotros de inculpar irreflexivamente, como suelen muchos hacerlo con frecuencia, a las autoridades gubernativas locales por la falta de policía que se nota tanto en los lugares poblados, como en los caminos y en los campos. Este es un negocio tal por su naturaleza que, para arreglarlo y darle impulso, son indispensables dos elementos de que igualmente se carece entre nosotros, a saber: dinero y autorización suficiente dada por la ley a los funcionarios que en él han de intervenir.”

En ese mismo año un individuo, de nombre Judas Tadeo Lozano, robaba una tienda de propiedad de Uldarico Leiva. Pronto la noticia se dispersó por Bogotá y algunas otras ciudades, suponiendo temor ante el punto al cual habían llegado los delincuentes, al ingresar en el local. El estupor se concentraba, no en la inexistencia anterior de ladrones, sí en el hecho de que de la calle pasaran al interior de las viviendas. Por lo cual, se argumentaba que “no hay policía, no hay seguridad”⁶⁴⁷, aduciéndose la inexistencia de un cuerpo de agentes dedicado a la vigilancia y la vulneración de la *vida en policía*. Igualmente, se consideró la posibilidad de “importar” la policía, así fuese viajando y aprendiendo cómo funcionaba en otras latitudes. Pero más que eso, las voces clamaban por una ley que reglamentara los intentos dados desde cuando menos 1825. Pues,

⁶⁴⁵ Los cambios sucedidos en el siglo XIX, pero en especial en su segunda mita “provocaron entre las personas una actitud ambigua. Por una parte acogieron las trasformaciones con orgullo, entendiéndolas como la llegada del tan anhelado progreso. Pero por otra parte la gente resintió el trastorno en sus costumbres y en la conformación del propio grupo social. Muchos se debatieron entonces entre la nostalgia por el mundo que se perdía y el afán de desarrollo.” LARA, Patricia. “La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo”. *Op.cit.*, p. 109.

⁶⁴⁶ *El Argos*. No. 14. Bogotá: Febrero 26 de 1838, pp. 53-54. Agradezco la referencia de esta cita a la lectura de la siguiente obra: GILIBERT, Luis. *Historias desconocidas de la policía. 1797-1891*. Bogotá: Intermedio Editores, 2002.

⁶⁴⁷ *El Argos*. No. 54. Bogotá: Diciembre 02 de 1838, pp. 217.

“¿Qué puede hacer el jefe político más diligente y el alcalde más activo y laborioso, sin tener a su disposición un solo peso para invertirlo en la policía, y con facultades oscuras, mal definidas, a veces insuficientes y en muchas ocasiones sin autorización alguna dada por las leyes para obrar en ciertos casos? Nada, ciertamente. Por grandes que sean sus deseos de cumplir bien los deberes de sus destinos, nada pueden hacer, ni a nada pueden atreverse. Como casi toda medida de policía requiere una acción forzada que, siendo provechosa a la comunidad, es molesta a algún particular (...) Por desgracia, se ha difundido entre nosotros la falsa y absurda teoría de que toda medida de policía es una restricción indebida a la libertad, y que en un país libre no debe haber leyes de policía. Los elocuentes partidarios de semejante doctrina, asustan a la juventud entusiasta por los principios liberales con la relación de la temible policía francesa (...) Les recuerdan cómo esta institución, aborrecible y tenebrosa en los tiempos críticos de la revolución, del imperio, y aún bajo la restauración, ha perseguido al ciudadano inocente en lo más recóndito de su vida privada, rodeándole los esbirros de esta potencia misteriosa hasta en el inviolable dominio de las intenciones y del pensamiento. Pero no se necesita de mucha perspicacia para comprender que no es esa policía de Estado, secreta y hostil a la libertad y al reposo de los ciudadanos, la que es menester establecer en un república como la nuestra, y que la que aquí conviene es enteramente de otro orden y encaminada a fines del todo diversos.”⁶⁴⁸

Fueron varias las iniciativas que circularon, pero sin alcanzar mayor éxito en su aprobación. Aun la constante referencia a su urgencia y la indicación de su existencia de normas que organizaban el territorio, se creaba la instancia de “jefe de policía”, diferenciación entre una “policía general” (nacional) y otra parroquial o “interior”, pero por sobre todo, las que perseguían a los vagos. Estaba en el aire la posibilidad de abusos y acciones que les dieran un poder desmedido a los “agentes”, que terminara por darles intereses similares a los de militares como Obando. De allí, que se llegó a pensar a fines de los años 1830 en la posibilidad de traer o aprender de casos exteriores. En su conjunto se sugería cierto temor a la existencia de un cuerpo similar al francés, pero se anhelaba la *vida* que daba comodidad, que ahora contaba con un sinónimo más, el de bienestar. Los principios coloniales al respecto se mantenían. Así, tras finalizar la “Guerra de los Supremos”, tal y como lo indicamos antes, en 1841 se creó el cuerpo de policía dedicado a conservar la “integridad” de las ciudades, tomando una forma particular en 1845 con el “cuerpo de policía de Bogotá”. En este último, se determinó por primera vez la existencia de uniforme –solamente para uso nocturno- y algunos criterios para la admisión de interesados en conformar la entidad, radicados en la negativa de constituirse ellos mismos en amenazas a la interioridad –por eso debían tener buena conducta, tener

⁶⁴⁸ *El Argos*. No. 14. Bogotá: Febrero 26 de 1838, pp. 53-54. La idea de que la policía limita “algunas” libertades en beneficio del bien común, se mantendrá vigente hasta el siglo XX. Muestra de ello es la obra de Álvaro Castaño, varias veces citada aquí y por muchos autores que escriben al respecto.

valor, ser inteligentes, saber leer y escribir (para inspectores), no estar enfermos y tampoco ser borrachos.

Durante los años subsiguientes y con muy poco desarrollo institucional, buena parte de las funciones establecidas para un “cuerpo de policía” en 1841 fueron asumidas por miembros del ejército, que en muchos de los casos terminaron como observadores. La siguiente imagen de Ramón Torres Méndez nos sirve de cita:



Las condiciones de vida en las ciudades colombianas, sin diferenciarse sustancialmente por su tamaño, se caracterizaban según los observadores de la época, por la miseria. Las condiciones de Bogotá, descritas por Miguel Samper en un famoso artículo sirven de ejemplo, pues mientras mendigos, vergonzantes, rateros, ebrios, leprosos, holgazanes y locos, crecían en número, la ciudad se hundía en complicadas condiciones fiscales, producto, según el autor decimonónico, de la incapacidad administrativa y las condiciones geográficas que dificultaban las actividades comerciales. Sumado, a que se trataba de una ciudad dominada, como la mayoría en el caso colombiano, por letrados y sacerdotes, que no hacían otra cosa que sumergirse en “pasiones partidarias”.⁶⁴⁹ Pero al mismo tiempo,

⁶⁴⁹ Ver: SAMPER, Miguel. “La miseria en Bogotá”. *Op.cit.*, p. 33.

“El propietario de la tierra vio elevarse los arriendos; el capitalista no tuvo bastante dinero para colocar; el joven pisaverde halló nuevos escritorios y colocaciones; el artesano tuvo que calzar, vestir y aperar al cosechero enriquecido; y el agricultor completar con carnes abundantes, papas, queso y legumbres, el apetito del nuevo sibarita que poco antes tenía de sobra plátano y bagre.”⁶⁵⁰

Hasta iniciar la década de 1880 se recompone un cierto interés por darle forma a un “cuerpo” policial. Primero son algunos intentos del Estado de Cundinamarca, el que intenta dividir dicho “cuerpo” en uno militar y otro civil.⁶⁵¹ Este último sería el encargado de la “vigilancia”, para ello creándose dos secciones, la de “vigilancia y aseo” y la “celadores de las vías públicas”, con el objetivo de “impedir todo acto que ataque las garantías individuales, que viole las leyes o la moral pública”.⁶⁵² Un intento similar se produjo para el caso particular de Bogotá, que buscando valerse de antiguos miembros del ejército, pretendió organizar un organismo policial que fue denominado como “Guardia Urbana”, “con la esperanza de prestar algunos servicios en la conservación del orden de esta capital”⁶⁵³. Empero, no fue hasta después de la Constitución de 1886 y la puesta en marcha de lo que ha sido llamado la “regeneración”, en el marco de una alianza entre un facción del partido Conservador, orientada por Miguel Antonio Caro y denominada como “Partido Católico” y “liberales independientes” dirigidos por Rafael Núñez, que tomando a la religión católica como fundamento de un proceso civilizador y la obsesión por el “orden público”, cuando surgió la idea de conformar algo parecido a una “policía nacional”. La ley 23 de 1890 estableció un presupuesto inicial y la autorización para contratar a alguien en Estados Unidos o Europa, con el objetivo de organizar semejante idea de policía. Así, el encargado de los negocios en París, Gonzalo Mallarino, recibió el siguiente comunicado:

“Como no hay práctica en el asunto, ni se tienen agentes que puedan desarrollarlo convenientemente, he recibido orden para suplicar a usía que contrate y haga venir lo más pronto posible un profesor hábil, capaz y experimentado, que se encargue de organizar el cuerpo mencionado, y de educar hasta donde lo permitan las circunstancias y aptitudes respectivas, a los particulares que se destinen a desempeñar las funciones policiales.”⁶⁵⁴

⁶⁵⁰ SAMPER, Miguel. *Op.cit.* p. 33.

⁶⁵¹ Decreto No. 99 de 1880 del Estado de Cundinamarca.

⁶⁵² Decreto No. 246 de 1881 del Estado de Cundinamarca. En 1884 la “Junta de Comercio” se vio en la necesidad de armar “con armas de fuego” a los agentes que hacían las veces de “serenos”, ante los repetidos ataques que habían sufrido.

⁶⁵³ *Guardia Urbana de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1885. El comisionado por el presidente Rafael Núñez para dirigir este organismo fue Carlos Martínez Silva.

⁶⁵⁴ Citado por GILIBERT, Luis. *Op.cit.*, p. 159.

Tras conseguirse a un funcionario de nombre Jean-Marie Marcelin Gilibert⁶⁵⁵, que ejercía como comisario de la policía francesa en la ciudad de Lille, este arribó a Bogotá el 8 de octubre de 1891.⁶⁵⁶ De inmediato se puso a trabajar para dar como resultado, apenas un mes después, el 5 de noviembre, el Decreto No. 1000 (1891) “por medio del cual se organizó la Policía Nacional de Colombia” –separada del ejército. La estructura jerárquica estaba organizada por un director, un subdirector, un secretario de dirección, 36 comisarios (escalafonados en tres clases), 8 oficiales auxiliares y 400 agentes. Algo más de un mes después -12 de diciembre-, apareció el decreto en el que se establecían sus funciones, concentradas en la conservación de la tranquilidad, la protección de las personas y sus propiedades, la defensa de la moralidad, el aseo y ornato, la persecución de delincuentes y la prevención de delitos. Para Castaño, en este último aspecto radica el surgimiento definitivo de la policía como una institución moderna, al requerirse cierta tecnificación.⁶⁵⁷ Pero más que eso, pues semejante tecnificación tardó todo el siglo XX, el término de “policía nacional” acuñado por el comisario Gilibert, no era otra cosa que el intento de ampliar la esfera de protección, de amparo, con la que contaban las ciudades colombianas desde el siglo XVI y ahora pretendía trasladar el encierro urbano a una versión “nacional”. Los gobernantes de la “regeneración”, en un efecto de hipermetropía, quisieron gestar un “orden” de la nación a partir de una idea de ciudad que los españoles construyeron en América.

Al ampliarse la esfera, el Estado que asume formas de gobernar urbanas, una acción común en la formación del Estado desde cuando menos la Edad Media, intensificó la condición hipocondríaca de las ciudades coloniales, precisamente con la idea de prevención expuesta en el famoso artículo “K” de la Constitución de 1886. De este modo,

⁶⁵⁵ Frédéric Martínez sostiene que Gilibert se trataba de un funcionario menor, conseguido luego de varios desistimientos de oficiales franceses ante las condiciones del traslado y las salariales. Para el nieto del comisario, Luis Gilibert, era todo lo contrario, se trataba de un oficial de primer nivel con amplia experiencia tanto en la misma Francia como en sus colonias.

⁶⁵⁶ Esta situación, junto con un conjunto de recepciones de ideas europeas, le han llevado a Frédéric Martínez a decir que, asuntos como el de la policía son “importaciones”. Semejante percepción incurre en un error más o menos común de la historia de las ideas y es entender la recepción de las mismas –las ideas– como una proyección en un espacio en blanco. Si hemos logrado cumplir con nuestro cometido, es sugerir que varias de estas prácticas de policía procedían del periodo colonial y fueron re-adaptadas a las ideas de Gilibert que no resultaron radicalmente diferentes a las que ya se venían discutiendo o poniendo en desarrollo.

⁶⁵⁷ CASTAÑO, Álvaro. *La policía. Op.cit.*

cualquier manifestación se percibía como amenaza al “orden”. Tal y como sucedió con otra famosa norma, denominada como la “ley de los caballos”, ante la muerte de unos equinos el gobierno supuso que se trataba de acciones para gestar un alzamiento contra él. En su conjunto, la expresión de esta hipocondría fue el constante “estado de sitio”, en donde las restricciones al movimiento, que es nuestro asunto, alcanzó altos niveles que ni las mismas autoridades españolas pensaron para las ciudades durante el periodo colonial en Hispanoamérica. Dos ejemplos, pueden mostrar algunos elementos de esa intensificación, al mismo tiempo que confrontar acontecimientos que se suponen se ubican debajo del mismo manto ideológico de finales del siglo XIX.



Alfredo Greñas. Los carceleros de la libertad. *El Barbero*. N° 4. Bogotá: 14 de abril de 1892.

El primero corresponde a un motín sucedido en Bogotá, entre el 15 y 16 de enero de 1893, y que, según Aguilera⁶⁵⁸, fue liderado por diversos sectores de los artesanos residentes en la capital. El alzamiento se concentró en el frente de las oficinas de la Comisaría de Policía y Dirección General, contando con numerosos heridos y más de cincuenta muertos. Estuvo motivado por el rechazo a las acciones de policía radicadas en la prevención de “actos atentatorios de la moral y la paz pública”⁶⁵⁹, radicados en el control al horario de expendio de chicha, la disolución de corrillos callejeros, la obligación

⁶⁵⁸ AGUILERA, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá: motín, conspiración y guerra civil. 1893-1895*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1997.

⁶⁵⁹ PAJÓN, Alejandro. “Policía y orden público en la regeneración.” En: MUNERA, Leopoldo y CRUZ, Edwin. Editores. *La Regeneración revisitada. Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-Nación en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2011, p. 234.

a peatones a caminar por la acera derecha, el cobro continuo de multas y la recolección de “chinos” para llevarlos a trabajar fuera de la ciudad. De la misma forma, contribuyó la inflación y la publicación de un artículo de Ignacio Gutiérrez, denominado “La mendicidad en Bogotá”, y que recaía sobre las condiciones de degeneración que habían alcanzado las calles de la ciudad. Este acontecimiento fue un éxtasis de los caminantes, no todos ellos dedicados a la mendicidad, la delincuencia y la prostitución. También, por parte de quienes encontraban extremo la restricción a la posibilidad de caminar con cierta libertad por la calle, sin reducir a una parte de ella, junto con tener la posibilidad de detenerse y conversar con alguien. Se trata en su conjunto, de una oposición contra una *vida en policía*, que ahora contaba con una entidad que llevaba a su clímax las ideas radicadas en las restricciones corporales, pretendiendo reducir a los ciudadanos al interior de sus viviendas y regular su caminar para que no solo se ajustara al andén, sino que se limitara a ir de un punto a otro.

El segundo, a un proceso adelantado contra una mujer por vivir “pública y escandalosamente”, en inmediaciones del municipio de Arbeláez (Cundinamarca).⁶⁶⁰ Eugenia Camacho, como se llamaba la procesada, había sido acusada de estar amancebada, razón por la cual fue desterrada del núcleo urbano. Quienes realizaron la acción fueron dos individuos que ese día actuaban como policías, que por demás, según consta en el expediente, eran vecinos de la mujer. Los “agentes” eran jornaleros y ese día pagaban un tributo sirviendo en la vigilancia del orden durante el mercado, la aprensión de borrachos y vagos, así como la “conducción” de mujeres de dudosa reputación. Al día siguiente, seguirían siendo los vecinos de Eugenia, dedicados a labores agrícolas, mientras otros individuos, probablemente conocidos suyos tomaban dichas funciones. Esto no dejaba de causar temor ante venganzas por dichas funciones eventualmente tomadas. La idea de contar con una “policía nacional” tardó hasta cuando menos la segunda mitad de los años 1930 en concretarse.⁶⁶¹ Mientras tanto, en un

⁶⁶⁰ Archivo General de Fusagasugá. Sección Histórica. Fondo Juzgados. Proceso adelantado por Luisa Guevara contra Antonio Vargas y Eugenia Camacho, 1894-1899.

⁶⁶¹ Castaño muestra cómo los primeros treinta años del siglo XX la formalización de un cuerpo de policía nacional pendió entre retomar ciertas condiciones militares, cierta capacitación por parte de personal extranjero y servir a la persecución del alcoholismo. Cuando menos hasta su reorganización por parte de la Ley 15 de 1935 y su desarrollo con el Decreto 1715 de 1936 que consideró a “la Policía Nacional” como una “institución civil, con régimen y disciplina militares”, dedica fundamentalmente a “conservar la tranquilidad

encerramiento urbano, cada gobierno de las ciudades establecía la forma de contar con “agentes”, que en términos generales cumplían funciones similares a la Junta de Policía establecida para Santafé en 1791 y los cabildos. Es decir que, recogían la basura, iluminaban las calles, vigilaban los eventos públicos y las noches, y se valían de los presidios para realizar ciertas obras de infraestructura, en particular el adoquinado o empedrado de calles.

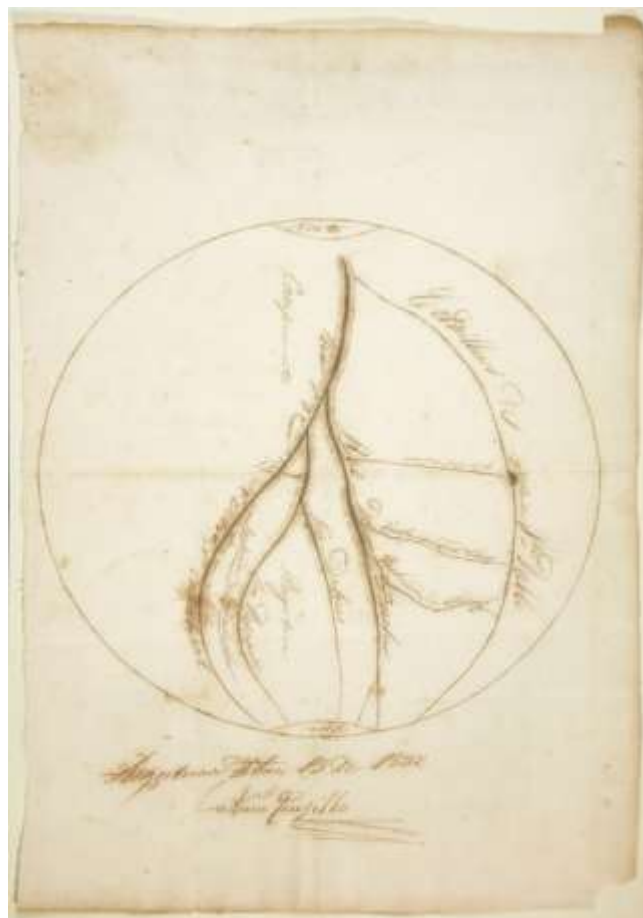
En resumen, la nostalgia del *cachaco* por la Santafé que se esfumaba y con ella de la *vida en policía*, no fue producto de algo que ya no estaba, sino que al contrario, sirvió para incentivar la búsqueda de formas instaladas en otra época, pero que conservaran la defensa de la interioridad urbana. Lo que tan bien nos han enseñado Ángel Rama y José Luis Romero, requiere ahondarse, tanto en elementos empíricos, pero principalmente en comprensiones teóricas, tal y como ellos lo hicieron en su momento. Por eso, se sostiene que la ciudad, de la cual intentaron salir los *dandis* o pepitos, era la que defendían los *cachacos* y que significaba la ciudad pensada como un autoencierro, en donde se anhelaba encontrar protección, gracias a unas acciones de policía que garantizaban la inmunidad de ese interior, ante un exterior sin abrigo, y por tanto peligroso para el alma.⁶⁶²

en cualquier lugar donde se ejerzan sus funciones; proteger las personas y las propiedades; prestar el auxilio que reclaman la ejecución de leyes y las disposiciones del Poder Judicial, y en general, mantener el orden y velar por el cumplimiento de las leyes y demás disposiciones nacionales.” A lo cual se suma la creación, un año más tarde, de la escuela de policía “General Santander”.

⁶⁶² Situación que también observaban viajeros extranjeros, como Mollien en 1823, al considerar que: “Hay algo por lo que Bogotá recuerda las factorías de los europeos en la costa de África. En la ciudad se advierten muchas instituciones y costumbres análogas a las de otras capitales del mundo, pero en saliendo de la capital ya no es lo mismo, todo cambia: se está en realidad en el centro de África; uno se ve rodeado de bárbaros que en su inmensa mayoría solo van vestidos con calzones y camisa (...).” MOLLIN, *Gaspard Théodore*. *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Imprenta Nacional, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, p. 186.

Séptimo Cuadro. Exergo 3: La ciudad como “autoencierro”

§ 65. “Autoencierro”, abrigo y diferenciación



Mapa de Angostura, Antioquia, 1892.
Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango

Peter Sloterdijk⁶⁶³ pretende en uno de sus apartados de su obra “Esferas”, radicado en el tomo II y dedicado a los “globos”, una aproximación a lo que denomina una “ontología del espacio cerrado”. Partiendo de algunas de sus ideas desarrolladas con antelación a estos análisis, pero en particular la que sostiene que los seres humanos contamos con un tipo de condena, la de cuidarnos de nosotros mismos (sí mismo) con la ayuda imprescindible de un Dios. Necesitamos entonces, plantea Sloterdijk, un autocobijo, algo así como útero que nos sirva de protección, aunque ello signifique un “autoencierro”. La mejor de las imágenes le parece ser la del arca, ya que no es “tanto una estructura material cuanto una forma simbólica de cobijo de la vida rescatada, un receptáculo de esperanza”⁶⁶⁴. Una apuesta salvífica ante los peligros existentes en el exterior, que alcanzaría la mayor de sus expresiones en un arca mayor, la ciudad. Allí se expresa su fórmula del adentro y el afuera. Y en este sentido, cree Sloterdijk que el principal de los problemas para comprensiones de este tipo, es zafarse de todo ese cuidado (y comodidad) urbano al que nos hemos acostumbrado. En esto coincidiría con autores como Michel de Certeau y Richard Sennett, para quienes la urbe también debe ser pensada desde escenarios diferenciados a los producidos por el confort y caracterizados precisamente por el encierro y las alturas.

Y este sendero, sin mapas, se hace necesario ya que “la ciudad es, pues, un fenómeno-habitáculo que quiere obligar a los observadores a confiar en sus ojos”⁶⁶⁵. No se trata de una mirada diferente de la del Dios de la ciudad, ese que ofrece protección, que certifica y garantiza el adentro en contra de un exterior riesgoso. La ciudad es un mundo, un “proyecto común microinmunológico”, en donde la política, la arquitectura y la teología están juntas. En otras palabras, y allí lo evidente de la influencia de la fenomenología en Sloterdijk, la urbe es una fenómeno, del que deberíamos entender las motivaciones para que genere tanta atracción, al mismo tiempo que el encierro genera satisfacción. En primera instancia dicho cobijo está dado por un elemento visual, más que material, como lo es la muralla; ya que genera seguridad y la sensación de que un dios solamente observa desde arriba lo que está restringido por el amurallamiento, ese es su marco de relevancia sobre el que concentra su mirada. Lo opaco, queda reducido a un desinterés

⁶⁶³ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos. Op.cit.*

⁶⁶⁴ *Ibid.*, p. 223.

⁶⁶⁵ *Ibid.*, p. 239.

divino en donde la seguridad no existe. En segunda instancia, está la arquitectura, manifestación que ayuda a presentar lo divino, que debe “buscar la máxima seguridad en la ostentación más grande”⁶⁶⁶, como la principal de sus tareas. De esta forma, el monumentalismo ratificaba la presencia de Dios, del poder protector. Al parecer, Adriano entendió muy bien la importancia de la relación entre el ojo, la autoridad y el creer.⁶⁶⁷

“Las ciudades serían, según eso, formas procesuales de una psicosis de formato: agonías amuralladas de un espacio interior de mundo, tribal, mágicamente hermetizado, en el que el existente humano, desde tiempos inmemoriales, estaba acostumbrado a cobijarse. Las ciudades se amurallan de pronto con tanta solidez, no porque sus habitantes sintieran de repente mucho más miedo ante los enemigos reales e imaginarios en la lejanía, sino porque el exterior ha entrado en ellos como gran formaticidad, como pánico divino, y exige en ellos dimensión y representación, las murallas son respuestas psicopolíticas a la provocación dimensional del gran mundo emergente, al que pertenecen también dioses propios crecientes.”⁶⁶⁸

Y, en tercera instancia, semejante protección y monumentalidad soportan la imagen de totalidad que posee la ciudad, pues al gestarse algo similar a un sistema inmunológico se está originando una frontera, un escenario liminal que termina por arraigar la periferia. Los ejemplos de Roma y las ciudades hispanoamericanas, pueden contribuir a esta lectura, ya que sus fundaciones –seguramente como muchas otras- son un establecimiento de cicatriz sobre la tierra, pero como en todo cuerpo la diferenciación se marca hacia el interior. Ciudad como arca, implica que del exterior hay que cuidarse, podría decir la fórmula de Sloterdijk. Pero en su conjunto, todo esto no necesariamente se aplica a las ciudades antiguas o las que apenas se están gestando, sino que la divinidad, que congrega y protege, sufren mutaciones. Sloterdijk muestra el caso griego donde la ciudadanía se constituye en dios, caracterizado por ser un “genio colectivo” que une a los habitantes como si fuesen hermanos, pero que sigue requiriendo un interior donde en efecto lo sean. La ciudad resulta ser un “autoencierro” por el cual los seres humanos hemos optado para sentir seguridad, creando al mismo tiempo un exterior peligroso. En la exposición de Sloterdijk, primero se gesta una esfera interior, luego una esfera asociada a la ciudad, para más tarde una de carácter global, sin que ello implique perder ese objetivo de búsqueda, el cuidado.

⁶⁶⁶ *Ibíd.*, p. 260.

⁶⁶⁷ SENNETT, Richard. *Carne y piedra. Op.cit.*, ver en particular el capítulo 3, “La imagen obsesiva”.

⁶⁶⁸ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos. Op.cit.*, p. 264-265.

En los casos colombianos, y en el conjunto de Hispanoamérica, fueron pocas las ciudades que edificaron murallas. Sin embargo, con la estructura urbana se buscó proteger el lugar central, la plaza mayor, por medio de capas dadas en primera instancia por las manzanas que repetían el cuadrado inicial y tras acabarse, se presentaba un borde, las tierras de ejidos y/o dehesas, que rodeaban toda la ciudad y que eran de propiedad comunal. Este borde se constituye en la marca que *diferencia* lo sagrado, lo que está adentro, con un afuera, salvaje y demoniaco. Cuando los españoles destruyeron labranzas alrededor de las ciudades no solo estaban motivados por el cambio de los productos cultivados que garantizarán “dar de comer”, también para apropiarse de ese contorno que sirviera como muralla invisible.⁶⁶⁹ Como en la imagen de Guamán Poma de Ayala sobre Santafé –“capital del Nuevo Reino de Granada”-, el encierro obedece tanto a razones “editoriales” como al hecho de que para los ojos de Dios solamente se santificaba un espacio limitado, el cual terminó siendo la constitución de un territorio, hasta donde no solo llegó la influencia política o económica de lo urbano, igualmente su protección.

Pero la morfología no era suficiente para edificar la protección que más tarde defenderá el *cachaco* y que será la ciudad de la infancia del *pepito*. Se requirió entonces una narración novelada de lo sucedido y como otra evidencia del pacto realizado. Fueron las crónicas, entonces, las que mostraron al conquistador levantarse sobre las dificultades, hasta convertirse no solamente en un héroe, sino en la figura –como Abraham-responsable de la alianza. Los textos dirán que se tratará de un favor de Dios, como en la fundación de Santafé. Y en este caso, es probable que los doce bohíos no hayan existido nunca, pero como parte de la trama resultaba vital. Pues dispuestos circularmente producían un encierro, un ambiente protector de comunidad, que se simbolizada en la tradición cristiana precisamente con el número doce. Ese conquistador era igualmente un viajero, un viajero del tiempo, que viajaba tanto por el espacio, como en una narración, de forma similar al deseo agustiniano. Los textos marcan cómo viaja, cómo camina, en busca de la eternidad, de la ciudad que vio Juan descender del cielo. Y al encontrarla/crearla se gesta una sincronización del tiempo

⁶⁶⁹ FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia. Op.cit.*, Documento 1272.

caótico anterior a la fundación, con el tiempo de Dios. Pues desde ahora todas las cosas que sucedieran en el interior de la ciudad eran un asunto de un largo trasegar, de una línea que conduciría hasta el final de los días.

La idea de Sloterdijk de la ciudad como arca,⁶⁷⁰ parece funcionar bien en este caso. Ya que tras fundarse una ciudad, su interior salva de un exterior. Además, no todos pueden entrar, solamente los “escogidos”, en este caso los blancos –al menos, teóricamente. Afuera, todo se presentaba como perdición, allí no aplicaba la ley, constatación de la alianza. Mientras que, el movimiento no contaba con mayores restricciones, pues Dios poco se interesaba en lo sucedido en extramuros. Indios, negros, mestizos y hasta blancos pobres huyeron de la ciudad siendo forajidos, término que procede justamente de foráneo, de estar afuera.⁶⁷¹ Pero al estar afuera se produjo un impacto en la mirada. Solamente a los dioses asociados al cielo se les veía hacia arriba, ahora a esta construcción humana, pero autorizada por Dios, también debía observarse. Un poder que se presenta como una toma en picado, para mostrar que hablaba desde los aires. Volúmenes increíbles que además suenan para *ordenar* la vida, instaurando una mirada panorámica de condición miope. Ya no para controlar la naturaleza, sino para reducir al Otro a una cabeza de alfiler.

Así, la “inmensidad intimidad” de la que hacía referencia Bachelard, busca ser exteriorizada para que desde muy lejos se note ese interior que no es para todos. Y, aun cuando parezca redundante, el uso de los materiales es indispensable para que el volumen se haga perdurable, y la piedra resulta ser el mejor de ellos. Es una forma más de cicatrizar la tierra, con una visibilidad semejante a la condena que llevó Caín en su rostro tras ser enviado por Dios a fundar ciudades. Actuales e improvisados coleccionistas colombianos adornan sus casas con réplicas a escala de iglesias de pueblos que visitan o que adquieren junto con algunos dulces. No se imaginan que semejante afición tuvo su símil en el periodo colonial cuando los mapas identificaban la existencia de núcleos urbanos con imágenes de iglesias. Y como si fuese poco, los

⁶⁷⁰ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. Op.cit.*

⁶⁷¹ Dice el RAE: Forajido, da. (Contracc. de fuera exido, salido afuera). 1. adj. Dicho de una persona: Delincuente que anda fuera de poblado, huyendo de la justicia. U. t. c. s. 2. adj. desus. Dicho de un hombre: Que vive desterrado o extrañado de su patria o casa.

colores eran usados no solo para diferenciar territorios, también para evidenciar un encerramiento particular, sobre el cual actúa la protección sintetizada en la imagen de una iglesia en particular.

Sloterdijk dice que Dios habita la ciudad, habita entre un nos-otros, para la protección, para dar vida eterna y detener la búsqueda agustiniana.⁶⁷² Pero entonces, se resulta ser esclavo de *una* ciudad, con una marca, con una cicatriz, *una* iglesia que resume *una* ciudad, al sintetizar esa edificación la mirada divina y hasta a dónde alcance ella a divisar y ser divisada. Desde luego que las imágenes no son ingenuas, ellas identifican el cuadro de relevancia, al mismo tiempo que las opacidades. La razón, cómo hemos venido sugiriendo, es que se pretende edificar puntos de atención que implican a su vez cegueras: *una* ciudad es *una* iglesia y en donde no hay iglesia, no hay ciudad en Hispanoamérica. Al mismo tiempo, el resto de los mapas son lugares exteriores, opacos, que parecen no existir y por tanto sin protección alguna. Un mundo, como lo muestra la imagen de una zona en el actual departamento de Antioquia denominada Angostura, que abre el presente exergo.

Y será en este marco de relevancia donde se ubica la casa de Dios que identifica la protección del adentro, en el que se narrará el pasado de la ciudad. Que supeditado –el pasado- a esta forma, se hace hipermetropico y desplegado hacia el interior, mientras que la historia fuera de allí es como si fuese un fractal que se repite manteniendo la figura inicial, o quizás mejor, una forma que brota de ese interior hasta edificar una frontera. Así, Dios funciona como un constructor, que borra y opaca lo existente y por ello en esta historia se atiende solamente a dicho arquitecto, que supone no había nada antes de que el llegara. Dios creó sobre la nada, de allí su magnificencia al edificar, y por lo cual deberá narrarse ese hecho. Y así decimos que la ciudad nos hizo, nos hace, pues Dios habita en su interior. Pero lo anterior puede resultar todavía insuficiente para gestar esa ciudad de la infancia que asemeja una ciudad-mundo, que encierra con el propósito de proteger. Pensar en un afuera durante el periodo colonial es improbable, y en la medida que los *cachacos* son una extensión de ello, les resulta muy peligroso que los

⁶⁷² SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Op.cit.*, p. 237. Cosa similar pensaba Tito Livio al mostrar que a pesar de la muerte y la guerra con la que se fundó y construyó Roma, cada uno de los espacios de urbanos está habitado por los dioses, que en su conjunto divinizan la ciudad. Ver: TITO LIVIO. *Los orígenes de Roma*. Madrid: Akal, 2000, Libro I.

pepitos deseen ir más allá de las fronteras urbanas. Ya que lo existente afuera ni siquiera es vida, al concebirse ella como la *vida en policía*, y por policía se comprende una fuerza respecto de una plaza mayor y una iglesia, un encierro.

Como lo sugiriera Simmel⁶⁷³, el encierro en una ciudad, en especial de dimensiones reducidas, no permite la diferenciación individual, la misma que buscaban los *pepitos* y a la cual se oponían los *cachacos*. Paradójicamente, cuando los *pepitos* viajan y se adentraban a una metrópolis eran golpeados por la indiferencia, sobre la cual estaba edificada la individualidad, según el mismo Simmel, diferenciándose de lo emocional que podía llegar a ser el mundo rural. Semejante impacto terminaría por producirles desilusión, la misma que provocaría en buena parte su retorno a ese terruño donde los *cachacos* buscaban mantener un abrigo, en el que todos eran relativamente iguales. No es casual que los viajeros colombianos en sus descripciones sientan que al cruzar los límites de la ciudad han ingresado a lugares inhóspitos, llevados por unas cuantas monedas al modo del barquero del Hades. Resistirse a salir, es no querer morir, y ya a fines del siglo XIX esto parece haberlo entendido muy bien Miguel Antonio Caro, quien nunca cruzó las zonas liminales. Al mismo tiempo, esto puede ser otra forma de comprender el centralismo, en el marco de estas ideas sobre la interioridad, sobre el encierro en las ciudades colombianas e hispanoamericanas, en donde cada una de ellas era una ciudad-mundo que podía ver amenazada su protección. ¿Acaso no son estos los ejemplos que nos muestran en el siglo XIX casos como los de Cartagena/Mompox, Cartagena/Barranquilla, Girón/Bucaramanga, Popayán/Cali?

⁶⁷³ SIMMEL, Georg. "La metrópolis y la vida mental." En: *Bifurcaciones*. Versión en línea. No. 4. Primavera, 2005. www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm

Octavo Cuadro. Exergo 4: La archi-ciudad

§ 66. Archi-ciudad

Jacques Derrida busca en su texto *Mal de archivo. Una impresión freudiana*⁶⁷⁴, dar cuenta de las características de un padecimiento, producto de lo que llamó un deseo de archivo, o de una pulsión de muerte y pérdida que se expresa en una “impaciencia absoluta”. El planteamiento de Derrida implica de entrada re-elaborar el concepto de archivo en todos sus términos, técnico, político y jurídico. Es por eso, que el ejercicio del autor se inicia justamente con el origen de la palabra archivo, el cual halla en Arkhé, que posee una doble significación, comienzo y mandato. De igual forma, la palabra se encuentra vinculada con arconte y arca.⁶⁷⁵ Derrida cree en una autoridad por parte del arconte, puesto que reúne los signos, las partes, los restos, ofreciendo una idea de cuerpo al reunirlos en su casa,⁶⁷⁶ al mismo tiempo que se guarda la posibilidad de interpretación. Nadie, generalmente, sostiene el autor francés, está dispuesto a revolver los restos en casa del arconte, la autoridad de este de hecho lo impide, tal y como se hace con las fuentes del historiador. Ya ha dicho Michel de Certeau que el *lugar* –un tipo de casa del arconte y también la institución que representa- el que soporta la verdad, sin ese respaldo, que le permite *firmar*, no queda más que un novelista. La escritura, dirá

⁶⁷⁴ El texto corresponde a una conferencia pronunciada el 5 de junio de 1994 en Londres, en el marco del coloquio *Memory: the question of de archives*. Luego fue publicado como un libro con el mismo título por la editorial Trotta en 1997.

⁶⁷⁵ De allí que, el autor utiliza dos rutas en paralelo para desarrollar sus ideas, a veces interconectadas. La primera de ellas, radica en la discusión con el historiador norteamericano del judaísmo, Yerushalmi. Mientras la segunda, es una búsqueda de comprensión de la “impresión” que habría dejado “la firma freudiana sobre su archivo, el concepto de archivo y de archivación”.

⁶⁷⁶ Michel de Certeau sugirió, en el marco de una entrevista con Georges Vigarello, que la ciencia occidental está marcada por una continua búsqueda de cuerpo, pero que en el fondo solamente halla partes, desde las cuales da la idea de existencia de ese cuerpo.

entonces de Certeau, es la encargada de ocultar las prácticas y el lugar institucional, de certificar, diríamos, el archivo. Al mismo tiempo, la escritura corresponde, en la perspectiva de éste último –como también en la Paul Ricoeur-, a la función simbólica de procurar saldar una deuda con los muertos. En una combinación de la representación de lo real y el poder, el discurso se ata a la institución que le ofrece legitimidad, a pesar de que para hablar en nombre de lo “real” haya que olvidar las condiciones de su fabricación, de sus prácticas. Ya que son éstas últimas las que hacen creer, por el sendero de un relato que habla en nombre de las ausencias, de fantasmas, son un “mandato”.

Igualmente, el archivo significa una impresión en la medida que implica un punto de inicio, desde el cual existe, edificando un adentro y un afuera. El adentro se halla en el arca (de la alianza) que ordena la relación con los muertos. El archivo como arca, nos lo recuerda Derrida, no solo clasifica, sino que impone un mandato, se hace una la ley. Mandato que no es una abstracción, y en cambio, se trata de una cicatriz sobre el cuerpo, una “circuncisión en el corazón”, pues no se admite otra opción, otro Dios. Y para ello se ordena que se grave en todas partes⁶⁷⁷, para que finalmente Dios se compadezca y termine con el vagar. Pero, como en lo revisado, primero por Freud y segundo por Derrida, el arca, el archivo, no es memoria, sino que evidencia el desfallecimiento de ésta, pues esa es la motivación para que ante el olvido de los mandatos divinos se graben, se registren, se impriman. Esto es lo que es, en tanto, el afuera no es.⁶⁷⁸ Ante el desfallecimiento de la memoria, Derrida observa a lo hypónemico –forma de repetición- que no hace otra cosa que “mostrar el olvido en el corazón de la memoria”, justificado por un demonio que promueve la destrucción de las tablas. Pero el archivo se anticipa a lo que está por-venir, no solo al labrar en lo más duro, la piedra, también de cierta forma que estructura el contenido, ya que Dios habita el arca. El archivo circuncida el trabajo de la historia, primero privadamente, de donde es posible nunca salga. Luego, se evitan las indicaciones del cómo se realizó, suponiendo que el texto expresa todo el proceso. Así,

⁶⁷⁷ Deuteronomio, XI, 18-21.

⁶⁷⁸ Foucault nos ha indicado cómo el discurso de las Ciencias Humanas ha tomado el mismo de las prácticas de disciplinamiento social, en la medida que se ponen desde la distancia, en una perspectiva teórica. Aunque, el mismo Foucault haya paradójicamente tomado en esa misma condición de dejar afuera la negatividad y ordenar –disciplinar- su propio texto. Ver: FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2006.

el archivo nos corta, dejando cicatriz, y lo que hacemos, dice Derrida, es intentar borrar esa marca, reprimiendo o suprimiendo.

Por lo anterior, el archivo no es un asunto particular del pasado, es fundamentalmente, y eso lo reitera constantemente Derrida, un por-venir, al determinar lo que será. Un tipo de camino que está abierto ante nosotros, todavía no transitado. De este modo, el archivo conserva “una extraña violencia”, nos dice Derrida, pues al establecerse un adentro, lo que se está haciendo es estableciéndose una inscripción, diferenciando lo que es de lo que no es. Y para ello se consigna, se clasifica, de tal forma que “reuniendo los signos”, se gesta la idea de un cuerpo, al ponerse en un arca como ejemplo de separación y bajo una autoridad, como en el caso del arconte. Lo cual resulta ser el soporte de lo que Derrida denomina como archiescritura, con lo cual quiere referir esa inscripción violenta que diferencia, pero que es olvidada por una nueva violencia que oculta tal prescripción de una escritura. (Mientras que la posibilidad de una nueva violencia que debele la inscripción es solamente una posibilidad, generalmente impensada y con un peligro latente de muerte para quien ose abordarla). Con semejantes capas de violencia se haya la escritura en el presente como una tachadura, en la que al funcionar como una síntesis recoge en sí retenciones y protensiones, cicatrices y por-venires, que parecen olvidados. De allí, lo sintomático de un *mal de archivo* caracterizado por la consignación y ésta a su vez latente en el orden del archivo: impresión, represión y supresión. Este síntoma, como todos los síntomas, aparece a des-tiempo, se nota en el acontecimiento, su gestación y repetición, que delatan el olvido, al mismo tiempo que nos resulta de utilidad para identificar el *mal*. Toda una perspectiva histórica, pero en clave de deconstrucción en el interior mismo de la escritura.

Estos elementos, borrosamente descritos pueden ayudar a sugerir la existencia de algo parecido a una archi-ciudad.⁶⁷⁹ En la que lo archi, la escritura⁶⁸⁰ y la impresión,

⁶⁷⁹ En lo que aquí se expresa se procura ir un por más allá, o para no ser tan pretencioso, en otro sentido, al expresado Fernando Chueca Goitia, quien al sostener que la ciudad es un archivo de la historia, está pensando el archivo como una fuente en la que van a beber los historiadores o los interesados en el pasado de las ciudades. Chueca, piensa que la ciudad es un “ser histórico”, que dada su unicidad y su resistencia a perecer, adquiere “su valor como testimonio histórico”, lo cual implica una mayor atención, como el mismo lo indica, a asuntos como el plano al sugerir persistencias. Y no se trata de escoger entre temporalidades a la manera de Braudel, sino de pensar algunos de los efectos de que las ciudades sean algo más que un

desempeñan un papel preponderante. En primera instancia, podríamos sostener que ese archivo, comienzo/mandato, se radica en la *vida en policía*, la cual se constituye en una inscripción que se imprime, que cicatriza tanto la forma de habitar las ciudades colombianas (y probablemente hispanoamericanas), como la manera de hacer su historia. En ambos de los casos, el encierro permite contribuir a la idea de una ciudad, como “patria”, aislada y, como sostenía De Las Casas, autosuficiente. Ofreciendo una imagen de cuerpo, de totalidad, que soporta la condición de abrigo que los españoles pretendieron construir. La *vida en policía* es esa violencia a la cual se refería Derrida, con la cual se buscó construir diferencia, entre un adentro y un afuera, y con ello garantizar amparo. Al constituirse en un archivo, esta *vida* adquirió condiciones prescriptivas que significaron una impresión, una cicatriz, sobre cada uno de los nuevos habitantes, hasta hacerla una ciudad de la infancia, como la hemos llamado en varias ocasiones.

Pues al aceptar la indicación de Derrida de pensarla como impresión, es posible asociarla a un injerto legítimo de semejanza, cuando menos como se entendía en Roma. En donde, la función matricial del molde negativo asegura que cada brote, cada nueva aparición, será el “hijo”, legítimamente semejante.⁶⁸¹ El molde garantiza la “presencia única”, al mismo tiempo que es posible un tiraje indefinido.⁶⁸² La reproducción de esa primera impresión, como lo indicara Plinio El Viejo, implicará un ritual,⁶⁸³ que en su conjunto es la forma de hacer memorable una ciudad para sus residentes. De allí, la importancia que se le ofreció a la fundación, pues significó la inclusión de ese pedazo de tierra en un calendario, y certificación al mismo tiempo de una alianza con un dios que lo protegerá y la cicatriz que lo evidencia. No resulta casual, que las historias de las

documento o un depósito, y se constituyan en una escritura, en una inscripción, en una cicatriz. Ver: CHUECA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2009, Lección 2.

⁶⁸⁰ Braudel sostuvo que la ciudad era portadora de escritura, empero su indicación puede entenderse en el sentido de considerar a la ciudad como una evidencia de la civilización material, en donde la escritura es un referente fundamental. Pero esta apreciación del importante historiador francés no hace sino seguir la línea trazada por Rousseau en el “Ensayo sobre el origen de las lenguas”, en el que la escritura es un suplemento del habla, al mismo tiempo que la diferencia entre una vida natural (bárbara) y una civilizada. Ver: BRAUDEL, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo*. Tomo I. Madrid: Alianza Editorial, 1984, pp. 418, 488-89.

⁶⁸¹ DIDI-HUBERMAN, Georges. *Op.cit.* p. 108

⁶⁸² *Ibíd.*

⁶⁸³ *Ibíd.*

ciudades vayan una y otra vez al momento del pacto, a su “origen”⁶⁸⁴, entendido como un espacio de diferencia entre un antes caótico y un después ordenado.

Semejante archi-ciudad posee unos arcontes, unos guardianes, que poseen la capacidad tanto de salvaguardar el archivo como de interpretarlo. Los fundadores coloniales fueron sustituidos por los historiadores decimonónicos, que guardando celosamente unos papeles designaron las fechas de inicio de las ciudades y su reconfiguración en el mundo republicano. Pero el siglo XX vería sustituido estos hombres de academias, estos guardianes, por otros que poseían una residencia diferente, otra *localización*, las universidades. Este re-compuesto respaldo institucional les permitió desplazar a los antiguos intérpretes, jamás quemar el archivo, buscando convertirse en los primeros-segundos. Marcharon hasta las fechas de fundación para sustituir las firmas de los conquistadores por las suyas. Es, como lo pensaba Derrida, la firma de la *consignación*, en la medida que esta última autoriza la unificación, identificación y clasificación de los signos. Tendremos entonces desde ese lugar el aumento de historias de ciudades, que re-interpretan sus pasados: intelectuales y aficionados conservan la archi-ciudad, se mantiene el privilegio a la *vida en policía*, bien desde las historias que hacen de la urbe un objeto diferenciable, bien desde las limitadas biografías locales.

La *vida en policía* que constituye la archi-ciudad, no solo corresponde a un conjunto de prácticas que garantizan la protección ante amenazas venidas del exterior o surgidas del propio interior. Sino a un abrigo ontológico que al tener características teológicas, se expresa en algo que hemos llamado, siguiendo a Lynch, “imagen pública” y que para el caso colombiano, aunque ello no resulta ajeno en Hispanoamérica, se asocia con la iglesia de cada núcleo urbano. Esa imagen es la manera de expresarse de la cicatriz que produce esa archi-ciudad en cada uno de los ciudadanos. Por eso, no es casual que los viajeros colombianos en el siglo XIX, que intentan desprenderse del encierro urbano dado por esa archi-ciudad, de las primeras cosas que describan y comparen sean las

⁶⁸⁴ Benjamin consideró que “el origen, aun siendo una categoría plenamente histórica, no tiene nada que ver con la génesis. Por ‘origen’ no se entiende el llegar a ser en el devenir y en el declinar. El origen es un torbellino en el río de devenir, y entraña en su ritmo la materia de lo que está en tren de aparecer. El origen nunca se da a conocer en la existencia desnuda y manifiesta de lo fáctico, y su ritmo no puede ser percibido más que en una doble óptica. Pide ser reconocida por una parte como una restauración, una restitución, y por otra como algo que de ese modo está inacabada, siempre abierta”. BENJAMIN, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. *Op.cit.*.

iglesias. Y tampoco se trata de compulsión arquitectónica, sino en lo simbólico de dichas construcciones, pues ello –lo simbólico-, como sostenía Jung, se experimenta “en imagen y de la imagen”⁶⁸⁵. De la misma forma, lo que defienden los *cachacos*, justamente en esa misma centuria, es esa protección ontológica que ofrecía la policía durante el periodo colonial, y que de paso soportaba la defensa de su *statuo quo*. Los *cachacos* se ven violentados por unos individuos que pretenden padecer uno de los males de la humanidad, el desamparo, reaccionando con diversas expresiones de violencia, bien con la redacción de textos, bien con la gestación de un “cuerpo de policía”. Los *pepitos* violentan con sus intentos de buscarse a sí mismos, desprendiéndose de la servidumbre de su ciudad, y de la condición comunitaria que ello implica. Al parecer ninguno de los dos vencerá por completo, y el archivo que acostumbra estar abierto al por-venir, contara con otros comienzos/mandatos.

⁶⁸⁵ JUNG, Carl. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. *Op.cit.*, p. 45.

Noveno cuadro. Una arquitectura para el peatón

Capítulo 9. Dandis: caminar en los márgenes

§67. El dandismo y los caminantes

Un cierto día de noviembre de 1885, José Asunción Silva regresó a Bogotá luego de su estancia en París, la “capital del mundo”, por cerca de un año. Llegaba a una ciudad donde las calles sucias, malolientes y repletas de vagabundos, eran el común denominador. Poco había cambiado en términos materiales desde aquella descripción, con tono de denuncia, elaborada por Miguel Samper en 1867 y denominada “La miseria en Bogotá”. Silva, como muchos hombres de la segunda mitad del siglo XIX, llegaba convertido en todo un “dandi”, un refinamiento de lo que antes del viaje se denominaba por los contemporáneos como *pepito*. No es difícil pensar la frustración e irritación que producía el retorno en el poeta bogotano, como seguramente en muchos otros, y que algo se nota en uno de sus poemas.

“EL PACIENTE:

*Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...*

EL MÉDICO:

*-Eso es cuestión de régimen: camine de mañanita; duerma largo; báñese; beba bien; coma bien; cuídese mucho: ¡Lo que usted tiene es hambre...!*⁶⁸⁶

Pero, ¿a qué tipo de hambre nos estamos refiriendo, que termina por ser el “mal del siglo”? Leopoldo Zea, uno de los pensadores más importantes con los que ha contado América, parece tener una respuesta a este interrogante, que por demás soporta su filosofía de la historia radicada en lo que él llama la Filosofía Latinoamericana o una “filosofía sin más”. Zea cree que,

*“(…) nuestra filosofía, innegable filosofía, ha partido y parte de la conciencia de la servidumbre y la dependencia impuestas por los intereses de otros hombres. Pero servidumbre y dependencia que no podrán ser anuladas si simplemente se pretende ser eco de otros hombres, aunque sean hombres libres, con olvido de la experiencia de la propia servidumbre y dependencia. Porque no se puede ser otro que sí mismo; y es de sí mismo que habrá que partir para ser libre.”*⁶⁸⁷

Silva, como muchos otros, retorna convertido en un dandi, o, en un *pepito* hambriento de sí mismo, que busca liberarse de una dependencia. Semejante atadura no era otra cosa que la servidumbre a una ciudad, que se ha convertido en su único cielo desde su infancia, reguladora de todas las experiencias. Una Ur gestada y construida por los europeos en América, para procurar sentirse a salvo en tierras tan inhóspitas.⁶⁸⁸ Una ciudad-mundo defendida, ahora en el siglo XIX, por los *cachacos*, guardianes de un *orden* solo posible en el interior de las murallas mentales edificadas desde el siglo XVI. Cuando algunos hombres –*pepitos*- intentaron salir de esta ciudad-mundo fueron catalogados como “adolescentes”, y parece no existir mejor expresión, pues certifica el alimento del cual adolece Silva y que le genera tanto apetito, *sí mismo*. Al no existir dicha

⁶⁸⁶ SILVA, José Asunción. “El mal del siglo.” En: SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Madrid: Edición del Centenario, 1996, p. 74. Este texto, entre otros, puede ofrecer la idea de que Silva era un autor moderno, siempre y cuando se tengan en cuenta dos atributos que Gay considera fundamentales: “en primer lugar, la atracción de la herejía que impulsaba sus acciones cuando se enfrentaba a las sensibilidades convencionales; y, en segundo lugar, el ejercicio de la autocritica por principio”. Ver: GAY, Peter. *Modernidad*. Barcelona: Paidós, 2007.

⁶⁸⁷ ZEA, Leopoldo. “La historia de la filosofía latinoamericana.” En: VV.AA. *¿Qué es eso de la Filosofía Latinoamericana? Introducción al filosofar*. Bogotá: Editorial el Búho, 1993, p. 127. Este texto corresponde a la ponencia del mismo título presentada en el I Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana de 1981.

⁶⁸⁸ Sloterdijk ha dicho que una de las principales exportaciones de los europeos han sido los cielos. SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos*. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.

comida en este interior se decide ir al exterior, ampliar esa esfera, pues diferente de la dialéctica de Bachelard⁶⁸⁹ del adentro y del afuera, en donde en el primero se ancla el sí mismo y en el segundo se ratifica, en el caso de las ciudades hispanoamericanas la posibilidad del sí mismo no era factible en el interior. Allí se haya en estado de servidumbre como lo pensara Leopoldo Zea. Y nada mejor en su momento que ir a la “capital del siglo XIX”, París. Ya allí, una desilusión embriaga las esperanzas de nuevos cielos. Y es entonces, cuando la contracción de la ciudad-mundo se sucede y se pretende renovar la búsqueda del alimento desde donde se partió. Silva retorna, procura que su angustia existencial sea menguada en la literatura, sin embargo, todo parece indicar que ello no fue así, y la noche del 23 de mayo de 1896, se dispara en el corazón. Con un arma moderna, destruyó, cuando menos en su cuerpo, el símbolo de la comunidad en la que no pudo vivir sin *sí mismo*.⁶⁹⁰ El hambre no cesó, sino que se acentuó en una época llamada “regeneración”, en donde el “desaliento”, que manifiesta el “mal del siglo”, resultaba cada vez más común.

Bien hubiera podido Silva encontrar abrigo en diferentes escenarios bogotanos, pero no lo hizo ante un cierto estatismo, pues lo que caracterizaba a los dandis era estar

“(…) siempre en movimiento, siempre diferentes, se burlan de las academias y se sustraen a todas las curiosidades. Sus individualidades múltiples hacen de ellos seres absolutamente atípicos. Y la máscara del misterio vela el secreto de su naturaleza. La palabra ‘dandi’ supone un infinito plural y una singularidad indefinida. La palabra ‘dandismo’, por su parte, evoca una generalidad bien ilusoria. Moviendo sus piezas en varios planos, escapa por completo al intento dogmático de una definición única.”⁶⁹¹

En efecto, intentar *una* definición general del dandismo en Colombia durante el siglo XIX es una ilusión óptica, propia de una visión panorámica que busca, a diferencia del *dandi*, grandes explicaciones sujetas a fuerzas divinas. ¿Una aproximación fragmentaria? Probablemente. Así las cosas, es posible decir que Silva bien podría ponerse junto a Wilde o Baudelaire, y en parte, también, a Kierkegaard, como caminantes que se abalanzaron en busca de su alimento, cada uno por diferentes senderos. La palabra

⁶⁸⁹ BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. *Op.cit.*

⁶⁹⁰ SENNETT, Richard. *Carne y piedra*. Madrid: Alianza Editorial, 1994. Ver en especial la segunda parte (“Impulsos del corazón”) para ampliar la idea de comunidad edificada en la Edad Media y que soportaba la idea de ciudad que construyó el cristianismo.

⁶⁹¹ NATTA, Marie-Christine. *La grandeur sans convitions. Essai sur le dandysme*. Citado por SCHIFFER, Daniel. *Filosofía del dandismo*. *Op.cit.*, p. 9.

dandy o *dandi* fue acuñada en la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra, pero adoptada por los franceses a mediados del siglo XIX, y de allí tomada en singulares circunstancias por diferentes individuos en muchos rincones del mundo. Una de esas recepciones fue la figura de los *pepitos*⁶⁹², también llamados por otros como “dandys de la tierra”. Ambas de las acepciones provenían, la mayoría de las veces, de personas que observan sus comportamientos como elementos patógenos que amenazan la inmunología de ese *orden* que se vive en una ciudad y que funciona como un cuerpo, un mundo diferenciado. Caminar, como lo que mejor saben hacer los “dandys de la tierra”, resulta ser una afrenta sin igual. Las calles, con el crecimiento demográfico sufrido por muchas de las ciudades colombianas durante cerca de ochenta años de vida republicana, eran lugares llenos de vagos, mendigos, ladrones, prostitutas y trabajadoras domésticas; repletos de ruidos y fétidos olores. Caminar se constituía en una trasgresión a los valores sintetizados por los *cachacos*, aunque estos tenían dificultades para esquivar las prácticas de los *pepitos*. José María Groot, un *cachaco*, reconocido manifestaba sus maneras de habitar la ciudad así:

“Las cinco de la tarde habían dado. Yo me hallaba libre y desembarazado de las ocupaciones diarias de mi oficina. Páreme en una esquina pensando en el rumbo que daría en aquel momento a mi soberana individualidad, cuando me ocurrió la tienda de don Antuco, albergue sempiterno de embozados tertulidores. Mi espíritu deseaba expansión después de estar todo el día entre el cajón de la oficina; mi mente, variedad de objetos sobre qué distraerse, y toda mi alma, seres desocupados con quienes tener un buen rato de tertulia. Era todo lo que me pedía el cuerpo, y nada mejor para esto que la tienda de don Antuco (...)

Por demás será decir y hacer notar al lector que esta misteriosa guarida, que lo pone a uno como en otro mundo, inspira cierto recogimiento y sabrosura muy a propósito para cuatro tertulidores que, embozados en sus capas y fumando un tabaco, bien arrellanados en sus asientos, recuerdan sus tiempos: los tiempos en que el joven militar hacía proezas de valor y lucía las charreteras entre las damas; en que el músico y el bailarín tocaban, bailaban, chirriaban, paseaban y gozaban de cuanto podían gozar... ¡Oh!, ¡qué ratos tan sabrosos los que se pasan en la tienda de don Antuco! Y si es lloviendo, mejor, y más si es en hora de oficina y que pueda uno decir: «Es imposible salir de aquí: aquí tengo que estarme en tertulia sin faltar a mi obligación ni gravar mi conciencia, puesto que lloviendo no estoy obligado implícitamente a ir a la oficina; porque el mojarme me haría daño, y la propia conservación, es precepto de ley natural que obliga en conciencia». ¡Oh!, entonces se echa uno más para atrás en el asiento y dice: «ojalá no escampe en toda la tarde»; enciende otro tabaco y sigue con el cuento.»⁶⁹³

⁶⁹² Es probable que la palabra *pepito* procede “pepita”, que según el Diccionario de la Lengua Española de 1832, significa “no tener pepita en la lengua, frase famosa con la que se da a entender que alguno habla con libertad y desahogo.” Precisamente lo contrario al recato y mesura que caracterizaba a los *cachacos*.

⁶⁹³ GROOT, José Manuel. “La tienda de Don Antuco”. En: VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo I. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973, p. 35.

Y es que el ejemplo de Groot resulta sugestivo, para indicar que el dandismo no es un asunto que se práctica en los extramuros de las ciudades. Al contrario, es su corazón donde las tácticas de los caminantes aparecen para escamotear las regulaciones establecidas para la vida urbana por quienes pretenden dominarla. Y en este sentido la indicación de Groot de que no sale para evitar mojarse y enfermar, ya que valiéndose de discursos higienistas, que no utiliza para evitar entrar en la “misteriosa guarida”, se permite pasar el tiempo. La aproximación de un *dandí* como Jules Barbey, puede contribuir en esta comprensión fragmentaria, y nada mejor que un articulista como él.

“Es así que una de las consecuencias del dandismo, uno de sus rasgos principales –mejor dicho, su rasgo principal- es el de producir siempre lo imprevisto, aquello a lo cual el espíritu acostumbrado al yugo de las reglas no puede atenerse en buena lógica. La excentricidad, ese otro fruto del terruño inglés, lo produce también pero de otro modo, de una manera desenfrenada, salvaje, ciega. Es una revolución individual contra el orden establecido, a veces contra natura: aquí linda con la locura. El dandismo, por el contrario, se burla de la regla y sin embargo la sigue respetando. La sufre y se venga, sin dejar de soportarla; la invoca cuando escapa de ella; la domina y es dominado por ella alternativamente: ¡doble y cambiante rasgo!”⁶⁹⁴

Se trata de una imprevisión en donde la estética era materializada en el cuerpo del *dandí*, del *pepito*, del caminante. La moda, les resulta fascinante, pues venía y se iba, recurría al pasado para negarlo, porque al hacer esto pretendía dilatar la ciudad-mundo en la que vivía, procurando tocar el exterior. La modernidad será asumida como “un gran desfile de modas”⁶⁹⁵, pues el movimiento, como lo notara Barbey o lo expresa el pintor Ramón Torres Méndez en sus pinturas, era fundamental. La belleza se radicaba entonces, en la cotidianidad, en donde las individualidades permitían las excentricidades, sobre las cuales se justificaba la posibilidad de que ello no fuese nada más que un disfraz que buscaba encubrir la procedencia rural del *pepito* –la mayoría de veces hijo de “cosecheros enriquecidos”, como se sostuvo antes. Pero aun así el *pepito* constituyó uno de los primeros esfuerzos por gestar urbanitas, por romper con el mundo rural y adentrarse en los “procesos civilizatorios” que son particularmente urbanos. Cosa diferente era el *chachaco*, quien edificó su estatus social a partir de limpieza de sangre y

⁶⁹⁴ BARBEY, Jules. *Du dandysme et de George Brummell*. Citado por: SCHIFFER, Daniel. *Filosofía del dandismo*. *Op.cit.*, p.151.

⁶⁹⁵ BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1991, p. 134.

riqueza producto principalmente de escenarios agrícolas, pero utilizaba la ciudad como un refugio y la pensaba como una extensión del campo. No es casual que las urbes coloniales, como expresión de la sociedad colonial, fueran gobernadas en todos los sentidos por los encomenderos.⁶⁹⁶ Las percepciones de la belleza cotidiana a la manera de Baudelaire difícilmente encontraban asidero. Imaginarse que otros caminantes, también imprevistos, aunque sin riqueza, como vagos o prostitutas, pudieran gozar de belleza era prácticamente imposible. Estos no eran más que la basura que debía limpiarse.

Individuos como Nicolás Tanco Armero, José Asunción Silva y Luis Tejada, eran muestra de los *dandís* y el dandismo “de la tierra”, en diferentes momentos, años 1860, 1880-1890, 1910-1920, respectivamente. En su conjunto diríamos que se aplica la idea de Schiffer respecto a que el dandismo es en términos muy generales una “espiritualización del cuerpo” y una “materialización del alma”.⁶⁹⁷ Un cuerpo angustiado e irónico que camina las ciudades, un alma hambrienta del alimento del *sí mismo*. Esto lo que resume es que cuando hablamos de dandismo “de la tierra”, nos estamos refiriendo a un conjunto de prácticas urbanas imprevisibles que son utilizadas por los dandis y otros caminantes para habitar las ciudades. Lo cual implica que el movimiento es fundamental, no solo por el mero hecho de desplazar el cuerpo, sino porque en dicho movimiento se da cuenta de una estética radicada en el cuerpo que permite una valoración diferente de lo que se ve. Lo panorámico, es sustituido por lo fragmentario de las calles y de lo que en ellas se haya. Al mismo tiempo, gesta un pensar que no tiene necesariamente que estar asociado a la “realidad”, esa es una preocupación de quién ve desde la distancia y que desde luego estos caminantes no tienen.⁶⁹⁸ Porque para el *dandí* el mundo que se supone “real”, es el de esa ciudad-mundo en donde se ha edificado un mundo interior, justamente del cual se busca salir, paradójicamente, desde el interior mismo.

⁶⁹⁶ Ver entre otros: COLMENARES, Germán. *Popayán, una sociedad esclavista, 1600-1800*. Medellín: La Carreta, 1979; JARMILLO, Jaime. *Ensayos de historia social*. Vol.1. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989; RODRÍGUEZ, Pablo. *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1750*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1991.

⁶⁹⁷ SCHIFFER, Daniel. *Filosofía del dandismo*. *Op.cit.*, p.11. Aquí Schiffer se está guiado por Sartre.

⁶⁹⁸ Curiosamente, Gabriel García Márquez, considera en el prólogo que hace del libro de Silva, “De sobremesa”, que el texto no alcanza “un buen grado de credibilidad”, pidiéndole de cierta forma un “realismo” que no tendría por qué tener. Ver: Prólogo de Gabriel García Márquez. En: SILVA, José Asunción. *De sobremesa*. Madrid: Hiperión, 1996.

Seguramente por eso se note una relación irónica con los espacios urbanos, hasta provocar ciertas condiciones esquizoides que ya notara, por ejemplo, Julio Ramos⁶⁹⁹.

Es probable que en el marco de lo dicho hasta ahora, en donde la búsqueda de *sí mismo* era un objetivo primordial, el suicidio haya resultado una opción para Silva. Pero también, esa muerte no era sino un tipo de presagio del triunfo, al menos parcial, de los *cachacos* y desde luego de lo que ellos significaban: un sobredimensionado interés por el interior, al mismo tiempo que una ausencia de *sí mismo*. Una servidumbre evidente, que requería una liberación que debía empezar por subsanar el hambre enunciada por Silva. Lo que hemos sugerido antes (cuadros primero y segundo), es que los *pepitos* terminan por *cachaquizarse*, y ello implicó que los “procesos civilizatorios” fuesen llevados a cabo de manera incompleta. Y no se dice esto con tono de nostalgia, como suele observarse en muchos textos, en cambio, se pretende sugerir caminos de comprensión de nuestra sociedad y en particular de los escenarios intelectuales que no son para nada ajenos a los fenómenos sociales. La universidad moderna, como bien lo mostró Elias, era una forma de “civilización”,⁷⁰⁰ pero en la medida en que en Colombia ello no se cumplió, dicha institución se quedó en un lugar entre las prácticas escolásticas coloniales y algunas apuestas radicales del siglo XIX y XX, pero con una mentalidad “encomendera”, que no daba *que pensar*. Este “suicidio” del dandismo también significó la reducción de posibilidades de comprender las ciudades en Colombia desde perspectivas menos estáticas, menos panorámicas y más móviles, más caminantes.

§ 68. El tedio

Y es que nuestros “dandys de la tierra”, los *pepitos*, vivían atados física y ontológicamente a *una, su y la* ciudad. Encerrados por la policía. Y en este marco resultó que se aburrieron. Muchos de ellos lo expresaron en sus prácticas ordinarias en las ciudades, las cuales fueron registradas de forma negativa por los “cachacos” que veían en ellas una amenaza. Otros, muy pocos, escribieron respecto de ellas, haciéndolo

⁶⁹⁹ RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1989, p. 139.

⁷⁰⁰ ELIAS, Norbert. *El proceso de la civilización*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2010.

especialmente desde la poesía, la literatura y el periodismo. En esos textos se consignó de cierta forma las tensiones entre los procesos de modernización material de las ciudades y los de modernidad, y es el tedio un ejemplo para dar cuenta de dichos fenómenos. Sin embargo, el tedio resulta ser un asunto no solo poco considerado por la filosofía, sino prácticamente irrelevante para la historia. En ambos casos, no deja de inquietar. Pues se trata de un fenómeno que evidencia una condición moderna, pero que además está especialmente concentrado en las ciudades. Interesarse por los asuntos físicos de los núcleos urbanos es muy importante, pero omitir asuntos como este del tedio estrechamente vinculado a la vida urbana, no deja de ser igualmente preocupante.

Los ciudadanos no habitan las ciudades como entes, en cambio, buscan sentidos, y ellos son los que están detrás de las transformaciones materiales o políticas. Así como tampoco podríamos identificar con completa claridad cuál puede ser el límite entre la historia y la filosofía en este campo, o si esa separación es necesaria. Cuando Svendsen sostiene que “el tedio suele surgir cuando nos resulta imposible hacer lo que queremos”⁷⁰¹, está haciendo referencia tanto a un problema ontológico, como a uno estrechamente atado a la ciudad, al ser ella el principal espacio donde esa imposibilidad se sucedía⁷⁰². De ninguna forma, se trata de algo que omite las condiciones espaciales, sino al contrario, las profundiza al pensar la existencia humana que “sufrir”, por ejemplo. Las palabras de Silva pueden ilustrar precisamente sobre esto último.

*“La luz vaga... opaco el día,
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría (...).”⁷⁰³*

⁷⁰¹ SVENDSEN, Lars. *Filosofía del tedio*. México: Tusquets Editores, 2008, p. 23.

⁷⁰² Hasta el punto de repugnar y fastidiar, que llamativamente se conservan en las definiciones del término tedio en los diccionarios de la lengua española entre 1832 y 1917. En el de 1832 se dice que tedio es “aborrecimiento, fastidio o molestia”, mientras que en el de 1917 se considera como “repugnancia, fastidio o molestia”.

⁷⁰³ SILVA, José Asunción. “Día de difuntos”. En: SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Madrid: Edición del Centenario, 1996, p. 64. Este poema tiene un cierto parecido al “Spleen (I)” de Baudelaire, el cual empieza diciendo: “irritado pluvioso con toda la ciudad (...)”, precisamente para mostrar ese tedio que se ha apoderado de lo urbano. BAUDELAIRE, Charles. *Obra poética completa*. Madrid: Akal, 2003

Con el tedio estamos tratando un problema que de forma pendular implica movernos entre la historia, la filosofía y la literatura. En el caso de esta última, porque a falta de una constitución de las dos primeras para la segunda mitad del siglo XIX y en parte, para entrado el XX, la literatura ocupa buena parte de las expresiones del pensamiento, de allí que resulte ampliamente ilustrativa.⁷⁰⁴ Esto no significa que el tedio no sea un problema histórico, pues apareció en un momento determinado, lo que no implica que la gente antes no se aburriera, solamente que no se reflexionaba sobre ello y mucho menos en el marco de un vínculo tan estrecho con las ciudades. Además, es un asunto temporal y narrativo. En el primero de los casos, el “matar el tiempo”, corresponde a la posibilidad de que las temporalidades puedan detenerse y con ello un curso de acontecimientos específicos que parecen orientar la vida de quien ostenta tal intención. El segundo, implicaba escribir sobre la vida en las ciudades para diferenciarlas una de otra y poder así menguar lo monótono que podía llegar a suponerse su parecido morfológico. A todo lo anterior, es posible sumar la posibilidad de ofrecerles algunas aristas a los análisis de Rama, Romero y Ramos, entre otros pensadores latinoamericanos.

Y es que estamos hablando, como Svendsen lo ha diferenciado, de un tedio *existencial*, como “fenómeno característico de la modernidad”⁷⁰⁵, en donde el sentido deja de tener una impronta comunitaria para ser una problemática personal. En nuestro caso, esto resultó como respuesta a una insatisfacción producto del encierro urbano, también de impronta ontológica, efectuado desde el siglo XVI con el establecimiento de las ciudades como espacios de servidumbre a la comunidad. La cual ofrecía sentido colectivo durante el periodo colonial, en donde las posibilidades de vacío del tiempo no eran admitidas. Eso es lo que probablemente está detrás de la intensa persecución a la vagancia, por ejemplo.⁷⁰⁶ “Sufrir” de tedio *existencial* implica separarse, al menos parcialmente, de una forma de comprensión del tiempo que estaba regulada por Dios, después de que un

⁷⁰⁴ Ya en otras partes del presente trabajo hemos mostrado los vínculos de la historia como disciplina con la literatura, especialmente en el siglo XIX.

⁷⁰⁵ SVENDSEN, Lars. *Filosofía del tedio*. *Op.cit.*, p. 26.

⁷⁰⁶ Son comunes los análisis de este tipo de fenómenos como aspectos de procesos civilizatorios, en donde lo disciplinario tiene un peso bastante alto en el conjunto de la organización social, lo cual no implica de ninguna forma que se desvirtúen estos trabajos, solamente que son otras formas de observación. Ver entre otros: JURADO, Juan Carlos. *Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850*. Medellín: La Carreta Editores, 2004; ALZATE, Adriana. *Suciedad y orden. Reformas borbónicas de la Nueva Granada 1760-1810*. *Op.cit.*

espacio determinado se incluyera en esa línea que conduciría al final de los días, tras la fundación o establecimiento de núcleos urbanos. Pues así como no se admitía la posibilidad de vacío en el tiempo, tampoco del espacio. Y no porque dejen de suceder eventos o no exista nada espacialmente hablando, sino porque se trataban de tiempos y espacios sin sentidos. De allí que, la fundación de ciudades o la reducción en núcleos urbanos, sea la forma de ofrecer ese sentido que no poseía esa exterioridad, que era América para los españoles. Construir interiores, encerramientos, era ofrecer sentido.

En el siglo XIX, aquel sentido colectivo fue defendido por la figura del *cachaco*, en contraposición a la del *pepito*, que lentamente comenzó a darse cuenta de “no saber qué hacer con el tiempo”⁷⁰⁷, a sumirse en el tedio. En otras palabras, “las estructuras del mundo tradicional se derrumban”⁷⁰⁸, que para nuestro caso se presentaba en el declive de la civitas y el ascenso de la urbs. Esto implicaba que de cierta forma existían fisuras en la idea del tiempo colonial como sentido colectivo y que era necesaria la búsqueda de otros sentidos. Semejante indagación era un conjunto de experiencias trasgresoras, manifiestas primero con comportamientos en los escenarios urbanos, y luego con el viajar, especialmente a Europa. En donde se suponía ese aburrimiento sería resuelto ante el inmenso número de actividades llevadas a cabo en las ciudades europeas. Pero el tedio pronto regresó a la vida de aquellos viajeros y decidieron entonces regresar en su mayoría ante el hecho de no poder desprenderse de la ciudad de la infancia, aunque como lo ha indicado Svendsen, ese retorno se caracteriza por el empobrecimiento. La respuesta ante tal situación estuvo concentrada en el suicidio, expresado en cuando menos dos formas, bien acabando con la vida de un balazo, a la manera de Silva y que prácticamente nadie más tomó; y, el olvidarse de sí mismo y autoencerrarse en la ciudad, en el marco de un “conservadurismo intelectual”⁷⁰⁹, o como lo hemos llamado antes, un *pepito cachaquizado*.

Fueron pocos los *pepitos* que no terminaron en semejantes opciones de suicidio. Los casos de los hermanos Cuervo y de José María Torres Caicedo, parecen ser ejemplos de

⁷⁰⁷ SVENDSEN, Lars. *Filosofía del tedio*. Op.cit., p. 29.

⁷⁰⁸ *Ibíd.*, p.197.

⁷⁰⁹ Esta expresión corresponde a HALPERIN, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1969, p. 234.

esas excepciones. El caso de los Cuervo, que tras conocer Europa, regresan para vender buena parte de sus propiedades y embarcarse de nuevo hacía París, de donde ya no volverán.⁷¹⁰ Que en el caso de uno de ellos, Rufino José, significó la renuncia a las opciones de poder político de su familia, para dedicarse a “perder tiempo” a la gestación de su “Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana”, que nunca concluyó. Por su parte, Torres que había salido del país en 1851 por motivos de salud, terminó por radicarse en París –solamente visitando Colombia por cortos espacios– desde donde produjo un conjunto de importantes obras⁷¹¹, en las cuales se presentaba una visión diferente de la de hispanidad que distaba a ultranza, y radicada en lo que él llamó “América Latina” –dos formas diferentes de reconocer a Roma como matriz cultural.⁷¹² Esto le hizo, al mismo tiempo, un reconocido crítico literario, con vínculos con Lemartine y Cantú, entre muchos otros.

La gran mayoría regresó al país, con sus memorias debajo del brazo. En esos textos, los apartados dedicados a las historias de ciudades, particularmente europeas, son muestra del empobrecimiento que sigue a la trasgresión, porque lo que hacían era describir el pasado de dichas urbes a partir de los elementos urbanos con los que contaban sus ciudades de origen. Asociándolas en un peregrinar en el que nuevamente el tiempo significa un horizonte de expectativa, es decir, una espera. La cual se desarrollaba en la ciudad terrenal que los españoles habían gestado como el lugar de la felicidad, en donde la policía reglaba la vida y con ella el tiempo mismo, de tal forma que la espera de la muerte fuese posible, en donde la ciudad celestial sería posible. Este encerramiento urbano, al cual retornarían muchos de los *pepitos*, implicó un *ser para la muerte*, esa era la expectativa, y lo que en principio originaba el tedio. Pero Silva, pedía excepcionalmente lo contrario al decir que

*“No pienses en la paz desconocida.
¡Mira! Al fin, lo mejor*

⁷¹⁰ Ver la sugestiva obra de VALLEJO, Fernando. *El cuervo blanco*. Bogotá: Alfaguara, 2012.

⁷¹¹ *Ayes del corazón* (1853), *Religión, patria y amor* (1853), *Ensayos biográficos y de crítica literaria* (1863-1868), *De la pena de muerte* (1864), *Los principios de 1789 en América* (1865), *Unión Latinoamericana* (1865), *Estudios sobre el gobierno inglés y sobre la influencia anglosajona* (1868) y, *Mis ideas y mis principios* (1875). Sumado a números artículos y otros textos.

⁷¹² Torres es un autor ampliamente citado, aunque paradójicamente en menor medida por autores colombianos, todavía hoy eso es llamativo. Ver entre otras obras: ARDAO, Arturo. *América Latina y la Latinidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

*En el tumulto inmenso de la vida,
 Es la paz interior (...)
 Excita del vivir los desengaños
 Y en soledad contigo
 Como un yogui senil pasa los años
 Mirándote el ombligo (...)
 Y cuando llegues en postrera hora
 A la última morada
 Sentirás una angustia matadora
 De no haber hecho nada...*⁷¹³

Y que casi dos décadas después, ya entrado el siglo XX, Luis Tejada reiteraría en sus textos, al sostener que,

*"En vano tratamos de romper esas murallas delicadas y poderosas que nos separan de los demás y penetrar tumultuosamente en las almas de los otros, para tranquilizarnos un poco y sentirnos al fin acompañados; pero no lo logramos nunca, porque los círculos fatales que nos rodean son infranqueables a toda amistad, a todo amor, a todo dolor, a toda alegría (...). El aburrimiento es la tristeza de sentirnos impotentes para integrar la cantidad de eternidad que hay en cada uno de nosotros a la cantidad de eternidad que hay en los demás."*⁷¹⁴

Esto hombres niegan el porvenir, y con ello ya no tienen miedo a la muerte. Es más, Silva la busca, y Tejada se la encuentra muy pronto. Como el poeta bogotano supusiera en uno de sus textos, el tiempo se vuelve polvo.⁷¹⁵ Al hacer esto, se estaban negando a debatirse entre la dicotomía colonial de felicidad – infelicidad, asociada a las ciudades. Un tercer escenario, eran precisamente las calles, que aunque espacio urbano y lugar de tal felicidad, eran más bien una anomalía que causaba infelicidad. No es sino ver descripciones como las Miguel Samper, o las de Ignacio Gutiérrez (que había contribuido a suscitar el levantamiento de 1893), para notar la peligrosidad de las calles respecto a la interioridad de las ciudades. El tedio al que nos hemos referido no es producto de las transformaciones materiales, sino del encerramiento ontológico de las ciudades procedente del periodo colonial. Sin embargo, esas transformaciones permitieron que saliera a flote, pues uno de los epicentros del aburguesamiento del siglo XIX, como lo han mostrado muchos autores, era justamente los núcleos urbanos. El estupor ante el ruido, la suciedad, los vagos, ladrones y gamines, alcanzó un punto mayor. Y fueron

⁷¹³ SILVA, José Asunción. "Filosofías". En: SILVA, José Asunción. *Obra completa. Op.cit.*, p. 90-91.

⁷¹⁴ TEJADA, Luis. *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquía, 1989, p. 321.

⁷¹⁵ SILVA, José Asunción. "La primera comunión". En: SILVA, José Asunción. *Obra completa. Op.cit.*, p. 147.

variados los intentos, como ya se observó, de renovar la policía para el control y erradicación de estas amenazas.

Pero individuos como Silva, y más tarde Tejada, encontrarían como Baudelaire, que el hastío era también una forma de ensoñación. Las ciudades tediosas contaban con lugares aptos para la ensoñación, en particular las calles, esos mismos escenarios vistos como el culmen de los males urbanos. Pues ante una ciudad sombría, lluviosa, o cualquier otro adjetivo relacionado con el tedio, las experiencias que podían alterar, al menos por un instante, esa aburrida línea temporal de espera, se hallaban en las calles. Paradójicamente lo que para algunos era el epicentro de las enfermedades de las ciudades, para otros era una solución. Decía Baldomero Sanín⁷¹⁶, un poco extrañado, que Silva atravesaba buena parte de la ciudad para ir a hablar con él de poesía o filosofía, ¿acaso hallaba en ese caminar, con un libro o revista debajo del brazo, la excitación necesaria para apoderarse de todo aquello que se decía en aquellas páginas?⁷¹⁷ Experiencias no muy diferentes de las Tejada cuando sostenía que,

“(...) la ciudad tiene también hondos encantos y lazos sutiles que aprisionan el corazón, siempre que sepáis vivir en ella sin someteros al estiramiento martirizante del frac y del cuello alto y el tedio superficial de los salones, sino pasando inadvertido, como una partícula perdida entre la muchedumbre, pero con los ojos muy inquisidores y el alma abierta a pequeñas y grandes emociones. Porque la ciudad acendra una multiplicidad admirable de sensaciones (...).”⁷¹⁸

Siempre quedaba la opción para quienes no quisieran usar ese espacio liminal que era la calle, las hojas de la prensa, en donde los artículos de autores extranjeros o descripciones de lugares lejanos, podían servir para procurar salir del encierro. Como lo ha mostrado Carmen Elisa Acosta⁷¹⁹ con el hecho de la lecturabilidad, textos como los

⁷¹⁶ Arciniegas trataba esta misma situación diciendo: “Silva en tranvía salía de la Calle Real, de casas de tapia y teja, para tragar el polvo que el viento llevaba al interior del vagón abierto, cruzaba potreros y potreros, y llegaba así a la cita literaria que le aguardaba en la otra punta.” ARCINIEGAS, Germán. “Liminal”. *Op.cit.*, p. XLIV.

⁷¹⁷ En uno de sus versos Silva decía: “Luego, desencantado de la vida, / Filósofo sutil, / A Leopardi leyó, y Schopenhauer/ Y en un rato de spleen, / Se curó para siempre con las cápsulas/ de plomo de su fusil.” SILVA, José Asunción. “Cápsulas”. En: SILVA, José Asunción. *Obra completa. Op.cit.*, p. 78. El subrayado es nuestro.

⁷¹⁸ TEJADA, Luis. “La ciudad”. En: *El Espectador*. Bogotá: 15 de mayo de 1918. Publicado también en: TEJADA, Luis. *Nueva antología de Luis Tejada*. Selección, prólogo, notas y cronología de Gilberto Loaiza Cano. Medellín: Universidad de Antioquía, 2007, pp. 43-44.

⁷¹⁹ Acosta, Carmen. *Lectura y nación. Op.cit.*

costumbristas mostraban ese mundo exterior, en especial para Bogotá, aunque no sin evitar la reiteración del encerramiento ante un exterior que continuaba mostrándose sin sentido. Es decir que, no se presentaba forma de enfrentarse a ello y mucho menos de establecerse algún vínculo, así que de manera circular se regresaba a la vida tediosa de las ciudades. En Bogotá todos estaban aburridos, decía con vehemencia Medardo Rivas⁷²⁰ en 1866, así como otros autores la catalogaban como un lugar “árido y triste”⁷²¹, sin diversión alguna⁷²², donde las relaciones entre los distintos grupos sociales no era admitida⁷²³. Situación contaba con soluciones como la de dejar atrás tierras frías y acercarse a zonas inhóspitas, como la denominada “tierra caliente”. De la que David Guarín aseguraba contaba con “encantos que no han saboreado nunca los de las grandes ciudades y los ricos salones donde impera una tirante cortesía.”⁷²⁴

Pero no debe creerse que ello se limitaba entonces a una ciudad como Bogotá, que veía todo lo distinto de ella como bárbaro. Esa es una de las tantas formas que han sustentado la visión centralista colombiana. Empero, ello puede aplicarse en contravía, y textos como los de Emiro Kastos a mediados del siglo XIX pueden notar que la fuerza centrípeta no se radicaba exclusivamente en Bogotá.⁷²⁵ Además, tampoco el mundo aburrido era un asunto observado por todos los grupos sociales, sino que especialmente fueron individuos pertenecientes a familias adineradas (en algún momento) y con un estatus social expresado en sus comportamientos en la vida urbana, quienes se aburrían. Sin embargo, ese aburrimiento podía llegar a ser peligroso. Primero, porque podía asociarse a temas como la vagancia y su proximidad al delito. Por eso, a veces se

⁷²⁰ RIVAS, Medardo. “El cosecheró”. En: *Museo de cuadros de costumbres*. Vol. II. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1971.

⁷²¹ MARROQUIN, José Manuel. *Op.cit.*

⁷²² CANÉ, Miguel. *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Biblioteca digital. Biblioteca Luis Ángel Arango.

⁷²³ DIAZ, Eugenio. “El lavadero”. En: *Cuadros de Museo de Costumbres*. Bogotá: Biblioteca virtual del Banco de la República, 2008.

⁷²⁴ GUARÍN, David. “Un día de San Juan”. En: *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo I. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1971.

⁷²⁵ Kastos se valían de varios adjetivos para mostrar las dificultades que observaba en Bogotá, mientras contaba con una respuesta por parte de Eliseo Santander acudiendo a la consigna de que la capital era la “hija de Quesada”, para sugerir como se anteponía a otros núcleos urbanos y regiones del país. Ver: KASTOS, Emiro. “Antioquia y sus costumbres.” En: *El Tiempo*. No. 186. Bogotá: 20 de julio de 1858; KASTOS, Emiro. “Bogotá, después de algunos años de ausencia.” En: KASTO, Emiro. *Artículos escogidos*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1972; SANTANDER, Eliseo. “El raizalismo vindicado.” En: VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo II. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973, pp. 371-380.

relacionaba a la melancolía que producía días como los de la semana santa, al tener en cuenta las “consideraciones dolorosas sobre el recuerdo histórico”⁷²⁶. Segundo, y probablemente lo más relevante, que al quedarse sin un sentido colectivo no hay garantía de encontrarlo en la individualidad. De hecho, el hambre de sí a la que se refería Silva, sugería el atolladero en el que se había metido, en el escenario de un “yo problemático”, como indica Svendsen, pues para otro tipo de yo no serían necesarias tales interrogantes. Ya que,

*“El tedio presupone subjetividad o, lo que es lo mismo, conciencia de uno mismo. La subjetividad es una condición necesaria, aunque no suficiente, para el tedio. Para estar en disposición de sentir tedio, el sujeto debe concebirse a sí mismo como un individuo susceptible de ser incluido en diversos contextos de sentido; un sujeto que presenta la exigencia de que tanto el mundo como él mismo esté provisto de sentido. Tanto es así que, de no existir tal exigencia de sentido, no habría lugar para el tedio.”*⁷²⁷

El aumento del tedio y con él, de cambios, aunque fueran seminales, de las subjetividades, está estrechamente vinculado con las transformaciones que en otros órdenes se producían, en particular el aburguesamiento de las ciudades y la inclusión progresiva de éstas en la economía capitalista. Sin embargo, la idea de una ciudad burguesa está todavía supeditada en los análisis a las condiciones materiales de la misma,⁷²⁸ omitiéndose otro de sus componentes, la existencia en ellas, que estaba enraizada en la *vida en policía*. Así como son evidentes los signos de un nuevo orden social en la estructura urbana, la hacienda, la toma de decisiones, la instalación de comodidades (infraestructura o equipamiento) o los cambios en los usos de los espacios. También ciertos síntomas, no expresados materialmente, son significativos para modificar paulatinamente la idea respecto a la ciudad en la que se habitaba. Provocando en algunos ciudadanos un hambre de sí, como sostuvo Silva, acompañado de tedio.⁷²⁹ Lo cual resultaría ser una nueva atadura, una versión actualizada de la prisión del

⁷²⁶ SÁNCHEZ, Alberto. “La semana santa de antaño.” En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá*. *Op.cit.*, pp. 168-172.

⁷²⁷ SVENDSEN, Lars. *Filosofía del tedio*. *Op.cit.*, p. 40.

⁷²⁸ Algunos ejemplos son: MEJÍA, Germán. *Los años del cambio*. *Op.cit.*; POSADA, Eduardo. *Una invitación a la historia de Barranquilla*. Bogotá: Cerec, 1987; Botero, Fernando. *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1996; NARVÁEZ, Silvia. *Evolución urbana. San Juan de Pasto Siglo XIX*. Pasto: Fondo Mixto de la Cultura, 1997. VÁSQUEZ, Édgar. *Historia de Cali en el siglo 20. Sociedad, economía, cultura y espacio*. Cali: Artes Gráficas del Valle, 2001.

⁷²⁹ Benjamin indicó, en boca de Lemartine, que el tedio era la enfermedad que aquejaba el siglo XIX. BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. *Op.cit.*, p. 134 [D3a, 4].

tiempo, ahora ya no como horizonte a la manera que sintetizaban las ciudades durante el periodo colonial, sino en la búsqueda de nuevas experiencias con las cuales trasgredir ese aburrimiento. Semejante interés por lo nuevo no resultó exclusivo de ciertos individuos, sino que muchos habitantes de las ciudades comenzaron sofisticar el morbo del chisme, hacía un interés por lo nuevo, no tanto como experiencias suyas, sí de otras, expuestas en crónicas, en donde fragmentariamente se mostraban los sucesos de las calles. Muchos de los cuales correspondían a acciones violentas. De este modo, no solo se certificaba el interés por lo novedoso, también por lo que significaban las calles como esa exterioridad donde no hay abrigo, y por lo tanto era el lugar para muertos en medio de fechorías y otras violencias, del orden un tanto más estéticas, pero asociadas al morbo, como lo feo y el asco.

A través de “la diferencia que se alberga en la corporeidad”⁷³⁰, se construye un cierto sentido del mundo, en donde lo feo, monstruoso, siniestro y grotesco, desempeñan un papel preponderante en el encantamiento⁷³¹ de los espacios urbanos. Pues al ser la repetición en donde radica buena parte de la fuente del tedio, todas las calles de una ciudad hispanoamericana donde se haya implantado el damero pueden resultar iguales, repetitivas. Lo que las hace diferentes, además de sus nombres, es lo que pueda narrarse de ellas. En particular, si ello está anudado a esos elementos estéticos que acabamos de referir, en donde el miedo y lo risible parecen convivir en la fealdad con la que se describen las calles de las ciudades colombianas en la segunda mitad del siglo XIX y entrado el XX, sin mayor distingo.⁷³² Entre muchos casos, el reseñado por Stella Monsalve respecto a la “calle del fantasma” en Bogotá (carrera 1, entre calles 9 y 10) puede ser ilustrativo para tantos otros. Ya que un empedrado rutinario causa interés por la inexistencia de una piedra, debido, según el relato, al fracaso del demonio para

⁷³⁰ BARRIOS, José Luis. “El asco y el morbo: una fenomenología del tiempo”. En: *Fractal*. No. 16, año 4, volumen V. México: enero-marzo, 2000, pp. 41-60. De este mismo autor es posible ver: *El cuerpo disuelto, lo colosal y lo monstruoso*. México: Universidad Iberoamericana, 2010.

⁷³¹ No está por demás indicar que el término encantar, que proviene del latín *incantare* correspondiente al recitar o cantar una fórmula mágica, también está asociado al hecho de cautivar la atención. Para este caso, ese encantamiento de los espacios urbanos corresponde a esa concentración de la atención en ellos, atención que en algún momento no tuvo.

⁷³² Las palabras de Aristóteles son dicientes al respecto: “La comedia, es como dijimos, imitación de hombres inferiores, aunque no en toda forma de maldad, sino en la especie de lo feo que es risible. Pues lo risible es una forma de error y fealdad que no causa dolor ni destrucción (...).” ARISTÓTELES. *Poética*. Buenos Aires: Colihue, 2009, p. 33-34, (1449a).

llevarse el alma de un ingeniero holgazán y la aparición subsiguiente de un fantasma que intenta poner dicho elemento faltante.⁷³³ Recuérdese además, las palabras de Kagan al considerar que para conocer una ciudad no solo es posible desde los “puntos de vista de la estructura física, también del conocimiento íntimo de su historia, leyendas y tradiciones”.⁷³⁴

Las “reminiscencias” de José María Cordovez, las calles de Moisés de la Rosa⁷³⁵ o las “crónicas rojas” de Felipe González Toledo⁷³⁶ (un poco más entrado el siglo XX), son apenas algunos ejemplos de esas formas de presentar novedades ante algo inexorable, la muerte. Como dijimos en un cuadro anterior, las crónicas desde fines del siglo XIX son visiones fragmentadas de las ciudades, en las cuales se pretendía paradójicamente dotar de sentido la vida urbana a partir de hechos que podían parecer absurdos. Y en ese camino los principales escenarios de narración fueron las calles, a partir de las cuales podían oscurecerse, segregarse, valiéndose de metáforas visuales, que por demás comenzaron a aprovechar los intereses por la energía eléctrica y los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. La narración, usando la imaginación, llegaba a lugares urbanos donde la policía no lo hacía, en donde a partir de hechos “extraños” contribuía a la aparición de novedad. Era evidente que en su conjunto se trataban de crímenes, sin embargo, el ejercicio escritural provocaba que cada uno de ellos fuese diferente. El tedio puede llegar a ser la muerte, pero paradójicamente, como ha sostenido Svendsen, la muerte puede contribuir a mermar el tedio, al menos por unos instantes, al menos mientras llega algo nuevo. Así que robos, asesinatos, muertes sin causa aparente, almas en pena, curas sin cabeza y hasta casas embrujadas, formaban parte de los temas que encantaban los espacios urbanos, rompiendo parcialmente con la monotonía. Pues en últimas, en las calles es difícil predecirlo todo, casi siempre habrá algo novedoso, al menos por un instante.

⁷³³ MONSALVE, Stella. *Fantasmas en La Candelaria*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008, pp. 49-50.

⁷³⁴ KAGAN, Richard. *Urban images of the Hispanic World. 1493-1793*. New Haven-Londres: Yale University Press, 2000, p. 205.

⁷³⁵ DE LA ROSA, Moisés. *Calles de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, 1988 (edición facsimilar de 1938).

⁷³⁶ GONZÁLEZ, Felipe. *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008. Selección y prólogo de Maryluz Vallejo Mejía. Ver al respecto de este autor el artículo de: RAMÍREZ, William. “La crónica roja en Bogotá.” En: *Historia Crítica*. No.21. Bogotá: Universidad de los Andes, enero-junio de 2001, pp. 111-126.

Entonces se escribe, se escucha, se observa, para contar con una experiencia que suspenda por un momento el tedio con figuras pre-modernas, tales como fantasmas o monstruosidades. Siendo evidencia precisamente de las tensiones que se suceden en el interior de las ciudades colombianas que se debaten entre la modernización y la conservación de viejos sentidos, como los que imprimen los *cachacos* –no solo para Bogotá, como ya se indicó. El hastío del encerramiento y la servidumbre a la comunidad de Silva, provocan al mismo tiempo un hambre de sí que lo hace escribir, adentrándose en formas modernas de la poesía que parecen quedar interrumpidas con el culmen de su tedio, su suicidio. Aunque de ninguna forma condena las ciudades, como más tarde sí lo harán por ejemplo un Tomás Rueda Vargas o un Luis López de Mesa. Caso similar era el de Tejada, quien identificaba el tedio, cuando al referirse a los “pueblecillos montañoses” dice que “viven, si vivir se puede llamar a ese sueño monótono” y que su existencia transcurría “soñolienta, bajo el peso de los prejuicios invencibles, entregado a la autoridad obtusa y omnipotente de un alcalde y a la ídem, ídem, de un santo cura de almas.”⁷³⁷ Aunque también mostró, cómo a las ciudades más grandes del país se les cree perversas y aburridoras, razón por la cual aparecerá un “hambre de vida rústica”, a lo que consideraba una “diatriba”, porque al final el tedio reaparecería y “a la primera noche tendrías que pegaros un tiro, o un huir como niños ante el misterio supremo”.⁷³⁸ Antes de regresar “enfermos, flacos, quemados y feos, todo por consecuencia de haber pasado unos días en el campo”⁷³⁹.

De allí que, apartarse de “las preocupaciones sociales y este ruido urbano de transeúntes y de automóviles, de voceadores de periódico y de impertinentes relojes públicos, de

⁷³⁷ TEJADA, Luis. “El pueblo.” En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta*. Bogotá: Colcultura, 1977, p. 35. Valga considerar la diferencia que ha presentado Paul Ricoeur entre ídem e ipseidad, entorno a lo repetitivo que podría mostrarse la identidad. En este sentido, Ricoeur piensa que el ídem no es otra cosa que la mismidad, en donde lo mismo siempre se pondrá en confrontación con lo diferente. En tanto, la ipseidad no se acongoja por semejantes situaciones sino que mantiene la pregunta constante por sí mismo. Así la diferenciación que plantea Tejada entre un ídem de un pueblo en la vida resulta repetitiva, y una ipseidad de las ciudades más grandes en donde es posible una “hambre de sí mismo”, como la llamara Silva. Ver: RICOEUR, Paul. *Si mismo como otro*. México: Siglo XXI Editores, 2011.

⁷³⁸ TEJADA, Luis. “Diatriba de la vida campesina.” En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta. Op.cit.*, p. 112-113. Pero este aburrimiento del campo también puede observarse en textos costumbrista, es posible ver por ejemplo: SILVA, Ricardo. “Mi familia viajando”. En: BAYONA, Nicolás. Compilador. *El alma de Bogotá. Op.cit.*, pp.173-186.

⁷³⁹ SILVA, Ricardo. “Mi familia viajando”. *Ibíd.*, p. 186.

carreteras chirriantes, de todo ese que bulle y runrunea constantemente en las calles y en las plazas, en las oficinas y en los almacenes, y que solo sirve para excitar los nervios y ofuscar la cabeza”⁷⁴⁰. A los ritmos ciudadanos consideraba Tejada todavía le faltaba bastante para lo que Benjamin, en una simbiosis particular de Marx y Baudelaire, sugirió en torno a la mercancía, tanto sobre la condición de fetiche que pesa sobre ella como por la importancia de la mirada, que se radica en las vitrinas o aparadores, donde lo nuevo busca borrar lo viejo.⁷⁴¹ Revólveres, automóviles, locomotoras, así como pantalones, sombreros –de los que cree era el refugio del alma–, la madera y la cola para pegarla y hasta los perros, son parte de las fantasías del mundo moderno que consideró Tejada en sus textos. Pero, igualmente, las vitrinas implican un vagabundeo, un ir por las ciudades, deteniéndose a observarlas, contrariamente a las ideas sobre el tiempo en el mundo burgués. “En este siglo activo en que se ha proclamado la estúpida fórmula de ‘el tiempo es oro’, esos vagabundos de los parques son los únicos que han sabido heredar la aristocracia espiritual griega y el amor al santo ocio griego”.⁷⁴² Porque “hay una cosa que el hombre moderno ha olvidado por completo –sostiene Tejada–: el arte de caminar bien”, ya que se ha entregado al nerviosismo, que según detecta el autor, constituye la modernidad y que ante las condiciones del vestido y su industrialización, hacen del movimiento en las calles algo sin sentido.⁷⁴³ Lo que sugiere, además de la contradicción propia del mundo moderno que Marshall Berman analizó, es la separación, al menos parcial, de lo que eran los vagabundos para las ciudades desde el siglo XVI. Mientras crítica el progreso, por ejemplo con los temas de higiene, se maravilla de él en la expresión de la luz eléctrica. Mientras se aburre, encuentra nuevas experiencias con las cuales pretender resistirse a un mundo burgués mediante sus mercancías. Estas contradicciones perceptibles tanto en Tejada como en Silva, son menguadas y soportadas al mantener la idea de que todo ello forma parte de un peregrinar, “pensad que solo sois un peregrino... y seguid adelante”⁷⁴⁴, decía el poeta.

⁷⁴⁰ *Ibid.*, p. 112.

⁷⁴¹ Ver a este respecto la importante obra de BUCK-MORSS, Susan. *La dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid: La balsa de la medusa, 1995.

⁷⁴² TEJADA, Luis. *Mesa de redacción Op.cit.*, p. 75.

⁷⁴³ TEJADA, Luis. “El arte de caminar bien.” En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta. Op.cit.*, p. 369-372.

⁷⁴⁴ SILVA, José Asunción. “Voz de marcha.” En: SILVA, José Asunción. *Obras completas. Op.cit.*, p. 102.

§ 69. Del tedio a los sueños

Para los *dandis* o *pepitos*, ampliar esa esfera que los guarnecía, implicaba desprenderse de la ciudad de la infancia, que pesaba sobre ellos gracias a más de tres siglos de duración y cruzar esa muralla mental. Pretendieron estos hombres constituirse en una especie de extraterrestres, al salir de su mundo y procurar adentrarse en otro, buscando que su tedio tuviera fin. Como en una canción popular de hace algunos años,⁷⁴⁵ el salvaje llega a París para convertirse en un hombre y tener un nombre con el cual ser reconocido en la capital del mundo.⁷⁴⁶ O, como en un poema de Ismael Arciniegas –“A París”- en donde aquella ciudad no era más que una “gran ramera” que haría olvidar el “tedio que nos acedía”, ofreciendo su lecho para tales fines. Pero eso, que era un sueño, terminó por replegarse, la esfera se contrae y todo parece indicar que los intentos de fuga fracasaron, de allí los suicidios antes referidos. El pesado lastre de dicha ciudad de la infancia parece resumirlo con mayor claridad un poema de Jorge Luis Borges.

*“El arrabal es el reflejo de nuestro tedio.
Mis pasos claudicaron
cuando iban a pisar el horizonte
y quedé entre las casas,
cuadrículadas en manzanas
diferentes e iguales
como si fueran todas ellas
monótonos recuerdos repetidos
de una sola manzana.*

*El pastito precario
desesperadamente esperanzado,
salpicaba las piedras de la calle
y divisé en la hondura
los naipes de colores del poniente*

⁷⁴⁵ “Cae la noche y amanece en París,/ en el día en que todo ocurrió./ como un sueño de loco sin fin / la fortuna se ha reído de ti,/ ja, ja, sorprendido espiando/ el lobo escapa aullando / y es mordido, por el mago del siam./ La luna llena sobre París /ha transformado en hombre a dennis./ rueda por los bares del bulevar /se ha alojado en un sucio hostel /Ja, ja, mientras esta cenando /junto a él se ha sentado / una joven, con la que irá a contemplar./ La luna llena sobre París / algunos francos cobra Dennis./ Auuuuh lobo-hombre en París / auuuuh su nombre es Dennis./ El hombre-lobo está en París /su nombre Dennis /La luna llena sobre París / ha transformado en hombre a Dennis./ Mientras esta cenando / junto a él se ha sentado / una joven - con la que irá a contemplar! / La luna llena sobre París ha transformado en hombre a Dennis.” La Unión.

⁷⁴⁶ Aunque queda la duda de si en lo que se convirtió no fue en nombre sino en un golem, “un aprendiz de hombre” como diría Borges, encerrado en sí mismo.

y sentí Buenos Aires.

*Esta ciudad que yo creí mi pasado
es mi porvenir, mi presente;
los años que he vivido en Europa son ilusorios,
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires.”⁷⁴⁷*

Para poder resistir, individuos como Silva construyeron un sueño en el sueño mismo. Era la forma de resistir semejante tedio tras su retorno de lugares liminales. Y ello no fue otra cosa que un tipo de arquitectura onírica que edificó ciudades con poesía y prosa. Esa fue una de las tantas formas para intentar vivir en medio de ese tránsito entre civitas y urbs a fines del siglo XIX e inicios del XX. Aquellos hombres usaron la escritura para crear un sueño que les sirviera de hogar, el mismo que sería llenado por las experiencias de cada uno de sus lectores, hasta hacer su propia ciudad. En este sentido, la multitud resultaba ser una ilusión fabricada por un autor o borrada de un tajo. Aunque ningún sueño se construía sobre la nada, más bien se hacía sobre la memoria de una ciudad que ya se tenía, pero con lo cual podía perderse de vista fácilmente lo que era real y lo que no. Pues también la ciudad burguesa era un sueño en el que los ideales del progreso la gobernaban, pero sin construir espacios urbanos completamente diferentes. Estos sueños podrían volverse realidad, alguno con mayor fuerza, y la historia como disciplina tendría la tarea de provocar ese despertar, como lo indicara Benjamin⁷⁴⁸, para separar el sueño de lo “real”.

Retornar no era cosa sencilla, ya hemos observado cómo muchos de aquellos *pepitos* a su regreso se “cachaquizan”, como forma para poder soportar su propia existencia, aunque ello equivalga a una forma de suicidio. En semejante re-patriación se construyeron fantasmagorías que sirvieran de narcóticos, que de alguna manera pretendían contrarrestar lo que tanto les habían fascinado, no solo por sus visitas, también por las lecturas que hacían de un mundo como el europeo que se presentaba como un polvorín de transformaciones. Entre varios ejemplos se encuentra el del hierro, que tan admirablemente mostró Benjamin como una de las principales fantasmagorías de los cambios urbanos, y dedicado a “fines transitorios”, como los mercados, las

⁷⁴⁷ BORGES, Jorge Luis. *Fervor de Buenos Aires*. 1923. Varias ediciones.

⁷⁴⁸ BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. *Op.cit.*

estaciones, las exposiciones.⁷⁴⁹ Braudel mostró cómo solamente hasta bien entrado el siglo XIX el hierro consiguió concentrar en él la civilización material, antes de eso y a pesar de los esfuerzos, su uso dependía de una limitada producción. Miguel Samper⁷⁵⁰ sostenía en 1896 que de la combinación de ciertas técnicas, en particular el uso del hierro, dependía el progreso, que en ese momento se mostraba apenas como un porvenir. De hecho, solamente hasta el siglo XX comenzará a ser usado de manera más o menos generalizada en la construcción de grandes obras de infraestructura. Uno de los ejemplos paradigmáticos de ello fue la exposición realizada con motivo del centenario de la Independencia (1910), en un intento por copiar las exposiciones realizadas en Londres, París y Chicago, en donde el Palacio de Cristal, la Torre Eiffel y la Rueda de Chicago respectivamente mostraban los usos del hierro.⁷⁵¹ Se pretendió entonces que las construcciones realizadas en el parque de la Independencia usaran aquel metal, pero al final la madera terminó recubriéndose para ocultar la estructura, que desde luego en los ideales del momento poco o nada representaban el progreso. La madera seguía asociada a condiciones rústicas de vida, escasamente civilizadas.

A la construcción de líneas férreas, se sumaron edificaciones estructuradas con ese metal. Pero el hierro resultaba más bien escaso, en cambio, la madera continuó siendo el material principal, como lo ha sugerido Silvia Arango⁷⁵², hasta bien entrado el siglo XX. De allí que, la madera se asociara a otros aspectos como la resistencia del tiempo, su calidad y hasta su abundancia en estas tierras.⁷⁵³ Eso sin contar el polvo, que representaba un insigne pasado. El mismo José Asunción Silva decía en uno de sus poemas que,

*“Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria,*

⁷⁴⁹ *Ibid.*, p. 177 [F2, 9].

⁷⁵⁰ SAMPER, Miguel. “Retrospecto” (1896). En: SAMPER, Miguel. *Escritos político-económicos*. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán, 1898.

⁷⁵¹ Ver: COLÓN, Luis. *La ciudad de la luz: Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910*. *Op.cit.*

⁷⁵² ARANGO, Silvia. *Historia de la arquitectura en Colombia*. *Op.cit.*

⁷⁵³ Ver por ejemplo la descripción de Groot en “La tienda de don Antuco”. GROOT, José Manuel. “La tienda de don Antuco.” En: VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo I. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973, pp. 35-41.

*Y a veces a los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizante dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene oscuridad de telarañas,
Son laúd, y suavidad de raso.*

*¡Colores de anticuada miniatura,
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
Cincelado puñal; carta borrosa,
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida;
Histórico blasón, donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el líquen verde;
Misales de las viejas sacristías;
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,
Crucifijo que tanto moribundo,
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba; alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla sola;
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola;
Mayúsculas de viejo pergamino;
Batista tenue que a vainilla hueles;
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ticos brocateles;
Arpa olvidada que al sonar, te quejas:
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,
El vulgo os huye, el soñador os ama
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas!
El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas
Y nos lleva a lugares halagüeños
En épocas distantes y mejores,
Por eso a los poetas soñadores,
Les son dulces, gratisimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores
Las sugerencias místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas!⁷⁵⁴*

⁷⁵⁴ SILVA, José Asunción. “Vejece”. En: SILVA, José Asunción. *Obra completa. Op.cit.*, pp. 39-40.

Semejante exaltación a lo “viejo” y con ello a la madera, como una forma de mostrar vida en contraposición a lo inerte que sugería el hierro. Cerca de dos décadas después de las palabras de Silva y unos años más tarde del centenario, Tejada sostenía que la madera se “humaniza” y adquiere “alma sensible”, y hasta era capaz de gestar un mundo de fantasía en el interior de las habitaciones.⁷⁵⁵ Empero, la madera a diferencia de lo que suponía Benjamin para el hierro parecía no contar con un destino radicado en el movimiento, sino una condición de mayor estatismo y un ambiente todavía muy rural. Solamente hasta el Movimiento Moderno, la utilización de otros materiales, formas y estilos pretenderán mostrar unas ciudades menos dependientes visualmente del campo en lo concerniente a su arquitectura.

Pero tras el retorno, las imágenes de lo que se había observado no podían borrarse de un solo tajo. Junto al hierro, estaba el cristal y un conjunto de objetos que formarán parte de esas mercancías convertidas en fetiches, caracterizadas por la novedad y la capacidad de producir cosas inimaginables. Y el nombre de Ernesto Duperly estaba profundamente vinculado a esa Colombia durante las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XX. Hijo y nieto de fotógrafos, Duperly aprendió pronto la magia del daguerrotipo, pero no se conformó con ello. También fue un asiduo importador de objetos que no contaban con iguales en el país, como las victrolas, máquinas capaces de “fabricar música” y hasta de dar conciertos completos, como el sucedido en el teatro Colón durante su demostración en público.⁷⁵⁶ A esto debe sumarse pianolas, bicicletas y baterías, pero especialmente proyectores portátiles de cine y vehículos. En cuanto al cine, la posibilidad de llevarlo a diversos espacios urbanos, así como a una multiplicidad de ciudades, significó adentrarse en toda una “fantasmagoría de cosas inverosímiles y alucinantes”⁷⁵⁷, en la que se percibe cierta interpretación mágica y hasta extra-terrestre en su funcionamiento. En donde la naturaleza queda en un segundo plano, siendo este uno de los elementos fundamentales de este proceso de modernización. Y en este sentido, el vehículo, aún más que la locomotora –ambos considerados como monstruos. No fueron pocos los impases que sufrió Duperly para contar con el primer Cadillac,

⁷⁵⁵ TEJADA, Luis. “Fantasía de la madera” y “Las transformaciones de la madera”. En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta. Op.cit.*

⁷⁵⁶ DUPERLY, OSWALDO. *Lo que se hereda no se hurta. Memorias*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1978.

⁷⁵⁷ TEJADA, Luis. “Películas policiales.” En: TEJADA, Luis. *Nueva antología. Op.cit.*, p. 30.

primero para traerlo hasta Bogotá, luego para ponerlo a andar en calles no hechas para tales fines y más tarde, los enemigos, que según su nieto eran “arrieros tradicionales” que veían en las máquinas unas amenazas.⁷⁵⁸ El mismo Tejada, ya entrado los años 1920 reseñaba un accidente en el que se manifestaba “odio al automóvil; las gentes no quieren bien esa máquina fantástica que no comprenden y aprovechan cualquier oportunidad para increparla y maldecirla, para estorbarla y hacerle daño”⁷⁵⁹.

Ya volveremos sobre el tema del automóvil, por ahora el interés radica en que estamos ante ciudades en donde los objetos, como seguramente no lo alcanzó a imaginar Marx, poseen vida propia. Ese es el sueño que construyen los *dandis de la tierra* para animar lo tedioso que podía resultar la vida urbana. Madera y polvo, se combina con objetos monstruosos; un coleccionista de libros se armoniza con la luz eléctrica, la cual además de iluminar las viviendas, irradió su luz antes que nada sobre las calles, abriendo las esquinas a la perspectiva. Empero, a los *dandis* no los seducía la velocidad, pues aunque se maravillan por ese vínculo entre lo viejo y lo nuevo, el desinterés por caminar sin afán los gobernaba. Pues como lo ha ilustrado Milan Kundera la velocidad está caracterizada por un “olvido de sí”⁷⁶⁰, justamente lo que había provocado el “hambre de sí” que había llevado a muchos individuos a buscarse en tierras lejanas a las de su nacimiento, bien fuera en el exterior o el interior del país. Pero en semejante trasegar lento, en ese caminar una y otra vez las ciudades, caminantes como los *pepitos* se encuentran con otros que también, como decía Julien Gracq⁷⁶¹, tejen una “red de trayectos articulados” que es en últimas el habitar. En donde, siguiendo al mismo Gracq, “no existe ninguna coincidencia entre el plano de una ciudad que consultamos

⁷⁵⁸ DUPERLY, OSWALDO. *Lo que se hereda no se hurta*. *Op.cit.*

⁷⁵⁹ TEJADA, Luis. “El automóvil.” En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta*. *Op.cit.*, p. 313.

⁷⁶⁰ Kundera afirma que “hay un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido. Evoquemos una situación de lo más trivial: un hombre camina por la calle. De pronto, quiere recordar algo pero el recuerdo se le escapa. En ese momento, mecánicamente, afloja el paso. Por el contrario, alguien intenta olvidar un incidente penoso que acaba de ocurrirle, acelera el paso sin darse cuenta, como si quisiera alejarse rápido de lo que en el tiempo, se encuentra aún demasiado cercano a él. En la matemática existencial, esta experiencia adquiere la forma de dos ecuaciones elementales: el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido.” KUNDERA, Milan. *La lentitud*. Barcelona: Tusquets Editores, 1995, pp. 22-23.

⁷⁶¹ SOROS, Juan. “La forma de una ciudad según Julien Gracq” [en línea]. En: *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*. Vol. 4, núm. 2. 2012, pp. 183-187. En: <http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen04-2/textos02.htm>. ISSN: 1989-4015. Este texto es en realidad una traducción de las primeras páginas de la obra de Gracq, “La forma de una ciudad”.

desplegándolo”, como suele ser una cierta tendencia de las historias de ciudades “y la imagen mental que surge en nosotros, a la llamada de su nombre, de sedimento depositado en la memoria por nuestros vagabundeos cotidianos.” Esos otros son, entre algunos, prostitutas, vagabundos y por qué no, perros.

Capítulo 10. Otros caminantes

§ 70. Las prostitutas, la mirada y el oído

Desde los mismos inicios de la *vida en policía*, el control de todo aquello que significara una amenaza a la ciudad era una prioridad. En este marco, la vigilancia de las calles implicó restricciones considerables para evitar movimientos corporales que condujeran al pecado. De hacerse, pocas veces se podía impedir el calificativo de vago o prostituta. Este último resultó más bien borroso, como lo sugiere Aída Martínez⁷⁶², ya que al mismo tiempo que se prohibía y penalizaba, no dejaba de prosperar. Y aunque,

*“La prostituta ha sido un personaje reconocido por la historia colombiana. Sujeto despreciado, ignorado, silenciado; personaje de muchos rostros, de todas las razas, la meretriz encarna la cara oculta de la sociedad; conforma una clase de innombrables siempre presente, siempre próximo, siempre deseado; su cuerpo y su vida ponen en cuestión la moral y la ley.”*⁷⁶³

Que aun su estrecho vínculo con la vida urbana, sus estudios se han concentrado en las características del oficio, la relación del mismo con las costumbres y el conjunto de la vida cotidiana, y algunas veces como un tema de salubridad, de policía y hasta en constitución como sujeto.⁷⁶⁴ Ajustándose a lo que las instancias del poder han dicho sobre ellas, bien como un asunto privado durante el periodo colonial, bien por las formas en que fue enfrentado con el destierro, la cárcel y desde el siglo XX con otras formas de

⁷⁶² MARTÍNEZ, Aída. “De la moral pública a la vida privada, 1820-1920.” En: RODRIGUEZ, Pablo y MARTÍN, Aída. Editores y compiladores. *Placer, dinero y pecado. Historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar, 2002.

⁷⁶³ RODRIGUEZ, Pablo y MARTÍN, Aída. Editores y compiladores. *Placer, dinero y pecado. Op.cit.*, pp.9-10.

⁷⁶⁴ Puede verse entre otros: REYES, Catalina. *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. Bogotá: Colcultura, 1996; URREGO, Miguel. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930*. Bogotá: Ariel, 1997; SÁNCHEZ, Marlene. “La prostitución en Bogotá.” En: *Anuario de historia social y de la cultura*. No. 25. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1998. VOS OBESO, Rafaela. *Mujer, cultura y sociedad: Barranquilla. 1900-1930*. Barranquilla: Universidad del Atlántico, 1999. RODRIGUEZ, Pablo y MARTÍN, Aída. Editores y compiladores. *Placer, dinero y pecado. Op.cit.*; SÁNCHEZ, Marlene. *Saber médico prostibulario, prácticas de policía y prostitutas de Bogotá (1850-1950)*. Tesis para optar el título de doctor en historia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

biopolítica, como la creación de zonas de tolerancia.⁷⁶⁵ Escasos resultan los trabajos sobre la presencia de su figura en los “desencuentros con la modernidad”, para utilizar la expresión de Julio Ramos, y su participación en la existencia de los ciudadanos. Pues si se acoge la idea de que el crecimiento de la prostitución aumentó desde mediados del siglo XIX, como se nota en las obras anteriormente referidas en muchas de las ciudades colombianas, también debemos tenerla en cuenta como un caminante que le ofrece cierta reconfiguración a los espacios urbanos. En particular la esquina, y desde luego la calle, que comparte con vagos, delincuentes, gamines y perros, principalmente. Pero además, porque como se indicó antes, una de las críticas comunes a los *pepitos* era su debilidad ante las prostitutas parisinas, que además de dejarlos sin dinero, les contagiaban enfermedades.

El deseo sexual, que conformaba los elementos corporales que había que civilizar, fue arrojado en y con la escritura a zonas fronterizas en las que de manera similar al periodo colonial, la presencia de un dios protector era casi nula. Eso no implicó de ninguna manera, que algunas ciudades quedaran limpias de prostitución, como suponían algunos autores decimonónicos,⁷⁶⁶ solamente que el proceso de limpieza física de las áreas urbanas y la regulación de las emociones en ellas, se buscaron omitir (con el lenguaje) del paisaje urbano de ciertos lugares. En esto, los cuadros de costumbres son dicentes, pues en ellos a las mujeres de “tierra caliente” se les “perdonaba” sus acciones corporales, precisamente porque vivir lejos del epicentro de la fuerza centrípeta de Bogotá. En aquellas zonas la vergüenza parecía no existir, lo que sugiere complejos procesos civilizatorios en donde la personalidad se diferenciaba de las ciudades, agobiada en apariencia por un control. Pues se trata de todo un juego de simulaciones trasladadas a la escritura como estrategia de desfogue de las emociones reprimidas.

⁷⁶⁵ Ver: SÁNCHEZ, Marlene. *Saber médico prostibulario, prácticas de policía y prostitutas de Bogotá (1850-1950)*. *Op.cit.*, p. 127 y ss.

⁷⁶⁶ A este respecto Von Schenk sostenía que “La prostitución que se efectúa en las calles de Bogotá, sin temor ni castigo en medio de grandes orgías, que tiene como víctimas no solo entre las clases bajas, aquí en Medellín todavía rehúsa la luz del día, y se esconde en las cuevas apartadas de los barrios mal afamados de Guanteros y Chombimbo. En los tiempos del régimen conservador (hasta el año 1877), tampoco encontraron en estos barrios acogida. El Presidente Berrio fundó en las selvas malsanas entre los ríos Nus y San Bartolomé, la Colonial Penal de Patiburú, a donde se deportaban, sin excepción, todas las prostitutas del Estado. VON SCHENK, Friedrich. *Viajes por Antioquia en el año 1880*. Bogotá: Banco de la República, 1953.

Pero como nos lo recuerda Ramos⁷⁶⁷, las prostitutas hicieron parte del decorado, no solo de las ciudades europeas, sino también de las hispanoamericanas que se adentraban en la condición burguesa. Hasta el punto, como también lo consideró Silva⁷⁶⁸, de constituirse en mercancías, exhibidas, como cualquier otra, en vitrinas o espacios que las asemejaban. Trátese de intersticios de las puertas o la sombra en una esquina, en la mayoría denotaba no solo la meretriz, también al caminante que terminaba encerrado a ese pequeño espacio en donde sus clientes las hallaban, mientras no fueran conducidas por la policía para que circularan o expulsarlas de las ciudades. Y es que en ese tránsito entre el siglo XIX y el XX, la calle adquirió “un significado más locuaz y expresivo que los siglos anteriores”⁷⁶⁹, al constituirse en el principal escenario de tensión entre los caminantes y quienes pretenden reducir a su mínima expresión esa forma de habitar la ciudad. Pues como lo ha indicado Sánchez⁷⁷⁰, la configuración moderna del fenómeno implicó que dejará de asociarse a la vagancia y se considerara un oficio que podía ser regulado -1907-, con una impronta de higienismo bastante notable. La pretensión era antes que nada, regular la calle. Las prostitutas podían existir, siempre y cuando estuvieran encerradas. Hernández Carrillo sostenía todavía en 1947 que,

*“La prostitución callejera es horrorosamente inmoral por el escándalo que encierra. Por calles y plazas, y horas distintas del día y la noche, mujeres vestidas vulgar y descuidadamente, en su rostro desdibujado el trasnocho y pintoreteadas las mejillas para disimular la palidez producida en una vida de orgía, caminan perezosamente en busca de un ignoto compañero.”*⁷⁷¹

Al mismo tiempo que este fenómeno crecía, también se sucedía al empezar el siglo XX y aprovechando la instalación de energía eléctrica en varias ciudades, el aumento en el número de escuelas nocturnas, con lo cual aumentaba el número de caminantes en las noches. Y en este caso la esquina era todavía más relevante, pues se trataba del lugar más privilegiado, en donde la calle se quebraba, para abrirse a la incertidumbre de no saber que aparece tras dar la vuelta. Solamente hasta entrado el siglo XX muchos de

⁷⁶⁷ RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad. Op.cit.*, pp. 139-140, y en su conjunto el capítulo 5.

⁷⁶⁸ SILVA, José Asunción. *De sobremesa. Op.cit.*

⁷⁶⁹ Anthony Violer citado por: PIÑON, Juan Luis. “Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana.” En: SAMBRICIO, Carlos. Editor. *La historia urbana. Op.cit.*, pp.16-17.

⁷⁷⁰ SÁNCHEZ, Marlene. *Saber médico prostibulario, prácticas de policía y prostitutas de Bogotá (1850-1950). Op.cit.*

⁷⁷¹ HERNÁNDEZ, Jorge. *La mujer delincuente en Colombia. 1947.* Citado por: SÁNCHEZ, Marlene. *Ibíd.*, p. 215.

esos espacios utilizados de hecho desde el siglo XIX, fueron limitados como zonas de tolerancia, aunque en algunos de esos casos la legislación fue más bien escasa ante la doble moral practicada por los gobernantes.⁷⁷² En otros, funcionó mejor el púlpito para incriminar la acción y establecer un estigma sobre ciertas calles. Por ejemplo, en Fusagasugá, cerca de Bogotá, una calle, denominada como “calle caliente” por un sacerdote, fue constantemente incriminada desde el púlpito y hasta estigmatizada con relatos de apariciones (fantasmales) que llamaban al orden.⁷⁷³ Esta ciudad terminó, hasta hoy, dividida en dos partes, la negada por ostentar las anteriores condiciones, y las privilegiadas gracias a seguir las indicaciones del clérigo.

En las esquinas, además de ser un lugar de encuentro, era el escenario de escrituras radicadas en carteles, los cuales hicieron el paso de informar sobre ciertos asuntos de gobierno o interés público, a elementos de publicidad. Estos últimos, como lo mostraba con nostalgia J.A. Gutiérrez, hizo su tránsito entre fines del siglo XIX a la década de 1930, de tablas y avisos pintados con poco cuidado, a letreros hechos en imprenta y algunos de mayor sofisticación, como en el caso de los nombres de almacenes que utilizaban luces. Empero, como huellas, una y otra vez se ponía un letrero sobre otro, haciendo que aparecieran y desaparecieran las prácticas urbanas. Una combinación de los artilugios de la modernidad, en donde escritura, calle y energía eléctrica se mezclaban para seducir la mirada del caminante de forma fragmentaria. (Esa mirada observa una ciudad diferente del que gobierna y pretende modernizar los núcleos urbanos, ya que la ven en el marco de condiciones diferentes). Al mismo tiempo, que escapaba de la “ciudad letrada”. Aunque ésta procuraba mantener cierta vigencia desde la publicación de periódicos, en los que sin importar el rincón del país, se buscaba conservar un adecuado uso del lenguaje –ajustado a los cánones de las academias-, y sumado a las constantes referencias a escritores afamados.

Los caminantes de las ciudades no marchaban sin atender a las mujeres, a los avisos y anuncios de colores. Tampoco lo hacían en completo silencio. Aunque son todavía

⁷⁷² Ver por ejemplo el caso de Medellín en REYES, Catalina. *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. *Op.cit.*, pp. 212-215.

⁷⁷³ MARTÍNEZ, Félix Raúl. “Lobos, mujeres y osos en la planificación urbana. El caso de Fusagasugá.” En: *XVI Congreso Colombiano de Historia*. Neiva: 2012.

escasos los estudios que consideran lo oral como parte constitutiva de las ciudades.⁷⁷⁴ Las pistas que ofrece Derrida en una pequeña obra dedicada al oído y con él, a una aparente sordera.⁷⁷⁵ Junto a quienes gobiernan las ciudades, a quienes quieren limpiarles, instalarles servicios públicos y construir equipamientos, y que consignan sus acciones en las paredes de las ciudades con nombres (a veces en placas), están los que murmuran. Esos murmullos, se inscriben con una forma diferente de escritura, que como se dijo, escapa de la “ciudad letrada” y ponen a circular las palabras en paredes de esquinas, en leyendas e historias mágicas.⁷⁷⁶ Difícilmente esto podría ser atrapado por visiones panorámicas de las ciudades, reducidas al ojo y asociado a una forma de habitar caracterizado por el poder patriarcal, parricida y fratricida. Un oído femenino, que sugiere desde los caminantes de las ciudades otras formas de hacer política.⁷⁷⁷ No es sino observar el número de disposiciones –y de estudios sobre ello- para regular precisamente eso que se escapa al encierro y al silencio de una vida urbana, todavía pensada, aun entrado el siglo XX, como una *vida en policía*. Desde la década de 1930, el discurso urbanístico omitirá interpretaciones de este talante al vincularse con las fantasías, y lo capital que consideró los asuntos de masas y físicos.⁷⁷⁸ Pero,

⁷⁷⁴ Resulta paradigmático todavía el trabajo de Néstor Ganduglia para Montevideo, en el cual se interroga por lo que hay detrás de una ciudad que aparenta ser tediosa, gris, pero que en diversos espacios urbanos existen narraciones que los re-encantan, y hasta renovados usos. De hecho Ganduglia ha dedicado buena parte de su vida a estudiar la estética de la comunicación y sus vínculos con el habitar las ciudades, entre otros espacios. GANDUGLIA, Néstor. *Historias de Montevideo mágico*. 2 discos compactos. Montevideo: Fondo Capital y Fonam, 2000.

⁷⁷⁵ DERRIDA, Jacques. *Otobiografías*. *Op.cit.*

⁷⁷⁶ Estos relatos pueden diferenciarse “ya que el mito es una narración que da cuenta del origen del mundo y sus seres vivos o inertes; en tanto las leyendas le ofrecen a ciertos elementos del conjunto de la naturaleza características especiales que les permite distinguirse de sus similares, además de adolecer de un sujeto con la posibilidad de ser nombrado, condición que la hace horizontal en la medida que cualquier persona puede hacerse su narrador; y, por su parte la historia mágica, que aun cuando sea bastante parecida a la leyenda, se diferencia de esta en la facultad de tener un sujeto que sí se puede nombrar, ofreciéndole condiciones verticales debido a que dependen de un narrador determinado.” MARTÍNEZ, Félix Raúl. *Exclaustración de ruidos y voces. Oralidad, alteridad y cultura popular*. Ibagué: Universidad del Tolima, 2012, pp. 28-29.

⁷⁷⁷ “El dominante es también dominado, pero mediante su dominio, lo que evidentemente no es algo desdeñable,” sostenía Bourdieu. Y en un sentido similar Clément y Kristeva indicaban que “gozan del privilegio (negativo) de no dejarse engañar por los juegos en los que se disputan los privilegios, y de no estar atrapadas, al menos directamente, en primera persona. Pueden incluso vanagloriarse y, mientras no estén comprometidas por procuración, considerar con una divertida indulgencia los esfuerzos desesperados del “hombre-niño” por hacerse el hombre y la desesperación que en él generan sus fracasos. Ellas pueden adaptar sobre los juegos más serios el punto de vista distante del espectador que observa la tempestad desde la orilla, lo que puede valerles para ser tildadas de frívolas e incapaces de interesarse en cosas serias, como la política”. Ver: BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama, 2007; CLÉMENT, Catherine. KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. Madrid: Cátedra, 2000.

⁷⁷⁸ RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad*. *Op.cit.*

“(…) eliminar lo imprevisto o expulsarlo del cálculo como un accidente ilegítimo y destructor de la racionalidad, es impedir la posibilidad de una práctica viva y ‘mítica’ de la ciudad. Sería no dejar a sus habitantes más que los pedazos de una programación hecha por el poder del otro y alterada por el acontecimiento. El tiempo accidentado es lo que cuenta en el discurso efectivo de la ciudad: una fábula indeterminada, mejor articulada en las prácticas metafóricas y en lugares estratificados que el imperio de la evidencia en la tecnocracia funcionalista.”⁷⁷⁹



Ilustración de mendiga en la obra de Gaspar-Théodor Mollien. *Viaje por la República de Colombia en 1823*.

⁷⁷⁹ DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. *Op.cit.* p. 223. Esto no quiere decir, como el mismo De Certeau, lo mostró, que entonces ahora podemos ver una ciudad más diáfana, distinguiendo de la que no es. De ninguna manera. Es apenas una posibilidad de análisis entre muchas otras, nada más que eso.

§ 71. Vagos y perros



Manuel Carvajal Marulanda. "Pareja de mendigos". 1866.
Fuente: Carátula del libro de Juan Carlos Jurado Jurado. *Vagos, pobres y mendigos*.

§ 72. Otros caminantes: vagos y perros

Buck-Morss ha dicho, a propósito de su estudio del "Libro de los pasajes" de Walter Benjamin, que,

*"Un lugar no se conoce hasta no haberlo vivido en el mayor número de dimensiones. Para poseer un sitio hay que haber entrado en él desde cuatro puntos cardinales, e incluso haberlo abandonado en esas mismas direcciones. De lo contrario, le puede saltar a uno, inopinadamente, tres o cuatro veces, en mitad del camino ante de haberse preparado para toparse con él."*⁷⁸⁰

⁷⁸⁰ BUCK-MORSS, Susan. *La dialéctica de la imagen. Op.cit.*, p. 43.

Y probablemente quienes lograban cumplir ese requerimiento eran los individuos que desde muy temprano del periodo colonial fueron llamados vagos. Eran caminantes, que tenían a las calles como su morada. Situación que los hizo trasgresores a la *vida en policía* a la que ya hicimos referencia, pues vivían sin oficio alguno,⁷⁸¹ violentando el encierro de la ciudad. Por esa razón, las autoridades coloniales del orden municipal – regidores, alcaldes y curas, principalmente- certificaban que la protección ofrecida por la ciudad cobijaba a cierto individuo acusado de vagancia. Semejante constancia garantizaba una fuerza centrípeta a una iglesia y un nombre de un núcleo urbano determinado. Pero al constituirse en una amenaza a una interioridad de la ciudad, difícilmente se hacía una diferencia radical entre pobre, vago, mendigo y delincuente, aunque la existiera. Un virrey escribía en uno de sus informes:

“Yo numero entre las plagas de impiden el aumento de la población de este Reino los enjambres de mendigos que llenan las calles principales de la ciudad, exigiendo del público su subsistencia con clamores y lamentaciones irresistibles, sin esperanza de atribución, como que no pueden numerarse en ninguno de los cuerpos del Estado, siendo la menor porción de ellos los verdaderos pobres acreedores de la compasión y socorro de los pueblos. Para conseguir ambos objetivos de recoger y hacer útiles los ociosos y acaso criminosos disfrazados con los trapos de mendicidad, y alimentar los que verdaderamente están impedidos de trabajar, se pensó en el establecimiento de hospicios.”⁷⁸²

Hospicios que tenían como pretensión encerrar las amenazas, aunque sin el éxito deseado. Ya que además había que hacer frente a otros caminantes, como por ejemplo los forajidos, también considerados como una “población vaga y volante”, es decir, que no poseían ningún raigambre, ni rancho y tampoco una “pila en que fueron bautizados”, una iglesia. Pero esto era lo que les permitía justamente el movimiento, de lo contrario hubieran estado encerrados en una ciudad, aunque, según las ideas coloniales, en completa felicidad, a diferencia de los que andaban desparramados. Se trata de una “plaga verdaderamente”, según la óptica de un viajero europeo ya en el siglo XIX, que tomaba las ciudades, regándose por sus calles y dificultando el paso.⁷⁸³ Obligaban a

⁷⁸¹ Ver: MEJÍA, Germán. *La ciudad de los conquistadores*. *Op.cit.*, p. 309.

⁷⁸² COLMENARES, Germán. *Relaciones de gobernantes de la Nueva Granada*. *Op.cit.*, p. 421.

⁷⁸³ MOLLIEN, Gaspar- Théodore. *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, pp.188-190. La opinión de este autor no supone la inexistencia de vagos o sus similares en las calles europeas, pero sí las diferencias en su tratamiento. Ya que desde la transición en entre la Edad Media y la moderna, con mayor fuerza en el siglo XVIII y especialmente durante la

detenerse, impidiendo la línea recta de un caminar que le interesaba solamente ir de un punto a otro, de ninguna manera detenerse en ese recorrido, pues ello significaba que no se contaban con oficio alguno. Ante semejante amenaza desde muy temprano las autoridades republicanas empezaron a definirlos, con la intención de que los gobiernos locales pudieran perseguirlos. En 1826, la ley que organizaba el régimen político y económico de las provincias,⁷⁸⁴ se consideraba que el vago era aquel que no tenía ningún oficio y renta, y de tener el primero lo dejaba, y de poseer el segundo, no contaba con empleo; así como a los huérfanos, forasteros que no justifican su arribo a una ciudad, a los vendedores que iban de pueblo en pueblo y quienes supuestamente dedicados a los estudios no cumplen con esas obligaciones. Pero llama especialmente la atención, la indicación de que también se le consideraba como vago a aquel individuo que frecuentaba “parages sospechosos y ninguna demostración de emprender destino ú ocupación útil”.

Como se observa, la ciudad se entendía como un espacio de vigilancia, en el cual existían lugares “sospechosos”, empezando por la calle misma. Empero, por muy drásticas que se supongan las acciones legales contra este tipo de caminantes, la mayoría de las veces no era posible un control total. Así que, un periódico hacía la siguiente solicitud en 1833:

“No nos queda, pues, otro recurso que interesar la vigilancia de nuestros magistrados para que persigan por cuantos medios han puesto las leyes en su poder, a los vagos y mal entretenidos, procurando extinguir esta plaga y purgar el país de semejante epidemia, aunque sea empleando la medida del destierro, por dura que parezca, y procedimiento sin excepción de personas.”⁷⁸⁵

En principio, el destierro podía presentarse como la mejor solución ante una amenaza a una ciudad que se asemejaba a un sistema inmunológico, siguiendo un patrón penal de

industrialización, el aumento en los gastos para socorrerlos fue al alza. La razón principal parece ser que cada vez más dejaban de parecer “normales” y asimilarse a “escándalos”. Ver: RHEINHEIMER, Martin. *Pobres, mendigo y vagabundos. La supervivencia de la necesidad, 1450-1850*. Madrid: Siglo XXI, 2009.

⁷⁸⁴ Ley de 3 de mayo de 1826. *Cuerpo de Leyes de la República de Colombia. 1821-1827*. Caracas: Imprenta de Valentín Acosta, 1840.

⁷⁸⁵ Constitucional de Cundinamarca. Bogotá: No. 100. Agosto 18 de 1833. Citado por MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Op.cit.*

origen colonial. Pero como lo ha mostrado Juan Carlos Jurado⁷⁸⁶, esto no resultó ser el común denominador. En cambio, como en el caso de Antioquia referido por el mismo Jurado, fueron destinados, desde fines del siglo XVIII, a trabajar -aunque confinados en nuevos núcleos urbanos. Esta parece ser una idea de pensar la ciudad, que ratifica la nuestra, siguiendo a Sloterdijk, como un encierro, más cuando se promovió que,

“El medio más seguro de destituir la vagancia en provecho del Estado i de los vagos es, en nuestro concepto, fomentar nuevas poblaciones, en los terrenos baldíos que escisten en la república, destinar a ellos a los vagos, señalándoles tierras i obligar a cultivarlas bajo la inspección de las autoridades.”(Sic).⁷⁸⁷

En gran parte la diferencia entre las acciones del siglo XVI por parte de los conquistadores, no resultaron sustancialmente disímiles de las ideas que circulaban ya entrado el siglo XIX. No es casual que desde cuando menos la Ley 13 de 1842, se procuraba reorganizar un cuerpo de policía con el objetivo principal de “remediar” con especial acento el asunto de los vagabundos. Aunque muchas cosas parecen indicar que a pesar del “vigilar y el castigar”, pobres, vagabundos, forajidos, delincuentes y otros “viciosos” continuaron en aumento durante la segunda mitad del siglo XIX. Ya decía Miguel Samper en 1867⁷⁸⁸, refiriéndose a Bogotá, que la mendicidad y la podredumbre llenaban las calles. Aun cuando el discurso de Samper se sofisticara gracias a la influencia de ideas y corrientes de pensamiento más asiduas a fines del siglo XIX, y presentara los positivos cambios generados por el incremento de la beneficencia, obras públicas y aparición de policía, la miseria continuaba. Una fórmula puede resumir parcialmente la situación, al decir que la aproximación a un modelo de ciudad burguesa es directamente proporcional al incremento de los caminantes urbanos –llámense *pepitos*, prostitutas, vagos y pobres, entre otros.

En 1922, el cambio normativo parecía menor, pues todavía, y asemejando la normativa de 1826, el vago era definido como aquel que “no posee bienes y rentas, o no ejerce profesión, arte u oficio, ocupación lícita o algún medio legítimo conocido de

⁷⁸⁶ JURADO, Juan Carlos. *Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850*. Medellín: La Carreta Editores, 2004, pp. 138 y ss.

⁷⁸⁷ El Constitucional de Antioquia, citado por JURADO, Juan Carlos. *Ibíd.*, p. 150.

⁷⁸⁸ Aunque el análisis se concentra en Bogotá, debe tenerse en cuenta el modelo explicativo de Samper, en el que con cierta metonimia consideraba que la capital sintetizaba diversas situaciones del país, así como dependía de circuitos económicos y relaciones entre diferentes territorialidades.

subsistencia”.⁷⁸⁹ Razón por la cual se le consideraba como “vicioso”, al hacer reiterativa su condición de vago. Tejada, por ejemplo hacía en 1924 una oda al vagabundeo, defendiendo precisamente lo que se recriminaba, el no hacer nada. Porque el interés de los *cachacos* por conservar la *vida en policía*, en donde estar sin ocupación significaba una trasgresión, sirvió de antecedente a formas de comportamiento burgués en donde el movimiento se aceleró con la idea de incrementar la producción.⁷⁹⁰ En ambos de los casos, el ocio –también burgués- era perseguido como una amenaza a la moral de las ciudades. De allí que, Tejada clamara en 1924 en una de sus crónicas por la “apoteosis del vagabundeo”, consistente en un tipo de oda al ocio en medio de los espacios públicos de las ciudades, del cual sale un tipo de pensamiento ejemplificado por Tejada en la figura de Ricardo Rendón. Ya que Rendón iba a pasar tiempo en los parques para construir ideas y que también terminó por suicidarse, hecho que no alcanzó a conocer Tejada. El vagabundo era ese que,

“(...) hace del banco del parque el centro de su universo, no es simplemente un vulgar dormilón inactivo o un miserable vencido por la vida; no, es un rebelde sublime o mejor, un desadaptado sublime, dentro de esta civilización en que impera un sentido vil de actividad locomotriz.”⁷⁹¹

El vagabundeo encontraba entonces, como nunca antes, y en medio de desértica realidad –nunca fuera de ella-, la ensoñación. Con un traje derruido, que asemeja alguna moda del pasado, estos personajes “decoraban” las ciudades de los años 1920 con el valor que le daban al presente, escenario temporal, que como en las calles, tiene cierta posibilidad de libertad. Al mismo tiempo, significaban, como lo pensara Tejada, un porvenir, un futuro posible, en donde el ocio fuera “fecundo”. Pero semejante cosa, era factible gracias al desarrollo material que le quitara el peso del trabajo y por qué no, también del encierro. Sin embargo, una década después ya no será la *vida en policía* o los *cachacos* quienes no permitirán el “ocio y la pereza” como una forma de vivir la ciudad en movimiento, aunque sin velocidad. Ahora, serán los procesos de industrialización y la arquitectura, quienes harán del conjunto de caminantes, a la manera como lo pensara Silva o Tejada, una “especie” en vías de extinción. Eso no quiere decir

⁷⁸⁹ Ley 105 de 1922.

⁷⁹⁰ De hecho, la ley que “ordena enviar a prisión por un año a los vagos”, establecida en 1907, todavía hoy sigue vigente. *El Tiempo*. 25 de enero, 2013. Versión en línea.

⁷⁹¹ TEJADA, Luis. “Apoteosis del vagabundo.” En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta. Op.cit.*, p. 357.

de ninguna forma que los caminantes se hayan acabado del todo, solamente que fueron reducidos a los andenes, como llanos peatones. Con ello, las calles serían para los automóviles. Mientras la policía siguió con su misión de no permitir que la calle se hiciera una morada, ni memoria, sino velocidad y olvido.

Al parecer solamente los perros lograron escapar con cierta fortuna de semejantes restricciones. Los une cierta tradición que les hace compañeros de caminatas, de allí que decirles callejeros puede resultar redundante. Así también, la asociación de ambos con la inmundicia, en particular los olores. En cuanto al perro, puede aparecer como parte de narraciones, en la que busca mostrar algo, como por ejemplo la fidelidad, de guardián, de una vida miserable o el signo de un paraíso perdido.⁷⁹² Pocas veces es considerado un actor de la ciudad, aunque aparezca en el “reparto” reiteradamente. Aun cuando sea un animal, al que se le permitan ciertas cosas, también se le incorpora en los procesos civilizatorios. Esto implica que sus olores y excrementos, debían ser regulados, sacados de la vista humana. Ya que como lo pensaba Laurentino Muñoz⁷⁹³, ese vínculo con lo natural era cosa de campesinos, quienes confundiendo su especie, eran capaces de convivir con animales, entre los que se contaba el perro. Pero en la medida de que no podía darse un control estricto con todos canes, pues los que recorrían las calles pocas veces se les podía imponer tales restricciones, significó, con el pasar del siglo XIX y en particular el XX, una preocupación mayor para las autoridades urbanas. En 1823, Mollien consideraba que junto a la “plaga” de los vagos, estaba la de los perros, según su opinión por la hidrofobia que era frecuente en dichos animales, y por tanto, obligaban “al Gobierno en determinadas épocas del año a pagar a unos cuantos indios para que maten a lanzazos a los perros errantes.”⁷⁹⁴ En 1924, Tejada en sus ya acostumbradas crónicas, consideraba como un “gran crimen” el “asesinato de perros urbanos”, al creer que contaban con “almas buenas”. Semejante humanización se mezclaba con el paisaje urbano.

Otro cronista, esta vez José Joaquín Jiménez (Ximénez), sostenía en 1935 que,

⁷⁹² VERGARA, Andrés. *Historia del arrabal bogotano en la prensa, 1924-1926. Representaciones de la ciudad y sus infames en las crónicas de Ximénez y Osorio Lizarazo*. Tesis para optar el título de doctor en historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2012.

⁷⁹³ MUÑOZ, Laurentino. *La tragedia biológica del pueblo colombiano*. Cali: Editorial América, 1935.

⁷⁹⁴ MOLLIEN, Gaspar- Théodore. *Viaje por la República de Colombia en 1823. Op.cit.*, p. 190.

“Esta calle, como todas las calles sin historia, tiene un perro. El perro pertenece al común; es el compañero alegre de los chicuelos; es el guardián y el defensor de los fueros de la calle; es su espíritu encarnado en el organismo de un animal inteligente y muy humano, que rechazado por la incomprensión de las gentes, viene a dormir aquí, cerca a las escalerillas, sin abrigo ni mimos, abandonado y solo.”⁷⁹⁵



Fuente: Zambrano, Fabio. *Historia de Bogotá. Siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores, Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007.

Pero, además del recorrer en diversos sentidos las ciudades y adueñarse de las calles, hacerlas su morada. Los olores les eran comunes a los vagos y los perros. Caminar implica usar los sentidos, y entre ellos, el olfato: ponerse ante una multiplicidad de olores que la quietud no permite. Desde fines del siglo XIX, la pestilencia hizo parte del conjunto de obligaciones establecidas por los gobiernos municipales si de modernizar sus ciudades era lo que se deseaba. Esa es la principal de las obsesiones de las ciudades modernas en lo que respecta a sus intereses políticos, según Sloterdijk.⁷⁹⁶ El crecimiento demográfico, la densificación y una cierta expansión urbana, implicaron el aumento de pestilencias que pretenderán ser expulsados, al sumarse a los riesgos que podía

⁷⁹⁵ XIMÉNEZ. “La pobre gente. Tabernas, bodegones y chas de café”. En: *El Tiempo*. Bogotá: 24 de abril de 1935. También citado por: VERGARA, Andrés. *Historia del arrabal bogotano en la prensa, 1924-1926*. *Op.cit.*, pp. 238-240.

⁷⁹⁶ SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II*. *Op.cit.*

correrse en el interior. Los textos decimonónicos que describían los olores urbanos, dieron paso a cientos de artículos y notas en periódicos de amplia y limitada circulación, en los cuales domina la putrefacción. Los olores con los cuales se asociaban a las ciudades y que resultaban muy comunes en los textos costumbristas y de viajeros,⁷⁹⁷ al final el siglo XIX y entrar el XX, difícilmente podían distinguirse.

Aunque esto no se constituía en una preocupación nueva, pues una de las tareas de policía que las administraciones de las ciudades tenían desde el periodo colonial era el de la limpieza. La cual parece adquirir mayor interés en la segunda mitad del siglo XVIII, en el marco al “deseo borbónico de civilización, orden, progreso y salubridad”⁷⁹⁸. Allí uno de los objetivos centrales era esconder las deyecciones humanas.⁷⁹⁹ Un proceso civilizatorio que para este caso significó la búsqueda de la eliminación del defecante de la vista, aunque no resolvió el asunto del olor. Solares o lotes baldíos, riberas de quebradas, matorrales o la misma noche dieron cabida a las necesidades corporales, pero sus hedores no disminuyeron sino hasta la instalación de letrinas primero, y más tarde de alcantarillas. En muchas urbes era común arrojar las heces en horas nocturnas

⁷⁹⁷ Un par de ejemplo puede servir de muestra de lo arriba indicado. En un texto costumbrista de Francisco Barrera se decía que: Desde el momento en que por cualquier lado se entra a la plaza, y se deja uno envolver entre esa multitud que vaga acá y allá en busca de lo mejorcito, ya se empiezan a oír cosas que harían reír a un alguacil. Las señoras, que por lo regular escogen para ponerse ese día las sayas más sucias, los camisones más destruidos y los zapatos más siniestros, vagan, cada cual, seguida de su respectiva sirvienta que, cargada con un enorme canasto o ancho costal, va sufriendo instantáneamente el aumento de peso que ocasiona lo comprado (...) Al fin cada cual, con mercado o sin él, se va retirando del bullicio, y se retira a su respectivo arrendamiento, con bastante mal humor; pero a pesar de eso a preparar una comida que, por ser viernes, se servirá dos horas después de lo acostumbrado. BARRERA, Francisco. “El mercado”. En: VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes*. Tomo IV. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973. Por su parte un viajero, John Bull observaba: “Había en la ancha calle algunas montañas de tierra; algunas maderas interrumpían el paso por un lado, grandes depósitos de barro le interrumpían del otro; montones de tejas y de ladrillos cocidos al sol oponían al libre tránsito, sino un obstáculo insuperable, sí un estorbo que no dejaba de causar algunas detenciones. Y si a esto se agregan los no pocos carros que continuamente suben y bajan se comprenderá por qué el paso por esta calle es tan incómodo. Más abajo hallamos una grande zanja o foso que hacía casi intransitable el paso. Estaban componiendo una cañería que iba a la casa de un particular. Sir John Bull me preguntó si no había alguna ley que pusiera remedio a tales abusos, y no quedó poco sorprendido cuando le contesté: aquí en esta tierra todo individuo es libre para hacer lo que le dé la gana, aun cuando sea estorbar el libre tránsito de todos los demás individuos, así es que la mucha libertad está en pugna con la libertad verdadera. TORRENTE, Bernardo. “Las viceversas de Bogotá.” En: VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo III. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973.

⁷⁹⁸ ALZATE, Adriana. “*Cuerpos bárbaros* y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada (siglo XVIII).” En: BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo. Directores. *Historia de la vida privada en Colombia*. Tomo I. Bogotá: Taurus, 2011, p. 262.

⁷⁹⁹ *Ibíd.*, p. 263.

a las calles, esperando que lloviera y fueran arrastradas a hilos de agua que hacían las veces de cloacas, empero, ello no siempre resultaba como se esperaba y las ciudades terminaron por ser verdaderos mierderos. En este sentido, las acciones de los médicos y los ingenieros fueron protagónicas, compartían ambos el hecho de pensar las ciudades como organismos, los cuales debían limpiar para poder vivir en ellos. Por eso no es casual la formación de sociedades de médicos, como lo ha mostrado Diana Obregón, al constituirse no solo en Bogotá o Medellín, también el Cauca, Bolívar, Santander, Cundinamarca y Barranquilla.⁸⁰⁰

Vivir encerrado en un mierdero en aumento, como lo eran las urbes colombianas al finalizar el siglo XIX e iniciar el XX, implicó cuando menos dos cosas. La primera, buscar la expulsión de la inmundicia de la ciudad, asunto que primero se hizo utilizando las fuentes de agua como alcantarillas para tales fines. La segunda, recurrir a un urbanismo nacido cuando “los efectos cuantitativos de las transformaciones en curso se han hecho evidentes”, con un doble origen “técnico y moralista” y con la firme creencia de que los problemas urbanos podrán ser resueltos. Por un lado, estaban las ideas de empezar de nuevo, próximas al socialismo y sus pretensiones de transformaciones del conjunto de la sociedad. O bien, gestando remedios de carácter parcial, próximos a la ideología conservadora de la segunda mitad del siglo XIX.⁸⁰¹ En nuestros casos la mayoría de las prácticas desarrolladas fueron del orden remedial, en donde lo higiénico era el primer aspecto a considerar y que por demás, resultaba coincidente con las acciones de policía provenientes del periodo colonial y re-novadas por los *cachacos*. No es casual que las primeras obras de infraestructura que impactan de manera decidida el espacio construido fuesen las construcciones de acueductos. El otro frente de acción eran los defecantes, particularmente los vagos y perros, que tenían su hogar en las calles, y para quienes la vergüenza no había alcanzado tales niveles civilizatorios.

En el corazón de una ciencia moderna como el urbanismo –ampliamente preocupada por el futuro-, subsiste una contradicción notable: el urbanismo europeo, como muchas de sus recepciones latinoamericanas, fue fragmentario o remedial. Sin embargo, no dejó de

⁸⁰⁰ OBREGÓN, Diana. *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición. 1859-1936*. Bogotá: Banco de la República, 1992.

⁸⁰¹ Ver: BENEVOLO, Leonardo. *Orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: Ediciones Celeste, 1994.

extrañar su origen utópico, en el que la visión panorámica o totalizante de la ciudad se constituía en una fórmula para la transformación social. En otras palabras, el urbanismo usó la visión panorámica, pero ejecutó prácticas fragmentarias, sobre habitantes que en su mayoría *usaban* la ciudad de la misma forma.⁸⁰² Todavía, en un cortometraje realizado en 1963 y llamado (sugestivamente) “Rapsodia en Bogotá”, en medio del desarrollo material los perros y caminantes seguían siendo actores principales de esta película que bien pudiera haber sido filmada en cualquier otra del país. Y al igual que había sucedido con el movimiento al que se ha hecho referencia, la película fue censurada en su mismo estreno, sin aparente justificación.

§ 73. De caminante a peatón

Los espacios disponibles para caminar fueron desde el periodo colonial generosos. Empero, como hemos sugerido antes, el uso que se le daba era limitado: vagos y perros, compartían las calles con procesiones, militares y alguna que otra celebración.⁸⁰³ La razón para semejante escasez radicaba en que mientras la ciudad era considerada como un escenario de encierro protector, en su interior las casas actuaban de igual forma, dejando a las vías urbanas en una posición liminal que terminaba por hacer

⁸⁰² Es aquí donde puede comprenderse mejor la apuesta que Michel de Certeau plantea con su interés por algo parecido a una “ciencia de lo singular”. De la cual sostiene que: “(...) una ciencia práctica de lo singular, que toma de revés nuestras costumbres de pensamiento en las que la racionalidad científica es conocimiento de lo general, abstracción hecha de lo circunstancial y de lo accidental. A su manera humilde y tenaz, la cultura ordinaria lleva a cabo el proceso de nuestro arsenal de procedimientos científicos y de nuestras categorías epistémicas, pues no cesa de volver a articular el conocimiento con lo singular, de volver a poner ambos en una situación concreta particularizante y de seleccionar sus propias herramientas de pensamiento y sus técnicas de uso en función de esos criterios.” Es en este escenario, intentando pensar de una forma parcialmente diferente a la que el urbanismo y las ciencias modernas nos han enseñado, e interesarnos por lo que de Certeau denomina el “hombre sin cualidades”, ya que este no es necesariamente un “héroe” que nos conduce al cambio, y tampoco el “autor” de la historia del arte, que tanto usa todavía la historia hecha por arquitectos. Son si acaso “héroes oscuros de las cocinas”, como de Certeau los llamó algún día, para sugerir su marginalidad, su dispersión, su creatividad no planificada en las ciudades, ya que se valen de “una manera de pensar investida en un modo de obrar, un arte de combinar, indisoluble de un arte de utilizar”. Por fortuna esa “ciencia” está por hacerse, no es una doctrina. Ver: DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer. Op.cit.*; DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. II. Habitar, cocinar. Op.cit.*

⁸⁰³ Ver: MONTEZUMA, Ricardo. *La ciudad del tranvía. 1880-1920. Bogotá: transformaciones urbanas y movilidad.* Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Fundación Ciudad Humana, 2008, pp.51-53.

“espumosas”⁸⁰⁴ a las ciudades. Los caminantes urbanos eran asociados en su gran mayoría con delincuentes, aspecto solamente menguado (parcialmente) con los *pepitos* en la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX. De allí que, intentos coloniales como las alamedas, más tarde los paseos y luego posturas que buscaban armonizar los espacios entre quienes caminaban y los automóviles, fracasaron en gran medida.

Muy pronto, a la llegada de los automóviles, bicicletas, tranvías y hasta ferrocarriles, comenzaron a notarse las confrontaciones entre quienes caminaban y quienes usaban dichas máquinas. Sumado a una notable reducción en el espacio para los caminantes de cerca del 70%.⁸⁰⁵ En este marco, los caminantes urbanos, sin mayor distingo pero con un matiz más cualitativo, quedaron convertidos en peatones⁸⁰⁶, en una concepción propia del discurso moderno y dependiente de un número. Y es que este peatón, fue la forma en que las lecturas urbanísticas pensaron al caminante urbano como un elemento más del paisaje de las ciudades, ahora gobernado especialmente por los vehículos. Un ejemplo notable de ello es un comercial –posiblemente, uno de los primeros comerciales audiovisuales del país-, realizado en 1948 y en donde se continúa con la idea de que el caminante era una amenaza, ahora ya como peatón que puede entorpecer la circulación. Este conjunto de imágenes en movimiento se inicia con una voz en *off* diciendo “no descuide las señales de tránsito”, mientras se muestra a un automóvil atropellando a un individuo que se supone, infringe dichas normas. Escuchándose a continuación, “este descuido le dejará invalido de por vida”. Seguido, un policía y el conductor del vehículo que ha salido de este último, levantan al infractor y culpable para llevarlo al andén, arrinconándolo junto a cierta fachada de una edificación. Otros dos casos relativamente similares terminan por sugerir que el movimiento corporal en la ciudad era igual a morir.

⁸⁰⁴ El término corresponde a Sloterdijk y con el buscaba indicar una ontología de los espacios interiores y sus respectivos interrogantes en el marco precisamente de esa “vida encapsulada”. Para esta teoría (de impronta fractal), la espuma “se rige por el principio del co-aislamiento, según el cual una y la misma pared de separación sirve de límite en cada caso para dos o más esferas”, y este “co-aislamiento múltiple de los hogares-burbujas en sus diversas vecindades pueda describirse como cierre y como apertura al mundo. Por eso la espuma constituye un interior paradójico, en el que la mayor parte de las co-burbujas circundantes son, a la vez, desde mi emplazamiento, vecinas e inaccesibles, y está, a la vez, unidas y apartadas.” SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. III. Espumas*. Madrid: Siruela, 2009, pp. 35-49.

⁸⁰⁵ Ver: MONTEZUMA, Ricardo. *La ciudad del tranvía*. *Op.cit.*

⁸⁰⁶ La palabra *peatón*, *na.*, procede del francés *piéton*, y cuenta con dos definiciones en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: bien como “persona que va a pie por una vía pública”; bien como “valijero o correo de a pie encargado de la conducción de la correspondencia entre pueblos cercanos”.

En procura de evitar semejante riesgo, que antes parecía haberse solucionado al identificarse a la ciudad con un lugar de protección, el caminante pudo tomar la opción de un tipo de arca protectora, el automóvil. El interior de la maquina sustituyó al de la casa, en ciudades donde sus expansiones requerían mayores desplazamientos. El peligro, como en el comercial referido, está por fuera de las latas que cubren el vehículo, caminantes, perros y obstáculos físicos se constituyeron en sus amenazas. Estamos entonces al frente de la inauguración de una ontología del automóvil que alcanzará, cuando menos en el caso colombiano, expresiones insospechadas.⁸⁰⁷ Se ha llegado hasta el punto de hacerse en su interior pequeños altares a vírgenes y santos, para certificar la protección. Pero esta última no puede darse en un lugar innombrable, así que primero las casas matrices darán nombres a sus líneas de producción, y más tarde sus propietarios bautizarán sus vehículos. Números, mujeres, objetos queridos o deseados han servido para esas denominaciones. Pero esa forma de *ser* y *estar* en el mundo se caracterizó porque la ciudad concebida desde el interior del automóvil, es la de una totalidad. Lynch⁸⁰⁸ nos ha mostrado cómo la mirada del automovilista ha sido bastante diferente a la del caminante, mientras la comprensión del primero respecto a la urbe es totalizante ante la necesidad de ir planeando las acciones con el vehículo, la del segundo es fragmentaria al irse dando por cuadras. La preocupación de cómo hacerse a *toda* la ciudad, concentrada por gobernantes, médicos, ingenieros, arquitectos y urbanistas, se trasladaron parcialmente a los conductores.

Diríamos con Castro-Gómez, y ampliando un poco más el espacio temporal de la década de 1920 -en donde se concentra este autor-, a buena parte de la primera mitad del siglo XX y entrada la segunda, que,

“Más que un medio de transporte (es decir más allá de su ‘valor de uso’), el automóvil arrastra un valor simbólico importante. Era emblema del tipo de sujeto que la industrialización necesitaba crear en el país: el sujeto como ‘conductor’, como ser capaz de someter sus pasiones al control racional, de darse su propia ley (auto-nomos) y de

⁸⁰⁷ Preguntarse por qué es, por su tipología, es en buena parte preguntarse por la existencia; nombrar, rotular o santificar hacen parte a su vez de provocar existencia. Diríamos en este sentido, e inspirados por una de las obras recientes de Maurizio Ferraris, que estamos ante una ontología del automóvil. Ver la sugestiva obra: FERRARIS, Maurizio. *Dónde estás?: Ontología del teléfono móvil*. Barcelona: Marbot Ediciones, 2008.

⁸⁰⁸ LYNCH, Kevin. *La imagen de la ciudad*. *Op.cit.*

moverse a partir de sus propias fuerzas (auto-mobile). El automóvil otorga al individuo una identidad específica: la del sujeto que 'progresa' y es libre para moverse hacia donde quiera, sin depender para ello de la voluntad del otro (Selbstbestimmung).⁸⁰⁹

Es posible pensar, junto con Castro-Gómez, en algo parecido a un *ser-para-el-movimiento*. Sin embargo, ello debe considerarse con cierta prudencia. La razón, es que existía una ontología del espacio cerrado de la que hemos hecho referencia, que se ve afectada por maquinas móviles que le permiten moverse con cierta libertad a los individuos que habitaban muchas de las ciudades colombianas, modificando el moverse y con ello el *estar* en el mundo. Pero el automóvil en particular ha sido una versión del arca y su respectivo encierro protector. El encierro urbano fijo (ciudad y casa), se lleva a las calles, como se intentó con los balcones durante el siglo XVIII, con un encierro móvil, el automóvil. Entre inicios del siglo XX y los años 1970, estas máquinas hicieron su tránsito de un símil del demonio a un “amigo fiel”. Así por ejemplo, Calibán sostenía en 1919 para Bogotá, que,

“de los avances del progreso, de los raudos automóviles que han poblado nuestras estrechas calles, llenándolas de exóticos olores, de roncros rugidos, y de tremendos peligros; todavía tiene hoy Bogotá algo de antigua, arcaica y melancólica Santafé...pero cuan poco.”⁸¹⁰

Los automóviles eran vistos por varios autores como decadencia, ante el maquinismo que podría llevar a los individuos. Junto a Calibán, cronistas como Osorio Lizarazo o Ximénez⁸¹¹, se referían a ese demonio que mataba gente a la vista de todos, y en particular a los caminantes urbanos más habituales, como los mendigos. Hasta la “epidermis” de la ciudad cambiaba con el asfalto. Se trataban de bestias feroces que atacaban con sevicia, y amenazantes de esa ciudad concebida con cierta bohemia, a partir de la que se pretendía todavía defender la existencia de esa Santafé, como ejemplo de la ciudad colonial y su respectiva *vida en policía*. El pasado se entendía por parte de esas escrituras como un paraíso, ahora perdido, o desarraigado, del que no se quiere duelo alguno ante el deseo de la sobrevivencia del muerto. Cosa que no solo sucedía en Bogotá, de la cual se cuenta con un mayor número de referencias, también

⁸⁰⁹ CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: CEJA, 2009, p. 14. El subrayado pertenece al texto.

⁸¹⁰ *El Tiempo*. Año IX, No. 2830. Bogotá: 06 de agosto de 1919. En este mismo texto Calibán decía respecto a Bogotá: “Ciudad madre, cerebro y corazón del país”,

⁸¹¹ Ver: VERGARA, Andrés. *Historia del arrabal bogotano en la prensa, 1924-1926*. *Op.cit.*

en pequeñas poblaciones en donde arribaban por ejemplo las “escuelas ambulantes” en vehículos que produjeron conmoción durante la segunda mitad de los años 1930.⁸¹²

Pero el automóvil pasó de ser un adversario a un amigo. Una evidencia, muy sugestiva por su recordación, es la del *slogan* del Renault 4, en donde se sostenía que era “el amigo fiel”. Existe un comercial de televisión, aparecido en 1979, en donde se indicaba que además de ser amigo de sus tripulantes, lo era de la ciudad y del andar, y esto último representado con un burro que cruzaba una calle. De caminantes peligrosos a burros sonrientes resulta ese tránsito general de la consideración respecto a quien camina. El vehículo era presentado con rostro, con aire de amabilidad, aspecto que le ofrecía condiciones de subjetividad. A partir de las cuales se lanzaba a la conquista de otras zonas diferentes de las urbanas, dejando atrás una ciudad con un sol sonriente, con cielo azul y sin ningún problema a la vista. En su conjunto una ciudad afable gracias a su amistad con este vehículo y para nada similares a las consideraciones de cuando menos la primera mitad del siglo XX. El automóvil ofrecía entonces la posibilidad de conservar la protección de la casa, pero ampliar la ubicuidad. Siendo así una forma de habitar la ciudad, en el sentido ontológico –*ser y estar*- dado por Heidegger⁸¹³, sin perder el encierro de esa ciudad de la infancia de la que nos hemos referido. Los versos de Luis Vidales son ilustrativos:

*“Pasaban los hombres manejando sus coches, sus trenes,
Sus tranvías, sus automóviles.
¿Qué era lo que hacía?
Jugaban.
Iban en sus juguetes grandes.
Seguían siendo niños.
Y volaba y volaba la gran juguetería de ruedas.
¡Ah, la ciudad infantil!”⁸¹⁴*

⁸¹² Ver al respecto de las “escuelas ambulantes” y el proyecto cultural de los gobiernos liberales de Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos: SILVA, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular. Op.cit.* Además de la afectación del paisaje urbano por parte de los vehículos, considerados verdaderos “demonios”, también lo estaban la proyección de películas y la apertura de bibliotecas en espacios públicos.

⁸¹³ HEIDEGGER, Martín. “Construir, habitar, pensar”. En: HEIDEGGER, Martín. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal, 1994.

⁸¹⁴ VIDALES, Luis. “La ciudad infantil”. En: *Suenan timbres*. Bogotá: Plaza y Janés, 1986. Citado por: NEIRA, Carmenza. *Rostros y voces de Bogotá. Bogotá en la lente de los poetas. Poesía del siglo XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004, p. 56.



Fuente: <http://club4567.mforos.com/689188/8238046-darle-publicidad-a-los-cuatro-latas/>

Pero desde luego, esas movi­lidades se producían en las calles. Durante los siglos XIX y XX, se hizo más o menos “común” la construcción de avenidas y bulevares (con bastante influencia de la París de Haussmann) y otras tipologías de espacios públicos en América Latina.⁸¹⁵ En ellos se procuraba inicialmente espacios en los cuales se produjera cierta libertad en cuanto el encierro de la casa, al mismo tiempo que, se limpiaran –social y

⁸¹⁵ Ver: HOFER, Andreas. *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina. Op.cit.*; ALMANDOZ, Arturo. Editor. *Planning Latin America's capital cities, 1850-1950*. Nueva York: Routledge, 2002.

físicamente.⁸¹⁶ Se produjeron canalizaciones de ríos y quebradas, muchas de las veces para construir vías sobre ellas que se separaran, al menos un poco, del trazado rectangular.⁸¹⁷ Empero, las calles dejaron de concebirse rápidamente como un escenario para caminar y pasaron a ser uno para circular. La diferencia recaía en las concepciones sobre el movimiento, pues mientras el primero está marcado por la lentitud y la incertidumbre del hacia donde ir; el segundo correspondía a la velocidad necesaria para ir de un punto a otro. Semejante reducción del caminante y su conversión a peatón, no se modificó con las ideas traídas al país, primero por Karl Brunner, y más tarde por Le Corbusier. Para Brunner, en la medida que la circulación urbana consistía en ir de un lugar a otro, podía dividirse en locomoción individual (peatones, jinetes y ciclistas); vehículos particulares (carretillas, coches y carretas de tracción animal); vehículos particulares motorizados (motociclistas, automóviles de pasajeros, automóviles de carga y tráileres); locomoción colectiva (autobuses, trolleys, tranvías, ferrocarriles); movimientos especiales (desfiles y procesiones, formaciones militares, ambulancias y bomberos, funerales); y, circulación regional: bestias de carga, rebaños y ganado.⁸¹⁸



Vista parcial del Paseo Bolívar, 1910. Cali.
Fuente: Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero. Cali.

⁸¹⁶ En este sentido podría observarse por ejemplo la huelga de los taxistas en Bogotá ante su negativa de usar uniforme, en 1937. No era suficiente mejorar las calles, contar con vehículos, había que también disciplinar los cuerpos de quienes entraran a ese encierro móvil, llamado automóvil.

⁸¹⁷ Ver: MONTEZUMA, Ricardo. *La ciudad del tranvía*. *Op.cit.*, p. 110.

⁸¹⁸ BRUNNER, Karl. *Manual de urbanismo*. Tomo II. *Op.cit.*, p. 201.

Como se observa, en la óptica de Brunner el caminante prácticamente no aparece, a menos que sea ya en su condición de peatón, es decir, como opuesto al vehículo y limitado a una parte de la calle.⁸¹⁹ Pues para el autor austriaco, aunque “la casa y la vía son los dos lugares fundamentales en que se desarrollan las actividades humanas”, la primera orienta el urbanismo y la segunda se convierte en subsidiaria, en complemento. Siguiendo con la metáfora anatómica ilustrada⁸²⁰, Brunner⁸²¹ pensaba que las calles eran “arterias”, aunque no resultaba ser una lectura tan secularizada como la propuesta por William Harvey en el siglo XVII. De hecho, Brunner estaba convencido de que el urbanismo tenía una función principalmente moral, que contaba con implicaciones más allá de las físicas y llegaba hasta la cultura. Y que si bien las calles debían limpiarse, también debían separarse físicamente del peatón. Esta situación coincidía con las posiciones de Le Corbusier⁸²², para quien los automóviles no traían sino “hediondez”, y las calles eran un lugar donde los peatones recibían la “pena de muerte”, y por tanto, era indispensable su separación dadas las distinciones entre las velocidades. El urbanista franco-suizo creía que se vivía durante la primera mitad del siglo XX una época de movimiento, regulado por las máquinas.⁸²³

Brunner y Le Corbusier fueron dos de las más importantes influencias de los arquitectos y urbanistas colombianos desde la década de 1930. Una ciudad (cualquiera) debía ser “racional, sana y bella”, según lo pensó Brunner, mientras que para Le Corbusier debía ser “armoniosa”, con lo cual buscaba significar la necesidad de reconstituir el corazón de las ciudades –sus centros. En ambas ideas de ciudad, los caminantes resultan excluidos. Sus lecturas sobre las calles son indicativas para nuestros intereses, pues en ambos casos existía un fuerte peso en la vivienda, ante su condición ontológica y psicológica de protección, y un desinterés por los caminantes. Si a ello se suma, las experiencias que les antecedieron de cómo se consideraron por quienes caminaban las ciudades, estos

⁸¹⁹ Contradictoriamente a Brunner le parecía que el debate urbanístico se había producido entre la oligarquía, mientras era prácticamente inexistente en otros sectores sociales. HOFER, Andreas. *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina. Op.cit.*, p. 105.

⁸²⁰ Ver: SENNETT, Richard. *Carne y piedra. Op.cit.* Los ilustrados pensaban que los ciudadanos –habitantes de la ciudad- debían vivir como corpúsculos sanguíneos que recorren sin restricción alguna las venas y arterias de los espacios urbanos, respirando libertad.

⁸²¹ BRUNNER, Karl. *Manual de urbanismo. Op.cit.*

⁸²² Ver entre otros: LE CORBUSIER. *A propósito del urbanismo.* Barcelona: Editorial Poseidón, 2003.

⁸²³ *Ibíd.*

individuos quedaron reducidos al andén y casi pegados a las fachadas de las edificaciones, como culpables de su propio destino al recorrer las vías. Cuando en el comercial de 1948, antes referido, un individuo era atropellado, casi de inmediato se lleva al andén, precisamente al espacio que se supone debe ocupar. Y reiteradamente, quien lo hacía era un policía, mientras la reacción del conductor era lenta, como quien se siente en peligro al poner un pie en la calle.

De igual forma, espacios públicos y vías fueron ocupados por los vehículos. Son dicientes las fotografías del paseo Bolívar de Barranquilla y otra de la plaza de Bolívar en Bogotá, en donde los caminantes, no solo son escasos, sino que son *opacos* en el sentido dado por Pintos⁸²⁴. La imagen hace relevante tanto la calle en términos físicos, como los vehículos y hasta los edificios, simultáneamente ofrece opacidad a los caminantes que parecen no habitar los espacios fotografiados. Hasta el punto de ser “bobos”, como el que intentaba detener el tranvía o controlar el tráfico urbano,⁸²⁵ o burros sonrientes. Y cuando aparecen, la mirada que de ellos se hacía parece asemejarse a la del fisgón de Hitchcock⁸²⁶, que tras una ventana supone saber qué pasa al otro lado de ella, a veces muy lejos de ella y valiéndose de un instrumento óptico.

⁸²⁴ PINTOS, Juan-Luis. “El metacódigo ‘relevancia/opacidad’ en la construcción sistémica de las realidades”. *Op.cit.*

⁸²⁵ “Antoñin, recorría las calles capitalinas entre el inolvidable tranvía, medio de transporte de la época hoy extinto. El amor le llevó a la locura, un amor enfermizo pero filial. Celaba a su única hermana, hasta tal punto de que, cuando la joven tomaba el tranvía para ir al colegio, él la seguía correteando el tranvía, con el fin de vigilar que ningún hombre se le acercaba. Era su rutina, ir tras el tranvía, una y otra vez, de ida y de regreso, día tras día. Un día su cautiva hermana escapó y lo que más temía Antoñin se cumplió, su hermana se entregó a los coqueteos del amantazo. Se dice que a partir de entonces, el pobre enloqueció. Divagaba por las calles, tratando de controlar el caótico tráfico santafereño. Perseguía al tranvía, era su fiel compañero. Hoy no hay tranvía y no hay bobo que lo persiga.” Fuente: <http:// analisis2009cenigraf.blogspot.com/2009/06/el-bobo-del-tranvia-mitos-y-leyendas-de.html>

⁸²⁶ Nos estamos refiriendo a “Rear window (1954), titulada en castellano como “La ventana indiscreta”.



Paseo Bolívar Barranquilla, 1937.

Fuente: CONSUEGRA, Ignacio. *Barranquilla: umbral de la arquitectura*. Bogotá: Grijalbo, 2001.



Panorámica de la plaza de Bolívar, Bogotá. Fotografía de Leo Matiz.

Fuente: ALONSO, Ricardo. *Ciudad para la memoria. Virgilio Barco y la construcción de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor, 1999.

Brunner sostenía en su “Manual”, con el que se han educado muchas generaciones de arquitectos y urbanistas colombianos y latinoamericanos, que tanto esas disciplinas, como el arte, eran “reflejo” de la vida social y moral de una ciudad. Una vida que ha resultado todo un caos, caracterizado por la desarticulación y la fragmentación de las ciudades, evidenciando la pérdida de continuidad en su progreso.⁸²⁷ En este sentido, la planificación y construcción de calles y viviendas, eran las formas de recomponer un encadenamiento que, según sostenía el mismo Brunner, se había roto en el siglo XIX. Y el urbanismo era decisivo, al abarcar “sistemáticamente todos los problemas, influencias y relaciones”⁸²⁸. En este marco, el tiempo resultaba ser una obsesión por el futuro, por la espera. Y su mejor expresión era el plano como un pro-yecto de una nueva sociabilidad humana. Pero, “por lo general, las ciudades futuras son ciudades antiguas”⁸²⁹, según lo veía Le Corbusier. Ya que en tiempos sucesivos experimentaron trazados, que las dejaron llenas de huellas. Pero más que eso, era por la idea de ciudad que contenía esa pretensión de futuro, una idea que procedía del pasado. Los intentos de paseos, avenidas o bulevares no construyeron ni siquiera un caminante burgués, que se asemejara parcialmente a los ejemplos europeos que tanto sedujeron a los *dandis* en la segunda mitad del siglo XIX. Empero, cuando se construía una avenida, se pavimentaba una calle, se instalaba un semáforo, se canalizaba un hilo de agua, no solamente se estaban haciendo obras públicas, también se estaba pro-yectando un futuro y dando por hecho un pasado. Un pasado en el que parece no existir individuos, sino edificaciones. La preocupación ontológica por el abrigo, tomó sus propias formas en el interés de los arquitectos por los edificios, por las viviendas, y de paso en la historia.⁸³⁰

Para ambos autores, el urbanismo era un tipo de ordenador social y temporal, en donde el pasado era un obstáculo, aun cuando de él se bebiera para intentar resolver las preguntas del futuro con un sistema de enunciados del presente. Un pasado que requería

⁸²⁷ BRUNNER, Karl. *Manual de urbanismo. Op.cit.*

⁸²⁸ *Ibid.*, p.22.

⁸²⁹ LE CORBUSIER. *A propósito del urbanismo. Op.cit.*, p. 61.

⁸³⁰ Rykwert consideró a este respecto que: “(...) la cabaña primitiva continuará ofreciendo un patrón a cualquiera que se preocupe por el edificio, una cabaña que tal vez esté situada siempre fuera del alcance del historiador y el arqueólogo, en algún lugar que he de llamar Paraíso. Y el Paraíso, no lo olvidemos, es una promesa, además de un recuerdo.” RYKWERT, Joseph. *La casa de Adán en el Paraíso*. Barcelona: Gustavo Gili, 1999, p. 240.

reconstruirse en la figura de un plano, para poder identificar las fisuras de la unidad urbana. Pero como en el cuento de Borges⁸³¹, los intentos de hacer un mapa como un “reflejo” fiel, terminó por ser inútil, y curiosamente en sus ruinas habitaron animales y mendigos, caminantes urbanos por excelencia. Estos urbanistas enseñaron a muchas generaciones la necesidad de corregir el presente, planificando el futuro, a partir de un pasado que suponían ver en su totalidad, pero que más bien resultaba hiperreal.⁸³² Pues esa vista era la panorámica, que no se detenía en los detalles, en los fragmentos, en las “cabezas de alfiler” que eran los habitantes urbanos. Y para ello, los planos resultaban la mejor de las fuentes al ver la ciudad como una *unidad*, “exacta y completa”⁸³³, un efecto de fidelidad que suponía evitar la acrofobia.⁸³⁴ Mientras que, la literatura y otras narraciones, eran profusamente desestimadas como formas de pensar las ciudades ante su condición fragmentaria. Para Brunner,

“La totalidad física de una ciudad la constituyen esencialmente los bloques de edificaciones destinadas a la vida, al culto, al trabajo, al esparcimiento de los habitantes y luego a los espacios edificados, reservados a la circulación.”

Los habitantes de las ciudades se hicieron un supuesto, y sobre éste se desplegó la ciencia moderna que intentó modelarlos de diversas maneras, al mismo tiempo que los olvidaba. Los caminantes urbanos que hasta entrado el siglo XX disfrutaron del conjunto del espacio de la calle, se convirtieron con la llegada de los automóviles y del urbanismo en peatones. Con ello, se hacía referencia a los individuos que, aun manteniéndose como amenazas, quedaron restringidos a un espacio reducido denominado andén. Ya por demás, el término denota la fuerza de la experiencia, porque en efecto no podían detenerse, debían andar de acuerdo con las señales, buscando evitar la muerte como responsabilidad suya. La imagen del semáforo en donde aparece la figura de un hombre, sin rostro, asexual, que cambia de color para autorizar el uso de la calle, es sugestiva. El

⁸³¹ BORGES, Jorge Luis. “Del rigor en la ciencia”. En: BORGES, Jorge Luis. *El hacedor. Op.cit.*

⁸³² Un ejemplo interesante es la preocupación de González por el proyecto “Medellín futuro”, que no era otra cosa que un ideal, a partir del cual se buscaba construir una armonía inexistente, pero supuesta en una línea de progreso que debía desembocar en ello –un deber ser. La obra de González es, sin atender los ejemplos materiales –sin gente por demás-, un encadenamiento de visiones de progreso. Esta obra que es reciente (2007), conserva la misma queja de la década de 1930 y sus subsiguientes, la ausencia de futuro GONZÁLEZ, Luis. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad. Crecimiento y modelos urbanos. 1775-1932. Op.cit.*

⁸³³ BRUNNER, Karl. *Manual de urbanismo. Op.cit.*

⁸³⁴ Miedo o vértigo a las alturas.

peatón resultó ser aún más panorámico, porque ni siquiera se distinguía (cualitativamente) entre las anteriores agrupaciones de caminantes (prostitutas, vagos, *pepitos*, etc.), era un dato más.

Cielo. Reflexiones Finales

§ 74. Cerrar un juego y abrir otro



Sacerdote Julio Sabogal, Fusagasugá, 1925. Archivo privado de Dennis Páez.

Un cura de un pueblo, ubicado en lo más alto de una iglesia sin terminar, observa lo que todavía no es, pero que por la influencia de su mirada lo será -¿acaso una tierra

prometida?-. Una visión panorámica irrumpe, mientras un cura escribe una historia de la ciudad que observa⁸³⁵, y lo hará desde allí, desde lo más alto de la ciudad y desde una iglesia –no solo en términos institucionales, sino arquitectónicos-, desde donde se organizó su narración. Abajo, una ciudad de la que difícilmente puede observarse el piso, que para la perspectiva de la fotografía poco importa: personajes opacos para la imagen, ante una notable acrofobia. El horizonte que se abre le pertenece al punto desde donde se abren las líneas de fuga. De esto es, en buena parte, de lo que se trató esta tesis, de lugares de observación que gestan ciertas relevancias y archivos, de caminantes opacos y fragmentarios, y narraciones del pasado de ciudades. En otras palabras, un interés por las escrituras de la historia, expuesta en las historias de ciudades construidas entre mediados del siglo XIX y entrado el XXI, y motivada por la intención de escudriñar en las ideas de ciudad, que de forma simultánea, también implicó *una* historia de los caminantes.

Desde mediados del siglo XIX, cuando se incrementaron los viajes de colombianos a Europa y Estados Unidos, y con ellos, la redacción de memorias de los itinerarios en donde se *consignaron* historias de las ciudades que visitaban, se hizo presente la disputa entre ofrecer una visión totalizante del pasado de dichos lugares y los detalles o fragmentos que se observaban durante los recorridos. Los viajeros colombianos se constituyeron en peregrinos en busca de su yo y de otros padres, de los cuales ya venían leyendo desde hacía cierto tiempo. En ese peregrinar tuvieron que enfrentarse con la experiencia, y las dificultades de cómo trasladarla a la escritura. La solución dada por estos hombres ante semejante dificultad fue intentar dar cuenta de *todo* el pasado de las mismas, siguiendo de cierta forma el modelo sugerido por Chateaubriand en su “Itinerario”. Los patrones que el autor francés indicaba para la observación partían de su natal París, así que los escenarios urbanos que no se parecieran a ella se consideraban como “bárbaros”. Los viajeros colombianos construyeron, sin mayor intención, tipologías de ciudades que constantemente comparaban con la de su origen y la capital francesa. París se constituyó en un deseo, al mismo tiempo que en un archivo, a partir del cual plasmaron sus ideas de ciudad.

⁸³⁵ SABOGAL, Julio. *Fusagasugá: historia y geografía*. Bogotá: Imprenta y litografía de Juan Casis, 1919.

Pero los viajeros, también llamados *dandis* o *pepitos*, retornaron en su mayoría al país con una notable desilusión. No hallaron esos padres que fueron a buscar y de los que tanto leían, así como tampoco pudieron hacerse a París. Su opción no fue otra que *cachaquizarse*, suicidarse intelectualmente –pues muy pocos lo hicieron físicamente- al retornar, lo cual implicó una búsqueda incesante de otros padres, esta vez de origen español. Gonzalo Jiménez de Quesada se convirtió en el héroe por excelencia del cual se pensaba que había concebido a una hija en estas tierras, Bogotá. Una primera idea de ciudad representada en París, caracterizada por la óptica panorámica, fue seguida parcialmente por una fragmentaria y performativa (sonidos e imágenes especialmente), expuesta en crónicas periodísticas. Éstas, a su vez, fueron sustituidas por unas de impronta totalizante que buscaban dar cuenta de *toda* la vida de una ciudad, haciendo su biografía. La visión panorámica que había hecho su ingreso en las historias de ciudades de los viajeros, tomaba forma a fines del siglo XIX, y se pretendía con ello indicar algo similar a un linaje de la misma ciudad, junto con el reconocimiento de un padre. No fue suficiente identificar un héroe y un padre, sino que éste se presentaba heredero de los romanos. Roma se convirtió en un archivo, como en algún momento lo fue París. Empero, de ninguna forma en lo concerniente a las condiciones físicas, sino en lo referente al pasado de las ciudades, el cual fue orientado, muchas de las veces sin percatarse los autores, por la idea de esa ciudad que había edificado Agustín –para Roma.

La visión panorámica fue poco a poco acentuándose, sirviendo como tierra firme a las ideas que en la primera mitad incubarían los arquitectos sobre las ciudades y sus pasados. Todavía hoy, nos los recuerda con vehemencia Pavia, “persiste en nuestra cultura visual” y en otros escenarios intelectuales y administrativos, “la idea de la ciudad como producto unitario, como sistema claramente definido por una forma”. Eso no es más, dice el mismo Pavia, que “la nostalgia de la pérdida de centro”, en el marco de un conjunto de “perspectivas anacrónicas a vista de pájaro intentan restablecer un orden geométrico”.⁸³⁶ Algunos primeros ejercicios de los historiadores agrupados en torno a la Academia Colombiana de Historia y concentrados en Bogotá por ser la hija del fundador,

⁸³⁶ PAVIA, Rosario. “El miedo al crecimiento urbano”. En: RAMOS, Ángel. *Lo Urbano en 20 autores contemporáneos*. Barcelona: Ediciones Universidad Politécnica de Cataluña, 2004, p. 107. El subrayado es nuestro.

pretendieron ser reproducidos en las medianas y pequeñas ciudades, aunque para mediados del siglo XX su número se redujo considerablemente. El interés por la ciudad pasó a ser un tema de los arquitectos desde la década de 1930, en un marco dado por la influencia del Movimiento Moderno y en particular, por la figura de Le Corbusier. Un ideal moderno, que buscaba reapropiarse de un presente que se hacía esquivo, por intermedio de su declaración como caótico y la narración de su pasado.⁸³⁷ Ciertos momentos adquirieron relevancia, como el colonial, en tanto otros fueron opacados, como el indígena y el decimonónico ante la suposición de inexistencia de edificaciones y trazados que sirvieran de referentes para la gestación del futuro, en donde los males sociales y físicos de las ciudades serían resueltos por la mano (moralista) del urbanista y sus pretensiones de orden.

La idea de una ciudad moderna, implicó en la posición de los arquitectos, que la escritura del pasado se concentrara en la materialidad urbana, especialmente en los edificios. En buena parte, se trata de una historia de cómo se ha dado amparo –con esas edificaciones. Ya que dichas construcciones servían de abrigo ante un espacio que les resultaba *espumoso*. Si quedaba algún rezago de la *civitas* con la que se concibió en el siglo XVI las ciudades hispanoamericana, éste fue sustituido por la piedra de la *urbs*. Las historias de las ciudades eran entonces, una extensión de *una* historia de la arquitectura, influenciada a su vez por una historia del arte en donde se privilegia la relación obra- autor, en una seguidilla de influencias. En palabras de Tournikiotis⁸³⁸, el uso de la historia resultaba “operativo” para los intereses respecto al futuro por parte de los arquitectos. Y en este escenario, la única ciudad que podía presentarse como moderna, o que cuando menos lo intentaba ser, era Bogotá –además se sumaba el hecho de considerársele bendecida al ser la hija de Jiménez de Quesada. Es así que los esfuerzos investigativos estuvieron concentrados en ella. Aunque durante la década de 1970, se presentó una iniciativa liderada por el DANE y orientada por los geógrafos Guhl y Fornaguera, ella no fue más allá del decenio y la realización de cerca de cien monografías de municipios. En tanto, al conjunto de las Ciencias Sociales, y en particular a la disciplina histórica, el tema

⁸³⁷ De seguirse la idea de Gay, de que lo moderno es un “clima de pensamiento, sentimiento y opinión”, podríamos suponer que dicho “clima” parecía no existir, siendo necesario buscarlo en otro momento diferente del presente. GAY, Peter. *Modernidad. Op.cit.*

⁸³⁸ TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna. Op.cit.*

urbano no le interesó, pues su foco estaba concentrado en asuntos como lo agrario, los movimientos sociales y la violencia.

La “historia urbana”, como “espacio de investigación”⁸³⁹, más que como una disciplina ampliamente definida, comenzaría a tener una mayor presencia en la producción intelectual colombiana desde los albores de la década de 1990. Aunque existieron trabajos que antecedieron a los de Fabio Zambrano y Germán Mejía, ampliamente influenciados por la forma de ver el pasado de los arquitectos, estos autores fueron y lo son todavía, referentes fundamentales para una lectura del pasado de las ciudades, en donde se presente cierta distancia de las posiciones arquitecturales -principalmente, en lo referente a la concentración en la atención de la materialidad urbana. Sin embargo, la visión de los arquitectos sigue orientando las formas de estudiar y entender el pasado urbano, y desde luego, su forma de hacer la historia, partiendo desde las pretensiones de su lugar de producción, siguiendo con sus prácticas (con el uso de las fuentes por ejemplo) y la escritura. Ya que no solo continúan investigando, también cuentan con escenarios académicos para ello, que en los departamentos de historia escasean. Esto último, resulta contradictorio a la historia que se enseña y se hace en lugares diferentes de las grandes ciudades o con cierta influencia universitaria.

Igualmente, la comprensión del archivo mucho más allá de los elementos técnicos propios de la archivística, como una inscripción que orienta lo que decimos o callamos sobre cierto problema, contribuye para sugerir una historia de las ideas de ciudad, en la cual la impronta de los *cachacos* contó con mucho peso. El *cachaco*⁸⁴⁰ ha sido una figura que expresa, además de comportamientos, lugares, prácticas y escrituras de una parte del mundo intelectual colombiano, ligado al orbe colonial y que supuso, entre otras cosas, un origen determinado para las ciudades desde el siglo XVI, negando rotundamente cualquier influencia anterior. En este sentido, el archivo puede comprenderse como muerte, como lo pensarán Derrida, Foucault y González, porque al regular lo que decimos, las ciudades se quedan sin gente, asemejando ruinas de las que debe restituirse antes que nada el plano para identificar su forma física. Ya Chateaubriand

⁸³⁹ Esta expresión es utilizada por Dosse para referirse a la historia cultural. DOSSE, François. *La marcha de las ideas*. *Op.cit.*

⁸⁴⁰ Aunque comúnmente se ha asociado a Bogotá, como figura puede ampliarse espacialmente.

enseñaba en su “itinerario” como él y Europa tenían la obligación de reconstruir tales ruinas. Pero un archivo, puede también convertirse en un “repertorio” como lo ha supuesto Diana Taylor⁸⁴¹, al abrirse y dar cabida a los actos efímeros -performativos, como el caminar-, y con ello tomando una opción epistemológica algo diferenciada. Aquí lo intentamos en parte, valiéndonos de los desechos que dejan muchos autores en sus textos, y otras formas halladas en archivos y bibliotecas. Bien pudiera haber realizado otro *montaje* para esta tesis, hasta el punto de convertirse en un archivo más, pero esa no era la idea, aunque ese riesgo no deja de acechar.

En este sentido, la relación entre escritura y caminantes, identificada por el olvido de la primera respecto de los segundos, estuvo concentrada en la visión que se le dieron tanto a las ciudades en sus presentes, como en sus pasados. Aun cuando se suponía que eran los ciudadanos el interés prioritario. Los *cachacos* defendieron una idea de ciudad caracteriza por el encierro, y observada desde arriba, asemejando la visión divina. A partir de la cual se gestó una servidumbre de comunidad que terminó por generar un *hambre de sí* durante el siglo XIX. Cualquier amenaza a dicho encierro, que por demás, funcionaba como un “sistema inmunológico”⁸⁴², procuró ser reducida o expulsada. Ese fue el caso de los caminantes, asociados en nuestra lectura a los *dandis* o *pepitos*, aunque no reducidos a esta figura. Las calles significaron lugares amenazantes que buscaron regularse con acciones policivas desde el periodo colonial y con mayor acento desde el siglo XIX, cuando apareció formalmente como institución –la policía. Probablemente, las formas de hacer historia como las impulsadas por la Academia Colombiana de Historia y la arquitectura se hayan privilegiado. Pues en ambos escenarios investigativos, aunque desde perspectivas diferentes, ha existido un marcado énfasis en el orden y la nostalgia por Santafé. Una escritura panorámica, obsesionada por un orden (el cronológico y territorial) y la nostalgia por el pasado –como paraíso perdido-, dio cabida a la idea de ciudad de los *cachacos* –caracterizada por la *vida en policía*.

⁸⁴¹ TAYLOR, Diana. *The Archive and the Repertoire. Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham—London: Duke University Press, 2003.

⁸⁴² SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Op.cit.*

La visión panorámica, junto con las formas de operación historiográfica de los *cachacos*, dejó el asunto de los caminantes, tal y como a otros aspectos, en el olvido, o a otras disciplinas, como la antropología y la sociología. Pues este triunfo de la figura del *cachaco* sobre la del *pepito*, significó una pérdida para lo urbano, al ser ellos una expresión rural que buscó protección en las ciudades, pero que pocas veces las pensó más allá de ese abrigo. Muestra de ello es la notable caída en el interés por el tema de ciudad, que se tradujo en una limitada producción intelectual en comparación con campos como la política, estrechamente ligada a temas concernientes con los fenómenos agrarios. Los caminantes eran considerados en notas marginales, citas o textos tratados con la menor importancia o reducidos a peatones, como en la arquitectura. El padecimiento del “mal del siglo”, como lo llamó José Asunción Silva, apenas si ha sido tratado por la literatura, aun cuando sea antes que nada un problema ontológico de una impronta histórica notable, como en algo lo sospecharon autores de la talla de Leopoldo Zea. En un hambre de sí, consistía ese mal. El cual pretendió ser resuelto con salir del encierro, pero tras un fracaso notable de esa opción y la inminencia del retorno, el suicidio (especialmente intelectual) estuvo a la orden del día. Los caminantes quedaron reducidos a ser un tema de grupos marginales, como las prostitutas, los vagos y mendigos, entre otros, tratados de forma relativamente reciente por la historiografía colombiana. Aunque sus ideas de ciudad, expresadas ampliamente en las calles pueden ser indicios de posibles investigaciones. De esta manera, consideraciones como las hechas respecto a *cachacos* y *pepitos*, son también un sendero por explorar, que puede sugerir comprensiones, tanto de las formas en que se han pensado las ciudades como del mundo intelectual colombiano.

Diríamos también a ese respecto que, una posible visión posmoderna de la historia, podría tener un interés mayor por los caminantes. La razón para ello es que, como lo pensara Ankersmit⁸⁴³, una posición de este orden resulta ser de un historicismo radical, en donde más que hablar del pasado, se interroga. Diferente de buscar ponerlo en un “tronco logocéntrico”, que lleve en una “dirección única”, en una obsesión por el futuro.⁸⁴⁴ Cuestionamientos que se guíen, por ejemplo, de ramas de la historia del arte como la

⁸⁴³ ANKERSMIT, Frank. *Historia y tropología. Op.cit.*

⁸⁴⁴ Para Ankersmit, las posturas posmodernas e historicistas difieren significativamente en la naturaleza de la experiencia histórica y el lugar de la “realidad” histórica en la experiencia del pasado, producto de la influencia del trascendentalismo kantiano en el historicismo. *Ibíd.*

liderada por Aby Warburg -que pareció no contar con muchos adeptos dentro de los arquitectos interesados por el pasado de las ciudades-, en donde lo que importan son los detalles, los fragmentos, latentes en sonoridades e iconocidades, en actos performativos difíciles de encerrar en la visión convencional del archivo. Esto depende entonces de la experiencia histórica de quien escribe las historias en cuestión, como se mostró con especial acento para los casos de los viajeros y los cronistas, junto con la “ilusión” y los engaños que gobernaban dicha experiencia. Además, de la idea de ciudad que cada autor tuviera y le imprimiera, tanto a su observación como a su escritura.

Y es que, como sostuvo Paul Veyne⁸⁴⁵, el historiador realiza su trabajo desde una ventana, muy parecida, diríamos, a las pintadas por Magritte. En este sentido, es posible interrogarse por qué le queda al historiador en el marco de esa experiencia panorámica, tan próxima a lo surreal. Ante las dificultades para deshacerse de tal situación, le resta, como sugirió el mismo Magritte respecto de sus obras, el abrir cuantos sentidos le sean posibles, narrar una y otra vez, nunca cerrar.⁸⁴⁶ Bien se podría estar ante una falsa ventana, como en la obra la “llave de los campos (1933)” –de Magritte-, que al romperse el cristal los pedazos dispersos por el piso se muestran impregnados de un supuesto exterior. Por eso, al principio de este trabajo nos propusimos “probar”, no solo en el sentido científico que debe poseer una tesis como parte del mundo académico, también como una *degustación* que se prefería entender como un deleite, el “método Ceferino”. Este placer, que se expresó en la forma de rayuela que se buscó darle a la escritura, intentando no solo saber si el “método Ceferino” propuesto por Ermarth era factible, sino también abrir posibilidades para la intervención del lector. Ese gusto es indicativo de que, aun cuando hacen falta muchas “comprobaciones”, esa forma de pensar y escribir posibilita un horizonte en el que es posible jugar abierta y creativamente con el lenguaje.

En buena parte, sobre ello iba la crítica de Luis Tejada cuando sostenía lo conservador que era el escenario intelectual colombiano y lo restrictivo para abrirse a otras formas diferentes de las influenciadas por la escolástica colonial.⁸⁴⁷ No es casual que una de las

⁸⁴⁵ VEYNE, Paul. *Cómo se escribe la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 40.

⁸⁴⁶ MAGRITTE, René. *Escritos*. Citado en: FOUCAULT, Michel. *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte* Barcelona: Anagrama, 1997.

⁸⁴⁷ TEJADA, Luis. “Un poeta nuevo”. En: TEJADA, Luis. *Gotas de tinta. Op.cit.*

primeras, y escasas obras, sobre el caminar y planteada desde la filosofía, haya sido rápidamente censurada por la Iglesia. “Viaje a pie”⁸⁴⁸ de Fernando González, se constituye en un sendero para reflexionar sobre nuestras epistemologías, tan sedentarias, tal y como lo ha supuesto Sennett⁸⁴⁹. Hablamos de movimiento en un momento, como el actual, en el que muchas de las discusiones sobre las ciudades en Colombia están concentradas en la “movilidad”, y escasamente en los caminantes. Ya que la visión panorámica continúa entendiéndolos como “cabezas de alfileres”. Todavía persisten prevenciones ante y entre los caminantes, junto con un miedo a los espacios abiertos, que dificultan las acciones planificadoras respecto de quienes caminan. Sin embargo, esos caminantes siguen habitando las ciudades con sus recorridos fragmentarios, sugiriendo una posibilidad a la disciplina histórica, que con ayudas, como la del “método Ceferino”, podría caminar más en y con la narración. Esto es apenas *una* historia que se disemina por entre algunos libros de historias de ciudades, un “swing que pone en marcha el discurso”, como decía Cortázar en su *Rayuela*, y que sustenta un tiempo inventado “para no volvernos locos”⁸⁵⁰. Y, paf se acabó.

⁸⁴⁸ GÓNZALEZ, Fernando. *Viaje a pie*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995.

⁸⁴⁹ SENNETT, Richard. *Carne y piedra*. *Op.cit.*

⁸⁵⁰ CORTÁZAR, Julio. *Rayuela* Madrid: Punto de Lectura, 2006, Capítulo 99.

Entre las fuentes y la bibliografía

Lo que suele llamarse bibliografía y que se dispone al final de los trabajos como una cierta comprobación empírica, es en este caso, además de lo anterior, un texto. Borrosamente puede distinguirse entre lo que fueron las “fuentes” y el material “secundario”, ya que las reflexiones teóricas se entrecruzaban con referencias de archivos y bibliotecas para edificar el montaje anterior. Si el caso es distinguir convencionalmente entre unos y otros, los textos de viajeros, las obras de autores de la llamada “historiografía tradicional”, así como la “nueva”, junto con documentos radicados en archivos y fondos, serían los “primarios”. En tanto, lo restante de la bibliografía alcanzaría la calidad de “segundos”. De ninguna manera, en ambos de los casos es exhaustiva, en cambio, busca ser orientadora para otras perspectivas investigativas, además de las sugeridas aquí.

RELATOS DE VIAJEROS ORGANIZADOS CRONOLÓGICAMENTE

MARTÍNEZ, Rafael. *Diario del General Francisco de Paula Santander*. (1829).

www.lablaa.org

CUERVO, Luis Augusto. *Cartas inéditas de Santander*. Cúcuta: Sin editorial, 1931 (1832-1833).

SAMPER, José María. *Apuntes para la historia y política social de la Nueva Granada desde 1810 y especialmente de la administración del 7 de marzo*. Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1853.

KASTOS, Emiro. “Los pepitos”. En: *El Tiempo*. No. 178. Bogotá: Mayo 20 de 1858.

TANCO ARMERO, Nicolás. *Nueva Granada a China y de China a Francia*. Introducción de Pedro María Moure. París: Imprenta de Simón Raçon y Comp., 1862.

- SAMPER, José María. *Viajes de un colombiano en Europa*. Serie 2. París: Imprenta de Thunot, 1862.
- PÉREZ, Felipe. *Episodios de un viaje*. Bogotá: Editorial ABC, 1946. (1864).
- VERGARA Y VERGARA, José María. "Las tres tazas". En: *Cuadros de Costumbres*. Bogotá: Biblioteca Schering Corporation, 1967, pp. 9-40. (1866).
- PARDO, Nicolás. *Recuerdos de un viaje a Europa*. Bogotá: Imprenta de La América, 1873.
- DE ARRUBLA, María Teresa. *Viajes por España e Italia*. Bogotá: Imprenta de La Ilustración, 1886.
- VELEZ, Roberto. *Carta a un amigo en Bogotá*. Quito: Imprenta del Clero, 1892.
- CUERVO, Ángel. *Curiosidades de la vida americana en París*. París: Chartres, Imprenta de Durand, 1893.
- PEREZ TRIANA, Santiago. *De Bogotá al Atlántico*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945 (1897).
- GALINDO, Aníbal. *Recuerdos históricos. 1840-1890*. Bogotá: Imprenta de la luz, 1900.
- CORDOVEZ MOURE, José María. *Un viaje a Europa*. Bogotá: Imprenta Nacional, Biblioteca la cultura colombiana, 1949 (1907).
- PEREZ TRIANA, Santiago. *Desde lejos (Asuntos colombianos)*. Londres: Imprenta de Werthimer, 1907.
- VERGARA Y VELASCO, Francisco Javier. *El Japón. Noticia histórico-geográfica*. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1907.
- REYES, Rafael. *Viaje a España y Portugal*. Madrid: Imprenta de Antonio Izquierdo, 1912.
- QUIJANO, Joaquín. *Memorias de un vagabundo. Berlín visto por un hombre mudo*. Bogotá: Talleres de la Revista "Universidad", 1924.
- FERNANDEZ, Rafael César. *Hasta Egipto. Impresiones de viaje*. Bogotá: Editorial de Cromos, 1931.

RELATOS DE VIAJEROS EUROPEOS

La edición de *Viajes a América* (versión francesa) es de 1828, la *Estudios o discursos históricos* (versión francesa) es de 1831 y (versión española) es de 1845, la de las *Obras completas* (versión francesa) es de 1842 y 1843 (versión española), la del *Itinerario* (versión española) es de 1843.

- CHATEAUBRIAND, François-René. *Itinerario de París a Jerusalén. Y de Jerusalén a París*. Madrid: Tipografía de Mellardo, 1850.
- CHATEAUBRIAND, François-René. *Estudios o discursos históricos*. Valencia: Librería de Casiano Mariani, 1841, p. IV.
- CHATEAUBRIAND, François-René. *Viaje a América*. Valencia: Imprenta de Mariano de Cabrerizo, 1844. Ver de esta obra en especial el prólogo.
- FAUCON, M.T. *Véritable guide parisien pour les étrangers*. París: 1855.
- MOLLIEU, Gaspard Théodore. *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Imprenta Nacional, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944.
- RÖTHELISBERGER, Ernst. *El dorado. Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, 1963, p. 96.

TEXTOS SOBRE VIAJEROS

- ACOSTA, Carmen Elisa y ALZATE, Carolina. Compiladoras. *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, 2010.
- GÓMEZ, Leila. *Iluminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú*. Madrid: Iberoamericana, 2009.
- MARTÍNEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.
- MOREAU, Pierre. *Chateaubriand*. París: Hatier, 1956, pp- 192-193.
- RÉAU, Louis. *L'Europe française au siècle des Lumières*. París: Albin Michel, 1971.
- TORRE, Claudia. "Los relatos de viajeros". En: JOTRIK, Noé. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2003.

TEXTOS DE LOS CRONISTAS DEL SIGLO XIX

- CARRASQUILLA, Francisco de Paula. *Tipos de Bogotá*. Bogotá: Imprenta a cargo de Fernando Pontón, 1886, p. 86.

CORDOVEZ MOURE, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá: Fundación editorial Epígrafe, 2006.

SAMPER, Miguel. *Escritos político-económicos*. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán, 1898.

SAMPER, José María. "Discurso de recepción en la Academia Colombiana". En: *Anuario de la Academia Colombiana*. Tomo I, Volumen II. Bogotá: 1874-1910.

TEXTOS SOBRE CRONISTAS DEL SIGLO XIX

ARCINIEGAS, Germán. "Liminar: Silva nocturno." En: SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Bogotá: Edición del Centenario, 1996, p. XLIV.

GARCÍA MARQUEZ, Gabriel. *El otoño del patriarca*. Varias ediciones.

GONZALEZ, Beatriz. Ramón Torres Méndez. *Entre lo pintoresco y la picaresca*. Bogotá: Carlos valencia Editores, 1986.

GONZALEZ, Nelson. *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*. Madison: Universidad de Wisconsin-Madison, 1992. Tesis Doctoral.

GONZALEZ, Nelson. "(Sub)versión del nacionalismo oficial en la literatura: el caso de Colombia." En: *Literatura: teoría, historia y crítica*. No. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1997, pp. 9-32.

IRIARTE, Alfredo. Compilador. *Ojos sobre Bogotá*. Bogotá: Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 1999.

MORSE, Richard. "Los intelectuales americanos y la ciudad (1860-1940)." En: HARDOY, Jorge. MORSE, Richard y SCHAEDEL, Richard. *Ensayo histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires: SIAP, CLACSO, 1968.

TEXTOS SOBRE GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

ARCINIEGAS, Germán. *El caballero del Dorado*. Bogotá: Festival del libro colombiano, s.f.

BALLESTEROS, Manuel. "Estudio preliminar". En: JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.

- DEL MOLINO, Ricardo. *Griegos y romanos en la primera república colombiana. La antigüedad clásica en el pensamiento emancipador neogranadino (1810-1816)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Publicaciones Varias No. 24, 2007, p. 15.
- FRANKL, Víctor. *El "Antijovio" de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de la realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*. Prólogo de Antonio Maravall. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1963.
- GONZALEZ, Nelson. "Jiménez de Quesada de Germán Arciniegas: entre las márgenes de la novela y la historia." En: *Anales Nueva Época*. No. 3-4. Suecia: Instituto Universitario de Estudios Iberoamericanos. 2001.
- GONZÁLEZ, Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1981.
- RIVAS SACONNI, José Manuel. *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.

TEXTOS DE Y SOBRE DANDYS / PEPITOS

- BAUDELAIRE, Charles. *El spleen de París*. Santiago de Chile: LOM, 2008.
- MONSALVE, Stella. *Fantasmas en La Candelaria*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008.
- SILVA, José Asunción. *De sobremesa*. Madrid: Hiperión, 1996.
- SILVA, José Asunción. *Obra completa*. Madrid: Edición del Centenario, 1996. Coordinar Héctor Orjuela.
- TEJADA, Luis. *Gotas de tinta*. Bogotá: Colcultura, 1977.
- TEJADA, Luis. *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquía, 1989.
- TEJADA, Luis. *Nueva antología de Luis Tejada*. Selección, prólogo, notas y cronología de Gilberto Loaiza Cano. Medellín: Universidad de Antioquía, 2007.

TEXTOS DE Y SOBRE CACHACOS

CASTAÑO, Álvaro. *La policía. Su origen y destino*. Bogotá: Escuela de Policía General Santander, s.f.

GILBERT, Luis. *Historias desconocidas de la policía. 1797-1891*. Bogotá: Intermedio Editores, 2002.

KASTO, Emiro. *Artículos escogidos*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1972.

PÉREZ, Carolina. *La invención del cachaco bogotano. Crónica urbana, modernización y ciudad en Bogotá, 1880 – 1930*. Trabajo para obtener el título de historiadora. Bogotá: Universidad Javeriana, 1999.

“HISTORIOGRAFÍA TRADICIONAL”

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. *Conferencias dictadas en la Academia Colombiana de Historia con motivo de los festejos patrios*. Bogotá: Editorial Secta, 1937.

BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGUEDADES.

DE LA ROSA, Moisés. *Calles de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, 1988 (edición facsimilar de 1938).

IBAÑEZ, Pedro María. *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1915.

LOPEZ DE MESA, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Editorial Bedout, 1975.

RESTREPO, Carlos. “La filosofía y el arte en la narración histórica.” En: *Conferencias dictadas en la Academia Colombiana de Historia con motivo de los festejos patrios*. Bogotá: Editorial Selecta, 1937, pp. 217-197

RUEDA VARGAS, Tomás. *La Sabana. Y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997.

SANTA, Eduardo. *Recuerdos de mi Aldea*. Bogotá: Editorial Nelly, 1990.

VELANDIA, Roberto. *Publicaciones de la Academia Colombiana de Historia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2000.

“NUEVA HISTORIA” (HISTORIA URBANA)

ACEBEDO, Luis Fernando y MORENO, Omar. “Hernando Vargas vida y obra: Brunner era la Academia, Le Corbusier la revolución urbanística.” En: *Revista Bitácora*

- Urbano Territorial*. No. 7. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, enero-diciembre 2003, pp. 70-75.
- ALMANDOZ, Arturo. *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 2008.
- ALMANDOZ, Arturo. *Planning Latin America's capital cities, 1850-1950*. Nueva York: Routledge, 2002.
- ALZATE, Adriana. *Suciedad y orden: reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada. 1760-1810*. Bogotá: Universidad del Rosario, Universidad de Antioquia, ICANH, 2007,
- APRILE-GNISET, Jacques. *La ciudad colombiana*. Cali: Universidad del Valle, 1997.
- ARANGO, Silvia. *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989.
- ARBELÁEZ, Carlos. "Ensayo histórico sobre la arquitectura Colombiana". En: *Revista Apuntes*. No. 1. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas (Carlos Arbeláez Camacho), 1967, pp. 1-63.
- BOTERO, Fernando. *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1996.
- CASTRO, Beatriz. "La vida pública en las ciudades republicanas". En: CASTRO, Beatriz. Editora. *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 1996.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica (1910-1930)*. Bogotá: CEJA, 2009.
- COLMENARES, Germán. *Popayán, una sociedad esclavista, 1600-1800*. Medellín: La Carreta, 1979
- COLÓN, Luis Carlos. *La ciudad de la luz: Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005
- CORRADINE, Alberto. –"Consideraciones sobre la arquitectura colonial en Zipaquirá". En: *Anuario de Historia Social y de la Cultura*. No.4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- DEL CASTILLO, Juan Carlos. *Bogotá. El tránsito a la ciudad moderna, 1920-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- DE LA PEDRAJA, René. *Historia de la energía en Colombia. 1537-1930*. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.

- DOMINGUEZ, Mario. Et al. *Recordar la fundación, celebrar el futuro*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2007.
- DYOS, J.H. *The study of urban history*. Londres: Arnold, 1968.
- FRISCH, Michel. "American urban history as an example of recent historiography." En: *History and Theory*. Vol. 18. No. 3. Octubre- 1979.
- FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores, 1988.
- GARCÉS, Ángela. *De-venir hombre...mujer. Paso de la Villa de la Candelaria a la Ciudad de Medellín. 1900-1940*. Medellín: Universidad de Medellín, 2004.
- GIEDION, Sigfried. *Espacio, tiempo y arquitectura. Origen y desarrollo de una nueva tradición*. Barcelona: Editorial Reverté, 2009 (edición definitiva).
- GIRALDO, Fabio y VIVIESCAS, Fernando. Compiladores. *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, CENAC, Fedevivienda, 1996.
- GONZÁLEZ, Luis. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento urbano y modelos urbanos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2007.
- GUHL, Ernesto y FORNAGUERA, Miguel. *Colombia ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- HAUSER, Philp y SCHNORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.
- HOFER, Andreas. *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Bogotá: El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, 2003.
- JURADO, Juan Carlos. *Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850*. Medellín: La Carreta Editores, 2004.
- LANGEBAEK, Carl. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas. Siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República, 1987.
- LANGEBAEK, Carl. "Antecedentes indígenas del urbanismo colonial en dos regiones de Colombia: los Andes Orientales y el Valle de Aburra. Una visión desde la arqueología." En: *Revista de Estudios Sociales*. No. 11. Bogotá: Universidad de los Andes, febrero de 2002
- LARA, Patricia. "La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo." En: *Anuario de Historia Social y de la Cultura*. No. 25. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1998

- MARTÍNEZ, Carlos. *Apuntes sobre el Urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1957.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Reseña Urbanística de la Fundación de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Litografía Colombia, 1973.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Apostillas y Reseñas Bogotá*. Bogotá: Ediciones PROA, 1983.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Santafé. Capital de Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Editorial Presencia, 1988.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Santa Fe de Bogotá*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, s.f.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá. Sinopsis sobre su Evolución Urbana*. Bogotá: Escala, s.f.
- MARTÍNEZ, Carlos. *Bogotá. Reseñada por Cronistas y Viajeros Ilustres*. Bogotá: Escala, s.f.
- MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. Bogotá: CEJA, 2000.
- MEJÍA, Germán. "Pensado la historia urbana". En MEJÍA, Germán y ZAMBRANO, Fabio. Editores. *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: CEJA, 2000.
- MEJÍA, Germán. *La ciudad de los conquistadores. 1536-1604*. Bogotá: CEJA, 2012.
- MENDOZA, Camilo. "Catálogo de la obra escrita de Carlos Arbeláez Camacho". En: *Revista Apuntes*. No. 16. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1980, pp. 25-42.
- MONTEZUMA, Ricardo. *La ciudad del tranvía. 1880-1920*. Bogotá: Fundación Ciudad Humana, Universidad del Rosario, 2008.
- MUNIVE, Moisés. "Por el buen orden: el diario vivir en Cartagena y Mompox colonial." En: *Historia Crítica*. No. 28. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005, pp. 177-200.
- NARVÁEZ, Silvia. *Evolución urbana. San Juan de Pasto Siglo XIX*. Pasto: Fondo Mixto de la Cultura, 1997.
- NIÑO, Carlos. "A propósito de la Historia Urbana." En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003, pp. 23-33.
- LAMPARD, Eric. "Historical aspects of urbanization." En: HAUSER, Philp y SCHNORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.

- LONDOÑO, Patricia y LONDOÑO, Santiago. "Vida diaria en las ciudades colombianas." En: TIRADO, Álvaro. Director Académico. *Nueva Historia de Colombia. Educación y ciencia, luchas de la mujer, vida diaria*. Volumen IV. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989.
- PATIÑO, Beatriz. "Balance del Décimo Congreso de Historia de Colombia". En: *Historia y Sociedad*. No. 4. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 1997.
- POSADA, Eduardo. *Una invitación a la historia de Barranquilla*. Bogotá: Cerec, 1987
- REINA, Sandra. *Traza urbana y arquitectura en los pueblos de indios del altiplano cundiboyacense. Siglo XVI a XVIII. El caso de Bojacá, Sutatausa, Tausa y Cucaita*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, 2008,
- REYES, Catalina y GONZÁLEZ, Lina. "La vida doméstica en las ciudades republicanas." En: CASTRO, Beatriz. Editora. *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 1996.
- RODRÍGUEZ, Pablo. *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1750*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1991.
- RODRÍGUEZ, Sandra. *Sujeción, corrección y disciplina: pedagogía social de masas en Santa Fe de Bogotá 1780-1821*. Bogotá: Fundación Francisca Radke/ Universidad Pedagógica Nacional, 2007.
- SALCEDO, Jaime. "La enseñanza de la historia de la arquitectura". En: *Revista Apuntes*. No. 6. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1971, pp. 1-34.
- SALCEDO, Jaime. "Carlos Arbeláez Camacho". En: *Revista Apuntes*. No. 16. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Investigaciones Estéticas Carlos Arbeláez Camacho, 1980, pp. 21-24.
- SALCEDO, Jaime. *Urbanismo Hispano-Americano. Siglos XVI, XVII y XVIII. El modelo urbano aplicado a la América española, su génesis y su desarrollo teórico y práctico*. Bogotá: CEJA, 1994.
- SALDARRIAGA, Alberto. "Arquitectura colombiana en el siglo XX: edificaciones en busca de ciudad". En: *Revista Credencial Historia*. No. 114. Bogotá: junio 1999.
- SALDARRIAGA, Alberto. *La arquitectura como experiencia. Espacio, cuerpo y sensibilidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Villegas Editores, 2002.

- SALDARRIAGA, Alberto. "La arquitectura colombiana del siglo XIX como problema historiográfico". En: SALDARRIAGA, Alberto. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 2: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003.
- SALDARRIAGA, Alberto. *Pensar la arquitectura. Un mapa conceptual*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2010.
- SAMBRICIO, Carlos. *La historia urbana*. Madrid: Marcial Ponds – Colección Ayer, 1996.
- SUAREZ, Adriana. *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950*. Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006.
- THERNSTROM, Sthepan y SENNETT, Richard. Editores. *Nineteethy century cities: enssays in the new urban history*. New Haven: Yale University Press, 1969.
- TORRES, Carlos. VIVIESCAS, Fernando. PERÉZ, Edmundo. Compiladores. *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- SEBASTIÁN, Santiago. "Hacia una valoración de la arquitectura colonial." En: *Anuario de Historia Social y de la Cultura*. No.2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1964.
- VARGAS, Julián y ZAMBRANO, Fabio. "Santa Fe y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600 - 1957)". En: VVAA. *Bogotá 450 años: retos y realidades*. Bogotá D.C.: Foro Nacional por Colombia, 1988.
- VARGAS, Julián. *La sociedad de Santa Fé colonial*. Bogotá: Cinep, 1990.
- ZAMBRANO, Fabio y BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos, Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia, 1993.
- ZAMBRANO, Fabio. "De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna." En: *Revista de estudios sociales*. No. 11. Bogotá: Universidad de los Andes, 2002, pp. 9-16.
- ZAMBRANO, Fabio. "Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia." En: ARANGO, Silvia. Et al. *Escritos sobre historia y teoría 1: ciudad-arte-arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes, Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, 2003.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

- AGUSTIN. *La ciudad de Dios*. Introducción de Francisco Montes de Oca. México: Editorial Porrúa, 1997.
- ANKERSMIT, Frank. *On 'What is History?'*. Londres, Nueva York: Routledge, 1995.
- ANKERSMIT, Frank. "La experiencia histórica". En: *Historia y Grafía*. No. 10. México: Universidad Iberoamericana, 1998.
- ANKERSMIT, Frank. *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- BENJAMIN, Walter. *Calle en dirección única*. Madrid: Alfaguara, 2005.
- BENJAMIN, Walter. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2009.
- BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé. Colaboración de Pascal Balmand. *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal, 1992
- CASTAÑEDA, Felipe. "Conflictos mayores y concepciones de la historia: los casos de Agustín de Hipona, Bartolomé de las Casas e Immanuel Kant." En: *Revista historia crítica*. No. 27. Bogotá: Universidad de los Andes, Enero-Junio 2004.
- DANTO, Arthur. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Introducción de Fina Birulé. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, Universidad Autónoma de Barcelona, 1989.
- DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- DE CERTEAU, Michel. *La fábula mística*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- DERRIDA, Jacques. *Mal de archivo*. Madrid: Trotta, 1997.
- ERMARTH, Elizabeth Deeds. *Sequel to History*. Princeton: Princeton University Press, 1992.
- GAY, Peter. *Style in History*. Londres: Norton, 1988.
- HARTOG, François. *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencia del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.
- KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- LOWENTHAL, David. *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal, 1998.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI Editores, 2004.

- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI Editores, 2004.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*. México: 2006.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008.
- TÁCITO. *Historias*. Madrid: Akal Clásica, 1990.
- TOPOLSKI, Jersey. "La verdad posmoderna en la historiografía." En: ORTIZ, Carlos y TOVAR, Bernardo. *Pensar el pasado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Archivo General de la Nación, 1997.

HISTORIOGRAFÍA

- ARCHILA, Mauricio. "La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá." En: VV.AA. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2006, pp.175-205.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- DOSSE, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2006.
- MELO, Jorge Orlando. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1996.
- POIRRIER, Philippe. Editor. *La historiografía cultural ¿Un giro historiográfico mundial?* Valencia: Universidad de Valencia, 2012.
- ORTIZ, Carlos y TOVAR, Bernardo. *Pensar el pasado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Archivo General de la Nación, 1997.
- SILVA, Renán. *A la sombra de Clío: diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta Editores, 2007
- TOVAR, Hermes. "El Departamento de Historia y la investigación histórica en el País". En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. No. 12. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1984.

CIUDAD

- BRAUDEL, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo*. 3 tomos. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- CALVINO, Italo. *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ediciones Siruela, 1994.
- CHUECA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- DE CERTEAU, Michel. *La Cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000.
- DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
- GILBERT, Alan. *La ciudad latinoamericana*. México: Siglo XXI Editores, 1997.
- GRACQ, Julien. *La forma de una ciudad*. Anaya y Mario Muchnik, 1995.
- GRANAGNOVOLO, Benedetto. *Historia del urbanismo en Europa. 1750-1960*. Madrid: Akal, 2009.
- HUSE, Norbert. *Le Corbusier*. Barcelona: Salvat, 1986.
- JOSEPH, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- KOTKIN, Joel. *La ciudad. Una historia global*. Barcelona: Debate, 2006.
- LE CORBUSIER. *A propósito del urbanismo*. Barcelona: Editorial Poseidón, 2003.
- MARTÍNEZ, Gerardo. "Los estudios sobre ciudades en el 54° Congreso Internacional de Americanistas." En: *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. XVIII. No. 1008. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2013.
- NEIRA, Carmenza. "La tierra: espacio del hombre, mapa de la historia". En: *Cuadernos de Geografía*. Vol. III- Número 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1991.
- PEDRAZA, Zandra. *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2011.
- QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispánica de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona: 1992.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- RAMOS, Ángel. Editor. *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Barcelona: Ediciones Universidad Politécnica de Cataluña, 2004.

- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2001
- RUBIO, Jaime. "La ciudad: lugar y símbolo de comunicación." En: *Signo y Pensamiento*. No. 22. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1993.
- RYKWERT, Joseph. *The idea of town. The anthropology of urban form in Roma, Italy and the ancient world*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1988.
- RYKWERT, Joseph. *La idea de ciudad. Antropología de la forma en el Mundo Antiguo*. Madrid: Hermann Blume, 1985.
- RYKWERT, Joseph. *La casa de Adán en el paraíso*. Barcelona: Gustavo Gilli, 2005.
- SENNET, Richard. *Carne y piedra*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- SILVA, Armando. *Una ciudad imaginada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1986.
- SIMMEL, Georg. "La metrópolis y la vida mental." En: *Bifurcaciones*. Versión en línea. No. 4. Primavera, 2005. www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm
- SIMMEL, Georg. *Imágenes momentáneas*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- SIMMEL, Georg. *Roma, Florencia, Venecia*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- SITTE, Camilo. *Construcción de ciudades según principios artísticos*. Barcelona: Gustavo Gilli, 1980.
- TITO LIVIO. *Los orígenes de Roma*. Madrid: Akal, 2000,
- TOURNIKIOTIS, Panayotis. *La historiografía de la arquitectura moderna*. Madrid: Mairea y Celeste Ediciones, 2001.
- PINOL, Jean-Luc. Director. *Historia de la Europa urbana*. VI tomos. Valencia: Universidad de Valencia, 2010-2012.
- ZEVI, Bruno. *Arquitectura e historiografía*. Buenos Aires: Editorial Víctor Lerú, 1958.

FILOSOFÍA

- ARENDDT, Hannah. *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa, 2001.
- ARISTÓTELES. *Poética*. Buenos Aires: Colihue, 2009.
- AUSTIN, John. *Cómo hacer cosas con las palabras*. Buenos Aires: Paidós, 1971.
- BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. Bogotá: Fondo de la Cultura Económica, 2000.

- BARRIOS, José Luis. *El cuerpo disuelto, lo colosal y lo monstruoso*. México: Universidad Iberoamericana, 2010.
- BAUMAN, Zygmunt. "De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad". En: HALL, Stuart y DU GAY, Paul. *Cuestiones de identidad*. Buenos Aires Amorrortu, 2003.
- BARTRA, Roger. *El duelo de los ángeles: locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2005
- BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1991.
- CASSIRER, Ernst. *Filosofía de las formas simbólicas*. Tomo III. México: Fondo de la Cultura Económica.
- CASTAÑEDA, Felipe y KOVACSIS, Martha. *La ley de la descripción*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2001.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Crítica de la razón latinoamericana*. Bogotá: Ceja, Colciencias, 2011.
- DERRIDA, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1988.
- DERRIDA, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
- DERRIDA, Jacques. *El animal que luego estoy sí(gui)endo*. Madrid: Trotta, 2008.
- DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*. Madrid, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2009.
- DERRIDA, Jacques. *Seminario La bestia y El soberano*. Vol. 1. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- DEWEY, John. *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós, 2008 (1934).
- DE LAS CASAS, Bartolomé. *Historia de la Indias*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1956,
- DE LAS CASAS, Bartolomé. *De regia postate o derecho de autodeterminación*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984.
- DE VITORIA, Francisco. *Relectio de Indis*. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas, 1967.
- FOUCAULT, Michel. *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 2010.
- GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método*. I. Madrid: Editorial Sígueme, 2001.

- GOODMAN, Nelson. *Hecho, ficción y pronóstico*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.
- GOMBRICH, E.H. *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Barcelona: Editorial Gustavo Gilli, 1982.
- HEIDEGGER, Martín. *De ¿qué significa pensar?*
http://www.heideggeriana.com.ar/textos/que_significa_pensar.htm
- HEIDEGGER, Martín. "Construir, habitar, pensar". En: HEIDEGGER, Martín. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal, 1994.
- HEIDEGGER, Martín. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- HERRERA, Daniel. "Aproximación a Husserl". En: *Cultura Caribe*. No. 18. Barranquilla: 1990.
- HUSSERL, Edmund. *Experiencia y juicio*. México: Universidad Autónoma de México, 1980.
- JARAMILLO, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Temis, 1998.
- JARAMILLO, Rubén. "El rencor ante la ciudad". En: VV.AA. *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ediciones Península, 1994.
- PINTOS, Juan-Luis. "El metacódigo 'relevancia/opacidad' en la construcción sistémica de las realidades". En: *Revista de investigaciones políticas y sociológicas*. No. 1-2, Volumen 2. Santiago de Compostela: USC, 2003.
- RICOEUR, Paul. *El conflicto de las interpretaciones*. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI Editores, 2004.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI Editores, 2004.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI Editores, 2006.
- RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI Editores, 2011.
- RORTY, Richard. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1989.
- RORTY, Richard. *Contingencia, ironía, solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991.

- ROVALETTI, María Lucrecia. "De la hermenéutica del relato a la hermenéutica de la recepción". En: *Acta fenomenológica latinoamericana*. Vol. 1. Lima: Círculo Latinoamericano de Fenomenología, 2003.
- SCHIFFER, Daniel. *Filosofía del dandismo. Una estética del alma y del cuerpo (Kierkegaard, Wilde, Nietzsche, Baudelaire)*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. I. Burbujas*. Madrid: Ediciones Siruela, 2009.
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. II. Globos*. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas. III. Espumas*. Madrid: Ediciones Siruela, 2009.
- SVENDSEN, Lars. *Filosofía del tedio*. México: Tusquets Editores, 2008
- TZVETAN, Todorov. *Nosotros y los otros: reflexiones sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI Editores, 2003.
- VV.AA. *¿Qué es eso de la Filosofía Latinoamericana? Introducción al filosofar*. Bogotá: Editorial el Búho, 1993.
- ZAVALA, Silvio. *La filosofía política en la conquista de América*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1993.

PSICOANÁLISIS

- DE CERTEAU, Michel. *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana, 1995.
- FREUD, Sigmund. "Lo ominoso". En: *Obra completas*. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1997.
- FREUD, *Más allá del principio del placer*. 1920. En: <http://www.philosophia.cl>
- FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. 1930. www.librodot.com
- GIRARD, René. *Veo a Satán caer como el relámpago*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- GIRARD, René. *Violence and the sacred*. New York: Continuum, 2005.
- JUNG, Carl. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1970
- LÓPEZ, Héctor. *La instancia de Lacan: actualidad de la instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Mar del Plata: Eudem, 2009.
- VERHAEGHE, Paul. *¿Existe la mujer? De la histérica de Freud a lo femenino en Lacan*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997.

LITERATURA Y LENGUAJE

- ACOSTA, Carmen Elisa. *Lecturas y literatura de Francia, Colombia a mediados del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- ACOSTA, Carmen Elisa y ALZATE, Carolina. Compiladoras. *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, 2010.
- ACOSTA, Carmen Elisa. *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- ARDAO, Arturo. *América Latina y la Latinidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- BENJAMIN, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus, 1990.
- BENJAMIN, Walter. *El narrador*. Madrid: Taurus, 1991.
- BLOOM, Harold. *Cómo leer y por qué*. Bogotá: Norma, 2004.
- BORGES, Jorge Luis. *El hacedor*. 1981. El subrayado es mío.
- CORTAZÁR, Julio. *Historias de famas y cronopios*. Buenos Aires: Alfaguara, 1995.
- CORTAZÁR, Julio. *Rayuela*. Madrid: Punto de Lectura, 2006.
- CALDERON DE LA BARCA, Pedro. *El príncipe constante*. Varias ediciones.
- DUCROT, Oswald. *El decir y lo dicho*. Madrid: 1998.
- DUCROT, Oswald. *Polifonía y argumentación. Conferencias del seminario teoría de la argumentación y análisis del discurso*. Cali: Universidad del Valle, 1988.
- GIRALDO, Luz Mary. *Ciudades escritas: literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004.
- GÓMEZ, Leila. *Illuminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú*. Madrid: Iberoamericana, 2009.
- GONZÁLEZ, Felipe. *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008. Selección y prólogo de Maryluz Vallejo Mejía.
- GONZÁLEZ, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de la Cultural Económica, 2011.
- KUNDERA, Milan. *La lentitud*. Barcelona: Tusquets Editores, 1995.
- LUDMER, Josefina. *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.

- NEIRA, Carmenza. *Rostros y voces de Bogotá. Bogotá en la lente de los poetas. Poesía del siglo XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- NEIRA, Edinson. *La gran ciudad Latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Lizarazo*. Medellín: Universidad EAFIT, 2004.
- ONG, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Bogotá: Fondo de la Cultura Económica, 1999.
- RAMÍREZ, William. "La crónica roja en Bogotá." En: *Historia Crítica*. No.21. Bogotá: Universidad de los Andes, enero-junio de 2001, pp. 111-126.
- RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1989.
- VALLEJO, Fernando. *El cuervo blanco*. Bogotá: Alfaguara, 2012.

GÉNERO

- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama, 2007.
- CLÉMENT, Catherine y KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. Madrid: Cátedra, 2000.
- GARCÉS, Ángela. *De-venir hombre... mujer. Paso de la Villa de La Candelaria a la ciudad de Medellín*. Medellín: Editorial Universidad de Medellín, 2004.
- STOLER, Ann Laura. *Carnal knowledge and imperial power: race and the intimate in colonial rule*. Los Angeles, Barkley: University California Press, 2002.
- STOLER, Ann Laura. *Race and the education of desire. Foucault's history of sexuality and the colonial order of things*. Durham: Duke University Press, (1995) 2004.

NEUROCIENCIAS

- MARTINEZ-CONDE, Susana y MACKNIK, Stephen. *Los engaños de la mente*. Barcelona: Ediciones Destino, 2012.
- SACKS, Oliver. *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama, 2011.

IMAGEN

- CIRILLO, José, ESPANTOSO, Teresa y VANEGAS, Carolina. Editores. *Arte Público y espacios políticos: Interacciones y fracturas en las ciudades latinoamericanas*. Belo Horizonte: C/Arte, 2011. Memorias de II Seminario internacional sobre arte público en Latinoamérica. GEAP (Grupo de Estudios sobre Arte Público en Latinoamérica), Universidad Federal do Espírito Santo, Universidad de Buenos Aires, Vitória (Brasil), 9 al 12 de noviembre de 2011.
- DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de la imagen*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006.
- GESUALDO, Vicente. *Historia de la fotografía en América desde Alaska hasta la Tierra del Fuego en el siglo XIX*. Buenos Aires: Editora Sui Generis, 1990.
- GERBI, Antonello. *The dispute of the new world. The history of a polemic, 1750-1900*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2010.
- GOMBRICH, Ernst. *Historia del arte*. Londres, Nueva York: Pahidon, 2012.
- GONZALEZ-STEPHAN, Beatriz y ANDERMANN. Editores. *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- HENRÍQUEZ, Cecilia. *Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia. Un estudio histórico-simbólico*. Bogotá: Altamir Ediciones, 1996.
- KAGAN, Richard. *Urban images of the Hispanic World. 1493-1793*. New Haven-Londres: Yale University Press, 2000.
- LYNCH, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili,
- MEURIS, Jacques. *Magritte*. Madrid: Taschen, 2004.
- PALMQUIST, Peter y Thomas Kailbourn. *Pionner photographers of the far west: a biographical dictionary, 1840-1865*. Stanford: Stanford University Press, 2000.
- SERRANO, Eduardo. *Historia de la fotografía en Colombia*. Bogotá: Museo de Arte Moderno, 1983.
- WARBURG, Aby. *Atlas Mnemosyne*. Madrid: Akal, 2010.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE COLOMBIA, AMÉRICA LATINA Y EUROPA

- AGUILERA, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá: motín, conspiración y guerra civil. 1893-1895*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1997.
- ARCHILA, Mauricio. *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991.
- ARIAS, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes, Cesó, Ediciones Uniandes, 2005.
- BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, Universidad Autónoma. San Luis Potosí, 2007
- CASTRO-KLARÉN, Sara y CHASTEEN, John Charles. Editores. *Beyond imagined communities. Reading and writing the nation in nineteenth-century Latin America*. Pennsylvania: Woodrow Wilson Center Press, 2003.
- COLMENARES, Germán. "La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino". En: *Boletín bibliográfico y cultural*. No. 22. Vol. XXVII. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1990.
- CUNILL, Caroline. "Tomás López Méndez y sus instrucciones para defensores de Indios: una propuesta innovadora." En: *Anuario de Estudios Americanos*. No. 68. Sevilla: Julio-Diciembre, 2011, pp. 539-563.
- DELPAR, Helen. *Rojos contra azules. El Partido Liberal en la política colombiana, 1863-1800*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994.
- ELIAS, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1996.
- GAY, Peter. *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*. Barcelona: Paidós, 2007.
- GREEN, John. "Días de emoción espectacular. Choque cultural, intriga política y la huelga de choferes de Bogotá en 1937." En: *Historia Crítica*. No. 24. Bogotá: Universidad de los Andes, dic. 2003, pp. 27-48.
- GUHL, Ernesto. Et al. *Temas colombianos. Aspectos y problemas de una política de desarrollo*. Bogotá: CID, Universidad Nacional de Colombia, 1973.
- HANDERSON, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laurena Gómez. 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), 2006.

- HALPERIN, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1969.
- JARMILLO, Jaime. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- JARMILLO, Jaime. *Ensayos de historia social*. Vol.1. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989.
- MOLINA, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia. 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1973.
- MORALES, Francisco. *Teoría y leyes de la conquista*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1979.
- MORENO, Pilar. *Antonio de la Torre y Miranda. Viajero y poblador, siglo XVIII*. Bogotá: Editorial Planeta, 1993.
- MUNERA, Leopoldo y CRUZ, Edwin. Editores. *La Regeneración revisitada. Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-Nación en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2011.
- OROZ, José. "La romanidad de San Agustín". En: *Estudios Clásicos*. Tomo 20. No. 78. 1976.
- PALACIOS, Marco. *El café en Colombia, 1850-1970*. Bogotá – México: El Áncora Editores y El Colegio de México, 1983.
- RAMOS, Demetrio. "La institución del Cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón." En: *Anuario de historia social y de la cultura*. No. 1. Vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963.
- RHEINHERIMER, Martin. *Pobres, mendigos y vagabundos. La supervivencia en la necesidad, 1450-1850*. Madrid: Siglo XXI, 2009.
- ROJAS, Cristina. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.
- RUEDA, José Olinto. "Historia de la población en Colombia: 1880-2000." En: TIRADO, Álvaro. Director Académico. *Nueva Historia de Colombia. Economía, café, industria*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989, pp. 357-396.
- SILVA, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.
- SILVA, Renán. *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

- TOCQUEVILLE, Alexis de. *La democracia en América*. México: Fondo de la Cultura Económica, 1963.
- TOCQUEVILLE, Alexis. *Recuerdos de la revolución de 1848*. Madrid: Trotta, 1994 (1893).
- TOVAR, Bernardo. *La Colonia en la historiografía colombiana*. Bogotá: ECOE, 1990.
- URREGO, Miguel. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930*. Bogotá: Ariel, 1997.
- VARGAS, Gustavo. *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*. Medellín: Oveja Negra, 1972.
- VELIZ, Claudio. *La tradición centralista en América Latina*. Barcelona: Ariel, 1984.
- VILLEGAS, Álvaro. *Heterologías: pasado, territorio y población en Colombia, 1847-1941*. Tesis para optar el título de doctor en historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- VV.AA. *Sectores populares y vida urbana*. Buenos Aires: Clacso, 1984.
- ZULUAGA, Francisco. *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1985.

PRINCIPALES REVISTAS EN LAS QUE APARECEN ARTÍCULOS DE HISTORIAS DE LAS CIUDADES O TEMAS CONEXOS

- Anuario de historia social y de la cultura*. Universidad Nacional de Colombia. .
- Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. Universidad Industrial de Santander.
- Apuntes*. Universidad Pontificia Javeriana.
- Boletín Cultural y Bibliográfico*. Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Credencial Historia*. Casa Editorial El Tiempo.
- Fronteras de la Historia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Historia Caribe*. Universidad del Atlántico.
- Historia Crítica*. Universidad de los Andes.
- Historia y Espacio*. Universidad del Valle.
- Historia y Sociedad*. Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín).
- Memoria y sociedad*. Universidad Pontificia Javeriana.
- Proa*. Sociedad Colombiana de Arquitectos.
- Revista de Estudios Sociales*. Universidad de los Andes.
- Revista Nacional de Agricultores*. Sociedad Colombiana de Agricultores.

COMPILACIONES DE DOCUMENTOS

COLMENARES, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1989.

FRIEDE, Juan. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. 10 volúmenes. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1957-1960.

DE SOLANO, Francisco. Editor. *Normas y leyes de la ciudad Hispanoamericana*. 2 volúmenes. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones, 1995.

MORENO Y ESCANDÓN, Francisco Antonio. *Indios y mestizos de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1985.

MORALES, Jorge. Compilador. *Índices del Boletín de Historia y Antigüedades, 1902-2010*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.

PALACIOS DE LA VEGA, Joseph. *Diario de viaje entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: ABC, 1955.

ZAMBRANO, Fabio. *Nuevas Crónicas de Indias*. Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997.

Cuerpo de Leyes de la República de Colombia. 1821-1827. Caracas: Imprenta de Valentín Acosta, 1840.

TEXTOS DEL SIGLO XIX

CUERVO, Ángel. *Cómo se evapora un ejército: recuerdos personales de la campaña que concluyó el 18 de julio de 1861 con la toma de Bogotá por los revolucionarios*. Bogotá: Documento digitalizado por Biblioteca Virtual del Banco de la República 2005.

DÍAZ, Eugenio. *Obras inéditas: los aguinaldos navideños*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, digitalizado en 2005.

GOSSELMAN, Carl August. *Informes sobre los Estados Sudamericanos en los años 1837 y 1838*. Estocolmo: Biblioteca e Instituto de Estudios Ibero-Americanos de la Escuela de Ciencias Económicas, 1962.

GROOT, José Manuel. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos*. Bogotá: Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869.

VERGARA Y VERGARA, José María. *Historia de la literatura en Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Echeverry Hermanos, 1867.

VV.AA. *Museo de cuadros de costumbres*. Tomo I. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973.

Guardia Urbana de Bogotá. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1885

DICCIONARIOS

COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana*. Madrid: Luis Sánchez impresor del rey, 1611.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de Autoridades*. 1737.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid: Impresora de la Real Academia, 1791.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid: Imprenta Real, 1832.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid: Imprenta de Gregoria Hernando, 1884.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid: Imprenta de sucesores de Hernando, 1914.

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Archivo General de la Nación. Fondo Policía.

Archivo General del Municipio de Fusagasugá.

Archivo Digital periódico El Tiempo.

Biblioteca Luis Ángel Arango. Libros raros y manuscritos.

Biblioteca digital Luis Ángel Arango.

Biblioteca Nacional de Colombia.

Biblioteca Nacional de Francia. Versión en línea.

FILMOGRAFÍA

Campaña vial preventiva. Colombia. 1948.

Campaña publicitaria Renault 4, "Amigo fiel". Colombia. 1979.

La sombra del caminante. Colombia. Director: Ciro Guerra, 2004.

Rapsodia en Bogotá. Colombia – España. Director: José María Arzuaga. 1963

Rear window. Estados Unidos. Director. Alfred Hitkchcock. 1954.